ADOLPHE THIERS

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN DE FRANCIA

TOMO I

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE FRANCIA,

POR M. A. THIERS,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, MINISTRO Y DIPUTADO.

TRADUCIDA DE LA CUARTA EDICION,

Por D. José Mor de Fuentes.

TOMO I.

Barcelona.

LIBRERIA DE D. ANTONIO BERGNES, CALLE DE ESCUDELLERS, Nº. 36.—LIBRERIA DE DON FRANCISCO OLIVA, CALLE DE LA PLATERIA.

1836.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE FRANCIA.

Voy à historiar una revolucion memorable que estremeció íntimamente los ánimos y los tiene todavía desavenidos. Hecho cargo de lo arduo de mi empeño, estoy viendo descollar nuevamente pasiones tan solo adormecidas bajo el despotismo militar, y aun entes exánimes con la edad y los afanes se han disparado con enconos mal aplacados, y nos los han ido trasladando, como à sus hijos y herederos. Pero si abogamos por el idéntico sistema, no hay para que sincerar sus procederes, y bien acertarémos à despejar la libertad del arrimo de sus torpes ó atinados servidores, con la franquicia de estar escuchando à los ancianos, que, rebosando todavía de recuerdos y arranques, nos patentizan el sesgo y la estampa de los partidos para calar sus interioridades. Quizás el trance de su desvío es el mas adecuado para rasguear la historia, acudiendo à su testimonio y desentendiéndonos de sus afectos.

Como quiera, he refrenado con ahinco todo impulso rencoroso, conceptuándome ora nativo de una choza, empapado en mi honrada ambicion para granjearme cuanto la altanería de los magnates me defraudaba injustamente; ora soñándome alumno de alcázares solariegos y escelsas prerogativas, se me hacia dolorosísimo el desprendimiento de mis haberes lejítimos. En este vaiven, condolíme de los luchadores, y me empapé en mi idolatría de las almas esclarecidas.

CAPITULO I.

Estado moral y político de la Francia al fin del siglo XVIII. Advenimiento de Luis XVI. Maurepas, Turgot, Necker, ministros. Çalonne: Asamblea de los notables. De Brienne, ministro. Oposicion del Parlamento. Su destierro y regreso. El Duque de Orleans desterrado. Arresto del consejero Despremenil. Necker restituido en reemplazo de Brienne. Nueva asamblea de notables. Discusiones relativas á los estados jenerales. Formacion de las asonadas. Causas de la revolucion. Primeras elecciones de los diputados para los estados jenerales. Incendio de la casa de Reveillon. El Duque de Orleans, su carácter.

Sabidas son las revoluciones de la monarquía francesa, y es notorio que los Griegos, y luego los Romanos, fueron acudiendo con armas y con su civilizacion al centro de las Galias todavía bozales; que los bárbaros tras ellos fueron planteando su señorío militar, el cual, trasladado de los individuos à sus haciendas, fué como el arraigo del sistema feudal. El dominio se promedió entre el caudillo, llamado rey, y los adalides subalternos, apellidados vasallos, que luego venian à ser señores de sus súbditos.

En nuestros dias, cuando las mutuas acusaciones han tenido que escudriñar los respectivos agravios, nos han enterado por estenso, que al pronto los vasallos clamaron por su poderío, como lo suele practicar quien se avecina à sus fueros; que este poderío se fué subdividiendo entre ellos, hasta parar en la anarquía feudal, y que por fin se reincorporó en el trono, y se concentró en despotismo, bajo Luis XI, Richelieu y Luis XIV. El pueblo francés se habia ido sucesivamente desaherrojando por medio del trabajo, manantial primero de la riqueza y de la libertad. Labrador al pronto, luego comerciante y mañoso, se fué granjeando tal importancia, que vino à formar la nacion entera. Introducido como suplicante en los estados jenerales, tuvo que aparecer de rodillas para ser repartido à merced y albedrío: luego Luis XIV proclamó que no queria ya asambleas tan rendidas, y lo declaró ante el parlamento, de botas y con el látigo en la mano. Encabezó entonces el estado un monarca escudado con un poderío mal deslindado en

teórica, pero absoluto en la práctica; seguíanle magnates que se habian desapropiado de su dignidad feudal tras la privanza con el monarca, y se peleaban con maquinaciones por los haberes del pueblo; tras ellos una poblacion inmensa, sin mas correspondencia que la de un rendimiento habitual y el pago de los impuestos. Entre la corte y el pueblo mediaban los parlamentos revestidos de la facultad de administrar justicia y rejistrar las disposiciones reales. La autoridad motiva siempre contiendas, y cuando no en las asambleas nacionales, à lo menos entre los palaciegos. Sabido es que los parlamentos, oponiéndose al rejistro, atajaban las disposiciones soberanas, y el paradero era una resistencia personal, ó una transaccion, cuando el rey flaqueaba, ó un rendimiento llano, cuando tenia denuedo. Nunca tuvo Luis XIV que transijir, porque en su reinado no hubo parlamento que alzase la voz para representar: llevóse tras sí la nacion, que aclamaba en él los portentos que obraba ella misma en la guerra, en ciencias y en artes. Vasallos y monarca marchaban por el mismo rumbo en pos del idéntico blanco. Mas al espirar Luis XIV, el rejente brindó à los parlamentos con la coyuntura para desenmudecer y volver en sí de su arrinconamiento. El albedrío del monarca, tan acatado en vida, quedó hollado à su muerte, y el testamento quedó anulado. La autoridad entonces volvió à hacerse judicial, y se entabló una pugna entre parlamentos, clero y ministerio ante una nacion exhausta con guerras larguísimas, y acosada por su pábulo à las profusiones de sus soberanos, ya estragados en deleites, ya enloquecidos con sus peleas. Hasta entonces todo su númen se vinculaba en el servicio y los regalos del monarca; ya lo fué aplicando à su propio uso, y lo dedicó à escudriñar sus propios intereses. Es propiedad del entendimiento humano el ir alternando de un objeto en otro, y así del teatro y del púlpito, el númen francés se internó en las ciencias morales y políticas, y todo llevó un vuelco. Se están viendo, por espacio de un siglo muy cumplido, los usurpadores de todos los derechos nacionales batallando por una autoridad menoscabada; los parlamentos hostigando al clero, y el clero à los parlamentos; estos contrarestando el dominio de la corte; la corte, soñolienta y sosegada, en medio de la lid, desangrando los pueblos con el mayor desconcierto; la nacion, enriquecida y desvelada, presenciando estas desavenencias, pertrechándose de los desengaños de los unos contra los otros, defraudada de todo embate político,

dogmatizando con arrojo é ignorancia, por cuanto tenia que ceñirse à la teórica, aspirando ante todo à recobrar su jerarquia en Europa y brindando en balde con su caudal y su sangre para reconquistar el lugar que la flaqueza de sus dueños le habia desmerecido: este fué el siglo XVIII.

El escándalo se habia estremado hasta lo sumo, cuando Luis XVI, de suyo justiciero, moderado en sus conatos, educado sin esmero, pero amante de todo lo bueno, ascendió de muy mozo al trono (*). Echó mano de un palaciego antiguo para poner à su cargo el reino, y promedió toda su confianza entre Maurepas y la reina, princesa jóven y austríaca, despejada, cariñosa y árbitra de su esposo. No estaban bien quistos el ministro y la reina, y el rey, alternando su condescendencia con entrambos, entabló desde luego la dilatada carrera de sus vaivenes. Hecho cargo del estado del reino, se atenia sobre este particular al dictámen de los filósofos; pero educado con relijiosidad, los miraba con sumo desvío.

La voz pública que sonaba à las claras le señalaba à Turgot, asociado con los economistas, sujeto sencillo, pundonoroso, dotado de teson, pausado de suyo, pero ahincado y trascendental. Prendado de su honradez y de sus proyectos reformadores, Luis XVI solia prorumpir: «Solo yo y Turgot somos amantes del pueblo.» Las reformas de Turgot naufragaron por el contraste de los prepotentes en el estado, interesadísimos en el mantenimiento de abusos que el ministro intentaba desarraigar. Con pesar lo despidió Luis XVI, cuya vida fué un martirio incesante, columbrando siempre y ansiando entrañablemente el acierto, y adoleciendo de escasez de teson para realizarlo.

El rey, emparedado entre la corte, los parlamentos y el público, patente à los embates y tramas de toda especie, cediendo de nuevo à la voz jeneral y al apremio de las reformas, puso la hacienda al cargo de Necker (**), jinebrino acaudalado con el jiro, apasionado à Colbert, como Turgot à Sully, hacendista económico y pundonoroso, pero de suyo vanidoso y aspirante à ser el moderador en todo, filosofía, relijion, libertad; en todos los ramos le endiosaban los amigos, y aun el público, y se mostraba pagado de ser el norte y el áncora que detendria los ánimos ajenos en el mismo punto que el suyo.

(*) 1774.
(**) 1777.

Necker arregló la hacienda, y recabó medios para acudir à los gastos de la guerra de América. De injenio menos remontado que Turgot, pero mas avenible, y al arrimo de los acaudalados, halló por el pronto arbitrios inesperados, y reapareció con él la confianza. Pero sus medios artificiales eran cortísimos para zanjar los apuros del erario, y dió un tanteo à las reformas. La primera jerarquía fué tan reacia para él como para Turgot; los parlamentos, noticiosos de sus planes, se mancomunaron contra él, y tuvo que retirarse.

El convencimiento de los abusos era universal; nadie lo negaba, y el rey, como tan sabedor, vivia acosado de quebranto. Los palaciegos, que reinaban con estos abusos, sentian las penurias del estado, y ansiaban sus ensanches, mas no se avenian al menor sacrificio. Se esplayaban en palacio con párrafos y máximas filosóficas; condolíanse en el cazadero de las tropelías y el desamparo del labrador, y aun vitoreaban el rescate de los Americanos, y aclamaban à la oficialidad francesa recien llegada del nuevo mundo. Los parlamentos pregonaban tambien el interés del pueblo, alegaban entonadamente sus padecimientos, y sin embargo contrariaban el reparto equitativo de los impuestos y la abolicion de todo rastro de barbarismo feudal. Todos hablaban del bien público, pocos lo apetecian, y el pueblo no acertaba todavía à entresacar sus verdaderos apasionados, y aclamaba à cuantos se oponian al poder supremo que era su enemigo de mayor bulto.

Con el despido de Turgot y Necker, la situacion jeneral y las escaseces del erario eran idénticas; gustosamente se hubiera prescindido de la nacion, pero era forzoso ir viviendo y acudir à las profusiones de la corte. El apuro, zanjado por el pronto con la deposicion de un ministro, con un empréstito ú con un impuesto forzado, acosaba luego con mas premura, como todo achaque desatendido en sus asomos. Se andaba titubeando, como sucede cuando hay que apersonarse con un partido violento pero indispensable. Una trama encumbró al ministerio à Mr. de Calonne, desconceptuado por perseguidor de La Chalotais (*). Calonne, agudo, esplendoroso, arbitrista, enamorado de sus alcances, al arrimo de la suerte y de sus jentes, se engolfaba gallarda y descuidadamente en lo venidero. Su dictámen era que no habia porque sobresaltarse anticipadamente, y no avistar el enemigo sino en

(*) 1783.

vísperas de contrastarlo. Embelesaba à los palaciegos con sus modales; los cautivaba con su afan de concederlo todo; proporcionó al rey ciertos momentos de desahogo, y tras los anuncios mas aciagos, halagó con asomos de ventura y de ciega confianza.

Rayaba el deseado porvenir, y forzoso era romper con arranques decisivos. No cabia recargar al pueblo, y sin embargo no habia fondos en caja. No habia mas arbitrio que la mengua de desembolsos, atajando las concesiones, y no bastando este medio, hacer el impuesto estensivo à otros contribuyentes, esto es, à la nobleza y el clero. Estos planes, tanteados ya por Turgot y Necker, é intentados de nuevo por Calonne, no parecieron asequibles à este sin el beneplácito de los mismos privilejiados. Calonne ideó pues unirlos en una junta llamada de «notables» para arbitrar acerca de sus proyectos, y arrebatarles su anuencia por maña ó por convencimiento (*). La asamblea constaba de grandes, entresacados de la nobleza, el clero y la majistratura, de varios presidentes de tribunales y togados de las provincias. A impulsos de estos elementos y al arrimo de los magnates populares y afilosofados, que procuró estudiadamente comprender, Calonne ostentó ínfulas de triunfador.

Equivocóse el confiadísimo ministro. El concepto público, ajeno de perdonarle el desbanco de Turgot y Necker, y gozosísimos todos de precisar à un ministro à rendir cuentas, corroboraron la resistencia de los notables. Las discusiones fueron acaloradas, y Calonne incurrió en el desbarro de descargarse con los antecesores, y en especial con Necker, del estado del erario. Contestó Necker, fué desterrado, y entonces se reforzó la oposicion. Acudió à todo Calonne con serenidad y comedimiento. Hizo deponer al guardasellos Miromenil, que encabezaba los parlamentos; pero su triunfo duró solos dos dias. El rey, que gustaba de él, le prometió fuera de sus alcances el empeño de sostenerlo. Conociéronlo las representaciones de los notables, que se comprometian à avenirse con los planes de Calonne, con tal que se encargase su desempeño à ministro mas pundonoroso y digno de confianza. La reina, à influjo del abate Vermont, propuso é hizo aceptar al rey un ministro nuevo, M. de Brienne, y uno de los notables que mas habian esforzado el vuelco de Calonne, esperanzado de sucederle (**).

El arzobispo, pertinaz y débil por carácter, estuvo soñando con

(*) Esta asamblea se abrió el 22 de febrero de 1787.
(**) Abril de 1787.

el ministerio desde su niñez, y anduvo por todos medios en pos de su ídolo. Su móvil principal era su privanza declarada con las damas, y su decantada administracion del Langüedoc. Si al encargarse del ministerio no logró la aceptacion que mereciera Necker, tuvo con las jentes el realce de arrojar à Calonne. No encabezó por el pronto, pero sí à poco tiempo, el ministerio, y al arrimo de Mr. Lamoignon, guarda-sellos, enemigo mortal de los parlamentos, entabló airosamente su desempeño. Los notables, comprometidos, se avinieron desaladamente à cuanto negaran: impuesto territorial, papel sellado, supresion de adras, juntas provinciales, todo se agolpó con ahinco. Se aparentaba no haber contrarestado à estas disposiciones, sino à su promovedor, y la opinion pública iba triunfando. Diluviaban maldiciones sobre Calonne; y los notables, al impulso del aura popular, se condolian sin embargo de un timbre granjeado con los mas amargos sacrificios. Si Mr. Brienne acertara à poner en cobro su ventajoso trance, y à plantear las disposiciones franqueadas por los notables, si todas al golpe y sin demora las presentara al parlamento, en el momento de estar comprometida la adhesion de los prohombres, ya quizas no habia arbitrio; el parlamento, estrechado à todo trance, se allanara à la transaccion, la cual, aunque parcial y forzada, tal vez rezagara por largo tiempo la pelea que se trabó inmediatamente.

Nada de esto se verificó. Con pausas indiscretas se dió cabida à los desengaños; los edictos se fueron presentando unos tras otros; el parlamento con el tiempo se fué esplayando, ventiló y se rehizo de la especie de sorpresa causada à los notables. Rejistró con largas discusiones el edicto de segunda abolicion de adras, y otro franqueando la salida de granos. Su encono se asestaba contra el pago territorial; pero temió que, reusando, se enterase el público de que su oposicion era mero parto del interés. Estaba titubeando, cuando le enviaron à la par, à fin de sacarlo del apuro, el edicto del sello y del impuesto territorial, encabezando la deliberacion con el del sello. El parlamento tuvo así proporcion para atajar el primero sin esplayarse sobre el segundo, y zahiriendo el sello, que lastimaba al mayor número de los contribuyentes, aparentó escudar los intereses públicos. En una sesion en que asistian los pares, delató los abusos escandalosos y profusiones de la corte, y pidió estados de los gastos. Un consejero, valiéndose del equivoquillo, «no son estados, esclamó, sino estados jenerales

los que nos hacen al caso.» Esta peticion inesperada traspasó y dejó atónitos à los concurrentes. Hasta entonces se desmandaban à causa de los padecimientos; se esforzaba todo jénero de oposicion, favorable ó no à la causa popular, con tal que se asestase contra la corte, en la cual se cifraban todos los quebrantos. Entre tanto, apenas se acertaba con lo que era de apetecer; siempre se habian visto tan ajenos de influir en el gobierno, se habian connaturalizado tanto con el hábito de concretarse à los lamentos, que todos se quejaban sin ir à parar, ni por aprension, en obras ni en alborotos. Una palabra suelta fué el blanco inesperado; repitióse, y pidiéronse à voces y alaridos los estados jenerales.

D' Espremenil, consejero jóven, orador fogoso y alborotador à bulto, asonador en el parlamento y aristócrata en los estados jenerales, y que fué declarado demente en la asamblea constituyente, D' Espremenil se mostró en esta ocasion uno de los declamadores parlamentarios mas violentos. Pero la oposicion estaba reservadamente conducida por Duport, jóven capacísimo y de cabal entereza, que quizas en medio de tales turbulencias trascendia à lo por venir y trataba de encaminar sus compañeros, la corte y la nacion à otro paradero muy diverso de la aristocracia parlamentaria.

El parlamento se dividia en consejeros ancianos y mozos; los primeros apetecian un contrapeso à la autoridad real, para proporcionar importancia à su cuerpo; los segundos, mas fogosos y sinceros, anhelaban plantear la libertad en el estado, sin malear sin embargo el sistema político en que nacieran. El parlamento dió una declaracion trascendental, no reconociéndose facultado para allanarse à los impuestos, refiriéndose à los estados jenerales, como los únicos à quienes competia el derecho de establecerlos, y pidió al rey se le comunicasen los ingresos y las inversiones.

Esta confesion de su incompetencia y aun usurpacion, puesto que hasta entonces el parlamento se habia apropiado el derecho de otorgar los impuestos, debió causar estrañeza. El prelado ministro, airado por esta resistencia, llamó inmediatamente al parlamento à Versalles, y en una residencia real, hizo rejistrar ambos edictos (*). Vuelto el parlamento à Paris, formalizó protestas, y dispuso pesquisas contra las profusiones de Calonne. De improviso

(*) 6 de agosto.

una decision del consejo real anuló sus acuerdos y lo desterró à Troyes (*)

Esta era la situacion jeneral el 15 de agosto de 1787. Los dos hermanos del rey, Monsieur y el Conde de Artois, fueron enviados, el uno à la cámara de cuentas, y el otro à la de auxilios, para hacer rejistrar los edictos. El primero, muy popular por sus dictámenes vertidos en la asamblea de los notables, fué aclamado por un tropel inmenso y vitoreado con universal acompañamiento hasta su mismo palacio del Luxemburgo. El Conde de Artois, notado por sostenedor de Calonne, fué recibido con murmullo, y sus sirvientes mal parados hasta el punto de tener que acudir al resguardo de la tropa.

Los parlamentos llevaban consigo un sinnúmero de ahijados, compuestos de letrados, estudiantes y curiales, entes ardorosos y siempre con ademan de estremarse ahincadamente por sus intereses. A estos aliados naturales de los parlamentos venian à hermanarse los acaudalados, temerosos de una quiebra; las clases ilustradas, íntimas de los opositores, y en fin la muchedumbre que siempre se arroja allá tras los alborotadores. Las turbulencias fueron à mas, y la autoridad tuvo que echar el resto para enfrenarlas.

El parlamento, residiendo en Troyes, celebraba diariamente sus sesiones, y estaba llamando à los litigantes. No asomaba abogado ni procurador, y la justicia estaba suspendida, como habia ya sucedido repetidas veces en el discurso del siglo. Entre tanto los majistrados se cansaban de su destierro, y Mr. de Brienne estaba sin dinero. Se jactaba con avilantez de tenerlo, para aquietar las únicas zozobras de la corte; pero carecia de él, y por otra parte, incapaz de zanjar los estorbos con un arranque denodado, andaba negociando con algunos individuos del parlamento. Sus condiciones se cifraban en un empréstito de 440 millones, repartidos en cuatro años, à cuyo último plazo se convocarian los estados jenerales. En estos términos Brienne se desentendia de entrambos impuestos, la tea de tantas discordias. Afirmado con algunos miembros, conceptuó estarlo del cuerpo entero, y el parlamento quedó restablecido el 10 de setiembre.

Una sesion real se verificó el 20 del mismo. El rey personalmente presentó el edicto de la creacion del empréstito sucesivo y la convocacion de los estados jenerales al cuarto año. Ignorábase

(*) 15 de agosto.

el carácter de esta sesion, y no se atinaba si seria una verdadera residencia con cargos. Los semblantes yacian adustos, enmudecieron todos, cuando el duque de Orleans se levantó con las facciones demudadas, y con muestras de entrañable conmocion, encarándose con el rey, le preguntó si aquella sesion era una residencia ó una deliberacion libre: es una sesion real, le contestó el rey. Los consejeros Freteau, Sabatier y d' Espremenil tomaron la voz tras el duque de Orleans, y perororon con su acostumbrada violencia. Forzóse el acto del rejistro, los consejeros fueron desterrados à las islas de Hieres, y el duque à Villers-Cotterets. Los estados jenerales quedaron diferidos hasta el quinto año.

Tales fueron los principales acontecimientos del año 1787, y el de 88 empezó con nuevas hostilidades. El 4 de enero, el parlamento espidió un auto contra las cartas reselladas y para el regreso de los desterrados. El rey anuló el auto, y el parlamento lo confirmó de nuevo.

Entre tanto el duque de Orleans, confinado en Villers-Cotterets, no podia avenirse à su destierro; indispuesto con la corte, habia mejorado en la opinion, que antes no le era favorable. Careciendo del señorío de un príncipe y del teson de un tribuno, no acertó à sobrellevar un quebranto tan leve, y para alcanzar su relevo se humilló hasta las súplicas, aun con la reina, su enemiga personal.

Brienne, airado con los tropiezos, y sin denuedo para zanjarlos; débil en Europa con la Prusia, à la cual sacrificaba la Holanda; apocado en Francia contra los parlamentos y los poderosos, no lograba mas arrimo que el de la reina, y ademas tenia que andar suspendiendo sus tareas por quebranto de salud. Ni acertaba à atajar los alborotos, ni à realizar las reducciones decretadas por el rey, y à pesar de lo exhausto del erario, aparentaba un sosiego incomprensible. Sin embargo, en medio de tantos ahogos, no se descuidaba en apropiarse nuevos beneficios y condecorar su familia con pingües dignidades.

El guarda-sellos Lamoignon, menos débil, pero con menos privanza que Brienne, acordó con él un nuevo plan para echar al través la potestad política de los parlamentos, porque allí se ahincaba à la sazon la superioridad. Como importaba el secreto, se preparó todo reservadamente. Se enviaron pliegos cerrados à los comandantes de las provincias; la imprenta donde se estampa-

ban los edictos se rodeó con guardias. El intento no debia asomar sino en el trance de comunicarlo à los parlamentos. Se iba acercando el plazo, y corria el rumor de que se disponia un acto político ruidoso. El consejero d' Espremenil logró cohechar un operario impresor, que le proporcionó un ejemplar de los edictos. En seguida se fué al tribunal; convocó à sus compañeros, y les delató sin rebozo el proyecto ministerial (*). Segun su contenido, seis grandes bailiatos, establecidos en el distrito del parlamento de Paris, debian coartar su jurisdiccion sobrado estensa. La facultad de sentenciar definitivamente y de rejistrar las leyes y los edictos se trasferia à una sala plena, compuesta de pares, prelados, majistrados y jefes militares, nombrados todos por el rey, y hasta el capitan de guardias tenia voz deliberativa. Este plan era un embate à la potestad judicial del parlamento, y un vuelco à su poderío político. Atónito el cuerpo, no acertaba à tomar un rumbo, pues no le competia deliberar sobre un proyecto que no se le trasladaba, y entre tanto le era importantísimo el sortear el trance. En este conflicto acordó un medio artero y denodado, cual fué el de recapitular y proclamar en un auto las que llamaba leyes constitutivas del estado, esmerándose en incluir en ellas su existencia y sus derechos.

En consecuencia, el 1°. de mayo, fué declarado por el parlamento de Paris: «Que la Francia era una monarquía gobernada por el rey, con arreglo à las leyes, entre las cuales las habia fundamentales, comprendiendo y santificando: 1°. el derecho de la casa reinante al trono, por línea de varon y órden de primojenitura; 2°. el derecho de la nacion para otorgar libremente subsidios por la voz de los estados jenerales, constituidos y convocados legalmente; 3°. los usos y fueros de las provincias; 4°. la inamovilidad de los majistrados; 5°. el derecho de los tribunales para comprobar en cada provincia las disposiciones del rey, y no cumplir el rejistro sino en cuanto estuvieren acordes con las leyes constitutivas de cada una y con las leyes fundamentales del estado; 6°. el derecho de todo ciudadano para no ser puesto por justicia sino ante sus jueces naturales especificados por la ley; y 7°. el derecho, sin el cual todos los demas eran inservibles, de no ser arrestado sino para ponerlo inmediatamente en manos de sus debidos jueces, en virtud de cualesquiera órdenes, protes-

(*) Mayo.

tando el tribunal contra toda quiebra de los principios recien sentados.

A este acuerdo denodado contestó el ministro, como siempre, con el desbarro de atropellar à varios individuos del parlamento. D' Espremenil y Goislart de Monsalbert, noticiosos del amago, se refujiaron al sagrado del mismo parlamento reunido. Un oficial, Vicente de Agoult, fué allá con su compañía, y no conociendo à sus reos, los llamó por sus nombres. Enmudeció al pronto el cuerpo, pero luego vocearon todos que eran d' Espremenil. Por fin el verdadero d' Espremenil se adelantó para seguir à su conductor, y entonces todo fué alboroto, siguiendo y vitoreando el pueblo à los majistrados. Tres dias despues, en sesion de residencia, hizo el rey rejistrar ejecutivamente los edictos, y la reunion de los principes y pares ofreció un remedo de la sala plena que debia reemplazar al parlamento.

El tribunal del Chatelet espidió luego un acuerdo contra los edictos, y el parlamento de Rennes declaró infames à cuantos entraren en la sala plena. En Grenoble, los vecinos defendieron à sus majistrados contra dos rejimientos, y la misma tropa, estimulada por la nobleza militar, se negó luego à hacer armas. Cuando el Comandante del Delfinado juntó à los coroneles, para saber si se podria contar con los soldados, enmudecieron todos. El mas mozo, à quien correspondia hablar primero, respondió que no contase con los suyos, empezando por el coronel. A tanta resistencia, el ministro opuso decretos del gran consejo, que anulaban las decisiones de los tribunales supremos, desterrando à ocho de ellos.

La corte, azorada por los magnates que la hostigaban, invocando los intereses del pueblo, y acudiendo à su intervencion, se valió por su parte del mismo arbitrio, y resolvió llamar el tercer estamento à su auxilio, como habian hecho antiguamente los reyes de Francia para volcar el feudalismo, echando el resto para la convocacion de los estados jenerales. Encargó investigaciones sobre el sistema de su reunion, y brindó à los escritores y cuerpos sabios para que cada cual espusiese su dictámen; y mientras el clero ya junto declaraba por su parte que se debia acortar el plazo de la convocatoria, la corte, blasonando de garbosa, suspendió al mismo tiempo la ejecucion de su sala plena, y fijó la apertura de los estados jenerales para el 1°. de mayo de 1789. Entonces se verificó el retiro del arzobis-

po de Tolosa (*), quien, con sus proyectos arrojados y cobardemente cumplidos, habia escitado una resistencia que debia escusarse ó vencerse. Al retirarse, dejó el erario exhausto, el pago de las rentas de la casa de la ciudad suspendido, todas las autoridades en pelea, y todas las provincias sobre las armas. En cuanto à su persona, afianzando ochocientos mil francos de beneficios, el arzobispado de Sens y el capelo, si escasearon los medios para el público, abundaron los suyos. Por consejo de despedida, amonestó al rey para que reencargase à Necker el ministerio de hacienda, à fin de que al arrimo de su popularidad arrollase las resistencias ya incontrastables.

En estos dos años de 1787 y 1788 fué cuando los Franceses trataron de realizar sus teorías baladíes, franqueándoles anhelo y coyuntura el vaiven de las autoridades encontradas. Durante todo el siglo, el parlamento, con sus embates al clero, habia desembozado sus pretensiones ultramontanas; tras el clero, las hubo con la corte, fiscalizando sus abusos de prepotencia y sus desbarros. Amagado de represalias, y zozobrando su misma existencia, acabó por fin de rescatar para la nacion regalías de que la corte intentaba defraudarle aun à él mismo para trasladarlas à un tribunal estraordinario. Despues de recordar à la nacion sus fueros, habia ejercitado sus brios, promoviendo y apadrinando el alzamiento. Por su parte, el clero superior espidiendo pastorales, la nobleza fomentando la insubordinacion de la tropa, habian hermanado su ahinco al de los togados, y llamado el pueblo à las armas para la defensa de sus prerogativas.

La corte, estrechada por tantos enemigos, iba escasamente resistiendo; pero hecha cargo de la precision de obrar, y dilatando siempre el trance, habia à veces atajado algun abuso, mas bien en provecho del erario que del pueblo, para aletargarse de nuevo. Embestida por último de todas partes, viendo que la primera jerarquía estaba llamando el pueblo à la contienda, acababa de introducirlo ella misma con la convocacion de los estados jenerales. Reñida todo el siglo con el espíritu filosófico, le hacia ahora un brindis, proponiendo à su escrutinio las constituciones del reino. Así las primeras autoridades del estado ofrecieron el espectáculo peregrino de injustos poseedores, batallando por un objeto à la

(*) 24 de agosto.

faz del lejítimo propietario, teniendo por paradero apellidarlo su árbitro.

En tal situacion estaba todo, cuando Necker volvió al ministerio (*). Acompañóle la confianza, restablecióse repentinamente el crédito, y los estorbos mas urjentes quedaron orillados. Acudió arbitrando ejecutivamente à los desembolsos precisos, en la espectativa de los estados jenerales que eran el salvamento invocado por todos.

Ibanse ya ventilando las cuestiones relativas à su organizacion, andando en hablillas el papel competente para el tercer estamento, si seria de igual ó de suplicante, si alcanzaria una representacion del idéntico número al de los dos primeros estamentos, ó si no tendria mas que un voto contra los dos de la nobleza y el clero.

El primer punto ventilado fué el del número de los diputados, y jamás contienda filosófica del siglo XVIII habia ocasionado tanto vaiven; los ánimos se iban acalorando con su importancia ya ejecutiva, y un escritor lacónico, enérjico y avinagrado se encumbró en esta discusion à la jerarquía que cupiera en el siglo à los sumos injenios en sus tareas filosóficas. El abate Sieyes, en un libro que dió estremado ímpetu à la jeneralidad de los ánimos, entabló este dialoguillo: «¿Qué es el tercer estamento? —Nada. —¿Y qué es lo que debe ser? — Todo.»

Juntáronse los estados en el Delfinado, y los dos primeros estamentos, mas atinados y populares que en otras partes, decidieron que la representacion del tercer estamento seria igual à la de la nobleza y del clero. El parlamento de Paris, trasluciéndosele ya la trascendencia de sus llamamientos indiscretos, se hizo cargo de que el tercer estamento no iria de auxiliar, sino de dueño; y al rejistrar la convocatoria, ordenó por cláusula espresa la conservacion del formulario de 1614, que aniquilaba su papel absolutamente. Mal-quisto ya por los estorbos que puso al edicto de igualacion civil de los protestantes, quedó entonces desembozado por entero, y la corte completamente vengada. Fué el primero en palpar la insubsistencia de la privanza popular, y si mas adelante la nacion se mostró desagradecida à los caudillos que iba desamparando sucesivamente, por esta vez le sobró la razon contra el parlamento, por cuanto hacia alto en la carrera antes que hubiese recobrado ni siquiera uno de sus derechos.

(*) Agosto.

La corte, no arrojándose à decidir por sí estas cuestiones importantes, ó mas bien para malquistar con su abono los dos estamentos altos, les pidió su dictámen, con ánimo de no seguirlo, si, como era probable, aparecia contrario al último estamento. Convocó pues nueva junta de notables (*), en la cual se pusieron à discusion todos los puntos relativos à la celebracion de los estados jenerales. La contienda fué acalorada, sonando por una parte antiguas tradiciones, y por otra los derechos naturales y la razon; y aun engolfándose en la tradicion, el tercer estamento descollaba, pues si el formulario de 1614 le desfavorecia, se contraponian otros mas antiguos. Así es que en ciertas reuniones y sobre determinados puntos se votaba por persona, tal vez se deliberaba por provincia y no por estamento, y solian los del tercero igualarse en número con los otros. ¿Cómo pues cabia referirse à los usos antiguos? Las potestades del estado ¿no habian padecido continuas revoluciones? La potestad soberana, suprema al pronto, luego vencida y despojada, rehaciéndose de nuevo al arrimo del pueblo, y vinculándose todas las facultades, ofrecia una perpetua pelea y una posicion incesantemente variable. Decíasele al clero, que, internándose en antigüedades, dejaria de formar estamento; á los nobles, que tan solo los poseedores de feudos eran elejibles, y que así los mas iban á quedar escluidos del asiento; á los parlamentos, que eran sirvientes desleales de la corona; y en fin, á todos, que la constitucion francesa se reducia á una larguísima revolucion, en la cual cada potestad habia ido alternativamente dominando, que todo se volvia innovacion, y que en tan dilatado vaiven la razon sola debia predominar.

El tercer estamento venia à abarcar casi toda la nacion, todas las clases útiles, industriosas é ilustradas; sino poseia mas que una porcion del territorio, lo beneficiaba todo, y atendiéndose á la razon, no era demas señalarle tantos diputados como à los otros dos estamentos.

La junta de notables se declaró contra lo que llamaba duplicacion del tercero; y una sola mesa, presidida por Monsieur, estuvo por ella. Entonces la corte, tomando, decia, en consideracion el dictámen de la menoría, la opinion declarada de varios príncipes de la sangre, el voto de los tres estamentos del Delfinado, la

(*) Esta asamblea se abrió el 6 de noviembre, y se cerró el 8 de diciembre inmediato, en Versalles.

peticion de las juntas provinciales, el ejemplo de varios paises de estamentos, el anhelo espresado en crecido número de memoriales, dispuso que el número total de los diputados seria de mil por lo menos; que se habia de formar en razon compuesta de la poblacion y contribuciones de cada bailiato, y que el número particular de los diputados del tercer estamento seria igual al de los otros dos juntos. (Acuerdo del consejo del 27 de diciembre de 1788.)

Con esta declaracion se disparó un entusiasmo universal; y atribuida à Necker, aumentó su privanza en la nacion y el odio de los magnates. Sin embargo, nada deslindaba en cuanto à la votacion por persona ó por estamento, aunque iba sobreentendida, porque era escusado aumentar los votos, si no se habian de contar, y dejaba campo al tercer estamento para alcanzar à viva fuerza lo que ahora se le denegaba. Asomaba tambien allí la flaqueza de la corte y del mismo Necker. La corte se aparecia con un cúmulo de inclinaciones que atajaba toda resolucion decisiva. El rey era moderado, justiciero, estudioso, y desconfiaba sobrado de sus propios alcances; amante del pueblo, ansioso de oir sus quejas, adolecia sin embargo de terrores pánicos tan supersticiosos, que se le aparecian con la libertad y la tolerancia la impiedad y la anarquía en marcha. El espíritu filosófico, al tomar vuelo, debió incurrir en desbarros que asustaron à un rey timorato y apocado. Acosado por puntos de flaquezas, de pavor y de incertidumbres, el desventurado Luis XVI, avenido en cuanto à él à todo sacrificio, pero no acertando à imponerlo à los demas, víctima de su dignacion para con la corte y de su condescendencia con la reina, purgaba yerros ajenos, pero que venian à ser suyos, por cuanto los toleraba. La reina, empapada en sus deleites, entronizada con su embeleso, anhelaba descargar de zozobras à su esposo, que rebosase el erario, y que la corte y los vasallos la idolatrasen. Ora se conformaba con el rey en cuanto al plan de reforma, ya que la precision urjia; ora, al contrario, en asomando algun menoscabo para la autoridad, algun cercen à sus palaciegos, atajaba al rey, orillaba à los ministros populares, y echaba al través todo anuncio de mejoras. Cedia al impulso de aquella parte de nobleza arrimada al trono, al cebo de las mesas y de los abusos. Esta nobleza anhelaba al par de la reina que el rey tuviese pábulo à la mano para sus profusiones, y por esta causa se enemistaba con los parlamentos, en resistiendo los impuestos;

pero se hermanaba con ellos, al defender sus regalías, descargando con pretestos vistosos la contribucion territorial. En el vaiven de estos impulsos, el rey, sin atreverse à arrostrar los apuros, deslindar los abusos y cortarlos con su soberanía, cedia alternativamente à la corte ó à la censura, sin satisfacer jamas à una ni à otra.

Si durante el siglo XVIII, cuando los filósofos en una arboleda de las Tuilerías se exhalaban en estremos por Federico y los Americanos, por Turgot y por Necker; si cuando no aspiraban à encabezar el estado, sino solo à ilustrar à los príncipes, y preveian à lo mas revoluciones lejanas, que muestras de desazon y el desbarro de las instituciones dejaban otear; si desde entonces el rey de suyo hubiese establecido cierta igualdad en los empleos, franqueando ciertos afianzamientos, todo abonanzaba para largo tiemto, y Luis XVI era adorado al par de Marco-Aurelio. Pero cuando todas las autoridades asomaron avillanadas con una dilatada contienda, y todos los abusos desenmarañados en una junta de notables; cuando la nacion, implorada en el trance, se esperanzó airosamente de abultar, lo quiso ya soberanamente. Brindáronle con estados jenerales, pidió que se acortase el plazo; acortado en efecto, pidió la preponderancia; se le denegó, pero concediéndole la duplicacion, se le franqueó el medio de conquistarla. En suma, solo se iba cediendo parcialmente y cuando no cabia resistencia; pero entonces se habia robustecido y palpado su pujanza, y ya quiso cuanto concèptuaba podia abarcar. Una resistencia incesante, enconando su ambicion, debia hacerla luego insaciable. Pero aun entonces, si un gran ministro, vigorizando un tanto al rey, hermanado con la reina, sobrepuesto à los privilejiados, se encumbrara y saciara repentinamente las pretensiones nacionales, dando de suyo una constitucion libre; si hubiese esplayado aquel ímpetu emprendedor que exhalaba la nacion, llamándola en seguida, no à reformar el estado, sino à ventilar anualmente sus intereses en un estado ya constituido, quizas no se trabara la pelea. Mas habia que anticipar el empeño, en vez de comprometerse en él, y ante todo acuchillar un sinnúmero de pretensiones. Se requeria un sujeto de convencimiento intenso y de un denuedo igual à sus arranques; y este individuo arrojado, pujante y tal vez impetuoso asustara à la corte, y esta se desentendiera de él. Para contemporizar à un tiempo con la opinion y

con los intereses arraigados, acudió à medios términos; echó mano, como se ha visto, de un ministro semi-filósofo, semi-arrojado, que volaba en alas de una popularidad desaforada, porque à la sazon intentos semi-populares en un brazo de la superioridad sobrepujaban à todas las esperanzas y arrebataban el entusiasmo de un pueblo, que luego el desenfreno de sus caudillos acabaria apenas de satisfacer.

Hervian los ánimos; juntas ó sea asonadas se arremolinaban y apellidaban à ejemplo de Inglaterra en toda la Francia. Afanábanse por desarraigar abusos, entablar reformas y plantear la constitucion. Airábanse al escudriñar ahincadamente la situacion del pais, siendo en efecto su estado político y económico insufrible. Todo venia à ser regalía en los individuos, clases y pueblos, y aun provincias y gremios, y todo se volvia trabas para la industria y la inventiva humana. Las dignidades civiles, eclesiásticas y militares yacian vinculadas en ciertas jerarquías y personas, y no habia cabida en algunas profesiones sino en virtud de títulos y haberes. Los pueblos solian tener su prerogativa para el reparto, recaudacion y pormenor del impuesto, y para el nombramiento de sus concejales; y aun las mercedes, convertidas en futuras y propiedades de familia, no dejaban arbitrio al monarca para aplicar sus preferencias. No le quedaba mas ensanche que el de tal cual dádiva, y se le habia visto pleitear con el duque de Coigny (*) sobre la abolicion de un empleo inútil. Todo se volvia vinculacion en ciertas manos, y por donde quiera los menos contrarestaban à los mas ya exhaustos. Las pechas se refundian en una sola clase. La nobleza y el clero venian à poseer dos tercios del territorio, y el otro tercio, habido por el pueblo, pagaba impuestos al rey, un sinnúmero de derechos feudales, el diezmo, y sobrellevaba la tala de la montería noble y de la misma caza. Los impuestos sobre consumos recaian en el mayor número, y por consiguiente en el pueblo. La recaudacion era gravosa, los magnates andaban siempre rezagados à su salvo, y el pueblo por el contrario atropellado, encarcelado y condenado à entregar su persona à falta de productos. Alimentaba pues con su sudor, y defendia con su sangre las primeras jerarquías, careciendo de existencia propia. La clase media, industriosa, ilustrada y menos desvalida en realidad que el pueblo, y aun enriqueciendo el reino con sus afanes, y es-

(*) Veánse las Memorias de Bouillé.

clareciéndolo con sus partos, no alcanzaba los logros que le competian. La justicia, administrada en algunas provincias por los señores, en las jurisdicciones realengas por majistrados compradores de sus empleos, solia ser tardía, parcial, costosísima, y ante todo atroz en los procesos criminales. La libertad individual se veia atropellada por las cartas de resello, y la libertad de imprenta por los censores rejios. En fin, el estado, mal defendido por defuera, vendido por las mancebas de Luis XV, comprometido por la flaqueza de Luis XVI, acababa de deshonrarse en Europa, por el sacrificio vergonzoso de la Holanda y la Polonia.

Ya se iban conmoviendo las oleadas de los pueblos; ya habian asomado turbulencias en las contiendas de los parlamentos, y en especial à la retirada del arzobispo de Tolosa, quemando su estatua. Habian insultado y embestido la tropa, y los majistrados habian tratado con blandura à los alborotadores, sus parciales. Conmovidos los ánimos y empapados en la aprension enmarañada de una revolucion inmediata, mostraban un hervidero incesante. Los parlamentos y los magnates estaban ya viendo asestadas contra ellos las armas que habian ido dando al pueblo. En Bretaña, la nobleza se habia opuesto à la duplicacion del tercer estamento, y se habia negado à nombrar diputados. La clase media, que tan eficazmente la habia servido contra la corte, se habia vuelto contra ella, siguiéndose sangrientas refriegas. La corte, que no se conceptuaba harto desagraviada de la nobleza bretona (*), sobre desentenderse de todo auxilio, habia encarcelado à algunos individuos venidos à Paris con demandas.

Hasta los elementos parecian desenfrenarse; una apedreada del 18 de julio habia talado la cosecha, y dificultaba los abastos de Paris, y mas con las turbulencias que asomaban. La suma actividad del comercio no alcanzaba à abocar las subsistencias precisas para tan crecida capital, y era muy de temer se imposibilitase su mantenimiento, en viniendo los vaivenes políticos à menoscabar la confianza y à atajar las comunicaciones. Desde el crudísimo invierno que sobrevino à los desastres de Luis XIV, y que inmortalizó la caridad de Fenelon, no se habia esperimentado otro mas riguroso que el de 88 à 89. La beneficencia, que descolló entonces con impulsos tan entrañables, no alcanzó à remediar el desamparo del pueblo. Fuéronse agolpando de los rincones de la Francia un

(*) Bouillé.

sinnúmero de vagos sin profesion ni recursos, que ostentaban su desnudez y su desdicha desde Versalles hasta Paris. Al rumor mas leve, acudian disparados para aprovechar los lances, siempre favorables à quienes carecen de todo hasta del pan diario.

Todo pues se rodeaba para una revolucion. Un siglo entero habia estado estremando y desembozando abusos; dos años estimulando alborotos, y aguerriendo las moles populares, dándoles cabida en los trances de los privilejiados. En fin, desastres naturales y un cúmulo casual de circunstancias imprevistas acarrearon la catástrofe, cuyo plazo pudiera bien dilatarse, pero cuyo cumplimiento era tarde ó temprano indefectible.

Verificáronse entre tanto las elecciones, que fueron alborotadas en algunas provincias, por donde quiera fogosas, y sosegadas en Paris, donde reinó grande armonía y unanimidad. Se repartian listas, habia esmero en unirse y asociarse. Mercaderes, abogados y literatos, estrañándose mutuamente, se iban à parear, encumbrándose à la esfera de la libertad. En Paris ellos mismos reelijieron para las mesas los nombrados por el rey, y sin variar los sujetos, comprobaron sus facultades con el acto de confirmarlos. El sabio Bailly dejó su retiro de Chaillot : forastero en las tramas, empapado en su noble encargo, acude solo y à pié à la junta. Detiénese al paso en el malecon del paseo, acércasele con acatamiento un jóven desconocido, y le dice : — ¿Va V. à ser nombrado? — Nada sé, responde Bailly, esa honra, ni debe solicitarse ni rehusarse. — El modesto académico sigue su rumbo, llega à la junta, y queda sucesivamente nombrado elector y diputado.

La eleccion del conde de Mirabeau fué tormentosa; desechado por la nobleza, agasajado por el vecindario, alborotó la Provenza, su patria, y acudió luego à orientarse por Versalles.

Desentendióse la corte de las elecciones, pero holgóse de ver un crecido número de párrocos, contando con su oposicion à los prelados, y con su acatamiento al solio. No acertaba sin embargo à preverlo todo, y en los diputados del tercer estamento iba viendo mas bien contrarios à la nobleza que à ella misma. Tachóse al duque de Orleans de su eficaz ahinco en sacar à sus parciales y aun à sí mismo. Particularizado ya entre los opuestos à la corte, hermanado con los parlamentos, y encabezando à su albedrío, ú sin él, el partido popular, se le imputaron varias maquinaciones. Acaeció en el arrabal de San Antonio un fracaso deplorable, y

como à todo acontecimiento se le atribuye un autor, se le hizo tambien este cargo. Un fabricante de papel pintado, Reveillon, cuya maestría estaba manteniendo grandiosos talleres, mejoraba la industria y suministraba subsistencia à trescientos operarios, fué tachado de intentar reducir à la mitad los jornales. El populacho amenazó incendiarle la casa, y aunque se logró dispersarlo, insistió el dia siguiente, y la casa fué asaltada y abrasada (*). A pesar de las amenazas de los incendiarios la víspera, y su cita recíproca, el gobierno providenció tardíamente, y lo hizo entonces con escesivo rigor. Se dió lugar à que el pueblo se enseñorease de la casa, se le atacó furiosamente, y fué forzoso degollar un crecido número de aquellos desalmados, que luego se manifestaron en varias ocasiones, y que merecieron el dictado de forajidos.

Todos los partidos ya declarados se acriminaron; se zahirió à la corte por sus disposiciones, al pronto tardías y luego crueles, dando por supuesto que su intento fué comprometer al pueblo para hacer un escarmiento y ejercitar la tropa. El dinero hallado à los asoladores de la casa de Reveillon, las palabras articuladas por algunos de ellos, dieron sospecha de que fueran incitados por alguna mano oculta, y los enemigos del partido popular acusaron al duque de Orleans de haber querido ensayar sus gavillas revolucionarias.

Aquel príncipe naciera con prendas aventajadas, habia heredado inmensos bienes; pero encenagado en torpezas, abusara de los dones de naturaleza y de fortuna: sin consecuencia en su carácter, ya prescindiendo de la opinion, ya sediento de popularidad, ambicioso y arrojado un dia, blando y distraido el siguiente, indispuesto con la reina y enemistado con la corte. Los partidos iban descollando, y él encabezaba uno con su nombre, y, segun fama, con su caudal. Lisonjeado con un porvenir enmarañado, obraba lo suficiente para ser tildado, mas no para triunfar, y no podia menos, si sus parciales intentaban proyectos, de estarlos desesperando con su ambicion insubsistente.

(*) 27 de abril.

CAPITULO II.

Convocacion y apertura de las estados jenerales. Discusiones sobre la comprobacion de poderes y sobre la votacion por estamentos ó por personas. El tercer estamento se declara asamblea nacional. Ciérrase el salon de los estados, y los diputados acuden á otro sitio. Juramento del trinquete. Sesion real del 23 de junio. La asamblea continúa sus sesiones á pesar de las órdenes del rey. Reunion definitiva de los tres estamentos. Primeras tareas de la asamblea. Alborotos en Paris. El pueblo liberta á los guardias franceses encerrados en la Abadía. Tramas de la corte. Se acercan tropas á Paris. Despido de Necker. Jornadas del 12, 13 y 14 de julio. Toma de la Bastilla. El rey va á la asamblea, y de allí á Paris. Regreso de Necker.

Asomaba ya el trance de la convocacion de los estados jenerales, y en el peligro comun, los magnates se iban estrechando con la corte, formando como una gradería en torno de los príncipes de la sangre y de la reina. Esmerábanse en cohechar con lisonjas á los hidalgos campesinos, para luego á sus espaldas mofarse de su tosquedad. El clero se dedicaba á granjearse los plebeyos de su órden, y la nobleza militar á los del suyo. Los parlamentos, que habian creido desempeñar el primer papel en los estados jenerales, fueron ya viendo con zozobra su ambicion defraudada. Los diputados del tercer estamento, á impulsos de sus talentos y de la enérjica espresion de sus cuadernos, y al arrimo de nuevos hermanamientos, incitados tambien por los recelos que muchos manifestaban acerca del logro de sus anhelos, se habian cerrado en la resolucion incontrastable de no ceder un punto de sus intentos.

Solo el rey, que no habia disfrutado un instante de sosiego desde el arranque de su reinado, iba columbrando en los estados jenerales el término de sus quebrantos. Solícito por su autoridad, mas bien respecto de sus hijos á quienes se conceptuaba obligado á traspasar intacto su patrimonio, que por sí mismo, no llevaba á mal el ceder algo á la nacion, descargándose así en parte de los apuros del gobierno. Por tanto aparataba gozoso esta grande reunion, disponiendo el salon con dilijencia y arreglando tambien

los trajes, é imponiendo al tercer estamento un ceremonial desairadísimo. El hombre no tiene menos apego à sus ínfulas que à sus derechos, y con un señorío muy debido, los cuadernos vedaban à los diputados el allanarse à etiquetas bochornosas. Este nuevo desacierto de la corte procedia, como todos, del anhelo de conservar la apariencia, cuando carecia de la realidad, y debió causar un encono entrañable en el punto de estarse careando antes de trabar la refriega.

El 4 de mayo, víspera de la apertura, hubo procesion solemne, y el rey, los tres estamentos y todos los prohombres del estado fueron à la iglesia de Ntra. Señora. La corte echó el resto de su boato, y los dos estamentos primeros iban de toda gala. Príncipes, pares, jentiles-hombres y prelados, tremolaban púrpura y sombreros empenachados. El tercero, con capa negra lisa, seguia inmediatamente, y en medio de su esterior modesto, descollaba por su número y por el amago de sus anuncios. Se reparó que el duque de Orleans, colocado à retaguardia de la nobleza, procuraba rezagarse y barajarse con los primeros diputados del tercer estamento.

Aquella pompa nacional, militar y relijiosa, aquellos cánticos sagrados, aquellos instrumentos guerreros, y ante todo, la grandeza del acontecimiento, conmovieron íntimamente los ánimos. El razonamiento del obispo de Nancy, rebosando de arranques jenerosos, fué vitoreado con entusiasmo, à pesar de la santidad del sitio y de la presencia del rey. Las concurrencias grandiosas encumbran el espíritu, nos desapropian de nosotros mismos, y nos anudan con los demas; un arrobo jeneral se fué derramando; y de repente no pocos pechos latieron sin enconos y se cuajaron por un instante de humanidad y de patriotismo (*).

La apertura se verificó el dia siguiente 5 de mayo de 1789. El rey se colocó en un trono elevado, la reina inmediata, la corte en las tribunas, los dos primeros estamentos en ambos costados, el tercero al fondo del salon y en asientos inferiores. Hubo algun movimiento à la vista del conde de Mirabeau; pero sus miradas y sus pasos acallaron toda la asamblea. El tercer estamento se cubrió como los otros dos, à pesar de la práctica establecida. El rey pronunció un discurso, aconsejando el desinterés à los unos y la cordura à los otros, y habló à todos de su afecto al pueblo. El guar-

(*) Véase la nota primera al fin del último tomo.

da-sellos Barentin tomó luego la voz; y en seguida Necker, que leyó una memoria sobre el estado del reino, donde habló largamente de la hacienda, patentizó un descubierto de 56 millones, y molestó con sus pesadeces à los que no lastimó con sus lecciones.

Desde el dia inmediato se prescribió à los diputados de los tres estamentos el acudir al sitio señalado. Ademas del salon principal, harto capaz para que cupiesen los estamentos reunidos, se habian construido otras dos salas para la nobleza y el clero. El salon jeneral era para el tercero, quien lograba la ventaja de permanecer en su sitio para hallarse en el conjunto de todos. La primera dilijencia que se ofrecia era la comprobacion de poderes, y se trataba de acordar si se habia de verificar juntamente ó por estamentos. Los diputados del tercero, alegando que se hacia importantísimo à cada estamento el cerciorarse de la lejitimidad de los otros, opinaban por la comprobacion en comun. La nobleza y el clero, ansiosos de conservar la separacion de estamentos, defendian que cada cual debia constituirse respectivamente. Esta cuestion no era todavía la del voto por persona, puesto que cabia el comprobar los poderes en comun y votar luego separadamente; pero se le acercaba en gran manera, y desde el arranque hizo estallar una desavenencia, que era obvio prever y precaver, zanjando anticipadamente la discordia; pero la corte nunca tuvo brio para rehusar ni otorgar lo que era justo, y estaba por otra parte esperanzada de reinar dividiendo.

El tercer estamento permaneció en la sala comun, absteniéndose de tomar acuerdo alguno, y esperando, segun decia, la reunion de los compañeros. La nobleza y el clero, en sus estancias respectivas, entablaron su deliberacion acerca de las comprobaciones. El clero votó la comprobacion separada, con la mayoría de 133 contra 114, y la nobleza de 188 contra 114. El tercer estamento, aferrado à su permanencia, se atuvo el dia siguiente à la conducta de la víspera. Se esmeraba en evitar toda disposicion que pudiera tener viso de querer constituirse separadamente; por tanto, destacando algunos de sus vocales à las otras cámaras, estuvo muy sobre sí para no darles encargo alguno espreso. Estos individuos iban únicamente à decir al clero y à la nobleza que se les esperaba en el salon jeneral. La nobleza no se hallaba en sesion en aquel punto; el clero estaba reunido, y ofreció nombrar encargados para ajustar las desavenencias suscitadas. Nombrólos con efecto,

y brindó à la nobleza para que hiciera otro tanto, mostrando en esta contienda un carácter muy diverso del de los nobles. Era la mas doliente de las clases privilejiadas en los ataques del siglo XVIII. Se habia impugnado hasta su misma existencia política; estaba dividida à causa del crecido número de párrocos, y por otra parte, su papel fundamental era el de la moderacion y del espíritu de paz, y así, como se ha dicho, ofreció una especie de mediacion.

La nobleza se desentendió al contrario, ajenísima de nombrar comisionados. Menos cuerda que el clero, desconfiando menos de sus fueros, no creyéndose obligada à la moderacion sino al denuedo, prorumpia en amenazas y rechazos. Hombres que no disculpaban pasion ajena, se entregaban à la suya, y se allanaban, como todas las juntas, al predominio de los ánimos mas violentos. Cazalés y D' Espremenil, recien hidalgados, hacian prevalecer las mociones mas impetuosas, preparadas de antemano en juntas particulares. En vano se esmeraba una menoría de sujetos mas cuerdos ó mas atinadamente ambiciosos en desengañar à la nobleza; todo lo desoía, y hablaba de pelear y perecer, añadiendo, por las leyes y la justicia. El tercer estamento, siempre incontrastable, paladeaba con sosiego la amargura de los ultrajes. Enconábase mudamente, y se manejaba con el tino y el teson de toda potestad àsomante, y así se acarreaba el aplauso de las tribunas, destinadas por el pronto à la corte, y allanadas por la plebe.

Consumíanse los dias, y el clero iba tendiendo lazos al tercer estamento, comprometiéndolo en ciertos actos que le recabaran la calificacion de estamento constituido; pero el tercero los rechazaba con teson, y no propasándose mas que à disposiciones indispensables de policía interior, se habia ceñido à nombrar un decano y agregados para recojer los votos. Rehusaba abrir las cartas que se le dirijian, y declaraba formar, no un estamento, sino una «junta de ciudadanos reunidos para esperar à otros ciudadanos.»

La nobleza, despues de desentenderse de nombrar conciliadores, se avino por fin à enviarlos, para hermanarse con los demas estamentos; pero su encargo paraba en nulo, previniéndoles al propio tiempo que declarasen su aferramiento en la decision del 6 de mayo, la cual disponia la comprobacion separada. El clero, por el contrario, fiel à su instituto, habia suspendido la comprobacion empezada ya en su cámara, y se habia declarado inconstituido, du-

rante las conferencias de los conciliadores. Las conferencias iban siguiendo; callaba el clero, los diputados del tercero esforzaban sus razones con sosiego, los de la nobleza con arrebato. Separábanse enconados con la contienda, y el tercer estamento, mas y mas aferrado en su tema, no se disgustaba por cierto al saber que toda transaccion se hacia imposible. La nobleza oia de continuo à sus encargados asegurar que habian quedado airosos, y su acaloramiento iba subiendo de punto. Por cierto relámpago de cordura, los dos primeros estamentos declararon que renunciaban à sus privilejios pecuniarios. El tercero aceptó el desapropio, pero se aferró en su inaccion, requiriendo siempre la comprobacion comun. Los enviados de la nobleza declararon en su nombre que no accedia al convenio, y se retiraron sin fijar dia para nueva conferencia. La transaccion quedó así desvanecida; y el mismo dia, la nobleza acordó un auto por el cual declaraba de nuevo que por esta lejislatura se comprobaria separadamente, dejando à los estados jenerales el cargo de plantear el sistema que habia de rejir en lo venidero. Este acuerdo se comunicó à la cámara de los comunes el 27 de mayo. Reunidos desde el 5, veinte y dos dias habian mediado, durante los cuales nada se habia hecho, y era ya tiempo de fijarse en alguna determinacion. Mirabeau, que era el alma del partido popular, hizo advertir que urjia decidirse y entablar el sistema del bien público, ya tan rezagado, y propuso que con presencia del acuerdo de la nobleza, se intimase al clero tuviese à bien esplicarse sobre la marcha y manifestar si gustaba ó no hermanarse con el tercer estamento. Adoptóse la proposicion, y el diputado Target se encaminó, capitaneando una comision crecida, à la sala del clero: «Los señores de los comunes brindan, dijo, à los del clero, EN NOMBRE DE UN DIOS DE PAZ, y por el interés nacional, à incorporarse con ellos en el salon de la asamblea, para acordar los medios de realizar la concordia, tan precisa en este punto para la salvacion de la existencia pública.» El clero, absorto al eco de la solemne embajada, prorumpió en aclamaciones, por la voz de un crecido número de individuos, que trataron de avenirse inmediatamente à este requerimiento; pero los contuvieron, y contestaron à los diputados que se iba à deliberar. En su vista, el tercer estamento, incontrastable, acordó esperar en sesion permanente la determinacion del clero. No viniendo, se avisó que la estaban esperando, y el clero se quejó de que tanto se le apremiase, pidiendo

que se le franquease el plazo necesario. Se le replicó moderadamente que podia tomarlo, y se esperaria, si era menester, todo el dia y toda la noche.

La situacion era apurada; sabia el clero que tras su contestacion, los comunes emprenderian sus tareas, y tomarian terminantemente su partido; queria contemporizar para entenderse con la corte, y pidió el dia siguiente, lo que se le concedió con repugnancia. Con efecto, el siguiente dia, el rey, tan anhelado por los primeros estamentos, se arrestó à intervenir. Desde este punto los rencores todos con la corte se iban desvaneciendo, al asomo de aquella potestad popular que medraba tan instantaneamente. El rey, presentándose al fin, fué amonestando à todos para continuar sus conferencias con asistencia del guarda-sellos; el tercero, por mas que se haya dicho de sus intentos, que se han sentenciado despues de los sucesos, no tramontaba con sus anhelos el coto de una monarquía combinada. Sabiendo el ánimo de Luis XVI, rebosaba de acatamiento, y ademas, no queriendo dañar à su propia causa por algun desbarro, se avino à la continuacion de las conferencias, aunque, en vista de las declaraciones de la nobleza, las conceptuaba infructuosas; y con esta contestacion le dirijió una memoria por el conducto de su decano en persona. Este era Bailly, sujeto sencillo y virtuoso, sabio esclarecido y modesto, arrebatado repentinamente de su callado escritorio al vaiven de las discordias civiles. Nombrado presidente de una crecida asamblea, se asustó de su nueva carrera, juzgándose inhábil para desempeñarla, y solo por deber la habia arrostrado. Pero encumbrado de un vuelo à la esfera de la libertad, halló en sí mismo una magnanimidad y un teson inesperado; en medio de tantos reencuentros, hizo acatar la majestad de la asamblea, y fué su representante con todo el señorío de la virtud y de la razon.

Bailly se vió apuradísimo para introducirse hasta la persona del rey, y al insistir en su intento, los palaciegos propagaron que no habia acatado el quebranto del monarca, inconsolable con la muerte del delfin. Fué por fin presentado, y desentendiéndose de todo ceremonial bochornoso, habló con entereza y miramiento. El rey lo acojió con agrado, pero sin desentrañar sus interioridades.

El gobierno, avenido à ciertos sacrificios, à trueque de ajenciar caudales, intentaba, contraponiendo los estamentos, constituirse su árbitro, desapropiar à la nobleza de sus privilejios pecuniarios,

al arrimo del tercer estamento, y atajar la ambicion de este con el antemural de la nobleza; la cual, sin zozobra por los apuros del erario, y no atendiendo mas que à sus propios sacrificios, trataba de ocasionar la disolucion de los estados jenerales, é inutilizar así su convocacion. El tercer estamento, à quien la corte y los dos primeros no querian reconocer bajo aquel dictado, apellidándolo siempre tercero, iba acrecentando por puntos su pujanza, y estaba resuelto à no malograr à todo trance la coyuntura que no volveria tal vez à rodearse.

Renovadas las conferencias, la nobleza lo dificultaba todo, por el dictado de comunes que se habia apropiado el tercer estamento, y por la forma y las firmas de las actas. Entablaron su discusion, y casi habian enmudecido los nobles por las razones que se les alegaban, cuando Necker, en nombre del rey, propuso un nuevo arbitrio de conciliacion. Cada estamento habia de comprobar separadamente sus poderes, y participarlo à los otros: en el caso de sobrevenir alguna dificultad, los comisionados la aclararian à las cámaras, y si se desavenian en la decision, el rey sentenciaria definitivamente, y así la corte zanjaba en pro suyo la disension. La nobleza al pronto se mostró gozosa; pero irritada luego por sus motores, orilló el dictámen de sus vocales mas cuerdos, y modificó el plan de conciliacion. Esta es la fecha de todas sus desventuras.

Los comunes, enterados de este acuerdo, esperaban su participacion, para dar luego su voto; mas el clero, con su maña acostumbrada, para desconceptuarlos con la nacion, les envió una diputacion para entender con ellos de las escaseces del pueblo, todos los dias mas mortales, y acudir en dilijencia à atajar la carestía, acopiando cuantiosos abastos. El tercer estamento, para obviar su desconcepto con el pueblo, si se desentendia de la propuesta, contrapuso ardid por ardid, respondiendo que, hecho cargo de aquella obligacion, esperaba al clero en su salon para ventilar allí aquel punto importantísimo. Llegó entonces la nobleza, y notició su solemne acuerdo á los comunes, diciendo que adoptaba el plan de conciliacion, pero atenida siempre à la comprobacion separada, y no remitiéndose à los estamentos reunidos y à la jurisdiccion suprema del rey, sino en cuanto à los tropiezos que pudieran sobrevenir sobre las diputaciones enteras de alguna provincia.

Este acuerdo zanjó todo el pantano del tercer estamento; pues

precisado ó bien à ceder ó à declararse en guerra con los otros dos y con el solio, si el plan de conciliacion se hubiese adoptado, con aquellas variaciones sustanciales quedaba descargado de toda esplicacion. Llegado era el trance; pues ceder en el punto de la comprobacion no era à la verdad allanarse al voto por estamento, pero flaquear una vez era rendirse para siempre. Era forzoso avenirse como à la inexistencia, dar dinero à la superioridad, y contentarse con el cercen de ciertos abusos, cuando estaba patente el camino de rejenerar el estado, ó tomar una resolucion briosa, y afianzar à viva fuerza una parte de la potestad lejislativa. Este era el primer acto revolucionario, pero no titubeó la asamblea, y así, firmadas las actas y terminadas las conferencias, se levanta Mirabeau, y dice : «Desechado un plan de conciliacion por una parte, no cabe ya ventilarlo por la otra. Voló un mes, y hay que tomar un partido terminante. Hay un diputado de Paris que trae una mision importante; óigasele.» Mirabeau, habiendo entablado la deliberacion con su arrojo, acompaña à la tribuna à Sieyes, hombre grandioso, sistemático, y atinado en sus ilaciones. Sieyes compendia el porte del estamento, que con espera se avenia à las conciliaciones propuestas; su dilatada condescendencia ha tenido un paradero infructuoso; ya no cabe mas demoras sin defraudar su encargo; por tanto, deben hacer la postrera amonestacion à los otros estamentos para hermanarse con él, y entablar por fin la comprobacion. Esta proposicion adecuadamente raciocinada (*) logró sumo entusiasmo, y aun se trató de intimar à los otros que se incorporasen en el término de una hora (**). Sin embargo se proroga el término. El dia siguiente, juéves, consagrado à solemnidades relijiosas, hizo que se trasladase al viérnes. Entonces se verifica la postrera amonestacion; contestan que se va à deliberar, y el rey, que ya participará sus intentos. El llamamiento por bailiatos empieza; el primer dia acuden tres curas, y merecen grandes aplausos; el segundo, seis; el tercero y el cuarto, hasta diez, y entre ellos el abate Gregoire.

Durante el llamamiento y la comprobacion de poderes, se trabó una contienda reñida sobre el dictado competente de la asamblea. Mirabeau propuso el de representantes del pueblo francés; Mounier el de la mayoría deliberando en ausencia de la menoría; el di-

(*) Véase la nota segunda al fin del último tomo.
(**) Sesion del 10 de junio.

putado Legrand el de asamblea nacional. Adoptóse este último, tras una discusion que se fué alargando hasta el 16 de junio por la noche. Era la una de la madrugada, y se trataba de acordar si se constituirian ya en sesion permanente, ó si se habia de trasladar al otro dia. Algunos opinaban que no se malograse un momento, para granjearse un carácter legal que contrastase à la corte. Unos cuantos, ansiosos de atajar las tareas de la asamblea, se disparaban exhalando furibundos alaridos. Los partidos encontrados, cercando una mesa larga, se amenazaban mutuamente; Bailly, colocado en el centro, se veia intimado por los unos de disolver la asamblea, y por los otros de poner à votacion el proyecto de constituirse. Incontrastable en medio del alboroto y de los ultrajes, se mantuvo mas de una hora inmóvil y callado. El cielo estaba tempestuoso, y el viento soplando hasta por el interior del salon, redoblaba el estruendo. Por fin se retiraron los furiosos, y entonces Bailly, encarándose con la asamblea, cuya demasía habia abonanzado con la desaparicion de los alborotadores, la amonestó à remitir para el discurso del dia el acuerdo importante que se habia propuesto. Adoptaron este dictámen, y se retiraron celebrando su entereza y su cordura.

El siguiente dia, 17 de junio, se puso el asunto en deliberacion, y, con la mayoría de 491 votos contra 90, se constituyeron los comunes en asamblea nacional. Sieyes, encargado de fundar esta decision, lo hizo con su puntualidad acostumbrada.

«La asamblea, deliberando tras la comprobacion de los poderes, reconoce que consta ya de los representantes enviados directamente por los noventa y seis centenos por lo menos de la nacion. Tan abultado cúmulo de diputaciones no cabe permanezca yerto por la falta de algunos diputados, ó de ciertas clases de ciudadanos, pues los ausentes, ya llamados, no obstan para que los presentes ejerzan la plenitud de sus derechos, y en especial cuando este ejercicio es tan preciso y ejecutivo.

«Ademas, puesto que solo corresponde à los representantes comprobados acudir al voto nacional, y que todos los representantes comprobados deben hallarse en esta asamblea, es tambien forzoso concluir que le pertenece, y solo à ella, el interpretar y representar la voluntad jeneral de la nacion.

«No cabe mediar entre el solio y la asamblea ningun veto, ú potestad negativa.

«La asamblea declara por tanto que la empresa comun de la res-

tauracion nacional puede y debe entablarse sin demora por los diputados presentes, y que deben desempeñarla sin quebranto y sin estorbos.

«El dictado de asamblea nacional es el único que corresponde à la asamblea en la situacion actual, ya porque sus vocales son los únicos representantes lejítima y públicamente conocidos y comprobados, ya porque vienen enviados por casi toda la nacion, ya en fin, porque la representacion siendo una é indivisible, ningun diputado electo, por cualquiera clase ó jerarquía que fuere, tiene derecho para ejercer sus funciones fuera de esta asamblea.

«La asamblea, nunca desesperanzada de abrazar en su regazo los diputados ahora ausentes, no cesará de llamarlos al desempeño de la obligacion que les cupo de asistir à la celebracion de los estados jenerales. En cualquiera punto que los diputados ausentes acudan à la lejislatura que se va à principiar, declara de antemano que los recibirá ansiosamente, y que terciará con ellos, comprobados los poderes, la continuacion de las grandes tareas que han de acarrear la rejeneracion de la Francia.»

Tras este acuerdo, la asamblea, deseosa à un tiempo de mostrar un acto de su potestad, y evidenciar que no trataba de atajar el rumbo à la administracion pública, legalizó la recaudacion de los impuestos, aunque establecidos sin el beneplácito nacional; precaviendo su separacion, añadió que cesarian de recaudarse en estando separada; previendo ademas la quiebra, arbitrio que paraba en la superioridad para zanjar los apuros de la hacienda y desentenderse de la intervencion nacional, se pertrechó con la cordura y el pundonor, escudando à los acreedores del estado bajo la salvaguardia de la lealtad francesa, y por fin proclamó que iba à dedicarse incesantemente al remedio de las escaseces y del desamparo público.

Estas disposiciones, que acreditaban tanto denuedo como intelijencia, causaron una sensacion entrañable. La corte y los magnates quedaron despavoridos con tanto arrojo y brio. Entre tanto, el clero seguia deliberando alborotadamente sobre su reunion al tercer estamento, y la muchedumbre estaba por fuera esperando el resultado de la deliberacion. Predominaron por fin los párrocos, y se supo que estaba votada la reunion por la mayoría de 149 votos contra 115. Los votantes por la reunion merecieron raptos de aceptacion, y sus contrarios fueron ultrajados y mal parados por el pueblo.

Este trance debia ser el conciliador de la corte y la aristocracia, siendo igual para una y otra. La postrera resolucion lastimaba tanto al rey como à los primeros estamentos mismos, de quienes el tercero declaraba poder prescindir: todo fué echarse à los piés del rey. El duque de Luxemburgo, el cardenal de la Rochefoucauld y el arzobispo de Paris le instaron para que enfrenase la avilantez del tercer estamento y escudase sus derechos comprometidos. El parlamento le brindó con prescindir de los estados jenerales y acceder à todos los impuestos. Cercado el rey de los príncipes y de la reina, contrastaron de sobras su flaqueza, y en fin lo arrebataron à Marly, para que disparase una disposicion violenta.

El ministro Necker, adicto à la causa popular, se contentaba con representaciones infructuosas, justas para el rey cuando disponia de su ánimo; pero que luego la corte se esmeraba en desvanecer. Al ver que la intervencion de la autoridad real era ya imprescindible, ideó un proyecto que pareció muy esforzado para su espíritu, queriendo que el monarca en una sesion real dispusiera la reunion de los estamentos, pero solo para los puntos de interés jeneral; que se apropiase la sancion de cuantas resoluciones tomasen los estados jenerales; que desaprobase desde luego todo establecimiento ajeno de una monarquía moderada, como el de una asamblea única, y que al fin prometiese la abolicion de los privilejios, la admision de todos los Franceses à los empleos civiles y militares, etc. Necker, que careció de brio para anticipar à tiempo semejante plan, tampoco lo tenia para afianzar su ejecucion.

El consejo se hallaba con el rey en Marly, y allí el proyecto de Necker, aprobado al pronto, fué reasumido luego; de repente llevan al rey un billetillo; el consejo se suspende, se continúa y se deja para otro dia, à pesar de la urjencia de la mayor prontitud. El dia siguiente se incorporan nuevos vocales, y los hermanos del rey entre ellos. El proyecto de Necker se modifica, el autor lo resiste, cede en parte, queda vencido, y regresa à Versalles. Un paje llega tres veces con billetes y nuevas modificaciones, su plan viene à quedar destroncado, y la sesion real aplazada para el 22 de junio.

Ciérrase el salon de los estados desde el 20, so color de los preparativos que requiere la presencia del rey. Este requisito era

obra de una mañana; pero habia resuelto el clero la víspera incorporarse con los comunes, y se trataba de estorbar esta reunion. Una órden del rey suspende en seguida las sesiones hasta el 22. Bailly, creyéndose obligado à obedecer à la asamblea, que el viérnes 19 se habia aplazado para el sábado inmediato, llega à la puerta del salon, cercado por guardias francesas con órden de prohibir la entrada. El oficial de guardia recibe à Bailly con atencion, y le franquea un patio para estender allí su protesta. Algunos diputados jóvenes y fogosos intentan atropellar la guardia; acude Bailly, los aplaca y se los lleva consigo, para no comprometer al oficial jeneroso que ejecutaba con tanta moderacion las órdenes superiores. Se amotinan, se aferran en reunirse, hablan algunos de celebrar la sesion bajo los mismos balcones del rey, otros proponen un trinquete, marchan allá, y el dueño lo franquea gustoso.

El trinquete era espacioso, pero las paredes lisas y denegridas. Ofrecen un sillon al presidente, que lo rehusa y quiere permanecer en pié con la asamblea. Un banco sirve de escritorio, y dos diputados se quedan de guardia à la puerta, hasta que los dependientes de la casa acuden à ofrecer sus servicios. El pueblo se atropella, y se entabla la deliberacion. Todos se disparan contra la suspension de las sesiones, y se proponen varios medios para atajarla en lo sucesivo. El hervidero crece, y los partidos estremados inflaman la fantasía. Propónese el marchar à Paris; este parecer, escuchado con ardor, se ventila disparadamente, y aun se habla de trasladarse en cuerpo y à pié. Asústase Bailly de las tropelías que pudiera padecer la asamblea en el tránsito, y temiendo una quiebra, se opone à este proyecto. Entonces Mounier propone à los diputados el juramentarse para que nadie se separe antes del establecimiento de una constitucion. La proposicion merece nuevos raptos de entusiasmo, y se estiende en seguida la fórmula del juramento. Bailly pide la distincion de jurar primero, y lee la fórmula del tenor siguiente: «¿Jurais solemnemente no separaros jamas, reuniros donde quiera que lo requieran las circunstancias, hasta que la constitucion del reino quede planteada y afianzada sobre cimientos incontrastables?» Esta fórmula, pronunciada en voz recia y perceptible, resonó hasta por de fuera. Inmediatamente articulan todas las bocas el juramento, todos los brazos se alzan tendidos hácia Bailly, el cual, en pié é

inmóvil, recibe este comprometimiento solemne de afianzar con leyes el ejercicio de los derechos nacionales. Se arremolina el tropel voceando: «¡Viva la asamblea! ¡Viva el rey!» como para demostrar que, sin enojo y sin encono, sino por obligacion, se reintegra de lo que se le está debiendo. Los diputados van luego firmando la declaracion que acaban de proclamar. Uno solo, Martin de Auch, añade à su nombre la palabra de opuesto. Alborótanse tras él, y Bailly, para que le oigan, sube sobre una mesa, se encara comedidamente con el diputado, y le representa que le cabe el derecho de retraer su firma, pero no el de formar oposicion. El diputado se aferra, y la asamblea, por respeto à su libertad, tolera la palabra, y la deja subsistir en el acta.

Este nuevo disparo de pujanza sobresaltó à la nobleza, que el dia siguiente acudió con el pésame à las plantas del rey, como à disculparse de las restricciones que habia puesto al plan de conciliacion, y à implorar su asistencia. La menoría de los nobles protestó contra este paso, sosteniendo con razon que ya no tenia cabida la intervencion real, despues de haberla desairado tan torpemente. Esta menoría, desatendida, constaba de cuarenta y siete vocales, entre ellos militares y majistrados instruidos; el duque de Liancourt, amante pundonoroso de su rey y de la libertad; el duque de la Rochefoucauld, esclarecido por su virtud cabal y sus brillantes luces; Lally Tolendal, célebre ya por el fracaso de su padre y sus elocuentes reclamaciones; Clermont Tonnerre, notable por su don del habla; los dos hermanos Lameth, coroneles jóvenes, conocidos por su agudeza y su valentía; Duport, ya citado por su grandísima capacidad y la entereza de su carácter; en fin, el marqués de Lafayette, defensor de la libertad americana, que hermanaba la travesura francesa con el teson y la sencillez de Washington.

Los amaños entorpecian todas las operaciones de la corte, y la sesion, aplazada al pronto para el 22, se trasladó al 23. Un billete, traido muy tarde à Bailly tras la salida del gran consejo, le participaba la traslacion, y demostraba el vaiven de los ánimos. Necker estaba resuelto à no acudir à la sesion, para no escudar con su presencia proyectos que desaprobaba.

Los arbitrios mezquinos, recurso comun de autoridades endebles, se emplearon para atajar la sesion del 22; los príncipes embargaron el trinquete para jugar todo aquel dia, y la asamblea

se juntó en la iglesia de San Luis, en donde recibió la mayoría del clero, capitaneada por el arzobispo de Vienne. Esta reunion, verificada con sumo señorío, causó especial júbilo, pues el clero venia, segun decia él mismo, à conformarse para la comprobacion de poderes.

El dia siguiente 23 era el aplazado para la sesion real, y los diputados del tercer estamento tenian que entrar por una puerta escusada, diversa de la que se franqueaba à los primeros, pues ya que no mediaban tropelías, menudeaban los desaires. Esperaron largo rato, aguantando la lluvia, y el presidente dando aldabazos à la puerta, que no acababa de abrirse, tuvo que redoblarlos, y se le respondió que no era hora todavía. Ya los diputados trataban de retirarse, cuando Bailly golpeó mas y mas. Abrese la puerta, entra el estamento, y halla à los dos primeros posesionados de sus asientos, que habian querido afianzar anticipadamente. La sesion no era, como la del 5 de mayo, majestuosa y al par halagüeña, por cierto derramamiento de arranques y esperanzas; pues la mucha tropa y un silencio adusto la diferenciaban de aquella primera solemnidad. Los diputados del comun enmudecieron de intento. Tomó el rey la voz, y desembozó su flaqueza valiéndose de espresiones sobrado vehementes para su carácter, profiriendo reconvenciones y mandatos. Disponia la separacion de estamentos, anulaba los acuerdos antecedentes del tercero, ofreciendo sancionar el desapropio de privilejios pecuniarios, en verificándolo los poseedores. Conservaba todos los derechos feudales, tanto provechosos como honoríficos, à fuer de propiedades inviolables; no mandaba la reunion para los intereses jenerales, pero la esperanzaba con la moderacion de los estamentos altos; de modo que precisaba à obedecer al tercer estamento, y se contentaba con suponer la obediencia en los otros. Dejaba à la nobleza y al clero árbitros en sus pertenencias, y concluia diciendo: que si venia à palpar nuevos estorbos, beneficiaria por sí solo al pueblo, y se consideraria como su único representante. El estilo y el desentono enconaron entrañablemente los ánimos, no contra el rey, que acababa de hacer un papel de apasionado y postizo, sino contra la aristocracia que estuvo representando.

Acabado el razonamiento, manda à la asamblea que inmediatamente se separe; síguenle la nobleza y parte del clero; los mas

de los diputados eclesiásticos se quedan, y los del comun permanecen inmobles y mudos. Mirabeau, que siempre descollaba, se levanta: «Señores, dice, en cuanto acabamos de oir pudiera cifrarse la salvacion de la patria, si los agasajos del despotismo no fuesen siempre peligrosos..... ¡Aparato de armas, violacion del santuario nacional, para mandaros que seais felices!..... ¿En dónde están los enemigos de la nacion? ¿Asoma acaso Catilina por las puertas? Pido que, escudándoos con vuestra dignidad y potestad lejislativa, cumplais con escrupulosidad vuestro juramento, que os prescribe no separaros hasta dejar formada la constitucion.»

El marqués de Brezé, primer maestro de ceremonias, se interna, y encarándose con Bailly: «Ya habeis oido, dice, las órdenes del rey.—Voy, le contesta, à tomar las de la asamblea.» Mirabeau se adelanta, y esclama: «Si señor, hemos oido los intentos sujeridos al rey; pero vos no teneis aquí ni voz ni lugar, ni derecho para esplicaros. Sin embargo, para zanjar toda demora, id, y manifestad à vuestro amo, que estamos aquí por la potestad del pueblo, y nadie nos arroja sino à los filos de las bayonetas.» Mr. de Brezé se retira, y Sieyes pronuncia estas palabras: «Somos hoy lo que éramos ayer, deliberemos.» La asamblea se formaliza para deliberar sobre el mantenimiento de sus acuerdos anteriores. «El primero, dijo Barnave, declara lo que sois, el segundo providencia sobre los impuestos que à vosotros solos corresponde plantear, y el tercero es el juramento de cumplir con vuestras obligaciones. Ninguna de estas disposiciones requiere la sancion real. El rey no puede estorbar lo que le corresponde conceder.» Entran en aquel punto operarios para quitar los asientos, tropa armada atraviesa el salon y lo cerca por fuera, guardias de la persona se adelantan hasta la puerta. La asamblea, sin interrupcion, permanece en los asientos, recoje los votos, y se aferra unánime en el mantenimiento de sus acuerdos. Ademas, en el recinto de un sitio real, en medio de los sirvientes de la corte, y sin el arrimo de un pueblo, luego tan formidable, la asamblea estaba espuesta. Vuelve Mirabeau à la tribuna, y propone el decreto de la inviolabilidad de los miembros. En seguida la asamblea, sin contrastar la violencia mas que con un denuedo majestuoso, declara inviolables todos los vocales, pre-

goria traidor, infame y reo de pena capital à quien desacate sus personas.

Entre tanto la nobleza, que suponia el estado en salvo con esta sesion ejecutiva, se estremaba en parabienes al príncipe que la ideara, y los redoblaba luego con la reina, la cual, teniendo à su niño en brazos y enseñándolo à esta servidumbre tan desalada, se empapaba en sus juramentos, y se adormecia por su desdicha en tan ciega confianza. Oyense alaridos, arrójanse todos, y ven que el pueblo atropellado estaba dando à Necker la enhorabuena por no haber asistido à la sesion rejia. Trocóse en pavor el alborozo: los reyes hicieron llamar à Necker, y entrambas augustas personas tuvieron qué rogarle se mantuviera en el ministerio. Avínose luego, traspasando à la corte parte de la popularidad granjeada con su desvío de la sesion aciaga.

Así se realizó la primera revolucion: el tercer estamento se habia reintegrado de su potestad lejislativa, y sus émulos se la habian desapropiado por querérsela vincular en sí mismos; consumándose totalmente en pocos dias este vuelco lejislativo. Valiéronse todavía de mañuelas mezquinas, como la de entorpecer las comunicaciones entre las salas; pero todo fué en balde. El 24, la mayoría del clero acudió à la asamblea, y pidió la comprobacion en comun, para deliberar luego sobre las proposiciones hechas la víspera por el rey; la menoría del clero seguia deliberando en su sala particular. El arzobispo de Paris, Juigné, prelado virtuoso, bienhechor del pueblo, pero tenaz privilejiado, se vió perseguido y precisado à prometer su reunion. Acudió con efecto à la asamblea nacional, acompañado del arzobispo de Burdeos, mitrado popular, y que luego debia parar en ministro. Todo era turbulencia en la jerarquía noble, y sus alborotadores perpetuos les inflamaban las pasiones. Despremenil propuso proveer contra el tercer estamento, y hacerlo procesar por el fiscal, pero la menoría estuvo por la reunion, que se desechó con alboroto. El duque de Orleans corroboró la proposicion, tras haber ofrecido lo contrario la víspera à los de Polignac (*). Cuarenta y siete vocales, resueltos à incorporarse con la asamblea jeneral, contra la decision de la mayoría, se pasaron en globo, y fueron recibidos con regocijo universal. Sin embargo à pesar de este júbilo causado por su presencia, sus semblantes se manifestaban

(*) Véase Ferrieres.

desconsolados. «Cedemos à nuestra conciencia, dijo Clérmont Tonnerre, pero nos sirve de quebranto el desbermanarnos. Venimos à cooperar para la rejeneracion pública; cada cual dará à conocer el grado de eficacia que le franquean sus credenciales.»

Diariamente acudian refuerzos, y la asamblea se iba acrecentando en individuos. Proclamas se agolpaban de todas partes, con votos y aprobaciones de pueblos y provincias. Mounier acarreó las del Delfinado. Paris envió la suya, y hasta el Palacio-Real mismo envió una diputacion, que la asamblea, cercada de peligros, recibió por no indisponerse con la muchedumbre. No preveia entonces sus demasías, y, al contrario, tenia que suponer su denuedo y contar con su arrimo. Varios lo dudaban, y el arrojo del pueblo no venia à ser todavía sino un desvarío halagüeño; y así los aplausos de las tribunas, incómodos à veces para la asamblea, la iban sin embargo sosteniendo, y no tuvo aliento para atajarlos. Intentó Bailly contrastarlos; pero su voz y su propuesta quedaron ahogados con el estruendo del vitoreo.

La nobleza, con su mayoría, continuaba sus sesiones en medio de alborotos y estremos violentísimos. Despavoridos sus prohombres, el arranque de la reunion se disparó de los mas tenaces opositores; pero sus pasiones, ya tan acaloradas, no eran fáciles de enfrenar. El rey tuvo que escribir una carta; la corte y la grandeza se vieron reducidos à la clase de suplicantes; «la incorporacion será volandera, decian à los mas reacios, las tropas llegan, y hay que ceder para salvar al rey.» Recahóse el beneplácito en medio del mayor trastorno, y la mayoría de la nobleza, acompañada de la menoría del clero, pasó el 27 de junio à la asamblea jeneral. El duque de Luxemburgo, hablando en nombre de todos, dijo que iban para dar al rey un testimonio de acatamiento, y à la nacion una prueba de patriotismo. La familia está completa, contestó Bailly, suponiendo que la reunion era cabal, y que se trataba, no de comprobar, sino de deliberar juntamente. Podrémos dedicarnos sin quiebras ni distracciones à la rejeneracion del reino y à la felicidad pública.

Se echó todavía mano de varios arbitrios mezquinos, à fin de aparentar que no se hacia lo que la necesidad precisaba à hacer. Los recien-venidos acudian todos juntos y tarde, como formando un estamento aparte. Solian estar de pié, à espalda del presidente, como si no residiesen. Bailly, con sumo comedimiento y teson,

logró hacerlos sentar, venciendo así todos los contrarestos. Tambien se trató de apearlo de la presidencia, no à viva fuerza, sino con amaños reservados, y aun usando de alevosías. Bailly la retuvo, no por ambicion, sino por pundonor, y así se vió à un mero ciudadano, únicamente conocido por sus prendas y su injenio, presidir à la grandeza civil y eclesiástica.

Se estaba viendo terminada la revolucion lejislativa, pues aunque la primera desavenencia fué por la comprobacion, y no por el sistema de votar, y aunque los unos declararan que solo se reunian para la comprobacion jeneral, y los otros por obedecer à la real disposicion del 23 de junio, era ya positivo que la votacion por persona era inevitable, y así toda protesta era ya infructuosa y desacertada. Sin embargo la hizo el cardenal de la Rochefoucauld, en nombre de la menoría, y manifestó que no se reunia sino para tratar puntos jenerales, conservando siempre el derecho de formar un estamento. El arzobispo de Vienne replicó resueltamente, que la menoría nada habia podido decidir en ausencia de la mayoría del clero, y que carecia del derecho de hablar en nombre del estamento. Mirabeau se disparó contra esta pretension, diciendo ser estraño que se protestase en la asamblea contra la asamblea, cuya autoridad se debia reconocer, ó bien retirarse.

Suscitóse entonces la cuestion de las credenciales imperativas, pues jeneralmente los cuadernos espresaban el ánimo de los electores en cuanto à las debidas reformas, comprometiendo sobre este punto el desempeño de los diputados. Antes de emprender, se hacia forzoso deslindar hasta qué punto cabia, y así esta cuestion era la fundamental. Se tomó y dejó repetidamente, queriendo unos que se asesorase con los delegantes, y opinando otros que no se podia recibir de ellos mas que el encargo de votar por ellos, despues que los puntos se hubiesen ventilado y despejado por los enviados de la nacion entera; mas no creian que se pudiese formalizar anticipadamente un dictámen cabal. Con efecto, si se conceptúa que para labrar una ley se requiere un consejo jeneral que encumbre y mutuamente despeje los entendimientos, entendiéndose todas las porciones de la nacion, resulta que los diputados deben quedar libres y sin encargo terminante. Mirabeau, avinagrando sus razones con la ironía, esclamó que cuantos conceptuaban sus mandatos imperativos habian cometido un desatino en acudir, pues no tenian mas que dejar los cuadernos en sus asientos para que residiesen por

ellos. Sieyes, con su perspicacia natural, previendo que, á pesar de la justísima decision de la asamblea, un crecido número de diputados se concretarian á sus juramentos, y guareciéndose en sus conciencias se harian inespugnables, propuso el carpetazo, ú órden del dia, fundado en que cada cual era árbitro para graduar los quilates de su propio juramento. «Los que se crean obligados, dijo, por sus cuadernos, se conceptuarán ausentes, lo mismo que cuantos se han negado á comprobar sus poderes en la asamblea jeneral.» Prevaleció este cuerdo dictámen, pues la asamblea, estrechando á los opositores, les franqueaba pretestos, al paso que, dejándolos libres, podia estar segura de atraerlos, pues era ya su victoria indefectible.

El objeto de la nueva convocacion era la reforma del estado, esto es, el establecimiento de una constitucion, que faltaba á la Francia, por mas que se haya dicho. Si se da este nombre á todo jénero de relacion entre los gobernados y el gobierno, la Francia gozaba ciertamente una constitucion; solia mandar un rey y los vasallos obedecer; los ministros encarcelaban arbitrariamente; asentistas desainaban al pueblo; parlamentos condenaban desventurados á la rueda. Hasta los pueblos mas bárbaros disfrutan esa especie de constitucion. Hubo en Francia estados jenerales; pero sin deslinde de incumbencias, sin plazo afianzado, y siempre sin resultas. Descolló una autoridad real, ya aérea ya absoluta. Hubo tribunales ó audiencias soberanas, que solian juntar la potestad judicial con la lejislativa, mas no habia ley que afianzase la responsabilidad de los agentes de la superioridad, la libertad de la imprenta, la individual, todos los resguardos en fin, que, en el estado social, equivalen á la idea de la libertad natural (*).

Cada cual confesaba y se hacia cargo de la necesidad de una constitucion; todos los cuadernos lo espresaban terminantemente, y aun se esplayaban adecuadamente acerca de los principios fundamentales. Habian unánimemente prescrito el gobierno monárquico, el heredamiento por línea de varon, la incumbencia esclusiva de la potestad ejecutiva al rey, la responsabilidad de todos los empleados, la concurrencia de la nacion y del rey para la formacion de las leyes, el señalamiento de los impuestos y la libertad individual; pero discordaban en la creacion de una ó dos cámaras lejislativas; sobre la permanencia, plazos y disolucion de

(*) Véase la nota 3 al fin del último tomo.

ellas, sobre la existencia política del clero y de los parlamentos, y sobre los ensanches de la imprenta. Tantas cuestiones, ó decididas ó propuestas en los cuadernos, estaban pregonando cuán despejado asomaba ya el espíritu público por todo el ámbito del reino, y cuán jeneral y descollante era el anhelo de la Francia por la libertad (*). Pero el fundar una constitucion cabal entre los escombros de la lejislacion antigua, à pesar de todos los contrastes y con el disparo desenfrenado de los ánimos, era empresa tan árdua como grandiosa. Sobre las desavenencias que debia acarrear la diversidad de intereses, habia tambien que temer la contraposicion natural de las opiniones. Una lejislacion entera para un pueblo grande conmueve tan reciamente los ánimos, les infunde intentos tan grandiosos y esperanzas tan soñadas, que se debia contar con disposiciones baladíes ó encarecidas, y aun à veces hostiles. Para coordinar las tareas, se nombró una junta ó comision encargada de tantear su ámbito y plantear su distribucion. Componíase la junta de los sujetos mas cuerdos y moderados de la asamblea. Mounier, de entendimiento atinado aunque pertinaz, era el individuo mas eficaz y trascendental, y fué quien dispuso la coordinacion de la empresa.

El trance de dar una constitucion no era el único que atosigaba à la asamblea. Entre un gobierno desafecto y un pueblo exánime que clamaba por auxilios ejecutivos, apenas cabia soslayarse de las providencias administrativas. Recelosa de la superioridad, acosada por el pueblo, no podia menos, aun sin arrogancia, de rozarse à pausas con la potestad ejecutiva. Ya el clero habia dado el ejemplo con la asechanza de proponer al tercer estamento se dedicasen inmediatamente à los abastos. La asamblea recien formada nombró una comision de subsistencias, pidió al ministerio antecedentes sobre este punto, propuso el fomentar el trajin entre las provincias, trasportar à sus espensas los abastos donde escaseaban, repartir socorros, y acudir à empréstitos. El ministerio manifestó las disposiciones ejecutivas que se habian dado, y que Luis XVI, ajente desvelado, habia favorecido con todo su poderío. Lally-Tolendal propuso estender decretos sobre la libre circulacion, à lo cual Mounier opuso que semejantes decretos requeririan la sancion real, la cual, no hallándose todavía deslindada, espondria à dificultades de mucha monta; y así se agolpaban to-

(*) Véase la nota 4 al fin del último tomo.

dos los tropiezos. Habia que lejislar sin que estuviese acotada la forma lejislativa, fiscalizar el desempeño de los empleados sin rozarse con la autoridad ejecutiva, y acudir à tantos conflictos, malquistos con la superioridad, opuestos en intereses y en inclinaciones, y con la premura de un pueblo recien inflamado y en el vaiven de una capital inmensa, à pocas leguas de la asamblea.

Corto trecho separa à Versalles de Paris, y se traspone varias veces en un dia; así pues las conmociones de Paris alcanzaban de relámpago à Versalles, à la corte y à la asamblea. Paris à la sazon estaba ofreciendo un espectáculo peregrino. Los electores, reunidos en sesenta distritos, no habian querido separarse tras las elecciones, y permanecieron juntos, ya para dar instrucciones à sus diputados, ya por aquella propension de asociarse y de moverse, que se anida en el corazon humano, y que se dispara con tanto mas ímpetu cuanto mas largo plazo estuvo reprimida. Cúpoles la propia suerte que à la asamblea nacional; habiéndoles cerrado el sitio de sus sesiones, acudieron à otro; franqueáronles la Casa de Ayuntamiento, y seguian allí juntándose y correspondiéndose con sus diputados. No asomaban todavía periódicos que diesen razon de las sesiones de la asamblea nacional, y así se hacia forzoso estrecharse para tratar y enterarse de los acontecimientos. El jardin del Palacio Real solia ser el sitio principal de la concurrencia, y su magnificencia, realzada con los almacenes mas opulentos de Europa, viniendo à ser un accesorio del palacio del duque de Orleans, era el paradero habitual de los estranjeros, de los depravados, de los haraganes, y con especialidad de los alborotadores de profesion. Proferíanse los discursos mas arrojados en los cafés y aun en el mismo jardin. Trepaba allí un orador sobre una mesa, y cercado de un gran corro, prorumpia en las espresiones mas violentas, y siempre impunes, por cuanto la muchedumbre reinaba allí cual soberana. Hombres que se suponian paniaguados del duque de Orleans descollaban en avilantez. Los caudales de aquel príncipe, sus profusiones notorias, sus empréstitos enormes, su cercanía, su ambicion, aunque desalentada, todo ha motivado esta acusacion. La historia à lo menos, sin atenerse à nombre alguno, puede asegurar que se derramaba el oro. Si la parte sana de la nacion ansiaba la libertad, si la muchedumbre desasosegada y doliente se arremolinaba por mejorar de suerte, tambien hubo incitadores que à veces disparaban la oleada, dirijiendo algunas de

sus demasías. Por lo demás, este influjo no es de bulto entre las causas de la revolucion, pues no cabe arrebatar con algun oro y amaños reservados toda una nacion de veinte y cinco millones de individuos.

Ofrecióse luego un motivo de disturbios. Los guardias franceses, tropa selecta de la guardia del rey, se hallaban en Paris, de los cuales se iban destacando alternativamente cuatro compañías para hacer el servicio en Versalles. Ademas del rigor bárbaro de la nueva disciplina, todo el cuerpo estaba quejoso de las violencias del nuevo coronel. En el saqueo de la casa de Reveillon, se habia propasado algun tanto la tropa con el pueblo, pero apesadumbrada luego, habia ido cediendo à las seducciones. Por otra parte, los soldados y hasta la clase de sarjentos veian atajada su carrera, y se daban por agraviados de que los oficiales, muchachos apenas, hiciesen servicio alguno mas que el ostentoso de parada, y tras las revistas, ni aun acompañaban el rejimiento à sus cuarteles. Habia allí, como en todo, un estado plebeyo que acudia à la fatiga sin recompensa alguna; y habiendo asomado la indisciplina, arrestáronse algunos soldados en la Abadía.

Hubo en el Palacio Real reunion y voces de «à la Abadía.» Corrió allá el tropel, quebrantó las puertas, y condujo en triunfo à los soldados que acababa de libertar. (*) Mientras el pueblo los estaba guardando en el Palacio Real, recibió la asamblea una carta pidiendo su descargo. Atajada entre el pueblo por una parte y el gobierno por otra, el cual se hacia sospechoso, por ir à sentenciar en causa propia, la asamblea no podia menos de intervenir, cometiendo el desafuero de entrometerse en la policía pública. Tomando un partido mañoso y cuerdo, manifestó à los Parisienses su anhelo por la conservacion del órden, encargándoles no lo alterasen, y al propio tiempo envió una diputacion al rey para implorar su clemencia, como medio infalible para restablecer la paz y la concordia. El rey, agradecido à la moderacion de la asamblea, prometió su clemencia para cuando quedase restablecido el órden; los guardias volvieron inmediatamente à la cárcel, y una gracia particular del rey los puso en libertad.

Seguia todo prósperamente, pero la nobleza, al incorporarse con los dos estamentos, habia cedido à su pesar, bajo la promesa de que su asistencia seria de corta duracion. Juntábase diariamente

(*) 30 de junio.

sin embargo, y protestando contra los acuerdos de la asamblea nacional, sus reuniones iban siempre escaseando. El 3 de julio se contaron hasta 138 miembros presentes; el 10, quedaron reducidos à 93, y el 11 à 80. Seguian sin embargo aferrados los mas pertinaces, y para el 11 habian dispuesto una protesta, atajada luego por los acontecimientos posteriores. La corte, por su parte, habia cedido pesarosa y estudiadamente. Vuelta del susto, despues de la sesion del 23 de junio, habia apetecido la reunion jeneral, para entorpecer los pasos de la asamblea por medio de los nobles, y esperanzada de disolverla luego à viva fuerza. Conservaran à Necker para encubrir con su presencia los amaños que se estaban tramando secretamente; y por cierta ajitacion y reserva se maliciaba alguna maquinacion. El mismo rey no estaba sabedor de todo, y sin duda se trataba de pasar mas adelante de lo que él apetecia. Necker, que cifraba todo el empuje de un estadista en los raciocinios, y que solo tenia el brio necesario para hacer representaciones, las estaba haciendo en balde. Hermanado con Mounier, Lally-Tolendal y Clermont-Tonnerre, iba disponiendo los medios de plantear la constitucion inglesa, mientras la corte iba adelantando sus preparativos secretos, y al quererse retirar los diputados nobles, se les contuvo anunciándoles un acontecimiento inmediato.

Se iban acercando tropas à las órdenes del antiguo mariscal de Broglie, y el baron de Besenval mandaba particularmente las que cercaban à Paris, compuestas en gran parte de quince rejimientos estranjeros. Jactanciosos los palaciegos, patentizaban el peligro, y estos desmañados conspiradores malograban con las amenazas sus intentos. Los diputados populares, informados, aunque no por menor, de un plan mal descifrado, y que el mismo rey desconocia en gran parte, pero que sin rebozo amagaba con la violencia, se airaban y acudian à medios para contrastarlo. Se ignoran, y se ignorarán tal vez siempre, los móviles encubiertos para la insurreccion del 14 de julio; pero nada importa, pues si conspiraba la aristocracia, otro tanto podia hacer el partido popular. Siendo idénticos los medios, debe descollar la justicia de la causa, y esta no militaba por los que se aferraban en deshermanar los estamentos, disolver la representacion nacional y escarmentar à los diputados mas briosos.

Mirabeau opinaba que el medio mas adecuado para atemorizar la superioridad era entablar con ella una discusion pública sobre

las disposiciones que iba tomando, y para esto habia que delatarlas sin rebozo. Si titubeaba ó se desentendia, ya estaba sentenciada; la nacion quedaba sobre aviso y en alboroto.

Mirabeau hace que se suspendan las tareas relativas à la constitucion, y propone que se pida al rey el despido de las tropas. Entreteje en sus razones el acatamiento para el monarca con reconvenciones amarguísimas para el gobierno. Dice que se estan adelantando diariamente nuevas tropas, que estan atajados todos los pasos, que puentes y paseos vienen à ser puntos militares; que así los hechos públicos como los reservados, órdenes y contraórdenes atropelladas, paraban à todos y anunciaban guerra. Añadiendo à estos hechos cargos desabridos: «Se presentan, dice, mas soldados amenazadores à la nacion, que quizás encontraria una invasion enemiga, y à lo menos mil veces mas de los que se han acertado à reunir para auxiliar à amigos mártires de su lealtad, y sobre todo para conservar aquella alianza, tan costosa, de los Holandeses, y tan vergonzosamente malograda.»

Oyese el discurso con aplauso, se aprueba la propuesta, y solo se cercena el artículo relativo al reemplazo de la tropa por guardia urbana; el recurso se adopta unánimemente, escepto cuatro votos. En este papel afamado, que, segun dicen, no estendió Mirabeau, sino que suministró las especies, Mirabeau estaba previendo lo que iba á suceder: la esplosion de la muchedumbre y el abandono de la tropa hermanándose con los ciudadanos. Tan mañoso como arrojado, atrevióse à asegurar al rey que no se malograrian sus promesas. «Nos habeis llamado, decia, para rejenerar el reino; vuestros anhelos quedarán cumplidos, à pesar de asechanzas, estorbos y continjencias.»

Entregóse el memorial por una diputacion de veinte y cuatro miembros, y el rey, no queriendo esplicarse, contestó que la reunion de tropas tenia por objeto único la conservacion del sosiego jeneral y el resguardo debido à la asamblea, y que ademas, si adolecia de zozobras, la trasladaria à Soissons ó à Noyon, pasando él mismo à Compiegne.

Mal podia la asamblea satisfacerse con tal contestacion, y menos con el brindis de alejarla de la capital para encajonarla entre dos campamentos. El conde de Crillon propuso el confiar en la palabra de un rey pundonoroso. «La palabra de un rey pundonoroso, respondió Mirabeau, es un escaso resguardo contra la con-

ducta de su ministerio. Nuestra ciega confianza en los reyes nos ha perdido; hemos pedido que se despidan las tropas, y no que nos vengan à los alcances. Es forzoso insistir mas y mas y sin tregua.»

Esta proposicion no mereció séquito. Harto estuvo insistiendo Mirabeau en los medios patentes, para que se le indulte de las maquinaciones reservadas, si es positivo que hayan mediado.

Era el 11 de julio: Necker habia manifestado repetidas veces al rey, que si sus servicios no eran de su agrado, se retiraria rendidamente. Os cojo la palabra, le respondió el rey, y por la noche recibió Necker una esquela del rey, en que le intimaba el cumplimiento de su palabra, y le estrechaba para que partiese, añadiendo que contaba con su atencion para prometerse que reservaria à todos su salida. Necker, acreditando entonces la honrosa confianza del soberano, se marcha sin participárselo à la tertulia, ni aun à su hija, y se halla à pocas horas muy lejos de Versalles. El dia siguiente, 12 de julio, era domingo, y corre la voz por Paris que Necker habia quedado despedido, como igualmente M.M. de Montmorin, de la Luzerne, de Puysegur y de Saint-Priest. Anunciábanse por sucesores M.M. de Breteuil, La Vauguyon, de Broglie, Foulon y Damecort, conocidos casi todos por su oposicion à la causa popular. Alborótase Paris, corre el tropel al Palacio Real. Un jóven, señalado luego por su acaloramiento republicano, dotado de entrañas afectuosas, pero ardientísimas, Camilo-Desmoulins, se encarama sobre una mesa, enseña sus pistolas, clamando à las armas, arranca un pimpollo para hacerse una escarapela, y amonesta á los demas à imitarle. Los árboles quedan al punto desnudos; acuden à un museo de bustos de cera, arrebatan los de Necker y del duque de Orleans, amenazado, decian, de un destierro, y corren por todos los barrios de Paris. Al ir por la calle de S. Honorato, encuentran hácia la plaza de Vendoma un destacamento del Real-Aleman, que se arroja sobre el tropel, hiere à varios, y entre ellos à un soldado de guardias francesas. Estos últimos, afectos al pueblo y contrapuestos al Real-Aleman, con quien habian trabado contienda pocos dias antes, estaban acuartelados cerca de la plaza de Luis XV, y disparan sobre el Real-Aleman. Su jefe, el príncipe de Lambesc, ceja luego hácia el jardin de Tuilerías, carga sobre el jentío que se paseaba apaciblemente, mata un anciano con la confusion, y despeja el jardin. Entre tan-

to, las tropas que cercaban à Paris se concentran sobre el Campo de Marte y la plaza de Luis XV. El terror entonces se trueca en enfurecimiento. Todo es correr por el pueblo, voceando à las armas, y la muchedumbre acude à la Casa de Ayuntamiento para pedirlas. Hallábanse en junta los electores; entregan las armas que ya no podian rehusar, y que estaban ya arrebatando durante la decision. No habia à la sazon mas autoridad que la suya. Ajenos de toda potestad activa, disponen, en virtud de las circunstancias, la convocacion de los distritos. Acuden los ciudadanos para acordar medios de preservarse à un tiempo del furor popular y del ataque de las tropas reales. Anochece, y el pueblo, que se arroja siempre à lo que le interesa, atropella y quema las vallas, dispersa à los alcabaleros y franquea las entradas. Saquéanse las armerías. Estos forajidos, ya notados en la casa de Reveillon, y que en todas ocasiones se les vió salir como del centro de la tierra, reaparecen armados de picas y palos y estremecen à todos. Sobrevinieron estos acontecimientos el domingo 12 de julio y la noche hasta el lúnes 13. En aquella madrugada, los electores, siempre reunidos en la Casa de Ayuntamiento, juzgaron que debian dar una forma mas legal à su autoridad, y llamaron para esto al preboste de los mercaderes, administrador ordinario del recinto llamado la Ciudad. Requiérenle en efecto, agregándole cierto número de electores, pues no se aviene à ceder en otros términos, y constituyen así una municipalidad revestida de plenas facultades. La municipalidad llama al teniente de policía, y estiende en un rato el plan de armamento para la milicia urbana.

Esta milicia debia constar de cuarenta y ocho mil hombres sacados de los distritos; la divisa debia ser, en lugar de escarapela verde, la encarnada y azul propia de Paris. Todo individuo cojido con armas y con la escarapela, sin estar alistado por su distrito en la guardia urbana, debia ser arrestado, desarmado y castigado inmediatamente. Este fué el oríjen primitivo de las guardias nacionales. Adoptado por los distritos, quedó ejecutivamente planteado. En la propia madrugada, el pueblo, en busca de granos, habia mal parado la casa de San Lázaro; habia allanado el Guarda-muebles, por armas antiquísimas y enmohecidas, y se engrió con ellas. Iba el tropel con picas y morriones inundando el pueblo, y la plebe por entonces se oponia al saqueo; pues, con su perpetua insubsistencia, afectando desinterés, desatendiendo el oro, tan

solo se apropiaba las armas y aun arrestaba à los salteadores. Los guardias franceses y la milicia de los zeladores habian ofrecido sus servicios, y se iban alistando en la guardia urbana.

Seguian voceando por armas, y el preboste Flesselles, que al pronto habia contrarestado al vecindario, se mostraba ahora celosísimo, y ofrecia doce mil fusiles en el acto y otra porcion para los dias siguientes. Aparentaba haber hecho un ajuste con un armero desconocido, lo que aparecia dificultoso en tan breve plazo. Llega la tarde, paran los cajones de artillería en la casa de Ayuntamiento, los abren, y asoman cuajados de lencería usada. A esto la muchedumbre se alborota contra el preboste, quien alega que le han engañado, y para aplacarla encamínala à la Cartuja, asegurándole que allí estan las armas. Los monjes atónitos se apersonan con el tropel furibundo, le franquean lo mas recóndito, y logran convencerla de que nada poseen de cuanto les ha anunciado el preboste.

El pueblo, mas y mas disparado, vuelve voceando traicion..... y para contenerlo se dispone la construccion de cincuenta mil picas. Bajaba embarcada por el Sena una porcion de pólvora, la arrebatan, y un elector tiene que irla repartiendo con sumo peligro.

Una confusion horrorosa reinaba en la Casa de la Ciudad, residencia de las autoridades, cuartel jeneral de la milicia, y centro de todas las operaciones. Habia que providenciar el resguardo esterior amagado por la corte, y la seguridad interior espuesta al embate de los forajidos; habia que sosegar por puntos los temores del pueblo que se creia vendido, y poner en salvo de sus iras cuantos le causaban recelo. Allí se veian carruajes detenidos, remesas apresadas, viajeros esperando el permiso de continuar su camino. Por la trasnochada, la misma Casa de Ayuntamiento estuvo tambien amenazada por los forajidos: un elector, el valeroso Moreau de Saint-Mery, hizo traer barriles de pólvora en ademan de volarlos, y el atrevido zelador los ahuyentó con este aparato. Entre tanto, los ciudadanos recojidos en sus casas estaban aparejados para todo jénero de refriega, y habian desempedrado y zanjado las calles, acudiendo à cuantos arbitrios de resistencia caben en un sitio.

Durante las turbulencias de la capital, yacia en consternacion la asamblea, que se habia juntado la madrugada del 13, sobre-

saltada con los acontecimientos que amagaban, y ajena de cuanto estaba sucediendo en Paris. El diputado Mounier prorumpe primero contra el despido de los ministros. Síguele Lally-Tolendal en la tribuna; elojia espléndidamente à Necker, y entrambos se hermanan para proponer una demanda, pidiendo el regreso de los despedidos. Mr. Virieu, diputado de la nobleza, propone tambien la confirmacion de los acuerdos del 17 de junio con un nuevo juramento. Mr. Clermont-Tonnerre se opone à esta proposicion, como superflua, y recordando los comprometimientos de la asamblea, esclama: «O habrá constitucion, ó no existirémos nosotros.» La discusion se iba dilatando, y saben las turbulencias de Paris en la mañana del 13, y las fatalidades que amagaban à la capital, entre Franceses indisciplinados que, segun la espresion del duque de la Rochefoucauld, no estaban al cargo de nadie, y unos estranjeros amaestrados, al cargo del despotismo. Se acuerda en seguida el enviar una diputacion al rey para retratarle la desolacion de la capital, y amonestarle disponga el despido de las tropas y el establecimiento de la guardia urbana. Contesta el rey fria y sosegadamente, y ajeno de toda demostracion entrañable, repite no era dable sin aquellas guardar à Paris. La asamblea entonces, revistiéndose de gallardo espíritu, formó un acuerdo memorable, insistiendo en el despido de las tropas y en el establecimiento de la guardia urbana, declarando à los ministros y los dependientes de la superioridad responsables, y recargando sobre los consejeros del rey, de cualquiera jerarquía que fueren, toda la responsabilidad de cuantas desventuras están amagando; consolida la deuda pública, y prohibe el articular el nombre infame de quiebra; se aferra en sus acuerdos anteriores, y encarga al presidente de espresar su pésame à Mr. Necker y à los demas ministros. Tras estas disposiciones cuerdas y briosas, para resguardar à sus individuos de toda violencia personal, se declara permanente, y nombra à Mr. de Lafayette vice-presidente, para aliviar al respetable arzobispo de Vienne, à quien su edad no permitia residir dia y noche.

La noche del 13 al 14 fué así toda disturbios y sobresaltos. A cada punto se decian y desdecian novedades funestísimas. No se sabian por entero los intentos de la corte, pero constaba el amago contra varios diputados, y que se iba à echar mano de la violencia contra Paris y los vocales descollantes de la asamblea.

Suspendióse un momento, y se renovó la sesion à las cinco de la madrugada del 14 de julio. La asamblea, con un sosiego grandioso, volvió à sus tareas de constitucion, y ventiló con sumo tino los medios de activar su logro y de manejarla cuerdamente. Nombróse la comision para ir preparando los puntos, y se componia de los señores obispo de Autun, arzobispo de Burdeos, Lally, Clermont-Tonnerre, Mounier, Sieyes, Chapelier y Bergasse. Al rayar el mediodia, se iban oyendo noticias pavorosas; el rey, decian, debe salir de noche y dejar la asamblea en manos de varios rejimientos estranjeros. En aquel punto acababan de ver à los príncipes, la duquesa de Polignac y la reina, paseándose por la Naranjería, halagando oficiales y soldados y agasajándolos con refrescos. Parece que se habia fraguado un gran proyecto para la noche del 14 al 15, que se debia acometer à Paris por siete puntos, cercar el Palacio-Real, disolver la asamblea, citar la declaracion del 23 de junio ante el parlamento, y que en fin se habia de acudir à las urjencias del erario por medio de una quiebra y las cédulas de estado. Es positivo que los jefes de la tropa habian recibido órden para adelantarse del 14 al 15, que se habian estampado las cédulas, que los cuarteles de Suizos estaban atestados de municiones, y que el gobernador de la Bastilla la habia desalhajado, sin dejar mas que tal cual mueble indispensable. Creció por la siesta el susto de la asamblea; vióse pasar el príncipe de Lambesc à escape, oíanse cañonazos, y se escuchaban con el oido en el suelo los mas leves rumores. Propuso entonces Mirabeau suspender toda discusion y enviar segunda diputacion al rey, que salió en efecto para redoblar sus instancias. En este punto, dos vocales recien llegados de Paris aseguraron que se estaban allí degollando, y el uno atestiguó haber visto un cadáver descabezado y vestido de negro. Anochecia, cuando se participó la llegada de dos electores. Enmudeció la asamblea, oíanse los pasos en la lobreguez, y súpose por ellos que se habia asaltado la Bastilla, que se tiraban cañonazos, que corria la sangre, y que amagaban los fracasos mas pavorosos. Envióse sobre la marcha segunda diputacion antes del regreso de la primera, que llegaba entonces, y traia la contestacion del rey, el cual, dijo, habia dispuesto el desvío de las tropas del Campo de Marte, y sabedor de la formacion de la guardia urbana, habia nombrado la oficialidad para mandarla.

A la llegada de la segunda diputacion, el rey, en estremo alterado, les dijo: traspásanme ustedes el corazon mas y mas por instantes con el pormenor de las desdichas, y es imposible que las órdenes dadas à la tropa las hayan causado. Habíase alcanzado únicamente el desvío del ejército, y eran las dos de la madrugada. Respondióse à la ciudad de Paris que iban ya dos diputaciones, y que se ahincarian en el dia las instancias hasta el logro de cuanto podian esperar del corazon del rey, cuando el influjo advenedizo no atajase sus impulsos. Suspendióse un rato la sesion, y se supieron à la noche los acontecimientos de la jornada del 14.

Habia el pueblo acudido à la Bastilla por la noche del 13; disparóse tal cual fusilazo, y parece que los incitadores habian prorumpido repetidamente en la voz: ¡A la Bastilla! Espresábase en algunos de los cuadernos el anhelo de su destruccion, y así las hablillas habian tomado de antemano este rumbo. Se estaban siempre pidiendo armas, y corria el rumor de que en el cuartel de inválidos las habia en cantidad considerable. Acuden allá, y el comandante Mr. de Sombreuil niega la entrada, diciendo que ha de pedir órdenes à Versalles. El pueblo se desentiende, y arrojándose al cuartel, arrebata la artillería con crecida porcion de fusiles. En aquel punto, un tropel ruidoso estaba ya sitiando à la Bastilla, y voceando que los cañones del fuerte se habian asestado contra la ciudad y se habian de sortear sus descargas. Un diputado de distrito pide y logra del comandante que se le introduzca, y resultó de su rejistro que habia treinta y dos suizos y ochenta y dos inválidos, y que la guarnicion se comprometia à no disparar si no la acometian. En estas hablas, el pueblo, no viendo asomar el diputado, empieza à alborotarse, hasta que se presenta para sosegar el jentío. A la media hora, llega otra cuadrilla armada, gritando: ¡Queremos la Bastilla! La guarnicion intima à los asaltadores que se retiren; pero ellos insisten. Suben dos denodadamente al techo del cuerpo de guardia, y, destrozando à redoblados hachazos las cadenas, cae el puente. Arrójase el tropel y llega à otro puente para trasponerlo igualmente; pero una descarga de mosquetería lo rechaza, y se retira haciendo fuego. Dura un rato la pelea, y los electores reunidos en la Casa de Ayuntamiento, oyendo las descargas, se sobresaltan mas y mas, hasta que envian dos diputaciones, una tras otra, para intimar al comandante franquee el fuerte á un

destacamento de milicia parisiense, fundándose en que toda fuerza militar de Paris debe estar à las órdenes del ayuntamiento. Llegan; pero en medio del sitio era muy arduo el dejarse oir. El eco de una caja y la vista de un pendon suspenden el fuego por un rato. Acércanse los diputados, espéralos la guarnicion; pero siguen los fusilazos sin saber de donde salen, y es imposible esplicarse. El pueblo, dándose por vendido, se arroja de nuevo para incendiar el fuerte, y la guarnicion dispara entonces à metralla. Llegan los guardias franceses con artillería y formalizan el ataque.

En este punto, una esquela del baron de Besenval para Delaunay, comandante de la Bastilla, se intercepta y se lee en el Ayuntamiento. Encargábasele que resistiera, sobre el seguro de que luego seria auxiliado; y con efecto en todo este dia se debian realizar los planes de la corte. Entretanto Delaunay, desamparado y viendo el desaforamiento del pueblo, empuña una mecha encendida y va à volar el fuerte. Opónese la guarnicion, y le obliga à rendirse; hacen señales y bajan el puente. Acércanse los sitiadores, prometiendo no cometer daño, pero el tropel se dispara é inunda los patios. Sálvanse los Suizos, y los inválidos acometidos se deshacen del pueblo enfurecido, resguardados por los guardias franceses. En este punto una linda muchacha se presenta trémula, y se la cree hija de Delaunay; arrebátanla para quemarla, cuando un soldado valeroso se arroja y la desprende de las manos de los frenéticos, la pone en salvo, y vuelve à la refriega. Eran las cinco: los electores estaban en sumo conflicto, cuando oyen un susurro hondo é incesante, y llega luego el tropel à carrera clamando victoria. Agólpanse en el salon, y un guardia francés mal herido y coronado de laureles viene en triunfo sobre los hombros del pueblo. Tremólanse el reglamento y las llaves de la Bastilla en una punta de bayoneta, y una mano sangrienta, alzada sobre la concurrencia, muestra un rizo, que era de Delaunay recien degollado. Dos guardias francesas, Elias y Hullin, lo habian resguardado à todo trance, y otras víctimas yacian, aunque defendidas por la heroicidad contra la ferocidad del populacho. Enfurecianse tambien disparadamente contra Flesselles, el preboste de mercaderes, tiznado de traicion. Alegábase que habia engañado al pueblo prometiéndole repetidamente armas que no estaba en ánimo de aprontar. El salon estaba cuajado de hombres embravecidos con la reñida refriega y estrechados por otros cien mil quedados fuera y ansiosos tambien de

entrar. Los electores se estremaban en sincerar à Flesselles contra el empeño de la muchedumbre. Empieza este à desmayar, y esclama todo macilento : « Puesto que soy sospechoso, me retiraré. —No, le dicen, vamos al Palacio Real para sentenciarle. » Empieza à bajar; el jentío conmovido le cerca y lo estrecha; llegado al pretil de Pelletier, un desconocido le vuelca de un pistoletazo. Dicen que se halló à Delaunay una carta, en la cual le escribia Flesselles : « Aguantarse mientras yo entretengo à Paris con escarapelas. »

Estos fueron los fatales acontecimientos de aquella jornada, y un vaiven de pavor anubló el embeleso de la victoria. Los allanadores de la Bastilla, asombrados de su propio arrojo, y temerosos de encontrarse el dia siguiente con el formidable contraste de la superioridad, ni aun osaban nombrarse. Se estaba de continuo repitiendo que se adelantaban las tropas en ademan de saquear à Paris; pero Moreau de Saint-Mery, el mismo que la víspera habia amagado à los forajidos con volar la Casa de la Ciudad, permaneció cabal, y dió mas de tres mil órdenes en pocas horas. Sabida allí la toma de la Bastilla, participáronla los electores à la asamblea, que vino à quedar enterada à media noche. Estaba suspensa la sesion, pero voló la noticia; y la corte hasta entonces, menospreciando la pujanza del pueblo, y riéndose de los esfuerzos de una muchedumbre ciega que intentaba apoderarse de una fortaleza que burlara en otro tiempo el empeño del gran Condé, se mantenia sosegada y se esplayaba con sus escarnios. El rey sin embargo empezaba à desasosegarse, y en las postreras contestaciones asomaba ya su quebranto. Habíase acostado, y el duque de Liancourt, tan conocido por sus arranques pundonorosos, amigo particular de Luis XVI, y à quien, como jefe del guardaropa, se le franqueaba la entrada, sabedor de los acontecimientos de Paris, se fué allá atropelladamente, lo dispertó contra el dictámen de los ministros, y le manifestó cuanto acababa de suceder. — « ¡ Qué rebeldía ! — Revolucion, Señor, replicó Liancourt. » El rey, hecho cargo de sus representaciones, se avino à ir por la madrugada à la asamblea, y cediendo igualmente la corte, quedó decidida esta demostracion de confianza. En el intermedio, renovó su sesion la asamblea, muy ajena de saber el ánimo del monarca recien impresionado, y se trataba de nueva diputacion para ver de volcarle y alcanzar cuanto faltaba para sus intentos. Era la quinta embajada tras los aciagos acon-

tecimientos, y compuesta de veinte y cuatro vocales, se ponia ya en movimiento, cuando Mirabeau, mas vehemente que nunca, la detiene: «Hay que decir al rey, esclama, hay que decirle paladinamente, que las gavillas estranjeras que nos acorralan lograron ayer la visita de los príncipes, de los íntimos y las íntimas, y merecieron sus halagos, sus exhortos y sus regalos. Hay que decirle que estos satélites advenedizos, colmados de oro y de vino, han entonado en sus cantares blasfemos el avasallamiento de la Francia, y que sus anhelos irracionales invocaban la destruccion de la asamblea nacional. Decidle que en su mismo alcázar los palaciegos han estado danzando al compas de esa música bárbara, y que tal vino à ser el preludio de la Saint-Barthelemy!

«Decidle que aquel Henrique, cuya memoria bendice el universo, el mismo de sus antepasados con quien trataba de hermanarse, franqueaba víveres à Paris rebelado, que estaba sitiando personalmente, y que sus consejeros desalmados hacen retroceder las harinas que el comercio acarrea à Paris leal y hambriento.»

Iba la diputacion à avistarse con el rey, cuando se supo que llegaba por propio impulso, sin guardias y sin acompañamiento. Suenan aplausos. «Hay que esperar, insiste Mirabeau, à que el rey nos haya dado à conocer su ánimo favorable. Un acatamiento desconsolado sea la primera acojida que se muestre al monarca en este trance. ¡El silencio de los pueblos es la leccion de los reyes!»

Preséntase entonces Luis XVI en compañía de sus dos hermanos, y su razonamiento sencillo y afectuoso mueve à entusiasmo entrañable. Serena à la asamblea, apellidándola por primera vez nacional, se queja comedidamente de los recelos que se manifiestan. «Me mirais con zozobra, dijo, pues yo soy vuestro.» Vitoréanse estas palabras. En seguida se levantan los diputados, rodean al monarca y le acompañan à pié hasta Palacio. Agólpase el jentío en derredor, báñanse los rostros en lágrimas, y apenas acierta à romper un séquito tan numeroso. La reina, asomada con su corte en un balcon, se mostraba embelesada con esta escena peregrina. El niño en sus brazos, à un lado la niña jugueteando con los cabellos de su hermanito, y la madre estática con el cariño de los Franceses. ¡Ay de mí! ¡cuántas veces un recíproco enternecimiento ha sido el reconciliador de los corazones en estas aciagas discordias! Todo aparecia olvidado en aquel punto; pero el dia siguiente, y aun aquel mismo, la corte se engrió de nuevo, el pueblo desconfió, y el encono implacable siguió su vuelo.

Ajustada quedaba la paz con la asamblea, mas no con Paris. Envió aquella una diputacion al Ayuntamiento, con la venturosa nueva de su reconciliacion con el rey. Bailly, Lafayette, y Lally-Tolendal eran de los enviados, y su presencia tuvo por albricias el regocijo universal. La arenga de Lally movió à raptos tan vehementes, que lo llevaron en triunfo à una ventana para ostentarlo al pueblo. Ciñéronle una guirnalda de flores, y recibió estos agasajos, frente à la plaza donde su padre habia espirado con una mordaza. La muerte del desventurado Flesselles, presidente del ayuntamiento, y la denegacion del duque de Aumont para el mando de la milicia urbana, dejaban dos plazas vacantes. Bailly fué indicado, y en medio de repetidos vítores fué nombrado sucesor de Flesselles, con el título de correjidor de Paris. La guirnalda pasó de las sienes de Lally à las del nuevo correjidor, quien forcejeó por desprenderla; pero el arzobispo de Paris se la afianzó muy à pesar suyo. El anciano virtuoso vertió algunas lágrimas, y se conformó con sus funciones. Representante digno de una grande asamblea ante la majestad del trono, era menos adecuado para contrastar las oleadas de un concejo, donde la chusma batallaba incesantemente contra sus majistrados. Desapropiándose pues de sí mismo, iba à concentrarse en la ardua incumbencia de los abastos, y alimentar à un pueblo que vendria luego à corresponderle con tan torpe ingratitud. Faltaba que nombrar comandante de la milicia, y habiendo en el salon un busto enviado por los Americanos ya libres à la ciudad de Paris, Moreau de Saint-Mery lo señaló con la mano, y todos, vuelta la vista, conocieron el de Mr. Lafayette. Aclamóle una vocería jeneral, y se votó un Te-Deum, yendo atropelladamente à celebrarlo en la iglesia de Ntra. Señora. Los nuevos majistrados, el arzobispo de Paris, los guardias franceses y los soldados de la milicia, interpolados y asidos del brazo, se agolparon en la Catedral como fuera de sí. En el camino, los niños espósitos se arrojaron à las plantas de Bailly, que se habia afanado por los hospitales; apellidáronle su padre, y Bailly los abrazó llamándolos sus hijos. Celebrada la funcion, cada cual se derramó por la ciudad, donde un júbilo delirante habia sobrevenido al pavor de la víspera. En aquel punto el pueblo salia de escudriñar la mazmorra tanto tiempo temida, cuya entrada estaba ya patente; andábanla con ansiosa curiosidad y con una especie de susto, buscando los instrumentos del martirio y los calabozos mas hondos. Entre ellos, uno

habia lóbrego y pantanoso con un peñasco en el centro, del cual pendia una cadena enorme.

La corte, tan ciega en sus zozobras como lo habia sido en su engreimiento, estaba temiendo al pueblo, y soñaba à cada punto ver llegar un ejército parisiense à Versalles. El conde de Arbois y la familia de Polignac, tan íntima de la reina, dejaron entonces la Francia, y fueron los primeros emigrados. Bailly vino à serenar al rey, y aun recabó el viaje de Paris, à pesar del contraste de la reina y de la corte.

El rey dispuso su marcha, y doscientos diputados tuvieron el encargo de acompañarle. Despidióse la reina con sumo quebranto, y los guardias de la persona lo escoltaron hasta Sevres, en donde pararon para esperarlo. Bailly, encabezando el ayuntamiento, le recibió à las puertas de Paris, y le presentó las llaves, ofrecidas en otro tiempo á Henrique IV. «Este rey bondadoso, le dijo Bailly, habia conquistado á su pueblo, y ahora el pueblo es quien reconquista à su rey.» La nacion, lejisladora en Versalles, estaba armada en Paris, y Luis XVI, al entrar, se vió cercado de una muchedumbre silenciosa y rejimentada. Llegó al Ayuntamiento (*), pasando bajo una bóveda de espadas entretejidas sobre su cabeza en demostracion honorífica. Su discurso fué sencillo y afectuoso, y el pueblo, que ya no podia contenerse, prorumpió al fin y derramó al rey los aplausos acostumbrados. Estas aclamaciones desahogaron algun tanto las entrañas del soberano, mas no pudo sin embargo disimular un destello de alborozo al divisar los guardias de la persona que lo estaban esperando sobre las lomas de Sevres, y à su regreso, la reina se le arrojó al cuello, y lo abrazó como si hubiese temido no verle mas.

Luis XVI, para satisfacer colmadamente el anhelo público, dispuso el regreso de Necker y el despido de los nuevos ministros. Mr. de Liancourt, amigo del rey y su consejero tan beneficioso, fué electo presidente por la asamblea. Los diputados nobles, meros asistentes à las deliberaciones, cedieron al fin y votaron. Así acabaron de igualarse y embeberse las jerarquías, y este fué el trance postrero del complemento de la revolucion. La nacion, dueña de la potestad lejislativa por la asamblea, y del poderío público por sí misma, podia efectuar en lo sucesivo cuanto cumpliese à sus intereses. El paradero de la resistencia, ó de la igualdad

(*) 17 de julio.

del impuesto, fué la convocacion de los estados jenerales; el contrastar un equilibrio cabal en dichos estados voló el influjo de la superioridad, y el intento de recobrar este influjo acarreó la sublevacion de Paris, y arrebató la nacion entera al predominio de las armas.

CAPITULO III.

Tareas del ayuntamiento de Paris. Lafayette comandante de la guardia nacional; su carácter y su papel en la revolucion. Muerte de Foulon y de Berthier. Regreso de Necker. Situacion y division de los partidos y de sus jefes. Mirabeau, su carácter, sus principios y su número. Los forajidos. Turbulencias en las provincias y por los campos. Noche del 4 de agosto. Abolicion de los derechos feudales y de todos los privilejios. Declaracion de los derechos del hombre. Discusiones sobre la constitucion y sobre el veto. Ajitacion en Paris. Amotinamiento en el Palacio-Real.

Ajitabase Paris al vaiven de la autoridad recien planteada. El idéntico impulso que arrebató á los electores para salir á la palestra, estimulaba igualmente á todas las clases. La Casa de Ayuntamiento remedaba á la asamblea, los distritos al ayuntamiento, y hasta los gremios á los distritos. Sastres, zapateros, tahoneros, sirvientes, agolpados en el Louvre, en la plaza de Luis XV y en los Campos Eliseos, deliberaban con toda formalidad, á pesar de la prohibicion repetida del ayuntamiento. En medio de aquel encontrado remolino, hostigado el cuerpo municipal por los distritos, zaherido por el Palacio-Real, cercado de estorbos, apenas podia acudir á la administracion inmensa. Abarcaba la jurisdiccion civil, judicial y militar; y los jueces al pronto, por estar aun mal deslindadas sus incumbencias, le traspasaban los reos. Gozaba tambien la potestad lejislativa, pues se le habia encargado formase una constitucion, para cuyo objeto habia pedido Bailly dos comisarios á cada distrito, quienes, bajo el nombre de representantes del concejo, debian formalizarla. Para tan intrincado desempeño, los electores se habian dividido en comisiones diversas: una, llamada de pesquisas, se dedicaba á la policía; otra, de abastos, atendia al surtimiento, que era el afan mas arduo y mas espuesto de todos. Bailly tuvo que desvelarse en él dia y noche, pues habia que estar haciendo compras intermina-

bles de trigo, hacerlo moler y trasportar à Paris, atravesando comarcas hambrientas. Atajábanse à menudo las remesas, y se requerian escoltas poderosas para resguardarlas en el tránsito y en los mercados. Aunque la administracion vendia los granos con quebranto, para que los tahoneros abaratasen el pan, no se daba por satisfecho el vecindario; habia que estar de continuo disminuyendo el precio, y las escaseces de Paris crecian por esta misma rebaja, porque los campesinos acudian desalados à proveerse. La zozobra de mañana incitaba à abastecerse hoy con sobras, y cuanto se agolpaba en manos de los unos escaseaba en las de los otros. La confianza es la que activa el comercio, que hace acudir con jéneros, y facilita é iguala su distribucion; pero en desmayando aquella, el afan traficante espira, y como los renglones urjentes no asoman, esta misma urjencia desconsuela y redobla la escasez y la confusion, imposibilitando el acertado reparto. Un conflicto mortal traspasaba à Bailly y à su comision, pues el afan de todo un dia apenas daba para llegar à la tarde, y por la madrugada asomaban idénticas zozobras.

No eran menores las que estaban aquejando à Lafayette, comandante de la milicia urbana (*). Habíale incorporado guardias franceses desalados por la revolucion, algunos Suizos y muchos soldados que desertaban de sus rejimientos en busca de mejor paga, habiendo el rey mismo autorizado esta disposicion. Esta tropa junta componia las llamadas compañías del centro; bajo el nombre luego de guardia nacional, se puso el uniforme y añadió à los dos colores rojo y azul de la escarapela parisiense el blanco que era el del rey, y esta fué la escarapela tricolor, cuyos destinos predijo Lafayette, espresando que daria la vuelta al mundo.

Acaudillando esta tropa, forcejeó dos años para mantener el sosiego público, y ejecutar las leyes que la asamblea estaba incesantemente decretando. Lafayette, descendiente de una familia antigua y acendrada en medio del estragamiento de la grandeza, dotado de tino y de teson, amantísimo del verdadero esplendor, malhallado con la insustancialidad de la corte y las estrecheces de la disciplina en el ejército, no viendo campo esclarecido en su patria, se arrojó à la empresa descollante del siglo, y se embarcó para América, recien publicada la noticia en Europa de

(*) Habíasele conferido este empleo el 15 de julio, en la Casa de Ayuntamiento.

hallarse ya esclavizada. Peleó junto à Washington, y decidió el rescate del Nuevo-Mundo por la alianza de la Francia. Vuelto à casa con el realce de su fama europea, agasajado en la corte como un fenómeno, se portó con la sencillez y el ensanche de un Americano. Cuando la filosofía, que no habia sido mas que un juguete fantástico para los nobles, les exijia ya sacrificios, Lafayette casi el único se aferró en sus opiniones, pidió los estados-jenerales, contribuyó ejecutivamente à la reunion de los estamentos, y en galardon fué nombrado comandante jeneral de la guardia nacional. Carecia de las pasiones y del númen que propenden al abuso de su pujanza; pero con su ánimo invariable, su entendimiento agudo, y su desinterés sistemático é incontrastable, era muy adecuado para el papel que le rodearon las circunstancias, de ejecutor de las leyes. Idolo de su tropa, sin haberla cautivado con la victoria, sereno y socorrido de arbitrios en el vaiven de la plebe enfurecida, afianzaba el órden con su desvelo infatigable. Los bandos, que se estrellaran con su desprendimiento, no cabiendo tildar su pundonor, tachaban su desempeño. No se equivocó sin embargo, ni en cuanto à los sucesos, ni acerca de los individuos, ni aquilataba la corte, ni los banderizos, sino acertadamente; arriesgaba en los trances su vida por ellos sin apreciarlos, y solia batallar desesperadamente contra las facciones con el teson de quien jamas debe desamparar la causa pública, aun viéndola desahuciada.

No acertó Lafayette con toda su vijilancia à enfrenar siempre el enfurecimiento popular, pues por mas solícita que cele la potestad, no le es dable acudir à donde quiera contra un pueblo amotinado que está viendo un enemigo en cada bulto. Los rumores mas necios corrian aferradamente y sin cesar; ya decian haber envenenado à los soldados de las guardias francesas, ya que las harinas estaban dañadas ó que las descaminaban adrede; los que echaban el resto de sus afanes para ajenciarlas tenian à lo mejor que comparecer ante una plebe ciega que los ultrajaba ó los vitoreaba, segun el arranque de aquel punto. Es cierto no obstante que el desenfreno del pueblo, sin atinar ni escudriñar largo tiempo sus víctimas, solia dirijirse ya por idiotas pagados, como se decia, ó para estremar sangrientamente mas y mas las turbulencias, ó solo por sujetos de suyo desalmados. Con intentos patentes huyeron, y se les dió alcance lejos de Paris,

Foulon y Berthier, y la arbitrariedad con ellos se redujo al enfurecimiento de la muchedumbre que los destrozó. Foulon, ex-intendente, adusto y codicioso, habia cometido tropelías horrorosas, y fué uno de los ministros indicados para suceder à Necker y à sus compañeros. Aunque habia estendido la voz de su muerte, fué arrestado en Viry, conducido à Paris, y reconviniéndole de haber dicho que se debia dar pienso de heno al pueblo, pusiéronle ortigas al cuello, un ramo de cardenchas en la mano y un haz de heno à la espalda. Arrebatáronle así al Ayuntamiento, y en el mismo punto Berthier de Sauvigny, su yerno, estaba arrestado en Compiegne por órdenes supuestas del concejo de Paris, que no las habia dado. Se mandó poner en libertad, pero no se cumplió, y lo encaminaron à Paris, y llegó cuando Foulon estaba en la Casa de la Ciudad, rendido à la saña de los furibundos. Queria matarlo el populacho, pero los cargos de Lafayette lo habian sosegado algun tanto, y se avenia à que Foulon fuere sentenciado; pero se queria que se verificase instantaneamente, para recrearse con su ejecucion. Habianse nombrado jueces algunos electores, que con varios pretestos se desentendian de tan aventurado desempeño. En fin, acudieron à Bailly y Lafayette, que se veian en el trance horroroso de postrarse ante la saña del pueblo, ó sacrificar una víctima. Sin embargo Lafayette, estremando su maña y su teson, lograba ir contemporizando, arengando repetida y prósperamente al jentío. El desventurado Foulon, sentado à su izquierda, cometió la imprudencia de celebrar sus últimas espresiones: «¿Veis, gritó un testigo, como se entienden?» A esta voz el tropel se dispara sobre Foulon. Lafayette echa el resto de sus esfuerzos para contrastar los asesinos; se lo arrebatan de nuevo, y el infeliz anciano aparece ahorcado à un reverbero. Córtanle la cabeza, y la pasean à la punta de una pica por Paris. Llega en aquel punto Berthier en su calesin, escoltado por guardias y acosado por la muchedumbre. Enséñanle la cabeza sangrienta, estando muy ajeno de que sea la del suegro; condúcenle al Ayuntamiento, donde prorumpe en espresiones de valor y de indignacion. Agarrado de nuevo, se desprende un momento, se apodera de una arma y defendiéndose desesperadamente, cae luego como el desgraciado Foulon (*). Estos asesinatos se habian dispuesto por los enemigos de Foulon ó de la causa pública, por cuanto, si

(*) Estos acontecimientos fueron en el 22 de julio.

bien el enfurecimiento del jentío habia sido disparado, como lo son jeneralmente sus arranques, fué muy combinado el arresto. Lafayette, traspasado de pesar y de indignacion, resolvió dejar el mando; pero Bailly, con todo el ayuntamiento, asustados de esta resolucion, se afanaron por disuadirle. Quedó convenido que haria dimision, para manifestar al pueblo su desagrado, pero que iria cediendo à las instancias que le hiciesen, y con efecto la milicia y el jentío le vocearon y se le comprometieron à la mas rendida obediencia. Se allanó al mando bajo esta condicion, y despues logró la satisfacion de atajar infinitas turbulencias, merced á su denuedo y à la pasion que le profesó la tropa.

Entre tanto habia recibido Necker en Basilea la órden del rey y las instancias de la asamblea. Los de Polignac, que dejara triunfantes en Versalles, y que acabara de encontrar fujitivos en Basilea, fueron precisamente los primeros que le noticiaron las desventuras del solio y la nueva y repentina privanza que le estaba esperando. Púsose en camino, y atravesó la Francia triunfalmente, tirando la plebe de su carruaje, y recomendándole el ministro, segun su costumbre, el órden y el sosiego. Recibióle el rey con empacho, y la asamblea con agasajo, y determinó ir à Paris, donde le estaba esperando un nuevo dia de triunfo. El ánimo de Necker era pedir à los electores el descargo y la libertad del baron de Besenval, aunque era su enemigo. En vano Bailly, aunque opuestísimo como él á toda violencia, pero combinador mas atinado de las circunstancias, le hizo cargo del trance que iba à acarrear, y le manifestó que esta fineza alcanzada en el raudal del alborozo se revocaria el dia siguiente como ilegal, porque à un cuerpo administrativo no le cabia condenar ni indultar; aferróse Necker, y quiso palpar los alcances de su influjo en la capital. Presentóse en el Ayuntamiento el 30 de julio, y sus esperanzas quedaron tan colmadas, que no pudo menos de conceptuarse todo poderoso al presenciar los disparos del jentío. Conmovido y bañado en lágrimas, pidió una amnistía jeneral, y de relámpago fué concedida por aclamacion. Ambas juntas de electores y representantes se mostraron igualmente ansiosas; los electores decretaron la amnistía jeneral, y los representantes del concejo dispusieron la libertad de Besenval. Retiróse Necker en sus glorias, empapándose como propios los aplausos debidos à su deposicion. Pero asomó el desengaño en el mismo dia, pues Mirabeau se lo estaba bañando en

amargura. En la asamblea y en los distritos sonó un alarido contra la sensibilidad del ministro, disculpable, decian, pero desatinada. El distrito del Oratorio, cohechado, segun se aseguraba, por Mirabeau, fué el encabezado en la contraposicion. Afirmábase por donde quiera que un cuerpo administrativo era inhábil para sentenciar. Revocóse la disposicion ilegal de la Casa de la Ciudad, y se renovó el arresto del baron de Besenval, verificándose así el dictámen del cuerdo Bailly, que Necker no quiso seguir.

Iban ya descollando por este tiempo los partidos. Parlamentos, nobleza, clero, amagados todos, al par de la corte, del mismo vuelco, se habian hermanado y obraban de mancomun. Ya no asomaban ni el conde de Artois, ni los Polignac, y un pavor desesperado acosaba à la aristocracia. Incapaz de atajar las que llamaba maldades, anhelaba ahora que el pueblo cometiese otras infmitas hasta lo sumo, para acarrear la bonanza con los estremos del huracan. Este sistema combinado de alevosía y despecho, llamado el pesimismo político, va brotando entre los banderizos, al paso que sus quebrantos los desprenden ya de cuanto les queda, y allá lo aventuran con el asomo de luego recobrarlo todo. Púsolo en planta la aristocracia, y se la estuvo viendo votar con los miembros mas disparados del partido popular.

Las circunstancias encumbran á los sujetos, y los trances de la nobleza le aprontaron un defensor denodado. El jóven Cazales, capitan de dragones de la reina, habia hallado en sí mismo un despejo y una afluencia inesperada. Atinado y sencillo, prorumpia de improviso en lo mas adecuado, y es de sentir que un entendimiento tan cabal se vinculase en una causa que solo puede fundar algun derecho tras su larga persecucion. Abogaba por el clero el abate Maury, argumentista veterano é inexhausto, con aprensiones certeras y mucha serenidad, osando contrastar esforzadamente à todo alboroto, y descaradamente à la misma evidencia. Tales eran los campeones y las armas de la aristocracia.

El ministerio no observaba plan ni rumbo fijo, y Necker, malquisto con la corte que lo toleraba por precision, se atenia, no à un sistema, sino à un nuevo anhelo. Habia deseado siempre la constitucion inglesa, la mejor sin duda que se pudiese proporcionar por via de convenio entre el solio, la aristocracia y el pueblo; pero esta constitucion, propuesta por el obispo de Langres, antes del establecimiento de una sola asamblea, y rehusada por

los primeros estamentos, habia venido à hacerse imposible. La grandeza no gustaba de dos cámaras, por cuanto harian veces de transaccion; los hidalgos, porque no tendrian cabida en la cámara alta, y el partido popular, porque, amedrentado todavía, no queria dejarle el menor influjo. Algunos diputados, ya por moderacion, ya por concepto particular, apetecian las instituciones inglesas, y componian el partido del ministro, en estremo endeble, porque se reducia à un específico escaso de conciliacion contra pasiones enconadas, y no oponia à sus contrarios sino raciocinios sin el empuje de la actividad.

El partido popular, al paso que iba venciendo, empezaba à desavenirse. Lally-Tolendal, Mounier, Mallouet y demas parciales de Necker aprobaban lo hecho hasta el dia, por cuanto habia ido abocando el gobierno à sus miras, esto es, à la constitucion inglesa; y dándolo por suficiente, reconciliados ya con la superioridad, querian hacer alto. El partido popular iba adelante, y en la sociedad Bretona (*) era donde solia estremar su vehemencia. Un convencimiento entrañable era el móvil de casi todos sus individuos; intentos personales iban sin embargo asomando, y ya los intereses peculiares eran el impulso que volcaba los primeros arranques del patriotismo. Barnave, abogado jóven de Grenoble, dotado de entendimiento clarísimo y de suma y espedita verbosidad, formaba con los dos Lameths un triunvirato interesante por su mocedad, y que luego influyó por su ahinco y su desempeño. Duport, consejero jóven del parlamento, à quien hemos visto descollar, terciaba en la asociacion, y así se dijo que Duport ideaba, Barnave decia, y los Lameths ejecutaban cuanto cuadraba à su intento. Sin embargo esta mocedad era íntima, sin haberse declarado enemiga de nadie.

El mas denodado de los prohombres populares y el que siempre à vanguardia entablaba las deliberaciones mas arrojadas, era Mirabeau. Las instituciones absurdas de la ya anticuada monarquía habian disonado à los sujetos atinados y pundonorosos; pero era imposible que no hubiese lastimado à algun pecho fogoso y desenfrenado pasiones violentas. Este pecho fué el de Mirabeau, que, padeciendo al nacer el despotismo de su padre, el del gobierno y el de los tribunales, vinculó su mocedad en hostilizarlos y abomi-

(*) Esta asociacion se habia formado á fines de junio, y se llamó luego la sociedad de los amigos de la constitucion.

narlos. Bañó el sol de Provenza su cuna noble, y descolló muy temprano con sus desbarros, sus contiendas y su elocuencia disparada. Sus viajes, sus observaciones, y su lectura inmensa le habian enseñado cuanto hay que saber, y su retentiva lo atesoraba todo; pero estremado y estraño, y luego paralojista, cuando no volaba en alas de su pasion, se encumbraba à lo sumo con ella. Fogueado de improviso por la tribuna y la presencia de sus contrincantes, se inflamaba su fantasía, y en el arranque se enmarañaba, se rozaban sus palabras, y su rostro palpitaba; pero amanecia luego, y entonces su entendimiento abortaba el caudal de largos años, y aun en la misma tribuna, su despejo retrataba descubrimientos, pinceladas y cuadros. Contrarestado de nuevo, descollaba mas arrollador y mas terminante, y tremolaba la verdad en lienzos centellantes y triunfadores. En la maleza de los asuntos intrincados, cuando los ánimos yacian acosados por una discusion pesada, ó amedrentados por el peligro, un alarido ó una palabra se disparaba de sus labios, su cabezon descollaba asustante de fealdad y de número, y la asamblea ilustrada y fortalecida promulgaba leyes, ó tomaba resoluciones magnánimas.

Arrogante por sus prendas, chanceando con sus vicios, ya altanero y ya convenible, embelesaba á los unos con sus halagos, arredraba á los otros con sus escarnios, los arrollaba y conducia tras sí à todos por el predominio peregrino de su raudal sobrehumano. El partido era suyo con la plebe, en la corte, como en la asamblea, donde quiera, en fin, que peroraba. Alternando llanamente con las jentes, justiciero con oportunidad, habia celebrado la habilidad asomante de Barnave, aunque no gustaba de sus jóvenes íntimos; sabia graduar la trascendencia de Sieyes, y se avenia à sus destemples; temia en Lafayette una vida intachable, y detestaba en Necker su tirantez estremada, una ilustracion altanera y los humos de cabalgar una revolucion parto suyo. Apreciaba poquísimo al duque de Orleans y su ambicion vagarosa, y, como se verá luego, jamas estuvo con él de aparcería; y así à impulsos de su número, embestia solo al despotismo que habia jurado volcar. Sin embargo, si no le acomodaba el boato de las monarquías, se avenia mucho menos con el ostracismo de las repúblicas; pero no dándose todavía por desagraviado de la grandeza y de la superioridad, se aferraba en su asolamiento. Por otra parte, acosado de urjencias, mal hallado con lo presente, se en-

golfaba en un porvenir desconocido, dando márjen à mil hablillas por su habilidad, su ambicion y sus vicios y el descalabro de su patrimonio, y corroborando con el cinismo de sus arranques todas las sospechas y todas las calumnias.

Así se encontraban la Francia y sus partidos. Las primeras desavenencias entre los diputados populares asomaron con motivo de los desafueros de la plebe. Mounier y Lally-Tolendal opinaban por una proclama al pueblo para desaprobarle sus escesos, pero la asamblea, hecha cargo de su inutilidad y la necesidad de no indisponerse con la muchedumbre que era su sostenedora, lo resistió al pronto; mas luego, cediendo à las instancias de varios miembros, vino à espedir una proclama, que, como se habia previsto, fué absolutamente infructuosa, puesto que no hay enfrenar con palabras un pueblo sublevado.

La zozobra era universal, y habia sobrevenido un pavor repentino. El nombre de aquellos forajidos que se habian ido apareciendo en los varios alborotos sonaba en todos los labios, y su estampa horrorizaba todos los ánimos. La corte culpaba por sus estragos al partido popular, y este à la corte. De repente vuelan correos por mil rumbos, participando que ya llegan los forajidos y vienen arrasando las mieses en yerba. Júntanse los habitantes, y en pocos dias queda armada la Francia entera esperando à los forajidos que no asoman. Este ardid, que jeneralizó la revolucion del 14 de julio, orijinando el armamento de la nacion, se atribuyó entonces à todos los partidos, y despues se ha principalmente atribuido al bando popular que ha sido el afianzador de sus resultados. Es de estrañar que se hayan ido mutuamente culpando de un arbitrio mas injenioso que criminal. Hase achacado à Mirabeau, que se engriera de ser su inventor, y que sin embargo se ha sincerado de esta farsa. Conjeniaba con Sieyes, y algunos han maliciado habérsela sujerido al duque de Orleans; y otros por fin han acriminado con ella à la corte, reflexionando que los correos alborotadores quedaran detenidos al primer paso sin la anuencia del gobierno, y que la corte, no conceptuando jeneral la revolucion, sino una mera asonada de Paris, habia intentado armar las provincias para contrastarla. Como quiera, el paradero fué provechoso para la nacion, que resultó armada y capaz de celar su resguardo y sus derechos.

En las ciudades, el vecindario habia arrojado sus grillos, y à

su remedo iban desaherrojándose los campesinos, negándose al pago de las cargas feudales, y persiguiendo à los dueños sus opresores. Incendiaban sus quintas, quemaban los cartapacios de propiedad, y se propasaban en algunas partes à estremos bárbaros de venganza. Una casualidad lastimosa fué el fomento de este disparo universal. Un señor de Mesmay, dueño de Quincey, estaba dando una funcion junto à su quinta. Los campesinos bulliciosos estremaban su regocijo, cuando la voladura de un barril de pólvora dió al través con la concurrencia. Súpose despues que habia sido torpeza y no alevosía, pero acriminóse al señor de Mesmay; corrió luego la voz, y arrebató à mil crueldades à los labriegos, encallecidos con su vida desdichada, y ahora desenfrenados con sus largos padecimientos. El ministerio pasó en cuerpo à retratar à la asamblea el cuadro deplorable de la Francia y à pedirle medios para restablecer el órden. Los fracasos se habian ido agolpando desde el 14 de julio; se entraba en agosto, y se hacia indispensable reentonar el poderío del gobierno y de las leyes; mas para su logro, era forzoso antes rejenerar las instituciones del estado que lastimaban ahora al pueblo y lo instaban à sublevarse. Una parte de la nacion sujeta à la otra sobrellevaba un sinnúmero de derechos llamados feudales; los unos, calificados de provechosos, obligaban los campesinos à pagos asoladores, y los otros, con título de honoríficos, los avasallaban con acatamientos y servicios indecorosos, reliquias de la barbarie feudal, cuya abolicion se debia à la humanidad. Estos privilejios, con el dictado de propiedades y aun titulados así por el rey en la declaracion del 23 de junio, no podian anularse por medio de una discusion, sino por un arranque repentino, é impresionando à los poseedores, incitarlos à desapropiárselos por sí mismos.

La asamblea estaba ventilando la decantada declaracion de los derechos del hombre, tratando antes si debia hacerse, y se acordó en la madrugada del 4 de agosto que se realizaria para encabezar la constitucion. En la misma tarde, la comision dió cuenta de las turbulencias y los medios de atajarlas, y el vizconde de Noailles y el duque de Aiguillon, individuos entrambos de la nobleza, trepan à la tribuna y representan que es inhábil la fuerza para enfrenar al pueblo, que se debe zanjar la causal de sus quebrantos, y cesarán así los vaivenes que se padecen.

Esplicándose luego mas à las claras, propone que se rescindan todos los derechos atropelladores que, bajo el título de feudales, yerman los campos. Mr. Lequen de Kerengal, hacendado de Bretaña, se presenta en la tribuna en traje de labrador, y forma un cuadro pavoroso del réjimen feudal. En seguida, estimulado el desprendimiento en unos, y la arrogancia comprometida en otros, cada cual se arroja à la tribuna para desapropiarse de sus regalías. Da el primer ejemplo la nobleza, y dispárase en pos el clero. Una especie de embriaguez cunde por la asamblea, y orillando una discusion ya escusada, puesto que sin ella quedaba demostrada la justicia de tales sacrificios, las jerarquías, las clases menores, los dueños de cualesquiera prerogativas acuden con afan à ostentar sus renuncias. Tras los diputados de alta categoría, los de tercer órden van llegando tambien con su ofrenda, y no poseyendo privilejios personales, brindan con los de sus pueblos ó provincias, y así la igualdad de derechos, restablecida entre los individuos, se estiende à todas las partes del territorio. Algunos rinden pensiones, y un miembro del parlamento, nada pudiendo aprontar, promete su pasion à la causa pública. La gradería de la mesa está cuajada de diputados que acuden à estender el acta de su renuncia; hay que contentarse con ir alistando los sacrificios, y se emplaza para el dia siguiente la redaccion de los artículos. El raudal lo arrollaba todo, pero en medio de este entusiasmo se echaba de ver que ciertos privilejiados, ajenos de sinceridad, trataban de estremar el desapropio hasta causar un trastorno. Causaban zozobra la noche y el arrebato, cuando Lally-Tolendal remitió al presidente una esquelilla, diciéndole: «Es muy de temer del rapto de la asamblea; levántese la sesion.» Al propio tiempo se le arroja un diputado, y estrechándole la mano con ahinco, le dice: «Venga la sancion real, y serémos amigos.» Lally-Tolendal, hecho cargo al golpe de entroncar la revolucion con el rey, propone proclamarle restaurador de la libertad francesa. Celébrase la proposicion con entusiasmo; se decreta un Te-Deum, y se separan por fin à media noche.

En ella se habian formado los siguientes acuerdos memorables:

La abolicion de la calidad de siervo;

La facultad de reintegrar los derechos señoriles;

La abolicion de jurisdicciones de señorío;

El desacoto de la caza, palomares, vivares, etc.;
El rescate del diezmo;
La igualdad de impuestos;
La admision de todos los ciudadanos à los empleos civiles y militares;
La abolicion de la venalidad de cargos;
La anulacion de todos los privilejios de pueblos y provincias;
La reforma de juros de heredad;
Y la supresion de pensiones alcanzadas sin afianzamiento.

Estas resoluciones se habian acordado en globo, pero faltaba el irlas redactando en forma de decretos, y entonces, pasado el primer disparo de jenerosidad, y cada cual vuelto à sus íntimos impulsos, los unos trataban de ampliar y los otros de cercenar las concesiones manifestadas. Trabóse reñida contienda, y una resistencia tardía é indiscreta cortó los vuelos al jeneral agradecimiento.

Habíase acordado la abolicion de los derechos feudales, pero habia que deslindar los absolutamente abolidos y los rescatados. Al asomar al territorio allá los conquistadores, habian impuesto à las personas servicios, y feudos à los campos. Habíanse apropiado tambien parte del suelo, y luego sucesivamente lo habian ido devolviendo à los colonos, mediante un rédito perpetuo. Una posesion dilatada con repetidos traspasos constituyendo la propiedad, habia estampado ya este carácter à los individuos y à las tierras, y así la asamblea se vió reducida à estrellarse con la propiedad. En este conflicto tenia que graduarla, no por la validez de su adquisicion, sino como mas ó menos gravosa à la sociedad. Anuló los servicios personales, y como ya muchos habian parado en réditos, quedaron estos tambien abolidos. Entre los feudos de las tierras, anuló los que con evidencia eran reliquias de la servidumbre, como el derecho impuesto à los traspasos, y declaró rescatables todas las rentas perpetuas, que eran el importe de las cesiones que la nobleza fuera haciendo à los colonos de parte del territorio. Es pues absurdísimo el tildar à la asamblea constituyente de violadora de las propiedades, puesto que todo habia parado en ellas; y era muy estraño que la nobleza, tras de haberlas estado tanto tiempo atropellando, ya exijiendo feudos, ya descargándose de los impuestos, mostrase de improviso tanta escrupulosidad en los fundamentos, cuando se trataba de sus

prerogativas. Apellidáronse tambien propiedades las alcaldías de señorío, puesto que por largos siglos se iban heredando, pero la asamblea se desentendió atinadamente del título, y las abolió, mandando sin embargo que continuasen hasta que se verificase su reemplazo.

Se batalló mucho el desacoto, y à pesar del fútil alegato de que pronto estaria armada la poblacion entera, si se franqueaba la caza, se concedió à cada cual en sus propias heredades. Prohibiéronse igualmente los palomares privilejiados, y la asamblea acordó que cada cual pudiera tenerlos, pero que en la temporada de siega se pudieran matar las palomas, como la demas caza, en el terreno donde fuesen à parar. Todas las capitanías quedaron abolidas con los guardabosques, añadiendo no obstante que se acudiria à proporcionar recreos al rey con arbitrios compatibles con la propiedad y la libertad.

El punto reñidísimo, por la trascendencia de otros que encabezaba, y por los intereses que iba à lastimar, fué el de los diezmos. Habíalos declarado en la noche del 4 redimibles, y al redactarlos, iba à suprimirlos sin rescate, añadiendo esmeradamente que se pondria à cargo del estado el mantenimiento del clero. Adolecia de informalidad esta decision, porque era renovar un acuerdo ya terminado, pero Garat manifestó que mediaba un verdadero rescate, porque el estado hacia veces de contribuyente, encargándose de las necesidades de los eclesiásticos. El abate Sieyes, à quien se estrañó oirle abogar por los diezmos, se avino en efecto à que el estado los rescataba en realidad, pero que hacia un robo à la nacion entera, repartiéndole una carga que debian sobrellevar únicamente los hacendados. Esta objecion, alegada con una entonacion absoluta, llevó consigo aquel dicho amarguísimo y luego muy repetido: «Hablais de ser libres, y no acertais à ser equitativos.» Pero aunque Sieyes creyó su proposision incontrastable, era muy obvio el responderle: La deuda del culto corresponde à todos; ¿es razon recargarla sobre los hacendados únicamente, y no sobre la totalidad de los ciudadanos? El estado es árbitro, y à nadie roba repartiendo los impuestos como lo juzga mas adecuado. El diezmo, desangrando à los hacendadillos cortos, anonada la agricultura, y el gobierno debia trastrocar este impuesto, como lo demostró Mirabeau palpablemente. El clero, que anteponia el diezmo, porque estaba viendo que el estado lo habia de asalariar segun sus verda-

deras necesidades, se decantaba propietario del diezmo por otorgamientos inmemoriales, y se recalcó en aquella razon tan repetida de la posesion dilatada, que nada prueba, pues todo, y hasta la misma tiranía, viniera à lejitimarse por este camino. Contestáronle que el diezmo era un usufructo, y por tanto no era traspasable, careciendo de todos los caracteres de la propiedad, que era con evidencia un impuesto cargado à su favor, y que el estado se encargaba de suplirlo con otro. Lastimóse la altanería del clero con el amago de venir à quedar asalariado; querellóse con destemplanza, y Mirabeau, que descollaba en el trance de asaetear con tiros fundados é irónicos, contestó à los voceadores que no sabia sino tres modos de existir en sociedad, y se reducian à ser ladron, pordiosero ú asalariado. El clero se hizo cargo de que no le cabia aferrarse en lo que estaba ya perdido, y los párrocos en especial, esperanzados de sus logros con la justificacion de la asamblea y la opulencia de los mitrados, concertando los tiros de sus contrarios, siguieron desde luego el impulso de la novedad. Decretóse pues la abolicion total de los diezmos, bajo el pacto preciso de encargarse el estado de costear el culto, y entre tanto se cobraria puntualmente el diezmo. Escusado miramiento el de esta cláusula postrera, pues el pueblo ni quiso pagar ni queria ya antes del decreto, y cuando el réjimen feudal quedó volcado, ya estaba antes en el suelo. Presentáronse todos los artículos el 13 de agosto al monarca, quien aceptó el dictado de restaurador de la libertad francesa, y asistió al Te-Deum, teniendo à su derecha al presidente, y por séquito à todos los diputados.

Así quedó consumada la reforma de mas entidad de toda la revolucion, en la que se manifestó la asamblea en estremo denodada y comedida. Por desgracia, jamas un pueblo recobra moderadamente el ejercicio de sus fueros; y atrocidades infernales se estaban cometiendo por el reino. Seguian incendiándose las quintas, y nubes de cazadores atropellaban los campos, desalados por ejercer el derecho recien concedido. Asaltaron y talaron las haciendas de sus opresores, cometiendo una asolacion esterminadora en el albergue de la lozanía y del recreo. Toda usurpacion padece funestas represalias, y quien se propasa debiera reportarse por sí, y sobre todo por sus hijos, que suelen ser siempre los ajusticiados. Repetíanse los fracasos, y el 7 de agosto se presentaron de nuevo los ministros à la asamblea para darle cuenta del estado del reino,

particularizando tambien el guarda-sellos las demasías pavorosas que habian estallado, al paso que Necker manifestó el deplorable descalabro de la hacienda. Recibió la asamblea con desconsuelo, mas no con desaliento, estos mensajes, y el 10, espidió un decreto, amonestando à los ayuntamientos à la conservacion del sosiego y del órden público, desbaratando los agolpamientos sediciosos. Mandábaseles conducir ante los tribunales à los alborotadores, y prender à cuantos esparciesen especies trastornadoras alegando órdenes supuestas ó incitando à violencias, y enviar los autos à la asamblea nacional, para poder desentrañar los móviles de las turbulencias. Las milicias y las tropas de línea quedaban à disposicion de los ayuntamientos, juramentándolas para que fuesen fieles à la nacion, al rey, à la ley, etc.; y este fué el que se llamó despues juramento cívico.

El informe de Necker sobre el estado de la hacienda descorazonó à sus oyentes; pues los apuros del erario habian hecho recurrir à la convocacion de una asamblea, la cual, apenas reunida, se habia enemistado con la superioridad, y atenida à la urjencia de su afianzamiento, habia desatendido el de las rentas públicas. Necker solo forcejeaba con el afan de la hacienda, al paso que Bailly, encargado del abasto de la capital, estaba padeciendo congojas mortales. Necker, martirizado con urjencias menos ejecutivas, pero mucho mas estensas, emparedado entre sus penosos cálculos, traspasado de mil quebrantos, echaba el resto por acudir à la penuria incesante, y mientras no pensaba sino en materias de hacienda, no alcanzaba que la asamblea se empapase toda en cuestiones políticas. Necker y la asamblea, embebidos cada cual con su ramo, no divisaban el otro. Si el sobresalto de Necker correspondia à su conflicto, la confianza de la asamblea estribaba en el encumbramiento de sus miras, y abarcando la Francia y su porvenir, no se avenia à conceptuar que un reino tan esclarecido, apurado por una temporada, estuviera sentenciado para siempre al desamparo.

Al entrar Necker en el ministerio en agosto de 1788, no halló en el erario mas que cuatrocientos mil francos. Habia, con su ahinco, acudido à lo mas urjente, y luego las circunstancias habian redoblado el desembolso y apocado los recursos. Se habia tenido que comprar granos, revenderlos à menos del costo, dar socorros considerables, y plantear obras públicas para emplear operarios. Habian

salido del erario para este último destino hasta doce mil francos diarios, y al crecer las salidas, se iban cercenando las entradas. La baja de la sal, el atraso de la recaudacion, y à veces la resistencia absoluta del pago de los impuestos, el contrabando à viva fuerza, el allanamiento de las barreras, el saqueo de los rejistros, y el asesinato de los cobradores habian aniquilado las rentas; por tanto Necker pidió un empréstito de treinta millones. El primer concepto fué tan denodado, que se votó el empréstito por aclamacion, pero este arranque amainó luego. Se manifestó repugnancia para nuevos empréstitos, y se incurrió en una especie de contradiccion en acudir à los cuadernos de que se habian desentendido, que prohibian avenirse al impuesto antes de haber hecho la constitucion; y aun llegó el caso de formar el cómputo de las sumas recibidas desde el año anterior, como si se desconfiase del ministro. Sin embargo, la precision hizo realizar el empréstito, pero se varió el plan, reduciendo el interés à cuatro y medio por ciento, esperanzados equivocadamente en un patriotismo que prevalecia en la nacion, mas no en los prestamistas de profesion, los únicos que ejerzen comunmente este jénero de especulaciones de hacienda. Este primer yerro fué uno de los que suelen cometer las asambleas, cuando quieren orillar los alcances inmediatos del ministro que está obrando por los cómputos jenerales de mil y doscientos especuladores.

Se fué tambien echando de ver que el arranque nacional se deshermanaba con el apocamiento del ministro. Tras este ahinco indispensable aplicado al sosiego público y à la hacienda, volvieron à dedicarse à la declaracion de los derechos. Suministró Lafayette la primera especie traida de América. Esta discusion, interrumpida por la revolucion del 14 de julio, renovada en 1°. de agosto, interrumpida de nuevo por la abolicion, se reasumió y acordó definitivamente el 12 de agosto. El pensamiento encerraba cierta grandiosidad que embelesó à la asamblea. El encumbramiento de los ánimos rebosaba de magnificencia, de sinceridad, de valor y de resoluciones cuerdas y desacertadas. Abalanzáronse pues à esta novedad y volaron à ejecutarla. Si solo se hubiese tratado de aferrarse en ciertos principios desconocidos, particularmente por la autoridad que acababan de contrastar, como el votar los impuestos, la libertad relijiosa, la de la imprenta y la responsabilidad ministerial, fuera muy obvia la ejecucion, practicada ya en América y en Inglater-

ra. La Francia podia espresar en ciertas máximas despejadas y terminantes la nueva planta que imponia à su gobierno, pero la Francia, estrellándose con lo pasado, y queriendo reencumbrarse al estado natural, debió aspirar à dar una declaracion cabal de todos los derechos del hombre y del ciudadano. Se habló antes largamente de la necesidad y del peligro de este paso, y se ventiló con ahinco y sin provecho un asunto que ni ofrece ventaja ni contingencia; puesto que se redujo à una sarta de fórmulas inapeables para el pueblo, y que no venian à ser de alguna entidad sino para cierta porcion de entendimientos afilosofados que no suelen asomar en las oleadas estruendosas de las asonadas. Decidióse por fin que así se hiciese, para encabezar airosamente el acta constitucional; pero habia que formalizar su contenido, y allí se cifraba lo arduo del empeño. ¿Qué viene à ser un derecho? ¿Qué es lo que se debe à los hombres? Se les deben cuantas finezas sean dables; con que toda disposicion atinada del gobierno habrá de ser un derecho; y así todos los proyectos propuestos abarcaban la definicion de la ley, el modo de acordarla, el principio de la soberanía, etc. Oponian que ahí no se comprendian los derechos, sino unas máximas jenerales, pero siempre conducia el espresarlas. Mirabeau, impaciente, esclamó : «No hay que usar la voz de derechos, sino decir : Segun el interés de todos, se ha declarado, etc.» Sin embargo se prefirió el encabezamiento campanudo de declaracion de derechos, bajo el cual inculcaron máximas, principios y definiciones, y así se vino à componer la decantada declaracion que encabeza la constitucion de 91. En todo este vaiven, el único quebranto era el malogro de varias sesiones en meras conclusiones filosóficas. Pero, ¿quién ha de afear à nadie el empaparse en su objeto? ¿Quién tiene derecho para menospreciar el enajenamiento de una primera temporada?

Iba ya siendo hora de entablar la empresa de la constitucion, y quebrantados con el afan de los preliminares, tenian los diputados fuera de su recinto acompañantes en sus cuestiones fundamentales. La constitucion inglesa era el dechado que naturalmente se estaba ofreciendo à los ánimos, como transaccion ajustada en Inglaterra, tras una contienda semejante, entre el rey, la aristocracia y el pueblo. Estribaba aquella constitucion en el establecimiento de las dos cámaras y la sancion real. Cada cual, en el primer arranque, se prenda de los conceptos mas obvios; y un

pueblo que patentiza su albedrío y un rey que lo ejecuta, se les figuraba la única forma lejítima de gobierno. Equilibrar la aristocracia con la nacion, por medio de su cámara alta, y aprontar al rey el derecho de anular la voluntad nacional con la regalía de su sancion, les parecia un absurdo. «La nacion quiere, el rey hace:» los ánimos no se remontaban sobre estos llanísimos elementos, y creian atenerse à la monarquía, por cuanto franqueaban al rey la ejecucion de los impulsos nacionales. La monarquía, cual prevalece aun en los paises conceptuados por libres, es el señorío de uno à quien se ataja con el coto de la intervencion nacional. El albedrío del príncipe lo dispone en realidad casi todo, y el de la nacion se reduce à estorbar el daño, ya contrarestando los impuestos, ya terciando en la formacion de la ley. Pero en pudiendo la nacion mandar cuanto apetece, sin que pueda el rey contraponerse con su veto, el monarca queda en el concepto de un mero majistrado, y no hay mas que república con un solo cónsul, en vez de varios, y así nunca el gobierno de Polonia, teniendo su rey, se apellidó monarquía, como tampoco el de Lacedemonia.

La monarquía atinada requiere grandiosos otorgamientos de parte de los ánimos, poquísimo propensos à franquearlos tras un anonadamiento dilatado y en los primeros hervores del entusiasmo; y así la república embargaba mudamente las opiniones, siendo republicanos todos sin creerlo ellos mismos.

Nunca llegaron à esplicarse sin rebozo en la discusion, pero à pesar de los injenios y de la ciencia que realzaban la asamblea, el punto estuvo siempre mal ventilado y peor comprendido. Los inglesistas, Necker, Mounier y Lally, no acertaron à divisar en qué debia estribar la monarquía, y aun cuando lo alcanzaran, jamas se arrojaran à espresar terminantemente en la asamblea, que el albedrío nacional no debia ser todopoderoso, ateniéndose à atajar sin obrar. Se estuvieron desentrañando sobre que el rey habia de acotar las usurpaciones de la asamblea; que para poner en planta la ley, debia aquel, de su íntima voluntad, cooperar en ella; y que en fin, el poder ejecutivo y el lejislativo debian hermanarse. Siendo estas razones ó equivocadas ó endebles, era una ridiculez el intento de contrastar la soberanía nacional con el albedrío único del monarca (*).

(*) Véase la nota 5 al fin del último tomo.

Anduvieron mas atinados en el punto de las dos cámaras, pues á la verdad, aun en medio de las repúblicas hay jerarquías encumbradas, para atajar los disparos de las clases que van á sus alcances, escudando las instituciones enveteradas contra el embate de las nuevas. Pero esta cámara alta, todavía mas imprescindible que la prerogativa rejia, pues no hay ejemplo de república sin senado, horrorizaba mas que la sancion, por cuanto era mas violento el encono con la grandeza que con el solio. La cámara alta con nadie tuvo cabida por entonces; los hidalgos la rechazaban por quedar escluidos; los privilejiados por desesperacion, anhelando lo peor en todos los puntos, y el partido popular, porque no se avenia á dejar á la aristocracia una cumbre para señorear el albedrío nacional. Mounier, Necker y Lally vinieron á quedar aislados con su cámara alta, y Sieyes, por el desbarro de un ánimo absoluto, ni se avenia á las dos cámaras, ni á la sancion real. Ideaba la sociedad en globo, y esta mole, en su dictámen, sin distincion de clases, debia tener á su cargo la voluntariedad, y el rey, como único majistrado, la ejecucion; y así hablaba de corazon al decir, que monarquía ó república eran lo mismo, y sin mas diferencia para él que la del número de majistrados ejecutores. El entendimiento de Sieyes eslabonaba y estrechaba sus propios conceptos, y aunque acorde consigo mismo, no lo estaba ni con la naturaleza de las realidades, ni con los entendimientos ajenos. Los arrollaba con el raudal de sus absolutos, mas no solia lograr persuadirlos, y así no pudiendo ni sajar sus sistemas, ni plantearlos por entero, se mostraba luego enojadizo. Mirabeau, atinado, veloz y flexible, no descollaba en ciencia política sobre la asamblea; rechazaba las dos cámaras, no por convencimiento, sino por el concepto de su imposibilidad actual, y por ojeriza á la aristocracia. Defendia la sancion por resabio monárquico, en el cual se comprometió á la apertura del congreso, repitiendo que sin la sancion antepondria la morada de Constantinopla á la de Paris. Barnave, Duport y Lameth, inavenibles con Mirabeau, no admitian ni cámara alta ni sancion; mas no siendo tan pertinaces como Sieyes, se allanaban á modificar su opinion, concediendo al rey y á la cámara alta un veto meramente suspensivo, esto es, la facultad de oponerse temporalmente á la voluntad nacional, manifestada en la cámara baja.

Entabláronse las discusiones el 28 y 29 de agosto, y el partido de Barnave trató de amistarse con Mounier, á quien su per-

tinacia le hacia acaudillar el partido de la constitucion inglesa. Como era el mas incontrastable, fuerza fué haberla con él, y mediaron conferencias para atraerlo. Al palpar la imposibilidad de apearle de una opinion encarnada en él, se allanaron à la esterioridad inglesa, con el bien entendido que, contraponiendo à la junta popular una cámara alta y el rey, no se franquearia à entrambos mas que el veto suspensivo, inhabilitando ademas al rey para suspender la asamblea. Mounier contestó como hombre convencido, diciendo que la verdad no era pertenencia suya, y que no estaba en ánimo de sacrificar una porcion por el salvamento de la otra, y vino así à malograr entrambas instituciones por no quererlas modificar; y si fuese cierto, aunque no lo fué, como se irá viendo, que la constitucion de 91, por carecer del arrimo de la cámara alta, volcó el trono, Mounier tendria sobre sí gravísimos cargos. Mounier no era enamoradizo sino pertinaz; tan absoluto en su sistema como podia serlo Sieyes en el suyo, anteponia el malogro del total al cercen de una porcioncilla. Desbarataronse las negociaciones con enojo, y aun amagaron à Mounier con Paris y con la opinion, y marcharon allá, segun dicen, en demanda del sangriento amago.

Estas cuestiones descarriaban al pueblo, al par de los representantes, que se arrebataban tras ellas sin calarlas. Cifrábanse todas en la palabrilla tan breve y terminante del veto; apetecian ó repugnaban el veto, y esto significaba querer ó no la tiranía. La plebe, sin alcanzar siquiera esto mismo, equivocaba el veto con algun impuesto que se debia abolir, ó con un enemigo que se debia ahorcar, y trataba de colgar el veto de un farol (*).

El hervidero se concentraba en el Palacio-Real, y agolpándose hombres fogosos, que no podian ni aun tolerar los concejales nombrados en los distritos, subian sobre una silla, peroraban à su albedrío, y eran silbados ó vitoreados por una oleada inmensa, que se arrojaba à ejecutar cuanto habian propuesto. Camilo Desmoulins, ya nombrado en la presente historia, descollaba por el raudal, la travesura y el desenfreno de su alma, y sin ser cruel, estaba pidiendo desafueros. Asomaba un Saint Hurugue, marqués de antaño, encerrado largo tiempo en la Bastilla por desavenencias de familia, y enconado contra la superioridad hasta lo sumo del

(*) Preguntó un campesino á otro: ¿Sabes qué viene á ser eso del veto? No. Pues haz cuenta que tienes la cazuela llena de sopas, llega el rey y te dice que las tires, y entonces tienes que arrojarlas sin arbitrio.

enloquecimiento. Allí estaban todos los dias voceando en tropel, que se debia residenciar al rey y à la asamblea por sus demoras en beneficio del pueblo. Lafayette se veia apuradísimo para contenerlo con patrullas incesantes, y hasta la guardia nacional estaba tachada de aristocracia. «No habia patrullas, decia Desmoulins, por el Cerámico;» y aun el nombre de Cromwell habia sonado junto al de Lafayette. Un dia, domingo 30 de agosto, se hace una propuesta en el Palacio-Real, acusan à Mounier, y se conduelen de Mirabeau, como espuesto, y para escudarle se trata de marchar à Versalles. Entretanto Mirabeau defendia la sancion, sin desmerecer en su papel de tribuno popular para el concepto de la muchedumbre. Saint Hurugue, acaudillando algunos alborotadores, se encamina hácia Versalles, diciendo que iban á recabar de la asamblea que despidiese à varios vocales infieles y nombrase otros, y à suplicar al rey y al delfin se vinieran à Paris, para ponerse en salvo al resguardo del pueblo. Acude al vuelo Lafayette, los ataja y los precisa à cejar. El dia siguiente, lúnes 31, se agolpan de nuevo, forman un recurso al concejo, pidiendo la convocacion de los distritos para desaprobar el veto y à los diputados que lo defienden, à fin de revocar sus nombramientos y traer otros en su lugar, y el concejo los rechaza con ejemplar entereza.

Por este tiempo estaban alteradísimos los ánimos en la asamblea, y los descontentos habian escrito à los principales diputados cartas atestadas de amenazas y reconvenciones, estando una de ellas firmada con el nombre de Saint Hurugue. El mismo 31, al abrirse la sesion, habia Lally delatado una diputacion que habia recibido del Palacio-Real, la que le amonestaba à desasociarse de los malvados que defendian el veto, añadiendo que un ejército de veinte mil hombres iba à ponerse en marcha. Mounier leyó igualmente cartas recien recibidas, propuso pesquisar los autores ocultos de tales maquinaciones, y estrechó à la asamblea à ofrecer quinientos mil francos al que los delatase. Resultó mucho alboroto, y Duport defendió que desdecia de la dignidad de la asamblea el afanarse en semejantes pormenores. Mirabeau leyó tambien otras cartas en que los trastornadores no le agasajaban mas que à Mounier. La asamblea se desentendió, y Saint Hurugue, firmante de una de las cartas delatadas, fué encarcelado por el concejo. Se estaban ventilando à la par las tres cuestiones de la permanencia de las asambleas, de las dos cámaras y del veto. Como la dilatada

interrupcion de las asambleas nacionales habia acongojado tantísimo à la Francia, se hicieron ahora permanentes. Se empeñan luego en la gran cuestion de la unidad del cuerpo lejislativo, ocupando un público crecido y ruidoso las tribunas, mientras varios diputados se van retirando. El obispo de Langres, presidente, se afana en detenerlos, pero vanse sin embargo en sobrado número. Pídese la votacion jeneralmente à voces, y Lally pide nuevamente el habla; se la niegan, tachando al presidente de haberlo enviado à la tribuna, y hay miembro que se propasa à preguntar al presidente, cómo no se cansa de acosar à la asamblea; ofendido con estas espresiones, el presidente deja el sillon, y queda la discusion trasladada. El dia siguiente, 10 de setiembre, se lee una esposicion de la ciudad de Rennes, declarando inadmisible el veto, y traidores à la patria cuantos lo votaran. Mounier y los suyos se indignan, y proponen reconvenciones al ayuntamiento. Mirabeau contesta que no es incumbencia de la asamblea el aleccionar à concejales, y que se debe pasar de largo. Vótase por fin el punto de las dos cámaras, y al eco de los vítores se decreta la unidad de la asamblea. Cuatro cientos noventa y nueve votos hay en pro, y ochenta y nueve en contra; ciento veinte y dos nulos por la zozobra causada à varios diputados.

Asoma por fin el asunto del veto. Habíase hallado el medio término del veto suspensivo, que solo detenia la ley temporalmente, durante una ó mas lejislaturas; y considerábase como una apelacion al pueblo, porque recurriendo el rey à varias asambleas, y teniendo que ceder si se aferraban, parecia que apelaba realmente à la autoridad nacional. Opusiéronse los de Mounier, atenidos à que en el sistema de la constitucion inglesa, el rey consulta con la representacion nacional sin obedecerla, pero se equivocaban en su situacion actual. Su ánimo, decian, era el atajar toda resolucion atropellada, y el veto suspensivo acudia al intento tan adecuadamente como el absoluto. Reinsistiendo la representacion, se patentizaba la voluntad nacional, y otorgada su soberanía, era una ridiculez el contrariarla sin coto.

Hízose cargo el ministerio de que en realidad el veto suspensivo surtia el propio efecto que el terminante, y Necker aconsejó al rey ganase las albricias de su sacrificio voluntario, pasando à la asamblea una memoria, pidiendo el veto suspensivo. Corrió la voz, y se quedó anticipadamente enterado del ito y la mente del conte-

nido, que eran ya sabidos al presentarla el 11 de setiembre. Al parecer, mancomunándose Mounier con el solio en cuanto à sus miras, debia seguir el propio rumbo, pero los partidos se deshermanan luego en intereses. Mounier desechó este mensaje, diciendo, que si el rey se desapropiaba de una prerogativa provechosa à la nacion, se le debia vincular à pesar suyo y por el interés de la misma. Trastrocáronse así los papeles, y los contrarios al rey vinieron à sostener su intervencion, pero en vano, pues la memoria quedó violentamente rechazada. Esplayáronse de nuevo acerca de la voz sancion, y se ventiló el punto de apurar si era ó no imprescindible para la constitucion. Despues de haber sentado que la potestad constituyente se sobrepone à la constituida, se acordó que la sancion no recaeria sino sobre los actos lejislativos, mas no sobre los constitutivos, los cuales serian únicamente promulgados. Hubo seiscientos setenta y tres votos por el veto suspensivo, y tres cientos veinte y cinco por el absoluto. Este fué el paradero de las hablas sobre los artículos fundamentales de la nueva constitucion, y Mounier y Lally-Tolendal se despidieron de la comision constitucional.

Habíanse ya espedido un sinnúmero de decretos sin pasar ninguno à la aceptacion del rey, y se resolvió remitirle los artículos del 4 de agosto. Ventilóse ahincadamente si se pediria la sancion ó meramente la promulgacion, conceptuándolos lejislativos ó constitutivos. Maury, y aun Lally-Tolendal, incurrieron en la torpeza de apellidarlos lejislativos y requerir la sancion, como si hubiesen de estrellarse en algun tropiezo con la sancion real. Mirabeau, con acendrado tino, desentrañó que los unos abolian el réjimen feudal y eran por esencia constitutivos, y que en los otros se cifraba un hidalgo desprendimiento de nobleza y clero, los cuales por cierto no apetecian que estuviese en mano del rey el poner coto à sus dádivas. Añadió Chapelier que ni aun debia suponerse preciso el beneplácito del rey, puesto que estaban ya aprobados en el acto de aceptar el dictado de restaurador de la libertad francesa, y asistiendo al Te Deum: por tanto, se le suplicó únicamente su promulgacion (*).

Un vocal propuso de improviso la herencia de la corona y la inviolabilidad de la persona real, y la asamblea, que estaba de corazon por el rey como el primer majistrado hereditario, votó

(*) Presentáronsele estos artículos el 20 de setiembre.

entrambos artículos por aclamacion. Se propuso la inviolabilidad del heredero presuntivo de la corona, pero el duque de Montemart advirtió que varias veces los hijos habian intentado destronar à sus padres, y convenia afianzar el camino de atajar sus atentados, y así se desechó la proposicion. El diputado Arnoult, acerca de la herencia por línea de varon y de rama, propuso confirmar las renuncias de la rama de España, hechas en el tratado de Utrecht. Se alegó que no tenia cabida la deliberacion, para no indisponerse con un aliado fiel; Mirabeau se arrimó à este dictámen, y la asamblea pasó à su órden del dia; mas de improviso, Mirabeau, para hacer un esperimento, de que se ha opinado equivocadamente, quiso reasumir el punto de que el mismo se habia desentendido. La casa de Orleans se hallaba de competidora de la España en caso de estincion de la rama reinante. Reparó sumo afan en orillar este punto, y aunque deshermanado con el duque de Orleans, tratándolo familiarmente, como hacia con todos, quiso sin embargo tantear el vaiven de los partidos, y desentrañar los íntimos ó desafectos al duque. Atravesábase el punto de rejencia, y en caso de menoría, no podian ser tutores del sobrino los hermanos del rey, puesto que eran sucesores del huerfanillo real y poquísimo interesados en su conservacion. Pertenecia pues la rejencia al pariente mas inmediato, y eran ó la reina, ó el duque de Orleans, ó la familia de España, y así Mirabeau propone que la rejencia se vincule en los nacidos en Francia. «Estoy hecho cargo, dijo, de la jeografía de la asamblea, y el punto de donde se disparó el grito del órden del dia me demuestra que no se trata aquí de dominacion estranjera, y que la proposicion de no deliberar, al parecer, española, es quizás austríaca.» Suenan alaridos à estas palabras, y se renueva con suma violencia la discusion, pidiendo siempre sus contrarios el órden del dia. En vano está Mirabeau repitiendo por instantes que no puede moverles otra razon mas que la de traer à Francia una dominacion estranjera; pues no contestan, por cuanto la antepondrian con efecto à la del duque de Orleans, y en fin, consumidos así dos dias, se declara que no tiene cabida la deliberacion. Pero Mirabeau habia logrado su intento, viendo cómo iban descollando los partidos, aunque le acarreó la tacha de orleanista (*).

(*) Véase la nota 7 al fin del tomo último.

Acalorada todavía con esta discusion, la asamblea recibió la respuesta del rey à los artículos del 4 de agosto, cuya mente aprobaba, aceptando algunos condicionalmente, esperanzado de que se modificarian, al ejecutarlos, y renovando sobre los mas las objeciones hechas en la discusion y rechazadas por la asamblea. Reaparece Mirabeau en la tribuna, y dice: «No hemos escudriñado la superioridad de la potestad constituyente sobre la ejecutiva, tendiendo como un velo sobre estos puntos (pues con efecto la asamblea habia esplicado favorablemente el modo de entenderlos sin llegar à deslindarlos); pero si se impugna nuestra potestad constituyente, nos precisarán à declararlos. Procédase llanamente y de buena fe, y acordes en cuanto à las dificultades de la ejecucion, no la exijimos. Por tanto pedimos la abolicion de los cargos, pero apuntando para lo venidero el reintegro y su hipoteca; declaramos el impuesto mantenedor del clero asolador de la agricultura, pero mientras se verifica su equivalente, disponemos el cobro del diezmo; abolimos las jurisdicciones de señoríos, pero tolerándolas hasta que se planteen otros tribunales. Otro tanto sucede con los demas artículos, que no encierran jeneralmente sino principios que se harán irrevocables al promulgarlos; cuanto mas que aun cuando fuesen infundados, ya los ánimos estan empapados en ellos, y no hay quien los defraude de su aplicacion. Repitamos sin rebozo al rey lo que decia su loco à Felipe II, de suyo absolutísimo: «¿Qué harias, Felipe, si cuando tú dices sí, todos te dijesen no?»

La asamblea encargó à su presidente volviese de nuevo al rey para pedirle la promulgacion, y quedó corriente. Deliberando luego la asamblea sobre la duracion del veto suspensivo, lo estendió à dos lejislaturas, pero cometió el desacierto de que se trasluciese que venia à ser una compensacion que se daba à Luis XVI por su avenencia à la opinion pública.

Mientras en medio de tantos estorbos, atravesados por el mal ánimo de los privilejiados y por los disparos populares, la asamblea llevaba adelante su intento, agolpábanse otros apuros, y ufanábanse sus enemigos. Esperaban que se atascase en el pantano de la hacienda, como habia sucedido à la misma corte. Malográrase el primer empréstito de los treinta millones, y otro de ochenta, dispuesto à una nueva propuesta de Necker (*), se ha-

(*) Decreto del 27 de agosto.

llaba en el mismo caso. «—Ventilad, dijo un dia Mr. Degouy d'Arcy; que sigan volando los plazos, que en cumpliéndose, ya no existimos..... voy à estrellaros amarguísimos desengaños.—Orden, órden, claman unos.—No, no, hablad, contestan otros.—Levántase un diputado y dice:—Adelante, vivan el sobresalto y el pavor. Y en suma, ¿qué puede suceder? Darémos parte de nuestros haberes, y acabóse.—» Mr. Degouy continúa: «Los empréstitos votados nada han producido; no hay diez millones en caja.» A estas palabras, lo cercan de nuevo, lo vituperan y lo acallan. El duque de Aiguillon, presidente de la comision de hacienda, le desmiente, probando que debe haber todavía en caja hasta veinte y dos millones. Se acuerda sin embargo que los viérnes y sábados se dedicarán con especialidad al ramo de hacienda.

Llega por fin Necker angustiado con sus afanes incesantes, y renueva sus lamentos perpetuos, reconviniendo à la asamblea de no haber mirado por la hacienda en cinco meses de tareas. Las turbulencias trastornadoras del crédito han causado el malogro de los empréstitos. Se encubrian los capitales, y los estranjeros no habian asomado en las dos operaciones propuestas. La emigracion y el desvío de los viajeros habian tambien apocado el metálico, sin que lo hubiese ni aun para las urjencias diarias. El rey y la reina habian tenido que enviar su vajilla à la moneda, y por tanto pide la cuarta parte de las rentas, afianzando la suficiencia de este medio. Una comision se dedica por espacio de tres dias à desentrañar este plan, y lo aprueba por entero. Mirabeau, enemigo personal del ministro, toma la voz el primero para recabar de la asamblea acceda à este plan sin ventilarlo. «Careciendo, dijo, de espacio para irlo deslindando, no debe cargar con la responsabilidad del éxito, aprobando ú desaprobando los medios propuestos.» Bajo este concepto, aconseja el aprobar en globo y à ciegas. La asamblea, predominada, accede à la propuesta, y dispone que Mirabeau se retire para estender el decreto. Entre tanto el entusiasmo se desfoga, y los émulos del ministro alegan que hay otros recursos donde él no los halla. Sus apasionados al contrario las han con Mirabeau, y se quejan de que ha intentado aplanarlo con la responsabilidad de los acontecimientos. Asoma Mirabeau y lee su decreto. «—Allá va el rejonazo sobre el plan del ministro, esclama Mr. de Virieu.—» Mirabeau, que nunca cejaba sin contestacion, desemboza sin rodeo

sus motivos, y confiesa que le han adivinado su interior, diciendo que su ánimo era volcar sobre Mr. Necker la responsabilidad de los acontecimientos: dice que no le cabe la honra de ser su amigo; pero que aun cuando fuese el mas íntimo, como ciudadano ante todo, desde luego le comprometeria à él, mas bien que à la asamblea, que no conceptuaria al reino zozobrante, aun cuando Mr. Necker se equivocase, y al contrario, la salvacion pública quedaria muy comprometida, si la asamblea se desconceptuase, desacertando una operacion decisiva; y acaba proponiendo una proclama para foguear el patriotismo nacional y corroborar el proyecto del ministerio.

Lo vitorean, pero sigue aferradamente la contienda, y haciendo mil proposiciones se malogra el tiempo con sutilezas hueras. Se encarama por despedida en la tribuna; acosado de embates y traspasado con el apremio de las urjencias, señorea el concurso, despeja la cuestion con sin par maestría, y evidencia la imposibilidad de sortear el trance. Inflámase su númen, retrata al vivo el naufrajio de una quiebra, y la califica de un impuesto arruinador, que, en vez de alcanzar al vuelo à todos, se ahinca sobre algunos para estrellarlos; la pinta como una sima en donde se empozan víctimas vivas, y que no se cierra en habiéndolas sumido, por cuanto se sigue debiendo tras de haber negado el pago. Dejando luego la asamblea despavorida: «El otro dia, dijo, con motivo de una mocion ridícula del Palacio-Real, hubo quien esclamó: ¡Catilina asoma à las puertas de Roma, y estais deliberando! Y por cierto que allí no habia ni Catilina, ni peligro, ni Roma, y hoy la pavorosa bancarrota está ahí amagando acabar con vosotros, vuestro honor, vuestros haberes, y ¡estais deliberando! (*)»

A estas palabras, la asamblea enajenada se levanta dando alaridos de entusiasmo. Un diputado intenta contestar, se adelanta, pero asustado con su empeño, se queda inmóvil y enmudece. Entonces la asamblea declara que, oido el informe de la comision, adopta por mera confianza el plan del ministro de hacienda. Era la bienaventuranza de la elocuencia, pero que no podia alcanzar sino quien atesoraba juntamente el despejo y los raptos de Mirabeau.

(*) Sesiones del 24 y 26 de setiembre.

CAPITULO IV.

Tramas de la corte. Banquete de los guardias de la persona y de los oficiales del rejimiento de Flándes en Versalles. Jornadas del 4, 5 y 6 de octubre; asonadas sangrientas. Asalto del alcázar de Versalles por la muchedumbre. Viene el rey á residir en Paris. Estado de los partidos. El duque de Orleans deja la Francia. Negociaciones de Mirabeau con la corte. Trasládase la asamblea á Paris. Ley sobre los bienes del clero. Juramento cívico. Tratado de Mirabeau con la corte. Bouillé. Negocio de Favras. Planes contra-revolucionarios. Asonadas de los Jacobinos y los Fuldenses.

Mientras la asamblea iba así aplicando sus manos à todas las partes del edificio, se estaban fraguando grandiosos acontecimientos. La nacion, con la reunion de las jerarquías, habia recobrado su omnipotencia lejislativa y constituyente, y se habia armado el 14 de julio para escudar à sus representantes. Por tanto, el rey y la aristocracia venian à quedar aislados sin mas arrimo que el cariño à sus derechos, en que nadie los acompañaba, y emparedados en un pueblo aparejado à intentar y desempeñar lo mas arduo. Sin embargo la corte, retirada en medio de un vecindario corto, pero compuesto de su servidumbre, venia à quedar en salvo del influjo popular, y aun podia aventurar un golpe de mano contra la asamblea. Era natural que Paris, à pocas leguas de Versalles y capital del reino, solar de inmensa muchedumbre, propendiese à afianzar el rey en su recinto, para zanjarle todo roce aristocrático, y para reponerse en el goce de cuantas ventajas la corte y el gobierno proporcionan con su presencia à una poblacion. Menguada la autoridad del monarca, faltaba cautivar su persona, como lo iba disponiendo el raudal de los acontecimientos, y por donde quiera se estaba oyendo ya la voz de : «el rey en Paris.» No trataba ya la aristocracia de contraponerse à nuevos menoscabos, menospreciando ya en demasía sus haberes actuales para dedicarse à conservarlos, y así anhelaba, al par del partido opuesto, un gran vuelco. Hácese indefectible

una revolucion, en aviniéndose los partidos encontrados à apetecerla, pues se ahincan entrambos sobre el acontecimiento, y resulta luego ganancioso el mas pujante. Mientras los patriotas anhelaban traer el rey à Paris, la corte estaba tratando de trasponerlo à Metz, donde, como plaza fuerte, mandaria cuanto quisiera, ó mas bien, cuanto se dispusiera en su nombre. Los palaciegos fraguaban planes, tendian voces de proyectos, iban alistando jente, se engreian con esperanzas aéreas, y se desembozaban con sus amenazas indiscretas. D' Estaing, poco antes tan esclarecido capitaneando escuadras, mandaba la guardia nacional de Versalles, y queria ser fiel à la corte y à la nacion, desempeñando un papel arduo, siempre zaherido, y que solo cabe hacerlo decoroso con un teson incontrastable. Enteróse de los amaños palaciegos, y los personajes mas encumbrados terciaban con los maquinadores; citábansele los testigos mas fidedignos, y escribió à la reina una carta muy sabida, en la cual con denuedo muy atento le hablaba de la impropiedad y del peligro de tales intentos. Nada encubrió, pues fué nombrando à todos, pero sin fruto, porque al arrojarse à tales empresas, la reina debia esperarse reconvenciones, y por tanto no estrañarlas.

Asomaron por entonces en Versalles un sinnúmero de rostros nuevos y con uniformes desconocidos. Se retuvo la compañía saliente de guardias de la persona y se llamaron algunos dragones y un cuerpo de cazadores. Los guardias franceses, que habian dejado el servicio del rey enojados de que se confiase à otros, acudieron à Versalles para volver à sus banderas, y aunque infundadamente quejosos de los efectos de su propia voluntariedad, fueron, segun se dice, estimulados sin decoro à este intento, y aun se afirmó entonces que la corte misma lo habia ideado, con el fin de amedrentar al rey y llevárselo à Metz, como lo comprueba el hecho siguiente. Despues de los alborotos del Palacio-Real, Lafayette, para atajar el camino de Paris à Versalles, habia colocado un apostadero en el puente de Sevres, y aunque precisado à retirarlo por las instancias de los diputados de la derecha, logró sin embargo detener à los guardias franceses y disuadirlos de su propósito, y participó al ministro Saint-Priest reservadamente lo ocurrido. Manifestó este indebidamente la carta à D' Estaing, quien comunicó su contenido à sus oficiales y al ayuntamiento, para informarles de los riesgos que habian corrido y les podrian sobrevenir todavía, y

por tanto se propuso traer al rejimiento de Flándes, y aunque varios batallones de la guardia de Versalles se opusieron, el ayuntamiento insistió en su demanda, y vino el rejimiento. Esta fuerza era corta para la asamblea, pero suficiente para arrebatar al rey à buen recaudo. D' Estaing informó à la asamblea de estas disposiciones, y merecieron su aprobacion. El aparato militar del rejimiento, aunque no muy considerable, ocasionó algun susurro, y los guardias de la persona y los palaciegos se apersonaron con los oficiales, los agasajaron hasta lo sumo, y, como antes del 14 de julio, asomaron hermandades, intelijencias y halagüeñas esperanzas.

La confianza de la corte fomentaba los recelos de Paris, y luego las funciones lastimaron el desamparo del pueblo. El 2 de octubre, los guardias de la persona disponen un banquete para la guarnicion, y se celebra en el teatro. Los palaciegos adornaban los palcos, y los oficiales de la guardia nacional eran tambien de los convidados. Hierve el alborozo, y luego los brindis acaban de dispararlo. Convocan à los soldados de los rejimientos, y los convidados desenvainando las espadas, brindan por la familia real, sin que se hable de la nacion, de intento ú por olvido; suenan los clarines asalto, trepan con alaridos à los aposentos, entonan aquel cantar conceptuoso y sabido: «¡O Ricardo, ó mi rey, el universo te desampara!» se comprometen à morir por el rey, como si se hallase en un peligro inminente, y en fin, el desvarío es absolutamente rematado. Repártense escarapelas blancas ó negras, pero de un solo color. Las muchachas y los jóvenes se enajenan con recuerdos caballerescos, y en aquel punto, dicen, queda materialmente hollada la escarapela nacional. Hase negado despues esta particularidad; pero los brindis ¿no lo hacen todo creible y disculpable? Y luego ¿à qué fin esas reuniones que no acarrean sino por una parte un enamoramiento engañoso, y por otra un enfurecimiento positivo y formidable? Corren à la reina, y viene gustosa al banquete; cercan al rey à su vuelta del cazadero y le arrebatan igualmente. Arrójanse à las plantas de entrambos y los escoltan triunfalmente hasta sus viviendas. Es mucha gloria por cierto para quien se cree despojado y amenazado el estrecharse con amigos; pero ¿à qué viene equivocarse en tan gran manera sobre sus derechos, sus brios y sus arbitrios?

Voló luego la voz de esta funcion, y se deja entender que la *fantasía* popular, en la relacion de los hechos, añadió sus enca-

recimientos à los disparos del mismo banquete. Los comprometimientos con el rey se conceptuaron amagos contra la nacion, y calificando aquella profusion de insulto à la desdicha pública, los alaridos: «¡A Versalles!» se redoblaron con frenética violencia. Así pues las causas mínimas se daban la mano con las mayores, y asomando algunos jóvenes por Paris con escarapelas negras, se vieron atropellados, y aun arrastrado uno de ellos por el pueblo, por manera que el ayuntamiento tuvo que prohibir las escarapelas de un solo color.

El dia siguiente al del aciago banquete, se celebró un remedo en el desayuno, que dieron tambien los guardias de la persona en el picadero. Presentáronse à la reina, que les manifestó su satisfaccion por la fiesta de la víspera, y se la escuchaba con afan, porque, como menos reservada que el rey, se colgaban de sus labios para enterarse de los dictámenes de la corte, repitiéndose sin término todas sus espresiones. La saña fué suma, y amagaban horrorosos acontecimientos. Cuadraba un alboroto al pueblo y à la corte, à aquel para apoderarse del rey, y à esta para que el pavor lo arrebatase hasta Metz. Halagaba tambien al duque de Orleans con el cebo de la lugartenencia del reino, si el rey se alejaba; y aun se ha dicho que el duque aspiraba á la corona, lo que no aparece, pues no le cupo el debido arrojo para tamaña ambicion. Las ventajas que se le rodeaban de esta nueva asonada le han motivado la tacha de cómplice que no merece, pues no pudo darle el arranque, siendo parto de incidentes, y así, cuando mas, fué mero cooperador; aunque unos autos inmensos y el tiempo descubridor de todo no hayan manifestado en este punto el menor rastro de plan premeditado. Sin duda el duque no asoma allí, como en toda la revolucion, sino en pos del raudal, derramando algun oro, dando márjen à hablillas, y no teniendo sino esperanzas enmarañadas.

El pueblo, conmovido por las discusiones sobre el veto, enfurecido por las escarapelas negras, molestado por las patrullas incesantes, y luego hambriento, estaba amotinado. Bailly y Necker habian echado el resto por acudir à los abastos, pero, ya por los apuros del acarreo, ya por los asaltos del tránsito, ya principalmente por la imposibilidad de suplir el impulso voluntario del comercio, escaseaban las harinas. El 4 de octubre fué creciendo el hervidero, y se hablaba de la partida del rey para Metz y de la urjencia de ir en su busca à Versalles; andaban acechando las es-

carapelas negras y pidiendo pan. Crecidas patrullas lograron enfrenar el pueblo, y fué la noche sosegada. El siguiente dia 5, asomó el tropel desde la madrugada, y se agolparon las mujeres en las tahonas. Faltaba pan, y corrieron las mujeres al Ayuntamiento para reconvenirlo. No estaba todavía en sesion, y habia un batallon de la guardia nacional en la plaza; júntanse hombres con las mujeres, mas estas no lo consienten, diciendo que los hombres eran muy parados; arrójanse luego sobre el batallon, y le hacen cejar à pedradas; quebrantan una puerta, la Casa de Ayuntamiento queda allanada, y atropéllanse con ellas los forajidos de las picas y tratan de incendiarla. Consiguióse desviarlos, pero en el acto se apoderaron de la puerta que corresponde à la campana mayor, y tocaron à rebato. Pusiéronse entonces en movimiento los arrabales, y un ciudadano llamado Maillard, que sobresalió ya en la toma de la Bastilla, consultó con el comandante del batallon de la guardia nacional acerca de algun arbitrio para libertar la Casa de Ayuntamiento de la saña de las mujeres, pero el oficial no se arrestó à aprobar el medio que proponia de reunirlas socolor de encaminarlas à Versalles sin cumplirlo. Maillard sin embargo se resuelve, toma un tambor y las arrebata consigo. Llevaban palos, mangos de escoba, escopetas y cuchillos; sigue con este ejército tan estraño por el pretil, atraviesa el Louvre, tiene que llevarlas à su pesar por las Tuilerías, y llega à los campos Eliseos. Logra allí desarmarlas, haciéndoles cargo que era mas acertado presentarse à la asamblea como suplicantes, que con armas à manera de furias. Aviénense, y Maillard tiene que conducirlas à Versalles porque no era ya dable el disuadirlas. Todo entonces se encaminaba por el mismo rumbo; marchaban gavillas arrastrando artillería; otras cercaban la guardia nacional que sitiaba à su jefe para que los condujese à Versalles, que era el blanco de todos los anhelos.

En este tiempo la corte disfrutaba sosiego, pero la asamblea recibia con alboroto un mensaje del rey. Habia presentado à su aceptacion los artículos constitucionales y la declaracion de los derechos. La contestacion debia ser llana y terminante con la promesa de su promulgacion. El rey por segunda vez se esplayaba en observaciones mal esplicadas à la asamblea. Accedia à los articulos sin aprobarlos; hallaba máximas atinadas en la declaracion, pero necesitaban esplicaciones, y en fin añadia que en suma no se podia

formar concepto de aquella porcion, sino cuando el conjunto de la constitucion estuviese cabal. A la verdad esta era una opinion racional, y varios publicistas la seguian, pero ¿era oportuna su manifestacion? Apenas se lee la respuesta, suenan quejas. Robespierre dice que el rey no es el censor de la asamblea; Duport, que esta contestacion debia ir firmada por algun ministro responsable. Petion toma pretesto para recordar el banquete y delata las imprecaciones proferidas contra la asamblea. Gregoire habla de la carestía, y pregunta porqué se habia de dirijir una carta à un tahonero ofreciéndole doscientos francos por semana, si deja de moler. Nada probaba la carta, puesto que todos los partidos podian escribirla; ocasionó sin embargo ruidoso alboroto, y Mr. de Monspey intima à Petion que firme su denuncia. Entonces Mirabeau, que habia desaprobado en la misma tribuna el paso de Petion y de Gregoire, se presenta para contestar à Mr. de Monspey: «He desaprobado ante todo, dice, esas delaciones antipolíticas; pero ya que se insiste, yo mismo delataré y firmaré luego que se declare no haber en Francia nadie inviolable mas que el rey.» A este reto pavoroso, enmudecen y vuelven à la contestacion del monarca. Eran las once de la mañana, cuando saben el amotinamiento de Paris. Mirabeau se adelanta hácia el presidente Mounier, recien electo, à pesar del Palacio-Real, y que, amagado de un desaire gloriosísimo, iba à estremar en esta jornada su teson incontrastable; Mirabeau se le acerca.—«Paris, le dice, viene sobre nosotros; mal que os pese, hay que ir à Palacio para decir al rey que acepte llana y terminantemente.— Viene Paris... mejor, contesta Mounier, que nos maten à todos, à todos; el estado saldrá ganancioso.—El dicho es ciertamente lindo,» replica Mirabeau, y se vuelve à su asiento. Sigue la discusion hasta las tres, y por fin se decide que el presidente se apersone con el rey para pedirle su aceptacion llana y corriente. En el trance de asomar Mounier para pasar à palacio, llega el recado de una diputacion; eran Maillard y las mujeres que le habian seguido. Pide Maillard audiencia, se le admite, y allá se arroja tras él toda su escolta y cuaja el salon. Espone entonces lo sucedido, la falta de pan y la desesperacion del pueblo; habla de la carta al molinero, y añade que, segun le han dicho en el camino, un párroco tenia el encargo de delatarla. Este era Gregoire, quien, como se ha visto, lo acababa de verificar, y una voz acusa entonces al obispo de Paris, Juigne,

como autor de la carta. Dispáranse alaridos de indignacion contra el cargo hecho á prelado tan virtuoso. Llaman al órden á Maillard y su jente, añadiendo que se ha providenciado para abastecer á Paris, que el rey está en todo, y se le va á suplicar que tome nuevas disposiciones, que deben retirarse, y que las turbulencias no son medio adecuado para atajar la carestía. Mounier sale entonces para ir á palacio, pero le cercan las mujeres y se empeñan en acompañarle; resístelo al pronto, pero tiene que admitir hasta seis. Atraviesa las gavillas recien llegadas de Paris, armadas de picas, hachas y palos herrados. Estaba diluviando, y un destacamento de guardias de la persona arrolla el jentío que rodeaba el palacio; pero las mujeres alcanzan de nuevo á Mounier, y al llegar al atrio, donde el rejimiento de Flándes, los Suizos y la guardia nacional de Versalles estaban formados en batalla, tiene que admitir, en vez seis, hasta doce acompañantas. El rey las recibe con agrado, se conduele de su conflicto, y una de ellas, jóven y linda, cortada á la vista del monarca, apenas acierta á articular la palabra «pan.» El rey conmovido la besa, y las mujeres se despiden llorosas con este agasajo. Recíbenlas á la puerta sus compañeras, no quieren creer su relacion, diciendo que las han cohechado, y van á destrozarlas, cuando los guardias de la persona mandados por el conde de Guiche corren á libertarlas; dispáranse tiros, caen dos guardias, y varias mujeres quedan heridas. A poca distancia, un paisano, capitaneando mujeres, rompe por las filas de los batallones y se adelanta hasta las verjas. Mr. de Savonnieres va sobre él, pero le rompen un brazo de un tiro, con cuyas escaramuzas se enfurecen los ánimos ya encontrados. Informado el rey del peligro, manda á sus guardias que no hagan fuego y se retiren á su cuartel, en cuyo acto se cruzan algunos tiros entre ellos y la guardia nacional de Versalles, sin que conste cuáles han sido los primeros.

En este desconcierto, el rey estaba celebrando consejo, y Mounier esperaba impacientísimo su contestacion, haciéndole repetir por momentos que el ejercicio de sus funciones lo estaba llamando á la asamblea, y que la noticia de la sancion aplacaria las iras, y que iba á retirarse si no se le respondia; pues no queria dilatar mas la separacion de su desempeño. Se ventilaba si el rey partiria, en el consejo que duró desde las seis hasta las diez de la noche; pero el rey, dicen, no quiso dejar el asiento vacante al duque de Orleans. Se queria que la reina y los infantes se marchasen, pero el

tropel atajó los carruajes apenas asomaron, y luego la reina estaba denodadamente resuelta á no separarse de su esposo. Por fin, á las diez recibió Mounier la aceptacion llana y terminante, y volvió á la asamblea. Habíanse marchado ya los diputados, y las mujeres se habian aposentado en el salon; díjoles que el rey habia aceptado, lo que les pareció de perlas, y le preguntaron si con eso mejoraria su suerte, y sobre todo si tendrian pan. Mounier les contestó lo mejor que le cupo, y les hizo repartir cuanto pan pudo ser habido. Aquella noche, en que no es fácil atinar con los mas culpados, lo fué el ayuntamiento en no acudir á la urjencia de un tropel tan hambriento, que la falta de pan habia arrojado de Paris, y que tampoco lo hallaria por el camino.

Súpose en este punto la llegada de Lafayette. Ocho horas habia estado lidiando con la milicia de Paris empeñada en agolparse sobre Versalles, y uno de sus granaderos le habia dicho: «Jeneral, no nos engañais, pero os engañan; en vez de volver las armas contra mujeres, vamos á Versalles en busca del rey, y cerciorarnos de su ánimo, colocándolo acá entre nosotros.» Lafayette habia contrastado las instancias de su ejército y las oleadas de la muchedumbre. Aferrábansele los soldados, no por victorias, sino por opinion, sin cuyo arrimo no le era dable manejarlos. Habia sin embargo conseguido contenerlos hasta la tarde, pero su voz no alcanzaba sino á corta distancia, y fuera de su ámbito nada atajaba el enfurecimiento popular. Amagada estuvo viendo su cabeza, y seguia no obstante batallando; constábale entretanto que no cesaban de salir gavillas de Paris, y corriéndose el alboroto hasta Versalles, su obligacion le prescribia el acudir á contrastarlo. Mandóselo tambien el ayuntamiento, y partió; detuvo en el camino á su ejército, lo juramentó para afianzarlo en su lealtad al rey, y llegó á Versalles sobre la media noche. Participó á Mounier que su tropa se habia comprometido á desempeñar su obligacion, y no se quebrantaria la ley. Corrió á Palacio, manifestó su acatamiento y su desconsuelo, participando al rey cuantas precauciones se habian tomado y la subordinacion del ejército. Serenóse el rey y trató de recojerse. Negóse á Lafayette la guardia de Palacio, concediéndole únicamente los puntos esteriores. Los demas se destinaron al rejimiento de Flándes, cuyos ánimos no estaban muy afianzados, á los Suizos y á los guardias de la persona, que al pronto tuvieron órden para retirarse, y habiéndolos llamado de nuevo, no pudieron ya

juntarse sino en corto número. No se resguardaron, con la turbacion, todos los puntos accesibles, y aun habia quedado abierta una verja. Lafayette cubrió los suyos al esterior, y ninguno de ellos fué arrollado, ni aun embestido.

La asamblea, en medio del alboroto, habia vuelto à su sesion, y seguia con ademan grandioso una discusion sobre las leyes penales. De cuando en cuando interrumpia el pueblo, clamando: «¡pan!»; hasta que Mirabeau, enfadado, prorumpe en voz recia, que nadie avasallaba à la asamblea, la cual mandaria despejar las tribunas, y el jentío vitoreó la reconvencion. No era decoroso sin embargo el seguir forcejeando, y habiendo Lafayette noticiado à Mounier que todo le parecia sosegado, y podia despedir à los diputados, retiráronse muy entrada la noche, emplazándose para por la mañana à las once.

Habíase ido derramando el pueblo en ademan apacible, y Lafayette, animoso con el desalado afecto del ejército, como lo acreditó luego, y con la bonanza jeneral, resguardó el cuartel de los guardias de la persona, y fué repartiendo crecidas patrullas. Hallábase todavía en pié à las cinco, y entonces, conceptuándolo todo aplacado, tomó una bebida, y se tendió sobre un lecho, para disfrutar del descanso de que carecia, desde mas de veinte y cuatro horas.

En aquel punto se fué dispertando el pueblo, y andaba por las cercanías del Palacio. Se traba una reyerta con un guardia, que hace fuego desde su ventana, los forajidos se abalanzan, atraviesan la verja abierta, y trepan por una escalerilla indefensa, hasta que los detienen dos guardias que se defienden heroicamente, y solo van cediendo el terreno à palmos y retirándose de puerta en puerta. Uno de estos bizarrísimos servidores era Miomandre, quien vocea: «¡Salvar à la reina!» Oyese el alarido, y la reina huye trémula à la estancia del rey. Entretanto se atropellan los forajidos, hallan el lecho real recien desamparado, é intentan pasar adelante, pero quedan atajados de nuevo por los guardias atrincherados en crecido número sobre aquel punto. A la sazon los guardias franceses de Lafayette colocados cerca del palacio oyen el estruendo, acuden à carrera, dispersan los forajidos, y al llegar á la puerta resguardada por los guardias de la persona, les vocean: «¡Los guardias franceses no han olvidado que en Fontenoi salvasteis el rejimiento!» Abren y se abrazan.

Todo era alboroto por fuera. Lafayette, que descansaba por breve rato sin adormecerse, oye ruido, se abalanza al primer caballo, se arroja à lo mas reñido de la refriega, y encuentra varios guardias de la persona que iban à fenecer. Mientras los pone en salvo, manda à los suyos corran al Palacio, y viene à quedar solo en medio de los forajidos. Uno de ellos le apunta; Lafayette, sin alterarse, manda al pueblo que se lo traigan; afianzan al reo, y à la vista de Lafayette le estrellan la cabeza contra el empedrado. Lafayette, despues de salvar à los guardias, vuela con ellos à Palacio, y halla ya à sus granaderos. Le rodean todos y se comprometen à morir por el rey, y los guardias rescatados voceaban: «¡Viva Lafayette!» Toda la corte, que se veia en salvo por él y los suyos, estaba reconociendo que le debia la vida, y estos testimonios eran universales. Madama Adelaida, tia del rey, se le abalanza, le estrecha en sus brazos, diciéndole: ¡Jeneral, nos habeis salvado!

En aquel punto el pueblo pedia à grandísimas voces la ida del rey à Paris. Se celebra consejo, y Lafayette convocado se desentiende por no violentarlo. Decídese por fin que la corte se conformará con el anhelo del pueblo. Arrójanse tarjetas con este contenido por las ventanas. Luis XVI asoma, acompañado del jeneral, y resuenan las voces de ¡Viva el rey! No sucede así, al ver la reina; gritos amenazadores se oyen contra ella. Lafayette se le encara y le dice: «¿Qué es lo que V. M. trata de hacer?—Acompañar al rey, responde la reina con denuedo.—Sígame pues V. M.», y la lleva al balcon toda sobresaltada. Aun asoman amagos por el pueblo; podia salir un tiro aciago; no se podian oir las palabras, y habia que hablar à los ojos. Inclinándose entonces y asiendo la mano de la reina, se la besa rendidamente. Este pueblo, siempre francés, se enajena con aquella vista, y confirma la reconciliacion con su vocería de «¡Viva la reina! ¡Viva Lafayette!» Quedaba todavía que hacer la paz con los guardias de la persona. ¿No hay tambien fineza para mis guardias? dijo el rey à Lafayette. El jeneral ase à uno, lo lleva al balcon y lo abraza, poniéndole la bandolera. El pueblo aprueba de nuevo, y ratifica con sus aplausos esta nueva reconciliacion.

La asamblea no habia conceptuado decoroso el paso de ladear el monarca, à pesar de haberlo pedido, contentándose con enviarle una diputacion de treinta y seis individuos. Sabedora de su partida, espidió un decreto, diciendo que era inseparable de la persona del monarca, y señaló cien diputados para acompañarle à Paris. Recibió el rey el decreto y se puso en camino.

Hubian ya salido las gavillas principales, y Lafayette habia destacado tras ellas tropas suyas para atajarles el retroceso. Habia mandado desarmar á los forajidos que llevaban á la punta de sus picas las cabezas de dos guardias de la persona. Despojáronlas de este horrendo trofeo, y así no es cierto que precediese al carruaje del rey.

Apeóse, en medio de gran concurrencia, en la Casa de Ayuntamiento, donde Bailly le salió al encuentro. — Vuelvo sin zozobra al centro de mi pueblo de Paris. — Bailly repite estas palabras á los que no podian oirlas, pero olvida la espresion «sin zozobra». — Hay que añadir «sin zozobra», dijo la reina. — Sois mas dichosos, esclamó Bailly, que si yo lo hubiese pronunciado.

La familia real se hospedó en el palacio de las Tuilerías, que hacia mas de un siglo no se habia habitado, y en el cual no hubo lugar para hacer ningun preparativo. Confióse la guardia á las milicias parisienses, y así Lafayette quedó encargado de responder de la persona del rey, tras la cual se desalaban todos los partidos. Los nobles querian llevarlo á una plaza fuerte, para ejercer en su nombre el despotismo; el partido popular, que no soñaba todavía en prescindir de él, ansiaba custodiarlo para arraigar la constitucion, y arrebatar un caudillo á la guerra civil; y así la maldad de los privilejiados apellidó á Lafayette un alcaide, y sin embargo su desvelo no acreditaba sino el anhelo entrañable de tener un rey.

Desde este trance los partidos van descollando mas y mas, y marchando á las claras por sus rumbos respectivos. La aristocracia, distante ya de Luis XVI, é imposibilitada de entablar empresas á su arrimo, se derrama por las provincias y por el estranjero. Crece la emigracion, y un crecido número de nobles acude á Turin, junto al conde de Artois, refujiado á la sombra de su suegro. Cifrase su política en alborotar desde allí los departamentos del mediodía y en suponer que el rey no está libre. La reina, que es austríaca y enemiga ademas de la nueva corte planteada en Turin, vuelve sus esperanzas hácia el Austria. El rey, en medio de estas tramas, lo ve todo, nada precave, y aguarda para su rescate cualquiera redentor. Se desapropia á pausas de cuanto le requiere la asamblea, y en realidad no está libre, como le sucederia igualmente en Turin y en Coblenza, y le cupo con Maurepas, por cuanto la estrella de toda flaqueza es yacer á la disposicion ajena.

El partido popular, desde ahora triunfante, se divide entre el

duque de Orleans, Lafayette, Mirabeau, Barnave y los Lameths. La voz pública acusaba al duque y à Mirabeau, como autores de la última asonada. Testigos harto fidedignos afirmaban haber visto à entrambos en el lastimoso campo de batalla del 6 de octubre. Desmintiéronse luego estos hechos, mas dábaseles crédito por entonces, habiendo intentado alejar y aun matar al rey y à la corte, segun los calumniadores mas osados. El duque, añadian, trataba de ser lugarteniente del reino, y Mirabeau ministro. Malogrados sus intentos, Lafayette, su arrollador, asomaba con ínfulas de salvador del monarca y vencedor de los conspiradores. La corte, en el corto tiempo que mediaba, mostrando todavía su agradecimiento, aclamaba à Lafayette su redentor; y desde este punto se encumbró à lo sumo del poderío, en términos que los patriotas acalorados se destemplaban susurrándole el nombre de Cromwell. Mirabeau, quien, como se verá luego, iba por diverso rumbo que el duque, se encelaba con Lafayette, llamándole Cromwell Grandison. La aristocracia fomentaba estos desvíos, acibarándolos con sus calumnias; pero Lafayette estaba resuelto à sostener el rey y la constitucion, para lo cual acordó apartar al duque, cuya presencia era el manantial de infinitas hablillas, y podia suministrar medios, ó à lo menos pretestos, para nuevas turbulencias. Se avistaron, se amedrentó el duque con el teson del jeneral, y tuvo que alejarse. El rey, ya noticioso, aparentó con su flaqueza ordinaria verse precisado à tomar esta disposicion, y escribiendo al duque, le dijo ser forzoso que el uno ú el otro se retirasen, y en este trance no cabia eleccion, y así le encargaba una comision para Inglaterra. Súpose despues que Mr. de Montmorin, ministro de estado, para libertarse de la ambicion del duque, lo habia asestado hácia los Paises-Bajos, sublevados à la sazon contra el Austria, y le habia brindado con el dictado de duque de Brabante (*); pero sus parciales, al saber esta determinacion, se enojaron por su flaqueza, pues, como mas ambiciosos, acudieron, al verle cejar, à casa de Mirabeau, y lo comprometieron para delatar en la tribuna las tropelías que Lafayette estaba cometiendo con su principal. Mirabeau, celoso de la popularidad del jeneral, notició à entrambos que los iba à delatar, si se realizaba el viaje de Inglaterra. El duque, ya vacilante, una nueva intimacion del jeneral lo aferró, y Mirabeau, avisado, por una

(*) Véanse las memorias de Dumouriez.

esquelilla en la asamblea, de su partida, esclamó con enojo: «No es acreedor à que se afanen por él. (*)» Esta espresion y otras muchas igualmente indiscretas, le han hecho tildar de ajente del duque de Orleans, sin que lo fuese jamás en la realidad. Sus penurias, la inconsideracion de sus arranques, su familiaridad con el duque, quien la usaba indistintamente con todos, su propuesta sobre la sucesion de España, y en fin su resistencia à aquella partida, no podian menos de abultar las sospechas; pero con todo es muy positivo que no era reata de partido alguno, ni llevaba mas mira que la de volcar la aristocracia y la potestad arbitraria.

Los soñadores de estos cargos no debian ignorar que Mirabeau se hallaba reducido à valerse de empréstitos mezquinos, lo cual no cabia siendo ajente de un príncipe opulentísimo y que se suponia arruinado por sus parciales. Un coloquio, que se dilató por toda una noche en el parque de Versalles con uno de sus íntimos, le aferró en un nuevo plan, ideando, para su gloria la salvacion del estado y sus intereses (pues en Mirabeau cabia el escuadronar à un tiempo tantos móviles), permanecer incontrastable entre los trastornadores y el solio, para consolidar la monarquía, proporcionándose su colocacion. Trató la corte de cohecharlo, pero torpe y aun indecorosamente, estrellándose con su arrogancia, mal hermanada con su popularidad, y careciendo del aprecio que no acertara todavía à granjearse. Malouet, amigo de Necker y allegado à Mirabeau, intentó amistarlos tambien, pero este se habia desentendido, por el concepto de que jamás podrian avenirse (**). Accedió sin embargo con su mediacion, pero la desavenencia característica resaltó mas en esta ocasion, en que, segun cuantos la presenciaron, descolló la superioridad de Mirabeau en la vida privada con la misma sobresalencia que en la tribuna. Se contó que se habia puesto en almoneda, y que no habiéndole hecho Necker propuesta alguna, habia dicho al salir: «El ministro sabrá de mí;» nueva interpretacion de los partidos, todas igualmente falsas. Malouet habia propuesto à Mirabeau, que se manifestaba ya pagado con la libertad granjeada, que se entendiera con el ministro, sin mas

(*) Véase la nota 10 al fin del tomo último.

(**) MM. Malouet y Bertrand de Molleville no han reparado en afirmar lo contrario, pero el hecho que sentamos se halla atestiguado por los sujetos mas fidedignos.

particularidades, en razon de que se estaba ya entablando una negociacion directa con la corte, siendo un príncipe estranjero, hermanado con todos los partidos, el primer introductor del intento; cuando un amigo que servia de medianero les hizo cargo de que à Mirabeau jamás se le apearia de sus principios; mas que si se avenian à la constitucion, seria su columna incontrastable; que las condiciones habian de ser parto de su situacion, haciéndola, en bien de todos, decorosa é independiente, esto es, acudir à sus deudas; y que en fin se le debia encariñar con el nuevo sistema, mostrándole á lo menos en lejana perspectiva el ministerio (*). El negociado no se acabaló hasta dos ó tres meses despues, à saber, al principio de 1790. Los escritores, mal impuestos en estas interioridades y descaminados por la perseverancia de Mirabeau en impugnar al gobierno, han rezagado este plazo, aunque terminado ya en dicha época, como lo manifestarémos oportunamente.

Barnave y los Lameths, no alcanzando à competir con Mirabeau sino estremando su escrupulosidad patriótica, al saber las negociaciones que mediaban, robustecieron el concepto ya propagado de sus ínfulas ministeriales, à fin de ponerlo en el trance de rehusar su nombramiento. Rodeóse luego la coyuntura de atajarle sus anhelos. Los ministros carecian de la facultad de perorar à la asamblea, y Mirabeau no se avenia en tal caso à enmudecer, malogrando el empuje de su gran palanca, que era la oratoria, y estaba además ansiando traer à Necker à las descargas de la tribuna para estrellarlo. Con este motivo propuso que se franquease voz consultiva à los ministros, y aunque el partido popular se escuadronó en su contraresto, como temeroso de cohechos, las zozobras eran baladíes, pues nunca los ministros acompañan sus partes públicos de cohecho para afianzar la representacion nacional. La proposicion de Mirabeau quedó rechazada, y Lanjuinais, estremando mas y mas la austeridad, añadió el dictámen de que se vedase à los diputados actuales el ministerio. La discusion fué violentísima, y aunque era sabido el móvil de aquel empeño, no estaba patente, y Mirabeau, en quien no cabia disimulo, esclamó al fin, que no correspondia tomar por un solo individuo una disposicion perniciosa al estado, y que se conformaba con el decreto, con el bien entendido de que se ve-

(*) Véase la nota 11 al fin del tomo último.

dase el ministerio, no à todos los diputados actuales, sino à Mr. de Mirabeau, diputado por la asamblea de Aix. Todo su desembozo y su avilantez fueron en balde, pues el decreto quedó corriente por unanimidad.

Ya se echa de ver cómo se iba desaviniendo el estado entre los emigrados, la reina, el rey y los varios caudillos populares, à saber, Lafayette, Mirabeau, Barnave y Lameth. No cabia ya acontecimiento decisivo al par de los del 14 de julio y 5 de octubre, en largo tiempo, pues se requerian nuevos vaivenes que acalorasen la corte y el pueblo y acarreasen el estallido de otro rompimiento.

La asamblea, en vista del redoblado testimonio de los concejales y la promesa de anchurosa libertad, se habia trasladado à Paris (*). Mounier y Lally-Tolendal, indignados con los acontecimientos, habian hecho dimision, diciendo que no querian fomentar ni presenciar delitos de facciosos. Debieron luego apesadumbrarse por esta desercion del bien público, especialmente viendo à Maury y Cazales, que se habian desviado de la asamblea, acudir de nuevo para sostener esforzadamente y hasta el estremo la causa que habian abrazado. Mounier, en su retiro del Delfinado, juntó los estados de provincia, pero luego un decreto los hizo disolver sin resistencia, y así Mounier y Lally que, à la incorporacion de los estamentos y la jura en el trinquete, eran los héroes del pueblo, se habian anonadado à sus ojos. Los parlamentos quedaron desde luego rezagados por la potestad popular; Mounier, Lally y Necker desaparecieron despues, y à otros muchos iba à suceder otro tanto.

La carestía, causa muy abultada, pero efectiva de los vaivenes, ocasionó tambien la atrocidad de que el tahonero Francisco fuese degollado por algunos forajidos (**). Logró Lafayette afianzar los reos y los entregó al Chatelet, tribunal revestido de jurisdiccion estraordinaria sobre todos los delitos relativos à la revolucion; y estaban allí pendientes de su juicio Besenval y cuantos se hallaban acusados por la conspiracion aristocrática desbaratada en 14 de julio. El Chatelet debia sentenciar segun el arreglo nuevo, y como el jurado no se hallaba todavía establecido, la asamblea habia providenciado la publicidad, la defensa

(*) Celebró la primera sesion en el palacio arzobispal, el 19 de octubre.
(**) 20 de octubre.

contradictoria y todas las disposiciones preservadoras de la inocencia, y así los asesinos de Francisco fueron condenados, y restablecido el sosiego. Lafayette y Bailly propusieron con este motivo la ley marcial, reciamente impugnada por Robespierre, quien desde entonces se mostraba partidario acalorado del pueblo y de los menesterosos, pero quedó sin embargo adoptada por la mayoría (Decreto del 21 de octubre). En virtud de esta ley, los ayuntamientos respondian del sosiego público, y en caso de turbulencias, se les encargaba requiriesen à la tropa y milicia que, tras las tres intimaciones, debian mandar la intervencion de la fuerza contra las asonadas. Estableciόse una comision de pesquisas en el concejo de París y en la asamblea nacional para celar à los infinitos enemigos cuyos amaños eran un entretejido inapeable, y nada sobraba de tantas providencias para desbaratar los proyectos de tantos antagonistas conjurados contra la nueva revolucion.

Atareábanse en la constitucion, y habíase abolido el feudalismo, pero habia que providenciar terminantemente el vuelco de aquellos cuerpos grandiosos, que habian sido enemigos constituidos en el estado contra el mismo estado. Atesoraba el clero inmensas fincas adquiridas de los príncipes à título de gratificaciones feudales, ó de los fieles con el nombre de legados. Si las fincas de particulares, punto y objeto de sus afanes, debian respetarse, las que se habian arraigado en varios cuerpos con ciertos objetos, podian ir por ley à parar à otro destino. Habíanse donado para el culto, ó al menos con este pretesto; siendo pues la relijion un cargo público, bien podia la ley disponer el modo de acudir à su desempeño por otro sistema diverso. El abate Maury derramó aquí los raudales de su labia, alborotó à los hacendados, les amagó con un vuelco próximo, y aparentó que se sacrificaban las provincias à los ajiotistas de la capital, siendo tan peregrino su sofisma, que merece referirse. Disponíase de los bienes del clero para pagar la deuda, cuyos acreedores eran los adinerados capitalistas de Paris; hallábanse estos bienes en las provincias, y así el denodado argumentista concluia que esto era degollarlas ante el ídolo de la capital, como si los labradores al contrario no saliesen muy ganancioso con el reparto de cotos inmensos, reservados hasta entonces para el lujo de algunos eclesiásticos ociósos. Batalló en vano, pues el obispo de Autun, autor de la proposicion, y Mr. Thouret

aventaron sus sofismas. Iban ya à decretar la incorporacion de bienes eclesiásticos al estado, pero los contrincantes insistian mas y mas sobre el punto de propiedad. Se les contestaba que aun cuando fuesen propietarios, cabia el valerse de sus fincas, supuesto que en las urjencias del estado se habia echado mano de ellas en varias ocasiones. Como no lo negasen, valido de esta concesion, Mirabeau propuso que se mudase la espresion «pertenecen», en esta otra «estan à disposicion del estado», y se terminó al golpe la discusion con gran mayoría (Ley del 2 de noviembre). La asamblea volcó así el poderío formidable del clero y el boato de sus prelados, y se ajenció los recursos inmensos que surtieron tanto tiempo la revolucion. Afianzaba tambien por este medio la subsistencia de los párrocos, decretando que su renta no pudiese bajar de mil y doscientos francos, y añadia ademas el goce de una abadía y de un huerto. Declaró que no reconocia votos relijiosos, y daba plena libertad à los enclaustrados; dejándoles sin embargo el arbitrio de permanecer à cuantos pudiera acomodarles el seguir con la vida monástica, supliendo con pensiones la falta de sus fincas suprimidas. Establecia ademas, estremando su prevision, diferencia entre las órdenes ricas y las mendicantes, proporcionando sus respectivos situados con su estado anterior. Dispuso otro tanto con las pensiones, y cuando el jansenista Camus, ansioso de restablecer la sencillez evanjélica, propuso reducirlas todas à una misma cuota sumamente escasa, la asamblea, segun el dictámen de Mirabeau, las redujo proporcionalmente à su importe actual, y con arreglo al estado antiguo de los pensionados. No cabia mayor miramiento con los hábitos pasados, y en esto se cifra el verdadero respeto à la propiedad. Igualmente, cuando los protestantes espatriados por la revocacion del edicto de Nantes demandaron sus bienes, no se les devolvieron sino los que estaban por vender.

Tan mirada y contemplativa con las personas, como resuelta con las cosas, mostrábase mas arrojada en materias de constitucion. Acotadas ya las regalías de las principales potestades, tratábase de la division territorial del reino, que constaba de provincias unidas sucesivamente à la antigua Francia. Diferenciábanse en leyes, privilejios y costumbres, y formaban un conjunto inconexo. Sieyes tuvo la ocurrencia de irlas embebiendo en una division nueva, que anulaba los lindes antiguos, y abarcaba todas las partes del reino bajo unas leyes y propensiones idénticas; lo que se verificó

luego con la division en departamentos. Estos se subdividieron en distritos, los cuales constaban de municipalidades. Con estos grados se iba confirmando el sistema de la representacion. Las administraciones departamentales de los distritos y concejos estaban à cargo de un consejo deliberante y otro ejecutivo igualmente electivos. Estas varias autoridades se iban coordinando en gradería, y en el ámbito de su jurisdiccion tenian las propias incumbencias. El departamento hacia el reparto del impuesto entre los distritos, estos en los concejos, donde se subdividia entre los individuos.

Luego la asamblea deslindó la calificacion de ciudadano en el goce de sus derechos políticos, requiriendo la edad de veinte y cinco años, y la contribucion de un marco de plata, con cuyos requisitos se titulaba activo el ciudadano, y pasivo sin ellos. Ridiculizáronse estos dictados sencillos, pues en los nombres se ceban los que intentan desestimar los objetos. El ciudadano activo acudia à las elecciones para el nombramiento de administradores ó diputados; cuyas elecciones tenian dos grados, sin determinar condiciones para su desempeño, pues, como se dijo en la asamblea, constituye elector la existencia en la sociedad, y elejible la confianza de los electores.

Adelantábanse con ahinco las tareas, tal vez interrumpidas por novedades. El lado derecho no asomaba sino por su tenacidad en atajarlas, cuando se atravesaba lidiar alguna porcioncilla de influjo con la nacion. Los diputados populares, al contrario, aunque se cuartease el partido, se hermanaban ó se desviaban sin estruendo, segun sus opiniones personales, acreditando que su respectivo convencimiento los dominaba en sus enlaces, y así se estaban viendo Thouret, Mirabeau, Duport, Sieyes, Camus y Chapelier alternativamente unidos y encontrados al vaiven de su concepto en cada discusion. Los vocales de la nobleza y del clero solo abultaban en los empeños de partido, y si los parlamentos proveian algun auto contra los acuerdos de la asamblea, ó si algun diputado ú escritor la habia lastimado, al punto se ponian de su parte. Sostenian à los comandantes militares contra el pueblo y à los tratantes negreros contra los negros; y opinaban contra la admision de judíos y protestantes en el goce de los derechos comunes; y en fin, cuando Jénova se declaró contra la Francia, con motivo del rescate de la Córcega y de su incorporacion en el reino, estuvieron por Jénova contra su patria. En una palabra, forasteros é indife-

rentes en todas las discusiones provechosas, desoyéndolas y hablando entre ellos, no se movian sino cuando mediaban derechos ó libertad que rehusar (*).

Ya lo hemos dicho, no cabia ensayar una nueva conspiracion junto al rey, porque la aristocracia estaba huida, y la corte cercada por la asamblea, el pueblo y la milicia nacional; y así cuanto los descontentos podian intentar se reducia á meros movimientos parciales. Agriaban el mal ánimo de los oficiales adictos al antiguo réjimen, al paso que los soldados salian gananciosos con la novedad. Sobrevenian reyertas reñidas entre el ejército y el populacho, y á veces los soldados entregaban sus jefes á la plebe para degollarlos; y en ocasiones se aquietaban atinadamente los recelos, y todo se aplacaba cuando los comandantes de los pueblos habian acertado á manejarse con maña, habiendo antes prestado juramento á la constitucion. El clero habia inundado la Bretaña con protestas contra la enajenacion de sus bienes, procurando renovar un residuo de fanatismo en las provincias donde la supersticion antigua estaba en auje. Tambien se echó mano de los parlamentos, y se entabló un nuevo ensayo de su autoridad. Habia la asamblea prorogado sus vacaciones, porque en el trance de disolverlos, no queria tener que lidiar con ellos. Las cámaras residentes en la temporada desempeñaban la justicia por todo el cuerpo, y en Ruan, en Nantes y en Rennes, formaron acuerdos en que deploraban el vuelco de la monarquía antigua, la infraccion de las leyes, y sin nombrar la asamblea, la estaban señalando, como causadora de tantos males; por tanto, habiéndolas llamado á la barandilla, fueron reconvenidas con atencion. La de Rennes, como mas culpada, quedó declarada incapaz de desempeñar sus funciones. La de Metz habia insinuado que el rey no estaba libre, y ahí, como hemos dicho, se cifraba la política de los malcontentos. No pudiendo valerse del rey, se afanaban en representarlo en estado de opresion, y en anular así cuantas leyes aprobaba al parecer. El mismo estaba dando márjen á estas arterías, pues no queriendo llamar á los guardias de la persona, despedidos el 5 y el 6 de octubre, se hacia guardar por la milicia nacional, y á su resguardo se contaba seguro. Como su intento era aparentarse cautivo, el concejo de Paris desbarató este ardid, suplicando al rey que volviese á sus guar-

(*) Sobre el modo de portarse de los diputados de la derecha, véase un estracto de las memorias de Ferriere, en la nota 12 al fin del último tomo.

dias, pero lo rehusó con varios pretestos y por la mediacion de la reina (*).

A la entrada del año 1790, un desasosiego hervia jeneralmente, y habiendo mediado tres meses bonancibles, se iba enmarañando aquella serenidad. Suelen seguir calmas tras los sumos vaivenes, se intermedian luego trances menores, hasta que sobrevienen los mas pavorosos. Achacábanse las turbulencias al clero, à la nobleza y à la corte, y aun à la misma Inglaterra, cuyo embajador tuvo encargo de sincerarla. Azoráronse tambien las compañías pagadas de la guardia nacional, y algunos soldados acuadrillándose en los Campos-Eliseos, pidieron aumento de sueldo, pero Lafayette, à la vista de todo, los embistió, los dispersó, y luego los castigó, restableciendo el sosiego en su tropa, siempre fiel, à pesar de estas leves quiebras de disciplina.

Hablábase principalmente de una trama contra la asamblea y el ayuntamiento, acaudillada por el marqués de Favras, quien fué ruidosamente preso y entregado al Chatelet. Sonó luego que Bailly y Lafayette debian ser asesinados, que habia mil y doscientos caballos aparejados en Versalles para llevarse al rey, y que un ejército compuesto de Suizos y Piamonteses debia recibirlo para marchar sobre Paris. Azoráronse todos, añadiendo que Favras era el ajente encubierto de personajes encumbrados. Recayeron las sospechas contra Monsieur, hermano del rey, por cuanto Favras habia estado en su guardia y le habia ademas negociado un empréstito. Monsieur, asustado con la alteracion de los ánimos, se presentó en el Ayuntamiento, protestó contra las insinuaciones que le lastimaban, esplicó sus relaciones con Favras, recordó sus propensiones populares, manifestadas ya en la junta de notables, y pidió se le sentenciase, no por rumores públicos, sino por su patriotismo notorio y nunca desmentido (**). Aplausos universales resonaron tras su discurso, y el jentío lo acompañó hasta su morada.

Siguió la causa de Favras, viandante de Europa, casado con una princesa estranjera, y proyectista para reparar el descalabro de sus haberes. Habia formado un plan para el 14 de julio, para el 5 y 6 de octubre y primeros meses de 1790, y los testigos puntualizaban por ápices el postrero. Asesinar à Bailly y à Lafayette y llevarse al rey eran los arrojos capitales, pero ninguna prueba apa-

(*) Véase la nota 13 al fin del último tomo.
(**) Véase la nota 14 al fin del último tomo.

recia de que estuviesen dispuestos los mil y doscientos caballos, ni de que el ejército suizo ú piamontés se pusiese en movimiento. Las circunstancias desfavorecian à Favras, pues el Chatelet acababa de desencarcelar à Besenval y à otros complicados en la trama del 14 de julio, desconceptuándose así con el público. Lafayette sin embargo desasustó à los jueces, les pidió que fuesen justicieros, y les prometió que su sentencia seria de todos modos ejecutada.

Revivieron con este proceso las sospechas contra la corte, asomando entre los nuevos proyectos con visos de incorrejible, pues en el centro mismo de Paris se la estaba viendo conspirar todavía: aconsejaron por tanto al rey un paso esplendoroso que acallase à la opinion pública.

El 4 de febrero de 1790, la asamblea miró con asombro varias novedades en las colgaduras del salon. Un paño flordelisado alfombraba la galería del escritorio, los taburetes de los secretarios estaban mas bajos, y el presidente en pié junto à su asiento. «El rey,» esclaman de repente los ujieres, y Luis XVI entra luego en el salon. La asamblea se levanta à su presencia, y lo recibe con aplauso. Acude à oleadas el auditorio, se arroja à las galerías, y aun arrolla todos los ámbitos del salon, y espera con suma impaciencia los acentos reales. Luis XVI habla en pié à la asamblea sentada; recordando las turbulencias que estaban descuartizando la Francia, el ahinco que ha dedicado à sosegarlas y à abastecer el pueblo, recapitula los afanes de los representantes, manifestando que ha profesado los mismos intentos en las juntas provinciales, y por fin espresa haber ya mucho antes acreditado los anhelos que acaban de realizarse. Añade que cree deber hermanarse mas estrechamente con los representantes de la nacion en el punto en que le han sometido los decretos relativos à establecer en el reino una nueva organizacion. Echará el resto, dice, en cooperar al éxito de esta organizacion grandiosa, pues cualquier tentativa contraria seria culpable y perseguida à todo trance. Suenan aplausos à estas palabras, y el rey continúa recordando sus propios sacrificios, amonesta à todos los perdidosos para que imiten su resignacion, y se rehagan de sus quebrantos con los bienes que promete la nueva constitucion à la Francia; pero despues de haber ofrecido escudarla, cuando añade que ha de hacer mas todavía, y que acorde con la reina dispondrá temprano el ánimo y el corazon de su hijo al

nuevo sistema, y lo avezará á ser dichoso con la felicidad de los Franceses, dispáranse por todas partes alaridos de afecto, todas las manos se alargan hácia el monarca, todos se desojan tras la madre y el niño, todos los labios los piden; el enajenamiento es universal. En fin el rey concluyó su discurso encargando la paz y la concordia à aquel buen pueblo que le aseguran le ama, cuando quieren aliviarle sus quebrantos (*). A estas últimas palabras, todos los asistentes prorumpen en testimonios de agradecimiento, y el presidente hace una arenguilla en contestacion, donde espresa el vaiven de afectos que laten en todos los pechos. La muchedumbre acompaña al monarca à las Tuilerías, y la asamblea vota y formaliza acciones de gracias tanto à él como à la reina. Ofrécesele una ocurrencia; puesto que Luis XVI acababa de comprometerse à mantener la constitucion, hallábanse los diputados en el caso de corresponder al comprometimiento. Se propone el juramento cívico, y cada diputado va acudiendo à rendirlo, diciendo que ha de ser fiel «à la nacion, à la ley y al rey, y mantener à todo trance la constitucion decretada por la asamblea nacional y aceptada por el rey.» Los suplentes y los diputados del comercio piden prestar igualmente el juramento; las galerías y el anfiteatro siguen, y no se oye por todas partes mas voz que «lo juro.»

Repitióse lo mismo en el Ayuntamiento, y de concejo en concejo en toda la Francia. Se disponen regocijos, y el arranque parecia jeneral y entrañable. Correspondia por cierto entablar nueva conducta, y no inutilizar esta reconciliacion como todas las demas; pero aquella misma noche, mientras todo Paris resplandecia con luminarias, celebradoras de aquel acontecimiento, era muy diverso el agasajo que lograban los diputados nobles y los plebeyos en la corte. Por mas que Lafayette, cuyos pareceres sensatos y entrañables se desestimaban, estaba repitiendo que ya el rey no debia titubear, sino intimarse con el partido popular y granjearse su confianza, para lo cual era conducente, no tan solo pregonar sus intentos en la asamblea, sino demostrarlos con sus mas mínimas jestiones, agraviándose de la menor espresion equívoca que se exhalase en su presencia, y rechazar hasta la menor duda acerca de su interior; que no debia mostrarse ni atado ni descontento, sino desesperanzar de todo punto à los aristócratas; que los ministros debian estar acordes y no entablar competencias con la asamblea,

(*) Véase la nota 15 al fin del último tomo.

y no precisarla à estar de continuo recurriendo à la opinion pública; por mas que Lafayette repitiese estos consejos atinados, y el rey recibiese sus cartas, calificándolo de pundonoroso por sus instancias reverentes, la reina las rechazaba con enojo, y casi se airaba con los rendimientos del jeneral, agasajando à Mirabeau, mas predominante, pero à la verdad menos irreprensible que Lafayette.

Correspondíase siempre Mirabeau con la corte, y habia ya tenido algun entronque con Monsieur, cuyas opiniones le hacian mas accesible al partido popular, repitiéndole lo idéntico que estaba siempre manifestando à la reina y à Mr. Montmorin, à saber, que à la monarquía le era forzoso aportar por único salvamento en las playas de la libertad. Planteó pues por la mediacion de un amigo su convenio con la corte; espresando sus máximas en una especie de profesion de fe, y se comprometió à no quebrantarlo, mientras la corte se aviniese à seguir siempre el propio rumbo, y le señalaban en pago un situado de consideracion. El pundonor por supuesto huella tales ajustes y requiere el cariño entrañable y sin roce de vilezas, pero en suma ¿era esto venderse? Un pecho débil sacrificára su conciencia, pero el prepotente Mirabeau, lejos de rendirse, se escudaba con el poderío para ensalzarlo, y tan solo recibia los auxilios que sus urjencias y sus desbarros le hacian indispensables. Ajenísimo de avasallar, como otros sus endebles prendas y su interior cobarde, Mirabeau, incontrastable en sus arranques, impugnaba, ya su propio partido, ya la corte, como si no aspirase ni à popularidad ni à caudales; y en tanto grado, que los historiadores, no alcanzando estuviese corriente con la corte, à la que solia contrarestar, han trasladado al año de 1791 su convenio, que se verificó sin embargo à principios de 1790. Avistóse Mirabeau con la reina, que se prendó de su sobresalencia, y le mereció un agasajo muy halagüeño; pues, como hombre peregrino, se avenia con todo jénero de embeleso, ya vanidoso, ya sensual y ya entrañable; y habia que echar mano de él, pujante ó débil, y emplearlo en beneficio de la causa comun. Tenia la corte, ademas de Lafayette y Mirabeau, à Bouillé, que es ya hora de dar à conocer.

Bouillé, valeroso, justificado y entendido, tenia todos los humos de la aristocracia, y no descollaba sobre ella sino por menos preocupado y muy práctico en los negocios. Colocado en Met-

con el mando de una raya dilatada, y de gran parte del ejército, enzizañaba su tropa con la guardia nacional, à fin de afianzar los soldados para la corte (*). Puesto allí en espectativa, atemorizaba el partido popular, venia à ser el jeneral de la monarquía, como Lafayette el de la constitucion. Sin embargo la aristocracia le desazonaba, y la debilidad del rey le aburria en el servicio, y lo dejára, à no estrecharle tanto Luis XVI para permanecer en él. Como era pundonoroso, juramentado una vez, no trató mas que de cumplir con el rey y con la constitucion; y así la corte debia hermanar à Lafayette, Mirabeau y Bouillé; y por medio de ellos afianzaba la guardia nacional, la asamblea y el ejército, esto es, las tres potestades actuales. Mediaban à la verdad desavenencias entre estos caudillos: Lafayette, rebosando de gallardía, estaba dispuesto à estrecharse con cuantos estuviesen de parte del rey y de la constitucion; pero Mirabeau se encelaba con el poderío de Lafayette, y se asustaba con su decantado pundonor que, à su parecer, le estaba zahiriendo. Bouillé odiaba en Lafayette aquel convencimiento acalorado que quizás le constituia un enemigo intachable, anteponiéndole Mirabeau, como mas manejable y menos adusto en su cartilla política. A la corte correspondia avenir estos tres sujetos, amainando sus desvíos, mas no cabia otro rumbo para su logro que el de la monarquía libre, y así era forzoso conformarse entrañablemente y galantearla con todo empeño. Pero la corte, siempre en vaiven, sin desairar à Lafayette, lo acojia tibiamente, pagaba à Mirabeau que la reconvenia de cuando en cuando, fomentaba el destemple de Bouillé contra la revolucion, esperanzaba en el Austria, y franqueaba el ahinco à los emigrados en Turin. Achaque de la flaqueza que se enamora de soñados logros, desatendiendo los medios de afianzarlos, y no consigue mas que estrellarlos, infundiendo recelos que ensañan los partidos al par de la realidad, pues siempre el golpe prepondera al amago.

Por mas que Lafayette escribiese à Bouillé, anticipando el paso que correspondia à la corte, para recabar que le acompañase en escudar el solio por los únicos arbitrios asequibles, à saber, los de la llaneza y de la libertad; Bouillé, mal influido por la corte, contestaba yerta y desentendidamente, y sin propasarse contra la constitucion, continuaba en fincharse con la reserva de sus intentos y el poderio de su ejército.

(*) El mismo es quien lo dice en sus Memorias.

Por tanto aquella reconciliacion del 4 de febrero, acarreadora en sueños de grandiosos resultados, vino à quedar huera y desairada. Terminóse la causa de Favras, y sea por zozobra ó por convencimiento, el Chatelet lo sentenció à pena de horca, habiendo mostrado el reo una entereza mas propia de un mártir que de un maquinador; y protestando siempre su inocencia, pidió se le dejase declarar antes de morir. Levántase el cadalso en la plaza de Greve, y lo llevaron à la Casa de Ayuntamiento, donde permaneció hasta la noche. El pueblo ansiaba ver ahorcar un marqués y presenciar al fin el ejemplar de un ajusticiado igual à él. Alegó Favras haber tenido entronques con un personaje del estado, que lo habia comprometido à disponer los ánimos à favor del rey, y como se ofrecian gastos, le habia franqueado hasta cien luises, sin que pasase mas adelante su delito, ni quisiera nombrar à nadie. Sin embargo preguntó si la manifestacion de los nombres le salvaria, y como la contestacion no fué terminante, «En tal caso, dijo, el secreto muere conmigo», y se encaminó con suma entereza al cadalso. Estaba lóbrega la noche, pero se iluminó hasta la misma horca; y el pueblo, gozoso de ver hasta en ella la igualdad, se empapó en este espectáculo, y lo salpicó de escarnios atroces, glosando de mil modos la ejecucion de aquel desventurado. Entregóse el cadáver à su familia, y luego nuevos acontecimientos hicieron trascordar à los causantes y à los matadores.

Desesperado el clero, seguia desasosegando el ámbito de la Francia; y la nobleza contaba mucho con su influjo en el pueblo. Mientras la asamblea se contentó con poner los bienes eclesiásticos á merced de la nacion con un decreto, el clero vivió esperanzado de que no llegaria à plantearse, y à fin de inutilizarlo andaba ideando mil arbitrios para acudir à las urjencias del erario. Propuso el abate Maury un impuesto sobre el lujo, y el abate Salsede le habia contestado, proponiendo por su parte que ningun eclesiástico pudiese tener mas que tres mil francos de renta, pero el abate riquísimo enmudeció à esta propuesta. Ventilábase otra vez la deuda del estado, y Cazales aconsejó que se escudriñase, no la validez de los documentos fehacientes de los créditos, sino los créditos mismos, su orijen y sus fundamentos; lo que venia à renovar la quiebra por medio de las llamadas y odiosísimas cámaras ardientes. El clero, enemigo de los acreedores del estado, cuyo holocausto se consideraba, habia sostenido la proposicion contra sus

máximas estrechísimas en punto à la propiedad. Maury arrebatado cometió el desacato de espresar que varios miembros de la asamblea no tenian otro valor mas que el de la vergüenza. Lastimáronse todos, y trataban de escluirlo, cuando Mirabeau, que podia ser de los zaheridos, hizo cargo à sus compañeros que cada vocal correspondia à sus delegantes, y no habia facultad para arrojar à nadie. Esta moderacion, adecuada à la superioridad verdadera, prevaleció, y Maury quedó mas escarmentado con la mera censura que podia estarlo con la misma esclusion. Cuantos medios ideaba el clero para poner en su lugar à los acreedores del estado, fueron infructuosos, y la asamblea decretó la venta del importe de 400 millones de francos por los bienes del clero y del patrimonio real. Desahuciado entonces el clero, derramó à manos llenas por el pueblo escritos, afirmando que el ánimo de los revolucionarios era volcar la relijion católica; y en las provincias meridionales era donde esperanzaba lograr mas éxito. Ya se ha visto que la primera emigracion, encaminada hácia Turin, tenia sus correspondencias principales en Provenza y Langüedoc, y Calonne, tan célebre por los notables, era el ministro de la corte fujitiva. Dividíanla dos partidos, pues la primera nobleza no se avenia à alternar con la de provincia, y sobre todo con la clase plebeya, conservando siempre su predominio, y asi se atenia à los estranjeros para el restablecimiento del solio. Por otra parte, valerse de la relijion, como lo proponian los emisarios de las provincias, le parecia una ridiculez à la misma que durante un siglo se habia estado regocijando con los chistes de Voltaire. El otro partido, compuesto de los nobles inferiores y de los plebeyos espatriados, trataba de contrastar la pasion de la libertad con otra mas vehemente, cual era el fanatismo, y vencer con su pujanza sola sin avasallarse à los estranjeros. Los primeros alegaban las venganzas personales para sincerar la intervencion estranjera, y los segundos sostenian que la guerra civil traia consigo el derramamiento de sangre, pero que no se debia mancillar con la traicion. Estos últimos, mas esforzados, mas patriotas, pero mas feroces, no debian predominar en una corte donde reinaba Calonne. Sin embargo, como todos eran precisos, continuó la correspondencia entre Turin y las provincias meridionales. Arrestáronse à embestir la revolucion con la guerra civil y la estranjera, y se intentó con este objeto vivificar el fanatismo de aquellos paises (*).

(*) Véase la nota 16 al fin del último tomo.

El clero nada omitió para esforzar este plan, al paso que los protestantes andaban fomentando la envidia de los católicos. El clero utilizó estos conatos, y procuró valerse de las fiestas de Pascua, y así en Mompeller, Nimes y Montauban revivió con nueva furia el antiguo fanatismo.

Cárlos Lameth se lamentó en la tribuna de que se habia abusado del cumplimiento de Pascua para estraviar el pueblo, y conmoverlo contra la nueva lejislacion. Alborotóse el clero à estas palabras, y quiso dejar la asamblea; el obispo de Clermont se puso en ademan, siguiéndole un sinnúmero de eclesiásticos, de salir del salon, pero se llamó al órden à Cárlos Lameth, y se aplacó el alboroto. Ejecutábase sin embargo la venta de los bienes del clero, el cual no malograba ocasion de manifestar à las claras su pesadumbre. Dom Gerle, cartujo, á impulsos de su relijiosidad y de su patriotismo, pide un dia el habla, y propone que se declare la relijion católica la única del estado (*). Una multitud de diputados se levantan, con ánimo de votar por aclamacion, diciendo que era el trance de que la asamblea se sincerase del cargo que se le hacia de estrellarse con la relijion católica. ¿Qué venia sin embargo à significar semejante proposicion? O el decreto llevaba por blanco el privilejiar la relijion católica, y ninguna debe estarlo, ó se reducia á la declaracion de un hecho, à saber, que la mayoría francesa era católica, y no hay para que declarar un hecho, y así tal proposicion no merecia acojida, y à pesar del ahinco del clero y de la nobleza, se emplazó la discusion para el dia siguiente. Atropellóse el jentío, y avisado Lafayette de que los malvados tramaban alboroto, dobló la guardia. Abrese la discusion, amaga con maldiciones un eclesiástico à la asamblea; Maury dispara sus alaridos acostumbrados; Menou contesta sosegadamente à las reconvenciones hechas à la asamblea, diciendo que no cabe en razon tacharla de intentar la abolicion del catolicismo, en vísperas de incluir en los gastos públicos los peculiares del culto, y así propone que se pase al órden del dia. Persuadido con esto Dom Gerle, retira la propuesta, y se disculpa de haber ocasionado aquel desconcierto; pero Mr. de la Rochefoucauld presenta una nueva redaccion, y su dictámen se aparece tras el de Menou, cuando de repente un individuo del lado derecho se queja de que no está libre, y encarándose con Lafayette, le pregunta: ¿à qué venia el doblar la guardia? cuyo motivo

(*) Sesion del 12 de abril.

estaba patente, pues el lado izquierdo nada debia temer del pueblo, y no trataba Lafayette de resguardar à sus amigos, pero aunque esta novedad acrecienta el alboroto, continúa la discusion, y citan en ella à Luis XIV. — «No estraño, prorumpe entonces Mirabeau, que se recuerde un reinado en que se revocó el edicto de Nantes; pero haceos cargo de que desde esta misma tribuna donde hablo, estoy viendo la ventana horrorosa desde la cual, un rey asesino de los suyos, trastrocando los intereses de la tierra y los de la relijion, dió la señal de la Saint-Barthelemy!» Este arranque impetuoso no zanja la discusion, que va siguiendo. La proposicion de Mr. de la Rochefoucauld queda al fin adoptada, y declara la asamblea que son sabidos sus dictámenes, pero que respetando la libertad de las conciencias, no debe deliberar sobre la proposicion que se le ha puesto en tela de juicio.

A pocos dias, asomó otro intento contra la asamblea para disolverla. Consumada la nueva organizacion del reino, iba el pueblo convocado à elejir sus superiores, y se ideó el hacerle nombrar al mismo tiempo nuevos diputados en reemplazo de los actuales. Este paso, propuesto y ventilado en otra ocasion, habia sido desechado, y se renovó ahora en abril de 1790; por cuanto algunos cuadernos limitaban los poderes à un año, el cual iba ya à cumplirse, pues abierta la asamblea en mayo de 1789, se hallaba en abril de 1790. A pesar de haberse anulado los cuadernos y estar comprometidos à no separarse hasta el remate de la constitucion, los hombres para quienes nada suponian ni decretos, ni juramentos, cuando se abalanzaban à su ito, proponen la eleccion de nuevos diputados para cederles el asiento. Maury, el campeon del empeño, descuella en su papel con tanta avilantez como siempre, pero con maña para él desusada. Apela desde luego à la soberanía del pueblo, y dice, que no cabe ya mas aposentarse en el lugar de la nacion, ni dilatar poderes que solo son temporales. Pregunta con qué fundamento se revisten de atributos superiores; sostiene que la distincion de potestad lejislativa y constituyente es nueva y soñada; que únicamente cabe una reunion soberana cuando se carece de todo jénero de gobierno, y que si la asamblea es aquel cuerpo, no le queda mas que destronar al rey y declarar el solio vacante. Interrúmpenle alaridos que se disparan de la indignacion jeneral; levántase entonces Mirabeau con señorío, y dice: «Se está preguntando ¿con qué derecho los diputados han venido à parar en con-

gregacion jeneral? Respondo : desde el dia en que, hallando la entrada para sus sesiones atajada por soldados, se fueron en busca del primer sitio à propósito para juntarse, y jurar antes fenecer que vender y abandonar los derechos de la nacion. Nuestros poderes, sean los que fueren, variaron de especie en aquel dia, y sean lo que quieran las facultades que hemos desempeñado, nuestro ahinco y nuestros afanes las han lejitimado, y santificádolas el arrimo de la nacion entera. Recordad el dicho de aquel hombre grande de la antigüedad, que habia desatendido las formas legales para salvar la patria. Intimado por un tribuno banderizo si habia cumplido con la observancia de las leyes, respondió : Juro que he salvado la patria. Señores, esclama entonces Mirabeau, encarándose con los diputados del tercer estamento : ¡Juro que habeis salvado la Francia! »

A este juramento esclarecido, dice Ferriere, la asamblea toda, como arrebatada en un disparo repentino, cierra la discusion, y decreta que las reuniones electorales no tratarán del nombramiento de los nuevos diputados.

Frustróse así este nuevo ardid, y pudo la asamblea continuar con sus afanes, pero no cesaban entretanto las turbulencias por toda la Francia. El comandante de Voisin quedó arrestado por el pueblo, y los fuertes de Marsella fueron allanados por la guardia nacional. Sobrevinieron en Nimes y Montauban amotinamientos en concepto inverso, pues los mensajeros de Turin habian conmovido à los católicos, publicando proclamas en las cuales pregonaban la monarquía en peligro, y pedian que se declarase la relijion católica la única del estado; y aunque otra proclama real habia respondido, habian replicado con otra. Sobrevinieron refriegas de protestantes y católicos, en las cuales, careciendo estos de los auxilios ofrecidos en Turin, quedaron en fin rechazados. Varios cuerpos de guardias nacionales se habian puesto en movimiento para socorrer à los patriotas contra los sublevados; y así trabada ya la lid, el vizconde de Mirabeau, antagonista acérrimo de su afamado hermano, anunciando por su boca la guerra civil desde lo alto de la tribuna, pareció, por sus movimientos, sus ademanes y sus palabras, dispararla sobre la asamblea.

Así que, mientras la parte mas moderada de la asamblea se esmeraba en aplacar el ímpetu revolucionario, una oposicion in-

discreta inflamaba mas y mas à los calenturientos en vez de aplacarlos, y suministraba pretestos à los oradores populares para desenfrenarse y estremar hasta lo sumo las asonadas. La jacobina, antes bretona, establecida al pronto en Versalles, y luego en Paris, descollaba ante todas en número, injenio y desafuero (*). Concurríanse sus sesiones al par de las de la asamblea misma, y entablaba por via de floreo los puntos que esta debia tratar, y acordaba sus decisiones, que servian de preliminares à los mismos lejisladores.

Reuníanse allí los principales diputados populares, y los mas pertinaces se granjeaban todavía estímulos y pujanza. Para contrastar su influjo formidable, Lafayette se habia hermanado con Bailly y con los sujetos mas ilustrados, y habia formado otra asociacion, llamada de 89, y luego de los Fuldenses (**); pero endeble era el contraste de cien hombres apacibles é instruidos, ajenos de llamar la muchedumbre, con la asonada jacobina, en donde se disparaban desenfrenadamente las pasiones populares. Cerrarlas era el único arbitrio; pero la corte, usando de doblez, infundia desconfianza, para no poder contar con su arrimo. Los Lameths señoreaban á los jacobinos, y Mirabeau acudia à entrambas partes, y todos echaban de ver que alternaba con los partidos encontrados; pero vino luego à rodearse una coyuntura en que descolló mas su papel, y alcanzó, como verémos luego, una ventaja memorable para la monarquía.

(*) Esta asociacion, llamada de los «Amigos de la constitucion», se trasladó á Paris en octubre de 1789, con el nombre de jacobina, por juntarse en el convento de domínicos de la calle de S. Honorato.

(**) Formada el 12 de mayo.

CAPITULO V.

Estado político y propensiones de las potencias estranjeras en 1790. Discusiones sobre el derecho de la paz y de la guerra. Primera institucion del papel moneda ó de los asignados. Organizacion judicial. Constitucion civil del clero. Abolicion de los títulos de nobleza. Campeaños del 14 de julio. Reunion de la primera confederacion. Sublevacion de las tropas en Nancy. Retiro de Necker. Intentos de la corte y de Mirabeau. Formacion del campamento de Jales. Juramento cívico impuesto á los eclesiásticos.

Al asomar esta época, la revolucion francesa iba llamando la atencion de los soberanos. Era su lenguaje tan engreido y denodado, y jeneralizábase en términos, que, haciéndose acomodable à otros pueblos, debieron los reyes mirarla con estremecimiento. Pudo al pronto tener visos de acaloramiento pasajero, pero el éxito de la asamblea, su teson y su pujanza inesperada, y sobre todo la perspectiva para lo venidero en ella y en las demas naciones, debieron merecerle mas consideracion y antipatía, y la honra de interesar à los gabinetes. Hallábase à la sazon dividida la Europa en dos grandes líneas enemigas, una *la anglo*-prusiana, y las cortes imperiales la otra.

En el trono de Prusia, Federico-Guillermo habia sucedido al gran Federico; apocado y voluble, habia desamparado la intimidad de la Francia por la de Inglaterra, y formó luego la liga anglo-prusiana, con intentos grandiosos y soñados, pues sublevó la Suecia, la Polonia y la Puerta contra la Rusia y el Austria; se desentendió luego de sus aliados, y aun contribuyó á empobrecerlos con el reparto de la Polonia.

El proyecto de la Inglaterra y la Prusia fué arruinar la Rusia y el Austria, empeñando contra ellas la Suecia, donde reinaba el caballeresco Gustavo, la Polonia sollozando todavía por el primer reparto, y la Puerta airada por las invasiones rusas. El intento particular de la Inglaterra, en esta liga, era el vengarse

de los auxilios suministrados à las colonias americanas por la Francia, sin declararle la guerra. Ya lo llevaba adelante con enemistar los Turcos y los Rusos, y la Francia no podia permanecer neutral sin exasperar à los Turcos que contaban con ella, y sin malograr su predominio comercial de levante. Por otra parte, comprometiéndose en la guerra, perdia la intimidad de la Rusia, con la cual acababa de ajustar un tratado sumamente ventajoso que le afianzaba la madera de construccion y cuantos pertrechos suministra copiosamente el Norte para la marina; y así resultaba quebranto à la Francia en ambos casos. Entre tanto la Inglaterra habilitaba sus fuerzas, y se disponia para emplearlas segun las ocurrencias. Viendo por otra parte el desconcierto de nuestra hacienda con los notables, y mucho mas el popular con la constituyente, conceptuaba no necesitar la guerra; y se ha juzgado que le cuadraba mas el asolar la Francia con turbulencias intestinas que con las armas.

Esta liga anglo-prusiana habia hecho trabar algunas batallas, cuyo éxito vino à quedar equilibrado, y Gustavo se habia salvado como héroe de trances en que se habia comprometido como aventurero. La Holanda sublevada habia quedado sojuzgada al Stathouder por las tramas inglesas y los ejércitos prusianos. La Inglaterra con su maestría logró así defraudar à la Francia de una alianza marítima poderosa, y el monarca prusiano, enamorado de triunfos vanidosos, habia desagraviado la esposa del Stathouder, que era su propia hermana, del ultraje que le hicieron los estados de Holanda. Acababa de constituirse la Polonia, y estaba para empuñar las armas, y los Turcos yacian derrotados por los Rusos. Sin embargo, la muerte del emperador de Austria, José II, sobrevenida en enero de 1790, varió el aspecto de los acontecimientos, pues le sucedió Leopoldo, aquel príncipe ilustrado, cuyo reinado feliz habia bendecido la Toscana. Leopoldo, tan sagaz como cuerdo, queria terminar la guerra, y para lograrlo empleó amaños halagüeños, poderosísimos para la fantasía volandera de Federico Guillermo. Retratáronse à este monarca el embeleso de la paz, las desdichas de la guerra, que hacia tiempo acosaban à su pueblo, y en fin los peligros de la revolucion francesa que pregonaba principios asoladores. Se atizaron sus arranques de poderío absoluto, y le esperanzaron de castigar à los revolucionarios franceses, al par de los de Holanda, y se

dejó volcar en el punto de palpar las ventajas de aquella liga tan resueltamente ideada por su ministro Hertzberg. En julio de 1790, se firmó la paz en Reichenbach, y en agosto, la Rusia ajustó la suya con Gustavo, y no le quedó mas contrincante que la Polonia poco temible, y luego los Turcos derrotados ya por todas partes, cuyos acontecimientos historiarémos mas adelante, y así el paradero de la atencion universal venia à ser la revolucion de Francia. Poco antes de la conclusion de la paz entre la Prusia y Leopoldo, cuando la línea anglo-prusiana amagaba à las dos cortes imperiales y perseguia reservadamente à la Francia, como tambien à la España nuestra fiel aliada, fueron apresados algunos buques ingleses en la bahía de Nootka por los Españoles. Suscitáronse eficacísimas reclamaciones, y se siguieron armamentos en los puertos de Inglaterra. La España luego, al arrimo de los tratados, pidió auxilio à la Francia, y Luis XVI mandó habilitar quince navíos. Tachóse à la Inglaterra de intentar en esta ocasion el fomento de nuestros disturbios, pues las asociaciones de Lóndres habian à la verdad repetidas veces enviado albricias à la asamblea nacional, pero el gabinete dejaba à algunos benéficos desahogar filosóficamente sus arranques, y pagaba, se dice, entretanto à aquellos trastornadores asombrosos que asomaban por donde quiera, y causaban tanta molestia à la guardia nacional. Las turbulencias interiores subieron todavía de punto con el armamento jeneral, y no pudo menos de echarse de ver la coincidencia del armamento jeneral con el retoño de la zizaña. Lafayette en especial, que no solia tomar la voz sino en puntos relativos à la tranquilidad pública, Lafayette delató en la tribuna una constelacion reservada. «No puedo menos, dijo, de manifestar à la asamblea este hervidero nuevo y combinado que está muy patente desde Estrasburgo à Nimes y desde Brest à Tolon, y que los enemigos del pueblo mal pueden atribuirle, cuando lleva consigo todos los visos de un influjo clandestino. Si se trata de arreglar los destacamentos, quedan asoladas las campiñas; si arman las potencias vecinas, estalla el descontento en nuestros puertos y arsenales.» Habian con efecto degollado à varios comandantes, y por acaso ú por malicia los mejores oficiales de marina habian sido sacrificados. El embajador inglés, por encargo de su corte, habia rechazado estas imputaciones, pero sabida es la confianza que merecen tales mensajes. Tambien habia escrito Calonne al

rey (*) para sincerar à la Inglaterra, pero Calonne, abonando á los estranjeros, parecia sospechoso. Decia torpemente que todo desembolso es notorio en los gobiernos representativos, pues aun los secretos se hacen presentes como tales, y que en el presupuesto inglés no asomaba semejante partida; pero ello es que consta por esperiencia que jamás falta metálico à la mano aun à los ministros mas responsables. Sin embargo, el tiempo descubridor de interioridades, nada ha desembozado sobre este punto, y Necker, en situacion de quedar enterado, jamás ha dado crédito à este influjo reservado (**).

El rey, como se ha visto, participó à la asamblea la habilitacion de quince navíos de línea, conceptuando, decia, que esta disposicion quedaria aprobada, aprontando ademas las cantidades necesarias. La asamblea dió cabal acojida al mensaje, pero echó de ver que mediaba una investigacion constitucional, conceptuando deberla apurar antes de enviar la contestacion. «Diéronse las disposiciones, dijo Alejandro Lameth; nuestra discusion no alcanzará à entorpecerlas, pero antes de contestar es forzoso que se deslinde si es al rey ó à la asamblea à quien pertenece el derecho de la paz ó de la guerra»; pues con efecto venia à ser la incumbencia postrera que ventilar, é importantísima por su trascendencia. Hervian en la imajinacion los desaciertos de las cortes, sus alternativas de ambicion y de flaqueza, y no se queria dejar al arbitrio del solio la facultad, ya de engolfar la nacion en guerras peligrosas, ó de mancillarla por cobardía; y como de todas las jestiones gubernativas la incumbencia de la paz ó de la guerra es la mas ejecutiva, y en donde la potestad rejia ha de ejercer mayor influjo, es tambien la que requiere mayor ensanche para usar acertadamente de su albedrío. La opinion de Mirabeau, que se suponia cohechado por la corte, era ya sabida de antemano, y como se venia à las manos la coyuntura de arrebatar al orador su envidiada popularidad, los Lameths le habian salido al encuentro y encargado à Barnave el anonadar à Mirabeau. Retiróse por decirlo así el lado derecho, y franqueó anchuroso campo à los competidores.

Esperábase con ansia la discusion; abrióse, y tras varios oradores que van vertiendo especies preliminares, entra Mirabeau y

(*) Véase, en la alhacena de hierro, pieza número 21, carta de Calonne al rey, 9 de abril de 1790.

(**) Véase cuanto dice Madama Staël en sus Consideraciones sobre la revolucion francesa.

encabeza el asunto por un rumbo peregrino. Suele, dice, sobrevenir improvisamente la guerra, asomando antes las hostilidades que el amago, y así el rey, encargado del resguardo público, debe acudir, y entonces llegó el rompimiento antes de la intervencion de la asamblea. Otro tanto sucede con los tratados; solo puede caber al rey el abalanzarse al trance crítico de negociar, de conferenciar y de argüir con las potencias, y à la asamblea el ratificar las condiciones convenidas; y así en ambos casos solo el rey puede obrar, y aprobar ó desaprobar la asamblea. Opina pues Mirabeau que la potestad ejecutiva ha de contrarestar las hostilidades empezadas, y que la lejislativa, segun los casos, ha de avenirse à la continuacion de la guerra, ó entablar requerimientos de paz. Apláudese esta opinion, como sucedia siempre con los arranques de Mirabeau; toma sin embargo la voz Barnave, y desentendiéndose de los demás oradores, las ha con su antagonista. Confesando que à veces ya centellea el acero cuando cabe consultar con la nacion, se afana en que las hostilidades no son rompimiento, y que debe el rey rechazarlas y avisar luego à la asamblea, para que patentice entonces su ánimo, à fuer de soberana; y así toda nuestra desavenencia es de voces, por cuanto Mirabeau atribuye à la asamblea el derecho de desaprobar la guerra y requerir la paz, y Barnave el de declarar entrambas, pero en ambos casos el dictámen de la asamblea es obligatorio, y Barnave se atenia en suma à lo mismo que Mirabeau. Queda sin embargo vitoreado Barnave y llevado en triunfo por el pueblo; se vocea que está cohechado su antagonista; y aun van vendiendo à gritos por las calles un folleto intitulado: «Gran traicion del conde de Mirabeau.» Decisivo era el trance, y cada cual estaba esperando un disparo del atleta formidable. Pide la réplica, la logra, sube à la tribuna en presencia de la inmensa muchedumbre que lo estaba esperando, y pregona desde luego que no bajará sino muerto ú vencedor. «Tambien á mí, dijo en el arranque, me han llevado en triunfo, y sin embargo se anda hoy voceando «la gran traicion del conde de Mirabeau.» No necesitaba este ejemplar para saber que el Capitolio y el despeñadero Torpeyo distan un paso; no me atajarán sin embargo la carrera vaivenes tan estremados.» Tras este grandioso encabezamiento, participa que no contestará mas que à Barnave, y luego: «Idos esplicando le dice; reducis en vuestro dictámen al rey à notificar las hostilidades ya empezadas, y vinculais en la asamblea el derecho de decla-

rar sobre este punto la voluntad nacional; y os atajo ahí mismo y os llamo à nuestros principios, que dividen la espresion de la voluntad nacional entre la asamblea y el rey..... y atribuyéndola à la asamblea sola, habeis traicionado la constitucion; os llamo al órden..... ¿No contestais?.... continúo..... »

Nada habia en efecto que contestar, y Barnave permanece à la vergüenza, durante la dilatada réplica, traspasado con fulminantes reconvenciones. Mirabeau le va respondiendo por puntos, y demostrando que su contrario nada concede mas à la asamblea que él mismo, pero que reduciendo el rey à un mero notificador, lo habia defraudado de su participacion indispensable para la espresion de la voluntad nacional; y termina por fin afeando à Barnave sus competencias torpes con sujetos que debieran, dice, vivir como verdaderos compañeros en armas. Barnave habia ido relatando los parciales de su opinion, y Mirabeau se pone à hacer otro tanto con los suyos, espresando los sujetos moderados, primeros fundadores de la constitucion, y que empapaban à los Franceses en el ambiente de la libertad, mientras sus viles calumniadores se arrojaban de bruces al manantial de la corte (denotando à los Lameths que habian recibido agasajos de la reina); « sujetos, añade, que se condecorarian hasta la huesa con sus amigos y sus enemigos. »

Suenan unánimes aplausos, y ahogan la voz de Mirabeau. Habia en la asamblea una porcion considerable de diputados, que sin corresponder à la derecha ni à la izquierda y sin llevar ánimo hecho de antemano, se iban tras el vaiven postrero, y eran los engrandecedores del número y de la razon, pues à donde quiera que se volvian llevaban la mayoría consigo. Barnave intenta contestar, pero oponiéndose la asamblea, procede à la votacion. El decreto de Mirabeau, aventajadamente retocado por Chapelier, merece la primacía, y queda en fin adoptado (22 de mayo) con satisfaccion jeneral; por cuanto estas competencias no trascendian fuera de su recinto, y el partido popular se conceptuaba tan victorioso con Mirabeau como con los Lameths.

El decreto conferia al rey el derecho de hacer la paz y la guerra, encargándole la disposicion de las fuerzas, participaba las hostilidades empezadas, y proponia el decreto de paz ó de guerra; la asamblea deliberaba sobre su propuesta espresa, y luego el rey sancionaba la deliberacion, y fué Chapelier quien, por una en-

mienda muy atinada, habia requerido la proposicion espresa y la sancion definitiva. Este decreto, arreglado à razon y à los principios establecidos, complació entrañablemente à los constitucionales, y esperanzó locamente à los contra-revolucionarios, quienes soñaron que iba à variar el ánimo de las jentes, y que esta victoria de Mirabeau iba à ser la suya. Participólo Lafayette, à la sazon corriente con Mirabeau, à Bouillé, lo halagó con estas ráfagas de bonanza y de moderacion, y procuró, como siempre, atraerlo al nuevo sistema.

Adelantaba la asamblea sus tareas de hacienda, estribándolas en disponer atinadamente de los bienes eclesiásticos, cuya venta, decretada hacia tiempo, no podia atajarse ni con protestas, ni con pastorales, ni con tramas. Cercenar à un cuerpo prepotente gran parte del territorio, repartirla con acierto, y fertilizarla con su division, hacendar así una porcion considerable del pueblo que carecia de arraigo, y en fin, saldar las deudas de la nacion, despejar el ramo de hacienda; en esto se cifraba el blanco de la asamblea, y empapada en su aprovechamiento, no cabia asustarse con los obstáculos. Habia ya dispuesto la venta de 400 millones del patrimonio real y de la Iglesia, pero habia que ajenciar compradores para tantas fincas, sin que desmereciesen con su agolpamiento. Ofrecióle Bailly en nombre del ayuntamiento de Paris un plan atinadísimo, y era traspasarlas à los ayuntamientos, que las comprarian en globo para irlas vendiendo sucesivamente, sin que se agolpase su despacho, y careciendo los ayuntamientos de fondos para pagarlas de contado, las recibirian à plazos, y se iria satisfaciendo à los acreedores del estado con abonarés sobre los concejos, que los irian sucesivamente pagando. Estos abonarés, llamados en la discusion «papel concejil,» suministraron la primera ocurrencia de los asignados. Con el plan de Bailly se echaba mano de los bienes eclesiásticos, se les desamortizaba, y subdividian entre los concejos, y los acreedores se estrechaban con su hipoteca, granjeándose un resguardo sobre los ayuntamientos en vez de tenerlo sobre el estado. Consolidábanse pues las fianzas anticipando el pago, y aun estaba en mano de los acreedores el realizarlo por sí mismos, supuesto que estos abonarés ó asignados podian ir adquiriendo un valor proporcionado á sus respectivas hipotecas; con esto se les habia servido en gran manera, pero faltaba todavía una circunstancia. Si no gustaban de fincar sus abo-

narés, por escrupulosidad ó cualquiera otra causa, en cuyo caso no podian correr por moneda, teniendo que guardarlos, quedaban reducidos à documentos con el pago pendiente. Restaba pues la última disposicion, y era el ponerlos en jiro, y entonces paraban en moneda corriente, y pudiéndolos dar en pago, los acreedores quedaban positivamente reintegrados. Mediaba otra consideracion terminante, cual era la escasez de metálico, atribuyéndola à la emigracion que se lo llevaba en gran parte, à los pagos que se ofrecian en el estranjero, y en fin à la malevolencia. La verdadera causa era la desconfianza, parto de las turbulencias, pues en la circulacion abulta el metálico, por medio de la confianza que activa los cambios; asoma entonces el dinero por donde quiera, y se le conceptúa mas crecido, porque con la rapidez está sirviendo de continuo; pero en sobreviniendo alborotos asustantes, se empozan los capitales, se entorpece el metálico, y tiene visos, aunque equívocos, de carencia.

El anhelo de suplir à la moneda que la asamblea conceptuaba exhausta, el de entregar à los acreedores otra entidad que la de un documento yerto en sus manos, con la necesidad de acudir à un sin fin de urjencias, hizo dar à estos abonarés ó asignados à viva fuerza el curso de la moneda misma: con esto el acreedor quedaba pagado, pudiendo obligar à que le aceptasen el papel que habia recibido, y desempeñar así sus comprometimientos. Si no fincaban los que habian cargado con el papel corriente, en postrer paradero tenian que ser compradores. Los asignados recojidos por este medio debian quemarse, y así las fincas eclesiásticas venian luego à quedar repartidas y el papel cancelado. Los asignados devengaban su rédito à tanto por dia, y granjeaban mas valor detenidos en manos de sus poseedores.

El clero, que estaba viendo aquel medio ejecutivo para la enajenacion de sus bienes, lo rechazó denodadamente; y los nobles, contrarios, con algunos mas, à cuanto franquease el rumbo de la revolucion, lo contrastaron tambien, y clamaron contra el papel moneda. Era naturalísimo el que resonase el nombre de Law, y abultase el recuerdo de su bancarrota. No era sin embargo cabal el parangon, porque al papel de Law no le cupo mas hipoteca que la de los logros venideros de la Compañía de Indias, al paso que el crédito de los asignados estribaba en fincas territoriales, efectivas y à la mano. Law fabricó para la corte muchos falsos, esce-

diéndose en gran manera el valor presumido del capital de la Compañía, y la asamblea, al contrario, no podia conceptuar que, con las formalidades recien planteadas, cupiese trastornos iguales, y en fin la suma de los asignados nuevos no representaba sino una porcioncilla escasa del capital que los afianzaba. Mas lo cierto es que el papel, por mas resguardado que se le considere, no es, como el dinero, una entidad, y segun la espresion de Bailly, una «actualidad física.» El metálico lleva consigo su propio valor, y el papel, al contrario, requiere todavía una operacion, una compra de finca, una realizacion; por consiguiente debe ser inferior al metálico, y entonces este, que nadie entrega en cambio de papel, se retrae, y su paradero y finiquito es desaparecer. Si además el desconcierto en la administracion de las fincas y derrames descompasados de papel desproporcionan los efectos corrientes y el capital, fenece la confianza; consérvase el valor nominal, pero cesó el positivo, y el que entrega esta moneda de convenio roba al que la recibe, y sobreviene un trance espantoso. Todo esto aparecia posible, y con un tantillo mas de esperiencia lo dieran por cierto. El derrame de los asignados, como disposicion de rentas, era muy censurable, pero se hacia forzoso en política, porque acudia à las urjencias, y dividia la propiedad sin los vaivenes de una ley agraria, y así la asamblea no debió titubear, y à pesar de Maury y los suyos, decretó 400 millones de asignados forzosos con interés (*).

Necker hacia tiempo habia desmerecido la confianza del rey, el miramiento habitual de sus compañeros y el entusiasmo de la nacion. Emparedado con sus cálculos, argüia tal cual vez en la asamblea, pero su reserva sobre gastos estraordinarios habia hecho pedir el libro encarnado, rejistro famoso, donde se hallaba, decian, la lista de los desembolsos secretos. Luis XVI cedió con desagrado, cerrando las hojas que contenian los gastos de su predecesor Luis XV. Respetó la asamblea aquella delicadeza, y se ciñó à las partidas de este reinado. Nada se halló personal para el rey, y las profusiones recaian sobre los palaciegos. Los Lameths se hallaron apuntados por un regalo de sesenta mil francos para su educacion, y los devolvieron al erario. Redujéronse las pensiones en la proporcion combinada de los servicios y del estado anterior de los sujetos, mostrando en todo la asamblea la mayor modera-

(*) Abril.

cion, suplicando al rey acotase él mismo la lista civil, y votando por aclamacion los veinte y cinco millones que habia pedido.

Esta asamblea, à impulsos de su númen, de sus luces, de su poderío y de sus acuerdos, habia ideado el grandiosísimo intento de rejenerar todas las partes de la nacion, y acababa de arreglar el órden judicial. Habia repartido los tribunales, al par de las administraciones, por distritos y departamentos. Los jueces quedaban à la eleccion popular, pero esta regla fué sumamente impugnada. La metafísica política habia tambien afilado sus aceros, para demostrar que la potestad judicial entroncada con la ejecutiva debia quedar à la eleccion del rey. Razones mediaron por ambas partes, pero la única adecuada para la asamblea, que estaba en ánimo de constituir una monarquía, era que el solio, sucesivamente despojado de sus atributos, venia à parar en una mera majistratura, y el estado en una república. Pero decir lo que era ya la monarquía era un arrojo escesivo, pues requiere concesiones que nunca un pueblo se aviene à franquear en el trance de su encumbramiento, porque siempre la suerte de las naciones se reduce à pedir demasiado ú nada. La asamblea estaba sinceramente por el rey, y se desalaba por tributarle acatamientos, como lo estaba de continuo demostrando, pero su cariño era à la persona, y sin echarlo de ver, anonadaba la entidad.

Tras el planteo de arreglo en la justicia y la administracion, quedaba por uniformar el desempeño del culto, y constituirlo al par de los demas ramos, y así, en estableciendo un tribunal de apelacion y una oficina superior en algun departamento, era tambien regular colocar un obispo. ¿Cómo, en efecto, se tolerara que un obispado abarcase mil y quinientas leguas cuadradas, y otro ciñese apenas veinte; que ciertos curatos tuviesen diez leguas de circunferencia, y que otros contasen quince ó diez y seis vecinos; que muchos curas tuviesen solo setecientas libras, lindando con beneficiados que disfrutaban de diez à quince mil? La asamblea, reformando abusos, no se entrometia en doctrinas eclesiásticas, ni en la autoridad papal, puesto que el arreglo habia siempre competido à la potestad temporal. Queria pues formar una nueva division, sujetar, como en lo primitivo, los curas y los obispos à la eleccion de los feligreses, sin rozarse tampoco en esto con la autoridad civil, puesto que los prebendados se nombraban por el rey, para luego aposesionarlos el papa. Esta planta, llamada «cons-

titucion civil del clero», y que hizo calumniar à la asamblea, mas que cuanto habia ejecutado, era parto de los sujetos mas timoratos, pues fué obra de Camus y de otros jansenistas, deseosos de afianzar la relijion en el estado, y hermanarla con las leyes nuevas. Es ciertísimo que, restablecida la justicia en todo, era impropio que no lo estuviese en la administracion eclesiástica como en los demas ramos. No mediando Camus y algunos otros, los miembros de la asamblea, educados en la escuela de los filósofos, trataran el cristianismo como à todas las demas relijiones admitidas en el estado, y lo trascordaran, pero adherecieron à dictámenes, que es corriente en las costumbres modernas tolerar, aun cuando no se profesen, y por tanto acojieron el plan relijioso y entrañablemente cristiano de Camus. Alborotóse el clero, alegando que se atropellaba la autoridad espiritual del papa, y apeló à Roma. Adoptáronse sin embargo las bases fundamentales del proyecto (*), y se presentaron luego al rey, cuya relijiosidad pidió plazo para remitirlas al sumo pontífice, pues aunque reconocia sabiamente la cordura del plan, escribió al papa à impulsos de su anhelo entrañable por merecer su beneplácito, y derrocar así los reparos del clero; pero luego se verá con qué amaños lograron frustrar sus ansiosos intentos.

Asomaba julio con su cumpleaños de la toma de la Bastilla y del poderío por la nacion entera, como tambien de la manifestacion de su voluntad por medio de la asamblea, ejecutándola por sí ó como celadora de sus delegados. Contemplábase el 14 de julio como la aurora de una nueva era, y se acordó solemnizarlo con una funcion esplendorosa. Ya las provincias y los pueblos habian dado el ejemplo de confederarse para contrastar de mancomun à los enemigos de la constitucion. Propuso pues el ayuntamiento de Paris la confederacion de toda la Francia, para celebrar dicho dia en la capital con la concurrencia de diputados, de guardias nacionales y de todos los cuerpos del ejército, proyecto aclamado con entusiasmo y dispuesto con preparativos inmensos para que fuese la funcion digna de su objeto.

Las naciones, como se ha visto, tenian los ojos clavados en la Francia, y al paso que nos iban odiando y temiendo los soberanos, íbamos haciéndonos acreedores al aprecio de los pueblos. Presentáronse varios estranjeros à la asamblea, cada cual en su traje, y el

(*) Decreto del 12 de julio.

orador de los entusiastas, Anacársis Clootz, prusiano de nacimiento, con su imajinacion disparada, pidió en nombre del jénero humano el alistarse en la confederacion; escenas ridiculísimas para quien no las presencia, pero que suelen conmover à los asistentes. Accedió la asamblea, y el presidente contestó quedaban admitidos para que pudiesen referir à sus paisanos cuanto habian visto y el alborozo y los beneficios de la libertad.

El entusiasmo del festejo se acaloró con la estatua ecuestre de Luis XIV, que lo representaba hollando la figuracion de varias provincias vencidas. «No se debe tolerar, dijo uno de los Lameths, estos monumentos de servidumbre en dias de libertad, y no deben los del Franco-Condado, al llegar à Paris, estar viendo ahí aherrojada su estampa.» Maury quiso impugnar una disposicion de poquísima importancia que se debia franquear al acaloramiento público. Prorumpió entonces una voz proponiendo la abolicion de los dictados de conde, marqués, baron, etc., y el jóven Montmorency sostuvo la proposicion. Preguntó un noble qué era lo que se sustituia à estas palabras: «Fulano ha sido creado conde por haber servido al estado.— Se dirá sencillamente, contestó Lafayette, que salvó el estado en tal dia.» Quedó el decreto adoptado (*), à pesar del enojo de la nobleza, que se mostró mas airada del malogro de sus títulos que de cuantas pérdidas mas efectivas habia padecido desde el principio de la revolucion. La parte mas moderada de la asamblea queria que al abolir los títulos se franquease à cada cual la libertad de usarlos, y Lafayette avisó al punto al rey antes que lo sancionase, para que lo devolviese à la asamblea, que se avino à enmendarlo; pero el rey lo sancionó tan arrebatadamente, que se malició que lo hacia de intento para rematar mas y mas el desafuero.

El objeto de la confederacion era el juramento cívico, y se preguntó si los confederados y la asamblea lo rendirian en manos del rey, ó si el rey, considerado como el primer empleado público, juraria con todos los demas en el altar de la patria, y se antepuso este método. Acabó tambien la asamblea de hermanar el ceremonial con las leyes, y el rey vino à ser en la festividad lo mismo que en la constitucion. Lafayette, que azoraba siempre à la corte con zozobras, la asustó ahora con la noticia muy valida de que lo iban à nombrar comandante de todas las guardias nacio-

(*) Decreto y sesion del 19 de junio.

nales, y para quien desconocia à Lafayette, y mas con el ahinco de sus enemigos, era naturalísimo el desacierto. ¿Cómo podia caber que un hombre, en la cumbre de su popularidad, y caudillo de tan poderosas fuerzas, no aspiraria à utilizárselas? No asomó sin embargo en él tal intento; se aferró en no ser mas que ciudadano, y bien sea por virtud, ó por ambicion atinada, el mérito resultó igualmente esclarecido. El engreimiento humano debe tener su sagrario, que ha de ser el de la virtud benéfica. Para atajar los recelos de la corte, propuso que nadie pudiera mandar mas que una guardia de departamento; aclamóse el decreto, y el desinterés del jeneral fué vitoreado. Encargósele sin embargo la disposicion del aparato, y se le nombró gefe de la confederacion como comandante de la guardia parisiense.

Se iba acercando el dia, y se trabajaba en los preparativos con suma actividad. Disponíase la funcion en el Campo de Marte, sitio dilatado que media entre la escuela militar y la corriente del Sena; proyectóse realzar el terreno, desde el centro à los costados, para arquear un anfiteatro que abarcase la inmensidad de la concurrencia. Afanábanse à porfía doce mil operarios, y era de temer sin embargo que asomase el 14 sin haberse redondeado la empresa. Acuden los habitantes mismos y alternan con los peones; trasfórmase la poblacion entera en un enjambre de operarios; frailes, militares, y sujetos de todas clases empuñan el azadon y la pala, aun se engolfan damas elegantes en el hervidero de la tarea. El disparo es luego jeneral; divídense los barrios à tandas, acuden tremolando banderas de mil colores, y al compás del tambor, y apenas llegan, se entretejen y trabajan de comun hasta que al anochecer cada cual se incorpora con los suyos y vuelve à sus hogares. Siguió esta intimidad entrañable hasta el complemento de la empresa, y entre tanto iban viniendo los confederados, y lograban agasajo espléndido y hospitalidad cariñosa. El desahogo del alborozo era afectuoso y jeneral, à pesar de los sustos que un corto número de sujetos empedernidos y ajenos de estos arranques se afanaban por fomentar. Decian que los forajidos se aprovecharian del rato en que el vecindario estuviese en la confederacion, para saquear el pueblo, suponiendo tambien al duque de Orleans, vuelto de Lóndres, proyectos malvados; sin embargo el regocijo nacional fué inalterable, y se desoyeron siempre estas inicuas profecías.

Llega en fin el 14, y todos los confederados de las provincias y del ejército, en formacion con sus gefes y banderas, salen de la plaza de la Bastilla y acuden à las Tuilerías. Los diputados del Bearne, al pasar por la calle de las Herrerías, donde asesinaron à Henrique IV, le rinden su acatamiento, que en aquel punto de conmocion hizo prorumpir en lágrimas; los confederados en el ámbito de las Tuilerías, embeben en sus filas el ayuntamiento y la asamblea. Un batallon de muchachos, armados como sus padres, servia de batidor à la asamblea, seguida luego por un cuerpo de ancianos, que renovaba los recuerdos antiguos de Esparta. Adelantóse la comitiva al eco de los alaridos y de los aplausos, los pretiles hierven llenos, y las casas están recargadas de concurrentes. Un puente construido en pocos dias sobre el Sena conducia por un camino enramado de flores, de orilla à orilla, y terminaba al frente del campo de la confederacion. Atraviésalo la comitiva, y todos se van colocando. Alzábase al fondo un anfiteatro magnífico destinado à las autoridades nacionales. El rey y el presidente aparecian juntos sobre dos asientos iguales, realzados de flores de lis de oro, y la reina y la corte descollaban en un balcon à espaldas del rey, quien tenia sus ministros à poca distancia, y en órden por ambos costados. Cuatrocientos mil concurrentes cuajaban los anfiteatros laterales, sesenta mil confederados evolucionaban en el ámbito intermedio, y encumbrábase en el centro sobre una basa de veinte y cinco mil pies el grandioso altar de la patria. Trescientos clérigos revestidos de albas y de bandas tricolores cuajaban su gradería y debian celebrar la misa.

Duró tres horas la llegada de los confederados, y el cielo, entoldado con lóbregos nubarrones, derramaba la lluvia à raudales. Aquel cielo, cuyo esplendor baña placenteramente los regocijos humanos, los defraudaba en aquel punto de su claridad apacible. Uno de los batallones recien llegados tuvo la ocurrencia de arrimar las armas y entablar una danza; todos lo acompañan, y en un momento se arremolinan en el ámbito sesenta mil hombres, soldados y ciudadanos, que contraponen el júbilo à la tormenta. Empieza la solemnidad, y por un acaso venturoso, se desentolda el cielo y centelléa sobre la grandiosidad del acto. Entona la misa el obispo de Autun; acompañan los coros al prelado, realzando el eco la artillería en pomposo estruendo. Tras el sacrificio sacrosanto, apéase Lafayette, huella la gradería del trono, para

recibir la órden del rey, quien le entrega la fórmula del juramento; llevada ante el ara, tremolan todas las banderas, y resplandecen sin término los sables. El jeneral, el ejército, el presidente y los diputados claman: «lo juro.» El rey en pié, tendiendo su diestra hácia el altar, dice: «Yo, rey de los Franceses, juro dedicar el poderío que me otorga el acta constitucional del estado à escudar el código decretado por la asamblea nacional y aceptado por mí.» La reina, al vaiven jeneral, alza en sus brazos al augusto niño, heredero del trono, y lo enseña desde el balcon à la nacion reunida. Dispáranse à su vista; alaridos de alborozo, de cariño y de entusiasmo vuelan hácia entrambos, que cautivan todos los corazones. En aquel punto, la Francia entera, reunida por las ochenta y tres cabezas de departamento, exhalaba el mismo juramento de amar al rey, quien le corresponderia. ¡Ay de mí! en tales trances amaina el encono, póstrase la altanería, y todo es bienaventuranza y señorío con el encumbramiento universal. ¿Porqué esta complacencia entrañable de la concordia ha de trascordarse tan pronto?

Acabada la augusta ceremonia, volvió el séquito à su centro, y el pueblo se disparó en raptos de alborozo. Duraron algunos dias los regocijos, y hubo luego revista jeneral de sesenta mil hombres sobre las armas, presentando un espectáculo magnífico, militar y nacional. Por la noche Paris ofreció una escena primorosa; siendo el sitio principal de las reuniones, ya los Campos-Eliseos, ya la Bastilla. Leíase en el solar de la antigua cárcel cerrada: «Aquí se baila.» Fuegos esplendorosos en guirnaldas tremolantes competian con la claridad de un dia despejado. Prohibióse à los opulentos el alterar la funcion apacible con el estruendo de los carruajes, debiendo todos dichosamente aplebeyarse. Encantadores aparecieron los Campos-Eliseos, donde todos se arremolinaban sin alboroto, sin desconcierto, sin competencia y sin encono, y todos al resplandor de las luminarias rebosaban de satisfaccion, barajándose en el conjunto, en términos de haber hallado, en medio de la civilizacion estragada, la hermandad primitiva.

Los confederados, despues de asistir à las grandiosas discusiones de la asamblea nacional, à la magnificencia de Paris y al boato de la corte, y presenciar la dignacion del rey, que visitaron todos, y de quien todos recibieron entrañables muestras de

agrado, se volvieron enajenados de complacencia y rebosando de afectos y de embeleso. Tras tantas escenas traspasantes, y al asomo de otras todavía mas pavorosas, el historiador se esplaya complacidamente sobre aquellos ratos voladores, en que todos los corazones no latieron con otro impulso que el amor del bien público (*).

La funcion tan afectuosa de la confederacion fué un embeleso como soñado, y el dia siguiente los interiores apetecian aun cuanto anhelaban la víspera, volviendo todos à la guerra. Renováronse las reyertas con el ministerio, y le reconvinieron por haber franqueado paso à las tropas austríacas para el pais de Lieja. Se zahirió à Saint-Priest por haber favorecido la fuga de varios presos indiciados de maquinaciones contra-revolucionarias. En despique la corte movia las causas formadas ante el Chatelet contra los autores del 5 y del 6 de octubre, en las cuales asomaban cómplices el duque de Orleans y Mirabeau. Estos autos singularísimos, varias veces orillados y reasumidos, estaban salpicados del diverso influjo de los mandarines. Estaban plagados de contradicciones, sin cargo que abultase contra los dos reos principales. La corte, al cohechar à Mirabeau, sin atenerse à plan fijo, se le inclinaba ó desviaba alternativamente, y trataba mas bien de aplacarlo que de asesorarse con él. Al renovar la causa, no las habia con él, sino con el duque, quien, vitoreado en estremo à su regreso de Lóndres, habia sido desechado con menosprecio al aspirar de nuevo à la privanza del rey (**).

Debia Chabroud hacer el informe ante la asamblea, para que sentenciase si habia ó no lugar à la formacion de causa. Anhelaba la corte que callase Mirabeau y dejase en desamparo al duque, único blanco de sus tiros. Tomó sin embargo la voz, y demostró cuán ridículos eran los cargos que se le asestaban. Acusábanle con efecto de haber avisado à Mounier que Paris iba sobre Versalles y de haber añadido estas palabras: «Queremos un rey, pero ¿qué importa que sea Luis XVI ó XVII?»; de haberse entrometido por el rejimiento de Flándes, blandiendo el sable, y de haber esclamado al partir el duque de Orleans: «¡Ese ca... no es acreedor à los afanes que se toman por él!»: cargos futilísimos, cuya insubsistencia y ridiculez demostró Mirabeau; y apuntando tal cual especie acerca del duque, esclamó al acabar: «Si el se-

(*) Véase la nota 17 al fin del tomo último.
(**) Véanse las memorias de Bouillé.

creto de estos infernales autos está ya patente, ahí está de manifiesto (señalando el lado derecho); corresponde con los intereses de los testigos y calumniadores que han entretejido su trama, y con los recursos que suministra à los enemigos de la revolucion; corresponde..... está ya en el corazon de los jueces, cual vivirá en los buriles de la historia por la justiciera é implacable venganza.»

Acompañaron à Mirabeau los aplausos hasta su asiento, y ambos procesados lograron avergonzar la corte con sus descargos.

Debia redondearse la revolucion por donde quiera, en el ejército como en el pueblo, cuyas zozobras miraban las armas como el postrer arrimo de la prepotencia. Todos los jefes eran enemigos de la revolucion, como árbitros esclusivos de grados y de privanza; estaban viendo al mérito por compañero en adelante, y por razon contrapuesta, los soldados estaban de parte de la novedad, y por de contado el odio à la disciplina y el anhelo de mejor paga estimulaban en ellos los impulsos jenerales de la libertad. Una insubordinacion peligrosa iba descollando en todo el ejército. Con especialidad la infantería, por cuanto tal vez se roza mas con el pueblo y blasona menos de su profesion que la caballería, se hallaba en el sumo grado de la sublevacion. Apesadumbrado Bouillé con el desenfreno del ejército, echaba el resto por atajar el contajio revolucionario. Habia recibido de Latour-du-Pin, ministro de la guerra, amplísimos poderes, y los iba planteando, removiendo sus tropas, é imposibilitándolas de familiarizarse con el pueblo por su permanencia en los mismos sitios. Vedábales con especialidad su asistencia à las asociaciones, alerta siempre para conservar la subordinacion militar. Habia, tras larga resistencia, jurado por fin la constitucion, y como pundonoroso, desde aquel punto se resolvió à ser su defensor constante, no menos que de la persona del rey. Desapareció entonces su repugnancia à Lafayette, cuyo desinterés no se le podia ocultar, y estaba ya dispuesto à hermanarse con él. Querian los guardias nacionales de su dilatado mando nombrarle su jeneral; desechó la propuesta en su primer enojo, y arrepintióse luego, hecho cargo de los bienes que tenia en su mano proporcionar, y sin embargo, à pesar de algunas delaciones con las sociedades, merecia aceptacion en el pueblo.

Estalló al pronto la rebelion en Metz. Los soldados encarcelaron à sus oficiales, se apoderaron de banderas y caudales, y aun intentaron avasallar al ayuntamiento. Corrió Bouillé gran peligro,

hasta que logró enfrenar la sedicion. Apareció luego igual rebelion en Nancy, tomando parte en ella algunos rejimientos suizos, y se temió luego que, siguiendo este ejemplo, todo el reino vendria à quedar en manos de la soldadesca y del populacho. Tembló la misma asamblea, y un oficial fué el portador de un decreto acordado contra los rebeldes, mas no pudo hacerlo ejecutar, y Bouillé tuvo órden de marchar à viva fuerza sobre Nancy para dejar airosa la ley. Podia contar con pocos soldados, pero por dicha la tropa recien rebelada en Metz, agraviada de su desconfianza, se brindó à marchar contra los rebeldes. Otro tanto hicieron los guardias nacionales, y así avanzó al frente de estas fuerzas reunidas y de un crecido cuerpo de caballería sobre Nancy. Su situacion era apurada, por cuanto su caballería estaba imposibilitada de obrar, y era escasa su infantería para acometer à los rebeldes con el apoyo del populacho. Hablóles sin embargo, y logró avasallarlos. Cedian ya en ademan de salir del pueblo, pero se cruzaron tiros, sin saber de qué parte salieron, y entonces se hizo ya inevitable la refriega. La tropa de Bouillé, creyéndose vendida, peleó con sumo denuedo, pero el empeño fué reñidísimo, y avanzó à palmos contra un fuego ejecutivo (*).

Dueño por fin de las plazas principales, rindiéronsele los rejimientos, y los hizo salir del pueblo, y libertando à la oficialidad y à las autoridades encarceladas, entresacó los mas culpados para enviarlos à la asamblea nacional.

Esta victoria fué para todos gozosísima, desvaneciendo la zozobra por el reino entero, y mereciendo à Bouillé las albricias del rey y de la asamblea. Calumniáronle luego con la tacha de cruel; fué sin embargo irreprensible y aclamado como tal por entonces. Ensanchó el rey su mando, que vino à ser de gran consideracion, esplayándose desde la Suiza hasta el Sambre, y abarcando la mayor parte de la raya. Contando mas con la caballería que con la infantería, Bouillé escojió las orillas del Seille, que desagua en el Mosela, logrando llanuras para obrar los caballos, forrajes y pienso, plazas algo fuertes para atrincherarse, y ante todo poblacion corta y despreciable. Resuelto à no desentenderse de la constitucion, se recelaba de los patriotas, y se precavia para acudir en auxilio del rey, si lo requerian las circunstancias.

Habia la asamblea abolido los parlamentos, instituido los ju-

(*) 31 de agosto.

rados y quitado los gremios, é iba à disponer un nuevo derrame de asignados. Ofrecian los bienes del clero un inmenso capital; y haciéndolo de continuo disponible los billetes, era muy natural que los usase. Cuantas objeciones quedaban ya hechas se renovaban ahora con mayor violencia, y hasta el mismo obispo de Autun sobresalió en la oposicion, previendo con perspicacia los resultados para la hacienda de esta providencia (*).

Mirabeau, ciñéndose à los resultados políticos, insistió tenaz y victoriosamente. Decretáronse ochocientos millones de asignados, y se acordó por esta vez que serian sin interés. Era en efecto escusado el señalar rédito à una moneda; que se practique este arbitrio con un documento estancado en manos del poseedor, es justísimo; mas para un valor que solo se realiza forzosamente, es un yerro que no quiso segundar la asamblea. Opúsose Necker à esta nueva fabricacion, y envió una memoria que no se escuchó, pues el tiempo habia cambiado en estremo para él, no siendo ya aquel ministro en cuya permanencia cifraba el pueblo un año antes su dicha. Sin privanza con el rey, indispuesto con sus compañeros, escepto Montmorin, desatendido por la asamblea, no le merecia ya los miramientos que pudiera esperar, y su torpeza consistia en creer que la razon acude à todo, y que en esponiéndola atinada y afectuosamente no podia menos de triunfar contra la terquedad de los aristócratas y la exasperacion de los patriotas. Atesoraba aquel despejo aquijotado que ataja y zahiere las pasiones en sus desbarros, mas carecia de aquel señorío sencillo, que no solo reprende sino que acompaña; y asaltado de tantos embates, las atraia sin enfrenarlas. Desamparado de sus íntimos Mounier y Lally, quedó reducido à su inservible Malouet. Habia lastimado à la asamblea, molestándola de continuo y amargamente con el afan mas arduo, cual es el de la hacienda, ridiculizándose à sí mismo por el modo con que solia hablar de sí; y así fué grata su dimision à todos los partidos (**). Detuviéronle el carruaje à la salida del reino los mismos que acababan de tirarlo en triunfo, y hubo que implorar una órden de la asamblea para franquearle el paso. Llegado el permiso, se retiró à Coppet, para otear de lejos aquella revolucion que no habia acertado à dirijir.

El ministerio quedaba reducido à la nonada del rey mismo, ó

(*) Véase la nota 18 al fin del tomo último.

(**) Necker se despidió el 4 de setiembre.

se engolfaba cuando mas en algunas tramas rastreras é infructuosas. Saint-Priest se correspondia con los emigrados; Latour-du-Pin se avenia à las voluntariedades de los jefes militares; Montmorin merecia el aprecio, mas no la intimidad de la corte, que lo empleaba en amaños con los caudillos populares, con los cuales lo hermanaba su moderacion. Todos ellos fueron delatados con motivo de nuevos apandillamientos. «Yo tambien, esclamó Cazales, los delatara si tuviese visos de pundonor el acusar à entes tan baladíes; capitularia al ministro de hacienda por no haber desengañado à la asamblea acerca de los verdaderos recursos del estado, y por no haber encarrilado una revolucion que él mismo habia puesto en el disparador; procesaria al ministro de la guerra por haber dejado desorganizar el ejército; al ministro de la justicia por no haber hecho acatar las órdenes del rey, y en fin, à todos por su negadez y los torpes consejos que han dado à su amo.» La inaccion es criminal para todos los partidos, que intentan siempre llevar adelante su empuje, y asi el lado derecho acriminaba tambien à los ministros, no por sus operaciones, sino por su desidia. Sin embargo Cazales y los suyos, por mas que los capitulasen, se oponian à que se pidiese al rey su despido, porque miraban este intento como una quiebra de la prerogativa real. En medio de tanto miramiento, fueron haciendo su dimision, escepto Montmorin. Duport de Tertre, mero abogado, ascendió à guarda-sellos. Duportail, insinuado al rey por Lafayette, sucedió en la guerra à Latour-du-Pin, y se manifestó mas propenso al partido popular. Una de sus disposiciones fué estrechar à Bouillé en su mando, privándole de su empeño en andar desalojando la tropa à su albedrío, práctica, como se ha visto, ideada con el fin de atajar intimidades de la soldadesca con el pueblo.

Habia el rey estudiado con ahinco la historia de la revolucion inglesa, y la suerte de Carlos I se le habia internado en el ánimo, batallando de continuo con barruntos lastimosos, y clavándose en la guerra civil, causadora de su sentencia. De allí venia el horrorizarle en tan gran manera todo derramamiento de sangre, y el haberse aferrado siempre en su oposicion à todo intento de fuga, propuesto por la reina y la corte.

En el estío de 1790, pasado en San Cloud, en su mano tuvo el ponerse en salvo, pero jamás quiso dar oidos à tal designio, y los amantes de la constitucion lo resistian igualmente como acar-

reador de la guerra civil; pero lo anhelaban los aristócratas, porque, desviado el rey de la asamblea, lo esclavizarian à su albedrío. Ya se estaban viendo acaudillar à los estranjeros, sin hacerse cargo de que todo advenedizo deja à los demas en su zaga. Acompañaban tal vez à los aristócratas algunos mancebillos acalorados, quienes iban ya soñando con república, en medio de no haberse pensado en ella, ni nombrádola siquiera, sino por la reina en sus arrebatos contra Lafayette y contra la asamblea, à la cual tildaba de su ansiosa fundadora. Lafayette, caudillo del ejército constitucional y de todos los amigos entrañables de la libertad, resguardaba desveladamente al monarca. Estas dos especies, desvío del rey y guerra civil, se hermanaban tanto en los ánimos desde el arranque de la revolucion, que se consideraba aquella partida como lo sumo de la desventura.

Sin embargo, la salida del ministerio, que, si no merecia la confianza de Luis XVI, era à lo menos parto suyo, lo exasperó contra la asamblea, y le hizo recelar el vuelco total de la potestad ejecutiva, y los nuevos debates relijiosos que la mala fe del clero ocasionó con motivo de su constitucion civil, asustaron su conciencia timorata, en términos que se aferró ya en su fuga. Participó su intento à fines de 1790 à Bouillé, quien se opuso al pronto, y se avino luego, para no hacer su afecto sospechoso al monarca desventurado; Mirabeau por su parte habia ideado un plan en apoyo de la monarquía. En su correspondencia incesante con Montmorin, no habia formalizado sistema alguno, por cuanto la corte, indecisa entre emigrados, estranjeros y nacionales, nada queria declaradamente, y de todos los rumbos, el que mas se le oponia, era el que la avasallase à un árbitro tan entrañablemente constitucional como Mirabeau. Allanóse todo sin embargo por entonces, y se comprometieron à todo con el logro de cuantos recursos se ponian desde luego à su disposicion. Talon, teniente civil en el Chatelet, y Laporte, recien llamado por el rey para administrar la lista civil, tuvieron órden de tratarlo y de avenirse con él para el desempeño de sus planes. Mirabeau desestimaba la nueva constitucion, como sobrado democrática para una monarquía, y luego para república tenia un rey de mas. Hecho cargo del desenfreno popular, siempre mas disparado, con especialidad en Paris, se empeñó en atajarlo; pero allí, al vaiven de la muchedumbre y de una asamblea todo poderosa, ningun arrojo era asequible, y así

no le ocurrió mas arbitrio que el de trasladar el rey de Paris à Lyon, donde Luis XVI podria esplicarse, y espresar esforzadamente los motivos que le hacian la nueva constitucion inadmisible, ofreciendo otra flamante, y convocando al golpe la correspondiente lejislatura. Conferenciando Mirabeau por escrito con los vocales mas populares, habia mañosamente logrado recabarles la desaprobacion de cierto artículo de la constitucion actual, y así juntando estos diversos pareceres, resultaba la constitucion desechada por sus mismos autores (*). Queria pues incorporarlos con el manifiesto del rey para afianzar su resultado, y hacer mas palpable la urjencia de una constitucion nueva. No constan todos los arbitrios ideados al intento, solo sí que por la policía de Talon se habian ajenciado folletistas y oradores de cuadrilla y de asonada, y que por su correspondencia inmensa debia afianzarse treinta y seis departamentos del mediodía, y aunque contaba con el arrimo de Bouillé, no gustaba de rendirse à sus órdenes. Mientras acampaba Bouillé en Montmedy, queria que el rey permaneciese en Lyon, alternando él, segun las circunstancias, entre Lyon y Paris. Un príncipe estranjero, amigo de Mirabeau, sin noticia de este, se avistó con Bouillé, de parte del rey, y le franqueó el proyecto (**). Bouillé, enamorado del númen de Mirabeau, quien no se acordaba de Montmedy, à donde el rey se encaminó luego, dijo que era forzoso echar el resto para afianzar aquel sujeto, estando pronto à cooperar en cuanto cupiese en él. Estaba Lafayette ajeno de tanto aparato, y aunque entrañablemente afecto à la persona del rey, no mereciendo privanza en la corte, y encelando por otra parte à Mirabeau, que no gustaba de compañeros tan esclarecidos, no podia adoptar un plan tan arrojado y tan ilegal. Como quiera, Mirabeau quiso ser único ejecutor de su pensamiento, y lo fué con efecto disponiendo à solas en el invierno de 1790 à 1791. Ignórase su éxito, pero es innegable que, sin arrollar el raudal revolucionario, lo desviara al menos de su cauce, y sin variar el resultado inevitable de tan disparada revolucion, no podia menos de modificar los acontecimientos con su poderoso contraste. Hay que saber tambien, si aun logrando avasallar el partido

(*) Véase la nota 19 al fin del tomo último.

(**) Bouillé, en sus Memorias, da á entender que se le apersonaron al intento de parte del rey y de Mirabeau; pero se equivoca. Mirabeau ignoraba este amaño ambidestro; y no trataba de ponerse en manos de Bouille.

plebeyo, lo hubiera conseguido igualmente con la corte y la aristocracia. Poníale uno de sus amigos este reparo. «Me lo han prometido todo, le dijo Mirabeau— ¿Y si no lo cumplen? —Sino cumplen, los anonadaré en república.»

Habíanse decretado los principales artículos de la constitucion civil, como el nuevo deslindamiento de los obispados y la eleccion de todos los empleados eclesiásticos. El rey se habia remitido al papa, quien contestándole en términos, ya desabridos, ya paternales, apelaba por su parte al clero de Francia. Este asiendo la ocasion por su guedeja, alegó que zozobraba lo espiritual con las disposiciones de la asamblea. Al mismo tiempo derramó pastorales, declaró que los obispos cesantes no se retirarian de sus sedes, sino violentados y forzados, que alquilarian casas y seguirian desempeñando sus funciones apostólicas, y que sus feligreses lejítimos no debian entenderse sino con ellos. Tramaba el clero en la Vendea y en ciertos departamentos del mediodía, mancomunados con los emigrados, y se habia formado un campamento confederado en Jallez (*), donde, so color de confederacion, los supuestos hermanos trataban de plantear un centro de oposicion à las disposiciones de la asamblea. Ensañóse el partido popular con estas asechanzas, y à impulsos de su poderío, desengañado de tanta moderacion, resolvió acudir à un medio decisivo. Ya se han visto los motivos que habian inclinado al establecimiento de la constitucion civil, parto de los cristianos mas acendrados de la asamblea, quienes, desazonados con tan injusta resistencia, resolvieron arrollarla.

Sabido es que habia un decreto obligando à todos los empleados à jurar la constitucion. En tratándose del juramento cívico, el clero habia querido siempre diferenciar la constitucion política de la eclesiástica, y se pasaba de largo; pero ahora la asamblea acordó exijir de los clérigos un juramento riguroso, que los pusiese en la alternativa de prestarlo ú retirarse, desempeñando fielmente sus funciones en el primer caso. Esmeróse en declarar que no era su ánimo violentar las conciencias, que se conformaria con el desvío de cuantos, conceptuando à la relijion zozobrante con las nuevas leyes, no se aviniesen al juramento, pero que necesitaba conocerlos para no agraciarlos con los obispados nuevos, siendo en esto sus pretensiones candorosas y justificadas. Añadia à su decreto que cuantos se desentendieren de jurar quedarian privados de funcio-

(*) Este campamento se habia formado en los primeros dias de setiembre.

nes y de situado, y además, para dar ejemplo, todos los eclesiásticos que eran diputados debian prestar juramento en la misma asamblea á los ocho dias de la sancion del decreto.

Opúsose el lado derecho; Maury se disparó con todo su ímpetu; echó el resto para que le interrumpieran, y tener entonces campo para quejarse. El presidente Alejandro Lameth se aferró en que permaneciese en la tribuna, y le defraudó de la complacencia de verse arrojado; pero Mirabeau, mas elocuente que nunca, sinceró á la asamblea: « ¡Vosotros, esclamó, perseguidores de la relijion! ¡Vosotros que le habeis tributado tan esclarecido y afectuoso acatamiento en el mas espléndido decreto! ¡Vosotros que dedicais á su culto un desembolso, que vuestra cordura y vuestra justificacion os inclinaban á economizar! ¡Vosotros que habeis tenido cuenta con ella en la division territorial, y que deslindais los departamentos con el árbol sacrosanto de la cruz! ¡Vosotros, en fin, sabedores de que Dios es tan necesario al hombre como la libertad!»

Decretó la asamblea el juramento (*); y el rey lo remitió en seguida á Roma. El arzobispo de Aix, que habia impugnado al pronto la constitucion civil, hecho cargo de la urjencia de una pacificacion, se estrechó con el rey y con algunos compañeros de los mas moderados para ajenciar el beneplácito del pontífice. Los emigrados de Turin, y los obispos opuestos á Francia, escribieron encontradamente á Roma, y el papa, con varios pretestos, dilató la contestacion. Enconada la asamblea con esta demora, se aferró en la sancion del rey, quien, con ánimo de avenirse, accedia sin embargo á los ardides vulgares de la flaqueza; pero luego sobreviniendo una conmocion, se allanó ansioso á este paso. Sancionado el decreto, procedió la asamblea á la ejecucion, precisando á sus individuos eclesiásticos á que jurasen allí mismo. Hombres y mujeres, hasta entonces ajenos de toda relijiosidad, tomaron á su cargo la resistencia de los eclesiásticos por medio de alborotos (**). Juraron algunos obispos y párrocos, pero los mas lo rechazaron, aparentando moderacion y cariño á sus principios. La asamblea sin embargo llevó adelante el nombramiento de nuevos obispos y curas, desempeñando plenamente los encargados su ministerio. Los eclesiásticos antiguos tuvieron á su arbitrio el ejercitar su culto separadamente, y los reconocidos por el estado se aposentaron en

(*) Decreto del 27 de noviembre.
(**) Véase la nota 20 al fin del tomo último.

sus iglesias. Los desavenidos alquilaron en Paris la iglesia de los Teatinos, para dedicarse à sus ejercicios, y lo consintió la asamblea, resguardándolos la guardia nacional contra las iras populares que à veces les alteraban el sosiego.

Hase tachado à la asamblea de haber ocasionado este cisma, y añadido una causa à las desavenencias que se estaban ya padeciendo: pero en cuanto à sus derechos, es innegable para todo ánimo despreocupado que la asamblea no los propasaba entendiendo en las temporalidades de la iglesia; y en cuanto à máximas de cordura, se puede asegurar que no aumentaba su conflicto, pues con efecto, la corte, la nobleza y el clero habian perdido bastante, y harto se habia granjeado el pueblo, para que mediase irreconciliable enemistad, y para que la revolucion siguiera sin la intervencion del nuevo cisma. Por otra parte, al arrasar abusos, ¿podia la asamblea avenirse à la antigua organizacion eclesiástica? ¿Podia tolerar que unos haraganes viviesen regaladamente, y que los pastores afanados careciesen de lo mas preciso?

CAPITULO VI.

Progresos de la emigracion. El pueblo sublevado embiste la mazmorra de Vincennes. Conspiracion de los «Caballeros del puñal». Discusion sobre la ley de los emigrados. Muerte de Mirabeau. Tramas contra-revolucionarias. Fuga del rey con su familia; es detenido en Varennes y traido á Paris. Animos de las potencias estranjeras; preparativos de los emigrados. Declaracion de Pilnitz. Proclamacion de la ley marcial en el Campo de Marte. El rey acepta la constitucion. Terminacion de la asamblea constituyente.

La lid empeñada y postrera entre el partido nacional y la clase privilejiada del clero, cuyas principales circunstancias acabamos de referir, paró en desavenirlo todo. Mientras el clero revolvia las provincias de poniente y mediodía, entablaban los emigrados de Turin sus tentativas, pero inutilizábanlas su desvalimiento y desconcierto. Intentóse una conspiracion en Lyon, anunciando la llegada de los príncipes con un reparto cuantioso de finezas, prometiendo encumbrar el pueblo á capital del reino, en vez de Paris, desmerecedora de la corte. Enterado estaba el rey de estos amaños, y sin prever ni quizás anhelar su éxito, dando por desahuciado el avasallamiento de la aristocracia victoriosa, echó el resto por atajarla. Descubrióse la conspiracion á fines de 1790, y sus principales ajentes cayeron en manos de los tribunales; desman que arrolló la emigracion de Turin á Coblenza, y se fué estableciendo por el electorado de Tréveris, allanándolo de remate. Ya se ha visto que los individuos de la nobleza fujitiva se dividian en dos partidos; los unos, palaciegos empapados en privanza, apetecian por arrimo la nobleza de provincia, mas no para que terciase en su influjo, y así acudian únicamente á los estranjeros; al paso que los otros, atenidos á sus aceros, querian, atizando el fanatismo, sublevar las provincias del mediodía. Prevalecieron aquellos, y acudieron á Coblenza por la raya del norte para esperar las potencias. Por mas que los lidiadores meridionales se aferraron en auxiliarse con el Piamon-

te, la Suiza y la España, aliados fieles y desinteresados, pidiendo que les dejase en la inmediacion un caudillo, nunca accedió la aristocracia capitaneada por Calonne. No habia variado la aristocracia al salir de Francia; fatua, altanera, inhábil y profusa en Clobenza, como en Versalles, descolló mas en vicios con los apuros del destierro y de la guerra civil. Han de ser «aplebeyadas» vuestras patentes, decia à aquellos hombres denodados que se brindaban à pelear en el mediodía, y que preguntaban bajo qué dictado habian de servir (*). Quedaron en Turin ajentes subalternos mutuamente envidiosos y dañinos, que atajaban los vuelcos à toda tentativa acertada. El príncipe de Condé, que atesoraba la gallardía de su alcurnia, no disfrutaba privanza con gran parte de la nobleza, y se colocó por el Rin con cuantos al par no gustaban de tramas sino de refriegas.

La emigracion iba siempre à mas, y las carreteras aparecian cuajadas de nobleza, que aparentaba cumplir con una obligacion sagrada, desalándose en ir à tomar las armas contra su patria. Hasta las mujeres conceptuaban deberse manifestar horrorizadas con la revolucion, huyendo de Francia. En una nacion donde todo se hace por arrollamiento, se emigraba por gracejo, despidiéndose à medias, como que el viaje habia de ser breve y el regreso inmediato. Los revolucionarios de Holanda, con la traicion de su jeneral y el desamparo por sus aliados, habian amainado en pocos dias; casi otro tanto hicieron los de Brabante; por tanto, segun los necios emigrados, la revolucion francesa iba à quedar avasallada en una campaña brevísima, y el poder absoluto à campear sobre la Francia esclavizada.

La asamblea, airada mas que asustada con su engreimiento, habia propuesto ciertas disposiciones que siempre se habian ido dilatando. Las tias del rey, sintiendo comprometida su conciencia en Paris, conceptuaron afianzar su salvacion junto al papa. Salieron para Roma, y fueron detenidas en el camino por el ayuntamiento de Arnay le-Duc (**). Acudió luego el pueblo en busca de Monsieur, que se suponia en vísperas de marcharse, pero salió al punto, y ofreció no desamparar al rey. Sosegóse la concurrencia, y la asamblea puso en deliberacion la partida de Madamas: dilatábase el término, cuando Menou lo halló con un chiste: «La Eu-

*) Véase la nota 21 al fin del tomo último.
(**) Pusieronse en camino el 19 de febrero de 1791.

ropa quedará harto admirada cuando sepa que una asamblea grandiosa dedica largos dias à decidir si dos viejas han de oir misa en Paris ó en Roma.» La comision de constitucion quedó sin embargo encargada de presentar una ley sobre la residencia de los empleados públicos y sobre la emigracion. Adoptóse el decreto tras reñidas discusiones, obligando à los empleados à residir en sus destinos, y el rey, como el primero de todos, debia permanecer junto al cuerpo lejislativo en la temporada de la lejislatura para nunca salir del reino, y quebrantada la ley, cesaban todos los empleados. Pidióse otro decreto à la comision sobre los emigrados.

Entretanto el rey, haciéndosele ya insufrible su estrechez y el desmoronamiento de poderío que le estaba imponiendo la asamblea, y escrupulizando ante todo los decretos contra los clérigos, estaba resuelto à la fuga. Empleóse el invierno entero en preparativos, y estimulando el empeño de Mirabeau, le ofrecian potosíes, si lograba libertar la familia real, y él por su parte llevaba adelante su plan con sumo ahinco. Acababa Lafayette de estrellarse con los Lameths, à quienes parecia un paniaguado de la corte, y no cabiendo tachar su pundonor, como el de Mirabeau, las habian con sus alcances, notándole de dejarse engañar. Los émulos de los Lameths los tildaban de celosos con la potestad militar de Lafayette, al par que envidiaban la oratoria descollante de Mirabeau. Hermanáronse ó aparentaron unirse con los amigos del duque de Orleans, y se divulgó que le ajenciaban al uno el mando de la guardia nacional, pues era Cárlos Lameth, segun decian, quien aspiraba à obtenerlo, à cuya ambicion se achacó luego el sinnúmero de estorbos que anduvieron atravesando despues à Lafayette.

El 28 de febrero, el pueblo, à impulsos, dicen, del duque de Orleans, se arrojó sobre las mazmorras de Vincennes, que el ayuntamiento destinaba para los presos hacinados en las cárceles de Paris. Atacaron el castillo como otra Bastilla, pero acudiendo à tiempo Lafayette, dispersó el arrabal de San Antonio capitaneado por Santerre para esta espedicion. Mientras restablecia el órden por aquella parte de Paris, fraguábansele otros empeños en las Tuilerías. Al eco de un alboroto, algunos centenares de la jente de Palacio habian acudido con armas ocultas, como cuchillos de caza y puñales. La guardia nacional, estrañando aquel agolpamiento, entró en aprension, y desarmó y malparó á algunos de ellos. Aparecióse Lafayette, hizo evacuar el Palacio y

se apoderó de las armas. Corrió al punto la voz de que se habian descubierto asesinos, que luego por el arma se apellidaron «caballeros del puñal.» Protestaron que solo habian acudido à resguardar al rey amagado de asechanzas. Se les tildó de habérselo querido llevar, y, como siempre, el paradero fué calumniarse recíprocamente; pero aquí descolló la situacion de Lafayette, pues entre el vaiven de los partidos encontrados y manifiestos, se echó de ver que al par escudaba al rey y à la constitucion. Su victoria sobre entrambos partidos realzó su poderío, su popularidad y el encono de sus émulos. Mirabeau, que delinquia en aumentar los recelos de la corte para con él, dió à esta conducta los visos de refinada hipocresía, pues socolor de moderacion y de guerra à todos los partidos, llevaba el rumbo de la verdadera usurpacion. Tiznaba, à impulsos de su enojo, à los Lameths, como malvados y delincuentes, íntimos de Orleans, y encabezando un partidillo de treinta secuaces en la asamblea. El lado derecho se dió por imposibilitado, y allá se rezagó sobre los trescientos ó cuatrocientos miembros independientes y propensos siempre à decidir por momentos, segun los impresionaban las razones ó la elocuencia.

Estribaba este cuadro en el tino de aquilatar la pujanza respectiva de los partidos y en su dictámen sobre los medios de acaudillar la asamblea, pues la señoreaba en efecto, arrollando à cuantos no estaban ya comprometidos. Esplayaba aquel mismo dia, 28 de febrero, su imperio por despedida, pregonando su encono con los Lameths, y ahincaba sobre ellos su incontrastable poderío.

Iba à ventilarse la ley sobre los emigrados, presentada por Chapelier en nombre de la comision. Terciaba, decia, en la indignacion jeneral contra los desamparadores de su patria, pero declaraba que tras muchos dias de reflexiones, habia palpado con sus compañeros la imposibilidad de redondear una ley sobre la emigracion. Era en efecto muy arduo el establecerla, pues habia antes que dar por sentado que hay realmente derecho para clavar el hombre à su suelo. Habíalo sin duda, requiriéndolo la salvacion de la patria, pero era forzoso ir deslindando los motivos de los viandantes, lo que rayaba en inquisicion; habia que diferenciar la cualidad de francés ó de estranjero, de emigrado ó de mero comerciante, y así la ley se hacia muy ardua, ó mas

bien imposible. Habíala sin embargo estendido la comision en obedecimiento de la asamblea, añadiendo Chapelier que iba à leerla, advirtiendo de antemano que hollaba todos los principios. —Léase..... no se lea..... vocean por todas partes.—Un sinnúmero de diputados piden el habla, y entre ellos Mirabeau, que la consigue, y lo que es mas, impone silencio. Lee una carta elocuentísima, escrita mucho tiempo antes à Federico-Guillermo, en la cual abogaba por el ensanche de la emigracion, uno de los derechos mas sagrados del hombre, que no echando raices en la tierra, solo por la dicha podia pegarse à ella. Mirabeau quizás por complacer à la corte, y ante todo por convencimiento, rechazaba como tiránica toda disposicion que atajase la libertad de ir y venir por donde quiera. Abusábase de ella por entonces innegablemente, pero la asamblea, al arrimo de su poderío, habia disimulado tantos escesos de la imprenta contra ella misma, habia padecido tantas necias tentativas, y las habia tan triunfadoramente anonadado por medio de su menosprecio, que cabia el aconsejarle que se aferrase en su sistema. Merece aplausos Mirabeau en cuanto à su opinion, pero se insiste en el empeño de oir la minuta de la ley. Léela Chapelier, cuyo proyecto se reduce à que, en mediando turbulencias, se instituya una comision dictadora, compuesta de tres individuos, quienes à su albedrío señalarán por sus propios nombres los sujetos que serán dueños de jirar dentro ú fuera del reino. A ironía tan sajadora que pregonaba la imposibilidad de tal ley, se prorumpe en susurros.—Esos susurros me desahogan, esclama Mirabeau, vuestros corazones laten al compás del mio, y me conceptúo descargado de todo juramento respecto de cuantos incurran en el desdoro de avenirse à una comision dictadora.—Dispáranse alaridos del lado izquierdo.—Sí, repite, juro..... Interrúmpenle de nuevo.....—Esa popularidad, reinsiste con voz tronadora, que codicié y he disfrutado como uno de tantos, no se reduce à una cañita endeble; la hincaré en las entrañas de la tierra..... y haré que brote en los pensiles de la justicia y de la razon.....—Hierven aplausos, y sigue el orador:—Juro que si se vota una ley sobre la emigracion, juro desobedeceros.

Baja de la tribuna con el asombro de la asamblea y el pavor de sus enemigos; espláyase sin embargo la discusion, queriendo unos que se emplace, para tener ensanche y acabalar la ley, y

otros que se declare al golpe no haber lugar à ella, à fin de sosegar al pueblo y sacarlo de zozobras. Susurran, alborotan, vitorean, y Mirabeau pide todavía el habla con imperio.....—¿Cuáles son, esclamó Mr. Goupil, las credenciales de esa dictadura que está aquí ostentando Mr. Mirabeau?—Abalánzase este, sin oirle, à la tribuna.—No he concedido el habla, dice el presidente, decida la asamblea.—Sin mediar decision, oye la asamblea. —Suplico à mis interrumpidores, dice Mirabeau, tengan presente que mi vida ha sido una refriega incesante con el despotismo, y le asestaré ejecutivamente mi batería donde quiera que asome.— Y al ir articulando estas voces, va tendiendo sus miradas à diestro y siniestro. Vitoréanle y sigue :—Encargo à Mr. Goupil recuerde su equivocacion suma sobre un Catilina, cuya dictadura le está ahora estremeciendo (*); y suplico à la asamblea advierta que el punto del emplazamiento, con toda su sencillez aparente, abarca otros, como, por ejemplo, el de una ley entre manos.— Suenan susurros nuevos à la izquierda.—Silencio, esas treinta voces, clavando sus miradas en el sitio de Barnave y de los Lameths.—En fin, si se empeñan, añade, allá va mi voto por el emplazamiento, con tal de que se decrete, que desde aquí hasta su plazo no ha de haber alboroto.—Dispárase en raudal el palmoteo; prevalece sin embargo el emplazamiento, pero con mayoría escasísima y disputable.

Mirabeau en este trance arrolló principalmente por su denuedo, y quizás nunca habia avasallado tan irresistiblemente à la asamblea, pero asomaba su fin, y este era su triunfo postrimero. Barruntos mortales empañaban y atajaban à veces el vuelo à sus proyectos esclarecidos. Su conciencia estaba bonancible al par del aprecio público, en el cual estaba viendo que si no habia aun afanado harto para la salvacion del estado, resplandecian ya à lo lejos los blasones de su gloria. Macilento y ojihundido, aparecia demudado todo en la tribuna, adoleciendo à ratos de parasismos repentinos. Escesos en deleites y en afanes habian tempranamente desgastado su robustez, y los baños de sublimado le hacian verdear el semblante con visos venenosos. Estaba la corte sobresaltada, asombrados los partidos, y antes del fallecimiento, escudriñábase ya su causa. Tomó el habla por despedida, en

(*) Mr. Goupil, aferrado en otro tiempo tras Mirabeau, habia esclamado con el lado derecho, «¡Catilina está á las puertas!»

cinco arranques, quedó destroncado, y desapareció para siempre; pues recibióle el lecho mortal, para empozarlo en el Panteon. Se aferró con Cabanis en prescindir de facultativos; acudieron sin embargo, y se apersonaron con la muerte que se habia ya apoderado de sus plantas; fué la postrera la cabeza, como si la naturaleza se hubiese empeñado en que centellease su númen hasta el último trance. Un jentío inmenso se agolpaba à su morada, y estaba atajando mudamente todos sus embocaderos. Enviaba la corte recados y mas recados, y los partes de su enfermedad corrian de boca en boca para derramar en torno el quebranto con los recrecimientos de su achaque. Desfogaba en el regazo de los amigos su pesadumbre por la interrupcion de sus afanes venideros, con algun engreimiento de los pasados.—Ten, decia á su criado, esta cabeza, la mas pujante de la Francia.—Movióle el ahinco del pueblo, y la visita de su contrario Barnave, en nombre de los jacobinos, le causó una conmocion placentera. Acordóse todavía de los negocios públicos, y teniendo que tratar la asamblea del derecho de testar, llamó à Mr. Talleyrand, y entregándole un discursillo que acababa de rasguear, le dijo :—«Será muy chistoso el oir hablar contra los testamentos à un muerto que acaba de hacer el suyo;» pues la corte se habia empeñado en que lo hiciera, comprometiéndose à cumplir todas las mandas. Tendiendo sus miradas por la Europa, y adivinando los ánimos de Inglaterra: «Ese Pitt, dijo, es el ministro de los preparativos, gobierna amagando, pero yo le daria en que entender si viviese.» Acudió el párroco à ofrecerse, pero agradeciéndole atentamente su agasajo, le dijo, sonriéndose, que lo aceptaria entrañablemente, si no albergase en su propia morada à su superior el obispo de Autun. Hizo luego abrir las ventanas.—«Hoy muero, amigo del alma, dijo à Cabanis; vengan perfumes, guirnaldas y música para adormecerme apaciblemente en sempiterno sueño.» Agudísimos dolores solian interrumpir estas pláticas, tan sosegadas y gallardas.—«Me habiais prometido, dijo à sus amigos, el guarecerme de estos martirios infructuosos;» y pide luego opio con ahinco, y viéndoles reacios, se dispara con su ímpetu nativo. Aparentan complacerle, y le administran una bebida indiferente; la sorbe con ansia creyéndola mortal, y se alivia. Espira luego, dos de abril de 1791, y la noticia vuela por la corte, el pueblo y la asamblea. Todos los partidos esperanzaban en él, y todos,

escepto los envidiosos, quedan traspasados de quebranto. Suspende la asamblea sus tareas, dispone luto jeneral y magníficas exequias. Se piden algunos diputados: «Allá vamos todos, prorumpen, y la iglesia de santa Jenoveva se convierte en Panteon, con el rótulo siguiente que ya no existe en este punto.

A LOS HOMBRES GRANDES LA PATRIA AGRADECIDA (*).

Mirabeau fué el primero que yació junto à Descartes. Celebróse el dia siguiente su funeral, acompañado de todas las autoridades, el departamento, las sociedades populares, el ayuntamiento, la asamblea y la tropa, y así alcanzaba un mero orador mas honores que cuantos féretros ostentosos solian ir antiguamente à San Dionisio. Así finó aquel varon estraordinario, que tras su denodado embate y esclarecido triunfo contra las alcurnias eminentes, se arrojó à batallar contra las nuevas sus compañeras, atajarlas à su voz y complacerlas al refrenarlas; aquel hombre en fin, cuyo entendimiento peregrino despejó el sendero del acierto, sin que lo descaminasen dádivas cebadoras de sus apetitos, y que logró el timbre sin par, de que mientras tantos caudillos populares se ahitaron de prepotencia, le acompañase la suya al sepulcro. Pero, ¿hubiera infundido resignacion en los corazones palaciegos, y moderacion en los pechos ambiciosos? ¿Hubiera dicho à aquellos tribunos plebeyos que se desalaban tras su vez de encumbrarse: «Alto, y à vuestros lóbregos arrabales»? ¿Hubiera dicho à Danton, el Mirabeau del populacho: «Detente en esa seccion y no subas mas»? No se sabe, pero en el punto de su fallecimiento, abalanzábanse à sus manos y estribaban en él los anhelos todos. Se le echó menos largo tiempo, y en el vaiven de las contiendas, clavábanse las miradas en su asiento, como invocando à quien las zanjaba con un vocablo arrollador. «Ya no está aquí Mirabeau, esclamó un dia Maury al subir à la tribuna, y nadie me ha de atajar el habla.»

Postró la muerte de Mirabeau el ánimo de la corte, y nuevos acontecimientos se agolparon para atropellar su fuga. El 18 de abril, el rey quiso ir à San-Cloud, y corriendo la voz de que, por no cumplir la Pascua con un clérigo juramentado, trataba de pa-

(*) La revolucion de 1830 ha restablecido esta inscripcion, restituyendo este monumento al destino que le dió la asamblea nacional.

sar allá la semana santa, y afirmando otros que su ánimo era huir, júntase el pueblo al instante y detiene los caballos. Acude al vuelo Lafayette, y le ruega que permanezca en el carruaje; apéase sin embargo, sin avenirse à ninguna tentativa, ateniéndose à su política ya inveterada de no aparecer libre. Vase con el parecer de los ministros à la asamblea para querellarse del ultraje que acaba de padecer. Recíbesele con el agasajo acostumbrado, ofreciéndole echar siempre el resto para afianzar su libertad, y sale vitoreado por todas partes, escepto por el lado derecho. El 23 de abril, por impulso ajeno, hace escribir por Mr. Montmorin una carta à los embajadores estranjeros, desmintiendo los intentos que se le suponen fuera de Francia, y declarando que ha jurado la constitucion para guardarla, y pregona enemigos à cuantos se arrojan á insinuar lo contrario. Las espresiones de la carta eran adrede encarecidas, para darle visos de fortaleza, como lo manifestó el rey mismo al enviado de Leopoldo, quien andaba por Italia y se hallaba à la sazon en Mantua, donde Calonne traia con él sus negociaciones. Vino de Mantua un enviado, Mr. Alejandro de Durfort, para cerciorarse del ánimo de los reyes, y preguntándoles acerca de la carta, respondieron que su tenor estaba retratando la violencia, y en cuanto à sus esperanzas, las dieron por muertas con Mirabeau, y en fin, acerca de su voluntad con el conde de Artois, la demostraron siempre fina.

Para enterarse del fundamento de estas preguntas, hay que saber cuán enemigo era el baron de Breteuil del ministro Calonne, y que el encono, lejos de amainar con la emigracion, revestido aquel por Luis XVI de plenos poderes para la corte de Viena (*), contrarestaba todos los pasos de los príncipes. Aseguró à Leopoldo que el rey no apetecia verse en salvo por los emigrados, por cuanto temia sus requerimientos, y que la reina estaba personalmente indispuesta con el conde de Artois, y para el rescate del solio proponia siempre lo contrario que Calonne, y así se esmeró en estrellar la nueva negociacion. Volvió el conde Durfort à Mantua, y el 20 de mayo de 1791, prometió Leopoldo hacer marchar treinta y cinco mil hombres à Flándes, y quince mil à la Alsacia, anunciando que igual número de Suizos debia ir sobre Lyon, otros tantos Piamonteses al Delfinado, y que la España juntaria veinte mil hombres, prometiendo además la cooperacion del rey de Prusia y

(*) Véase sobre esto á Bertrand de Molleville.

la neutralidad de la Inglaterra. Debia tambien firmarse una protesta, en nombre de la casa de Borbon, por los reyes de España y de Nápoles, por el infante de Parma y por los príncipes espatriados, todo bajo el sijilo mas recóndito hasta su tiempo. Encargábase tambien à Luis XVI no alejarse, por mas que manifestase anhelarlo, mientras Breteuil, al contrario, aconsejaba al rey que se marchase. Cabe que los consejos fuesen por una y otra parte entrañables, pero se deja advertir que cada cual procedia à impulsos de su propio interés. Breteuil, que trataba de frustrar la negociacion de Calonne en Mantua, aconsejaba la partida, y Calonne, que espiraba, asomando Luis XVI à la raya, le inclinaba à permanecer. Como quiera, el rey se arrestó à marchar, y solia decir con enfado: « Breteuil es quien lo ha dispuesto (*) », y escribió à Bouillé que no dilataba ya mas su resolucion. No era su ánimo salir del reino, sino retirarse à Montmedy, de donde podia, en su caso arrimarse à Luxemburgo y recibir los auxilios estranjeros. Prefirióse, contra el dictámen de Bouillé, el rumbo de Chalons por Clermont y Varennes, y quedaron corrientes las disposiciones para el 20 de junio. Juntó el jeneral las tropas de su mayor confianza, preparó un campamento en Montmedy, acopió forrajes, y pretestó para estas novedades los movimientos que iba viendo en la raya. Encargóse la reina del avío desde Paris hasta Chalons, y Bouillé desde allí hasta Montmedy. Partidas de caballería, socolor de escoltar una conducta, debian acudir à diversos puntos para recibir al rey en sus tránsitos, y Bouillé en persona trataba de adelantarse hasta cierta distancia. Habíase la reina asegurado de una puertecilla escusada para salir del palacio, y toda la familia real debia viajar bajo un nombre estranjero y con pasaporte finjido. Dispuesto ya todo para el 20, sobrevino un recelo que dilató la partida para el 21, demora muy aciaga para los desventurados. Lafayette, y aun Montmorin, íntimo de la corte, ignoraban totalmente el intento, reduciéndose la confidencia à las personas indispensables para la ejecucion. Corrieron sin embargo algunas hablillas, ya que se hubiera traslucido el proyecto, ya que fuera alguno de los rumores tan frecuentes à la sazon; pero como quiera, la comision de pesquisas quedó informada, y la guardia nacional se puso así sobre aviso.

El 20 de junio, hácia media noche, el rey, la reina, madama

(*) Véase a Bertrand de Molleville.

Isabel, y madama de Tourzel, aya de los infantes de Francia, se disfrazan y salen sucesivamente de palacio. Madama de Tourzel con los niños acude al Carrousel menor, y sube à un carruaje conducido por Mr. Fersen, señor estranjero y jóven, disfrazado de cochero. Asoma luego el rey; pero la reina, que habia salido con un guardia de la persona, los pone en el mayor conflicto, pues ni ella ni su guia sabian las calles, se estravian y tardan una hora en incorporarse, encontrando en el tránsito el carruaje de Mr. Lafayette, cuyos criados llevaban hachones; y así tuvieron que encubrirse en los portalillos del Louvre para salvarse de este peligro. Reunida la familia, pónese en camino, y por otra equivocacion, tras larga tirada llega à la puerta de San Martin, y sube à una berlina con seis caballos que los estaba esperando. Madama de Tourzel, bajo el nombre de Korff, debia ir como madre que viajaba con sus hijos; el rey era su ayuda de cámara; tres guardias de la persona iban de batidores, ó como criados. Salen al fin acompañados de los anhelos de Mr. Fersen que vuelve à Paris à tomar el rumbo de Bruselas. Monsieur y su esposa caminaron hácia Flándes, ya para no infundir sospecha con la demasiada comitiva, ya para no escasear de caballos en las paradas.

El rey y la familia anduvieron toda la noche, sin que Paris lo echase menos, y Mr. Fersen acudió al Ayuntamiento, y vió que à las ocho de la mañana lo ignoraban todavía, pero luego corrió la voz instantaneamente. Juntó Lafayette sus edecanes, y les mandó partir sobre la marcha, diciéndoles que por supuesto no alcanzarian à los huidos, pero que era forzoso practicar alguna dilijencia, y cargando con la responsabilidad de la órden, supuso al estenderla que la familia real habia sido arrebatada por los enemigos de la causa pública. Este finjimiento respetuoso mereció la aceptacion de la asamblea y de todas las autoridades. Amotinóse el pueblo tildando à Lafayette de favorecedor de la fuga, y despues el partido aristocrático le tachó de haber dejado huir al rey para detenerlo luego, y perderlo con esta tentativa infructuosa. Sin embargo, si tal fué el intento, ¿à qué enviar los edecanes tras los huidos sin órden de la asamblea? ¿Y à qué dar toda una noche de delantera al carruaje? Desengañóse luego el pueblo, y no le desmereció su privanza Lafayette.

Juntóse à las nueve de la mañana la asamblea, en ademan igualmente grandioso que en los primeros dias de la revolucion, y

bajo el supuesto convenido de haber arrebatado à Luis XVI, concordia y sosiego fueron los atributos dominantes de la sesion. Aprobáronse las disposiciones tomadas ejecutivamente por Lafayette, y habiendo el pueblo detenido à sus edecanes, la asamblea, por donde quiera obedecida, les hizo franquear el paso. Uno de ellos, el jóven Romeuf, llevó consigo el decreto que confirmaba las órdenes mismas del jeneral, y ordenaba à todos los empleados públicos que «detuvieren» por todos los arbitrios posibles «à los robados, y atajasen las consecuencias de tamaña novedad.» A voto é indicacion del pueblo, tomó Romeuf la carrera de Chalons, que era la cierta, y que el tránsito del carruaje con seis caballos estaba señalando como positiva. Hizo luego la asamblea llamar à los ministros, y decretó que no recibiesen mas órdenes que las suyas. Al partir Luis XVI, habia mandado al ministro de la justicia que le enviase el sello del estado, pero la asamblea determinó que se guardase el sello para estamparlo en sus decretos, y dispuso al mismo tiempo que se pusieran los confines en estado de defensa, y encargó al ministro de negocios estranjeros participase à las potencias que el ánimo de la nacion francesa no habia variado respecto de ellas.

Oyóse luego à Mr. de Laporte, intendente de la lista civil. Habia recibido varios mensajes del rey, entre ellos una esquelilla, que suplicó à la asamblea no se abriese, y una memoria comprensiva de los motivos de su partida. Atenta la asamblea, devolvió la esquela sin abrirla, y dispuso la lectura de la memoria. Escuchóse con el mayor sosiego sin que causase sensacion especial. Quejábase el rey con pocas ínfulas de decoro de la mengua de su poderío, y se mostraba tan agraviado de verse reducido à treinta millones de lista civil, como del apeo de todas sus regalías. Escucháronse sus endechas, condoliéronse de su flaqueza, y se pasó de largo.

Pocos eran los que à la sazon apetecian el arresto de Luis XVI. Los aristócratas veian realizado en su fuga su anhelo entrañable é inveterado, y se lisonjeaban de una guerra civil inmediata. Los miembros descollantes del partido popular, que se iban ya aburriendo con el rey, hallaban en su ausencia ocasion de trascordarlo, y proyectaban y esperanzaban ya su república. Toda la parte moderada, que estaba por entonces predominando la asamblea, deseaba que el rey se acojiese sano y salvo à Montmedy, y pagada de su equidad, se holgaba con un ajuste que conceptuaba mas hace-

dero entre el rey y la nacion, pues no causaba ya tanto susto el ver al monarca amagando à la constitucion desde el seguro de un ejército, y solo el pueblo conservaba esta zozobra, cuando ya la asamblea la tenia orillada, y se exhalaba en anhelos por el arresto del rey; tal era la situacion de los ánimos en Paris.

El carruaje, salido en la noche del 20 al 21, habia felizmente traspuesto una gran porcion del camino, y llegado sin tropiezo à Chalons el 21, hácia las cinco de la tarde. El rey, que solia indiscretamente asomarse à la portezuela, fué conocido, y el descubridor trataba de revelar aquel secreto, pero estorbóselo el correjidor que era un realista leal. La familia real, llegada à Pont-de-Sommeville, no halló los destacamentos que debian recibirla, pues habiendo esperado horas, el alboroto del pueblo que se sobresaltaba con aquel movimiento de tropa, los habia precisado à retirarse. Llegó sin embargo el rey à Sainte-Menehonld, y allí asomándose siempre, fué descubierto por Drouet, hijo del maestro de postas, y revolucionario acalorado, y este mozo, no teniendo lugar para detener el carruaje en su pueblo, corre à Varennes. Un valiente mariscal de alojamientos que habia notado aquel afan y maliciaba el motivo, se dispara tras él para detenerle, pero no lo puede alcanzar, haciendo Drouet tal dilijencia que llega à Varennes antes que la familia desventurada; avisa al ayuntamiento, y hace tomar cuantas disposiciones son adecuadas para el intento. Está Varennes á la orilla de un riachuelo hondo y angosto, y lo guardaba un destacamento de húsares, pero el oficial no viendo llegar el tesoro que le habian anunciado, habia dejado su tropa acuartelada. Llega en fin el carruaje y pasa el puente, pero apenas entra bajo una bóveda que hay à la salida, Drouet con otro detiene los caballos y grita: «El pasaporte,» apuntando un fusil contra los viajeros por si se empeñan en seguir. Obedecen, y le entregan el pasaporte; agárralo Drouet, y dice que el procurador es quien lo ha de reconocer, y la familia real tiene que ir á su casa. Este, llamado Sausse, rejistra el pasaporte, aparenta darlo por corriente, y con gran comedimiento suplica al rey que espere algun tanto. Se va alargando la detencion, y cuando Sausse está ya cerciorado de la reunion de un número suficiente de guardias nacionales, manifiesta sin rebozo al monarca que está ya conocido y queda arrestado. Trábase una contienda; Luis XVI se empeña en que no es quien suponen, y acalorándose todos; —«Puesto que le conoceis,

dice impacientándose la reina, por vuestro rey, tratádle con el debido acatamiento.»

Viendo el rey que su porfía es en balde, dejando el disfraz en una salita cuajada de jente, toma la voz y se espresa con una vehemencia desusada en él. Protesta la sanidad de sus intentos, asegurando que su ida à Montmedy era para ver à sus anchuras los anhelos de los pueblos y desasirse de la tiranía de Paris, y por tanto su ánimo es continuar el viaje hasta su debido término. El desdichado príncipe ya enternecido abraza à Sausse y le pide la salvacion de su esposa y de sus hijos; acude la reina, y tomando al delfin en brazos le estrecha para que los salve. Sausse, aunque conmovido, insiste en amonestarlos à que vuelvan à Paris para evitar una guerra civil. El rey, al contrario, despavorido con este regreso, se aferra en seguir à Montmedy; sobrevienen M. M. de Damas y de Goquellas con los destacamentos colocados en varios puntos, y la familia real se da por rescatada, pero no habia que contar con los húsares. Reúnenlos sus oficiales, y les participan que el rey y su familia estàn detenidos, y que es forzoso salvarlos; pero responden que están por la nacion. A este tiempo se iban agolpando guardias nacionales, convocados de las cercanías en Varennes. Pásase la noche en estos vaivenes, y à la seis de la madrugada, llega el jóven Romeuf con el decreto de la asamblea, y encuentra el carruaje con seis caballos encaminado hácia Paris. Sube, y manifiesta apesadumbrado su decreto. Toda la familia exhala un alarido contra Mr. Lafayette que la hace detener, y aun estraña la reina que no haya fenecido en manos del pueblo. Romeuf contesta que tanto él como su jeneral han cumplido con su obligacion en aquel empeño, contando con no alcanzarlos. Toma la reina el decreto, lo tira à la cama de sus niños, y luego lo arrebata diciendo que los mancillaría. —«Señora, le dice Romeuf, que le era apasionadísimo, ¿estaria V. M. mas bien hallada de que cualquiera otro presenciase estos arrebatos?» — Volvió en sí la reina, y recobró su señorío, à tiempo en que se anunciaba la llegada de varios cuerpos colocados en las cercanías por Bouillé; pero el ayuntamiento dispuso entonces la partida, y la familia real tuvo que volver al instante al carruaje, tomando de nuevo el camino infausto y horroroso de Paris.

Avisado Bouillé à deshora, habiendo hecho montar à caballo un rejimiento, habia salido al eco de un «viva el rey», y el va-

liente jeneral, à impulsos de su afan, habia marchado en dilijencia, andando nueve leguas en cuatro horas. Al llegar à Varennes, encuentra varios cuerpos reunidos, pero hacia hora y media que el rey habia salido, y el pueblo estaba vallado y defendido con algun acierto, cortando el puente en ocasion que el rio no estaba vadeable. Así es que para salvar al rey, Bouillé tenia que trabar una refriega, allanar las vallas y atravesar el rio, y sobre este malogro de tiempo, tenia que alcanzar el carruaje con una delantera de hora y media. Tantos estorbos atajaban toda tentativa, y solo una imposibilidad tan absoluta podia retraer à un sujeto tan entrañablemente adicto y tan emprendedor como Bouillé. Retiróse pues traspasado de quebranto y amargura.

Conceptuábase en Paris al rey fuera de todo alcance, cuando se supo su detencion, celebrada por el pueblo con sumo alborozo. La asamblea diputó tres comisarios nombrados de las tres secciones de la izquierda, para acompañar al monarca y traerlo à Paris, y eran Barnave, Latour-Maubourg y Petion. Pasaron à Chalons, y luego que se incorporaron con la comitiva, todas las órdenes procedian de ellos solos. Madama de Tourzel se trasladó à un carruaje de acompañamiento, con Latour-Maubourg, y Barnave y Petion subieron con la familia real. Latour-Maubourg, sujeto esclarecido, era íntimo de Lafayette, y como él, afectísimo al par al rey y à la constitucion, y cediendo à los compañeros la honra de ir con la familia real, su ánimo fué interesarlos por la soberanía desventurada. Sentóse Barnave à la testera, entre el rey y la reina, y Petion delante, entre Madama Isabel y Madama Real. El delfinito iba alternativamente en la falda ó en las rodillas de unos y de otros: ¡tal habia sido el vuelco de los acontecimientos! ¡Un abogado de poco mas de veinte años, reparable solo por su talento; otro señalado por sus luces, pero especialmente por la tirantez de sus máximas, iban sentados junto à un soberano, no ha nada el mas absoluto de Europa, y disponian de todos sus movimientos! El viaje era pausado, por cuanto habia que seguir el paso de los guardias nacionales, y así duró ocho dias de Varennes à Paris. Era escesivo el calor, y la polvareda abrasadora que movia el séquito ahogaba à los viajantes. Silencioso fué el primer rato, y no cabia en la reina encubrir su enfado, pero al fin el rey trabó conversacion con Barnave. Rodeóse la plática sobre mil puntos, y el paradero fué la huida à Montmedy. Estrañáronse unos y otros al irse

conociendo, y la reina, prendada del fino despejo y del agrado primoroso de Barnave, se levantó el velo, y terció en el coloquio. Enamoróse Barnave de la llaneza del rey y del agraciado señorío de la reina. Petion manifestó adustez, y se le escasearon à su ejemplo los miramientos. A la llegada, Barnave estaba ya desalado por aquella infausta familia, y la reina, embelesada con el mérito y el tino del jóven tribuno, le franqueó todo su aprecio; y así es que en sus relaciones posteriores con el partido constitucional, él fué siempre quien le mereció entrañable confianza. Los banderizos se hermanarian si pudieran verse y escucharse (*).

Estaba dispuesto en Paris el recibimiento que se habia de hacer à la familia real. Cundió por bocas y por carteles la advertencia siguiente: «Quien vitoree al rey será apaleado, y ahorcado quien lo insulte.» Cumplióse puntualmente la órden, y así no se oyó injuria ni aplauso. Tomando un rodeo, para no atravesar el pueblo, se condujo el carruaje por los Campos-Eliseos, y luego directamente à Palacio. Muchedumbre inmensa le recibió mudamente y con el sombrero encasquetado; y Lafayette, seguido por la guardia nacional, habia tomado precauciones estremadas. Los tres guardias de la persona, que habian ayudado á la fuga, iban en el pescante, espuestos à la vista y à la saña del pueblo, mas no padecieron tropelía. Al llegar à Palacio, quedó cercado el carruaje, y la familia real marchó en medio de las filas dobles de la guardia nacional, para resguardarla en su presuroso apeo. Rezagóse la reina, y se vió casi arrebatada en brazos de MM. de Noailles y d'Aiguillon, enemigos de la corte, pero amantes pundonorosos de la desgracia. Al verlos venir, le sobrecojió alguna aprension acerca de su intento, pero luego se dejó llevar, y llegó sana y salva à su casa.

Este fué el viaje, cuyo malogro no debe fundadamente achacarse à ninguno de sus autores. Un fracaso lo frustró, y otro pudo llevarlo à cabo. Si, por ejemplo, Drouet fuera alcanzado y conseguido por su perseguidor, el carruaje quedara en salvo, y aun el rey flaqueó tal vez en el punto del reconocimiento. Como quiera, por este viaje, no hay que vituperar ni à sus consejeros ni à sus ejecutores, siendo resultado de aquella fatalidad que acosa la flaqueza en los trances revolucionarios.

Su efecto fué un desacato perpetuo al rey, el avezar los ánimos à prescindir de él, y enjendrar el anhelo de la república. Desde la

(*) Véase la nota 22 al fin del tomo último.

mañana de su llegada, la asamblea habia acudido à todo por medio de un decreto (*), en virtud del cual Luis XVI quedaba suspendido de sus funciones, poniéndole guardia, como tambien à la reina y al delfin, con la responsabilidad de sus personas. Tres diputados, d' André, Tronchet y Duport, fueron los encargados de recibir las declaraciones del rey y de la reina, espresándose en todo comedidamente, por cuanto esta asamblea jamás se propasó à quebrantar el decoro; pero estaba el resultado patente, y el rey quedaba provisionalmente destronado.

La responsabilidad impuesta à la guardia nacional la hizo severa y algun tanto molesta en su servicio con las personas reales. Celábanlas de continuo los centinelas de las puertas, y jamás las perdian de vista. El rey, para desengañarse un dia de si estaba realmente preso, se llega à una puerta; atájale el paso el centinela.—«¿Me conoces? le dice Luis XVI.—Sí señor, le contesta.» No quedaba al rey otro desahogo que el de pasear à la madrugada por el jardin de las Tuilerías, antes de abrir las verjas.

Barnave y los Lameths hicieron entonces lo que habian vituperado tantísimo en Mirabeau, auxiliando al solio, y entendiéndose con la corte. No recibian dinero verdaderamente; mas no era el precio de la intimidad, sino la misma alianza, lo que afeaban à su predecesor; y tras de haber sido inexorables, estaban ya padeciendo la ley arrolladora de los caudillos populares, que los doblega à hermanarse sucesivamente con el poderío, al paso que se le van acercando. Era sin embargo muy airoso el arrimo que franqueaban, en la situacion actual, los tres íntimos al rey, y nunca acreditaron igual maña, pujanza y desempeño. Barnave fué quien dictó la respuesta del rey à los comisarios, y en ella se motivaba la fuga con el anhelo de enterarse mejor de la opinion pública, y aseguraba haberla escudriñado radicalmente en este viaje, probando por todos los hechos, que su ánimo no habia sido salir de Francia. En cuanto à sus protestas, contenidas en la memoria remitida à la asamblea, decia con razon que estribaban, no sobre los principios fundamentales de la constitucion, sino sobre los arbitrios que le habian franqueado para su ejecucion. Ahora, añadia, que la voluntad jeneral me es tan patente, no titubeo en rendir cuantos sacrificios requiera el bien de todos (**).

(*) Sesion del sábado 25 de junio.

(**) Véase la nota 23 al fin del tomo último.

Bouillé, para que recayese sobre él todo el enojo de la asamblea, le descerrajó una carta, que seria desatinada, à no mediar el motivo jeneroso que la dictaba. Declarábase único autor del viaje del rey, siendo así que lo habia desaconsejado, y pregonaba en nombre de los soberanos, que Paris responderia de la inmunidad de la familia real, y que el menor quebranto padecido por su causa se castigaria con ejemplarísimo escarmiento. Añadia, sabiendo lo contrario, que los arbitrios militares de la Francia eran ningunos, que sabia por otra parte el verdadero rumbo para la invasion, y que conduciria en persona los ejércitos enemigos al corazon de su patria. Avínose la asamblea à esta gallarda valentonada, y culpó únicamente à Bouillé que estaba en salvo, pues se hallaba ya fuera.

La corte de España, temerosa de que la menor demostracion enconase los ánimos y espusiese la familia real à mayores peligros, atajó una tentativa dispuesta sobre la raya del mediodía, que debian auxiliar los caballeros de Malta con dos fragatas, y declaró luego que su armonía con el gobierno francés no habia cesado. No guardaba el Norte tales comedimientos, pues sus potencias, incitadas por los emigrados, se mostraban siempre amenazadoras. Partieron enviados del rey para Bruselas y Coblenza, con el encargo de avenirse à reducir los emigrados, manifestándoles el ánimo propicio de la asamblea, y la esperanza recien concebida de un convenio ventajoso. Mas no bien llegaron, cuando tratados con sonrojo, dieron la vuelta à Paris. Levantaron los emigrados cuerpos en nombre del rey, quien se vió en la precision de rechazarlos declaradamente. Afirmaron que Monsieur, à la sazon reunido con ellos, era rejente del reino, pues hallándose el rey preso carecia de voluntad, y que cuanto hablaba era el albedrío de sus opresores.

La paz de Catalina con los Turcos, concluida en el mes de agosto, promovió mas y mas su necia ufanía, y soñaron tener en su mano à todas las potencias de Europa. Al ver nuestras plazas indefensas y los ejercitos desorganizados y destituidos de oficialidad, daban por indudable la proximidad y el logro de la invasion. Hacia sin embargo dos años que habian dejado la Francia, y à pesar de las esperanzas placenteras de todos los dias, no habian vuelto aun con ínfulas de triunfadores, como lo estaban decantando. Las potencias hacian promesas huecas, pero Pitt estaba en espectacion; Leopoldo, desangrado con la guerra, y descontento con los emi-

grados, apetecia la paz; el rey de Prusia ofrecia mucho, pero sin que le interesase el cumplir; Gustavo estaba ansioso de acaudillar una espedicion contra la Francia, pero se hallaba à demasiada distancia; y Catalina, que debia auxiliarle, apenas desembarazada de los Turcos, tenia que reprimir à la Polonia. Además, para redondear esta coligacion habia que templar tal discordancia de intereses, que nadie podia lisonjearse de conseguirlo.

La declaracion de Pilnitz hubiera podido desengañar à los emigrados acerca del empeño de los soberanos (*). Hecha de mancomun por el rey de Prusia y el emperador Leopoldo, espresaba que la situacion del rey de Francia era de una trascendencia igual para todos los soberanos, y que se combinarian para suministrar à Luis XVI medios de plantear un sistema de gobierno adecuado à los intereses del solio y del pueblo, y que en tal caso el rey de Prusia y el emperador se estrecharian con los demás príncipes para conseguir aquel anhelado objeto, y entre tanto debian habilitarse sus tropas para ponerse en movimiento. Averiguóse despues que esta declaracion encerraba artículos reservados, pactando que el Austria no se opondria à las pretensiones de la Prusia sobre parte de la Polonia, pues no se necesitaba menos para que la Prusia, desatendiendo sus principales intereses, se enlazase con el Austria contra la Francia. ¿Qué se podia esperar de un empeño que se debia activar con tamaños arbitrios? Y si eran sus espresiones tan comedidas, ¿qué vendrian à ser sus operaciones? Francia, es verdad, se hallaba desapercibida, pero todo un pueblo en pié pronto se arma, y como dijo despues el célebre Carnot, ¿qué puede imposibilitarse à veinte y cinco millones de individuos? Retirábanse, es cierto, los oficiales; pero jóvenes y partos de privanza, la mayor parte eran bisoños y malquistos en el ejército; cuanto mas que el empuje universal pronto fructificaria en oficiales y jenerales. Confesemos empero que, aun sin mediar las infulas de Coblenza, era muy dudosa la resistencia que opuso luego la Francia.

Entretanto la asamblea envió comisarios à la raya, y dispuso grandiosos preparativos. Las guardias nacionales todas se brindaron à marchar, y varios jenerales ofrecieron sus servicios, entre ellos Dumouriez, que despues salvó la Francia en los desfiladeros de Argonne.

Aun clavando su ahinco en la seguridad esterior del estado, la

(*) Es del 27 de agosto.

asamblea se dedicaba ansiosamente à redondear su parto constitucional, à devolver al rey sus funciones, y aun, si fuese dable, algunas de sus regalías.

Todas las cuadrillitas del lado izquierdo, escepto los que acababan de alzar el dictado flamante de republicanos, se escuadronaban en un mismo sistema de moderacion. Barnave y Malouet procedian de mancomun, y aunque Petion, Robespierre y otros estaban por la república, eran en corto número. El lado derecho, aferrado à sus indiscreciones, protestaba siempre, en vez de hermanarse con la mayoría moderada, que seguia señoreando la asamblea; y sus enemigos, que la hubieran capitulado, si hubiese destronado al rey, la han tildado no obstante el haberlo reconducido à Paris, y restablecido en su solio zozobrante. Pero ¿qué podia hacer? Trocar el rey por la república era muy aventurado, y variar la dinastía infructuoso, pues para traer un rey valia mas quedarse con el que tenian, y luego el duque de Orleans no era merecedor de que se le antepusiese à Luis XVI. En ambos casos, volcar el rey actual era quebrantar unos derechos ya reconocidos, y regalar à la emigracion un caudillo de gran monta para ella, porque llevaba consigo credenciales de que carecian. Al contrario, devolver su autoridad à Luis XVI, y restituirle cuantas regalías cupiese, era desempeñar su tarea constitucional y quitar todo pretesto à la guerra civil; era en una palabra cumplir con su obligacion; como que esta se cifraba, segun los comprometimientos, en plantear un gobierno libre aunque monárquico.

No titubeó la asamblea, pero tuvo que zanjar grandísimos estorbos, pues la voz nueva de república habia embelesado los ánimos, ya un tanto lastimados con las de monarquía y constitucion. Habian la ausencia y la suspension, como se ha visto, enseñado à prescindir del rey. Periódicos y sociedades le apearon luego del acatamiento que se le tributaba; y su partida, que, segun el decreto sobre residencia de empleados públicos, acarreaba la cesacion, motivó el ir diciendo que habia cesado. Sin embargo, por el mismo decreto, requeríase para esta cesacion la salida del reino, y la resistencia à las intimaciones del cuerpo lejislativo; pero abultaban poco estas condiciones para ánimos acalorados, declarándole culpado y despedido. Los jacobinos y los franciscanos andaban disparados, y no alcanzaban cómo habiéndose ya descargado de un rey, se lo echasen nueva y voluntariamente

à cuestas. Si el duque de Orleans estaba esperanzado, debia entonces ir consintiendo, pero debió hacerse cargo del poquísimo influjo de su apellido, y sobre todo de que un soberano nuevo, por mas popular que se apareciese, cuadraba muy poco al estado de los ánimos. Algunos folletistas arrojándose, tal vez sin noticia suya, y por pasion, intentaron, como Antonio con César, encasquetarle la corona, y propusieron su rejencia; pero él mismo se vió precisado à rechazarla por una declaracion que mereció escasísimo aprecio, al par de su persona. «No mas rey» era el alarido jeneral en los Jacobinos, en los Franciscanos, en todos los sitios y papeles públicos.

Agolpábanse las esposiciones, y hubo una pegada por todas las esquinas de Paris, y aun en la misma puerta de la asamblea. Estaba firmada por Aquiles Duchatelet, coronel jóven, y hablaba con los Franceses, recordándoles el sosiego que habian disfrutado durante el viaje del monarca, y concluyendo que su ausencia era preferible à su presencia. Añadia que su desercion era una renuncia, que la nacion y Luis XVI quedaban desenlazados de todo vínculo mutuo, y que por fin la historia rebosaba de delitos de reyes, y así no habia porque cargar con uno de ellos.

Esta esposicion era de Tomás Payne, inglés, y actor principal en la revolucion americana. Delatado à la asamblea, tras reñidos debates, juzgó que debia pasar al órden del dia, contestando con la mayor indiferencia à los avisos y à las injurias, como lo habia estado ya practicando.

En fin, los comisarios encargados del informe sobre el asunto de Varennes lo presentaron el 16 de julio. El viaje, dijeron, no era culpable, y aun cuando lo fuese, siendo inviolable el rey, no podia resultar la cesacion, puesto que ni habia permanecido largo tiempo distante, ni habia hecho resistencia à la intimacion de la asamblea.

Repitieron Robespierre, Buzot y Petion los argumentos sabidos contra la inviolabilidad; y Duport, Barnave y Salles les contestaron, quedando al fin decretado que habia lugar al proceso del rey por el hecho de su fuga, pero se añadieron dos artículos al decreto de inviolabilidad, y apenas se dió la decision, levantándose Robespierre, protestó altamente en nombre de la humanidad.

Hubo la noche anterior grande alboroto en los Jacobinos, y

estendieron una peticion, para que declarase la asamblea al rey cesante como alevoso y traidor à sus juramentos, y que proveyese su reemplazo por medios constitucionales. Acordóse que esta peticion se llevase el dia siguiente al Campo de Marte, en donde cada cual podria firmarla sobre el altar de la patria. Llevóse en efecto, y al tropel de los alborotados se añadió el de los curiosos que iban à presenciar aquel acontecimiento. Estaba ya dado el decreto en aquel punto, y no tenia ya cabida la peticion. Llegó Lafayette, arrolló las vallas que se habian ya levantado; le amenazaron, y aun recibió un tiro à quema-ropa que no le tocó, y habiéndosele juntado los individuos del ayuntamiento, recabaron del populacho que se retirase. Colocáronse guardias nacionales para celar su retirada, y se creyó que iba à verificarse; peró luego se renovó el alboroto, pues dos inválidos que se hallaban, no se sabe con qué motivo, bajo el altar de la patria, fueron degollados; entonces todo fué desenfreno. Llamó la asamblea al ayuntamiento, y le encargó que celase el órden público. Acudió Bailly al sitio, é hizo tremolar el pendon encarnado, en virtud de la ley marcial. Por mas que digan, la aplicacion de la fuerza era justísima, pues ó se querian ó no las leyes nuevas, y queriéndolas, debian ejecutarse para que estribasen sobre algun punto incontrastable, y no fuese perpetuo el alboroto; pues la voluntad de la asamblea no debia avasallarse ante los plebiscitos de la muchedumbre, y así es que Bailly debia dar cumplimiento à la ley. Adelántase con aquel denuedo cabal que siempre habia manifestado, recibe sin resultas varios tiros, pero en medio del alboroto, no puede hacer todas las intimaciones deseadas. Al pronto mandó Lafayette disparar al aire, y aunque el tropel se alejó del altar de la patria, acudió de nuevo. En este trance, mandó hacer fuego, y habiendo la primera descarga volcado algunos facciosos, se abultó su número, pues unos lo reducen à treinta, otros lo ascienden à cuatrocientos, y los desenfrenados à algunos millares. Creyóse à estos al pronto, y el pavor fué sumo. Este escarmiento aplacó por un rato à los alborotadores (*). Tildóse à todos los partidos, segun la práctica, este trastorno, y es de creer que contribuyeron muchos, porque apetecian las revueltas. El rey, la mayoría de la asamblea, los guardias nacionales, el ayuntamiento y la autoridad departamental estaban acordes en

(*) Este suceso ocurrió en la tarde del domingo 17 de julio.

apetecer el órden constitucional, y tenian que batallar dentro con la democracia, y con la aristocrácia fuera. La asamblea y la guardia nacional componian aquella nacion media, pudiente, ilustrada y cuerda, que anhelaba el órden y las leyes, y así en aquel apuro debian hermanarse con el rey, quien por su parte se avenia à una autoridad limitada. Pero si les traia cuenta el hacer alto en el punto à donde habian llegado, lo repugnaban la aristocracia, que aspiraba à un vuelco, y el pueblo que deseaba pujar y granjear mas y mas. Barnave, como antes Mirabeau, era el orador del vecindario honrado, y Lafayette su caudillo militar. Danton y Camilo Desmoulins eran los oradores, y Santerre el jeneral de aquella chusma que intentaba reinar entonces, y algunos acalorados ó fanáticos la representaban en la asamblea y en las nuevas oficinas, y apresuraban su reinado con declamaciones.

Sindicóse en gran manera à Lafayette y à Bailly la providencia del Campo de Marte, pero colocando entrambos su deber en la observancia de la ley y en el sacrificio de su popularidad y de su vida, no padecieron el menor pesar ni zozobra por su desempeño. La pujanza que mostraron aterró à los facciosos, y los mas jaques trataban ya de ponerse en salvo de los tiros que conceptuaban asestados contra ellos. Robespierre, que habia estado sosteniendo opiniones exajeradísimas, temblaba en su rinconcillo, y à pesar de su inviolabilidad como diputado, andaba pordioseando albergue à todos sus amigos, y así surtió efecto el escarmiento, y por algun tiempo los alborotadores se sosegaron con el temor.

Tomó à la sazon la asamblea una determinacion muy zaherida despues, y cuyo resultado no ha sido tan aciago como se conceptuaba. Decretó que ninguno de sus individuos pudiera ser reelejido, y siendo Robespierre el autor de la proposicion, se le achacó à la envidia que le remordia para con unos compañeros que lo deslucian. Era naturalísimo que los odiase, habiendo lidiado con ellos; y allá en su interior, al par del convencimiento, debian anidarse los celillos y el encono. La asamblea, à la cual se tildaba el intento de perpetuar sus poderes, y que desagradaba ya à la muchedumbre por su moderacion, se atropelló por contestar à las reconvenciones con un interés tal vez escesivo, acordando que sus vocales quedarian escluidos en la lejislatura inmediata, con lo cual la nueva asamblea vino à resultar defraudada de sujetos, cuyo acaloramiento iba amainando, y cuya ciencia lejislativa se habia sazonado con una

esperiencia de tres años. Al ver luego las revoluciones que sobrevinieron, se atinará mejor con sus causales, y con el malogro tildado de aquella disposicion.

Llegó pues el trance de la terminacion de las tareas constitucionales, bonancible à lo menos tras una carrera tan borrascosa. Los individuos del lado izquierdo estaban en ánimo de avenirse para hacer algunos retoques à la constitucion, pues se acordó su lectura por entero, para formar un conjunto armónico, y esto fué lo que se llamó la revision, y que luego en los dias del desenfreno republicano fué mirado como una disposicion calamitosa. Barnave y los Lameths se pusieron acordes con Malouet para reformar algunos artículos, que menoscababan las regalías y lo que llamaban la estabilidad del trono; y aun se añade que proyectaban restablecer las dos cámaras. Estaban mancomunados para que, acabada la lectura, entablase Malouet el ataque, que le contestaria Barnave con ímpetu para encubrir mejor el intento, pero que al defender la mayor parte de los artículos, se desentenderia de otros como palpablemente perniciosos y demostrados como tales à la antorcha de la esperiencia. Ajustados estos requisitos, súpose que el lado derecho acudia pertrechado de protestas ridículas y peligrosas, resuelto à no votar, con cuya novedad no cupo convenio alguno. El lado izquierdo entonces ya no quiso dar oidos à propuesta alguna, y al arranque de la tentativa dispuesta, prorumpieron por todas partes en alaridos que atajaron à Malouet (*) y à los suyos. Atropellóse pues el final de la constitucion, y se presentó al rey para que la aceptase. Desde aquel punto se devolvió al rey su libertad, ó bien se le levantó la órden estrecha del palacio, y gozó la facultad de retirarse à donde le acomodara, para escudriñar la acta constitucional, y aceptarla libremente. Mas ¿qué le cabia à Luis XVI? Rechazar la constitucion era hacer su renuncia à favor de la república. Lo mas acertado, aun en su sistema, era avenirse y quedarse à la mira del tiempo, para recobrar la potestad de que se conceptuaba defraudado; por consiguiente, pasados algunos dias, declaró que la aceptaba (13 de setiembre). El sumo alborozo pregonó esta noticia, como si realmente se temiese algun tropiezo por parte del rey, y cual si su consentimiento fuese una concesion inesperada. Pasó à la asamblea, donde se le agasajó, como en los dias mas esplendorosos. Lafayette, que siempre

(*) Véase la nota 24 al fin del tomo último.

acudia à embalsamar los quebrantos irremediables en las turbulencias políticas, propuso una amnistía jeneral por todo lo relativo à la revolucion. Proclamóse con alaridos de regocijo, y se franquearon al punto las cárceles. En fin, el 30 de setiembre, Thouret, postrer presidente, declaró que estaban terminadas las sesiones de la asamblea.

CAPITULO VII.

Juicio sobre la asamblea constituyente. Abertura de la segunda asamblea nacional, llamada «asamblea lejislativa;» su composicion. Estado de las asonadas; sus miembros influyentes. Petion, correjidor de Paris. Política de las potencias. Emigracion; decretos contra los emigrados y los sacerdotes no juramentados. Modificaciones en el ministerio. Preparativos de guerra; estado de los ejércitos.

Acababa la asamblea constituyente de terminar su larga y laboriosa carrera, y à pesar de su hidalgo denuedo, de su inalterable equidad y de sus grandiosas tareas, veíase odiada en Coblenza como revolucionaria, y como aristocrática en Paris. Para fallar atinadamente acerca de esta memorable asamblea, donde fueron tan asombrosas y trascendentales las luces, tan osado el teson, y donde se vieron quizás por la primera vez todos los hombres ilustrados de una nacion convocados con el anhelo y la potestad de entronizar la filosofía, fuerza es hacerse cargo del estado en que habia hallado la Francia y en que la dejaba.

En 1789, la nacion francesa, entrañablemente impresionada de sus quebrantos, no acertaba con los medios de atajarlos. Pero de improviso, tras la demanda de los parlamentos, convócanse los estados jenerales, fórmase la asamblea constituyente, y llega à presencia del trono, ufano de su antigua prepotencia y avenido à lo mas à tolerar algunos clamores. Endiosado empero el congreso con sus fueros y con sus ínfulas de la nacion entera, osa tremolarlas ante el gobierno atónito. Amagado por la aristocracia, por la corte y por un ejército, y sin prever todavía las asonadas, declárase inviolable, y burla las asechanzas del poderío: convencido de sus derechos, las habia con unos enemigos que no estaban convencidos de los propios; y con la mera espresion de su voluntad, huella un poder de muchos siglos y un ejército de treinta mil hombres. Hé aquí toda la revolucion; este fué su primer acto, y el mas

sublime, justo y heroico, pues nunca obró una nacion con mas justicia y presenciando tan pavorosos riesgos.

Vencido una vez el poder, era fuerza reponerlo de un modo justo y adecuado. Mas al aspecto de aquella gradería social, cuya cumbre derrama à manos llenas potestad, honores y haberes; cuando todo escasea en las clases inferiores y desvalidas, que carecen hasta del pan indispensable para la existencia, la asamblea constituyente, arrebatada de repentina y disparada contraposicion, intenta anivelarlo todo. Determina pues que el total de los ciudadanos completamente igualados espresará sus voluntades, y que se encargará al rey su ejecucion.

Su yerro no se cifra en haber reducido el trono à una mera majistratura, pues el rey lograba todavía bastante autoridad, y mayor de la que suelen disfrutar los majistrados en las repúblicas; anduvo sí desacertada en creer que, imbuido en los recuerdos de lo que habia sido, pudiese resignarse al papel que se le reservaba, y que un pueblo, vuelto de su letargo y en el momento de recobrar una parte de su potestad, no trataria de conquistar el residuo. La historia prueba en efecto que es forzoso dividir indefinidamente las majistraturas, ó que, si se establece un caudillo único, es preciso dotarle tan ampliamente, que no pueda en él tener cabida el anhelo de usurpar lo que no le cupo.

Cuando las naciones vinculadas en sus intereses privados traslucen la necesidad de descargarse en un superior de los afanes y desvelos de un gobierno, se imponen atinadamente un caudillo; pero es preciso entonces que, al par de los reyes ingleses, pueda convocar y disolver las asambleas nacionales, y recibir y sancionar sus voluntades, cuando son ajustadas, ejerciendo de esta suerte la mayor parte de la soberanía. La entereza nacional no se desdora con semejante gobierno, cuando la ley es puntualmente acatada, cuando cada ciudadano alcanza cuánto vale, y entiende que los amplios poderes otorgados al príncipe solo le fueron cedidos en fuerza de la flaqueza humana.

Pero no cabe en una nacion que de improviso recuerda sus fueros el desprendimiento de resignarse à un papel subalterno y de entregar voluntariamente à un caudillo la soberanía, sin que la incite el incontrastable anhelo de usurparla. No menos incapaz que el pueblo la asamblea constituyente de tamaño sacrificio, redujo el trono à una mera majistratura hereditaria, creyendo que el rey

se contentaria con una prepotencia que arrojaba todavía el acostumbrado esplendor de honores, riquezas y poderío, y que el pueblo se la dejaria disfrutar.

Pero, ya fuese este ó no el sentir de la asamblea, ¿podia este cuerpo resolver la cuestion? ¿podia acaso despojar al rey ó revestirle de todo el poder que la Inglaterra confiere à sus monarcas?

En primer lugar, no podia deponer à Luis XVI; pues si bien es lícito poner la justicia del lado de un gobierno, no lo es mudar la forma, cuando en ella reside la justicia, y convertir repentinamente en república una monarquía. Fuera de que es muy respetable la posesion, si la asamblea hubiese apeado la dinastía, ¿cuánto no hubieran hablado sus enemigos, que ya la acusaban de violar la propiedad, solo porque socavaba los derechos feudales?

No podia por otra parte conceder al rey el veto absoluto, el nombramiento de los jueces y otras prerogativas semejantes, porque se contraponia à la opinion pública, y porque, constituyendo esta su única fuerza, no podia menos de avenirse à ella.

En cuanto al establecimiento de una sola cámara, su yerro fué tal vez mas real, aunque al mismo paso inevitable. Si era arriesgado no dejar mas que el recuerdo del poderío à un rey que lo poseyó por entero, en presencia de un pueblo que anhelaba volcar hasta su postrer asomo, mucho mas falso era el principio de no reconocer las desigualdades y graderías sociales, cuando las admiten las mismas repúblicas, y vemos un senado hereditario ú electivo. No debe empero exijirse de los hombres y de los ánimos mas de lo que pueden en cada época; ¿y cómo cabe, en medio de una revuelta contra la injusticia de las jerarquías, reconocer su necesidad? ¿Cómo plantear la aristocracia en el momento en que se guerrea contra ella? Mas asequible hubiera sido fundar el trono, ya que, colocado lejos del pueblo, habia sido menos opresor, y porque desempeña además ciertas funciones, al parecer, mas necesarias.

Con todo, lo repito, aun cuando tales desaciertos no hubieran predominado la asamblea, señoreaban ya à la nacion, y la serie de los acontecimientos probará que si se hubiese dejado al rey y à la aristocracia todos los poderes de que se les despojó, no por esto dejara de efectuarse la revolucion hasta en su mayor desenfreno.

En efecto, cotéjense las revoluciones que estallan entre los

pueblos qne sufrieron dilatado yugo, con las que se manifiestan entre los pueblos libres, ó que abrigan cierta actividad política. En Roma, Aténas y otras partes, vióse à la muchedumbre y sus caudillos lidiar por mas ó menos predominio. Pero muy diverso es el rumbo que siguen los pueblos modernos enteramente avasallados. Como yacen inmobles, es su sueño largo y profundo. Encabezan los asomos de la despertada las clases mas ilustradas, que se abalanzan al recobro de cierto poder primitivo. Pero este empuje es sucesivo, no menos que la ambicion, la cual va cundiendo por los ínfimos ciudadanos, cuyo raudal arrolla la nacion entera. Satisfechas luego las clases ilustradas con lo que alcanzaron, intentan aferrarse en su logro, pero en vano, pues ceden al embate de las inmediatas. Las que se detienen, aunque sean las penúltimas, alzan para las postreras una aristocracia; y en este batallar de jerarquías que se van sucesivamente desbancando, para el menestral en recabarse el dictado de aristócrata, y vese acusado bajo este concepto.

La asamblea constituyente nos apersona con esta jeneracion que se ilustra y clama contra el poderío avasallador: harto cuerda y certera para hacerse cargo de cuanto corresponde à los que todo lo poseen y à los que nada alcanzaron, intenta dejar à los primeros parte de lo que disfrutan, porque siempre lo han poseido, y proporcionar à los segundos las luces y los derechos que con ellas se granjean. Pero aquellos echan menos lo que pierden, y estos anhelan alcanzar lo que no les cupo: de ahí nace una guerra esterminadora. Los constituyentes fueron aquellos hombres honrados, que, al destrozar las cadenas de la esclavitud, tantean un órden justo, ejecútanlo con entereza, y hasta llevan à término esta grandiosa tarea, pero que se estrellan al querer inducir à los unos à ceder algo, y à los otros à no codiciarlo todo.

La asamblea constituyente habia, en su justa reparticion, respetado las antiguas posesiones. Luis XVI, con el título de rey de los Franceses, treinta millones de renta, el mando del ejército, y el derecho de suspender las voluntades nacionales, atesoraba todavía escelsas prerogativas. Solo el recuerdo de su incontrastable soberanía puede disculparle de no haberse resignado con este esplendoroso residuo de su primera prepotencia.

El clero, despojado de los inmensos bienes que recibiera en

otro tiempo con el pretexto de acudir al alivio de los menesterosos, à quienes no socorria, y de mantener el culto, de cuyo desempeño se descargaba sobre los párrocos indijentes; el clero dejó de ser un brazo ú jerarquía, pero con todo conservároнse sus dignidades eclesiásticas, respetáronse sus dogmas, sus escandalosas riquezas se redujeron à una renta decorosa, y aun abundante, puesto que todavía suministraba cierto lujo episcopal. La nobleza ya no era jerarquía, careciendo de sus derechos esclusivos de caza y de otros; ya no estaba exenta de impuestos, pero ¿podia acaso racionalmente apesadumbrarse de estas quiebras? Quedábanle sus propiedades inmensas, y en vez de la privanza de la corte, podia contar con la certeza de los logros franqueados al mérito. Quedábale la facultad de ser elejida por la plebe y representarla en los estamentos, à nada que se manifestase resignada y benéfica. La toga y la milicia quedaban afianzadas para su desempeño. ¿Porqué no le cupo desde luego una emulacion pundonorosa? ¿Qué confesion tan manifiesta de incapacidad estaba haciendo al echar menos los favores pasados?

Se habia contemporizado con los pensionados antiguos, indemnizado à los eclesiásticos, y tratado à cada cual con miramiento: la suerte que la constituyente habia proporcionado à todos ¿era acaso tan insufrible?

Estaba corriente la constitucion, y desahuciado el rey de recobrar con las deliberaciones sus dolorosas prerogativas. Nada le quedaba que hacer, sino resignarse y observar la constitucion, à menos que no contase con las potencias estranjeras; pero no estaba esperanzado de sus empeños, y desconfiaba de los emigrados. Avínose pues al primer partido, y lo que abona su sinceridad, es que anhelaba entrañablemente manifestar ante la asamblea las nulidades que hallaba en la constitucion; pero disuadiéronselo, y se avino à esperar del tiempo el reintegro de superioridad que creyó se le debia. No estaba menos conforme la reina: «Buen ánimo, dijo al ministro Bertrand que se le presentó; no zozobró todo. El rey se atiene à la constitucion, y su sistema es por cierto el mas acertado.» Y cabe el conceptuar que si tenia otros pensamientos reservados, no hubiera titubeado con ellos en presencia de Bertrand de Molleville (*).

La primera asamblea acababa de separarse; habian vuelto sus

(*) Véase la nota 25 al fin del tomo último.

miembros al regazo de sus familias, ó andaban esplayados por Paris. Algunos de los descollantes, como Lameth, Duport, Barnave, se correspondian con la corte y le franqueaban sus consejos. Pero el rey, aunque arrestado à observar la constitucion, no acababa de avenirse con los pareceres que estaba recibiendo, porque no solo le encargaban el no quebrantarla, sino el dar à entender por todos sus actos que le profesaba cariño. Estos miembros de la asamblea hermanados con Lafayette desde la revision, eran los caudillos de aquella jeneracion revolucionaria que habia tremolado las primeras ínfulas de libertad y anhelaba arraigarla. Sostenialos la guardia nacional, à la que sus largos servicios con Lafayette habian estrechado con el jeneral y con sus principios. Los constituyentes cometieron entonces el desacierto de menospreciar la nueva asamblea, y aun de enconarla con sus desaires. Una especie de engreimiento aristocrático habia finchado à estos primeros lejisladores, y no dirian sino que la ciencia lejislativa habia desaparecido tras ellos.

Componíase la nueva asamblea de varias clases de sujetos, contando entre los partidarios ilustrados de la primera revolucion, à Ramond, Girardin, Vaublanc, Dumas y otros, que se apellidaron los constitucionales, y se aposentaron en el lado derecho, donde no asomaba uno solo de los privilejiados antiguos; y así, por el rumbo natural y aventajado de la revolucion, el lado izquierdo de la primera asamblea debia parar en el derecho de la segunda. Tras los constitucionales se aparecian muchos sujetos señalados, cuyas cabezas inflamara y abultara los deseos la misma revolucion. Presenciando los afanes de la constituyente, y ansiosos, como todo el que está viendo operar, juzgaban que todo no quedaba hecho, y no se atrevian à ostentarse republicanos, porque sonaba sin cesar el encargo de ser fiel à la constitucion; pero el ensayo de república que se estuvo haciendo durante el viaje de Luis XVI, y el ánimo sospechoso de la corte, arrollaban de continuo las jentes à este sistema, y el estado de hostilidad incesante en que se hallaban con el gobierno, debia enamorarlos mas y mas de su intento.

En esta nueva jeneracion de habilidades sobresalian los diputados de la Jironda, por los cuales todo el partido, aunque compuesto por sujetos tambien de los demás departamentos, se apellidó «Jirondino.» Condorcet, escritor conceptuado por su grande

alcance de materias y por una estremada tirantez de injenio y de índole, era su pluma; y Vergniaud, repentista castizo y arrollador, era su abogado. Este partido, reforzado de continuo por cuantos desahuciaban la corte, no opinaba por la república que le cupo en 1793; aunque soñaba con ella, engalanada de prestijios, virtudes y costumbres irreprensibles. El entusiasmo y la vehemencia debian ser sus prendas descollantes.

Correspondíale tener sus orillas, y en ellas Bazire, Chabot, Merlin de Thionville y otros, inferiores en cuanto al talento, aventajaban en arrojo à los demás jirondinos; pararon luego en el partido de la «Montaña,» cuando, al vuelco del solio, se desviaron de la Jironda. Esta segunda asamblea tenia en fin, como la primera, una porcion media, que, sin empeño contraido, votaba ya con los unos, ya con los otros. Bajo la constituyente, mientras se disfrutaba todavía la verdadera libertad, esta porcion habia quedado independiente, mas como no lo era por impulso, sino por tibieza, en las asambleas posteriores, arrollada por la violencia, paró en cobarde y despreciable, y tuvo el apodo vulgar y vergonzoso del «Vientre.»

Las asonadas se fueron por entonces robusteciendo. Alborotadores con la constituyente, vinieron à ser mandarines con la lejislativa. La asamblea nacional no acertando à contener tantos ambiciosos, se refujiaban estos en las asonadas, en donde se arrojaban à la tribuna y estremaban sus disparos. Allá acudian cuantos ansiaban hablar, arrebatarse, conmoverse, esto es, se abocaba la nacion entera. El pueblo corria à oleadas tras este espectáculo nuevo, se aposentaba en las tribunas de todas las juntas, y hallaba desde aquel mismo tiempo un empleo provechoso, porque se iban pagando ya los aplausos. El ministro Bertrand confiesa haberlos pagado él mismo.

La asonada primitiva fué la de los jacobinos, que gozaba ya de un influjo estraordinario, y una iglesia no era bastante capaz para contener el sinnúmero de sus individuos y de sus oyentes. Encumbrábase un anfiteatro inmenso, ó sea circo, y ocupaba toda la nave principal de la iglesia de los domínicos. Habia un escritorio en el centro para el presidente y los secretarios. Se recojian los votos, y se legalizaban las deliberaciones en un rejistro. Una correspondencia activa fomentaba el celo de las sociedades esparcidas por todo el ámbito de la Francia; y se las llamaba ahijadas. Esta junta,

por su antigüedad y por su teson violento, habia descollado incontrastablemente sobre cuantas habian intentado manifestarse mas moderadas ó bien mas vehementes. Los Lameths, con todo lo mas sobresaliente, la habian desamparado tras el viaje de Varennes, y se habian trasladado á los Fuldenses. En esta última se hallaban amasados todos los ensayos de sociedades moderadas y que no habian prevalecido, porque contrastaban el empuje mismo que arrebataba à las juntas, esto es, el del alboroto. En los Fuldenses se juntaban entonces los constitucionales ó parciales de la primera revolucion, y por tanto el nombre de fuldense paró en un capítulo de proscripcion, cuando lo era tambien el de moderado.

Otra junta, la de los franciscanos, intentara competir en violencia con los jacobinos: Camilo Desmoulins era su secretario, y Danton el caudillo. Este último, desairado en el foro, habia merecido el apego de la muchedumbre, que conmovia hasta lo sumo por su corpulencia atlética, voz sonora y pasiones en todo populares. Los franciscanos, con todo su ahinco, no habian podido desbancar à sus competidores, à quienes el hábito conservaba una concurrencia inmensa; pero al mismo tiempo eran casi todos tambien de los jacobinos, y cuando les convenia, acudian acaudillados por Danton para afianzar la mayoría à su favor.

Robespierre, que se habia ido señalando ya en la constituyente por la austeridad de sus principios, quedó escluido de la lejislativa por el decreto de no-reeleccion, que él mismo habia contribuido à promulgar. Se habia encumbrado con los jacobinos, que señoreaba sin segundo, por dogmatizador en sus opiniones, y por una reputacion de pureza que le habia merecido el nombre de incorruptible. Despavorido, como se ha visto, en el momento de la revision, se habia reentonado despues, y llevaba adelante la empresa de su popularidad. Encontróse con dos rivales que empezaba à odiar, y eran Brissot y Louvet. Brissot, relacionado con todos los individuos de la primera asamblea, amigo de Mirabeau y de Lafayette, conocido por republicano, y uno de los miembros descollantes de la lejislativa, era de carácter liviano, pero notable por ciertas prendas de entendimiento. Louvet, acalorado, agudo y denodado, era de los que se habian propasado en la constituyente, y soñador de la república; por tanto se hallaba naturalmente en medio de los jirondinos. Luego sus peleas con Robespierre lo estrecharon mas con ellos; y este partido planteado pausadamente,

y no de intento, por sujetos que tenian sobrado mérito para hermanarse con el populacho, y bastante esplendor para ser envidiados por él y sus caudillos, y que además se hallaban unidos, no tanto por convenio, como por su situacion, este partido debió ser esclarecido pero endeble, y al fin fenecer ante las facciones mas eficaces que se fueron levantando à su derredor.

Este venia à ser el estado de la Francia. Los privilejiados antiguos se habian retirado allende el Rin; los constitucionales ocupaban la derecha de la asamblea, la guardia nacional y la junta de los fuldenses. Los jirondinos tenian la mayoría en la asamblea, pero no en las asonadas, donde la violencia soez prevalecia. En fin los estremados de esta nueva época, colocados allá en los bancos mas altos de la asamblea, y llamados por esta razon la «Montaña,» eran todo poderosos en las asonadas y con el populacho.

Lafayette arrimando sus grados militares, se habia ido à sus tierras acompañado por los acatamientos y los pésames de sus camaradas. Su mando no se habia puesto al cargo de ningun otro jeneral; pero seis jefes de lejiones mandaban alternativamente la guardia nacional entera. Bailly, compañero entrañable de Lafayette en estos tres años tan trabajosos, dejó tambien el correjimiento. Los votos de los electores se dividieron entre Lafayette y Petion; pero la corte, que en ningunos términos se avenia à Lafayette, cuya propension le era sin embargo favorable, antepuso à Petion, aun siendo republicano. Estaba mas esperanzada con una especie de frialdad que conceptuaba por estupidez sin serlo, y gastó mucho para afianzarle la mayoría. Logrólo en efecto, y salió correjidor (*). Petion, despejado y frio, pero sólidamente convencido, y bastante mañoso, sirvió invariablemente à los republicanos contra la corte, y se halló enlazado con la Jironda por la semejanza de sus miras, y por la envidia que su nueva dignidad movió entre los jacobinos.

Sin embargo, si à pesar del ánimo de los partidos se hubiese podido contar con el rey, es dable que los recelos de los jirondinos se hubieran aquietado, y que no mediando el pretesto de las turbulencias, los alborotadores no hallaran en lo sucesivo arbitrios para amotinar al populacho.

Tenia ya el rey formado su intento; pero este, à causa de su flaqueza, nunca fué irrevocable. Era menester que lo demostrase

(*) 17 de noviembre.

para creerlo, y mientras llegaba la prueba, le asaltaban los ultrajes. Su carácter, aunque bondadoso, era enojadizo; sus resoluciones por tanto debian flaquear por los primeros desaciertos de la asamblea. Juntóse por sí misma, y prestó juramento con boato sobre el código de la constitucion. Su primer decreto relativo al ceremonial abolió los dictados de «señor» y de «majestad» tributados comunmente al rey. Dispuso además que en su asistencia estuviese sentado en un sillon absolutamente semejante al del presidente (*). Eran ya disparos del espíritu republicano, y el señorío de Luis XVI quedó entrañablemente lastimado. Para libertarse de lo que él miraba como una humillacion, determinó no asistir à la asamblea, y enviar sus ministros para abrir la lejislatura. La asamblea, arrepentida de esta primera hostilidad, revocó el dia siguiente el decreto, y dió así un ejemplo estraño de insubsistencia. El rey entonces asistió y mereció cabal acojida. Por desgracia habian decretado que los diputados, si el rey se sentaba, pudieran igualmente sentarse, como lo hicieron, y Luis XVI lo consideró como un nuevo insulto. Los aplausos grandísimos no lograron embalsamarle la llaga. Se volvió macilento y demudado, y apenas se quedó solo con la reina, se arrojó à un sillon sollozando. «Señora, esclamó, habeis presenciado esta humillacion. ¡Cómo! venir à Francia para ver!..» La reina se esmeró en consolarle, pero sus entrañas estaban ya traspasadas, y sus sanos intentos debieron padecer algun menoscabo (**).

Sin embargo, si desde entonces se atuvo à acudir à los estranjeros, el ánimo de las potencias no debió esperanzarle en gran manera. La declaracion de Pilnitz habia quedado sin efecto, ya por tibieza de los soberanos, ya tambien por causa del peligro à que se esponia Luis XVI, estando, despues del regreso de Varennes, preso por la asamblea constituyente. La aceptacion de la constitucion era un nuevo motivo para esperar el resultado de la esperiencia antes de obrar. Este era el dictámen de Leopoldo y del ministro Kaunitz; y así cuando Luis XVI llegó à notificar à todas las cortes que aceptaba la constitucion, y que su ánimo era observarla fielmente, el Austria dió una contestacion muy pacífica; la Prusia y la Inglaterra hicieron otro tanto, y manifestaron sus intentos amistosos. Hay que observar que las potencias confinantes

(*) Decreto del 5 de octubre.

(**) Véase Madama Campan, tomo II, páj. 129.

procedian con mas reserva que las lejanas, como la Suecia y la Rusia, por cuanto se hallaban mas inmediatamente comprometidas en la guerra. Gustavo, que estaba soñando una empresa esplendorosa contra la Francia, respondió à la notificacion, que no contemplaba al rey como libre. La Rusia dió lugar para esplicarse. La Holanda, los principados italianos, y en especial la Suiza, dieron contestaciones satisfactorias. Los electores de Tréveris y de Maguncia, en cuyos territorios se hallaban los emigrados, se valieron de espresiones ambiguas. La España, acosada por los emisarios de Coblenza, no hizo mas manifestacion, y aparentó que necesitaba tiempo para cerciorarse de la libertad del rey, asegurando sin embargo que no trataba de alterar la tranquilidad del reino.

Estas contestaciones sin asomo de hostilidad, la neutralidad asegurada por la Inglaterra, la incertidumbre de Federico Guillermo, y el ánimo pacífico y bien conocido de Leopoldo, todo hacia prever la paz. No es fácil saber lo que pasaba en el ánimo vacilante de Luis XVI, pero su interés patente y las mismas zozobras que le infundió despues la guerra, nos inclinan à creer que deseaba tambien la conservacion de la paz. En medio de este sosiego jeneral, los emigrados únicamente se aferraron en querer y preparar la guerra.

Acudieron de tropel à Coblenza, fueron armando con actividad, preparando almacenes, ajustando asientos con los proveedores, formando cuadros, que à la verdad nunca se llenaban, porque ninguno de ellos queria ser soldado. Creaban grados para venderlos, y si nada emprendian temible, hacian sin embargo grandes preparativos, que ellos mismos creian formidables, y que debian asustar à las imajinaciones populares.

La gran cuestion era saber si Luis XVI les favorecia ó no, y es difícil de creer que no se mostrase propenso à unos deudos y servidores que se armaban para devolverle su antigua potestad; bien se requerian la mayor sinceridad y demostraciones incesantes para persuadir lo contrario; las cartas del rey à los emigrados amonestaban y aun mandaban el regreso; pero habia, se dice (*), una correspondencia reservada que desmentia la pública y aniquilaba sus efectos. Son sin duda indisputables las comunicaciones secretas con Coblenza, pero no acabo de creer que Luis XVI las haya dedicado à contradecir las órdenes que habia dirijido públicamente

(*) Véase la nota 26 al fin del tomo último.

à los emigrados. Su interés mas patente pedia que volviesen, y su presencia en Coblenza no podia ser provechosa sino en cuanto estuviesen en ánimo de pelear, y Luis XVI se horrorizaba con la guerra civil. No queriendo pues emplear sus armas en el Rin, le hacia mas al caso el tenerlos consigo para valerse de ellos en las urjencias y combinar sus esfuerzos con los de los constitucionales para resguardar su persona y su solio. Además su presencia en Coblenza ocasionaba leyes rigurosas que no gustaba de sancionar, y su resistencia le comprometia con la asamblea, pues, como se verá, el uso que hizo del veto lo malquistó en estremo, haciéndolo mirar como cómplice de los emigrados. Seria estraño que no echase de ver la solidez de estas razones, de que todos los ministros se hacian cargo. Estos estaban unánimes en opinar que los emigrados debian volver à la inmediacion del rey, para defenderlo, zanjar los arrebatos y quitar todo pretesto à los alborotadores. Esta era tambien la opinion de Bertrand de Molleville, cuyos principios estaban muy ajenos de ser constitucionales. «Era menester, dice, emplear todos los arbitrios posibles para bienquistar al rey. El mas eficaz y certero en aquel punto era llamar los emigrados. Su regreso, jeneralmente anhelado, hubiera hecho revivir en Francia el partido realista, descabalado con la emigracion. Este bando, robustecido con el desconcierto de la asamblea y reclutado por el sinnúmero de desertores del partido constitucional y por todos los descontentos, luego vendria à ser harto poderoso para hacer decisiva à favor del rey la esplosion mas ó menos inmediata que era de esperar (Tomo VI, páj. 42.).

Luis XVI, conformándose con este dictámen de los ministros, dirijió exhortos à los principales caudillos del ejército y à los oficiales de marina, para recordarles su obligacion, y afianzarlos en sus destinos. Sin embargo sus amonestaciones fueron infructuosas, y continuó la desercion como antes. El ministro de la guerra vino à darle cuenta de que mil y novecientos oficiales habian desertado, y la asamblea no pudo reprimirse, resolviendo tomar disposiciones ejecutivas. La constituyente se habia ceñido à lo último à promulgar la deposicion de los empleados públicos que se hallasen fuera del reino, y à menoscabar las fincas de los emigrados, triplicándoles la contribucion en reintegro de los servicios de que defraudaban al estado con su ausencia. La asamblea nueva propuso penas todavía mas violentas.

Presentáronse varios proyectos. Brissot formó una escala de tres clases de emigrados; los caudillos de la desercion, los empleados públicos que abandonaban sus destinos, y en fin los que por zozobra habian huido del suelo patrio. Era menester, decia, castigar ejemplarmente à los primeros, y menospreciar y condolerse de los otros.

Es cierto que la libertad del hombre no permite que se le amarre á su suelo, pero cuando consta por un sinnúmero de circunstancias, que los ciudadanos que abandonan su patria van á reunirse fuera para declararle la guerra, es lícito precaverse contra proyectos tan aciagos.

La discusion fué larga y pertinaz, oponiéndose los constitucionales à todas las disposiciones propuestas, y defendiendo que se debian menospreciar vanas tentativas, como lo habian practicado siempre sus predecesores. Sin embargo el partido contrario prevaleció, y decretóse desde luego que Monsieur, hermano del rey, volviese en el término de dos meses, donde no, perderia su derecho eventual à la rejencia. Un segundo decreto mas severo se promulgó contra los emigrados en jeneral, declarando que los Franceses reunidos à las fronteras del reino serian sospechosos de conjuracion contra la Francia; y que si en el 1° de enero próximo permanecian aun juntos, se les declararia reos de conspiracion, serian perseguidos como tales y castigados de muerte; y que las rentas de los contumaces se recaudarian durante su vida à beneficio de la nacion, sin perjuicio del derecho de las mujeres, hijos y acreedores lejítimos (*).

El acto de emigrar, no siendo por sí criminal, es difícil el puntualizar el caso en que viene à serlo; lo que cabia en la ley era avisar de antemano que se harian reos bajo tales condiciones, y cuantos quisieran sincerarse tenian en su mano el obedecer. Aquellos que avisados del plazo no volvieran se avenian por el hecho mismo al concepto de criminales. Los que sin motivos de guerra ó de política se hallaban fuera del reino debian volver aceleradamente; y es en efecto un sacrificio harto llevadero à la seguridad de un estado el abreviar un viaje de interés ó de recreo.

Luis XVI, para satisfacer à la asamblea y à la opinion pública, accedió al decreto que disponia el regreso de Monsieur so pena de perder el derecho à la rejencia, pero aplicó su veto à la ley con-

(*) Decretos del 28 de octubre y del 9 de noviembre.

tra los emigrados. Los ministros tuvieron el encargo de ir à la asamblea para manifestar la voluntad del rey (*). Leyeron al pronto varios decretos sancionados, y al llegar al de los emigrados, un silencio profundo sobrevino en la asamblea, y al fin, al pronunciar el guarda-sellos la fórmula de oficio: «el rey se hará cargo,» un gran descontento se manifestó por todas partes. Quiso desentrañar las particularidades del veto, pero se levantó una vocería diciendo al ministro que la constitucion concedia al rey el derecho de usar de oposicion, mas no el de motivarla. El ministro se vió pues obligado à retirarse, dejando tras sí una irritacion suma. Esta primera resistencia del rey à la asamblea fué un rompimiento definitivo, y por mas que hubiese sancionado el decreto que privaba à su hermano de la rejencia, se estuvo viendo en su denegacion al segundo una señal de afecto à los insurjentes de Coblenza. Recordaron que era su pariente, su amigo, y en cierto modo su co-interesado, é infirieron que le era imposible el no mancomunarse con ellos contra la nacion.

El dia siguiente, Luis XVI hizo publicar una proclama à los emigrados, y dos cartas particulares à cada uno de sus dos hermanos. Las razones que manifestaba à unos y à otros eran escelentes y aparentaban buena fe. Amonestábales à atajar con su regreso las desconfianzas que los malévolos se complacian en ir esparciendo; les rogaba no reducirle à emplear contra ellos disposiciones violentas, y en cuanto à su falta de libertad, en que se fundaban para desobedecerle, les manifestaba, en prueba de lo contrario, el veto que acababa de aplicar à su favor (**). Como quiera, estas razones no surtieron ni en Coblenza ni en Paris el efecto intentado, pues los emigrados no volvieron, y en la asamblea se conceptuó el tenor de la proclama sobrado apacible, y aun se le pleiteó à la potestad ejecutiva el derecho de publicarla. Con efecto, estaban muy enconados para contentarse con una proclama, y en especial para avenirse à tolerar que el rey sustituyese una disposicion infructuosa à las violentas que se acababan de tomar.

Otro esperimento del propio jaez se estaba ejecutando con Luis XVI, y acarreaba un resultado igualmente aciago. Las primeras turbulencias relijiosas habian estallado por el Oeste, y la constituyente enviara dos comisionados, uno de ellos Gensonné, tan

(*) Sesion del 12 de noviembre.
(**) Véase la nota 27 al fin del último tomo.

decantado luego en el partido de la Jironda. Su informe ante la asamblea lejislativa, aunque muy moderado, la inflamó de indignacion. Se tendrá presente que la primera asamblea, vedando sus funciones à los clérigos que se negaban al juramento, les habia sin embargo conservado su pension y la libertad de ejercitar el culto en otra parte. No cesaban entretanto de alborotar al pueblo contra sus compañeros juramentados, y de retratarlos como impíos cuyo ministerio era nulo y ocasionado. Se llevaban consigo los campesinos à largas distancias para decirles la misa, y estos se desesperaban de ver su iglesia profanada con un culto que conceptuaban malvado, y de tener que ir tan lejos en busca del que creian lejítimo. Solian estrellarse con los clérigos juramentados y sus parciales, amagando con la guerra civil (*). Nuevos informes manifestaron à la asamblea el peligro mas inminente, y entonces trató de tomar contra estos nuevos enemigos disposiciones semejantes à las que se tomaran ya contra los que estaban armados allende el Rin, y de tantear nuevamente el ánimo del rey.

La asamblea lejislativa exijió de nuevo el juramento, y privó de su situado à los que se desentendian. Abusando de su libertad y escitando la guerra civil, dispuso que con arreglo à su conducta serian trasladados de un paraje à otro, y tambien condenados à encierro si desobedecian. Prohibióles el ejercicio de su culto particular, y quiso que los cuerpos administrativos le aprontasen una lista con sus notas relativas à cada uno de ellos (**).

Esta disposicion, al par de la tomada contra los emigrados, era parto de la zozobra que se apodera de los gobiernos amagados, y los inclina à escudarse con precauciones escesivas. Ya no tratan de castigar el hecho verificado, sino que persiguen el intento presumido, y sus disposiciones suelen parar en arbitrarias y crueles, al par de la sospecha.

Los obispos y clérigos que, permaneciendo en Paris, habian conservado relaciones con el rey, le dirijieron en seguida una memoria contra el decreto. El monarca, batallando ya con sus escrúpulos que le remordian el haber sancionado el decreto de la constituyente, no necesitaba estímulos para rehusar la sancion. «En cuanto à este, dijo hablando del proyecto, antes me quitarán la vida que precisarme à sancionarlo.» Los ministros se conformaban

(*) Véase la nota 28 al fin del último tomo.
(**) Decreto del 29 de noviembre.

con este dictámen, y Barnave y Lameth, con quienes el rey consultaba à veces, le aconsejaron que lo negara; pero à este consejo añadian otros que no podia avenirse el rey à seguir, y eran que al oponerse al decreto quitara toda duda acerca de su ánimo, alejando de sí todos los clérigos que se desentendian del juramento, y componer su capilla de eclesiásticos constitucionales; pero el rey, de cuantos pareceres le iban manifestando, no seguia mas que la parte que se hermanaba con su flaqueza ó su devocion. Dupont-Dutertre, guarda-sellos y órgano de los constitucionales en el ministerio, hizo que se aprobase su dictámen, y cuando el consejo acordó, con gran satisfaccion de Luis XVI, que se aplicaria el veto, añadió, como parecer, que el rey se valdria de clérigos liberales. A esta proposicion, Luis XVI, de suyo tan avenible, manifestó una pertinacia insuperable, diciendo que la libertad de los cultos decretada para todos debia comprenderle à él como à sus súbditos, y que debia disfrutar la libertad de valerse de los que le acomodasen. No insistieron, y sin dar todavía parte à la asamblea, quedó el veto decidido.

El partido constitucional con el que el rey, al parecer, se estrechaba en este momento, le facilitó nuevo auxilio, cual fué el del directorio del departamento. Componíase de los individuos mas esclarecidos de la constituyente, el duque de La Rochefoucauld, el obispo de Autun, Baumetz, Desmeuniers, Ansons, etc. Hizo una peticion al rey, no en calidad de cuerpo administrativo, sino como junta de demandantes, y solicitó la aplicacion del veto al acuerdo contra los clérigos.

«La asamblea nacional, decia la peticion, apetecia sin duda lo mejor, y nos complacemos en desagraviarla de cuantos culpablemente la zahieren; pero su intento laudable la arrebató à ciertas disposiciones que la constitucion, la justicia y la prudencia no pueden aprobar..... Quiere que todos los eclesiásticos vacantes dependan para el pago de sus pensiones de la formalidad del juramento cívico, al paso que la constitucion ha puesto espresa y literalmente estas pensiones en clase de deudas nacionales. ¿Por ventura la resistencia à un juramento cualquiera puede anular el título de un crédito reconocido? La asamblea constituyente ha hecho cuanto podia respecto à los clérigos no juramentados; han resistido al juramento prescrito, y los ha privado de sus funciones; al desposeerlos, ha venido à reducirlos à una pension..... La asam-

blea lejislativa quiere que cuantos eclesiásticos no han prestado el juramento, ó que lo han retractado, puedan en las turbulencias relijiosas ser interinamente alejados, y sino obedecen à la órden que se les intime, puestos en reclusion. ¿No es esto renovar el sistema de las órdenes arbitrarias, puesto que seria lícito castigar con destierro, y luego con cárcel al que no estuviera todavía convencido de haber quebrantado alguna ley?... La asamblea nacional niega à cuantos rehusaren hacer el juramento cívico la profesion libre de su culto..... Es así que à nadie se puede defraudar de esta libertad, puesto que está consagrada para siempre en la declaracion de los derechos.....»

Estas razones eran por cierto escelentes, pero no se aplacan con raciocinios ni los enconos ni las zozobras de los partidos. ¿Quién persuadiria á una asamblea que se debia permitir à clérigos irreducibles fomentar turbulencias y guerra civil? El directorio quedó injuriado, y su peticion impugnada por un sinnúmero de otros recursos al cuerpo lejislativo. Camilo Desmoulins, encabezando una seccion, presentó un papel muy denodado, donde ya se echaba de ver la violencia progresiva del lenguaje y el atropellamiento de todo el decoro observado hasta entonces con el rey y las autoridades. Decia Desmoulins à la asamblea que se requeria un escarmiento....., que el directorio era reo....., que los caudillos eran los que se debian procesar, que se debia descargar sobre la cabeza, y echar mano del rayo contra los conspiradores....., que el alcance del veto real tenia su coto, y que no se estorbaba con un veto la toma de la Bastilla.....

Luis XVI, resuelto à negar su sancion, iba dilatando el anunciarlo à la asamblea, queriendo entretanto bienquistarse con ciertos pasos. Sacó sus ministros del partido constitucional. Montmorin, aburrido de su carrera laboriosa bajo la constituyente y de sus ímprobas negociaciones con todos los partidos, no se avino à arrostrar las tormentas de una nueva lejislatura; y se habia retirado à pesar de las instancias del rey. El ministerio de negocios estranjeros, rehusado por varios personajes, fué aceptado por Delessart, dejando el del interior. Pundonoroso é ilustrado, adolecia del influjo de los constitucionales ó fuldenses, pero era muy apocado para afianzar el albedrío del rey y contrastar las potencias estranjeras y las facciones internas. Cahier de Gerville, gallardo patriota, pero mas adusto que persuasivo, fué colocado en el in-

terior para satisfacer tambien la opinion pública. Narbonne, jóven brioso y ardiente, constitucional eficaz y mañoso para bienquistarse, tuvo à su cargo la administracion de la guerra por el partido que componia entonces el ministerio. Pudo ser su influjo provechoso en el consejo, y aun hermanar la asamblea con el rey, à no tener por antagonista à Bertrand de Molleville, ministro contrarevolucionario, y preferido por la corte à todos los demás. Bertrand de Molleville, detestando la constitucion, se aferraba con ardid al texto para volcar su mente, intentaba sin embozo que el rey ensayase su ejecucion, «á fin, decia, de que se demostrase que era impracticable.» El rey no acababa de avenirse à despedirlo, y con este ministerio mestizo trató de seguir su rumbo. Despues de haber procurado complacer à la opinion con sus nombramientos, tanteó otros medios para afianzársela mas, y aparentó acceder à todas las disposiciones diplomáticas y militares propuestas contra las reuniones del Rin.

Las últimas leyes represivas se habian enfrenado con el veto, y sin embargo nuevas denuncias estaban noticiando todos los dias à la asamblea los preparativos y amagos de los emigrados. Las actas de los ayuntamientos y departamentos fronterizos, los informes de los comerciantes recien-llegados de allende el Rin, certificaban que el vizconde de Mirabeau, hermano del célebre constituyente, acaudillaba seiscientos hombres en el obispado de Estrasburgo; que en el territorio del elector de Maguncia y cerca de Worms, se hallaban numerosos cuerpos de pasados à las órdenes del príncipe de Condé; que otro tanto sucedia en Coblenza y en todo el electorado de Tréveris; que se habian cometido atropellamientos con los Franceses, y que en fin se habia propuesto al jeneral Wimpfen entregar el Nuevo-Brissac. Estos informes, añadidos à cuanto era notorio, arrebataron la asamblea hasta lo sumo de la indignacion. Propúsose luego un decreto para exijir à los electores el desarmo de los emigrados, y se aplazó la decision para el segundo dia, para que no pareciese atropellada. Llegado el plazo, entablóse la deliberacion.

El diputado Isnard tomó el primero la voz, y les hizo cargo de la necesidad de afianzar el sosiego del reino, y no de un modo insubsistente, sino duradero; de entonarse con disposiciones prontas y briosas que acreditasen à la Europa entera las resoluciones patrióticas de la Francia. «No hay que temer, decia, acarrearos

la guerra de las potencias principales; el interés decidió ya sus intentos, vuestras disposiciones no los variarán, pero les obligarán à esplicarse... La conducta de la Francia ha de corresponder à su nuevo destino. Esclava con Luis XIV, fué sin embargo denodada y grandiosa; hoy libre, ¿seria endeble y apocada? Engáñase, dice Montesquieu, quien crea que un pueblo en revolucion se allane à una conquista; está al contrario dispuesto à conquistar à los demás (Aplausos).

« ¡Os proponen capitulaciones! ¡Apetecen realzar la prerogativa real, aumentar la potestad del monarca, de un hombre cuyo albedrío puede enfrenar el de toda la nacion, de un hombre que recibe treinta millones, mientras millares de ciudadanos están falleciendo en el desamparo! (Nuevos aplausos) Quieren traernos la nobleza. ¡Así todos los nobles de la tierra nos asaltasen! Los Franceses empuñando con una mano su oro y con la otra su acero, lidiaran contra esa ralea altanera, y la precisaran à padecer el castigo de la igualdad.

« Hay que hablar con los ministros, con el rey y con la Europa en el lenguaje adecuado à los representantes de la Francia. Hay que decir à los ministros que hasta aquí no estais muy satisfechos de su conducta, y que por la responsabilidad entendemos la muerte (Aplausos redoblados).

« Hay que decir à la Europa que se respetarán las constituciones de todos los imperios, pero que si promueve una guerra de los reyes contra la Francia, levantarémos una guerra de los pueblos contra los reyes. » Renovándose los aplausos todavía, « ¡Respetad, esclama el orador, respetad mi entusiasmo, que es el de la libertad! Decid, añade, que las refriegas trabadas entre los pueblos por órden de los déspotas se parecen à las estocadas que se tiran dos amigos á oscuras movidos por un incitador alevoso. Si raya por fin el dia, se abrazan y se vengan del que los engañaba. Así pues, al batallar los ejércitos enemigos con los nuestros, resplandecerá à sus ojos la fisolofía, se abrazarán los pueblos en presencia de los tiranos destronados, de la tierra consolada y del cielo satisfecho! » (*)

El entusiasmo inflamado con estas palabras llegó al punto de agolparse todos sobre el orador para abrazarlo. El decreto que proponia se aprobó sobre la marcha, y Mr. de Vaublanc tuvo el encargo de llevarlo al rey, acaudillando una diputacion de veinte y cuatro in-

(*) Sesion del 29 de noviembre.

dividuos. Por este decreto declaraba la asamblea que conceptuaba indispensable el requerir à los electores de Tréveris, de Maguncia y à otros príncipes del imperio, que despidiesen las reuniones formadas en la raya. Suplicaba al mismo tiempo al rey activase las negociaciones entabladas para indemnizar los rezagos debidos à los príncipes aposesionados en la Alsacia.

Mr. de Vaublanc acompañó este decreto con una arenga denodada y atenta muy vitoreada por la asamblea. «Señor, decia, si los Franceses arrojados de su patria por la revocacion del edicto de Nantes se hubiesen reunido armados en la raya, si hubiesen sido apadrinados por príncipes de Alemania; señor, os lo preguntamos, ¿cuál hubiera sido la conducta de Luis XIV? ¿Hubiera tolerado estas reuniones? Lo que hubiera hecho por su autoridad, hágalo V. M. por el mantenimiento de la constitucion.»

Luis XVI, resuelto, como se ha dicho, à mitigar el efecto del veto por actos agradables à la opinion, determinó ir à la asamblea y responder él mismo à su mensaje con un discurso capaz de satisfacerla.

El 14 de diciembre, por la tarde, fué el rey, despues de haberlo participado por la mañana con una esquela, y fué recibido con profundo silencio. Dijo que el mensaje de la asamblea merecia mucha reflexion, y en circunstancias en que estaba comprometido el honor francés, creia deber presentarse en persona; que partícipe de los intentos de la asamblea, pero temeroso del azote de la guerra, habia tratado de ajuiciar à los Franceses descaminados; que habiéndose frustrado las insinuaciones amistosas, se habia anticipado al mensaje de los representantes, significando à los electores que, si antes del 15 de enero no cesaba todo alistamiento, se les consideraria como enemigos de la Francia; que habia escrito al emperador para reclamar su intervencion en calidad de caudillo del imperio, y que en el caso de no lograr satisfaccion, propondria la guerra. Terminó diciendo que en vano procurarian cercar de pesares el ejercicio de su autoridad, que custodiaria fielmente el depósito de la constitucion, y que percibia entrañablemente el esplendor de ser rey de un pueblo libre.

Sucedieron los aplausos al silencio, y desagraviaron al rey de la acojida que halló à su llegada. La asamblea habiendo decretado por la mañana que se le responderia con un mensaje, no acertó à espresarle en seguida su satisfaccion; pero acordó que se en-

viase su discurso à los ochenta y tres departamentos. Narbonne entró luego para dar à conocer los medios de que se habia echado mano con el fin de afianzar el efecto de los requerimientos dirijidos al imperio. Debian reunirse sobre el Rin hasta ciento y cincuenta mil hombres, lo que, añadió, era muy practicable. Tres jenerales estaban ya nombrados para mandarlos, Luckner, Rochambeau y Lafayette. Sonaron aplausos à este último nombre; y Narbonne añadia que iba à salir para visitar la frontera, cerciorarse del estado de las plazas fuertes, y dar la mayor actividad à los trabajos de defensa; que sin duda la asamblea franquearia los fondos necesarios y no regatearia la libertad. «No, no,» vocearon por todas partes. En fin, preguntó à la asamblea si, apesar de que el número legal de los mariscales estaba completo, permitiria al rey conferir este grado à los dos jenerales Luckner y Rochambeau, encargados de salvar la libertad. Las aclamaciones demostraron la anuencia de la asamblea, y la satisfaccion que le causaba la actividad del jóven ministro. Por semejante conducta lograra Luis XVI bienquistarse y cautivar los republicanos, que no apetecian la república sino por conceptuar à todo rey incapaz de amar y defender la libertad.

Valiéronse de la satisfaccion causada por estas disposiciones, para manifestar el veto aplicado al decreto contra los clérigos. Por la mañana publicaron en los periódicos la deposicion de los antiguos ajentes diplomáticos tildados de aristocracia, y el nombramiento de los nuevos. Con estas precauciones el mensaje fué recibido sin susurro, y como ya la asamblea se lo esperaba, la sensacion no fué tan desabrida como era de temer. Se echa de ver con cuánto tiento tenia que proceder el rey para usar de su prerogativa, y cuánto peligro corria al ponerla en práctica. Aun cuando la asamblea constituyente, à quien se tacha de haberlo perdido despojándole, le concediera el veto absoluto, ¿hubiera sido por esto mas poderoso? ¿El suspensivo no surtia aquí el mismo efecto que el absoluto? ¿Era acaso la potestad legal la que faltaba al rey, ó la de opinion? Se echa de ver por el mismo resultado, que no por falta de prerogativas suficientes sobrevino el fracaso de Luis XVI, sino por el uso indiscreto de las que le quedaban.....

La actividad ofrecida à la asamblea no fué à menos, y las proposiciones para los gastos de la guerra, para los nombramientos de

los dos mariscales Luckner y Rochambeau se verificaron sin interrupcion. Lafayette, arrebatado del destierro à donde habia ido à desahogarse de los tres años de tareas, se presentó à la asamblea y mereció grande acojida. Acompañáronle batallones de la guardia nacional à su salida de Paris, y todo le fué demostrando que se le miraba todavía como à uno de los fundadores de la libertad.

Entretanto Leopoldo, de suyo pacífico, no opinaba por la guerra, sabiendo cuanto desfavorecia á sus intereses; pero apetecia un congreso escudado con una fuerza grandiosa, para redondear un ajuste y ciertas modificaciones à la constitucion. Los emigrados no trataban de modificarla, sino de volcarla; pero el emperador, mas cuerdo y mejor informado, se hacia cargo de que habia de contemporizar en gran manera con las nuevas opiniones, y que cuanto cabia era à lo mas devolver al rey ciertas prerogativas y reasumir la composicion del cuerpo lejislativo, planteando dos cámaras en vez de una (*). Este último punto con especialidad es el que mas desagradaba, y con el cual se solia zaherir al partido feldense y al constitucional. Es positivo que si à los asomos de la constituyente este partido habia rechazado la cámara alta, porque temia con fundamento ver allí aferrada la nobleza, sus zozobras no eran ya las mismas; y al contrario, debia esperanzarse de componerla él mismo. Varios constituyentes, sumidos ya en una oscuridad completa, hubieran hallado ocasion de salir otra vez à la escena política; y así, ya que la cámara alta no se aviniese à sus miras, se hermanaba con sus intereses. Es cierto que los periódicos solian hablar de ella, y que este rumor andaba muy valido. ¡Qué raudal fué el de la revolucion! El lado derecho de ahora se componia de los individuos del izquierdo anterior, y el atentado tan temido y vituperado no era el regreso del réjimen antiguo, sino el establecimiento de una cámara alta. ¡Qué diferencia con 89! ¡Qué loca resistencia habia atropellado los acontecimientos!

Leopoldo no veia para Luis XVI mas mejora que esta, y entretanto su máxima era ir dando largas à las negociaciones, y sin estrellarse con la Francia, pararla con su teson. Pero desgració su objeto con la contestacion, que se redujo à notificar las conclusiones de la dieta de Ratisbona, la cual desechaba toda indemnizacion à los príncipes aposesionados en la Alsacia. Era una ridi-

(*) Véase la nota 29 al fin del último tomo.

culea semejante decision, por cuanto todo territorio comprendido bajo una dominacion debia observar las mismas leyes: si habia príncipes del imperio con tierras en Francia, debian aguantar la abolicion de los derechos feudales, y harto habia hecho la asamblea constituyente concediéndoles compensaciones. Varios de ellos habian ventilado ya este punto; la dieta anulaba los convenios, prohibiéndoles el aceptar ningun ajuste. El imperio insistia en no reconocer la revolucion en cuanto le alcanzaba, y respecto á las reuniones de emigrados, Leopoldo, sin esplicarse acerca de su dispersion, respondia á Luis XVI que el elector de Tréveris pudiendo, segun los amagos del gobierno francés, esperimentar hostilidades inmediatas, se habia mandado al jeneral Render que acudiese prontamente con auxilios. Esta contestacion fué muy desacertada, pues obligaba á Luis XVI, para no comprometerse, á tomar disposiciones denodadas, y á proponer la guerra. Enviósse á Delessart para participar esta respuesta á la asamblea, y manifestar el asombro que causaba al rey la conducta de Leopoldo. Aseguraba el ministro que probablemente habian engañado al emperador, persuadiéndole equivocadamente que el elector habia cumplido con todas las obligaciones de la buena vecindad. Comunicó además Delessart la réplica pasada á Leopoldo, significándole que á pesar de su respuesta y las órdenes dadas al mariscal Bender, si los electores no hubiesen satisfecho en el plazo prescrito, esto es, en 15 de enero, á la peticion de la Francia, se acudiria contra ellos á la via de las armas. «Si esta declaracion, decia Luis XVI en su carta de 31 de diciembre á la asamblea, no surte el efecto que debo esperar; si el destino de la Francia es tener que pelear con sus hijos y con sus aliados, daré á conocer la justicia de nuestra causa á la Europa; el pueblo francés la sostendrá con su bizarría, y la nacion verá que no tengo otro interés mas que los suyos, y que miraré siempre el mantenimiento de su decoro y de su seguridad como mi deber mas esencial.»

Estas palabras, en que el rey parecia unirse á la nacion en el peligro comun, merecieron vivísimo aplauso, y los documentos se entregaron á la comision diplomática, para dar prontamente su informe á la asamblea.

La reina tambien logró aplausos una vez en la ópera, como allá en los dias de su esplendor y poderío, y volvió muy alborozada á decir á su esposo que la habian agasajado como antes. Pero

estos eran los postreros testimonios que le tributaba aquel pueblo allá tan idólatra de su atractivo real. Aquel impulso de igualdad que suele yacer largo tiempo ahogado en los hombres, y que es tan ardiente cuando se despierta, se iba manifestando por todas partes. Asomaba el fin del año 1791, y la asamblea abolió el ceremonial antiguo de año nuevo, decidiendo que los acatamientos tributados al rey en aquel dia de solemnidad no lo serian ya en lo sucesivo. Por esta misma época una diputacion fué à quejarse de que no le habian abierto las dos hojas de la puerta del consejo. La discusion fué escandalosa, y la asamblea, al escribir à Luis XVI, cercenó los dictados de «señor» y de «majestad». Otro dia un diputado entró al cuarto del rey con el sombrero puesto y un traje indecoroso, y esta conducta solia resultar de la mala acojida que los diputados merecian à los palaciegos, en cuyas represalias la altanería de los unos y de los otros no queria jamás quedar en zaga.

Narbonne continuaba su visita con actividad estraordinaria. Planteáronse tres ejércitos en la frontera amagada. Rochambeau, jeneral antiguo que habia manejado bien la guerra en otro tiempo, pero que se hallaba ya en Macon, desazonado y descontento, mandaba el ejército colocado en Flándes y llamado del Norte. Lafayette tenia el ejército del centro y acampaba hácia Metz. Luckner, guerrero veterano, jeneral adocenado y soldado valeroso, muy popular en los campamentos por sus costumbres en estremo militares, mandaba el cuerpo que ocupaba la Alsácia. A estos se reducian los jenerales que una larga paz y una desercion incesante nos habian dejado.

Rochambeau, descontento del nuevo réjimen y desabrido con la indisciplina de su ejército, se estaba quejando de continuo y desesperanzaba al ministerio. Lafayette, jóven, activo y ansioso de descollar desde luego en defensa de la patria, restablecia la disciplina en su tropa, y arrollaba todos los estorbos atravesados por la mala voluntad de los oficiales, que eran los aristócratas del ejército. Habíalos hermanado hablándoles siempre en lenguaje pundonoroso, desengañándolos para que dejasen el campamento, si no habian de servir con lealtad; y que à quien apeteciera el retiro se encargaba de proporcionarlo, ó bien franquearle pasaporte para el estranjero; pero que si permanecian en el servicio, esperaba de ellos ardor y fidelidad. Con esto habia logrado establecer en

su ejército mas órden del que se advertia en los otros. En cuanto à Luckner, careciendo de opinion política, y por consiguiente avenible à todo gobierno, prometia mucho à la asamblea, y habia conseguido en efecto atraerse los soldados.

Narbonne viajó con la mayor velocidad, y vino el 11 de enero à dar cuenta à la asamblea de su espedicion acelerada. Manifestó que el restablecimiento de las plazas fuertes estaba muy adelantado, que el ejército desde Dunquerque hasta Besanzon ofrecia una mole de doscientos cuarenta batallones y ciento y sesenta escuadrones, con la artillería necesaria para doscientos mil hombres, y abastos para seis meses. Elojió mucho el patriotismo de los guardias nacionales voluntarios, que pronto estarian completamente equipados. El jóven ministro se embelesaba sin duda con las ilusiones de su ahinco; pero sus intentos eran tan nobles y sus afanes tan ejecutivos, que lo vitoreó la asamblea, ofreció su informe al reconocimiento público, y lo envió à todos los departamentos; método ordinario de acreditar su aprecio à cuantos lograban dejarla satisfecha.

CAPITULO VIII.

Division de los partidos sobre el punto de la guerra. Papel del duque de Orleans y de su partido. Los primeros emigrados quedan demandados. Formacion de un ministerio jirondino. Dumouriez, su carácter, su númen y sus proyectos; pormenores sobre los nuevos ministros. Coloquio de Dumouriez con la reina. Declaracion de guerra al rey de Hungría y de Bohemia. Primeras operaciones militares. Derrotas de Quievrain y de Turnay. Asesinato del jeneral Dillon.

Al rayar el año de 1792, la guerra habia venido à ser el punto dominante, y era para la revolucion el de su misma existencia. Trasladados ya sus enemigos à fuera, allí era donde habia que buscarlos y vencerlos. El rey, jefe de los ejércitos, ¿obraria de buena fe contra sus parientes y palaciegos antiguos? Esta era la duda sobre la cual importaba afianzar à la nacion. Ventilábase este punto de la guerra en los Jacobinos, que los apuraban todos hasta sus últimos quilates. Lo que parecerá estraño, es que los jacobinos estremados y Robespierre, su caudillo, se inclinasen à la paz, y que los jacobinos moderados, ó sean jirondinos, estuviesen por la guerra. Encabezaban à estos Brissot y Louvet; aquel, sosteniendo la guerra con su talento y su influjo, opinaba, con Louvet y todos los jirondinos, que era provechosa à la nacion, porque zanjaria una incertidumbre espuesta, y desembozaria las interioridades del rey. Estos individuos, juzgando del resultado por su entusiasmo, no se avenian à creer que la nacion quedase vencida, y suponian que si por culpa del rey esperimentaba algun desman pasajero, pronto se veria ilustrada y depondria un caudillo desleal. ¿Cómo cabia que Robespierre y demás jacobinos desechasen una determinacion que debia acarrear un desenlace tan pronto y decisivo? Solo por conjeturas se podrá esplicar este fenómeno. ¿El medroso Robespierre se asustaba con la guerra? ¿ó bien la impugnaba solo porque Brissot, su competidor en los Jacobinos, la sostenia, y porque el jóven

Louvet la habia defendido con habilidad? Como quiera, peleó por la paz con suma tenacidad. Los franciscanos que eran tambien jacobinos acudieron à la deliberacion y se arrimaron à Robespierre. Temian al parecer ante todo que la guerra engrandeciese demasiado à Lafayette y le proporcionase luego la dictadura militar; esta era la zozobra perpetua de Camilo Desmoulins, que se lo estaba siempre figurando al frente de un ejército victorioso, arrollando, como en el Campo de Marte, jacobinos y franciscanos. Louvet y los jirondinos suponian otro motivo á los franciscanos, y creian que no perseguian en Lafayette mas que al enemigo del duque de Orleans, con el cual se les suponia ocultamente enlazados.

Este duque de Orleans, que se está viendo asomar todavía en los recelos de sus enemigos, mucho mas que en la revolucion, estaba entonces oscurecido. Habíanse valido al principio de su nombre, y tal vez fundaba él mismo algunas esperanzas en aquellos à quienes lo franqueaba. Pero habia todo variado en gran manera posteriormente. Hecho cargo él mismo de lo mucho que desdecia en el partido popular, intentara alcanzar el indulto de la corte en la temporada última de la constituyente, y lo habian rechazado. En la lejislativa, se le conservó su grado de almirante, é hizo nuevas tentativas con el rey. Por esta vez fué admitido à su audiencia, tuvo un coloquio bastante largo, y no quedó mal acojido. Debia volver à palacio, acudió cuando estaba puesta la mesa para la reina y se hallaban los palaciegos en crecido número. Apenas asomó, se pronunciaron las voces de mayor ultraje. «Cuidado con los manjares», esclamaban por todas partes, como temerosos de que vertiese algun veneno. Lo empujaban, lo pisoteaban, y le obligaron à retirarse en casa. Al bajar la escalera, recibió nuevos ultrajes, y salió indignado, creyendo que el rey y la reina le habian preparado esta escena indecorosa. Sin embargo uno y otro estuvieron incomodadísimos con la indiscrecion de los palaciegos, que ignoraban de antemano (*). Este príncipe debió quedar mas enconado que nunca, mas no por esto se mostró ni mas activo, ni mas diestro que antes en acaudillar su partido. Los amigos suyos de los Jacobinos y de la asamblea lo abultaron sin duda algun tanto mas, y de ahí nació el asomar de nuevo su faccion, considerando que sus pretensiones y sus esperanzas retoñaban con los peligros del solio.

Los jirondinos conceptuaron que los franciscanos y jacobinos

(*) Véase la nota 30 al fin del último tomo.

estremados no abogaban por la paz, sino para defraudar à Lafayette, competidor de Orleans, de los logros que podia proporcionarle la guerra. Como quiera, desechada esta por los jacobinos, pero sostenida por los jirondinos, debió prevalecer en la asamblea, dominada por estos. La asamblea entró demandando en justicia, desde el 1.° de enero, à Monsieur y conde de Artois, hermanos del rey, al príncipe de Condé, Calonne, Mirabeau jóven y Laqueuille, como acusados de hostilidades contra la Francia. No abarcando la sancion semejantes decretos, por esta vez no habia porqué temer el veto. El secuestro de los bienes de los emigrados y la recaudacion de sus rentas en beneficio del estado, dispuestos por el decreto sin sancionar, fueron prescritos de nuevo por otro decreto, al cual el rey no opuso resistencia. La asamblea se apoderaba de las rentas à título de indemnizaciones de guerra. Monsieur quedó privado de la rejencia en virtud de la decision promulgada anteriormente.

El informe sobre el último oficio del emperador se presentó por fin el 14 de enero à la asamblea por Gensonné. Hizo advertir que la Francia en todos tiempos habia franqueado sus tesoros y sus soldados al Austria, sin merecer jamás su correspondencia; que el tratado de alianza concluido en 1756 habia sido violado por la declaracion de Pilnitz y las siguientes, cuyo objeto era fraguar una coligacion armada de los soberanos; que tambien lo habia sido por el armamento de los emigrados, tolerado y aun favorecido por los príncipes del imperio. Gensonné sostuvo además que, por mas órdenes recien espedidas para la dispersion de las reuniones, nunca se habia logrado su ejecucion; que la escarapela blanca no habia cesado de ostentarse allende el Rin; y la nacional yacia ultrajada, y los viajeros franceses mal parados; y que por consiguiente habia que pedir al emperador una nueva esplicacion sobre el tratado de 1756. Acordáronse la impresion y el emplazamiento de este informe.

El mismo dia, Guadet sube à la tribuna. «De todos los hechos, dice, noticiados à la asamblea, el que mas le ha encarnado es el plan de un congreso, cuyo objeto seria alcanzar la modificacion de la constitucion francesa, plan maliciado hacia tiempo, y delatado en fin como posible por las comisiones y los ministros. Si es cierto, añade Guadet, que esta trama se maneja por hombres que creen hallar en ella el camino para salir del arrinconamiento en que ya-

cen; si es cierto que algunos de los ajentes de la potestad ejecutiva cooperan con todas sus fuerzas y sus allegados à esta abominable maquinacion; si es cierto que se trata de reducirnos por medio de las demoras y del desaliento à aceptar esta mediacion vergonzosa, ¿la asamblea nacional ha de cerrar los ojos à semejante despeñadero? Juremos, esclama el orador, morir todos aquí antes»..... No le dejan acabar, se levanta toda la asamblea voceando: «Sí, sí, lo juramos:» y à impulsos del entusiasmo, se declara infame y traidor à la patria à todo Francés que pudiera tomar parte en un congreso cuyo objeto seria modificar la constitucion. Este decreto iba asestado contra los antiguos constituyentes y el ministro Delessart, pues à este se tachaba principalmente de dar largas à las negociaciones. El 17, se volvió à la discusion del informe de Gensonné, y se decretó que el rey ya no trataria sino en nombre de la nacion francesa, y requeriria al emperador se esplicase definitivamente antes del 1.° de marzo próximo. Respondió el rey que tenia pedidas hacia mas de 15 dias à Leopoldo esplicaciones positivas.

En este intermedio, se supo que el elector de Tréveris, asustado con la insistencia del gabinete francés, habia dado nuevas órdenes para la dispersion de las reuniones, para la venta de los acopios hechos en sus estados, para la prohibicion de los reclutas y de los ejercicios militares, y que dichas órdenes se habian puesto efectivamente en ejecucion. Segun estaban los ánimos, esta noticia fué recibida con tibieza, no rastreando en ella sino demostraciones aéreas, y se aferraron en pedir la respuesta definitiva de Leopoldo.

Mediaban desavenencias en el ministerio entre Bertrand de Molleville y Narbonne; aquel estaba celoso de la popularidad del ministro de la guerra, y vituperaba sus condescendencias con la asamblea. Narbonne estaba quejoso de la conducta de Bertrand y de su temple inconstitucional, y aspiraba à que el rey lo despidiera del ministerio. Cahier de Gerville era el medianero, pero sin éxito. Decíase que el partido constitucional queria encumbrar à Narbonne à la jerarquía de primer ministro, y aun parece que el rey padeció engaño, pues le asustaron con la popularidad y la ambicion de Narbonne, retratándolo como un jóven engreido que intentaba gobernar el gabinete. Los periódicos estuvieron noticiosos de estas desavenencias; Brissot y la Jironda defendieron de-

nodadamente al ministro amagado y se dispararon contra sus compañeros y contra el rey. Dióse à luz una carta escrita por los tres jenerales del norte, y en la cual le espresaban sus zozobras por aquel trance : el rey lo depuso en seguida, y anunció la separacion de Bertrand de Molleville. Este anuncio no amainó el efecto de la primera deposicion; un vaiven estraordinario estalló inmediatamente; y la asamblea trató de declarar, segun la fórmula empleada antes con Necker, que Narbonne se llevaba consigo la confianza de la nacion, y que todo el ministerio la habia perdido. Querian sin embargo esceptuar de este anatema à Cahier de Gerville, que siempre se habia estrellado con Bertrand, y que acababa de tener con él una contienda violenta. Tras recios embates, Brissot pidió se le dejase probar que Delessart habia desmerecido la confianza de la nacion. Este ministro habia franqueado à la comision diplomática su correspondencia con Kaunitz, la cual carecia de decoro y daba à Kaunitz un concepto poco favorable del estado de la Francia, y parecia haber así autorizado la conducta y el lenguaje de Leopoldo. Hay que saber que Delessart y su compañero Duport-Dutertre eran los dos ministros mas íntimos de los fuldenses, con los cuales se estaba muy mal, porque se les tachaba de favorecer el proyecto de un congreso.

En una de las sesiones mas alborotadas de la asamblea, el desventurado Delessart fué acusado por Brissot de haber ajado la dignidad de la nacion, no habiendo avisado à la asamblea del convenio de las potencias y de la declaracion de Pilnitz; de haber profesado en sus notas doctrinas inconstitucionales, y de haber dado à Kaunitz un concepto equivocado del estado de la Francia; de haber dado largas à la negociacion y conducídola de un modo contrario à los intereses de la patria. Vergniaud se juntó con Brissot, y añadió nuevos cargos à los que achacaban à Delessart. Le vituperó de que, siendo ministro del interior, habia dado carpetazo por largo tiempo al decreto que incorporaba el Condado à la Francia, y de ser así la causa de los asesinatos de Aviñon. Luego añadió Vergniaud: «Desde esta tribuna en que estoy hablando se ve el palacio en donde consejeros malvados descaminan y engañan al rey que la constitucion nos ha dado; veo las ventanas de los palacios en donde se trama la contrarevolucion, en donde se combinan los medios de sumirnos de nuevo en la esclavitud..... El pavor ha salido, no una vez sola, en los tiempos antiguos y

en nombre del despotismo, de ese palacio famoso; que se oculte en él hoy en nombre de la ley; que traspase todos los corazones; y que cuantos lo habitan sepan que nuestra constitucion no concede la inviolabilidad mas que al rey».

Púsose luego à votacion el decreto, y fué adoptado (*). Enviaron à Delessart al alto tribunal de la nacion establecido en Orleans, y encargado, segun la constitucion, de sentenciar las causas de estado. El rey le vió salir con sumo desconsuelo; le merecia su confianza, y le profesaba cariño por sus miras moderadas y pacíficas. Duport-Dutertre, ministro del partido constitucional, estuvo tambien amagado de demanda; pero se anticipó, pidió sincerarse, y quedó absuelto, pasando al órden del dia, pero dió luego despues su dimision. Cahier de Gerville hizo otro tanto, y de este modo se vió el rey desamparado del único de sus ministros que tuviese con la asamblea concepto de patriotismo.

Separado de los ministros que le habian suministrado los fuldenses, y no sabiendo à quien arrimarse en medio de esta tormenta, Luis XVI, que habia despedido à Narbonne por su esceso de popularidad, trató de hermanarse con la Jironda, que era republicana. A la verdad, lo era por desconfianza con el rey, quien podia, entregándose à ella, lograr su intimidad; pero se requeria que se diese entrañablemente, y aquella cuestion sempiterna de la buena ó mala fe se suscitaba aquí todavía como en todas las ocasiones. Por cierto que Luis XVI era injenuo cuando confiaba en un partido, pero sin que dejasen de mediar enfados y pesares. Así es que, en imponiéndole el partido alguna condicion violenta pero necesaria, la rechazaba; sobrevenia luego el recelo, y en seguida el desabrimiento, y luego la consecuencia de estas intimidades aciagas entre corazones ocupados por intereses contrapuestos era un rompimiento. Así sucedió que Luis XVI, despues de haberse hermanado con el partido fuldense, habia rechazado por enojo à Narbonne, que era su caudillo mas descollante; y ahora se veia reducido, para aplacar la tormenta, à ponerse en manos de la Jironda. El ejemplo de la Inglaterra, donde el rey suele sacar sus ministros de la oposicion, fué uno de los motivos que tuvo Luis XVI. Rayó entonces para la corte alguna esperanza, porque siempre el desventurado se la suele fraguar en sus apuros. Lisonjeóse de que Luis XVI, tomando alborotadores incapaces y ridículos, descon-

(*) Sesion del 10 de marzo.

ceptuaria el partido que se los aprontaba: no sucedió así sin embargo, y el nuevo ministerio no fué cual lo apetecia la maldad de los cortesanos.

Hacia mas de un mes que Delessart y Narbonne habian llamado à un sujeto cuyo desempeño calificaban de eminente, y lo tenian consigo para emplearlo. Este era Dumouriez, que, alternativamente comandante en Normandía y la Vendea, por donde quiera habia acreditado sumo teson é intelijencia peregrina. Brindárase à la corte y à la asamblea constituyente, porque cualquier partido se le hacia igual con tal que pudiese ejercitar su eficacia y su habilidad estraordinaria. Dumouriez, desairado en su siglo, habia pasado parte de su vida en amaños diplomáticos. Con valor, númen militar y político, à los cincuenta años no era, al estallar la revolucion, mas que un aventurero esclarecido. Conservaba sin embargo la fogosidad y el arrojo de la juventud, y al manifestarse una guerra ó una revolucion, ya ideaba planes, los dirijia à todos los partidos, pronto à trabajar por todos, con tal que estuviese en movimiento. Se habia avezado à desentenderse de la calidad de una causa, pero, aunque sin paradero fundamental, era jeneroso, sensible y capaz de intimidad, sino por el sistema, à lo menos por la persona. Ello es que con su entendimiento tan peregrino, tan veloz y tan dilatado, su denuedo, ya sosegado ya impetuoso, era sin igual para obedecer, pero inhábil para mandar. No tenia el señorío de un convencimiento íntimo ni la arrogancia de un albedrío despótico, no pudiendo mandar sino à soldados. Si con su númen hubiese tenido los ímpetus de Mirabeau, el denuedo de un Cromwell, ó siquiera las absolutas de un Robespierre, hubiera señoreado la revolucion y la Francia.

Dumouriez, al apearse en el umbral de Narbonne, ideó en seguida un grandísimo plan militar, en que abarcaba la guerra ofensiva y defensiva. Donde quiera que la Francia llegaba con sus lindes naturales, el Rin, los Alpes, los Pirineos y el mar, queria que se ciñese à la defensiva; pero en los Paises-Bajos, donde el territorio no llegaba al Rin, en la Saboya, donde no se encumbraba hasta los Alpes, queria que se embistiese al golpe, y en alcanzando à sus límites naturales, se volviese à la defensiva. Esto era hermanar nuestros intereses con los principios, y aprovecharse de una guerra que no se habia suscitado, para atenerse en cuanto à fronteras à las mismas de la naturaleza. Propuso además la for-

macion de cuarto ejército, destinado à aposentarse en el mediodía, cuyo mando pidió, y se lo prometieron.

Dumouriez se habia bienquistado con Gensonné, uno de los comisarios civiles enviados à la Vendea por la asamblea constituyente, diputado despues en la lejislativa, y uno de los miembros mas trascendentales de la Jironda. Advirtiendo tambien que los jacobinos eran los descollantes, se presentó en su sociedad, leyó varias memorias muy celebradas, y no por eso habia dejado su antigua intimidad con Delaporte, intendente de la lista civil y amigo rendidísimo de Luis XVI. Entroncado así con las diversas potestades, en el disparador de hermanarse, Dumouriez no podia menos de prevalecer y de entrar en el ministerio. Luis XVI le ofreció la secretaría de estado, vacante por el decreto de acusacion contra Delessart; pero, afecto siempre al ministro acusado, el empleo no era mas que interino. Dumouriez, con este arrimo y no queriendo aparentar que conservaba su destino para un ministro fuldense, se negó à la condicion, y lo obtuvo en propiedad. No halló en el ministerio mas que à Cahier de Gerville y Degraves; el primero, aunque habia hecho dimision, seguia despachando, y Degraves, que habia reemplazado à Narbonne, era jóven, dadivoso y bisoño. Dumouriez supo afianzárselo, y así tuvo en su mano el ramo de estado y el de la guerra, esto es, sus causas y su organizacion. Su númen emprendedor era para todo, y al asomar en el ministerio, se encasquetó el gorro rojo en los Jacobinos, adorno nuevo, tomado de los Frijios, y hecho ya el símbolo de la libertad, prometiéndoles además gobernar por ellos y para ellos. Presentado à Luis XVI, se le sinceró por su conducta con los jacobinos, desimpresionándolo de las zozobras que le habia causado; y tuvo maña de conmoverlo con demostraciones de afecto, y de esplayar su lóbrega tristeza con dichos agudos. Le persuadió que no iba en pos de popularidad sino en beneficio del solio, y con el fin de consolidarlo. Sin embargo, con todos sus miramientos, se esmeró en evidenciar al rey que la constitucion era inevitable, y procuró consolarlo manifestándole que un monarca podia ser muy poderoso con ella. Sus primeros pliegos à las potencias, fundados y valientes, mudaron el temple de las negociaciones, dieron à la Francia un ademan muy nuevo, pero hicieron la guerra imprescindible. Era natural que Dumouriez la anhelase, por blasonar de su desempeño y haber estado treinta y seis años

meditando sobre ella; pero es preciso confesar que la conducta del gabinete de Viena y el enojo de la asamblea la habian hecho inevitable.

Dumouriez, por su conducta en los Jacobinos, por su intimidad sabida con la Jironda, aun cuando no odiase à los fuldenses, debia estrellarse con ellos por el desdoro que les causaba. Por tanto estuvo siempre opuesto à los caudillos de este partido, cuyos escarnios y menosprecios arrostraba, por dirijirlos contra los jacobinos y la asamblea; y se resolvió à seguir su carrera con denuedo y desembarazo.

Habia que completar el ministerio. Se consultó con Petion, Gensonné y Brissot acerca de sus nombramientos. Segun la ley, no se podian sacar los ministros ni de la asamblea actual ni de la anterior, y así la eleccion estaba muy limitada. Propuso Dumouriez para la marina un empleado activo de aquel ramo, Lacoste, laborioso, práctico; y aunque patriota pertinaz, se apasionó al rey, le correspondió y permaneció à su lado mas que los otros. Se trataba de conferir el ministerio de la justicia à aquel jóven Louvet que estaba descollando en los Jacobinos, y merecia la privanza de la Jironda desde que habia sostenido tan acertadamente la opinion de Brissot à favor de la guerra; pero el envidioso Robespierre lo hizo delatar en seguida. Louvet se sinceró colmadamente, mas ya no se empleó un sujeto cuya popularidad andaba en hablas, y llamaron à Duranthon, abogado de Burdeos, sujeto despejado y recto, pero muy débil. Restaba todavía el ministerio de hacienda y el del interior, y la Jironda propuso tambien à Claviere, conocido por escritos apreciables sobre hacienda. Claviere tenia muchas especies, toda la terquedad de un hombre afanado y mucha actividad en sus tareas. El ministro del interior fué Roland, inspector antiguamente de manufacturas, célebre ya por escritos sólidos sobre la industria y las artes mecánicas. Este individuo, con su austeridad, la entereza de su sistema y un aspecto frio y adusto, cedia sin noticia suya al predominio de su mujer. Madama Roland, jóven y linda, alimentada en su recóndito retiro de especies filosóficas y republicanas, albergaba conceptos superiores à su sexo, y habia trocado los principios reinantes à la sazon en un sistema relijioso y severo. Viviendo en intimidad entrañable con su esposo, le franqueaba su pluma; comunicando una porcion de su travesura y el ambiente de su entusiasmo, no solo

à su marido, sino à todos los jirondinos, los apasionaba à la libertad y à la filosofía, y venian à idolatrar en ella la hermosura, la agudeza y sus propias opiniones.

El nuevo ministerio reunia bastantes prendas para descollar, pero tenia que contemporizar con Luis XVI, y al propio tiempo con la Jironda. Podia por entonces acudir à su desempeño, pero era de temer que se estrellase, cuando à la incompatibilidad natural de los individuos se juntasen algunos yerros inevitables. Luis XVI, prendado de la actividad de sus ministros, de sus sanas intenciones y de su tino para los negocios, estaba en sus glorias; complacíanle principalmente sus reformas económicas, porque siempre habia gustado de este jénero de mejoras, que no requieren sacrificios de la superioridad y de principios. Si hubiese podido seguir tan satisfecho como lo estuvo al principio, y desenamorarse de sus palaciegos, hubiera sobrellevado desahogadamente la constitucion. Lo repitió de corazon à los ministros, y consiguió convencer à los dos mas reacios, Roland y Claviere, siendo la persuasion cabal por entrambas partes. La Jironda, que no era republicana sino por recelos del rey, dejó de serlo entonces; y Vergniaud, Gensonné y Guadet entablaron correspondencia con Luis XVI; lo que fué luego un capítulo de acusacion contra ellos. La consorte inflexible de Roland era la única desconfiada, y contenia à sus amigos, demasiado propensos, segun decia, à entregarse. La razon de sus recelos es natural; no se apersonaba con el rey, y los ministros al contrario le hablaban diariamente, y las personas honradas que se rozan luego se estrechan; pero esta confianza debia flaquear, por cuanto mediarian puntos inevitables que harian descollar la suma diferencia de sus opiniones.

Los palaciegos se dedicaban à ridiculizar la sencillez un tanto republicana del nuevo ministerio y la aspereza cerril de Roland, que se presentaba en Palacio sin hebillas en los zapatos. Dumouriez correspondia à los escarnios, y salpicando con gracejo el afan mas intenso, agradaba al rey, le embelesaba con su agudeza, y quizás se le avenia mejor que los otros por la flexibilidad de sus opiniones. La reina, advirtiendo que era el mas acepto al ánimo del monarca, quiso tratarle; y él mismo nos ha conservado en sus memorias este coloquio peregrino que retrata los vaivenes de una princesa desventurada, digna de otro reinado, de otros amigos y de otra suerte.

Introducido, dice, en el aposento de la reina, la halló sola, muy encendida, paseándose á largos pasos con una ajitacion que denotaba una esplicacion fogosa. Fué à colocarse à un lado de la chimenea, entrañablemente condolido de su suerte y de las terribles sensaciones que estaba esperimentando. Se fué para él en ademan enojado y majestuoso, y le dijo : «Sois absoluto en este momento, por privanza con un pueblo que estrella apriesa sus ídolos. Se dice que sois hombre despejado; con que os haréis cargo de que ni el rey ni yo podemos avenirnos à tales novedades ni à la constitucion. Os lo declaro sin rodeos, y podeis tomar vuestro partido.»

Contestó : «Señora, me llega al alma la confidencia dolorosa con que V. M. acaba de honrarme. No seré alevoso, pero estoy entre el rey y la nacion, y pertenezco à mi patria. Permítaseme representaros que la salvacion del rey, la de V. M., la de sus augustos infantes, se cifra en la constitucion, como tambien el restablecimiento de su autoridad lejítima. Seria servir mal à VV. MM., si hablase yo en otros términos, porque rodean à entrambos enemigos que los sacrifican à su propio interés. La constitucion, si llega por fin à descollar, lejos de perjudicar al rey, le acarreará gloria y felicidad; por tanto es forzoso que coadyuve à su pronto y sólido establecimiento» — La desventurada reina, alterada de que Dumouriez le contrastase el ánimo, le dijo reforzando la voz con enojo : «Eso no ha de durar; tener cuenta con vos.»

Dumouriez contestó con entereza modesta : «Señora, tengo mas de cincuenta años; muchos peligros han asaltado mi vida, y al encargarme del ministerio, desde luego he considerado que la responsabilidad no es mi riesgo mas inminente. — No faltaba mas», esclamó con desconsuelo, «que calumniarme. Por lo visto, me considerais capaz de haceros asesinar.» Asomaron lágrimas à sus ojos.

Tan alterado como ella misma : «Dios me guarde, dijo, de injuriaros tan atrozmente. El carácter de V. M. es noble y grandioso, y las pruebas heroicas que ha dado han venido à asombrarme y cautivarme.» Aquietóse al punto, y se le acercó, y continuó entonces : «Señora, V. M. tendrá à bien creer que no tengo interés en engañarla, pues aborrezco tambien la anarquía y los atentados. Tengo esperiencia, y estoy mas bien situado que V. M. para juzgar de los acontecimientos. Esto no es un movimiento popular momen-

taneo, como algunos están creyendo; es la insurreccion casi unánime de una grande nacion contra abusos inveterados. Facciones vehementes atizan este incendio, y en todas hay malvados y frenéticos. En la revolucion no contemplo mas que al rey y à la nacion entera; cuanto propende à separarlos conduce à su mutua ruina; me afano en cuanto alcanzo para hermanarlos; à V. M. es à quien toca auxiliarme. Si yo sirvo de estorbo à sus intentos, y si se aferra en ellos, sépalo yo, y en seguida voy con mi dimision al rey para arrinconarme y sollozar por la suerte de mi patria y la de V. M.»

El fin de esta conversacion redundó en una entera confianza de la reina. Fueron haciendo reseña de las diversas facciones, le citó yerros y delitos de todos, le demostró alevosías de sus palaciegos, le repitió espresiones vertidas en la mas íntima confianza, en términos que la reina apareció totalmente convencida, y le despidió con semblante sereno y afable. Hablaba de buena fe; pero sus inmediatos y los horrendos escesos de los periódicos de Marat y de los jacobinos la arrojaron pronto de nuevo à sus funestas resoluciones.

Otro dia le dijo en presencia del rey: «Me veis inconsolable; ni aun me atrevo á asomarme por la parte del jardin. Anoche, para tomar el ambiente, me puse à la ventana del patio, y un artillero de guardia se me encaró con una desvergüenza torpe, añadiendo: ¡Cuál seria mi gozo al ver tu cabeza à la punta de mi bayoneta! En este horroroso jardin, por una parte asoma un hombre sobre una silla leyendo à voces infamias contra nosotros; por la otra se aparece un militar ó un abate, arrastrándolo à un estanque, acosándole à golpes y desvergüenzas; entretanto otros juegan al balon, ó se pasean sosegadamente. ¡Qué mansion! ¡Qué pueblo!» (Mem. de Dumouriez, libr. III, cap. VI.) (*). Así, por una especie de fatalidad, las intenciones supuestas de palacio promovian los recelos y el enfurecimiento del pueblo, y el desenfreno del pueblo aumentaba los quebrantos y las indiscreciones del palacio, por lo cual todo se volvia desesperacion dentro y fuera. Preguntaráse: ¿Porqué una esplicacion candorosa no atajaba tantas desdichas? ¿porqué el palacio no comprendia las zozobras del pueblo? ¿porqué el pueblo no comprendia los quebrantos del palacio? Pero ¿porqué los hombres vienen à ser hombres?... A esta última pre-

(*) Véase la nota 31 al fin del último tomo.

gunta hay que hacer alto, rendirse, conformarse con la naturaleza humana, y seguir con estas tristes relaciones.

Habia muerto Leopoldo II; su ánimo pacífico era un quebranto para la tranquilidad de Europa, y no cabia esperar igual moderacion de su sucesor y sobrino, el rey de Bohemia y de Hungría. Gustavo, rey de Suecia, acababa de ser asesinado en medio de una funcion. Los enemigos de los jacobinos les achacaban este asesinato; pero estaba muy demostrado que fué aborto de la nobleza humillada por Gustavo en la última revolucion de Suecia. Así es que la nobleza, que estaba tiznando en Francia el desenfreno revolucionario del pueblo, daba en el Norte un ejemplo de lo que ella habia sido en otro tiempo, y de lo que seguia siendo en paises donde la civilizacion estaba mas atrasada. ¡Qué ejemplo para Luis XVI, y qué leccion, si en su trance hubiera alcanzado à comprenderla! La muerte de Gustavo malogró la empresa que tenia premeditada contra la Francia, para la cual Catalina debia suministrar soldados, y España caudales. Es sin embargo dudoso que la alevosa Catalina hubiera cumplido su promesa, y así la muerte de Gustavo, cuyas consecuencias se encarecieron, fué en realidad un acontecimiento de poca trascendencia (*).

Delessart estaba procesado por la debilidad de sus pliegos; pero no era ni del temple ni del interés de Dumouriez el tratar apocadamente con las potencias. Los últimos pliegos habian satisfecho al parecer à Luis XVI por su despejo y su entereza. Mr. de Noailles, embajador en Viena y servidor poco sincero, envió su dimision à Dumouriez, diciendo que no esperanzaba del caudillo del imperio que escuchase el lenguaje que acababa de dictarle. Dumouriez se apresuró à informar à la asamblea, la cual, indignada de esta dimision, procesó en seguida à Mr. de Noailles. Envióse inmediatamente otro embajador con nuevos pliegos. Dos dias despues, se arrepintió Noailles de su dimision, y envió la contestacion categórica que habia exijido à la corte de Viena. Esta nota de Mr. de Cobentzel es, entre todos los yerros de las potencias, uno de los mas antipolíticos que han cometido. Mr. de Cobentzel requeria en nombre de su corte el restablecimiento de la monarquía francesa sobre las bases planteadas por la declaracion real de 23 de junio de 1789. Esto era obligarnos al restablecimiento de los tres estamentos, à la restitucion de los bienes del cle-

(*) Véase la nota 32 al fin del último tomo.

ro, y à la del Condado Venesino al Papa. El ministro austríaco pedia además la restitucion à los príncipes del imperio de las tierras de Alsacia, con todos sus derechos feudales. Preciso era desconocer la Francia, ó atenerse à las pasiones de Coblenza, para proponer semejantes condiciones. Era exijir à un tiempo el aniquilamiento de una constitucion jurada por el rey y la nacion entera, la revocacion de un grande acuerdo acerca de Aviñon, y en fin la quiebra por la restitucion de los bienes del clero ya vendidos. Y luego, ¿con qué derecho se pretendia semejante sumision? ¿con qué derecho intervenian en nuestros negocios? ¿y cuál era la queja que podian suscitar por los príncipes de la Alsacia, si sus tierras estaban embebidas en la soberanía francesa y tenian que sujetarse à su ley?

El primer impulso del rey y de Dumouriez fué ir sobre la marcha à la asamblea para informarla de este contenido. Indignóse como correspondia, y sonó un alarido jeneral de guerra. Lo que Dumouriez no manifestó à la asamblea fué que el Austria, à la cual habia amagado con una nueva revolucion en Lieja, habia enviado un ajente para ventilar con él este punto; que el lenguaje de este ajente era muy diverso del que usaba el ministerio austríaco, y que sin la menor duda la última nota era parto de una resolucion repentina y advenediza. La asamblea revocó el decreto de acusacion contra Noailles, y encargó un informe ejecutivo. El rey ya no podia cejar; esta guerra fatal iba en fin à declararse, y en ningun caso podia favorecer à sus intereses. Los Franceses, venciendo, se harian mas imperiosos é inexorables sobre la observacion de la nueva ley, y vencidos, se volverian contra el gobierno, y lo acusarian de no haber sostenido adecuadamente la guerra. Luis XVI estaba hecho bien cargo de entrambos peligros, y esta resolucion fué una de las que se le hicieron mas violentas (*). Dumouriez estendió su informe con su dilijencia ordinaria, y se lo llevó al rey, quien lo reservó por espacio de tres dias. Se trataba de saber si el rey, reducido à tomar la iniciativa en la asamblea, la comprometeria à declarar la guerra, ó si se contentaria con su consulta sobre este punto, participándole que, segun los desengaños manifestados, la Francia «se hallaba en estado de guerra.» Los ministros Roland y Claviere eran del primer dictámen. Los oradores de la Jironda lo sostenian igualmente, y

(*) Véase la nota 33 al fin del tomo último.

aun intentaban dictar el discurso del rey. Repugnaba à Luis XVI declarar la guerra, y preferia declarar «el estado de guerra.» La diferencia no era de entidad, pero así abultaba en su corazon. Cabia aquella condescendencia, vista su situacion, y Dumouriez mas avenible no dió oidos à ningun ministro, antes bien, sostenido por Degraves, Lacoste y Duranthon, puso corriente el dictámen del rey. Este fué su primer estrellon con la Jironda; pero el rey, componiendo él mismo su discurso, fué en persona à la asamblea el 20 de abril, acompañado del ministerio. Gran concurrencia formó el auditorio que daba realce à esta sesion, la cual se puso en ademan de decidir de la suerte de la Francia y de la Europa. El rey estaba inmutado, y mostraba sus afanes internos. Dumouriez leyó un informe individual de las negociaciones de Francia con el imperio, evidenciando que el tratado de 1756 quedaba roto de hecho, y despues del postrer ultimatum, la Francia «se hallaba en estado de guerra.» Añadió que el rey no teniendo otro arbitrio legal para consultar con la asamblea, sino la «propuesta formal de guerra,» se avenia à pedirle su dictámen por este conducto. Luis XVI entonces tomó la voz con señorío, pero con acento alterado. «Señores, dijo, acabais de oir el resultado de las negociaciones que he estado siguiendo con la corte de Viena; las conclusiones del informe han sido el dictámen unánime de mi consejo, y las he adoptado por propio impulso. Confórmanse con el anhelo que repetidamente me ha manifestado la asamblea nacional, y con los pareceres que me han demostrado crecido número de ciudadanos de los diferentes puntos del reino; todos anteponen la guerra al estar viendo por mas tiempo la dignidad del pueblo francés ultrajada, y amagada la seguridad nacional.

«He debido echar mano ante todo de cuantos medios cabian para conservar la paz, y vengo ahora, segun el tenor de la constitucion, à proponer à la asamblea nacional la guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia.»

Esta proposicion mereció acojida favorable, resonando por donde quiera las voces de «viva el rey.» La asamblea respondió à Luis XVI que iba à deliberar, y que se le informaria por un mensaje del resultado de la deliberacion. Entablóse luego una discusion alborotada, y se dilató hasta muy entrada la noche. Sus razones, ya espuestas en pro y en contra, se fueron repitiendo, hasta que al fin se espidió el decreto, resolviendo la guerra con gran mayoría.

«Considerando, decia la asamblea, que la corte de Viena desentendiéndose de los tratados ha estado patentemente apadrinando à los Franceses rebeldes, y que ha combinado y fomentado un convenio con varias potencias de Europa, contra la independencia y seguridad de la nacion francesa;

«Que Francisco I, rey de Hungría y de Bohemia (*), por sus notas de 18 de marzo y 7 de abril últimos, se ha negado à desentenderse de este convenio;

«Que apesar de la proposicion que se le ha hecho por la nota de 11 de marzo de 1792, de reducir por una y otra parte al estado de paz las tropas en la frontera, ha continuado y aumentado sus preparativos hostiles;

«Que terminantemente ha estado atentando à la soberanía de la nacion francesa, declarando querer sostener las pretensiones de los príncipes alemanes aposesionados en Francia, à los cuales la nacion francesa ha brindado con indemnizaciones;

«Que ha procurado dividir los ciudadanos franceses y armarlos unos contra otros, ofreciendo à los descontentos un arrimo en el convenio de las potencias;

«Considerando en fin que el negarse à responder à los últimos pliegos del rey de los Franceses no deja cabida para alcanzar por la via de una negociacion amistosa el desagravio de estos diferentes capítulos, y equivale à una declaracion de guerra, etc., la asamblea declara que hay urjencia.»

Confesémoslo, esta guerra cruel, que tanto tiempo ha desangrado la Europa, no ha sido suscitada por la Francia, sino por las potencias estranjeras. La Francia, al declararla, no hizo mas que reconocer por un decreto el estado en que la habian puesto. Condorcet fué el encargado de estender los motivos à la nacion, y la historia debe atesorar este trozo, esquisito modelo de tino y de comedimiento (**).

La noticia de la guerra ocasionó un alborozo jeneral, y los patriotas veian el término de las zozobras que les causaban la emigracion y la conducta ambigua del rey. Los moderados, aprensivos con el peligro de las divisiones, esperaban que el riesgo comun las atajara, y que los campos de batalla darian al través con todos aquellos hombres turbulentos, abortos de la revolucion. Algunos

(*) Francisco I no estaba todavía nombrado emperador.
(**) Véase la nota 34 al fin del tomo último.

fuldenses únicamente, propensos à zaherir la asamblea, la tildaban de haber quebrantado la constitucion, segun la cual la Francia no debia jamás ser agresora; pero es innegable que la Francia no atacaba, y así, fuera del rey y de algunos descontentos, la guerra venia à ser el anhelo jeneral.

Lafayette se dispuso para servir bizarramente à su pais en esta carrera nueva, y cúpole à él particularmente la ejecucion ideada por Dumouriez y mandada solo en la apariencia por Degraves. Lisonjeábase fundadamente Dumouriez, y hacia confiar à todos los patriotas, en que la invasion de la Béljica seria obvia. Este pais, recien-conmovido por una revolucion que el Austria habia enfrenado, no podia menos de estar propenso à sublevarse al asomo de los Franceses, y entonces debia realizarse el dicho de la asamblea à los soberanos: «Si nos enviais la guerra, allá va la libertad»; cuanto mas que ahí se cifraba el desempeño del plan ideado por Dumouriez, que consistia en esplayarse hasta sus lindes naturales. Rochambeau mandaba el ejército mas aparejado para obrar, pero no se le podia encargar la operacion, à causa de su temple melancólico y enfermizo, y con especialidad porque era menos adecuado que Lafayette para una embestida entre militar y popular. Se anhelaba que Lafayette fuese el comandante jeneral, pero Dumouriez lo resistió, sin duda por desafecto, alegando que en presencia de un mariscal no cabia dar el mando en jefe de esta espedicion à un mero jeneral. Dijo además, y esta razon tenia mejor viso, que Lafayette era sospechoso para los jacobinos y para la asamblea, siendo positivo que, como jóven, travieso y el único de todos los jenerales que estuviese querido por su ejército, asustaba à las imajinaciones acaloradas, y por su influjo daba márjen à las calumnias de los malévolos. Como quiera, se brindó airosamente para ejecutar el plan del ministro militar y diplomático; pidió cincuenta mil hombres, con los cuales propuso arrojarse por Namur y el Mosa hasta Lieja, desde donde debia señorear todos los Paises-Bajos. Este plan atinado mereció la aprobacion de Dumouriez, pues recien declarada la guerra, no tenia el Austria lugar para resguardar sus posesiones de la Béljica, y el éxito parecia muy seguro. Por consiguiente Lafayette tuvo órden de marchar al instante con diez mil hombres desde Givet sobre Namur, y de allí sobre Lieja ó Bruselas, siguiéndole inmediatamente todo el ejército. Mientras ejecutaba este movimiento, el teniente jeneral Biron de-

bia partir para Valenciennes con diez mil hombres y encaminarse à Mons. Otro jefe tenia órden de marchar à Turnay y ocuparlo repentinamente. Estos movimientos ejecutados por los oficiales de Rochambeau no tenian otro objeto mas que el de sostener y encubrir el ataque verdadero que se habia confiado à Lafayette. La ejecucion de todo el plan se fijó del 20 de abril al 2 de mayo. Biron se puso en movimiento, salió de Valenciennes, se apoderó de Quievrain, y encontró algunos destacamentos enemigos junto á Mons. De repente dos rejimientos de dragones, sin enemigos al frente, vocean «estamos vendidos», huyen, y se llevan consigo todo el ejército. Los oficiales se empeñan sin fruto en detenerlos, les amenazan de tirarles, y continúan huyendo. Entrégase el campamento, y todos los enseres paran en manos de los Imperiales. Mientras este acontecimiento ocurria en Mons, Teobaldo Dillon, segun el plan acordado, sale de Lila con diez mil hombres de infantería y mil caballos. En el mismo punto que sucedia el desastre de Biron, la caballería, al asomo de algunas tropas austríacas, ceja gritando que está vendida; arrebata à la infantería, y todo el equipaje cae tambien en manos de los enemigos. Teobaldo Dillon y un oficial de injenieros llamado Berthois son asesinados por la soldadesca y por el pueblo de Lila. Entretanto Lafayette, avisado tarde, habia llegado de Metz à Givet con sumo trabajo y por caminos casi intransitables, debiendo únicamente al denuedo de sus tropas el haber atravesado en tan poco tiempo un espacio tan considerable. Sabedor allí del desastre de los oficiales de Rochambeau, juzgó que debia hacer alto; y estos aciagos acontecimientos sobrevinieron à fines de abril de 1792.

CAPITULO IX.

Desavenencias en el ministerio jirondino. La supuesta comision austríaca. Decreto para la formacion de un campamento de 20,000 hombres junto á Paris. Carta de Roland al rey. Despido de los ministros jirondinos; dimision de Dumouriez. Formacion de un ministerio fuldense. Proyectos del partido constitucional; carta de Lafayette á la asamblea; situacion del partido popular y de sus caudillos; planes de los diputados meridionales. Papel de Petion en los acontecimientos de junio. Jornada del 20 de junio de 1792; sublevacion de los arrabales; escenas en los aposentos de las Tullerías.

La noticia del éxito malaventurado de los encuentros de Quievrain y de Turnay, y de la muerte del jeneral Dillon, causó una conmocion jeneral. Era natural suponer que entrambos acontecimientos estaban premeditados, en vista de su coincidencia. Acusábanse todos los partidos; y los jacobinos y los patriotas acalorados se empeñaban en que se habia vendido la causa de la libertad. Dumouriez, sin acusar á Lafayette, pero receloso de los fuldenses, opinó que el malogro de su plan habia sido con la mira de malquistarlo. Quejóse Lafayette, aunque menos destempladamente que su partido, de que le habian retardado la órden para ponerse en marcha, y no le habian suministrado todos los medios necesarios para su llegada. Los fuldenses estendieron además que Dumouriez habia querido perder á Rochambeu y á Lafayette, sujetándolos á un plan sin proporcionarles los medios para ejecutarlo. No cabia semejante intento, por cuanto Dumouriez formando así sus planes de campaña, y alejándose hasta este punto de su papel de ministro de estado, se esponia en gran manera con su malogro; cuanto mas que el incorporar la Béljica á la Francia y á la libertad, correspondia al plan que estaba premeditando hacia tiempo. ¿Pues cómo se ha de suponer que apeteciese su malogro? Estaba patente que ni los jenerales ni los ministros no habian podido estar de mal ánimo porque todos estaban interesados en el triunfo;

pero los partidos ponen siempre à los hombres en el lugar de las circunstancias, con el fin de culpar à alguien de los quebrantos que les sobrevienen.

Degraves, despavorido con el alboroto causado por estos últimos acontecimientos, trató de eximirse de un cargo que le abrumaba hacia tiempo, y Dumouriez cometió el desacierto de no quererlo sobrellevar. Luis XVI, siempre avasallado por la Jironda, dió este ministerio à Servan, militar antiguo, conocido por sus opiniones patrióticas. Este nombramiento robusteció à la Jironda, que vino à tener la mayoría en el consejo, estando Servan, Claviere y Roland à su disposicion. Desaviniéronse los ministros, y la Jironda, haciéndose por cada dia mas recelosa, imponia por consiguiente nuevos testimonios de buena fé à Luis XVI. Dumouriez, que se enamoraba poco de opiniones, y à quien la confianza de Luis XVI habia prendado, se ponia siempre de su parte, y otro tanto hacia Lacoste, sumamente adicto al monarca. Duranthon se mantenia neutral, y solo propendia à los partidos mas endebles. Servan, Claviere y Roland eran inflexibles; llenos de zozobras con sus amigos, se mostraban por cada dia menos avenibles y mas inexorables en el consejo. Otra circunstancia particular acabó de indisponer à Dumouriez con los prohombres de la Jironda. Al entrar en el ministerio habia pedido seis millones para gastos secretos, y de los cuales no tuviese que rendir cuentas. Los fuldenses se habian opuesto, pero la Jironda habia hecho prevalecer su peticion, y franqueáronsele los seis millones. Petion habiendo pedido caudales para la policía de Paris, Dumouriez le habia otorgado treinta mil francos al mes, pero dejando de ser jirondino, ya no se avino à pagarlos sino la vez primera. Por otra parte se supo ú se sospechó que acababa de dedicar cien mil francos à sus recreos, y Roland, en cuya casa se juntaba la Jironda, lo llevó muy à mal con todos los suyos. Los ministros solian comer alternativamente los unos en casa de los otros, para conferenciar sobre los negocios públicos, y cuando se reunian en casa de Roland era con su mujer y con todos sus amigos, de modo que puede decirse que se celebraba consejo por la misma Jironda. En una de estas reuniones se reconvino à Dumouriez sobre el jaez de sus gastos reservados, y al pronto respondió festiva y agudamente, pero se destempló luego y se indispuso terminantemente con Roland y los jirondinos. No asomó ya por las reuniones acostumbradas, y alegó por motivo que

no gustaba de tratar de negocios públicos ni delante de una mujer ni en presencia de los amigos de Roland. Volvió sin embargo alguna vez à casa de este; pero sin hablar de negocios sino muy de paso. Otra discusion acabó de enemistarlo con los jirondinos. Guadet, el mas descocado de su partido, leyó una carta en la cual queria que los ministros inclinasen al rey para tomar por confesor un clérigo juramentado. Dumouriez sostuvo que los ministros no podian entrometerse en los ejercicios devotos del rey, y aunque le aprobaron Vergniaud y Gensonné, la contienda no fué menos empeñada, y el rompimiento se hizo definitivo.

Entablaron el ataque contra Dumouriez los periódicos; y los fuldenses, que ya estaban conjurados contra él, se hallaron con el arrimo de los jacobinos y de los jirondinos. Dumouriez, embestido por todas partes, arrostró gallardamente la tormenta, y mandó castigar à algunos periodistas.

Ya se habia espedido un decreto de acusacion contra Marat, autor del «Amigo del Pueblo,» obra infernal, en donde pedia sin rebozo el asesinato, y descargaba las desvergüenzas mas osadas contra la familia real y contra cuantos se hacian sospechosos à su imajinacion delirante. Para contrarestar la impresion de estas disposiciones, se entabló demanda contra Royou, redactor del «Amigo del Rey,» y que perseguia à los republicanos con la misma furia que Marat à los realistas.

Hacia tiempo que se andaba hablando de una comision austríaca, y los patriotas la glosaban en el pueblo como se solia hacer en la corte con la faccion de Orleans. Achacábase á esta comision un influjo secreto y mortal que se ejercitaba por el intermedio de la reina. Si en tiempo de la constituyente hubo tal vez algun remedo de comision austríaca, no quedaba ni un asomo en tiempo de la lejislativa. En aquella sazon un personaje encumbrado, desde los Paises-Bajos se correspondia con la reina, y bajo el nombre de su familia le comunicaba advertencias cuerdas, à las cuales el medianero francés añadia aun algun realce con sus comentarios. Pero con la lejislativa se atajaron estas correspondencias, y si las habia con la familia de la reina, su contenido se reducia à aconsejarle el sufrimiento y la resignacion. Bertrand de Molleville y Montmorin eran los únicos que frecuentaban el palacio despues de su salida del ministerio, y así todas las sospechas recaian sobre ellos, como que eran en efecto los ajentes de todas las comisiones reser-

vadas. Fueron acusados sin rebozo por el periodista Carra, y resueltos à demandarle por calumniador, le intimaron que manifestase los fundamentos de su denuncia. El periodista se escudó con tres diputados, y nombró á Chabot, Merlin y Bazire, como autores de las especies que habia publicado. El juez de paz Lariviere, afectísimo à la causa del rey, seguia este asunto con mucho denuedo, y tuvo la resolucion de espedir un auto de prision contra los tres diputados. La asamblea, ofendida de la osadía de quebrantar la inviolabilidad de sus individuos, contestó al juez de paz con un decreto de acusacion, y envió el desventurado Lariviere á Orleans.

Esta tentativa desgraciada no hizo mas que aumentar la ajitacion jeneral y el encono contra la corte. La Jironda no se consideraba ya dueña de Luis XVI, desde que Dumouriez lo habia avasallado, y habia vuelto à su papel de oposicion violenta.

Acababa de formarse la nueva guardia constitucional para el rey, y segun la ley, se le debia tambien componer la servidumbre civil; pero la nobleza no queria aceptarla, por no reconocer la constitucion, desempeñando empleos creados por ella. Por otra parte no se queria formarla de hombres nuevos, y así se orilló el intento. «Cómo quiere V. M., Señora, escribia Barnave à la reina, conseguir el que lleguen à dudar estas jentes de su interior? Cuando le decretan una guardia militar y una servidumbre civil, semejante al jóven Aquíles entre las muchachas de Licomedes, V. M. echa mano desaforadamente del sable para desechar unos meros adornos (*).» Los ministros y el mismo Bertrand insistieron por su parte en el mismo concepto que Barnave, pero sin éxito; y la formacion de la servidumbre civil quedó olvidada.

La guardia militar, formada segun el plan propuesto por Delessart, se componia de un tercio de tropa de línea, y los otros dos de ciudadanos jóvenes entresacados de la guardia nacional. Esta composicion debia parecer de toda confianza, pero los oficiales y los soldados de línea se habian escojido de modo que indisponian à los patriotas. Mancomunados contra los jóvenes sacados de la guardia nacional, los acosaban con sus tropelías y precisaban à la mayor parte à retirarse. Estos quedaban luego reemplazados por individuos mas seguros, y en fin el número de los guardias se habia aumentado en términos, que en vez de los mil y ochocientos fijados por la ley, ascendian, segun se dice, à cerca de seis mil.

(*) Memorias de Madama Campan, tomo II, pájina 154.

Dumouriez se lo habia avisado al rey, quien respondia siempre que al anciano duque de Brissac, jefe de esta tropa, no cabia que se le considerase como un conspirador. Sin embargo, la conducta de la nueva guardia era tal en palacio y fuera, que menudeaban las sospechas contra ella, y dieron pábulo á la crítica de las sociedades. Por el mismo tiempo doce Suizos ostentaron la escarapela blanca en Neuilly; quemáronse almacenes considerables de papel en Sèvres (*), lo que ocasionó grandes recelos. El sobresalto se hizo entonces jeneral; la asamblea se declaró permanente, como si se hallase en los dias en que treinta mil hombres amenazaban á Paris. Tambien es cierto que las turbulencias eran universales; que los clérigos no juramentados alborotaban el pueblo en las provincias meridionales, y abusaban del secreto de la confesion para resucitar el fanatismo; que el convenio de las potencias estaba patente; que la Rusia iba á juntarse con el Austria; que los ejércitos estranjeros estaban ya amenazando; y que los últimos fracasos de Lila y de Mons ajitaban todos los ánimos. Es igualmente cierto que el poderío del pueblo infunde poca confianza, que jamás se cree en él antes que lo haya ejercitado, y que la muchedumbre desconcertada, por mas numerosa que sea, es incapaz de contrarestar á seis mil hombres rejimentados. Con esto la asamblea arrebatadamente se declaró en permanencia (**), y pidió un informe individual de la composicion de la guardia del rey, en cuanto al número, la eleccion y la conducta de los que la componian. Despues de haberse evidenciado que estaba quebrantada la constitucion, dió un decreto despidiendo la guardia, y otro de acusacion contra el duque de Brissac, enviando entrambos acuerdos á la sancion. El rey por el pronto queria aplicarles el veto, pero Dumouriez le recordó el despido de los guardias de la persona, mucho mas antiguos en su servicio que la nueva guardia militar, y le redujo á renovar un sacrificio menos violento. Manifestóle además las culpas verdaderas de su guardia, y logró la ejecucion del decreto; pero en seguida insistió en su nueva composicion, y el rey, ya volviese á su primer sistema de aparecer oprimido, ya contase con esta guardia despedida, á la cual conservó secretamente su sueldo, se negó á reemplazarla, y quedó así entregado sin resguardo á la furia popular.

(*) Véase la nota 35 al fin del último tomo.
(**) Sesion del 28 de mayo.

La Jironda, dando su ánimo por desahuciado, se aferró en su ataque con perseverancia. Habia ya espedido un nuevo decreto contra los clérigos, para suplir al que el rey se habia negado à sancionar, y como los informes se agolpaban sin interrupcion sobre su conducta facciosa, acababa de condenarlos al destierro de ultramar. La comprobacion de los culpados era difícil, y esta disposicion, como todas las de seguridad, estribaba en la sospecha, y así solo por notoriedad se prendian y se trasportaban. Bajo la denuncia de veinte ciudadanos honrados y con la aprobacion del directorio del distrito, el del departamento sentenciaba la causa, y el clérigo condenado debia salir del distrito en veinte y cuatro horas, del departamento en tres dias, y del reino en un mes. Si era menesteroso, se le aprontaban tres francos al dia hasta la raya, y esta ley severa manifestaba el grado de enojo que iba creciendo en la asamblea (*). Siguió inmediatamente otro decreto à este; pues el ministro Servan, sin órden del rey y sin consultar con sus compañeros, propuso, con motivo de la próxima federacion del 14 de julio, el formar un campamento de 20.000 confederados, destinado al resguardo de la asamblea y de la capital. Se deja discurrir con qué afan fué recibido este proyecto por la mayoría de la asamblea compuesta de jirondinos, cuyo poderío era à la sazon incontrastable. Gobernaban la asamblea, en donde los constitucionales y los republicanos eran menos, y los supuestos imparciales no eran como siempre mas que indiferentes, y de continuo mas rendidos; al paso que la mayoría se iba encumbrando, cuanto mas que disponian de Paris por el correjidor Petion que era todo suyo. Su proyecto con el campamento propuesto era sin ambicion personal, pero mediaba la del partido y de la opinion para apoderarse del rey y resguardarse de sus intentos sospechosos.

Apenas se supo la proposicion de Servan, preguntóle Dumouriez en consejo pleno y con la mayor vehemencia, à título de qué habia hecho semejante proposicion, y contestó que à título de individuo. —« En tal caso, le replicó Dumouriez, no se debia ladear el nombre de Servan con el dictado de ministro de la guerra. » La contienda fué tan reñida, que à no mediar el rey, hubiera podido correr la sangre en el mismo consejo. Servan ofreció retirar su propuesta, mas era ya en balde, porque la asamblea se la habia

(*) Este decreto es del 27 de mayo, y el siguiente relativo al campamento de 20,000 hombres del 8 de junio.

apropiado, y el rey no hubiera sacado mas ventaja que la de aparecer violento con su ministro. Con esto se opuso Dumouriez, quedó la propuesta, y fué impugnada por una peticion firmada por ocho mil guardias nacionales, agraviados de que al parecer se conceptuase su servicio insuficiente para resguardar la asamblea. Quedó sin embargo decretada, y llevóse al rey con otros dos decretos importantes para la sancion, que suponian habia de negar el rey, poniéndole en el disparador, para espedir contra él una sentencia definitiva.

Dumouriez sostuvo en consejo pleno que esta disposicion seria fatal para el trono, pero con especialidad para los jirondinos, por cuanto el nuevo ejército se formaria bajo el influjo de los jacobinos mas violentos; añadió no obstante que debia adoptarse por el rey, à causa de que si rehusaba convocar veinte mil hombres entresacados con esmero, se levantarian por sí hasta cuarenta mil, y arrollarian la capital. Por otra parte Dumouriez aseguró que le quedaba un medio de anular esta disposicion, como lo manifestaria con oportunidad. Sostuvo tambien que el decreto sobre la traslacion de los clérigos debia sancionarse, porque estaban culpados, y que así se les pondria en salvo de sus enemigos. Luis XVI titubeaba todavía, y respondió que lo pensaria mas de espacio. En el mismo consejo Roland quiso leer en presencia del rey una carta que le habia escrito, y cuya lectura era ya escusada, porque el rey la sabia. Esta carta se habia dispuesto à instancias de madama Roland, que fué su redactora. Ya se ha visto que se trató de escribirla en nombre de todos los ministros, pero habiéndose estos negado, madama Roland insistió con su marido, quien se allanó à dar el paso en su nombre. En vano Duranthon, que era débil pero atinado, le hizo cargo con fundamento de que el tenor de la carta, lejos de persuadir al rey, lo exasperaria contra unos ministros que merecian la confianza pública, y que resultaria un rompimiento pernicioso entre el solio y le partido popular. Roland se aferró, atenido al dictámen de su mujer y de sus amigos, pues la Jironda apetecia en efecto una esplicacion, y anteponia un rompimiento à la incertidumbre.

Roland pues leyó la carta al rey, y le hizo aguantar en consejo pleno los cargos mas agrios.

He aquí esta famosa carta:

« Señor: el estado actual de Francia no puede tener subsistencia; es un trance, cuya violencia llega à lo sumo, y su paradero

será un estallido que debe alcanzar á V. M., como á todo el imperio.

«Honrado con la confianza de V. M. y encumbrado donde debo decir la verdad, me arrestaré á decirla sin rebozo; es una obligacion que V. M. mismo me ha impuesto.

«Los Franceses han planteado una constitucion; esta ha ocasionado descontentos y rebeldías: quiérela mantener la mayoría de la nacion, como que ha jurado defenderla á costa de su sangre, y alborozada ha visto asomar la guerra que le brindaba un campo para afianzarla. Sin embargo la menoría muy esperanzada, echa el resto por descollar, y de ahí es la lid intestina contra las leyes, y aquella anarquía que desconsuela á los buenos ciudadanos, ofreciendo á los malévolos su anhelado arbitrio para calumniar el nuevo réjimen, y de ahí es tambien aquella desavenencia tan jeneral, como que en ninguna parte deja de hallarse. Se aspira ó al triunfo ú al cambio de la constitucion, y se trabaja para sostenerla ó variarla. Me desentenderé de escudriñar lo que es en sí, para considerar únicamente lo que requieren las circunstancias, y haciéndome forastero al intento en cuanto cabe, investigaré lo que se puede esperar, y lo que es del caso favorecer.

«Gozaba V. M. de grandes prerogativas que conceptuaba inherentes á su jerarquía; educado con la máxima de conservarlas, no ha podido vérselas arrebatar sino con quebranto; y el anhelo de recobrarlas era tan natural como el pesar de verlas perdidas. Estos impulsos, innatos al corazon humano, han debido entrar en el cálculo de los enemigos de la revolucion, y no han podido menos de contar con una privanza reservada, hasta que las circunstancias permitiesen proteccion mas patente. Este ánimo no podía trasponerse á la misma nacion, y ha debido infundirle desconfianza.

«V. M. pues se ha hallado en la alternativa de ceder á sus primeros hábitos y sus propensiones particulares, y de hacer sacrificios dictados por la filosofía é impuestos por la necesidad; por consiguiente ha debido alentar á los rebeldes, desasosegando la nacion, ó aplacarla hermanándose con ella. Todo tiene su término, y llegó ya el de la incertidumbre.

«¿V. M. puede acaso estrecharse á las claras con los que intentan reformar la constitucion, ó debe arrojarse jenerosamente y sin reserva á hacerla triunfar? Esta es la cuestion verdadera, cuya solucion se cifra en nuestro estado actual; pues en cuanto á la

otra, sumamente metafísica, de saber si los Franceses se hallan en su madurez para la libertad, nada tiene que ver aquí, porque no se trata de calificar lo que hemos de ser dentro de un siglo, sino de ver lo qué cabe en la jeneracion presente.

«En medio de los vaivenes en que vivimos hace cuatro años, ¿qué es lo que ha sucedido? Hanse abolido regalías gravosas para el pueblo; el concepto de justicia y de igualdad se ha derramado universalmente, ha calado por donde quiera, y la opinion de los derechos del pueblo ha consolidado el impulso de sus derechos, cuyo reconocimiento solemne es ya doctrina sagrada, y el encono contra la nobleza, infundido hace tiempo por el feudalismo, ha venido á exasperarse por la oposicion patente de la mayor parte de los nobles á la constitucion que la anonada.

«En el primer año de la revolucion, el pueblo estaba mirando en estos nobles la odiosidad de los privilejios opresores que estuvieron gozando, y ya se desvanecieron; pero la conducta de la nobleza fué robusteciendo cuantas razones habia para temerla é impugnarla, como á una enemiga irreconciliable.

«El apego á la constitucion ha ido proporcionalmente en aumento, pues no solo el pueblo le era deudor de beneficios considerables, pero desde luego se ha hecho cargo de que le estaba preparando otros mucho mayores, fundado en que los mismos que se habian habituado á volcar sobre él todas las pechas, andaban solícitos y eficaces para destruirla ó modificarla.

«La declaracion de los derechos es ya un evanjelio político, y la constitucion francesa una relijion, por la cual el pueblo está pronto á perecer.

«Y aun por eso su cariño ha llegado algunas veces al punto de suplir á la ley, y cuando esta carecia de eficacia para enfrenar á los alborotadores, los ciudadanos han tomado á su cargo el castigarlos por sí mismos.

«Por esto ha sucedido que las fincas de los emigrados han quedado espuestas á los estragos que infundia la venganza; por lo cual tantos departamentos se han creido precisados á castigar los sacerdotes que la opinion tachaba, y que parafan en ser sus víctimas.

«En este roce de intereses, todos los impulsos se han disparado á fuer de pasiones. La patria no es una voz engalanada por la fantasía; es una entidad á la cual se han tributado sacrificios, que

enamora mas y mas por cada dia, tras los afanes que acarrea, que se fomenta con sumo ahinco, que descuella en medio de las zozobras, y que se idolatra por su costo tanto como por su privanza; y cuantos agravios se le hacen son tantos incentivos inflamadores del entusiasmo que se le profesa. ¿Hasta qué punto va à descollar este entusiasmo desde el instante en que las fuerzas enemigas reunidas por defuera se combinen con las tramas internas para descargar golpes funestísimos? Hierve el imperio de estremo à estremo, y estallará horrorosamente, à menos que una confianza discreta en los intentos de V. M. no alcance à abonanzarlo, pero esta confianza no se arraigará con protestas, ni le cabe otro cimiento que el de los hechos.

«Es evidente para la nacion francesa que la constitucion puede seguir su rumbo, que el gobierno tendrá todo el empuje que necesita, desde el momento en que, ciñéndose absolutamente al triunfo de la constitucion, sostendrá el cuerpo lejislativo con todo el poderío de la ejecucion, quitará todo pretexto à los sobresaltos del pueblo, y toda esperanza à los malcontentos.

«Dos decretos importantes, por ejemplo, se han dado; interesan entrambos esencialmente al sosiego público y à la salvacion del estado; el rezago de su sancion infunde recelos, y si se dilata todavía, causará descontento; pues, me atrevo à decirlo, en el acaloramiento actual de los ánimos, el descontento puede acarrear inesperados paraderos.

«No cabe ya cejar, como ni tampoco contemporizar; la revolucion queda hecha en los ánimos, se acabará à costa de sangre, y se fortalecerá con ella, si la cordura no ataja los trastornos que cabe todavía evitar.

«Me hago cargo de que se pueden idear medios estremados para ejecutar y contener à un mismo tiempo, pero despues de haber ahincado el conato para violentar la asamblea, cuando estuviese ya Paris despavorido, y sus cercanías al par trastornadas, toda la Francia se sublevaría con indignacion, y descuartizándose con la saña de una guerra civil, desentrañaria aquella lóbrega pujanza, madre de virtudes y atentados, siempre funesta à sus fomentadores.

«La salvacion del estado y la dicha de V. M. se dan estrechamente la mano; ninguna potestad alcanza à desavenirlas; congojas mortales y desventuras ciertas cercarán el trono, careciendo del

arrimo de la constitucion y de la bonanza de la paz, que debe proporcionarnos su mantenimiento. Así es que la propension de los ánimos, el raudal de los acontecimientos, las razones de la política, y el interés de V. M. hacen indispensable la obligacion de estrecharse con el cuerpo lejislativo, y de corresponder al anhelo nacional, constituyendo la necesidad de cuanto los principios demuestran como un deber. Pero la sensibilidad natural à este pueblo afectuoso está pronta à desentrañar un motivo de reconocimiento, y os han engañado en estremo, Señor, cuando os han infundido desafecto y recelos para con este pueblo fácil de atraer. El desasosiego perpetuo que han infundido à V. M. le inclina à una conducta trastornadora para V. M. misma; en viéndola resuelta à seguir la constitucion, en la cual ha cifrado su felicidad, vendrá à ser el objeto de su íntima gratitud.

«La conducta de los clérigos en varios parajes, y los pretextos que suministraba el fanatismo à los descontentos, han hecho espedir una ley atinada contra los trastornadores; en sancionándola V. M., queda servido el sosiego público y la salvacion de los clérigos. Si esta ley no rije, los departamentos se verán precisados à sustituirla, como hacen por todas partes, con disposiciones violentas, y el pueblo airado la suplirá con escesos.

«Las tentativas de nuestros enemigos, los vaivenes que han aparecido en la capital, y el sumo desasosiego que habia fomentado la conducta de la guardia de V. M., y que alimentan todavía los testimonios de satisfaccion que le ha merecido con una proclama verdaderamente antipolítica en las circunstancias; la situacion de Paris y la cercanía de la raya han manifestado la necesidad de un campamento en sus inmediaciones. Esta disposicion, cuya urjencia y cordura han prendado à todos los sujetos regulares, está esperando todavía la sancion de V. M.; ¿por qué causa las demoras le han de dar visos de pesadumbre, cuando la prontitud le acarrearia el agradecimiento?

«Ya las tentativas del estado mayor de la guardia nacional parisiense contra esta disposicion han dado sospechas de influjo superior; ya las declamaciones de algunos alborotadores renuevan los recelos de su intimidad con los interesados en el vuelco de la constitucion, y ya la opinion pública empaña los intentos de V. M. Si media todavía alguna demora, el pueblo desconsolado conceptuará traslucir en su rey el amigo y el cómplice de los conspiradores.

«¡Santos Cielos! ¡os habriais empeñado en cegar las potencias de la tierra, para que no les quepan sino consejos arruinadores!

«Sé muy bien que el lenguaje adusto de la verdad merece rara vez acojida en el solio; sé tambien que es porque escasea el hacerse indispensables las revoluciones, y sé principalmente que debo usarlo con V. M., no solo como ciudadano sujeto à las leyes, sino como ministro honrado con su confianza, ó revestido de las funciones que la suponen, y no hay estorbo que me ataje el camino de cumplir con los impulsos de mi conciencia.

«Bajo el mismo concepto repetiré mis representaciones à V. M. sobre la obligacion y la utilidad de ejecutar la ley que prescribe tener un secretario en el consejo. La existencia única de la ley habla tan poderosamente, que la ejecucion debiera, al parecer, seguirla sin demora; pero es muy esencial el valerse de todos los medios para conservar à las deliberaciones la gravedad, la cordura y la madurez necesarias; y se requiere algun medio para testimoniar las opiniones de los ministros responsables; pues careciendo de este, no hablaria yo por escrito en este momento con V. M.

«Nada es la vida para el hombre que antepone à todo sus obligaciones; pero despues de la dicha de haberlas desempeñado, el único logro que le enamore es el de conceptuar que lo ha ejecutado con fidelidad, y esto mismo es una obligacion para el hombre público.

Paris, 10 de junio de 1792, año IV de la libertad.

Firmado—ROLAND.»

El rey oyó esta lectura con sumo sufrimiento, y salió diciendo que daria à conocer sus intentos.

Fué llamado Dumouriez à palacio, donde halló el rey y la reina juntos. «¿Debemos acaso, dijeron, aguantar por mas tiempo la insolencia de estos tres ministros?—No señor, respondió Dumouriez.—¿Os encargais vos de libertarnos de ellos? replicó el rey.—Sí señor, añadió tambien el osado ministro; mas para su logro es forzoso que V. M. se avenga à una condicion. Yo estoy malquisto, y lo estaré mas con el despido de los tres compañeros, caudillos de un partido poderoso. Solo queda un arbitrio para evidenciar al público que no se les despide por su patriotismo.—¿Cuál es? preguntó el rey.—Se reduce, respondió Dumouriez, à sancionar ambos decretos;» y repitió las razones que habia

espuesto en consejo pleno. La reina esclamó que la condicion era sobrado violenta; pero Dumouriez se esmeró en hacerle cargo que los veinte mil hombres no eran de temer; que el decreto no espresaba el sitio del campamento, que, por ejemplo, se les podia enviar á Soissons, que allí se les emplearia en ejercicios militares, y que luego se les iria encaminando á los ejércitos, cuando se fuese echando de ver la necesidad. «Para eso, dijo el rey, se requiere que vos seais ministro de la guerra.—Corriente, contestó Dumouriez, apesar de la responsabilidad, pero se requiere tambien que V. M. sancione el decreto contra los clérigos, pues solo así puedo comprometerme. Dicho decreto, lejos de dañar á los eclesiásticos, los escudará contra los ímpetus populares; V. M. debia oponerse al primer decreto de la asamblea constituyente que requeria el juramento; ahora ya no puede cejar.—Erré entonces, esclamó Luis XVI, y no debo errar dos veces.» La reina, que no terciaba con su esposo en escrúpulos relijiosos, se puso de parte de Dumouriez, y por un instante el rey pareció que concedia su adhesion.

Dumouriez le apuntó los nuevos ministros sucesores de Servan, Claviere y Roland; y eran Mourgues para el interior, y Beaulieu para la hacienda. La guerra recaia en Dumouriez, quien por el pronto reunia ambos ministerios, hasta que se nombrase para el estado. Estendióse el oficio en seguida, y el 13 de junio, Roland, Claviere y Servan quedaron formalmente despedidos. Roland, que tenia todo el denuedo necesario para desempeñar cuanto ideaba la travesura de su mujer, acudió luego á la asamblea, y leyó la carta que habia escrito al rey, y por la cual le despedian. Este paso era seguramente lícito, declaradas una vez las hostilidades, pero, habiendo prometido al rey la reserva de la carta, ya no era jeneroso el leerla en público.

La asamblea celebró con grandes aplausos la lectura de Roland, dispuso que la carta se imprimiese y se enviase á los ochenta y tres departamentos, y declaró además que los tres ministros despedidos llevaban consigo la confianza de la nacion. En este mismo punto, Dumouriez, sin acobardarse, asomó en la tribuna con su nuevo dictado de ministro de la guerra. Habia dispuesto arrebatadamente un informe individual sobre el estado del ejército y sobre los desaciertos de la administracion y de la asamblea. No contempló la adustez de los que sabia propensos á desairarlo.

Apenas se dejó ver, se disparó la grita de los jacobinos, enmudeciendo los fuldenses. Dió cuenta lo primero de una ventajilla alcanzada por Lafayette, y de la muerte de Gouvion, el cual, oficial, diputado y pundonoroso, inconsolable con las desdichas de la patria, habia ido en busca de la muerte. La asamblea se condolió del malogro de aquel ciudadano jeneroso, y oyó con tibieza los estremos de Dumouriez, y especialmente el anhelo que manifestó de ponerse en salvo de las propias calamidades por la idéntica suerte. Pero cuando anunció su informe como ministro de la guerra, se desentendieron por todas partes de escucharle. Pidió tibiamente el habla, y logró algun silencio. Sus cargos airaron à algunos diputados: «¿No lo oís? esclamó Guadet, nos está dando lecciones.—¡Y porqué no? replicó sosegadamente el gallardo Dumouriez.» Restablecióse el sosiego, acabó su lectura, y fué alternativamente mofado y aplaudido. Al acabar, plegó sus memorias para llevárselas. «Ya huye» vocearon.—«No,» replicó, y estendió osadamente su cuaderno sobre el escritorio, lo firmó con despejo, y atravesó la asamblea con serenidad inalterable. Lo encallejonaron à la salida, y algunos diputados le dijeron: «Iréis à parar à Orleans.»—Mejor, respondió, me bañaré y tomaré los sueros, que necesito con descanso.»

Su teson serenó al rey, quien le manifestó su complacencia, pero el desventurado monarca estaba ya conmovido, y le remordian los escrúpulos; pues, cercado de amigos aleves, se habia aferrado en sus determinaciones, y ya no queria sancionar los dos decretos.

Los cuatro ministros reunidos en consejo suplicaron al rey verificase sus dos sanciones, como parecia haberlo ofrecido. El rey respondió desabridamente que no podia adherecer sino al decreto de los veinte mil hombres; que, en cuanto al de los clérigos, estaba resuelto à oponerse, que habia tomado su partido, y que ningun amago lo volcaría. Leyó la carta, en la cual participaba su determinacion al presidente de la asamblea. «Uno de los cuatro, dijo à sus ministros, la firmará,» y pronunció estas palabras con un desentono cual no le habian visto jamás.

Dumouriez entonces le escribió dando su dimision. «¡Este hombre, esclamó el rey, me ha hecho despedir tres ministros, porque intentaban precisarme à adoptar los decretos, y ahora quiere que los sancione!» Esta reconvencion era injusta, porque solo con la

condicion de ambas sanciones se avino Dumouriez à sobrevivir à sus compañeros. Luis XVI lo recibió, preguntándole si insistia en lo mismo. Dumouriez estuvo incontrastable. «En tal caso, le dijo el rey, acepto la dimision.» Todos los ministros la habian hecho igualmente. Sin embargo el rey retuvo à Lacoste y à Duranthon, y les precisó à permanecer. M. M. Lajard, Chambonas y Terrier de Mont-Ciel, sacados de los fuldenses, ocuparon los ministerios vacantes.

«El rey, dice Madama Campan, cayó por entonces en tal desaliento, que paró en postracion física; estuvo diez dias seguidos sin articular una palabra, ni aun en medio de su familia, escepto que, en una partida de chaquete, que jugaba con Madama Isabel à la hora de la siesta, tenia que pronunciar las voces indispensables en el juego. La reina lo sacó de esta situacion, tan funesta en el trance crítico de tener que obrar por minutos, echándose à sus piés, ya valiéndose de especies apropósito para asustarle, ya de las espresiones que solia usar su ternura. Le recordaba el afecto que debia à su familia, y se propasó à decirle que, en el caso de perecer, fuese con pundonor, y sin esperar à que viniesen à ahogarlos uno sobre otro en el mismo piso de su aposento (*).»

Ya se deja alcanzar cuáles debian ser los ánimos de Luis XVI, al volver en sí y à la tarea de los negocios. Despues de haber ya una vez abandonado el partido de los fuldenses para entregarse al de los jirondinos, no le cabia volver à los primeros con inclinacion y esperanza; pues habia palpado su incompatibilidad con entrambas partes, y, lo que era mas doloroso, ya todos la habian esperimentado. Desde entonces debió mas que nunca inclinarse à los estranjeros, y cifrar en ellos sus esperanzas. Esta especie se manifestó en él tan evidente, que sobresaltó à los que veian en la invasion de la Francia el vuelco de la libertad, el suplicio de sus defensores, y quizás la division y desmembracion del reino. Luis XVI no veia eso, porque siempre se procura orillar el inconveniente de aquello que se apetece. Despavorido con el alboroto causado por la derrota de Mons y de Turnay, habia enviado à Mallet-du-Pan à Alemania, con instrucciones escritas de su puño, en las que encargaba à los soberanos que avanzasen con cautela, que guardasen los mayores miramientos con los habitantes de las provincias que fuesen atravesando, y que echasen adelante un manifiesto en

(*) Véanse las Memorias de Madama Campan, tomo II, pájina 205.

el cual protestarian de sus intentos pacíficos y conciliadores (*). Por mas moderado que fuese este proyecto, no dejaba de ser un brindis para que se internaran en el pais, y por otra parte, si este era el anhelo del rey, ¿lo vendrian à ser igualmente el de los príncipes estranjeros y rivales de la Francia, y el de los émigrados enfurecidos? ¿Y Luis XVI estaba seguro de que no lo arrebatasen mas allá de sus intentos? Los ministros de Prusia y de Austria mismos demostraron à Mallet-du-Pan los recelos que les infandia el acaloramiento de los emigrados, y parece que le fué trabajoso el desengañarles sobre este particular (**). La reina estaba tambien recelosa, y temia particularmente à Calonne como el mas peligroso de sus enemigos (***). Mas no por eso dejaba de amonestar à su familia que obrase con la mayor prontitud para su rescate. Desde este punto, el partido popular debió mirar á la corte como un enemigo tanto mas temible, cuanto disponia de todas las fuerzas del estado, y la lid que se empeñaba habia de ser de muerte. El rey, al formar su nuevo ministerio, no echó mano de ningun hombre descollante, pues, colgado de su rescate cercano, no pensaba mas que en ir pasando algunos dias, y bastábale para esto el ministerio mas baladí.

Los fuldenses procuraron utilizar la coyuntura del arrimo de la corte, menos, es verdad, por ambicion personal de partido, que por interés con el rey. No daban crédito à la invasion, y no veian en ella jeneralmente mas que un atentado, y además un peligro tan grande para la corte como para la nacion. Se hacian cargo de que el rey vendria à estrellarse antes de la llegada de los auxilios, y, despues de la invasion, temian venganzas atroces, quizás la desmembracion del territorio, y por supuesto la abolicion de toda libertad.

Lally Tolendal, que hemos visto dejar la Francia desde que fueron impracticables las dos cámaras; Malouet, que las ensayó todavía en la revision; Duport, Lameth, Lafayette y otros, que deseaban conservar lo que habia, se reunieron para aventurar el postrer esfuerzo. Este partido, como todos, no estaba muy acorde consigo mismo, pero se hermanaba en una sola mira, cual era la de preservar al rey de sus yerros y de salvar la constitucion con

(*) Véase la nota 36 al fin del último tomo.
(**) Véase la nota 37 al fin del último tomo.
(***) Véase la nota 38 al fin del último tomo.

él. Cualquier partido precisado à obrar sombriamente tiene que dar pasos que se apellidan tramas, cuando no son acertadas, y bajo este concepto tramaban los fuldenses. Al ver el despido de Servan, Claviere y Roland, obrado por Dumouriez, se estrecharon con este, y le propusieron su intimidad, bajo la condicion de que firmaria el veto contra el decreto sobre los clérigos. Dumouriez, quizás por enfado ú tal vez por desconfianza en sus medios, y sin duda tambien por el empeño que habia tomado por la sancion del decreto, desechó esta alianza, y se encaminó al ejército con el anhelo, escribió à la asamblea, de que un cañonazo acabalase su concepto.

Quedaba à los fuldenses Lafayette, quien desentendiéndose de sus amaños, terciaba con ellos en su indisposicion con Dumouriez, y anhelaba ante todo salvar al rey sin quiebra de la constitucion. Eran endebles sus arbitrios, por cuanto la corte, que procuraban resguardar, no queria estarlo por ellos. La reina, que se franqueaba amistosamente con Barnave, habia siempre usado de la mayor cautela para su trato, y nunca lo habia recibido sino à hurtadillas. Los emigrados y la corte no le perdonaron el tratar con los constitucionales, siendo este uno de sus encargos mas encarecidos, anteponiendo hasta los mismos jacobinos, porque decian habria que transijir con los primeros, y nada se tenia que cumplir con los segundos (*). Añádase à estos consejos muy repetidos el encono personal de la reina con Lafayette, y se echará de ver que la corte no estaba propensa à valerse ni de los constitucionales ni de los fuldenses. Sobre estas repugnancias de la corte para con ellos hay que tener presente la endeblez de los medios de que podian echar mano contra el partido popular. Lafayette, es cierto, era el ídolo de sus soldados y debia contar con su ejército, pero tenia el enemigo al frente, y no podia dejar la raya indefensa para acudir al interior. El anciano Luckner, que le servia de arrimo, era endeble, medroso y voluble, aunque valerosísimo en la refriega. Pero aun cuando se contase con los arbitrios militares, carecian de los civiles los constitucionales. La Jironda disponia de la mayoría de la asamblea, y la guardia nacional era en parte suya, pero estaba desavenida y desorganizada. Los constitucionales quedaban pues reducidos, valiéndose de sus fuerzas militares, à marchar de la raya sobre Paris, esto es, à intentar una insurreccion,

(*) Véase la nota 39 al fin del último tomo.

contra la asamblea; pero toda insurreccion, muy adecuada para un partido violento que toma la ofensiva, es funesta é inoportuna para un partido que resiste al arrimo de las leyes. Sin embargo estrecharon à Lafayette, é idearon con él una carta à la asamblea. Escrita en su nombre, debia manifestar sus impulsos con el rey y la constitucion, y su desagrado à todo lo que propendiese à menoscabar uno ú otro. Sus amigos estaban desavenidos, los unos avivaban, y los otros contrastaban su ímpetu; mas ciñéndose à lo que podia ser provechoso al rey, á quien jurara fidelidad, escribió la carta, y arrostró cuantos peligros se agolpaban sobre su frente. El rey y la reina, aunque resueltos à no valerse de él, se la dejaron escribir, porque no veian en este paso sino una descarga mutua de reconvenciones entre los amigos de la libertad. Llegó la carta el 18 de junio; y Lafayette, despues de haber vituperado en el arranque la conducta del último ministro, à quien, segun decia, iba à delatar al punto en que supo su despido, continuaba en estos términos:

«No basta que este ramo del gobierno esté ya libre de un influjo funesto; peligra el bien público, la suerte de la Francia estriba principalmente en sus representantes, de ellos espera la nacion su rescate, y al plantear la constitucion les franquea el único rumbo para salvarla.»

Luego, protestando su adhesion inviolable à la ley jurada, esponia el estado de la Francia, la cual veia cercada por dos especies de enemigos, los internos y los esteriores.

«Hay que acabar con unos y con otros, pero no alcanzaréis este logro sino siendo constitucionales y justicieros..... Mirad en torno de vosotros..... ¿Podeis acaso encubrir que una faccion, para atenernos à su verdadero nombre, que la faccion jacobita es la trastornadora? Ella es la que yo acuso denodadamente. Organizada à fuer de un imperio aparte, en su metrópoli y en sus hijuelas, conducida à ciegas por algunos caudillos ambiciosos, esta secta forma un gremio separado en el centro del pueblo francés, cuya pujanza usurpa, sojuzgando à sus representantes y subdelegados.

«Allí en sesion pública el afecto à las leyes se tilda de aristocracia, y su infraccion es patriotismo; allí los asesinos de Dezilles logran triunfos, los delitos de Jourdan panejiristas, y allí la relacion del asesinato que ha mancillado la ciudad de Metz acaba todavía de merecer aclamaciones infernales.

«¿Esperarán desmerecer estos cargos ostentando un manifiesto austríaco en donde se nombran estos secuaces? ¿Serán ya sagrados porque Leopoldo ha pronunciado su nombre? ¿Y porqué tenemos que lidiar con los estranjeros que se entrometen en nuestras discordias, estamos dispensados de libertar nuestra patria de una tiranía doméstica?»

Recordando luego sus servicios antiguos à favor de la libertad, y especificando los resguardos que habia dado à la patria, el jeneral respondia de sí y de su ejército, y declaraba que la nacion francesa, si no era la mas vil del universo, podia y debia contrastar à la conjuracion de los reyes que se habian coligado contra ella. «Pero, añadió, para que nosotros, soldados de la libertad, peleemos con ahinco y muramos con fruto por ella, es preciso que el número de los defensores de la patria quede luego proporcionado al de sus antagonistas, y se les abastezca copiosamente para facilitar nuestros movimientos; que el bienestar de las tropas, sus arreos, sus pagas, el esmero de su salud, no padezcan fatales tardanzas..... etc.» Venian otros consejos, de los cuales este era el principal y el postrero: «El reinado de las asonadas, dado al través por vosotros, dé lugar al reinado de la ley; sus usurpaciones al ejercicio denodado é independiente de las autoridades constituidas, sus máximas desorganizadoras à los verdaderos principios de la libertad; su desenfreno bravío al valor sosegado y constante de una nacion que conoce sus derechos y los defiende, y en fin, sus combinaciones banderizas à los intereses verdaderos de la patria, la cual en este trance debe hermanar à cuantos no miran su esclavitud y su ruina como un objeto de logro inicuo y de especulacion infame.»

Esto era decir à las pasiones disparadas: «alto,» à los mismos partidos: «sacrificaos de corazon,» à un raudal: «no corras;» aunque el consejo fué infructuoso, no dejaba de ser de su obligacion el darlo. La carta fué muy vitoreada por el lado derecho; enmudeció el izquierdo, y apenas se acabó la lectura, se empezó à tratar de la impresion y el envio à los departamentos.

Vergniaud pidió el habla, y dijo que importaba à la libertad, tan bien defendida por Lafayette hasta aquel punto, que se deslindasen las peticiones de los meros ciudadanos que daban un parecer ó demandaban justicia, y las lecciones de un jeneral armado. Este no debia espresarse sino por el conducto del ministerio, pues de otro modo zozobraba la libertad, y así habia que pasar al ór-

den del dia. Contestó Thevenot que la asamblea debia recibir de boca de Mr. Lafayette las verdades que no osaba decirse à sí misma. Esta última observacion ocasionó un alboroto, y aun hubo quien negó la autenticidad de la carta. «Aun cuando no estuviese firmada, esclamó Mr. Coubé, solo Mr. de Lafayette ha podido escribirla.» Guadet pidió el habla por un hecho, y sostuvo que la carta no podia estar escrita por Mr. Lafayette, porque hablaba de la dimision de Dumouriez, verificada el 16, y que la fecha era del mismo dia. «Seria pues imposible, añadió, que el firmante hablase de un hecho que no podia saber. O la firma no es suya, ó estaba en blanco y al albedrío de una faccion que debia disponer de ella à su antojo. Hubo mucho estruendo à estas palabras, pero Guadet continuando añadió que Mr. Lafayette era incapaz, segun su pundonor tan sabido, de haber escrito semejante carta.—Debe saber, añadió, que cuando Cromwell.....—El diputado Dumas no pudiendo ya contenerse à esta última voz, pide el habla; sobreviene mucha alteracion en la asamblea, y sin embargo Guadet, apoderado de la tribuna, continúa: decia yo....; le interrumpen de nuevo.—Estabais, le dicen, en Cromwell.....—Ya volveré, replicó... Estaba yo diciendo que Mr. de Lafayette debe saber que cuando Cromwell hablaba ese lenguaje, la libertad habia ya zozobrado en Inglaterra. Es preciso cerciorarse de que un cobarde se ha escudado con el nombre de Mr. de Lafayette, ó bien acreditar con un escarmiento al pueblo francés que no habeis prestado un juramento huero al jurar la constitucion.»

Un sinnúmero de vocales atestiguan que conocen la firma de Mr. de Lafayette, y à pesar de eso se pasa la carta à la comision de los doce, para comprobar su autenticidad, y queda así defraudada de la impresion y del envio à los departamentos.

Este paso pundonoroso fué pues absolutamente inútil, y debia serlo segun la situacion de los ánimos. Desde aquel punto quedó el jeneral tan malquisto como la corte; y si los caudillos de la Jironda, mas despejados que el pueblo, no conceptuaban à Lafayette capaz de vender à su pais, porque hubiese embestido à los jacobinos, creíalo sin embargo la turba, à fuerza de oirlo repetir en las asonadas, en los periódicos y en los parajes públicos.

Así pues, à las zozobras que la corte infundia al partido popular, se añadieron las que Lafayette ocasionaba con sus arranques. Entonces este partido quedó absolutamente desesperanzado, y

resolvió acabar con la corte antes que ella pudiese plantear las tramas que se le suponian.

Ya se ha visto el temple del partido popular, y al ir descollando mas y mas, se patentizaba por grados, acaudillándolo nuevos personajes. Ya se ha dado à conocer Robespierre en los Jacobinos, y Danton en los Franciscanos. Las sociedades, el ayuntamiento y las secciones comprendian muchos sujetos, que por el ímpetu de su carácter y de sus pareceres estaban en el disparador de todo jénero de empresas. Eran de este número Sergent y Panis, cuyos nombres sonaron luego en un acaecimiento pavoroso. Sobresalian en los arrabales varios comandantes de batallon con sus amagos, y el principal era un cervecero llamado Santerre. Gustaba al pueblo por su gallardía, su metal de voz y alguna afluencia, habiéndose venido à granjear cierto señorío en el arrabal de San Antonio, de cuyo batallon era comandante. Santerre habia ya sobresalido en el avance sobre Vincennes, rechazado por Lafayette en febrero de 1791, y, como todos los hombres insubsistentes, podia hacerse muy peligroso, segun el influjo de cada momento. Solia asistir à todos los conciliábulos que se juntaban en los arrabales desviados, y reuníase allí con el diarista Carra, procesado por haber zaherido à Bertrand de Molleville y Montmorin, un tal Alejandro, comandante del arrabal de San Marcelo, cierto individuo muy conocido con el nombre de Fournier el Americano, el carnicero Legendre, que luego fué diputado en la convencion, un mancebo platero llamado Rossignol, y otros varios que por sus intimidades con el populacho alborotaban todos los arrabales. Correspondíanse por los principales de ellos con los caudillos del partido popular, y podian así sujetar sus movimientos à todo empuje superior.

No es fácil especificar terminantemente cuáles eran los diputados que contribuian à estos movimientos, porque los mas señalados eran forasteros, y no gozaban de otro influjo mas que el de su persuasiva. Guadet, Isnard, Vergniaud, provinciales todos, se correspondian mas con sus departamentos que con el mismo Paris, y por otra parte, acalorados en la tribuna, prescindian de impulsos esteriores, y no alcanzaban à conmover la muchedumbre. Condorcet y Brissot, diputados de Paris, no tenian mas actividad que los antecedentes, y por su hermandad de opinion con los diputados de poniente y de mediodía, habian parado en jirondi-

nos. Roland, desde el despido del ministerio patriota, se vió oscurecido en su vida privada, habitando una vivienda adocenada y desconocida en la calle de Santiago. Persuadido à que la corte estaba en ánimo de entregar la Francia y la libertad à los estranjeros, deploraba las desventuras de su pais con algunos amigos, diputados en la asamblea, mas no aparece que en aquella tertulia se dedicasen à embestir à la corte. Favorecia solo la impresion de un periódico-cartel, intitulado el «Centinela,» que Louvet, ya conocido en los Jacobinos por sus contiendas con Robespierrre, redactaba por un rumbo patriótico. Roland, durante su ministerio, habia franqueado fondos para ilustrar la opinion pública con escritos, de cuyo residuo se costeaba el «Centinela.»

Habia à la sazon en Paris un jóven Marsellés, fogoso, valiente y con humos republicanos, llamado el Antínoo, por ser tan hermoso. Habia sido diputado por su concejo à la asamblea lejislativa, para fiscalizar el directorio de su departamento, por cuanto estas desavenencias entre las autoridades inferiores y superiores, y entre los ayuntamientos y los directorios de departamento, eran jenerales en toda la Francia. Este Marsellés se llamaba Barbaroux, y como intelijente y activo, podia ser provechoso à la causa popular. Avistóse con Roland, y se lastimó con él de los fracasos que amagaban à los patriotas, y convinieron que yendo siempre à mas el peligro en el norte de la Francia, en el último trance habia que retirarse hácia el mediodía para fundar una república que pudiera irse esplayando, como Cárlos VII lo habia hecho con su reino desde Bourges. Fueron examinando el mapa con el exministro Servan; y decian que, volcada sobre el Rin y mas acá la libertad, debia cejar detrás de los Vosges y el Loira, y que rechazada en estos atrincheramientos, le quedaba todavía, à levante, el Doubs, el Ain y el Ródano, à poniente, el Vienne, el Dordoña, y al centro los peñascos y los rios del Lemosin.—Mas adelante, añadia el mismo Barbaroux, tendríamos la Auvernia, sus picachos tajados, sus selvas antiguas y las montañas de Velay, abrasadas allá por el fuego, y ahora cubiertas de pinares; sitios montaraces en donde los hombres surcan la nieve, pero viven independientes. Las Cevenas nos ofrecerian un resguardo harto célebre para hacerse temible à la tiranía, y al estremo del mediodía, hallaríamos por vallas el Isere, el Durance y el Ródano, desde Lyon hasta el mar, y los Alpes y las murallas de Tolon; y si por fin todos estos

puntos quedaren allanados, nos quedaba la Córcega, aquella Córcega en que los Jenoveses y los Franceses no han acertado à connaturalizar la tiranía, y que no espera mas que brazos para fertilizarla y filósofos para ilustrarla (*).

Era natural que los habitantes del mediodía tratasen de refujiarse en sus provincias, quedando el norte allanado, del cual tampoco se desentendian, pues quedaron en escribir à sus departamentos que formasen de suyo el campamento de 20.000 hombres, aunque el decreto relativo à este punto estaba todavía por sancionar. Contaban mucho con Marsella, ciudad acaudalada, de considerable poblacion y en estremo democrática. Habia enviado à Mirabeau à los estados jenerales, y despues habia hecho cundir sus ánimos por todo el mediodía. El correjidor era amigo de Barbaroux y de las propias opiniones; y así le escribió que se abasteciese de granos, que enviase sujetos seguros à los departamentos confinantes, como tambien à los ejércitos de los Alpes, de Italia y de los Pirineos, à fin de ir labrando la opinion pública; que hiciese tantear à Montesquiou, jeneral del ejército de los Alpes, y afianzase su ambicion en beneficio de la libertad; y en fin que se conviniese con Paoli y los Corzos en términos de disponer un auxilio y un asilo postrero. Se encargó además al mismo correjidor que retuviese el producto de los impuestos, para privar de ellos à la potestad ejecutiva, y emplearlos contra ella en caso necesario. Cuanto Barbaroux estaba haciendo respecto à Marsella, lo practicaban otros con sus departamentos, y trataban de afianzarse un asilo. De modo que el recelo se trocó en desesperacion, disponiendo el alboroto jeneral, en cuyos preparativos iba rayando notable diferencia entre Paris y los departamentos.

El correjidor Petion, enlazado con los jirondinos, y despues colocado y proscrito con ellos, se hallaba, con motivo de sus funciones, mas inmediato à los alborotadores de Paris. Tenia mucha serenidad y unos visos de reposo, que sus enemigos conceptuaban torpeza, y una honradez decantada por sus parciales y reverenciada por sus émulos. El pueblo, que siempre da dictados à cuantos nombra à menudo, le apellidaba «la virtud Petion.» Hemos hablado ya de él con motivo del viaje de Varennes, y de la preferencia que la corte le dió contra Lafayette para el correjimiento de Paris. Anheló la corte cohecharlo, y algunos estafado-

(*) Memorias de Barbaroux, pájinas 38 y 39.

res lo prometieron, pidiendo cierta suma, y se la apropiaron sin un asomo de esplicacion con el sujeto à quien su carácter sabido hacia inaccesible. El gozo que la corte logró con este arrimo y con la creencia de cohechar un majistrado tan popular fué de corta duracion; pues luego echó de ver que la habian engañado, y que las virtudes de sus contrarios no eran tan venales como soñaba.

Petion habia sido de los primeros que conceptuaron cuán ajeno estaba un rey nacido en el absolutismo de modificar nunca sus propensiones. Era republicano antes que nadie pensase en repúblicas, y en la constituyente fué por convencimiento lo que era Robespierre por su destemplanza. En la lejislativa acabó de convencerse del empedernimiento de la corte, y persuadiéndose que estaba llamando à los estranjeros, republicano ya por sistema, vino à serlo entonces por el interés de su seguridad. Desde este punto se dedicó, dicen, à fomentar una nueva revolucion; atajaba los movimientos desacertados, y favorecia al contrario los bien dirijidos, procurando ante todo hermanarlos con la ley, por su escrupulosidad estremada.

Sin que nos conste la parte que tuvo Petion en los movimientos que se estaban preparando, sin que sepamos tampoco si consultó con sus amigos de la Jironda para esforzarlos, afirmarémos, en vista de su conducta, que nada hizo de cuanto los pudiera atajar. Asegúrase que à fines de junio fué en busca de Santerre con Robespierre, Manuel, síndico del concejo, Sylleri, ex-constituyente, y Chabot, ex-capuchino y diputado; que este peroró à la seccion de los trescientos, y le dijo que la asamblea la estaba esperando. Como quiera, cierto es que se juntaron conciliábulos, y, segun su opinion sabida y su conducta posterior, no es creible que estos personajes escrupulizasen un punto en su asistencia (*). Desde aquel punto se estuvo hablando en los arrabales de una funcion para el 20 de junio, cumpleaños del juramento en el trinquete. Tratábase, decian, de plantear un árbol de la libertad en el terrado de los Fuldenses, y de dirijir una peticion à la asamblea y otra al rey. Esta peticion debia presentarse con armas, por donde se echa de ver que el verdadero intento de este proyecto era atemorizar el palacio con el aspecto de cuarenta mil picas.

Dirijióse el 16 de junio una peticion formal á los prohombres

(*) Véase la nota 40 al fin del último tomo.

del concejo para autorizar à los ciudadanos del arrabal de San Antonio à reunirse el 20 con armas y presentar un memorial à la asamblea y otro al rey. Los prohombres pasaron al órden del dia, y mandaron que su acuerdo se comunicase al directorio y al cuerpo municipal. Los demandantes no se dieron por desahuciados, y dijeron sin rebozo que no dejarian de reunirse. El correjidor Petion no verificó las comunicaciones mandadas el 16 sino el 18, además lo hizo tan solo con el departamento, y no con el cuerpo municipal.

El 19, el directorio del departamento, que ya se ha visto singularizarse en todas ocasiones contra los alborotadores, hizo un acuerdo que prohibia las cuadrillas armadas, y ordenaba al comandante jeneral y al correjidor tomasen las disposiciones adecuadas para deshacerlas. Notificóse este acuerdo à la asamblea por el ministro del interior, y se ventiló luego el punto de si se debia ó no leer.

Vergniaud se opuso à su lectura, pero sin fruto, porque se verificó, y se pasó luego al órden del dia.

Acababan de sobrevenir dos acaecimientos de entidad en la asamblea, pues el rey habia manifestado su oposicion à los dos decretos, relativo el uno à los clérigos no juramentados, y el otro à la formacion de un campamento de 20.000 hombres. Oyóse este relato con sumo enmudecimiento, en ocasion que algunos Marselleses se habian presentado à la barandilla con un memorial en la mano. Se acaban de ver las relaciones de Barbaroux con ellos, y estimulados por sus encargos, habian escrito à Petion, ofreciéndole el total de sus fuerzas, añadiendo una peticion dirijida à la asamblea. Decian entre otras cosas:

« La libertad francesa peligra, pero el patriotismo del Mediodía ha de salvar la Francia... El dia de la cólera del pueblo ha llegado... Lejisladores, la fuerza del pueblo está en vuestras manos; empleadla; el patriotismo francés os está pidiendo le dejeis marchar con fuerzas incontrastables hácia la capital y la raya... No rehusaréis la autorizacion de la ley à los que anhelan fenecer en su defensa. »

Esta lectura promovió reñidos debates en la asamblea, y los vocales del lado derecho opinaban que enviar esta peticion à los departamentos, era brindarles con la sublevacion. Sin embargo decretóse el envio à pesar de estas reflexiones, justísimas en ver-

dad, pero infructuosas desde que se echó de ver que solo una nueva revolucion podia salvar la Francia y la libertad.

Tales fueron las particularidades del 19, y continuaban entretanto los movimientos en los arrabales, cuando Santerre, segun aseguran, decia à sus íntimos un tanto zozobrosos con el acuerdo del directorio: «¿Qué temeis? La guardia nacional no tendrá órden para tirar, y allí estará Petion.»

El correjidor à media noche, ya porque conceptuase el movimiento incontrastable, ó que estuviese en ánimo de favorecerlo, como lo practicó despues en el 10 de agosto, escribió al directorio pidiendo que lejitimase las reuniones, permitiendo à la guardia nacional recibir à los ciudadanos de los arrabales entre sus filas. Este arbitrio se adecuaba à las miras de aquellos, que sin apetecer trastornos, querian sin embargo asustar al rey; y está probado que estas eran en efecto las miras de Petion y de los caudillos populares. El directorio contestó à las cinco de la madrugada del 20, que se aferraba en sus acuerdos anteriores. Petion entonces mandó al jefe de dia que completase las guardias y doblase la de las Tuilerías, mas no pasó de aquí; y no queriendo ni renovar los acaecimientos del Campo de Marte, ni deshacer las cuadrillas, esperó hasta las nueve la reunion del ayuntamiento. En ella dejó que se acordase una decision contraria à la del directorio, y se mandó à la guardia nacional que franquease sus filas à los demandantes armados. Petion, no oponiéndose à un acuerdo que atropellaba la autoridad administrativa, cometió una especie de contravencion que se le afeó despues. Pero cualquiera que fuese el carácter de este acuerdo, inutilizáronse sus disposiciones, porque la guardia nacional no tuvo lugar de formarse, y el agolpamiento se hizo luego tan considerable, que no fué posible el variar ni su aspecto ni su direccion.

Eran las once, y acababa de reunirse la asamblea en los asomos de un grande acontecimiento. Acuden los miembros del departamento para manifestarle la inutilidad de todos sus conatos. El síndico Roederer toma la voz, espone que una reunion estraordinaria de ciudadanos se ha formado contra la ley, y à pesar de varias órdenes de las autoridades; que esta reunion parece que lleva por objeto solemnizar el cumpleaños del 20 de junio y tributar un nuevo acatamiento à la asamblea; pero que si este es el ánimo de la mayor parte, es de temer que algunos mal intencionados quieran va-

lerse de esta muchedumbre para sostener una peticion al rey, que no debe recibirla sino bajo la forma apacible de un mero memorial. Haciendo presentes luego los acuerdos del directorio y de los prohombres del concejo, las leyes decretadas contra los acuadrillamientos armados, y los que fijan à veinte el número de los ciudadanos que pueden presentar una peticion, exhorta à la asamblea para que las haga ejecutar; «por cuanto, añade, hoy los demandantes armados acuden aquí por un impulso cívico, pero mañana puede reunirse un tropel de malévolos, y entonces, os pregunto, señores, ¿qué tendríamos que decirles?.. »

En medio de los aplausos de la derecha y de los susurros de la izquierda, que desaprobando los sobresaltos y la prevision del departamento, aprobaba à las claras la sublevacion, Vergniaud sube à la tribuna, y hace reparar que el abuso que tanto asusta al síndico para lo venidero es ya corriente; que varias veces se han recibido demandantes armados, que se les ha permitido desfilar en el salon; que ha sido quizás un desacierto, pero que los demandantes de hoy tendrian razon para quejarse si se les trataba de diverso modo; que si, como lo estaban diciendo, querian presentar una peticion al rey, le enviarian por supuesto los demandantes desarmados, y que por lo demás, si se temia algun peligro para el rey, se le podia cercar con una diputacion de sesenta individuos.

Dumolard se conforma con cuanto ha sostenido Vergniaud, confiesa el abuso establecido, pero defiende que se debe atajar, principalmente en ocasion en que la asamblea y el rey se aparecen á la vista de Europa, como los esclavos de una faccion asoladora. Pide, como Vergniaud, el envio de una diputacion, pero requiere además que el ayuntamiento y los prohombres respondan de las disposiciones tomadas para la conservacion de las leyes. El alboroto va en aumento, y se anuncia una carta de Santerre, que se lee con mil aplausos de las galerías. — «Los habitantes del arrabal de San Antonio, decia la carta, solemnizan el 20 de junio; se les ha calumniado, y piden se les admita à la barandilla de la asamblea para abochornar à los murmuradores, y probar que son siempre los hombres del 14 de julio. »

Vergniaud responde luego à Dumolard que si la ley está quebrantada, el ejemplar no es nuevo; que intentar oponerse esta vez seria renovar los fracasos sangrientos del Campo de Marte; y que en fin los afectos de los demandantes nada tienen de reprensible.

Fundadamente azorados por lo venidero, añade Vergniaud, quieren probar que à pesar de todas las tramas fraguadas contra la libertad, están siempre ahí en su defensa. Aquí, como se está viendo, se patentiza el ánimo de aquel dia, por un efecto regular de la discusion. Sigue el alboroto, y Ramond pide el habla, requiriéndose un decreto para su demanda. En este punto anuncian que los demandantes son hasta ocho mil. —Son ocho mil, dice Calvet, y nosotros setecientos cuarenta y cinco, vámonos. —Al órden, al órden, claman por todas partes. Calvet queda llamado al órden, y estrechan à Ramond para que hable, porque ocho mil ciudadanos están esperando. —Si esperan ocho mil ciudadanos, dice, no me están esperando menos de veinte y cuatro millones de Franceses. Renueva entonces las razones espuestas por sus amigos del lado derecho; y de repente se arrojan los demandantes al salon. Airada la asamblea, se levanta, cúbrese el presidente, y los demandantes se retiran con docilidad. Satisfecha entonces la asamblea, se aviene á recibirlos.

Esta peticion, cuyo tenor era de los mas osados, venia à ceñir el concepto de todas las peticiones de aquel tiempo: «El pueblo está pronto, y os está esperando; está en ánimo de valerse de medios grandiosos para ejecutar el artículo 2 de la declaracion de los derechos, «resistencia à la opresion...» El corto número de la asamblea que no se conforma con vuestros impulsos y los nuestros, purgue la tierra de la libertad, y váyase à Coblenza... Escudriñese la causa de las desdichas que nos amagan; si dimanan de la potestad ejecutiva, anonádese al punto...»

El presidente tras una respuesta donde promete à los demandantes el desvelo de los representantes del pueblo y les encarga la obediencia à las leyes, les concede en nombre de la asamblea el permiso para desfilar por delante de ella. Abrense las puertas, y la comitiva, que era por entonces de treinta mil personas por lo menos, atraviesa el salon. Es fácil figurarse cuánto puede enjendrar la imajinacion del pueblo dejada à sus anchuras. Mesas grandísimas, con la declaracion de los derechos, encabezaban la marcha; mujeres y niños danzaban en derredor, tremolando ramos de olivo y picas, esto es, la paz y la guerra, à eleccion del enemigo, repitiendo en coro el famoso «ça ira». Seguian luego los jaques de la pescadería, los mancebos de todas clases, con ruines escopetas, sables y yerros afilados à la punta de sus garrotes. Santerre y el

marqués de San Hurugues, ya señalado en las jornadas de 5 y 6 de octubre, iban al frente con los sables desenvainados. Seguian en buen órden batallones de la guardia nacional para enfrenar el alboroto con su presencia. Venian mas mujeres luego, seguidas de otros hombres armados; gallardetes tendidos llevaban estas palabras «constitucion ó muerte.» Calzones rotos se encumbraban por los aires al eco de vivan los «sans culottes» (descamisados). En fin, asomaba, para añadir la ferocidad à este espectáculo estrambótico, à la punta de una pica, un corazon de ternera con este rótulo «corazon de aristócrata.» A su presencia estallaron el quebranto y la ira, y al instante desapareció aquel símbolo horroroso, para asomar luego à las puertas de las Tuilerías. Los aplausos de las galerías, los alaridos del pueblo, al atravesar el salon, los cantares cívicos, el susurro confuso, y el silencio ansioso de la asamblea, componian una escena estraña y lastimosa, aun para los diputados que estaban viendo su arrimo en la muchedumbre. ¡Ay de mí, porqué en medio de las discordias no ha de descollar la razon! ¡Porqué los que se llamaban bárbaros disciplinados del Norte obligaban à sus contrarios à llamar à estos otros bárbaros indisciplinados, ya gozosos ya fieros, que hierven en el recinto de las ciudades y se encenagan al pié de la civilizacion mas brillante!

Duró hasta tres horas esta escena, y reapareciendo al fin Santerre para hacer á la asamblea la despedida del pueblo, le ofreció una bandera en señal de agradecimiento y de pasión.

En aquel punto la muchedumbre queria entrar en el jardin de las Tuilerías, cuyas verjas estaban cerradas. Crecidos destacamentos de la guardia nacional cercaban el palacio, y estendiéndose en línea desde los Fuldenses hasta el rio, presentaban un frente grandioso. Una órden del rey hizo abrir la puerta del jardin, y arrojándose el pueblo inmediatamente, desfiló por debajo de las ventanas del palacio y delante de las filas de la guardia nacional, sin demostracion hostil, pero voceando «fuera el veto, vivan los descamisados.» Sin embargo algunos individuos añadian, hablando del rey:—¿Porqué no se deja ver?..... No queremos hacerle daño.—Aquella voz antigua le «engañan» dejóse oir alguna pero rara vez todavía. El pueblo, siempre dispuesto à recibir la opinion de sus caudillos, estaba ya desesperanzado como ellos.

Salió la muchedumbre por la puerta del jardin que sale al Puente Real, y por el pretil arriba vino atravesando los pasadizos del Lou-

vre à ocupar la plaza del Carrousel. Esta plaza, en el dia tan espaciosa, estaba atajada entonces por un sinnúmero de callejas en forma de caminos cubiertos. En lugar de aquel patio inmenso que se estiende entre el palacio y la verja, de una ala à otra, se hallaban otros patinillos separados por paredes y viviendas, y unos pasadizos antiguos desembocaban sobre el Carrousel. El pueblo inundó todas las cercanías, y se presentó à la puerta real. Negósele la entrada, y como le arengaron varios individuos del ayuntamiento, parece que lo redujeron à que se retirase. Aseguran que Santerre en aquel punto, saliendo de la asamblea, donde se habia quedado el último para ofrecer la bandera, acaloró el ánimo del pueblo ya resfriado, y mandó poner artillería delante de la puerta. Eran cerca de las cuatro; y dos individuos del ayuntamiento levantaron de repente la órden (*); entonces las fuerzas, que eran considerables en aquel punto, y que consistian en batallones de la guardia nacional y en varios destacamentos de jendarmería, quedaron atajadas. Arrojóse el pueblo à borbotones en el patio, y de allí al atrio del palacio. Santerre amagado, dicen, por dos testigos, de resultar reo de este allanamiento de la mansion real, esclamó encarándose con los asaltadores: «Sedme testigos de que rehuso el encaminarme à los aposentos del rey.» Esta voz no atajó à la muchedumbre, que ya se habia disparado; derramóse por todas las partes del palacio, lo allanó por todas las escaleras, y llevó à fuerza de brazos un cañon hasta el primer piso; en seguida los asaltadores embistieron à cuchilladas y hachazos las puertas que encontraban cerradas.

Luis XVI en este punto habia despedido à varios de sus amigos peligrosos, los cuales, sin poderlo salvar, lo habian tantas veces comprometido. Habian acudido, pero los habia mandado salir de las Tuilerías, en donde su presencia no podia menos de embravecer al pueblo sin enfrenarlo. Se habia quedado con el antiguo mariscal de Mouchy, el jefe de batallon Acloque, algunos sirvientes de su casa y varios oficiales afectos de la guardia nacional. Oyéronse entonces los alaridos del pueblo y el estruendo de los hachazos, y en seguida los oficiales de la guardia nacional le rodean y le suplican que se deje ver, prometiéndole morir à su lado. No titubea, y manda abrir, y al mismo tiempo el póstigo de la puerta

(*) Todos los testigos están acordes sobre este hecho, y no varían sino acerca de los nombres de los empleados.

se estrella à sus piés con un golpe violento. Abren por fin, y se encuentran con un bosque de picas y de bayonetas. — Aquí estoy, dijo Luis XVI, presentándose al tropel desenfrenado. Estréchanle los que le cercan, escudándolo con sus cuerpos. — Respetad à vuestro rey, claman; y la muchedumbre, que no tenia ningun objeto, y à la cual no se le habia indicado mas que una invasion amenazadora, amainó en su irrupcion. Muchas voces anuncian una peticion, instando para que la escuchen. Los que le rodean se lo llevan à un salon mas espacioso para poder oir el contenido. El pueblo, satisfecho de verse obedecido, sigue al monarca, à quien se tiene el acertado pensamiento de colocarlo en el hueco de una ventana. Le hacen subir sobre un banco, colocan otros delante, añaden una mesa, y cuantos le acompañan se colocan al derredor. Granaderos de la guardia y oficiales de palacio acuden à aumentar el número de sus defensores, y componen un antemural para que pueda oir con menos peligro este tremendo plebíscito. En medio del alboroto y de los alaridos se oyen estas voces muy repetidas: «¡Fuera veto! ¡Fuera clérigos! ¡Fuera aristócratas! ¡El campamento junto à Paris!» El carnicero Legendre se acerca, y pide en lenguaje popular la sancion del decreto. — No es este el sitio ni el momento, respondió el rey con teson; haré cuanto exija la constitucion. — Esta resistencia surtió efecto. «¡Viva la nacion! ¡Viva la nacion!», claman los asaltadores. — Sí, contesta Luis XVI, «¡Viva la nacion! Soy su mejor amigo. — Pues bien, hacedlo ver, dijo uno de la turba, presentándole un gorro encarnado à la punta de una pica. La resistencia era peligrosa, y la dignidad real por cierto no se cifraba en hacerse degollar rechazando una muestra vana, sino, en contrarestar, como lo hizo con entereza, el asalto de la muchedumbre. Encasquétase el gorro, y la aprobacion es jeneral. Ahogábase por efecto de la estacion y del jentío, y uno de aquellos, medio beodo, que tenia un vaso y una redoma, le brinda para que beba. El rey hacia tiempo que estaba temeroso de que lo envenenasen, y sin embargo bebe sin titubear, y logra sumo aplauso.

En este tiempo Madama Isabel, que amaba entrañablemente à su hermano, la única de la familia que se le habia podido incorporar, le seguia de ventana en ventana para acompañarle en sus peligros. Equivocóla el pueblo con la reina, y las voces de «ahí está la Austríaca» resonaron pavorosamente. Los granaderos nacionales que habian rodeado à la princesa intentaron desengañar al

pueblo.» Dejadlo, dijo esta hermana jenerosa, dejadlo en su yerro, y salvad à la reina.»

La reina, rodeada de sus niños, no habia podido incorporarse con su esposo, y huyendo de las estancias inferiores, corrió al salon del consejo, mas no podia llegar hasta el rey por el tropel que cuajaba todo el palacio. Queria juntarse con él, y pedia con ahinco que la condujesen al salon donde se hallaba. Habian conseguido disuadirla, y colocada detrás de la mesa del consejo con algunos granaderos, estaba viendo desfilar el pueblo, con el corazon despavorido y los ojos bañados en lágrimas que no acertaba à contener. Lloraba à su lado la hija, y su niño, asustado al pronto, se habia despejado luego, sonriéndose con la ignorancia venturosa de su edad. Habíanle presentado un gorrillo rojo, que la reina le habia encasquetado. Santerre por aquella parte recomendaba el miramiento al pueblo, y serenaba à la princesa, repitiéndole la voz acostumbrada y por desgracia infructuosa: «Señora, os engañan»; y despues, viendo al infantillo abrumado con el gorro, dijo, «Se ahoga este niño», y le descargó de aquel ridículo adorno.

Al saber los peligros de palacio, corrieron allá algunos diputados, y puestos junto al rey, hablaban con el pueblo, exhortándole al respeto. Otros habian acudido à la asamblea para informarla de cuanto estaba pasando, y su ajitacion habia ido en aumento con las iras del lado derecho y el ahinco del izquierdo para disculpar este asalto al palacio del monarca. Decretóse una diputacion sin contraresto, y salieron veinte y cuatro vocales para resguardar al rey. La diputacion debia renovarse de media en media hora, para tener siempre à la asamblea enterada de las ocurrencias. Los diputados à su llegada hablaron alternativamente, haciéndose colocar sobre los hombros de los granaderos. Asomó despues Petion, y se le tachó por su tardanza. Aseguró que no le habian avisado hasta las cuatro y media de la invasion, ejecutada à las cuatro, de haber empleado media hora en llegar à palacio, y de haber luego tenido tantos obstáculos que vencer, que no habia podido acudir al rey antes de las cinco y media. Acercósele y le dijo. —«No hay que temer, V. M. se halla en medio del pueblo.» Luis XVI entonces cojiendo la mano de un granadero, se la aplicó al corazon, diciendo: «Mira si late mas apriesa de lo acostumbrado.» Celebróse mucho este gallardo arranque. Por fin Petion subió sobre un taburete, y encarándose con la muchedumbre, le dijo que, hechas

ya sus representaciones al rey, no tenia mas que retirarse sin alboroto, y de modo que no mancillase la jornada. Hay testigos que aseguran haber dicho Petion sus representaciones justas, pero esta espresion no vendria à probar mas que la precision de no ofender à la muchedumbre. Santerre juntó tambien su influjo, y el palacio quedó pronto espedito. El tropel se retiró sosegadamente y en órden à eso de las siete.

En seguida, el rey, la reina, su hermana y sus hijos se despidieron derramando un raudal de lágrimas, y el rey, atolondrado con este trastorno, llevaba todavía el gorro encasquetado. Echólo de ver horas despues, y lo arrojó con indignacion. En este punto llegaron nuevos diputados para informarse del estado del palacio; y la reina, andando con ellos, les enseñaba las puertas quebrantadas y los muebles destrozados, espresándose con amargura sobre tantos ultrajes. Merlin de Thionville, uno de los republicanos mas acalorados, era de la diputacion, y la reina le advirtió lágrimas en los ojos. «¿Llorais, le dijo, de ver al rey y su familia tratados tan cruelmente por un pueblo que ansió siempre hacer feliz?—Es verdad, Señora, contestó Merlin; lloro por las desdichas de una mujer hermosa, sensible y madre de familia; mas no hay que equivocarse; ni una siquiera de mis lágrimas es por el rey ni por la reina: los odio à todos (*).»

(*) Véase Madama Campan, tomo II, pájina 215.

CAPITULO X.

Consecuencias de la jornada del 20 de julio. Llegada de Lafayette á Paris; sus quejas á la asamblea. Voces de guerra; invasion próxima de los Prusianos; discurso de Vergniaud. Reconciliacion de todos los partidos en el recinto de la asamblea, el 7 de julio. queda declarada la patria en peligro. El departamento suspende al correjidor Petion de sus funciones. Proclamas amenazadoras contra el realismo. Lafayette propone al rey un plan de fuga. Tercer cumpleaños del 14 de julio; descripcion de la fiesta. Preludios de nueva revolucion. Comision insurreccional. Pormenores sobre los revolucionarios mas afamados de la época; Camilo Desmoulins, Marat, Robespierre, Danton. Proyectos de los amigos del rey para salvarlo. Pasos de los diputados jirondinos para evitar una sublevacion.

El dia siguiente de la jornada sediciosa del 20, cuyas circunstancias principales acabamos de bosquejar, conservaba todavía Paris un aspecto amenazador, y los diferentes partidos se azoraban con violencia. La ira debió ser intensísima en los parciales de la corte, que la miraban como ultrajada, y entre los constitucionales, que consideraban esta invasion como un atentado contra las leyes y el sosiego público. El desconcierto habia sido sumo, pero lo abultaban todavía, suponiendo que mediaba el proyecto de asesinar al rey, y que solo se habia malogrado la trama por una casualidad venturosa; y así es que por una reaccion natural, la oleada del dia iba toda à favor de la familia real, espuesta la víspera à tantos peligros y ultrajes, y un desafecto estremado reinaba contra los autores supuestos del alboroto.

Los semblantes estaban melancólicos en la asamblea, y algunos diputados peroraron con vehemencia contra los acontecimientos de la víspera. Mr. Bigot propuso una ley contra las peticiones armadas, y contra el uso de hacer desfilar cuadrillas por el salon; y aunque ya habia leyes sobre este punto, se renovaron por un decreto. Mr. Daveirhoult queria que se informase contra los alborotadores. — ¡Informar, le dijeron, contra cuarenta mil hombres! — Pues bien, replicó, si no cabe distinguir entre cuarenta mil hom-

bres, castíguese la guardia que no se ha defendido, y óbrese de alguna manera. — Acudieron los ministros con un informe sobre lo sucedido, y se entabló una discusion sobre la naturaleza de los hechos. Un vocal de la derecha, fundado en que Vergniaud no era sospechoso y habia presenciado la escena, quiso que hablase sobre cuanto habia visto; pero Vergniaud trató de desentenderse. Sin embargo los mas arrojados del lado izquierdo rompieron la cortedad y se reanimaron hácia el fin de la sesion. Atreviéronse tambien à proponer, si en los decretos de circunstancias era necesario el veto; pero esta proposicion quedó rechazada con gran mayoría.

Por la tarde, se temió una nueva escena semejante à la de la víspera, porque el pueblo al retirarse habia dicho que volveria, y se creyó que cumpliria la palabra. Pero sea que se redujese à algun residuo de la conmocion de la víspera, ó que en aquel momento se desaprobase la nueva tentativa por los caudillos del partido popular, quedó fácilmente atajada; y Petion corrió velozmente á palacio para avisar al rey que el órden quedaba restablecido, y que el pueblo, hechas sus representaciones, estaba sosegado y satisfecho. — Eso no es cierto, le dijo el rey. — Señor..... — Callad. — El majistrado del pueblo no debe enmudecer, cuando cumple con su obligacion y dice la verdad. — El sosiego de Paris estriba en vuestra cabeza. — Sé mi obligacion, y acudiré à cumplirla. — Basta, id à eso, y retiraos.

El rey, à pesar de su bondad estremada, era propenso à raptos de enojo, que los palaciegos llamaban «golpes de pujavante.» La vista de Petion, à quien tachaban de haber favorecido las ocurrencias de la víspera, lo airó y acarreó la conversacion referida. Súpola luego todo Paris, y dos proclamas se arrojaron inmediatamente, la una del rey, y la otra del ayuntamiento, de modo que parecia que ambas autoridades iban à competencia.

El ayuntamiento decia à los ciudadanos que conservasen su sosiego, respetasen al rey, é «hiciesen respetar» à la asamblea nacional; que no se reuniesen armados, porque las leyes lo prohibian, y que se recelasen especialmente de los mal intencionados que procuraban ponerlos de nuevo en movimiento.

Se iba susurrando que la corte ansiaba sublevar al pueblo segunda vez para lograr ocasion de ametrallarlo; y así es que el palacio suponia el proyecto de un asesinato, y los arrabales el de una matanza.

Decia el rey: «Los Franceses habrán sabido con quebranto que una muchedumbre estraviada por algunos banderizos ha venido de mano armada à la habitacion del rey..... El rey no ha opuesto à las amenazas é insultos de los facciosos mas que su conciencia y su amor al bien público.

«Ignora cuál es el término en que traten de hacer alto; pero por mas que se propasen, jamás le arrebatarán su anuencia à cuanto crea contrario al interés público, etc.....

«Si los que quieren derribar la monarquía necesitan un atentado mas, en su mano está el cometerlo.....

«El rey manda à todos los cuerpos administrativos y à los ayuntamientos el velar por la seguridad de las personas y de las propiedades».

Estos lenguajes tan opuestos correspondian à las dos opiniones que se estaban formando; pues todos aquellos que se veian desahuciados por la conducta de la corte se enconaron mas y mas contra ella, y trataron con mayor empeño de desbaratar sus proyectos por todos los medios posibles. Las sociedades populares, los ayuntamientos, los piqueros, una porcion de la guardia nacional y el lado izquierdo de la asamblea comprendieron la proclama del correjidor de Paris, y se aferraron en no guardar miramiento sino en cuanto fuere menester, para que no los ametrallasen sin resultado terminante. Dudosos todavía sobre los arbitrios que habian de emplear, esperaban, rebosando de recelo y de la misma aversion. Su primer afan fué obligar à los ministros à comparecer en la asamblea, para dar cuenta de las precauciones que habian tomado sobre dos puntos esenciales:

1°. Sobre las turbulencias relijiosas, suscitadas por los clérigos;

2°. Sobre la seguridad de la capital, que el campamento de veinte mil hombres, negado por el rey, estaba destinado à resguardar.

Los llamados aristócratas, los constitucionales de corazon, una parte de los guardias nacionales, varias provincias, y sobre todo los directorios de departamento, descollaron en esta ocasion denodadamente. Habian sido quebrantadas las leyes, y teniendo la ventaja del habla, la emplearon sin rebozo. Un sin fin de esposiciones llegaron al rey, pues en Ruan y en Paris, se arregló una peticion cuajada de veinte mil firmas, asociada en el odio del pueblo à la firmada ya por ocho mil Parisienses contra el campamento sobre Paris. Mandóse hacer una informacion por el departamento

contra el corregidor Petion y el procurador del concejo Manuel, tachados entrambos de haber favorecido con su inaccion el asalto del 20 de junio. Se hablaba entonces con asombro de la conducta del rey durante la aciaga jornada, y habia un cambio jeneral de opinion acerca de su carácter, que se vituperaban de haberlo tildado de flaqueza. Pero luego se echó de ver que este sufrimiento que resiste no es el denuedo emprendedor que se anticipa à los peligros, en vez de esperarlos con resignacion.

El partido constitucional echó el resto de su actividad, pues cuantos habian rodeado à Lafayette para aunarse con él en la carta del 16 de junio, acudieron nuevamente para intentar otro paso grandioso. Habíase airado Lafayette al saber los trances del palacio, y lo hallaron con ánimo adecuado à sus miras. Dispusieron la venida de varias proclamas de sus rejimientos, que espresaban la misma indignacion. Fuesen ó no supuestas las proclamas, las interrumpió por una órden del dia, ofreciendo manifestar en persona los impulsos de todo el ejército. Resolvió pues repetir en el cuerpo lejislativo lo que le habia escrito el 16. Entendióse con Luckner, de suyo manejable, como veterano que jamás habia salido de su campamento. Le hizo escribir una carta al rey, del mismo concepto que iba él à espresar de viva voz à la barandilla del cuerpo lejislativo. Tomó luego las disposiciones necesarias para que su ausencia no redundase en quebranto de las operaciones militares, y se desentrañó de la intimidad de sus soldados para acudir à Paris, centro de inminentes riesgos.

Lafayette contaba con su fiel guardia nacional y con un nuevo rapto de parte suya, como tambien con la corte, cuya enemistad no le causaba zozobra, puesto que acababa de sacrificarse por ella. Despues de haber demostrado su pasion caballeresca à la libertad, queria manifestar igualmente su cariño entrañable al rey, y en su acaloramiento heroico, es probable que su corazon estaba enamorado de la gloria de entrambos arranques. Llegó en la madrugada del 28 de junio, corrió inmediatamente la voz, y todos se andaban diciendo con asombro y afan que el jeneral Lafayette se hallaba en Paris.

Antes de su llegada, la asamblea habia sido asaltada por un crecido número de peticiones opuestas. Las de Ruan, del Havre, del Ain, de Sena-y-Oisa, del Paso-de-Calés, del Aisne, clamaban contra los desafueros del 20 de junio; las de Arras y del Herault aparen-

taban aprobarlos. Por una parte se habia leido la carta de Luckner al rey, y por otra rotulones espantosos contra él. Esta diversidad de lecturas habia movido alborotos en muchos dias.

El 28, un tropel considerable se habia encaminado à la asamblea, conceptuando que Lafayette, cuyos proyectos se ignoraban todavía, podria aparecerse. Con efecto, à la una y media, anuncian que pide ser admitido à la barandilla, y fué recibido con aplausos por el lado derecho, y con silencio por las galerías y el lado izquierdo.

«Señores, dijo, ante todo debo aseguraros que, segun las disposiciones acordadas con el mariscal Luckner, mi presencia acá de ningun modo compromete ni el éxito de nuestras armas ni el resguardo del ejército que tengo la honra de mandar.»

En seguida el jeneral anuncia los motivos que le traen. Hase dicho que su carta no era de él; viene à reconocerla, y sale para hacer esta confesion en medio de un campamento, en donde le rodea el cariño de sus soldados. Razon mas poderosa le inclina à este paso; el 20 de junio ha promovido la indignacion de su ejército, presentándole un sinnúmero de proclamas. Las ha vedado, y se ha comprometido à ser el conductor de la voz de sus tropas à la asamblea nacional; pues ya, añadió, los soldados se andan preguntando si es efectivamente la causa de la libertad y de la constitucion la que ellos defienden.

Suplica à la asamblea nacional: 1°. perseguir à los incitadores del 20 de junio; 2°. destruir una secta que allana la soberanía nacional, y cuyos debates públicos no dejan duda acerca de la atrocidad de sus proyectos; 3°. en fin, hacer respetar las autoridades, y dar à los ejércitos la seguridad de que la constitucion no padecerá menoscabo en el interior, mientras ellos derraman su sangre para defenderla por defuera.

Contéstale el presidente que la asamblea permanecerá fiel à la ley jurada, que tomará en cuenta su demanda, y le brinda con los honores de la sesion.

El jeneral va à sentarse en los bancos de la derecha, y el diputado Kersaint prorumpe en que debe sentarse en el banco de los demandantes. «Sí, no», claman por todas partes. El jeneral se levanta comedidamente y pasa al banco de los demandantes. Repetidos aplausos le acompañan à este nuevo asiento. Guadet toma la voz, y valiéndose de un rodeo mañoso, se pregunta à sí mismo si

quedan vencidos los enemigos, si está ya libre la patria, puesto que Mr. de Lafayette se halla en Paris. — No, responde, no se la ha libertado, no ha variado nuestra situacion, y sin embargo, el jeneral de uno de nuestros ejércitos está en Paris. — No se parará á desentrañar, continúa, si Mr. de Lafayette, que no ve en el pueblo francés mas que banderizos cercando y amenazando á las autoridades, no se halla él mismo cercado de un estado mayor que le corresponde, pero hará reparar á Mr. de Lafayette que falta á la constitucion, haciéndose el orador de un ejército legalmente incapaz de deliberar, y que probablemente habrá quebrantado tambien la escala de los poderes militares, viniendo á Paris sin la autorizacion del ministro de la guerra.

En consecuencia, Guadet pide que el ministro declare si ha dado permiso á Mr. de Lafayette, y que además la comision estraordinaria dé un informe sobre el punto de si un jeneral puede alternar con la asamblea para objetos puramente políticos. Presentase Ramond para contestar á Guadet, y empieza por una observacion naturalísima y aplicable á menudo, y es que, segun las circunstancias, se varía mucho en la interpretacion de las leyes. — Nunca, dijo, se ha escrupulizado tanto sobre la existencia del derecho de peticion. Cuando no ha nada un tropel armado se presentó, no hubo quien le preguntara cuál era su encargo, no se le vituperó de menoscabar con el aparato de las armas la independencia de la asamblea, y cuando Mr. de Lafayette, que por toda su vida es para la América y para la Europa el pendon de la libertad, apenas se presenta, hierven las sospechas... Si hay dos pesos y dos medidas, si hay dos modos de considerar los objetos, lícito sea el hacer alguna escepcion de personas á favor del primojénito de la libertad...

Ramond vota luego por el envio de la peticion á la comision estraordinaria, para escudriñar, no la conducta de Lafayette, sino la misma peticion. Tras grande alboroto y dos llamadas al órden, la propuesta de Ramond queda decretada; Lafayette sale de la asamblea cercado de un séquito numeroso de diputados é individuos de la guardia nacional, sus parciales todos y sus antiguos compañeros de armas.

Este era el trance decisivo para él, para la corte y para el partido popular, y vase á palacio. Las hablillas mas injuriosas se susurran al derredor en las cuadrillas de los palaciegos, y el rey

y la reina reciben tibiamente à quien se acababa de sacrificar por ellos. Lafayette deja el palacio, desconsolado, no por sí mismo, sino por la familia real, del ánimo que acaba de manifestarle. Al salir de las Tuilerías, se le agolpa la muchedumbre, le acompaña hasta su morada, voceando «viva Lafayette,» y viene à plantarle un mayo delante de la puerta. Estos testimonios de una pasion antigua enternecian al jeneral, y amedrentaban à los jacobinos. Pero habia que beneficiar estos impulsos de pasion, y aun fomentarlos mas y mas para hacerlos eficaces. Algunos jefes de la guardia nacional, entrañablemente afectos à la real familia, acudieron à la corte para saber lo que debian practicar. El rey y la reina fueron al par de dictámen que no se debia estar con Lafayette (*); y así quedó desahuciado por la única porcion de guardia nacional que pudiera servirle de arrimo. Queriendo no obstante favorecer al rey à pesar suyo, se entendió con sus amigos; pero estos tampoco estaban acordes. Unos, y particularmente Lally Tolendal, anhelaban que obrase ejecutivamente contra los jacobinos, y los embistiese à viva fuerza en su recinto; otros, miembros del departamento y de la asamblea, ateniéndose siempre á la ley, y careciendo de otros recursos, no querian aconsejar su infraccion, y se oponian à todo ataque patente. Sin embargo Lafayette prefirió el parecer mas osado, y citó à todos sus parciales para ir con ellos à desalojar los jacobinos de su salon y tapiar las puertas. Pero por mas terminante que fuese el sitio de la reunion, acudieron pocos, y quedó Lafayette imposibilitado de obrar. Sin embargo, mientras estaba desesperado de verse tan mal socorrido, los jacobinos, que ignoraban la poquedad de los otros, quedaron despavoridos con tal terror pánico, que abandonaron su recinto. Corrieron en busca de Dumouriez, que aun no se habia marchado al ejército, le estrecharon para que los acaudillase y marchasen contra Lafayette, pero fué desechada su oferta. Lafayette permaneció otro dia en Paris en medio de las delaciones, amagos y proyectos de asesinato, y partió en fin desesperado por sus estremos afectuosos y la aciaga tenacidad de la corte. ¡Y este mismo sujeto, tan absolutamente desamparado al venir à esponerse à los puñales para salvar al rey, es el que tachan de haber vendido à Luis XVI! Los escritores de la corte afirman que sus ar-

(*) Véase á Madama Campan, tomo II, pájina 224, una carta de Mr. Lally al rey de Prusia, y todos los historiadores.

bitrios estaban mal combinados; sin duda era mas obvio y mas seguro, à lo menos en la apariencia, el valerse de ochenta mil Prusianos; pero en Paris, y con ánimo de no llamar à los estranjeros, ¿qué mas podia hacer que acaudillar la guardia nacional y enfrenar à los jacobinos dispersándolos?

Marchóse Lafayette con ánimo de favorecer siempre al rey, y allanarle, si le era dable, los medios de salir de Paris. Escribió una carta à la asamblea, repitiendo con mas brio todavía cuanto habia dicho de boca contra los que llamaba banderizos.

El partido popular, al verse ya descargado de las zozobras con que le angustiaba la presencia del jeneral proyectista, continuó sus avances contra la corte, y se aferró en pedir estrecha cuenta de los arbitrios à que acudia para resguardar la raya. Sabíase ya, aunque la potestad ejecutiva no lo habia participado à la asamblea, que los Prusianos habian roto la neutralidad, y avanzaban por Coblenza en número de ochenta mil hombres, veteranos todos del Gran Federico, mandados por el duque de Brunswick, jeneral esclarecido. Luckner, escaseando de tropas, y desconfiando de los Belgas, se habia visto precisado à retirarse sobre Lila y Valenciennes. Habia un oficial quemado, al retirarse de Curtray, los arrabales del pueblo, y se habia maliciado que el fin de esta disposicion violenta era indisponer à los Belgas. Nada hacia el gobierno para reforzar los ejércitos, que no constaban à lo mas en las tres fronteras sino de doscientos treinta mil hombres. No se valia de ninguno de aquellos arbitrios poderosos que acaloran y entusiasman una nacion, y así podia el enemigo asomar en seis semanas sobre Paris.

Contaba con la empresa la reina, y lo confidenciaba con alguna de sus damas, de modo que tenia el itinerario de los emigrados y del rey de Prusia. Sabia que podian estar en Verdun à tal fecha, y à otra en Lila, y que se debia formalizar el sitio de esta última plaza. Esta princesa desventurada esperanzaba, decia, lograr su rescate en un mes (*). ¡Ay de mí! ¡porqué no se atenia à los amigos entrañables que le retrataban los inconvenientes de todo auxilio estranjero y tardío, que llegaria pronto para comprometerla, pero tarde para salvarla! ¡Porqué no se entregaba à sus zozobras y à los arranques dolorosos que solian angustiarla!

Ya se ha visto que el medio à que mas se atenia el partido

(*) Véase Madama Campan, tomo II, páj. 230.

nacional era una reserva de 20.000 confederados sobre Paris. Opúsose, como se ha dicho, el rey à este proyecto, y fué intimado en la persona de sus ministros para que se esplicase acerca de las precauciones que habia tomado para suplir à las disposiciones mandadas en el decreto por sancionar. Contestó proponiendo un nuevo pensamiento, reducido à encaminar à Soissons una reserva de cuarenta y dos batallones de voluntarios nacionales, para reemplazar la reserva antigua recien-apocada por completar los dos ejércitos principales. Venia à ser el decreto primero, con la única diferencia, que los patriotas consideraban importantísima, y es que el campamento de la reserva se formaria entre Paris y la raya, y no en la inmediacion de la capital. Hubo susurros acerca de este plan, y se envió à la comision militar.

Despues, varios departamentos y concejos, à instancias de sus corresponsales en Paris, habian resuelto cumplimentar el decreto del campamento de 20.000 hombres, aunque no estuviese sancionado. Los departamentos de las Bocas-del-Ródano, de la Jironda y del Herault dieron el primer ejemplo, imitado luego por otros. Este fué el arranque de la sublevacion.

Sabidos estos levantamientos voluntarios, la asamblea, modificando el proyecto de los cuarenta y dos batallones nuevos, que por su fogosidad, se habian puesto ya en marcha antes de llamarlos legalmente, decretó que pasaran por Paris para hacerse alistar en su ayuntamiento, que se les encaminaria despues à Soissons para acampar, y en fin, que cuantos se hallaran en Paris antes del 14 de julio, dia de la confederacion, asistirian à esta solemnidad nacional. Esta funcion no tuvo cabida en 91 por la huida à Varennes, y se queria celebrar en 92 con esplendor, y así la asamblea añadió que inmediatamente tras la celebracion los confederados marcharian à sus destinos.

Era à un tiempo autorizar la sublevacion, y como renovar el decreto no sancionado. La única diferencia se reducia à que los confederados iban de paso por Paris, pero lo esencial era traerlos, y una vez llegados, mil circunstancias podian detenerlos. Enviόse inmediatamente el decreto al rey, y sancionόse el dia siguiente.

Añadióse à esta disposicion importante, que, desconfiando de parte de los guardias nacionales, y especialmente de los estados mayores, que, al ejemplo de los directorios de departamento, encumbrados por sus graduaciones, propendian à favor de la au-

toridad suprema, trataban de afianzar la guardia nacional; y no pudiéndolo hacer directamente, se decretó que todos los estados mayores en los pueblos de mas de cincuenta mil almas serian disueltos y reelejidos (*). El desasosiego en que hervia la Francia asegurando à los mas fogosos influjo redoblado, esta reeleccion debia traer individuos apasionados al partido popular republicano.

Estas eran disposiciones grandiosas tomadas por asalto contra el lado derecho y la corte; y sin embargo no parecian harto poderosas à los patriotas contra los peligros inminentes que los estaban amagando. Cuarenta mil Prusianos, otros tantos Austríacos y Sardos se agolpaban à nuestra raya; la corte, probablemente acorde con el enemigo, no valiéndose de medio alguno para reforzar los ejércitos y estimular la nacion, y usando al contrario del veto para desbaratar las disposiciones del cuerpo lejislativo, y de la lista civil para proporcionarse parciales en el interior; un jeneral que no se suponia capaz de unirse à la emigracion para entregar la Francia, pero que veian pronto à sostener la corte contra el pueblo: todas estas circunstancias acosaban y estremecian los ánimos. «La patria está en peligro,» este era el alarido jeneral. Pero ¿cómo se habia de precaver este peligro? Aquí se cifraba la dificultad. Variábase tambien en cuanto à las causas, pues los constitucionales y los palaciegos, tan despavoridos como los mismos patriotas, no achacaban los peligros mas que à los facciosos, no temblaban sino por el solio, y no veian otro peligro mas que el de la desunion. Al contrario, los patriotas no veian el peligro sino en la invasion, y estaban acusando à la corte por sus repugnancias, su tardanza y sus amaños reservados. Cruzábanse las peticiones: los unos lo achacaban todo à los jacobinos, los otros à la corte, señalada alternativamente bajo los nombres de «palacio,» de «potestad ejecutiva» y del «veto.» La asamblea escuchaba, y lo pasaba todo à la comision estraordinaria de los doce, encargada hacia tiempo de escudriñar y proponer medios de salvacion. Deseábase su plan con impaciencia, y entretanto los rótulos amenazadores plagaban las esquinas; los periódicos, tan osados como los carteles, no hablaban mas que de abdicacion forzada y solio vacante. Este era el pábulo de las conversaciones, y solo se guardaba algun comedimiento en la asamblea. Allí los ataques contra el solio eran todavía indirectos; habíase propuesto por ejemplo anular el veto

(*) Decreto del 2 de julio.

en los decretos de circunstancias; muchas veces se habia citado la lista civil y su empleo criminal, y se trató ó de reducirla ó de sujetarla à la cuenta pública.

La corte se habia desentendido de las instancias de la asamblea para aumentar sólidamente los medios de defensa. No podia hacerlo à las claras sin comprometerse, y por otra parte no podia causarle zozobra el aumento numérico de los ejércitos, considerándolos absolutamente desorganizados. El partido popular apetecia al contrario aquellos medios estraordinarios que anuncian una gran resolucion y que hacen à veces triunfar una causa desahuciada. Estos medios son los que ideó al fin la comision de los doce; y tras largo afan los propuso à la asamblea. Aferróse en el proyecto siguiente:

Cuando sobreviniese el trance, el cuerpo lejislativo mismo debia declararlo, con esta fórmula solemne: «la patria está en peligro.»

Las autoridades locales, los prohombres de los concejos, los de los distritos y departamentos, y aun la misma asamblea, como la primera autoridad, debian tras esta declaracion quedar permanentes y residir sin interrupcion. Todos los ciudadanos, bajo las penas mas graves, quedaban obligados à entregar à las autoridades cuantas armas poseyesen, para repartirlas adecuadamente. Todos los hombres, mozos y ancianos, en estado de servir, debian alistarse en la guardia nacional. Los unos, movilizados y trasladados al asiento de las diversas autoridades del distrito del departamento, y los otros podrian ser enviados donde la necesidad de la patria lo exijiera, al interior, ó al esterior. No se exijia uniforme à los que no podian costearlo, y los guardias nacionales sacados de su domicilio recibirian la paga de los voluntarios. Encargábase à las autoridades el surtirse de municiones; una señal de rebeldía enarbolada de intento se castigaba de muerte; y escepto la escarapela y la bandera tricolor, las demás se reputaban sediciosas.

Segun este plan, toda la nacion estaba alerta y sobre las armas; tenia proporcion para deliberar y pelear por donde quiera y à toda hora, prescindiendo del gobierno y supliendo à su inaccion. El vaiven desconcertado de las moles populares se coordinaba y dirijia, y en fin, si despues de esta llamada, no respondian los Franceses, nada se debia à una nacion que nada hacia para sí misma. Empeñóse, como se deja discurrir, una discusion reñida sobre este proyecto.

El diputado Pastoret dió el informe preliminar el 30 de junio. A nadie satisfizo, zahiriendo y halagando à los unos y à los otros, sin fijar positivamente los medios de contrastar el peligro público. Tras él, el diputado Juan Debry sentó con despejo y moderacion el proyecto. Abierta la discusion, todo se volvió reconvenciones, echando à volar las imajinaciones fogosas y tempranas que luego van à parar à los medios mas estremados. La gran ley de la salvacion pública, esto es, la dictadura, en una palabra, el medio de hacerlo todo, con la continjencia de ejecutarlo tiránica, pero poderosamente; aquella ley que solo debia decretarse en la convencion, fué sin embargo propuesta en la lejislativa.

Mr. Delaunay de Angers propuso á la asamblea declarase, que hasta el desvío del peligro no consultaria «sino con la ley terminante y suprema de la salvacion pública.»

Venia à ser, bajo una fórmula abstracta y misteriosa, volcar palpablemente el solio y declarar la asamblea absoluta. Decia Mr. Delaunay que la revolucion estaba todavía pendiente, y que se engañaba quien no lo creyera, que se debian reservar las leyes fijas para la revolucion ya salvada y no para la revolucion por salvar, y en una palabra, decia cuanto suele decirse à favor de la dictadura, cuya presencia se aparece siempre en los trances. La respuesta de los diputados del lado derecho era natural: se quebrantaban segun ellos los juramentos prestados à la constitucion, creando una autoridad que vinculaba en sí las potestades arregladas y establecidas. Replicaban sus contrarios, alegando que el ejemplo de la violacion estaba ya dado, y que no debian dejarse antecojer ni sorprender indefensos. —Probad pues, insistian los parciales de la corte, que este ejemplo está ya dado, y que se ha vendido la constitucion. A este reto, respondian con nuevas acusaciones contra la corte, y estas acusaciones iban en cambio rechazadas por cargos à los alborotadores.—Sois facciosos.—Vosotros traidores.—Esta venia à ser la reconvencion recíproca y perpetua, y esta la cuestion por resolver.

Mr. de Jaucourt queria enviar la proposicion à los Jacobinos, tan estremada le parecia su violencia. Mr. Isnard, à cuyo ímpetu era adecuada, pedia que se tomase en consideracion, y que el discurso de Mr. Delaunay se enviase à los departamentos para contraponerlo al de Mr. Pastoret, que no era mas que «una toma de opio administrada à un agonizante.»

Mr. de Vaublanc logró silencio, diciendo que la constitucion podia salvarse por sí misma, cuya prueba era el proyecto de Mr. Juan Debry, y que se debia imprimir el discurso de Mr. Delaunay, si se queria, pero no enviarlo á los departamentos, y volver á la propuesta de la comision. Trasladóse en efecto la discusion al 3 de julio.

Todavía no habia hablado un diputado, que era Vergniaud. Vocal por la Jironda, y su orador mas esclarecido, era sin embargo independiente. Ya por tibieza, ya por verdadero señorío, descollaba sobre las pasiones de sus amigos, y patrióticamente fogoso como ellos, no alternaba siempre en sus preocupaciones y sus arrebatos. Cuando él se decidia en una cuestion, se disparaba, con su elocuencia y por cierta imparcialidad reconocida, sobre la parte indecisa de la asamblea, que Mirabeau esclavizaba antes con su lójica y su vehemencia. Por donde quiera la muchedumbre suspensa se va luego tras el tino y la habilidad (*).

Se habia anunciado que hablaria el 3 de julio; corrió el tropel de la muchedumbre para oir al sumo orador sobre una cuestion que parecia decisiva.

Toma en efecto el habla (**), y tiende al pronto una mirada sobre la Francia. «Si no se creyese, dice, al amor incontrastable del pueblo con la libertad, se dudaria de si la revolucion ceja ó llega á su término. Nuestros ejércitos del Norte avanzaban por la Béljica, y de repente retroceden; tráese el teatro de la guerra á nuestro territorio, y no quedará de nosotros, entre los desventurados Belgas, mas que la memoria de los incendios que han alumbrado nuestra retirada. Al mismo tiempo, un formidable ejército prusiano amenaza al Rin, aunque nos esperanzaron de que su marcha no seria tan ejecutiva.

«¡Cómo es que se ha echado mano de este trance para despedir los ministros populares, para romper el eslabonamiento de sus afanes, entregar el imperio á manos bisoñas, y desechar las disposiciones útiles que en nuestro concepto debíamos proponer?... ¿Será cierto que nuestros triunfos se temen?..... ¿Están acaso se-

(*) Hacia justicia á Vergniaud el «Diario de Paris,» entonces tan conocido por su oposicion á la mayoría de la asamblea y por los talentos esclarecidos que disponian de su redaccion, con especialidad el desgraciado é inmortal Andres Chenier. (Véase el número del 4 de julio de 1792.)

(**)No es necesario advertir que analizo aquí y no copio literalmente el discurso de Vergniaud.

dientos de la sangre de Coblenza ó de la vuestra?..... ¿Intentan reinar sobre ciudades desamparadas y sobre campos talados?..... ¿En dónde estamos en fin?..... Y vosotros, señores, ¿qué es lo que intentais descollante para la salvacion pública?

«Vosotros, que se lisonjean de haber intimidado, y de alborotar las conciencias, calificando vuestro patriotismo de sistema banderizo, como si no hubiesen ya apellidado facciosos à cuantos prestaron el juramento en el trinquete; vosotros, à quienes han calumniado tanto, porque sois forasteros de una ralea altanera volcada por la constitucion en el polvo; vosotros, à quienes suponen intentos criminales, como si, revestidos de otra potestad mas que de la ley, tuvieseis alguna lista civil; vosotros, à quienes, con una moderacion hipócrita, se anhela entibiar en los trances del pueblo; vosotros, à quienes han sabido dividir, pero que, en este momento de peligro, orillaréis vuestros odios, vuestras rastreras desavenencias, y no hallaréis tan halagüeño el odiaros, que antepongais este deleite infernal à la salud de la patria; en fin, vosotros todos, oidme: ¿cuáles son vuestros recursos? qué es lo que os manda la necesidad? ¿qué os permite la constitucion?»

Durante este arranque, redoblados aplausos han apagado la voz del orador. Continúa, y descubre dos jéneros de peligros, los unos interiores y los otros esternos.

«Para precaver los primeros, la asamblea ha propuesto un decreto contra los clérigos, y, ya porque el númen de Médicis vague todavía por los artesones de las Tuilerías, ó ya que un La Chaise ó un Letellier trastorne todavía el corazon del monarca, el decreto ha sido rechazado por el solio. No cabe creer, sin injuriar al rey, que apetezca las turbulencias relijiosas. Créese pues harto poderoso, y tiene bastante con las antiguas leyes para afianzar el sosiego público. ¡Respondan pues sus ministros con la cabeza, ya que poseen medios para afianzarlo!

«Para precaver los riesgos esteriores, habia ideado la asamblea un campamento de reserva: el rey lo ha rechazado. Seria injuriarlo el conceptuar que quiere entregar la Francia; con que debe de tener fuerzas suficientes para escudarla; y así sus ministros deben respondernos con su cabeza de la salvacion de la patria.»

Hasta aquí el orador, como se echa de ver, se ciñe à la responsabilidad ministerial y à hacerla mas amenazadora. «Pero, añade, no se ciñe todo à empozar à los ministros en la sima que su mal-

dad ó su torpeza haya labrado... Oigaseme con sosiego, y no hay que apresurarse en adivinarme.»

A estas palabras va en aumento la atencion, y todos enmudecen. «En nombre del rey, dice, los príncipes franceses se han ahincado à sublevar la Europa, y para desagraviar la dignidad rejia se ha concluido el tratado de Pilnitz; para acudir al auxilio del rey, el soberano de Bohemia y Hungría nos guerrea, y la Prusia camina hàcia nuestra raya. Es así que, segun la constitucion, si el rey acaudilla un ejército, cuyas fuerzas dirije contra la nacion, ó si no se contrapone por un acto terminante à tal empresa que se ejecutare en su nombre, se le considerarà depuesto del solio.

«¿Qué viene à ser un acto formal de oposicion? Si cien mil Austríacos marchasen hácia Flándes y cien mil Prusianos hácia la Alsacia, y el rey les opusiera diez ó veinte mil hombres, ¿habria hecho un acto formal de oposicion?

«Si el rey, encargado de notificar las hostilidades inminentes, enterado de los movimientos del ejército prusiano, no lo participase à la asamblea nacional; si un campamento de reserva, preciso para atajar la carrera del enemigo hácia el interior, estuviere propuesto, y el rey sustituyese un plan insubsistente y de dilatada ejecucion; si el rey encargase el mando del ejército à un jeneral maquinador y sospechoso à la nacion; si otro jeneral, criado lejos de la afeminacion de las cortes y avezado à la victoria, pidiese un refuerzo, y el rey le dijese con desvío «te prohibo el vencer», ¿se podria decir que el rey ha hecho un acto formal de oposicion?

«He abultado varios hechos, sigue Vergniaud, para quitar todo pretexto de aplicaciones únicamente hipotéticas. Pero si mientras la Francia nadase en sangre, el rey os dijera: Es cierto que los enemigos aparentan obrar por mí, por mi dignidad y por mis derechos, pero tengo probado que no soy cómplice con ellos: he puesto dos ejércitos en campaña; eran endebles, pero la constitucion no puntualiza el grado de sus fuerzas: los he juntado muy tarde, pero la constitucion no fija el tiempo de reunirlos: he detenido à un jeneral que iba à vencer, pero la constitucion no manda victorias: he tenido ministros que engañaban la asamblea y desorganizaban el gobierno, pero su nombramiento me corresponde: la asamblea ha acordado decretos útiles que no he sancionado, pero he usado

de mi derecho: he hecho cuanto me prescribe la constitucion; no cabe pues el dudar de mi fidelidad con ella.»

Dispáranse aplausos por todas partes: «Si os hablase pues el rey, continúa Vergniaud, en estos términos, ¿no tendriais derecho para responderle: ó rey, que, como el tirano Lisandro, has creido que la verdad no valia mas que la mentira, que has aparentado amar las leyes para conservar el poderío que te alcanzase á contrastarlas, ¿era acaso defendernos oponer à los soldados estranjeros fuerzas cuya cortedad no dejaba incertidumbre acerca de su derrota? ¿Era defendernos orillar todo proyecto de fortificar el interior? ¿Era defendernos el no enfrenar à un jeneral que violaba la constitucion, y el entorpecer el ímpetu de sus defensores?..... ¿La constitucion os franquea el nombramiento de los ministros para nuestra dicha ó nuestro descalabro? ¿Os encumbró à caudillo del ejército para nuestra gloria ó nuestro desdoro? Y en fin ¿os franquea el derecho de sancion, una lista civil y tantas regalías para perder constitucionalmente la constitucion y el imperio? No, no; hombre, à quien la jenerosidad de los Franceses no ha alcanzado à sensibilizar, y à quien solo el despotismo ha podido enamorar..... nada eres para esta constitucion que tan torpemente has quebrantado, para este pueblo que tan cobardemente has vendido.....

«Pero no, dice el orador, si nuestros ejércitos no están cabales, sin duda no es el rey el culpado; sin duda tomará las disposiciones necesarias para salvarnos, y positivamente la marcha de los Prusianos no será tan triunfadora como presumen; pero se debia prever y decir todo, porque solo la injenuidad puede salvarnos».

Acaba Vergniaud proponiendo un mensaje à Luis XVI, denodado, pero atento, que le precise à optar entre la Francia y el estranjero, y le noticie que los Franceses están resueltos à fenecer ó triunfar con la constitucion. Quiere además que se declare la patria en peligro para atizar en los corazones aquellos ímpetus grandiosos que han acalorado à los pueblos eminentes, y que por cierto se hallarán en los Franceses; pues no se ha de ver que la naturaleza bastardee en los Franceses rejenerados de 89. Quiere por fin que se atajen las desavenencias, cuyo aspecto va siendo aciago, y que se hermanen los que estàn en Roma con los del monte Aventino.

Al pronunciar las últimas palabras, la voz del orador estaba alterada, y la conmocion era jeneral. Las galerías, ambos lados derecho é izquierdo, todos al par vitoreaban. Vergniaud deja la tribuna y queda cercado por un tropel exhalando parabienes. El solo se habia arrestado à hablar à la asamblea de la vacante que andaba en hablillas del público, pero no la habia apuntado sino de un modo hipotético, y con el acatamiento adecuado, comparándolo con el lenguaje arrebatado de aquel tiempo.

Quiere Dumas contestar; intentando hacerlo de repente, al par de Vergniaud, y presenciándolo un auditorio recien-conmovido. Pide repetidas veces silencio y un grado de atencion que no podia ya caberle, y se esplaya sobre las reconvenciones hechas à la potestad ejecutiva. «La retirada de Luckner es parto, dice, de la suerte de las batallas, que no es dable afianzar desde el interior del gabinete. ¿Sin duda confiais en Luckner? — Sí, sí, esclaman; y Kersaint pide un decreto para declarar que Luckner ha conservado la confianza nacional. Acuérdase el decreto, y Dumas continúa. Dice con razon, que si se tiene confianza en este jeneral, no se puede mirar el intento de su retirada como culpable ó sospechoso; que en cuanto à la cortedad de fuerzas de que se lamentan, sabe el mismo mariscal que se ha incorporado para la empresa cuanta tropa habia à la sazon disponible; que por otra parte todo debia estar ya aparatado por el antiguo ministerio jirondino, autor de la guerra ofensiva; y que si se carecia de los medios adecuados, la culpa recaia únicamente sobre aquel ministerio; que los nuevos ministros no podian restablecerlo todo por medio de correos, y que en fin habian plenamente apoderado à Luckner, franqueándole la facultad de obrar segun las circunstancias y el terreno.

«Se ha desaprobado el campamento de 20.000 hombres, añade Dumas, pero ante todo los ministros no son responsables del veto, y luego el proyecto que se ha sustituido era superior al propuesto por la asamblea, porque no entorpecia los medios del reemplazo. Se ha negado el decreto contra los clérigos, pero no se requieren leyes nuevas para afianzar el sosiego público, pues basta con serenidad, confianza y respeto à la libertad individual y de los cultos. Donde quiera que se han respetado estas libertades, no han sido los clérigos sediciosos.» Dumas sincera en fin al rey, oponiendo que no habia apetecido la guerra, y á Lafayette, recordando que siempre habia sido amante de la libertad.

El decreto propuesto por la comision de los doce para arreglar las formalidades con las cuales se declararia la patria en peligro, se acordó con repetidísimos aplausos; pero se emplazó la declaracion del peligro, porque no se conceptuó deberlo pregonar todavía. El rey, sin duda conmovido por cuanto se habia dicho, participó à la asamblea las hostilidades inminentes de la Prusia, fundadas en el convenio de Pilnitz, en la acojida hecha á los rebeldes, en las violencias cometidas con los comerciantes franceses, en la despedida de nuestro ministro y en la partida del embajador prusiano de Paris; en fin sobre la marcha de las tropas prusianas en número de cincuenta y dos mil hombres. « Todo me está probando, añadia el mensaje del rey, una alianza entre Viena y Berlin. (Bien à estas palabras.) En los términos de la constitucion se lo participo al cuerpo lejislativo. » — Sí, replican varias voces, cuando los Prusianos están en Coblenza. — Pasa el mensaje à la comision de los doce.

Continuóse la discusion sobre las formalidades de la declaracion del « peligro de la patria. » Decretóse que esta declaracion se consideraria como una mera proclama, y que por consiguiente no estaria sujeta à la sancion real; lo que no era justificado, puesto que encerraba disposiciones lejislativas. Pero aun, sin haberla querido proclamar, se estaba ya siguiendo la ley de la salvacion pública.

Las contiendas eran de dia en dia mas ponzoñosas. El anhelo de Vergniaud de reunir los que estaban en Roma y en el monte Aventino no se realizaba; las zozobras que recíprocamente se infundian, se trocaban en encono implacable.

Habia en la asamblea un diputado que se llamaba Lamourette, obispo constitucional de Lyon, para quien la libertad era un regreso à la hermandad primitiva, y que se desconsolaba con asombro de las divisiones de sus compañeros. No creia à ningun encono entrañable de unos respecto de otros, suponiéndoles à todos desconfianzas injustas. El 7 de julio, al ir à continuar la discusion sobre el peligro de la patria, pide el habla para una propuesta de órden, y encarándose con sus compañeros, con la entonacion mas persuasiva y la estampa mas noble, dice que todos los dias les están proponiendo disposiciones terribles para que cese el peligro de la patria, y que por su parte tiene fe en otros medios mas suaves y mas eficaces. La division de los representantes es la causadora

de todas las desdichas, y es forzoso acudir al remedio de esta discordia. «¡Oh! esclama el digno pastor, quien lograse hermanaros, aquel seria él verdadero vencedor del Austria y de Coblenza. Se está todos los dias diciendo que vuestra reunion es imposible en la situacion actual de los negocios... ¡Ah! me estremezco... Pero esto es un agravio... solo el delito y la virtud son irreconciliables. La jente honrada disputa con ímpetu, porque le estimula el convencimiento entrañable de sus opiniones, mas no cabe el que se aborrezcan. Señores, la salvacion pública está en vuestras manos, ¿à qué tardais tanto en ejecutarla?..

«¿Qué es lo que se vitupera en los dos partidos de la asamblea? El uno acusa al otro de querer modificar la constitucion, y este zahiere al primero porque intenta volcar la monarquía para plantear la república. Pues bien, señores, fulminad un mismo anatema contra la república y las dos cámaras; arrojadlas à la execracion comun por un juramento postrero é irrevocable; juremos de tener un mismo ánimo y un solo impulso; jurémonos hermandad sempiterna, sepa el enemigo que cuanto queremos lo anhelamos todos, y la patria está en salvo.»

No bien habia acabado el orador, cuando los dos lados estaban en pié, celebrando sus impulsos jenerosos, y con el ansia de descargar el peso de su recíproca ojeriza. Con aclamacion universal, se arroja à la execracion pública todo proyecto de alterar la constitucion con las dos cámaras ó la república, y se precipitan de los bancos opuestos para abrazarse. Los que habian acometido y los que escudaban à Lafayette, el veto, la lista civil; los «facciosos» y los «traidores» están unos en los brazos de los otros; todas las distinciones se desvanecen, y se ven abrazados M. M. Pastoret y Condorcet, que se habian mal parado mutuamente la víspera en los periódicos. Ya no hay lado derecho ni izquierdo, y todos los diputados se van sentando indistintamente unos junto à otros. Dumas está inmediato à Bazire, Jancourt junto à Merlin, y Ramond al lado de Chabot.

Se acuerda luego informar à las provincias, al ejército y al rey de este acaecimiento venturoso; una diputacion, acaudillada por Lamourette, acude à palacio; y vuelve anunciando la llegada del rey, como en el 4 de febrero de 1790, à manifestar su satisfaccion à la asamblea, y decirle que sentia esperar una diputacion, porque deseaba incorporarse en medio de ella.

El entusiasmo llega à lo sumo con estas espresiones, y segun la vocería unánime, la patria estaba en salvo. ¿Mediaban acaso un rey y ochocientos diputados hipócritas que, fraguando de repente el proyecto de engañarse, aparentaban el olvido de los agravios para venderse despues con mas seguridad? No por cierto; semejante proyecto no cabe formarse en tan crecida concurrencia, de repente y sin larga premeditacion. Pero el encono angustia, y es sumamente apetecible el descargarse de su peso; y por otra parte, al amago de acontecimientos pavorosos, ¿cuál era el partido que, en la incertidumbre de la victoria, no se aviniera gustoso à conservar lo presente tal como estaba, con tal que estuviese à buen recaudo? Este hecho prueba, como otros muchos, que el recelo y la zozobra producian todos los odios, que un momento de confianza los hacia desaparecer, y que el partido llamado republicano no pensaba en la república por sistema, sino por desesperacion. ¿Porqué, vuelto à su palacio, el rey no escribia al golpe à la Prusia y al Austria? ¿Porqué no acompañaba estas disposiciones secretas con alguna otro pública y grandiosa? ¿Porqué no decia como su abuelo Luis XIV, al asomo del enemigo: «Irémos todos?»

Pero por la noche anunciaron à la asamblea el resultado de los autos formados por el departamento contra Petion y Manuel, y era la suspension de entrambos. Segun lo que despues se ha sabido por boca del mismo Petion, es probable que estuvo en su mano el atajar el movimiento del 20 de junio, puesto que despues lo hizo con otros. Ignorábase entonces à la verdad, pero habia vehementes sospechas de su anuencia con los alborotadores; y además se le hacia el cargo de infracciones à la ley, como, por ejemplo, de haber entorpecido sus correspondencias à las varias autoridades, y de haber tolerado que los prohombres del concejo formasen un acuerdo contrario al del departamento, decidiendo que los demandantes quedarian embebidos en las filas de la guardia nacional. La suspension sentenciada por el departamento era pues legal y animosa, pero antipolítica. Tras la reconciliacion de la mañana, ¿no era en efecto suma imprudencia participar aquella misma tarde la suspension de los dos majistrados mas bien quistos en el pueblo? El rey, à la ver dad, se remitia à la asamblea; pero esta no encubrió su descontento, y le devolvió la decision para que la determinase ante sí. Las galerías volvieron à su gritería acostumbrada; un sinnúmero de peticiones vinieron à suplicar «Petion ó la muerte»,

y el diputado Grangeneuve, cuya persona habia sido insultada, requirió el informe contra el autor del ultraje; y así la reconciliacion vino à quedar olvidada. Brissot, à quien correspondia el habla en la discusion del peligro público, pedia plazo para suavizar las espresiones de su discurso, con motivo de la reconciliacion sobrevenida; no pudo sin embargo dejar de referir todos los hechos de descuido y lentitud reprendidos à la corte; y à pesar de la reconciliacion supuesta, acabó pidiendo se tratase solemnemente el punto de la cesacion, que se acusase à los ministros de haber tardado tanto en participar las hostilidades de la Prusia, que se crease una comision reservada compuesta de siete individuos, y encargada de zelar la salvacion pública, que se vendiesen las haciendas de los emigrados, que se acelerase la organizacion de los guardias nacionales, y que en fin se declarase sin demora la «patria en peligro.»

Súpose al mismo tiempo la conspiracion de Dussaillant, noble antiguo, quien, al frente de algunos sublevados, se habia apoderado del fuerte de Bannes, en el departamento del Ardeche, de donde amenazaba à toda la comarca. Los ánimos de las potencias quedaron tambien espuestos à la asamblea por el ministerio. La casa de Austria, llevando consigo à la Prusia, la habia reducido à marchar contra la Francia; sin embargo los discípulos de Federico murmuraban contra esta alianza antipolítica. Los electorados todos eran enemigos nuestros patentes ú ocultos. La Rusia era la primera que se habia declarado contra la revolucion, y accediendo al tratado de Pilnitz, habia halagado à Gustavo con sus proyectos, y favorecido à los emigrados; todo con el objeto de engañar la Prusia y el Austria, y agolparlas sobre la Francia, mientras obraba contra la Polonia. En la actualidad, estaba tratando con M.M. de Nassau y de Esterhazy, caudillos de los emigrados; sin embargo, à pesar de sus promesas aquijotadas, solo les habia franqueado una fragata, para descargarse de su presencia en Petersburgo. La Suecia quedaba yerta con la muerte de Gustavo, y admitia nuestros bajeles. Dinamarca prometia rigurosa neutralidad. Se nos debia considerar como en guerra con la corte de Turin, y el papa estaba atizando sus rayos; Venecia, neutral, y resguardando al parecer à Trieste con sus escuadras. España, sin entrar á las claras en la coligacion, no aparecia propensa à cumplir el pacto de familia, y à devolver à la Francia los auxilios que le habia franqueado. La In-

glaterra se comprometia à la neutralidad, dando nuevos testimonios. Los Estados-Unidos hubieran querido auxiliarnos con todas sus fuerzas, pero estas eran ningunas, por su distancia y la escasez de su poblacion.

Tras este cuadro, la asamblea queria en seguida declarar la patria en peligro; sin embargo la declaracion quedó emplazada para un nuevo informe de todas las comisiones reunidas. El 11 de julio, oidos dichos informes en medio de un silencio profundísimo, el presidente pronunció la fórmula solemne: «¡Ciudadanos! ¡La patria está en peligro!»

Desde aquel punto, declaráronse las sesiones permanentes; cañonazos por momentos anunciaron este sumo trance; todos los ayuntamientos, todos los consejos de distrito y de departamento residieron sin interrupcion; y todos los guardias nacionales se pusieron en movimiento. Alzáronse anfiteatros en medio de las plazas públicas, y los empleados concejiles recibian sobre una mesa, puesta encima de tambores, los nombres de aquellos que venian à alistarse voluntariamente; llegando los alistados hasta quince mil por dia.

La reconciliacion del 7 de julio y el juramento consiguiente no habian aquietado, como se acaba de ver, ningun recelo. Se estaba siempre pensando en guarecerse contra los intentos del palacio, y la especie de declarar al rey cesante, ó de precisarle à renunciar, se ofrecia de suyo à todos los ánimos, como el único remedio posible para los quebrantos que amagaban à la Francia. Vergniaud no hizo mas que apuntar esta especie, y con un viso hipotético; otros, y especialmente el diputado Torné, querian que se considerase como proposicion positiva aquel supuesto. Acudieron de todas partes de Francia peticiones para auxiliar à la opinion pública en este proyecto desesperado de los diputados patriotas.

Ya la ciudad de Marsella habia hecho una peticion amenazadora, leida en la asamblea el 19 de junio, y referida mas arriba. Desde el momento de la declaracion, fueron llegando todavía otras muchas. La una proponia acusar à Lafayette, anular el veto en ciertos casos, reducir la lista civil, y reponer à Manuel y Petion en sus funciones municipales. Pedia otra, con la anulacion del veto, la publicidad de los consejos. Pero la ciudad de Marsella, que habia dado el primer ejemplo de estos actos de arrojo,

los estremó luego hasta el sumo encarecimiento; hizo una esposicion en la cual exhortaba à la asamblea à abolir el solio en la rama reinante, y no sustituirle sino un monarca electivo y sin veto, esto es, una verdadera «majistratura ejecutiva,» como en las repúblicas. El asombro causado por esta lectura fué luego seguido por los aplausos de las galerías, y por la proposicion de imprimirla hecha por un individuo de la asamblea. Sin embargo la esposicion se remitió à la comision de los doce, para recibir la aplicacion de la ley que declaraba infame cualquier proyecto de alterar la constitucion.

Estaba la corte consternada, y lo estaba tambien el partido patriota, que se hallaba muy ajeno de serenarse con el arrojo de las peticiones. Creia el rey que el intento era contra su persona, y se figuraba que el 20 de junio era un proyecto frustrado de asesinato; lo que era por cierto una equivocacion, por cuanto hubiera sido facilísima la ejecucion de este atentado, habiéndolo ideado de antemano. Temeroso del veneno, él y su familia comian en la vivienda de una dama de confianza de la reina, donde no usaban otros alimentos sino los que se guisaban en el mismo palacio (*). Como el dia de la confederacion se iba acercando, la reina habia hecho trabajar para el rey un encolchado compuesto de varios forros y capaz de resistir à una puñalada. Sin embargo, al paso que andaba el tiempo, y el desenfreno popular iba en aumento, sin que asomase ninguna tentativa de asesinato, el rey se fué haciendo cargo de la especie de sus peligros, y se le traslucia que no era una puñalada, sino una condenacion jurídica la que debia temer, pues la suerte de Cárlos I acosaba de continuo su imajinacion doliente.

Lafayette, aunque desairado por la corte, estaba siempre resuelto à salvar al rey, y le brindó con un proyecto de fuga muy valerosamente combinado. Habia predominado à Luckner, y habia arrebatado à la anuencia del mariscal antiguo hasta la promesa de marchar sobre Paris, y en consecuencia, Lafayette deseaba que el rey los llamase à entrambos, socolor de la asistencia à la confederacion. La presencia de los jenerales le pareció que avasallaria al pueblo y precaveria todos los peligros de aquel dia. El siguiente de la solemnidad queria Lafayette que Luis XVI saliese públicamente de Paris, con pretesto de ir à Compiegne, para acreditar su

(*) Véase la nota 41 al fin del último tomo.

libertad ante la Europa, y en caso de resistencia, no pedia mas que cincuenta soldados de caballería de toda confianza para arrebatarlo de Paris. De Compiegne, unos cuantos escuadrones dispuestos debian conducirle al centro de los ejércitos franceses, en donde Lafayette se referia à su honradez, para la conservacion de las nuevas instituciones. En fin, en el caso de que ninguno de estos arbitrios se acertase, el jeneral estaba resuelto à marchar sobre Paris con todas sus tropas (*).

Ora que el proyecto requiriese sobrado arrojo por parte de Luis XVI, ora que la repugnancia de la reina con Lafayette le hiciera desestimar su auxilio, el rey lo rehusó de nuevo, y le dió otra contestacion tibia é indecorosa para el ahinco del jeneral. «El mejor consejo, decia la respuesta, que cabe con Mr. Lafayette es de arredrar siempre à los facciosos, desempeñando adecuadamente el cargo de jeneral (**).» El dia de la confederacion asomaba, y así el pueblo como la asamblea estaban ansiosos de que la presenciase Petion. El rey habia querido ya descargarse con la asamblea de la incumbencia de aprobar ó desaprobar la sentencia del departamento, pero, como ya se ha visto, la asamblea lo puso en precision de esplicarse, estrechándolo mas y mas para que le comunicase su acuerdo, à fin de que el punto quedase zanjado para el 14. El 12, el rey confirmó la suspension, cuya noticia aumentó el descontento. La asamblea tomó entonces su partido arrebatadamente, y se deja discurrir cuál seria. El dia siguiente, esto es, el 13, repuso à Petion, pero por un asomo de miramiento emplazó su decision relativa à Manuel, à quien habian visto pasearse con la banda en medio del alboroto del 20 de junio, sin hacer uso de su autoridad.

En fin el 14 de julio de 1792 llega: ¡cuán trocados estaban los tiempos desde aquel dia en 1790! Ya no se veia ni aquel altar magnífico, acompañado de trescientos clérigos, ni aquel ámbito dilatado cubierto de sesenta mil guardias nacionales, lujosos y organizados; ni aquella gradería lateral, cuajada de un tropel inmenso, loco de complacencia y alborozo; ni en fin aquel balcon, en donde los ministros, la familia real y la asamblea asistieron à la primera confederacion. Habia variado todo. Enconábanse las iras como tras una reconciliacion falsa, y todos los símbolos pre-

(*) Véase la nota 42 al fin del último tomo.
(**) Véase la nota 43 al fin del último tomo.

gonaban la guerra. Ochenta y tres tiendas representaban otros tantos departamentos, y junto à cada una habia un álamo, en cuya cima tremolaban gallardetes tricolores. Una tienda anchurosa estaba destinada para la asamblea y el rey, y otra para los cuerpos administrativos de Paris; y así toda la Francia aparecia acampada al frente del enemigo. El ara de la patria ya no era mas que una columna truncada allá en la cumbre de la gradería que se mantenia aun en el Campo de Marte desde la primera solemnidad. Por un lado se veia un monumento para aquellos que habian muerto ú que iban à morir à la raya; y por el otro, un árbol grandísimo que llamaban del feudalismo. Encumbrábase en el centro de una hoguera grandísima y colgado en sus ramas de coronas, cordones azules, tiaras, capelos, llaves de san Pedro, mantos de ermiño, bonetes de doctores, protocolos, títulos de nobleza, escudos de armas, etc.; y debian brindar al rey para que le pegase fuego.

Debia prestarse el juramento al mediodía; y habiendo acudido el rey à los aposentos de la escuela militar, estaba esperando el séquito nacional que habia ido à colocar la primera piedra de una columna que se debia edificar sobre las ruinas de la antigua Bastilla. El rey mostraba un señorío sosegado, y la reina se esmeraba en encubrir su quebranto patente. Su hermana y sus niños la cercaban. Conmoviéronse los asistentes con algunas espresiones afectuosas, y las lágrimas les bañaban los ojos cuando llegó la comitiva. Hasta entonces el Campo de Marte estuvo casi vacío, pero acudió la muchedumbre en oleada. Debajo del balcon donde el rey estaba colocado, fueron desfilando confusamente mujeres, niños y hombres beodos, gritando «¡viva Petion! ¡Petion ó la muerte!» y llevando en sus sombreros las mismas palabras que voceaban; confederados asidos del brazo trasportaban en relieve la Bastilla, con una prensa que hacia alto de cuando en cuando para imprimir y derramar cantares patrióticos. Venian luego las lejiones de la guardia nacional, los rejimientos de línea conservando trabajosamente su formacion en medio de aquel populacho arremolinado, y en fin las autoridades mismas con la asamblea. Bajó el rey entonces, y colocado en medio de un cuadro de tropas, se encaminó con el séquito hácia el altar de la patria. La inmensidad del tropel hácia el centro atajaba la marcha, y tras muchos esfuerzos de los rejimientos, llegó por fin el rey à la gradería del altar. La reina, colocada siempre en su balcon, estaba observando el paso con un

anteojo. La confusion pareció ir en aumento un instante al derredor del altar, y bajar el rey una grada, à cuya vista la reina dió un alarido, y causó un susto à los inmediatos. Sin embargo la solemnidad se acabó sin quebranto, y apenas se prestó el juramento, se agolparon sobre el árbol del feudalismo, y aunque se empeñaron en arrebatar al rey para que le pegase fuego, se desentendió, contestando atinadamente que ya no habia feudalismo. Tomó entonces su camino hácia la escuela militar, y las tropas, ufanas de haberlo salvado, exhalaron repetidamente las voces de «viva el rey.» La muchedumbre, siempre propensa à la simpatía, repitió los mismos gritos, y se disparó à agasajarle con el mismo ímpetu con que poco antes lo estuvo insultando. El desventurado Luis XVI aparecia amado aun algunas horas; creyéronlo el pueblo y él mismo por un rato, pero el embeleso no era ya duradero, y empezaban à estar siempre viendo el desengaño. Volvió el rey à palacio, gozoso de verse en salvo tras peligros que conceptuaba inminentes, mas todavía muy sobresaltado por los que estaba divisando en lo venidero.

Las nuevas que iban llegando de la frontera aumentaban la zozobra y los vaivenes. La declaracion de «la patria en peligro» habia conmovido toda la Francia y ocasionado la partida de un sinnúmero de confederados. No se hallaban mas que dos mil en Paris el dia de la funcion, pero iban llegando sin cesar, y su modo de conducirse correspondia à un tiempo à las zozobras y esperanzas con que se les aguardaba en la capital. Alistados todos voluntariamente, componian la mole mas acalorada de toda la Francia. La asamblea les señaló seis reales diarios y les reservó esclusivamente las galerías, y así es que le impusieron luego la ley à ella misma con sus alaridos y sus aplausos. Hermanados con los jacobinos, reunidos en su asonada, que en pocos dias sobrepujó en violencia à todas las demás, estaban en el disparador para alborotarse à la primera seña, como lo declararon à la misma asamblea en una esposicion. No partirian, dijeron, mientras los enemigos del interior no quedasen arrollados; y así, el intento de juntar en Paris una fuerza alborotadora, à pesar de la oposicion de la corte, se habia totalmente realizado.

Juntaron à esta palanca otras varias. Los veteranos de guardias francesas estaban repartidos por los rejimientos, y la asamblea dispuso que se reuniesen en un cuerpo de jendarmería. Constaba

su propension, por haber sido los primeros alborotadores. Opúsose en vano que estos soldados, casi todos sarjentos en el ejército, componian su principal fuerza. A nada dió oidos la asamblea, mucho mas temerosa del enemigo interno que del esterior. Despues de haberse habilitado con fuerzas, tenian que desbaratar las de la corte, y para esto dispuso la asamblea el desvío de todos los rejimientos. Ceñíase hasta entonces à la constitucion, mas no contentándose con apartarlos, les mandaba acudir à la frontera, usurpando en esto la disposicion de la fuerza pública que correspondia al rey.

El objeto de esta órden era principalmente alejar á los Suizos, cuya fidelidad era indudable. Para sortear este tiro, el ministerio se valió de Mr. d' Affry, su comandante, el cual se apoyó en sus capitulaciones para rehusar el apartarse de Paris. Se aparentó alguna consideracion con las razones que esponia, pero se mandó provisionalmente la partida de dos batallones Suizos.

Es cierto que el rey tenia su veto para escudarse contra estas disposiciones, pero se habia quedado sin influjo, y no le cabia usar de su prerogativa. La misma asamblea no siempre podia resistir à las propuestas de algunos individuos, los cuales, apoyados à todo trance con los aplausos de las galerías, apenas le franqueaban el uso de su moderacion; y mientras acudia por una parte à las disposiciones mas trastornadoras, se la veia por otra aprobar y acojer las peticiones mas moderadas.

Los acuerdos formados, las peticiones, el lenguaje de las conversaciones, todo anunciaba una revolucion inmediata. Preveíanla los jirondinos y la deseaban, mas no deslindando bien sus medios, se les hacia el éxito temible. Los inferiores se lamentaban de su flojedad, y los tachaban de incapaces y blandos, y todos los caudillos de asonadas y secciones, aburridos de una elocuencia infructuosa, pedian à voz en grito para que los esfuerzos populares no se frustrasen. Habia en los Jacobinos un salon para la tarea de la correspondencia, donde habian planteado una comision central de los confederados para aunarse y combinarse. Para que las resoluciones fuesen mas reservadas y poderosas, redujeron esta comision à cinco individuos, y se apellidó entre ellos la «comision sublevadora.» Estos cinco miembros eran un llamado Vaugeois, provisor; Debessé del Droma; Guillermo, catedrático en Caen, Simon, periodista en Estrasburgo, y Galissot de Langres. Incorporáronles luego Carra, Gorsás, Fournier el Americano, Wes-

termann, Kienlin de Estrasburgo, Santerre; Alejandro, comandante del arrabal de San Marcelo; un Polaco, llamado Lazouski, capitan de artillería en el batallon de San Marcelo; un ex-constituyente, Antonio de Metz; dos electores, Lagrey y Garin. Manuel, Camilo Desmoulins y Danton se incorporaron luego y ejercieron grandísimo predominio (*). Franqueáronse con Barbaroux, quien prometió la cooperacion de sus Marselleses, cuya llegada se ansiaba por momentos. Pusiéronse en correspondencia con el corregidor Petion, y se le alcanzó la promesa de no atajar el alboroto. Prometiósele en cambio el resguardar su morada, arrestándolo para sincerar su inaccion con asomos de violencia, si se malograba la empresa. Acordado definitivamente el intento, se trataba de acudir armados al palacio para deponer al rey, pero habia que poner al pueblo en movimiento, y para conseguirlo era indispensable que mediase alguna circunstancia estraordinaria. Esmerábanse en proporcionarla, y era el pábulo de las sesiones de los jacobinos. El diputado Chabot se esplayaba con el ímpetu de su temperamento sobre la necesidad de una resolucion grandiosa, diciendo que para acarrearla, era muy del caso que la corte atropellase la existencia de un diputado. Grangeneuve, que lo era, oia estas palabras, y siendo hombre de entendimiento adocenado, pero de carácter violento, llama à Chabot à parte. — Teneis razon, le dice, es fuerza que perezca un diputado, pero la corte es muy entendida para que nos suministre una coyuntura tan preciosa. Hay que ajenciarla, matándome junto al mismo palacio. Chiton, y à disponer el trance. — Chabot, enajenado de entusiasmo, le ofrece terciar en su suerte, y Grangeneuve lo acepta diciéndole que dos muertes surtirán mas efecto que una. Emplazan el dia, la hora y los medios para matarse, y no «lisiarse,» segun decian, y se separaron resueltos à sacrificarse por el éxito de la causa comun. Grangeneuve, resuelto à cumplir su palabra, arregla sus negocios domésticos, y à las diez y media de la noche se encamina à la cita. No estaba Chabot; espera, y no viniendo, se figura que ha mudado de propósito; pero cuenta con que à lo menos la ejecucion se verificará con él; anda arriba y abajo repetidas veces esperando el tiro mortal, pero se ve precisado à volverse en su cabal salud, sin haberse podido sacrificar à favor de una calumnia.

(*) Véase la nota 44 al fin del último tomo.

Se estaba pues esperando con impaciencia la ocasion que no asomaba, y se acusaban recíprocamente de flaqueza, de falta de sistema y de desempeño, y los diputados jirondinos, el correjidor Petion y todos los sujetos visibles, que, ya en la tribuna, ya en sus funciones, tenian que usar el lenguaje de la ley, se iban ya desentendiendo, y rechazaban aquellos vaivenes continuos que los comprometian sin provecho. Reconvenian à los alborotadores subalternos, por desfogarse en arranques parciales é inútiles, esponiendo el pueblo sin producir acontecimiento decisivo. Estos, al contrario, que estaban haciendo cuanto podian en sus cuadrillas, vituperaban à los diputados y al correjidor Petion sus razonamientos públicos, y los tildaban de enfrenar la pujanza del pueblo; y así es que dos diputados tachaban à la mole de no estar organizada, y esta se quejaba igualmente de que no lo estaban aquellos. Echábase menos un caudillo; necesitamos un hombre, era el alarido jeneral, pero ¿quién? Ninguno asomaba entre los diputados, pues eran mas bien oradores que conspiradores, y por otra parte su elevacion y su jénero de vida los desviaban mucho de la plebe sobre la cual se habia de obrar. Sucedia otro tanto con Roland, Servan y todos los sujetos cuyo valor era patente, pero cuya jerarquía los encumbraba sobre la esfera del pueblo. Petion, por sus funciones, hubiera podido comunicarse fácilmente con la muchedumbre, pero de suyo era yerto y mas capaz de morir que de obrar. Tenia por sistema el atajar todos los alborotillos, para dispararse en una sublevacion decisiva; pero siguiéndolo rigurosamente, contrarestaba los movimientos diarios, y se defraudaba de toda privanza con los ajitadores, à quienes inutilizaba sin dominarlos. Necesitaban un caudillo que, no habiendo salido del seno de la plebe, no hubiera perdido su prepotencia con ella, y que gozase naturalmente el númen del predominio.

Dilatábase un campo inmenso en las asonadas, en las secciones y en los periódicos revolucionarios, y asomaban ya muchos sujetos, sin que ninguno descollase notablemente. Camilo Desmoulins se habia esclarecido por su raudal cenagoso, su arrojo, y su disparo para embestir à cuantos apareciau amainar en la carrera revolucionaria. Conocíanle las ínfimas clases, pero carecia de los pulmones de un orador popular y de la pujanza y fogosidad arrebatadora de un caudillo. Otro periodista se habia granjeado una nombradía pavorosa; este era Marat, conocido bajo el nombre del

«Amigo del pueblo,» y hecho, por sus incitaciones al homicidio, objeto que horrorizaba à cuantos mantenian algun asomo de moderacion. Natural de Neufchatel, y entregado al estudio de las ciencias físicas y médicas, habia impugnado con avilantez los sistemas mejor planteados, manifestando una actividad de entendimiento casi convulsiva. Era médico de los caballerizos del conde de Artois, cuando estalló la revolucion, y se disparó osadamente à esta nueva carrera, señalándose pronto en su seccion. Su estatura era mediana, su cabeza y sus facciones abultadas, su tez cárdena, sus ojos fogosos, y su esterior desaseado. No habia parecido mas que ridículo ú horroroso, pero de repente se oyeron salir de aquel cuerpo fiero máximas estravagantes y atroces, habladas con acento bronco y familiaridad insolente. Habia que echar abajo, decia, muchos millares de cabezas, y acabar con todos los aristócratas que imposibilitaban la libertad. Horrorizaba y causaba menosprecio à todos los circunstantes; le empujaban, le pisaban, y se mofaban de su zafia personilla; pero acuchillado en las lides científicas y en los desatinos mas disparados, sabia contrarestar el menosprecio, y se condolia de los incapaces de comprenderle. Desde entonces pregonó en sus pliegos la doctrina espantosa que le rebosaba, pues la vida subterranea, à la cual tenia que condenarse para sortear à los alguaciles, habia descerrajado sus pasiones, y los testimonios de aversion pública lo inflamaban mas y mas por instantes. Nuestras costumbres cultas no eran para él sino vicios que se oponian á la igualdad republicana, y à impulsos de su encono impetuoso contra los obstáculos, no veia mas camino de salvamento que el esterminio. Sus estudios y sus esperimentos sobre el hombre físico debieron habituarle à vencer la presencia del dolor, y su celebro ardiente, no viéndose atajado por ningun impulso de sensibilidad, se encaminaba disparadamente à su objeto por medios sangrientos. Este pensamiento de obrar destruyendo habia venido à trocarse en sistema en su cabeza. Apetecia un dictador, no para proporcionarle el goce de la prepotencia, sino para imponerle el encargo terrible de purificar la sociedad. Este dictador debia tener una bala en los piés, para estar siempre à la mano del pueblo, sin que se le dejase mas facultad que la de apuntar las víctimas y disponer por único castigo la muerte. Marat no conocia otra pena, porque no trataba de castigar sino de zanjar el obstáculo.

Viendo por donde quiera aristócratas conspirando contra la

libertad, andaba recojiendo de acá y de allá cuantos hechos halagaban su pasion; delataba con enfurecimiento, y con una insubsistencia que procedia de esta misma saña, todos los nombres que le apuntaban, y que muchas veces ni siquiera existian. Delatábalos sin encono personal, sin zozobra, y aun sin peligro para él, porque estaba fuera de todo alcance, y no mediaba correspondencia entre el ultrajador y los ultrajados.

Recien-mandado prender con Royou, el «Amigo del rey,» se habia ocultado en casa de un abogado desconocido y menesteroso que le habia franqueado asilo. Llamó à Barbaroux, el cual se habia dedicado à las ciencias físicas, y conocido entonces à Marat. No pudo desentenderse de la visita, y conceptuó al oirle que su cabeza estaba ida; pues, segun él, los Franceses no eran sino unos revolucionarios mezquinos. «Vengan, decia, doscientos Napolitanos armados de puñales, y con un manguito en forma de escudo al brazo izquierdo; con ellos andaré por Francia, y haré la revolucion.» Apetecia, para señalar à los aristócratas, que la asamblea les mandase llevar una cinta blanca en el brazo, y permitiese matarlos, en juntándose hasta tres. Con el nombre de aristócratas comprendia los realistas, los fuldenses y los jirondinos, y si tal vez se le hablaba de la dificultad de conocerlos, —No cabia, decia, engaño; se debia arremeter à cuantos tenian carruajes, criados, vestidos de seda y que salian de los teatros, pues eran positivamente aristócratas.

Salió Barbaroux estremecido, y Marat, empapado en su atroz sistema, se desvelaba poco por medios de sublevacion, siendo por otra parte incapaz de disponerlos. Complacíase en sus soñadas matanzas, con la aprension de retirarse à Marsella, pues el entusiasmo republicano de aquel pueblo le hacia esperar mas acojida é intelijencia. Trató pues de ir à refujiarse allí, y aspiraba à que Barbaroux le franquease su recomendacion, mas este no se avenia à hacer semejante regalo à su patria, y dejó en su rincon al insensato cuyo endiosamiento no podia prever.

El sistemàtico y sanguinario Marat no era pues el caudillo denodado que pudiese hermanar estas moles desparramadas que estaban fermentando confusamente. Robespierre hubiera sido mas adecuado, por cuanto se habia ajenciado en los Jacobinos una turba paniaguada de oyentes, mas activa por lo comun que un partido de lectores; pero carecia de prendas necesarias para el intento. Me-

dianillo abogado de Arras, salió diputado por su pueblo para los estados jenerales, donde se estrechó con Petion y Buzot, y sostenia con desabrimiento las opiniones que estos defendian con su convencimiento entrañable y sosegado. Ridiculizóse al pronto por la pausa de su habla y la escasez de su persuasiva, pero su tenacidad le acarreó alguna atencion, con especialidad en la revision del código constitucional. Cuando tras la escena del Campo de Marte, se estendió la voz de que se iba à procesar à los firmantes de la peticion de los jacobinos, Buzot y Roland se condolieron de su pavor y de su juventud, y le ofrecieron un asilo; pero luego, mas alentado al separarse de la asamblea, se escudó con los jacobinos, donde siguió con sus arengas hinchadas y dogmáticas. Nombrado fiscal, rehusó estas nuevas funciones, y no trató mas que de merecer el concepto de patriota incorruptible y orador elocuente.

Sus primeros amigos, Petion, Buzot, Brissot, y Roland, le recibian en sus casas, y se incomodaban de su doliente orgullo que rebosaba en sus miradas y en todos sus movimientos. Interesábanse por él, y sentian que, dedicándose tanto à la causa pública, se acordase tantísimo de sí mismo. Sin embargo, como abultaba poco, no lastimaba su orgullo, y se lo disimulaban à vueltas de su enardecimiento y de su medianía. Se reparaba particularmente que, enmudeciendo en las reuniones y escaseando su parecer, al dia siguiente se erguia en la tribuna, vertiendo las especies ajenas que habia recojido. Se lo manifestaron sin reconvenirle, y luego aborreció esta reunion de sujetos eminentes, como habia detestado à los de la primera asamblea. Retiróse entonces absolutamente à los Jacobinos, donde, como se ha visto, se desavino con Brissot y Louvet, sobre el punto de la guerra, llamándolos y conceptuándolos quizás malos ciudadanos porque pensaban de otro modo que él y sostenian su parecer con elocuencia. ¿Procedia de buena fe cuando se recelaba al golpe de cuantos le habian lastimado, ó los calumniaba acaso à sabiendas? Estas son interioridades misteriosas; pero con unos alcances reducidos y vulgares, y con una vidriosidad estremada, era muy propenso à la ira y difícil de desengañar; y acaso un encono orgulloso se cambiaba en él en odio de principios, creyendo malvados à cuantos le agraviaban.

Como quiera, en su estrechísima esfera, movió à entusiasmo por su honradez y su jenio dogmatizador, fundando así su popularidad en pasiones ciegas y entendimientos escasos, pues la auste

nidad y el dogmatismo yerto cautivan á los ánimos fogosos, y á veces á los sobresalientes. Mediaban con efecto sujetos propensos á franquear á Robespierre verdadera pujanza y desempeño descollante, llamándolo su Arístides Camilo Desmoulins, y calificándolo de elocuente.

Otros, negados, pero atraidos por su pedantería, andaban repitiendo que era el hombre digno de acaudillar la revolucion, y que sin aquel dictador, no podria seguir. En cuanto á él, permitiendo á sus secuaces estos dichos, no asomaba jamás por los conciliábulos de los conjurados. Quejábase además de verse comprometido, porque uno de ellos, habitando la misma casa que él, habia convocado alguna vez la comision sublevadora. Quedábase por tanto á la espalda, dejando obrar á sus encarecedores Panis, Sergent, Osselin, y otros miembros de las secciones y de los concejos municipales.

Marat, que iba en busca de un dictador, queria tantearlo para el intento. La presencia desaseada y cínica de Marat se contraponia con la de Robespierre, el cual era decoroso y aliñado. Retirado en su estudio elegante, donde se veia retratado de mil modos en pintura, en grabado y en escultura, se afanaba con un ahinco tenaz, y releia de continuo á Rousseau para componer sus discursos. Avistóse con Marat, el cual no deslindó en él mas que enconillos personales, ningun gran sistema y nada del denuedo sanguinario que exhalaba su convencimiento monstruoso, y en fin ni asomo de númen; y así salió rebosando de menosprecio para con aquel «hombrezuelo», y declarándole incapaz de salvar el estado, y se persuadió mas y mas que solo él poseia el gran sistema social.

Los partidarios de Robespierre acorralaron á Barbaroux, empeñados en llevarlo á su casa, diciendo que se requeria «un hombre», y que solo Robespierre podia serlo. Desagradó este lenguaje á Barbaroux, cuyo engreimiento amainaba poco ante la dictadura, y cuya fantasía fogosa estaba ya avasallada por el pundonor de Roland y el desempeño de sus amigos. Fué sin embargo, y en el coloquio se habló de Petion, cuya popularidad desairaba á Robespierre, y quien, segun decian, era inservible para la revolucion. Contestó Barbaroux con enfado á las tachas que ponia á Petion, y abonó con empeño el carácter que le prendaba. Habló Robespierre de la revolucion, y repitió, segun su costumbre, que él le habia dado ímpetu, y acabó con la cantilena jeneral de

que se requeria un hombre. Contestó Barbaroux que no le cuadraba ni dictador ni rey, y Freron replicó que Brissot aspiraba à serlo. Batallaron así en reconvenciones sin entenderse. A la despedida, Panis, intentando embotar los tiros del coloquio, dijo à Barbaroux que no se habia enterado del asunto, pues solo se trataba de autoridad momentanea, y que Robespierre era el único à quien se podia encargar. Estos arranques volanderos y frívolas competencias persuadieron equivocadamente à los jirondinos que Robespierre tremolaba ínfulas de usurpador. Los celos entrañables se conceptuaron en él ambicion; pero este es uno de los desaciertos que el mirar empañado de los partidos suele cometer. Robespierre, capaz tan solo de odiar el mérito, carecia de la pujanza y del númen de la ambicion, y sus parciales entablaban por él pretensiones que él mismo no alcanzaba à idear.

Danton era mas à propósito que ningun otro para encumbrarse à caudillo, cual lo anhelaban los soñadores, para escuadronar los movimientos revolucionarios. Habíase ensayado en el foro malogradamente, pues menesteroso y acosado de pasiones, habíase engolfado en las turbulencias políticas con denuedo, y probablemente con esperanzas. Era muy lego, pero dotado de unos alcances peregrinos y de fantasía anchurosa; su estampa atlética, sus facciones aplastadas y semi-africanas, su metal tronador, sus ocurrencias estrafalarias pero grandiosas, cautivaban el auditorio de los franciscanos y de las secciones. Su semblante espresaba alternativamente ímpetus irracionales, graciosidad y aun benevolencia. Danton ni odiaba ni envidiaba à nadie, pero su arrojo era descollante, y en ciertos ratos de arrollamiento se mostraba abonado para desempeñar cuanto los alcances atroces de Marat eran capaces de idear.

Una revolucion, cuyo efecto imprevisto pero inevitable habia sido el sublevar la clase ínfima de la sociedad contra la jerarquía encumbrada, debia escitar envidias, abortar sistemas, y descerrajar pasiones irracionales. Robespierre fué el envidioso; Marat el sistemático, y Danton el disparado, movible, fogoso, y alternativamente cruel ó benéfico. Si los dos primeros, acosados, aquel por una envidia sedienta, el otro por sus sistemas asoladores, debieron adolecer poquísimo de urjencias estragadoras, Danton, al contrario, rebosando de ímpetus y desalado por gozar, debió ser muy ajeno de profesar la entereza. So color de reintegrarle un cargo antiguo de abogado en el consejo, le agasajó la corte con

sumas considerables, pero consiguió pagarle sin cohecharlo, pues siguió arengando y alborotando la muchedumbre contra ella. Cuando le reconvenian de no cumplir lo tratado, respondia que para mantenerse en el disparador de servir à la corte debia aparentar enemistad con ella.

Danton era pues el caudillo mas temible de aquellas bandadas que se cohechaban y se conducian por el habla; pero osado y arrollador en el trance, no era adecuado para esmerarse cual requiere el ansia de descollar, y aunque muy prepotente con los conjurados, no era todavía su conductor; siendo solo capaz, en el momento de la incertidumbre, de alentarlos y dispararlos sobre el objeto por un impulso terminante.

Los varios miembros de la comision sublevadora no habian podido todavía avenirse. La corte, informada de sus menores movimientos, tomaba por su parte algunas disposiciones para resguardarse de un salteamiento repentino, é ir dando tiempo para que fuesen llegando las potencias coligadas. Habia planteado junto à palacio una asociacion llamada «francesa», que se componia de operarios y soldados de la guardia nacional. Todos ellos tenian las armas ocultas en el sitio mismo de las sesiones, y en un repente podian acudir à carrera à resguardar la familia real, y esta reunion por sí sola costaba en la lista civil diez mil francos al dia. Un Marsellés, llamado Lieutaud, mantenia además una cuadrilla que se agolpaba alternativamente en las galerías, las plazas públicas, los cafés y los bodegones, para hablar à favor del rey y contrarestar los alborotos continuos de los patriotas (*). Con efecto, por donde quiera se trababan contiendas, primero de palabra, y luego de obra; pero à pesar de todo el ahinco de la corte, sus parciales eran contadísimos, y la parte de la guardia nacional que era suya adolecia de mortal desaliento.

Crecido número de sirvientes fieles, desviados hasta entonces del solio, se desalaban por defender al rey, y escudarlo con sus cuerpos. Eran sus reuniones frecuentes y numerosas en palacio, y aumentaban el recelo público. Llamábanlos «caballeros del puñal,» desde la ocurrencia de febrero de 1791. Se habian espedido órdenes reservadas para juntar la guardia constitucional, la cual, aunque despedida, habia seguido disfrutando su sueldo. Entre tanto, cruzábanse los consejos en derredor del rey, y producian

(*) Véase Bertrand de Molleville, tomos VIII y IX.

en su ánimo débil, y naturalmente indeciso, vaivenes en estremo dolorosos. Amigos cuerdos, y entre otros Malesherbes (*), le aconsejaban la renuncia; otros, en mayor número, querian que huyera; por lo demás no estaban acordes ni en los medios, ni en el sitio, ni en el resultado de la fuga. Para ir coordinando estos diversos planes, el rey apeteció que Bertrand de Molleville se entendiese con Duport, el constituyente. El rey ponia mucha confianza en este último, y se vió precisado á dar órden positiva á Bertrand, el cual alegaba no querer entablar ninguna relacion con un constitucional como Duport. En esta intimidad alternaban Lally Tolendal, Malouet, Clermont-Tonnerre, Gouvernet y otros, todos apasionados á Luis XVI y conformes solo en este punto, pero desavenidos sobre la parte que se reservaria al rey, ya que se pusiese en salvo. Quedó resuelta la fuga del rey, y su retirada al castillo de Gaillon en Normandía. El duque de Liancourt, amigo de Luis XVI, y mereciendo toda su confianza, mandaba aquella provincia; respondia de sus tropas y de los habitantes de Ruan que se habian señalado contra el 20 de junio. Se brindaba á recibir la familia real, conducirla á Gaillon, entregarla á Lafayette, quien la trasladaria al centro de su ejército, y además franqueaba todos sus haberes para el desempeño del proyecto, sin reserva á sus hijos mas que dos mil cuatrocientos francos de renta. Este plan cuadraba á los miembros constitucionales de la consulta, porque en vez de poner el rey en manos de los emigrados, lo ladeaba con el duque de Liancourt y Lafayette. Por la misma razon desagradaba á otros, y tal vez á la reina y al mismo rey. El castillo de Gaillon ofrecia la gran ventaja de estar á treinta y seis leguas del mar y brindar por la Normandía, provincia muy afecta, paso fácil á Inglaterra; y aun tenia otra, que era la de no estar mas que á veinte leguas de Paris; con que así el rey podia retirarse allí sin quebrantar la ley constitucional, punto importantísimo para él, pues se mostraba muy solícito por no incurrir en contravencion declarada.

Mr. de Narbonne y la hija de Necker, Madama Stael, idearon tambien un proyecto de fuga; y los emigrados por su parte propusieron el suyo, que era el de trasladar el rey á Compiegne, y de allí á las orillas del Rin por la selva de las Ardenas. Todos quieren aconsejar á un rey débil, por cuanto aspiran á infundirle

(*) Véase Bertrand de Molleville.

un albedrío de que carece. Tantos pareceres encontrados agravaban la indecision natural de Luis XVI; y este príncipe desventurado, con tantos consejos, hecho cargo de las razones de los unos, arrollado por las pasiones de los otros, martirizado de zozobras por la suerte de su familia, y remordido por su conciencia, titubeaba entre mil proyectos, y veia encresparse la oleada popular, sin atreverse à arrostrarla ni à sortearla.

Los diputados jirondinos, que tan denodadamente habian entablado el punto de la cesacion, permanecian sin embargo indecisos en la víspera de un alboroto; pues aunque estaba la corte casi desarmada, y la preponderancia residia en el pueblo, sin embargo la asomada de los Prusianos y la zozobra que infunde siempre una potestad antigua, aun defraudada de sus fuerzas, les persuadieron que valia mas transijir con la corte, que esponerse à los trances de una refriega. Aun cuando esta fuese aventajada, temian que la llegada inmediata de los estranjeros inutilizase la victoria con el palacio, y acarrease venganzas terribles tras un logro momentaneo. Sin embargo, à pesar de su ánimo de negociar, no lo entablaron ni se atrevieron à tomar la iniciativa, pero dieron oidos à uno llamado Boze, como pintor del rey, íntimo de Thierry, ayuda de cámara de Luis XVI. El pintor Boze, despavorido con los riesgos de la causa pública, los indujo à escribir lo que tuvieron por conveniente en aquel conflicto para salvar el rey y la libertad. Estendieron pues una carta firmada por Guadet, Gensonné y Vergniaud, que empezaba por estas palabras: «Nos preguntais, mi señor, cuál es nuestra opinion sobre la situacion actual de la Francia...» Este arranque demuestra que esta esplicacion habia sido pedida. No le quedaba arbitrio, decian à voces los tres diputados, para dejar de advertir, y se engañaría en gran manera si no viese que su conducta era la causa del hervidero jeneral y de aquella violencia de las asonadas de que se estaba quejando incesantemente; nuevas protestas por su parte serian inútiles y parecerian irrisorias; y en el trance de los negocios se seguirian pasos muy decisivos para desasustar al pueblo; todos, por ejemplo, conceptuaban absolutamente que en manos del rey estaba el alejar los ejércitos estranjeros; y así era preciso que desde luego mandase este desvío; debia al punto escojer un ministerio patriota y licenciar à Lafayette, que en la situacion actual no podia servir con utilidad; espedir una ley para la educacion constitucional del

jóven delfin, sujetar la lista civil à cuenta y razon patente, y declarar con solemnidad que no aceptaria para sí mismo aumento de poderío, sino con el beneplácito libre de la nacion. Con estas condiciones, añadian los jirondinos, era de esperar que amainasen las iras, y con el tiempo y la perseverancia en este sistema, recobraria el rey la confianza de que actualmente carecia.

A la verdad, se hallaban los jirondinos à la saxon en el alcance de su objeto, si verdaderamente habian conspirado hasta aquel punto y desde mucho antes para el establecimiento de una república; ¡ y ahora querrian que repentinamente se hubieran detenido en el momento de su logro, para proporcionar el ministerio à tres de sus amigos! Esto es lo que no cabe, evidenciándose que la república no vino à ser apetecida sino en el desahucio de la monarquía; que nunca fué un proyecto formal, y que aun en vísperas de alcanzarla, los tachados de haberla preparado de antemano no querian sacrificar la causa pública al triunfo de este sistema, y se avenian à conservar la monarquía constitucional, con tal que estribase en su debido afianzamiento. Los jirondinos, al pedir el desvío de la tropa, demostraban patentemente que el riesgo actual los embargaba, y la atencion qne mostraban á la educacion del delfin está demostrando tambien que la monarquía no era para ellos una perspectiva intolerable.

Hase dicho que Brissot por su parte habia hecho proposiciones para estorbar el destronamiento, y que habia puesto por condicion una suma muy alta. Esta afirmacion es de Bertrand de Molleville, que siempre ha estado calumniando, por dos razones: maldad de corazon y torpeza de entendimiento; pero no alega prueba alguna, y las escaseces sabidas de Brissot y su convencimiento acalorado son los títulos que le abonan. Quizá no era imposible el que la corte regalase al mañoso Brissot en apariencia, pero esto no probaria que el dinero hubiera sido pedido ú recibido por él. El hecho referido mas arriba sobre los cohechos de Petion, prometidos à la corte por estafadores, y otros muchos del mismo jaez, demuestran à las claras qué confianza se puede hacer de estos cargos de venalidad tan fácil y frecuentemente aventurados. Por otra parte, sea lo que fuere en cuanto à Brissot, los tres diputados Gensonné, Guadet y Vergniaud ni siquiera han sido tildados, siendo los únicos firmantes de la carta entregada à Boze.

El corazon llagado del rey era mas incapaz que nunca de acce-

der à sus cuerdos pareceres. Thierry le presentó la carta, pero la rechazó desabridamente, y dió las dos respuestas acostumbradas, que no era él, sino el ministerio patriota, el que habia acarreado la guerra, y que en cuanto à la constitucion, la observaba fielmente, mientras otros echaban el resto en socavarla (*). Estas razones no eran muy fundadas, pues aun cuando no hubiera acarreado la guerra, era obligacion suya el atender à su acertado desempeño; y en cuanto à su escrupulosidad con la letra de la ley, la observancia del texto era insuficiente, pues debia no comprometer la identidad, misma llamando à los estranjeros.

Hay que atribuir sin duda à la esperanza de los jirondinos en ver sus pareceres escuchados, los miramientos que guardaron, cuando se quiso ventilar en la asamblea el punto del destronamiento, tratado diariamente en las asonadas, en las cuadrillas y en las peticiones. Cuantas veces venian à hablar, en nombre de la comision de los doce, del peligro de la patria y de los medios de socorrerla, «Internaos en la causa del peligro,» les decian; «à la causa,» repetian las galerías. Vergniaud, Brissot y los jirondinos respondian que la comision clavaba los ojos «en la causa,» y la desembozaria à su tiempo; mas que por entonces no habia que dar mas pábulo à la discordia.

Pero estaba decretado que todos los arbitrios y planes de transaccion naufragarian; y la catástrofe, prevista y temida, sobrevino luego, como lo verémos mas adelante.

(*) Véase la nota 45 al fin del último tomo.

CAPITULO XI.

Llegada de los Marselleses á Paris; comida y ocurrencias sangrientas en los Campos-Elíseos. Manifiesto del duque de Brunswick. Las secciones de Paris piden la cesacion del rey. El rey se niega á la fuga. La asamblea desecha la proposicion de acusar á Lafayette. Preparativos de la sublevacion; medios de defensa en palacio. Alboroto del 10 de agosto; los arrabales se apoderan de las Tullerías tras una refriega reñidísima; el rey se acoje á la asamblea; suspension de la potestad real; convocacion de una convencion nacional.

Tras una funcion de los confederados, la comision sublevadora acordó marchar por la madrugada del 26 de julio en tres columnas en demanda del palacio, tremolando bandera encarnada, con este rótulo: «Quien tire á las columnas del pueblo, morirá al golpe.» El resultado debia ser prender al rey y encerrarlo en Vincennes. Habian comprometido á la guardia nacional de Versalles para darse la mano en este movimiento; pero la avisaron tan tarde, y estaban tan discordes con ella, que los oficiales vinieron al ayuntamiento de Paris la madrugada misma para enterarse de lo que debian practicar. Por otra parte se guardó tan mal el sijilo, que la corte estaba ya avisada, y el palacio lleno de jente. Petion, viendo las disposiciones equivocadas, receloso de alguna traicion, y considerando sobre todo que los Marselleses no habian llegado todavía, acudió presuroso al arrabal, para atajar un movimiento que debia volcar el partido popular, si se malograba.

El alboroto era horroroso en los arrabales; habian estado toda la noche tocando á rebato, y para alborotar el pueblo se habia estendido la voz de que habia en palacio un monton de armas que se debian ir á buscar. Logró Petion á duras penas aquietar el desconcierto; el guarda-sellos Champion de Cicé, que por su parte habia acudido tambien, recibió algunos sablazos; pero en fin el pueblo se avino á retirarse, y se emplazó la sublevacion.

Las contiendas y reyertas por menor que sirven por lo mas de

floreo à un rompimiento definitivo, continuaron incesantemente. El rey habia hecho cerrar el jardin de las Tuilerías desde el 20 de junio. El terrado de los Fuldenses que desembocaba en la asamblea estaba únicamente abierto, y los centinelas tenian órden de no dejar pasar à nadie del terrado al jardin. Encontróse à Despremenil hablando acaloradamente con un diputado, y fué escarnecido, acosado en el jardin, y arrebatado hasta el palacio real, en donde recibió varias heridas. Habíanse atropellado los centinelas que atajaban el paso del jardin, y se trató de acudir con un decreto. Sin embargo no se dió, y se propuso únicamente colocar un cartel, con estas palabras: «Se prohibe el pasar à territorio estranjero». Colocóse el cartel, y bastó para atajar al pueblo, aunque el rey habia desmandado ya las órdenes, y así se procedia sin decoro ni miramiento. Una carta de Nancy, por ejemplo, anunciaba varios rasgos cívicos ocurridos en aquel pueblo; y al instante la asamblea envió una copia al rey.

En fin el 30, llegaron los Marselleses. Eran quinientos, y contaban en sus filas à los mas alborotadores del Mediodía y à todos los mas turbulentos que el comercio acarreaba al puerto de Marsella. Barbaroux les salió al encuentro en Charenton, y con este motivo se combinó un nuevo proyecto con Santerre. So color de ir à agasajar à los Marselleses, se queria reunir à los arrabales, acudir luego en órden al Carrousel, y acampar allí sin alboroto, hasta que la asamblea hubiera suspendido al rey, ó que renunciase voluntariamente. Este proyecto gustaba á los moderados del partido que anhelaban terminar la revolucion sin derramamiento de sangre. Sin embargo se malogró, porque Santerre no acertó à reunir el arrabal, y no pudo llevar consigo sino poca jente para salir al encuentro de los Marselleses. Santerre les ofreció inmediatamente una comida en los Campos-Elíseos, y en el mismo dia y en el mismo instante, una reunion de guardias nacionales del batallon de las Niñas-de-Santo-Tomás, y otros individuos, escritores ó militares, todos afectísimos à la corte, tenian tambien su banquete junto al sitio en que se agasajaba à los Marselleses. Positivamente esta comida no pudo disponerse de intento para incomodar à los Marselleses, puesto que el brindis hecho à estos habia sido repentino, porque en vez de un banquete se habia premeditado una sublevacion. Era sin embargo imposible que unos vecinos tan encontrados de opiniones acabasen pacíficamente su comida. El populacho,

provocó à los realistas, que intentaron defenderse; los patriotas, llamados en auxilio del populacho, se arrojaron denodadamente, y se trabó la refriega. No fué duradera, porque los Marselleses abalánzandose à sus contrarios, los pusieron en huida, mataron à uno é hirieron à varios. En un momento se alborotó Paris, y los confederados corrian por las calles arrancando las escarapelas de cinta, empeñándose en que habian de ser de lana.

Algunos de los fujitivos llegaron ensangrentados à las Tuilerías, en donde fueron acojidos ansiosamente, y tratados con un esmero muy natural, puesto que estaban viendo en ellos unos amigos víctimas de su pasion. Los guardias nacionales que estaban de servicio en palacio refirieron estos pormenores, y añadieron quizás lo que fué motivo de nuevos rumores y nuevos enconos contra la familia real y las palaciegas, que habian, segun se contaba, enjugado con sus pañuelos el sudor y la sangre de los heridos. Se infirió de ahí que la ocurrencia habia sido dispuesta, y fué un nuevo capítulo contra las Tuilerías.

La guardia nacional de Paris pidió en seguida el desvío de los Marselleses, pero fué escarnecida por las galerías, y no tuvo éxito su demanda.

En medio de estas circunstancias se derramó un escrito atribuido al príncipe Brunswick, y reconocido luego por auténticos. Ya hemos hablado de la comision de Mallet-du-Pan, quien habia sujerido al rey la especie y el modelo de un manifiesto, pero la primera idea quedó luego desfigurada. Otro manifiesto, à impulsos de las pasiones de Coblenza, y realzado con el nombre de Brunswick, se fué publicando ante el ejército prusiano. Este documento era del tenor siguiente: «S.S. M.M. el emperador y el rey de Prusia, habiéndome confiado el mando de los ejércitos combinados que han hecho juntar sobre la raya de Francia, he tenido à bien anunciar à los habitantes de este reino las razones que han motivado la disposicion de entrambos soberanos, y los intentos que les dominan.

«Despues de haber suprimido arbitrariamente los derechos y posesiones de los príncipes alemanes en Alsacia y en Lorena, trastornado y volcado en lo interior el órden y el gobierno lejítimo, cometido contra la persona sagrada del rey y contra su augusta familia atentados y violencias que se están todavía renovando y perpetuando de dia en dia, los usurpadores que empuñan las rien-

das de la administracion han colmado en fin la medida haciendo declarar una guerra injusta à S. M. el emperador, é invadiendo sus provincias situadas en los Paises-Bajos; algunas de las posesiones del imperio jermánico han quedado envueltas en esta opresion, y otras muchas no se han salvado del mismo peligro sino amainando ante los amagos furibundos del partido dominante y de sus emisarios.

«S. M. el rey de Prusia, en union con S. M. imperial, con los vínculos de una alianza estrecha y defensiva, y miembro preponderante por sí del cuerpo jermánico, no ha podido menos de acudir al auxilio de su aliado y de sus co-estados; y bajo entrambos conceptos, toma à su cargo la defensa de este monarca y de la Alemania.

«A estos grandiosos intereses júntase tambien un objeto de igual entidad y que empeña à entrambos soberanos, y es atajar la anarquía en el interior de la Francia, y contrarestar los asaltos hechos al solio y al altar; restablecer la potestad legal, restituir al rey su seguridad y la independencia de que se le ha defraudado, para ponerlo en estado de ejercer la autoridad lejítima que le pertenece.

«Convencidos de què la parte sana de la nacion francesa aborrece los escesos de una faccion que la tiene avasallada, y que los mas de los habitantes están esperando con ansia el trance de los auxilios para declararse sin rebozo contra las empresas odiosas de sus opresores, SS. MM. el emperador y el rey de Prusia los llaman y los brindan à volver sin demora por el rumbo de la razon y de la justicia, del órden y de la paz. Con estas miras, yo el abajo firmado, jeneral en jefe de ambos ejércitos, declaro:

«1°. Que arrebatadas al rompimiento presente por circunstancias incontrastables, entrambas cortes aliadas no aspiran á otro objeto sino el de la dicha de la Francia, sin empeñarse en conquistas y usurpaciones;

«2°. Que no tratan de entrometerse en el gobierno interior de la Francia, y solo intentan libertar al rey, à la reina y à la familia real de su cautiverio, y proporcionar à S. M. cristianísima la seguridad necesaria para que pueda hacer sin peligro y sin estorbo las convocaciones que tenga por convenientes, y dedicarse à afianzar la dicha de sus súbditos, segun sus promesas y en cuanto esté en su mano;

«3°. Que los ejércitos combinados apadrinarán los pueblos, lugares y aldeas, y las personas y bienes de cuantos se sometan al rey, y contribuirán al restablecimiento ejecutivo del órden y de la policía en toda la Francia;

«4°. Que las guardias nacionales quedan intimadas de zelar provisionalmente al sosiego de los pueblos y de las campiñas, à la seguridad de las personas y bienes de todos los Franceses, hasta la llegada de las tropas de SS. MM. imperial y real, ó hasta que se dé otra disposicion, so pena de responder personalmente; que al contrario, las de la guardia nacional que pelearen contra las de ambas cortes aliadas y fueren cojidas con las armas en la mano, serán tratadas como enemigos, y castigadas como rebeldes à su rey, y como trastornadores del sosiego público;

«5°. Que los jenerales, oficiales, sarjentos y soldados de la tropa de línea francesa quedan igualmente intimados de volver à su fidelidad antigua, y sujetarse inmediatamente al rey, su soberano lejítimo;

«6°. Que los miembros de los departamentos, de los distritos y ayuntamientos quedan igualmente responsables con sus cabezas y bienes de cuantos delitos, incendios, asesinatos, saqueos y tropelías dejaren cometer, ó no acudieren prontamente con sus conatos à atajar en su territorio; que estarán igualmente obligados à continuar provisionalmente en sus funciones, hasta que S. M. cristianísima, restablecida en plena libertad, provea ulteriormente, ó lo haya dispuesto en otros términos bajo su nombre en este intermedio;

«7°. Que los habitantes de los pueblos, lugares y aldeas que osaren defenderse contra las tropas de SS. MM. imperial y real, y tirar contra ellas, ya en campo raso, ya por ventanas, puertas ó viseras de sus casas, serán castigados inmediatamente segun el rigor de la guerra, y sus viviendas demolidas ó quemadas. Y al contrario, cuantos habitantes de los dichos pueblos, lugares y aldeas acudieren desaladamente à sujetarse al rey, franqueando sus puertas à las tropas de SS. MM., quedarán al punto bajo su salvaguardia; sus personas y haberes bajo la proteccion de las leyes, y se proveerá à la salud de todos y de cada uno en particular;

«8°. La ciudad de Paris y todos sus habitantes sin distincion quedan obligados à sujetarse inmediatamente y sin demora al rey, à poner à este príncipe en plena y entera libertad, y afianzarle,

así como à las demás personas reales, la inviolabilidad y el respeto, à los cuales el derecho de la naturaleza y de jentes obliga à los vasallos para con sus soberanos; SS. MM. imperial y real haciendo personalmente responsables de todos los acaecimientos, sobre su cabeza, para ser juzgados militarmente, sin esperanza de indulto, à todos los miembros de la asamblea nacional, del departamento, del distrito, del ayuntamiento y de la guardia nacional de Paris, à los jueces de paz y à cuantos corresponda; declarando además las dichas M.M., sobre su fe y palabra de emperador y de rey, que si el palacio de las Tuilerías fuere forzado ú insultado, padeciere la menor violencia, ó se hiciere el menor ultraje à SS. MM. el rey y la reina y la familia real, y no se proveyere inmediatamente à su seguridad, conservacion é independencia, tomarán una venganza ejemplar y memorable para siempre, entregando la ciudad de Paris à una ejecucion militar y trastorno total, y los sublevados, como culpables de atentados mayores, à los castigos que hubieren merecido. SS. MM. imperial y real prometen al contrario à los habitantes de la ciudad de Paris dedicar sus buenos oficios para con S. M. cristianísima, para alcanzar el indulto de sus agravios y yerros, y tomar las disposiciones mas eficaces para afianzar sus personas y bienes, si obedecen pronta y puntualmente al mandato sobredicho.

«En fin SS. MM. no pudiendo reconocer por leyes en Francia sino las que procedan del rey en plena libertad, protestan de antemano contra la autenticidad de cuantas declaraciones puedan hacerse en nombre de S. M. cristianísima, mientras su persona sagrada, la de la reina y de toda la familia real no estén realmente afianzadas; à fin de lo cual SS. MM. imperial y real brindan y solicitan à S. M. cristianísima para que señale la ciudad de su reino mas inmediata à la frontera, à la cual tendrá por conveniente retirarse con la reina y su familia, bajo leal y segura escolta que se le enviará al intento, à fin que S. M. cristianísima pueda con toda seguridad llamar junto à sí à los ministros y consejeros que gustare señalar, hacer todas las convocaciones que le parecieren adecuadas, y proveer al restablecimiento del buen órden, arreglando la administracion de su reino.

«En fin, declaro y me comprometo tambien, en mi nombre propio y privado, en mi calidad sobredicha, à hacer observar por donde quiera à las tropas confiadas à mi mando buena y puntual

disciplina, ofreciendo tratar con suavidad y moderacion à los súbditos bien intencionados que se mostrasen pacíficos y obedientes, y no emplear la fuerza sino contra aquellos que se hicieren culpables de resistencia ó mala voluntad.

«Por tanto requiero y exhorto à todos los habitantes del reino, del modo mas perentorio y terminante, que no se opongan à la marcha y à las operaciones de las tropas de mi mando, sino que les franqueen mas bien por donde quiera entrada espedita y toda buena voluntad, auxilio y asistencia que pudieren exijir las circunstancias.

Fecha en el cuartel jeneral de Coblenza el 25 de julio de 1792.

Firmado Cárlos-Guillermo-Fernando, duque de Brunswick-Luneburgo.»

Lo que pareció mas estraño en esta declaracion, es que fecha del 25 en Coblenza, se halló en Paris el 28, y salió impresa en todos los periódicos realistas. Produjo un efecto estraordinario, cual es el de unas pasiones contra otras. Se convinieron por todas partes en resistir à un enemigo cuyo lenguaje era tan altanero y las amenazas tan terribles. En la situacion de los ánimos era natural que se sindicase à la corte por este nuevo desacierto. Luis XVI se desentendió apresuradamente del manifiesto por un mensaje, y lo hizo sin duda de buena fe, por ser el documento muy diverso del patron que habia propuesto; pero debia ya ir haciéndose cargo por este ejemplo en cuánto grado se propasaria à su voluntad por su partido, si llegase à ser vencedor. Ni esta denegacion ni las espresiones con que la acompañaba pudieron reducir à la asamblea. Hablando de aquel pueblo, cuya dicha le era siempre tan apetecida, añadia: «¡Cuántos desconsuelos pudieran remediarse con la mas leve señal de su reconocimiento!»

Estas palabras afectuosas no movieron à entusiasmo, como tenian antes el don de producirlo, pues no vieron en ellas sino una alevosía; y muchos diputados fueron de dictámen de la impresion, para hacer pública, decian, la contraposicion que mediaba entre las palabras y la conducta del rey. Desde este punto los vaivenes fueron en aumento y se agravaron las circunstancias. Se tuvo conocimiento de un acuerdo, por el cual el departamento de las Bocas-del-Ródano retenia los impuestos para pagar las tropas que habia enviado contra los Saboyardos, y tachaba de insuficientes las disposiciones tomadas por la asamblea. Esta acta, hecha à impulsos de Barbaroux, fué anulada por la asamblea, sin que pudiese ya estorbarse

su ejecucion. Aseguróse al mismo tiempo que los Sardos, que venian avanzando, eran en número de cincuenta mil. Precisaron al ministro de negocios estranjeros à venir en persona y asegurar à la asamblea que estas reuniones no eran à lo mas sino de once à doce mil hombres. Tras este rumor, empezó à asomar otro; estaban empeñados en que el corto número de confederados recien-vueltos à Soissons habian sido envenenados con vidrio mezclado en el pan, asegurando que habia ya ciento sesenta muertos y ochocientos enfermos. Pidiéronse informes, y resultó que, estando las harinas hacinadas en una iglesia con algunos vidrios rotos, se habian hallado algunos trozos en el pan, y sin embargo no habia ni muertos ni enfermos.

El 25 de julio, por un decreto, quedaron todas las secciones de Paris permanentes. Estaban reunidas, y habian encargado à Petion que propusiera en su nombre el destronamiento de Luis XVI. En la madrugada del 3 de agosto, el correjidor de Paris, alentado con este encargo, se presentó à la asamblea para hacer una peticion en nombre de las cuarenta y ocho secciones de Paris. Espuso la conducta de Luis XVI desde el arranque de la revolucion; delineó en el lenguaje de entonces las finezas de la nacion al rey, y el desagradecimiento del monarca. Retrató los peligros que acosaban la imajinacion de todos, la llegada de los estranjeros, la carencia de los medios de defensa, la rebeldía de un jeneral contra la asamblea, la oposicion de muchos directores de departamento, y las amenazas terribles y disparatadas hechas en nombre de Brunswick; y por consecuencia concluyó con el destronamiento del rey, pidiendo à la asamblea que pusiera este punto importante à la órden del dia.

Esta gran proposicion, que solo habia sonado en las asociaciones entre los confederados y los concejos, acababa de adquirir otra categoría, presentada en nombre de Paris por su correjidor. Fué recibida mas bien con asombro que con aceptacion en la sesion de la madrugada; pero por la tarde se entabló la discusion, y el denuedo de una parte de la asamblea siguió su carrera. Unos opinaban que se ventilase el punto sobre la marcha, otros que se emplazara, y el paradero fué el trasladarlo al juéves 9 de agosto, continuando en recibir y leer peticiones espresivas, con mas enerjía aun que la del correjidor, y con el mismo anhelo y los propios arranques.

La seccion de Mauconseil, sobrepujando à las otras, no se ciñó à pedir el destronamiento, sino que lo sentenció con su plena autoridad. Declaró que ya no reconocia à Luis XVI por rey de los Franceses, y que luego iria à preguntar al cuerpo lejislativo si trataba por fin de salvar la Francia; y además brindó à todas las secciones del imperio (que ya no llamaba el reino) à imitar su ejemplo.

Ya se ha visto que la asamblea no seguia el movimiento sublevador tan velozmente como las autoridades inferiores, por cuanto, encargada de zelar las leyes, se veia precisada à respetarlas mas; y así muchas veces se hallaba propasada por los cuerpos populares, y estaba viendo que le arrebataban el poderío de las manos. Anuló pues el acuerdo de la seccion de Mauconseil, y Vergniaud y Cambon se valieron de las espresiones mas ásperas contra esta acta, que tacharon de usurpacion à la soberanía del pueblo. Parece sin embargo que en este escrito condenaban menos el atropellamiento de los principios que la precipitacion de los demandantes, y ante todo la impropiedad de su lenguaje respecto à la asamblea nacional.

Asomaba el plazo de todas las incertidumbres, pues el mismo dia se estaban reuniendo al propio tiempo en la comision sublevadora de los confederados, y en la de los amigos del rey, que disponian su fuga. La comision emplazó el alboroto para el dia en que se ventilase el destronamiento, esto es, el 9 de agosto por la tarde, para el 10 à la madrugada. Por su parte, los amigos del rey deliberaban sobre la huida en el jardin de Mr. Montmorin. M.M. de Liancourt y de Lafayette renovaban sus ofrecimientos, y todo estaba dispuesto para la marcha. Sin embargo se escaseaba de dinero; Bertrand de Molleville habia en vano apurado la lista civil para costear asociaciones realistas, oradores de galerías y de cuadrilla y enganchadores aparentes que se apropiaban los caudales de la corte. Se suplió à la falta de dinero por préstamos que sujetos jenerosos ofrecieron à porfia al rey. Ya se ha visto el ofrecimiento de Mr. Liancourt, que franqueó cuanto oro pudo ajenciar, al paso que otros suministraron cuanto poseian. Amigos afectísimos se dispusieron à seguir el carruaje que trasportase la familia real, y, si se requeria, à fenecer à su lado. Corriente todo, los consejeros reunidos en casa de Montmorin resolvieron la partida tras un congreso que duró hasta muy entrada la noche. El rey, que

lo vió inmediatamente, accedió à la resolucion, y mandó que se entendiesen con Mr. de Montciel y Sainte-Croix. Cualesquiera que fuesen los pareceres de los aunados para la empresa, estaban muy gozosos, creyendo un instante en el próximo salvamento del monarca (*).

El dia siguiente varió todo; el rey avisó que no partia, porque no queria empezar la guerra civil. Quedaron consternados cuantos se interesaban igualmente en su suerte, por mas encontrados que fueran sus pareceres. Supieron que el motivo verdadero no era el que aparentaba el rey, sino la llegada de Brunswick, anunciada como muy próxima, despues el emplazamiento del alboroto, y sobre todo la resistencia de la reina à ponerse en manos de los constitucionales. Habia manifestado enérjicamente su repugnancia, diciendo que mas valia perecer que ponerse à disposicion de jentes que les habian causado tanto daño (**).

Así es que todo el ahinco de los constitucionales y todos sus riesgos fueron infructuosos, porque Lafayette se habia comprometido terminantemente. Sabíase que habia volcado à Luckner para marchar oportunamente sobre la capital; y este, llamado por la asamblea, lo habia confesado todo à la comision estraordinaria de los doce. El anciano Luckner era débil y voluble, y cuando pasaba de las manos de un partido à las de otro, se dejaba arrebatar de pleno cuanto habia oido ú hablado la víspera. Se disculpaba luego de sus desaciertos, diciendo que no sabia la lengua francesa, lloraba y se lamentaba de no tener en derredor mas que facciosos. Guadet tuvo la maña de hacerle confesar Lafayette, y Bureau de Puzy, acusado de haber sido el medianero, fué llamado à la barandilla. Era uno de los amigos y de los oficiales de Lafayette, y lo negó todo con desenfado y con un arranque que persuadió que las negociaciones de su jeneral le eran forasteras; y así la cuestion de saber si se procesaria ó no à Lafayette quedó tambien emplazada.

Se iba acercando el dia señalado para la discusion del destronamiento, y el plan del alboroto estaba acordado y sabido. Los Marselleses, dejando su cuartel demasiado distante, se habian trasladado à la seccion de los franciscanos, en donde se celebraba la reunion del mismo nombre. Hallábanse así en el centro de Paris,

(*) Véase la nota 46 al fin del último tomo.
(**) Véanse las Memorias de Madama Campan, tomo II, pájina 125.

y sobre el sitio de la accion, y dos empleados del ayuntamiento habian tenido la avilantez de repartir cartuchos à los conjurados; todo en fin estaba dispuesto para el 10.

Se deliberó el 8 sobre la suerte de Lafayette, y una crecida mayoría lo descargó completamente. Algunos diputados airados con esta resolucion piden la votacion nominal, y en este segundo escrutinio, cuatro cientos cuarenta y seis votos tienen el aliento de estar à favor del jeneral contra dos cientos veinte y cuatro. El pueblo, sublevado con esta novedad, se agolpa à la puerta del salon, insulta à los diputados que salen, y atropella particularmente à los ya conocidos por ser del lado derecho de la asamblea, como Vaublanc, Girardin, Dumas, etc. Alborótanse por todas partes contra la representacion nacional, y repiten à voces que no cabe salvacion con una asamblea que acaba de absolver al « traidor Lafayette ».

El dia siguiente, 9 de agosto, aparecen los diputados con gran desasosiego. Los que habian sido insultados la víspera se querellan en persona ó por cartas, y cuando se refiere que Mr. Beaucaron iba à ser entregado al dogal, una carcajada bárbara estalla en las galerías. Cuando se añade que Mr. de Girardin ha sido aporreado, los que estaban mas bien enterados le preguntan irónicamente en dónde y cómo. —¡Y qué! ¿no es bien sabido, contesta gallardamente Girardin, que los cobardes nunca asaltan sino por la espalda? —En fin, un miembro pide el órden del dia; sin embargo la asamblea acuerda que el síndico del concejo, Rœderer, será llamado à la barandilla, para encargarle el afianzamiento, bajo su responsabilidad personal, de la seguridad é inviolabilidad de los miembros de la asamblea.

Se propone el traer al correjidor de Paris, para obligarle à declarar por sí ó no, si puede asegurar la tranquilidad pública. Guadet replica à esta proposicion con la de llamar tambien al rey, y obligarle por su parte à declarar por sí ó no, si puede responder de la seguridad é inviolabilidad del territorio.

Sin embargo, en el vaiven de estas proposiciones encontradas, era obvio que la asamblea temia el trance, y que los mismos jirondinos anteponian el destronamiento por deliberacion al empeño de una refriega dudosa y sangrienta. Rœderer llega entretanto y anuncia que una seccion ha acordado tocar à rebato y marchar sobre la asamblea y sobre las Tuilerías, si no se determinaba el destrona-

miento. Entra luego Petion, y sin esplicarse positivamente, confiesa proyectos aciagos; refiere las precauciones tomadas para sortear los movimientos que amagan, y promete convenirse con el departamento para adoptar estas disposiciones, si le parecen preferibles à las de la municipalidad.

Petion, como todos sus amigos los jirondinos, preferia el destronamiento pronunciado por la asamblea, à una pelea dudosa contra el palacio. La mayoría por el destronamiento estando casi afianzada hubiera querido atajar los proyectos de la comision sublevadora. Presentóse pues à la zeladuría de los jacobinos, y recabó de Chabot el suspender el alboroto, diciéndole que los jirondinos habian resuelto el destronamiento y la convocacion inmediata de una convencion nacional; que estaban seguros de la mayoría, y no era del caso esponerse à una lucha cuyo resultado seria incierto. Respondió Chabot que nada habia que esperar de una asamblea que habia absuelto al «malvado Lafayette;» y que él, Petion, se dejaba engañar por sus amigos; que el pueblo habia al fin tomado la resolucion de salvarse por sí mismo, y que el arrebato sonaria aquella misma tarde en los arrabales.

«Con qué siempre tendréis, le dice Petion, cabeza descerrajada, ¡Ha de nosotros, si se alborotan! Sé vuestro influjo, pero yo tambien tengo el mio, y lo emplearé contra vos. — Os prenderán, replicó Chabot, y así quedaréis imposibilitado.»

Estaban en efecto los ánimos muy acalorados para hacerse cargo de las zozobras de Petion, y para que su influjo pudiera esplayarse. Un hervidero jeneral reinaba en Paris; los tambores tocaban llamada en todos los barrios, los batallones de la guardia nacional se reunian y acudian à sus puntos con ánimos muy diversos. Agolpábanse las secciones, no con el mayor número de los ciudadanos, sino con los mas fogosos. La comision sublevadora se habia colocado en tres puntos. Fournier y algunos otros estaban en el arrabal de San Marcelo; Santerre y Westermann en el arrabal de San Antonio; Danton, en fin, Camilo Desmoulins y Carra en los Franciscanos, con el batallon de Marsella. Barbaroux, despues de colocar descubridores à la asamblea y al palacio, habia dispuesto correos prontos para tomar el camino del Mediodía. Se habia surtido además de una toma de veneno, por la incertidumbre del éxito, y esperaba en los Franciscanos el resultado del alboroto. No se sabe el paradero de Robespierre; Danton habia ocultado à Marat en

una bodega de la seccion, y luego se habia apoderado de la tribuna de los Franciscanos. Todos titubeaban como en vísperas de una gran revolucion; pero Danton, proporcionando el arrojo à la gravedad del acontecimiento, echaba à volar su voz atronadora; iba refiriendo lo que llamaba los atentados de la corte; recordaba su encono à la constitucion, sus palabras aleves, sus promesas hipócritas, siempre desmentidas por su conducta, y en fin sus maquinaciones palpables para atraer los estranjeros. «El pueblo, decia, no puede acudir mas que à sí mismo, porque la constitucion es insuficiente, y la asamblea ha absuelto à Lafayette; y así no queda mas que vosotros mismos para salvaros. A ellos pues, porque esta misma noche satélites ocultos en el palacio deben hacer una salida sobre el pueblo, y degollarlo antes de dejar à Paris para acudir à Coblenza. Salvaos pues; ¡à las armas! ¡à las armas!»

En este punto, suena un tiro en el patio del Comercio; el alarido «à las armas» se hace jeneral, y queda proclamada la sublevacion. Eran las once y media, y los Marselleses se forman en la puerta de los Franciscanos, y se engruesan con un tropel crecido que se va formando al par de ellos. Camilo Desmoulins y otros se disparan para hacer tocar à rebato, pero no encuentran el mismo ímpetu en las demás secciones. Se afanan por acalorarlas, y luego se incorporan y nombran comisarios para que vayan al ayuntamiento à arrojar à sus individuos y à apoderarse de toda su potestad. Corren à las campanas, se hacen dueños de la torre, y empieza à sonar el arrebato. Este eco lúgubre retumba por todos los ámbitos de la capital, cunde de calle en calle y de casa en casa; llama à los diputados y á los ciudadanos à sus respectivos puntos. Llega por fin à palacio, y anuncia que llegó la noche aciaga, noche terrible, de vaivenes y de sangre, que debia ser para el monarca la postrera en el palacio de sus antepasados.

Emisarios de la corte acababan de noticiarle que asomaba el trance de la catástrofe, refiriendo la voz del presidente de los franciscanos à los suyos, de que ya no se trataba, como en el 20 de junio, de un mero paseo cívico, esto es, que si el 20 habia sido el amago, ahora, el 10 de agosto, se iba à descargar el golpe decisivo. No lo dudaban en efecto, pues el rey, la reina, los dos niños y su hermana Madama Isabel no se habian acostado, y despues de la cena habian pasado al salon del consejo, en donde se hallaban todos los ministros con un crecido número de oficiales superiores.

Estábase deliberando en medio de la turbulencia acerca de los arbitrios para poner en salvo la familia real. Escaseaban los medios de resistencia, habiendo quedado desvanecidos, ya por los decretos de la asamblea, ya por las disposiciones equivocadas de la corte misma.

La guardia constitucional, disuelta por un decreto de la asamblea, no habia sido reemplazada por el rey, quien habia preferido continuarle su sueldo al formar otra nueva; eran siempre mil y ochocientos hombres de menos en palacio.

Los rejimientos cuyo ánimo habia parecido propenso al rey, en la última confederacion, habian sido alejados de Paris por la via corriente de los decretos.

Los Suizos no podian desviarse, merced à su capitulacion, pero los habian despojado de su artillería, y la corte, en ciertos momentos en que trató de pasar à Normandía, habia enviado allá uno de aquellos fieles batallones, pretestando el resguardo de los granos para el abasto. Este batallon permanecia allá aun, y solo algunos Suizos acuartelados en Courbevoye habian entrado con avenencia de Petion, y todos juntos no ascenderian à ochocientos ó novecientos hombres.

La jendarmería acababa de componerse de veteranos de las guardias francesas, autores del 14 de julio.

En fin, la guardia nacional no tenia ni los mismos jefes, ni la misma organizacion, ni el entrañable afecto del 6 de octubre de 1789. Su estado mayor, como se ha visto, se habia reconstituido, un sinnúmero de ciudadanos se habian aburrido del servicio, y aun aquellos que no habian desertado de sus puntos estaban atemorizados con el enfurecimiento del populacho. La guardia nacional se hallaba pues, como todos los cuerpos del estado, compuesta de una nueva jeneracion revolucionaria, y se dividia, como la Francia entera, en constitucionales y republicanos. Todo el batallon de las «Niñas de Santo Tomás» y una parte del llamado de los «Petits Peres» eran afectos al rey, y los demás indiferentes ó enemigos. Los artilleros principalmente, que componian la mayor fuerza, eran republicanos absolutos. La pesadez de esta fatiga habia retraido à los ciudadanos ricos, y así cerrajeros y herreros eran árbitros de los cañones, y terciaban en sus impulsos con el pueblo, como que eran una parte suya.

Así es que al rey venian à quedarle ochocientos ú novecientos Suizos, y algo mas de un batallon de la guardia nacional.

Se tendrá presente que desde la retirada de Lafayette, en el mando de la guardia nacional alternaban seis jefes de lejion. Cúpole aquel dia al comandante Mandat, militar antiguo, malquisto en la corte por sus opiniones constitucionales, pero que le merecia entrañable confianza, por su teson, su despejo y su adhesion à sus deberes. Mandat, jeneral en jefe en esta noche trájica, habia dispuesto arrebatadamente cuanto le habia sido asequible.

Ya la techumbre de la gran galería que enlaza las Tuilerías con el Louvre quedaba cortada hasta cierto punto para atajar el tránsito à los asaltadores; por tanto Mandat no acudió à resguardar aquella ala del palacio, vinculando su esmero à la parte de los patios y del jardin. A pesar de la llamada se habian reunido pocos guardias nacionales, y no completándose los batallones, los mas afectos acudian individualmente à palacio, en donde Mandat los habia ido rejimentando y distribuyendo juntamente con los Suizos en los patios del jardin y los aposentos, colocando un cañon en el patio de los Suizos, tres en el de enmedio, y otros tantos en el de los Príncipes.

Por desgracia estas piezas estaban al cargo de artilleros de la guardia nacional, y así estaba el enemigo dentro; pero los Suizos fieles y denodados les clavaban la vista, prontos al primer arranque à apoderarse de los cañones y arrojar à los artilleros fuera del recinto.

Mandat además habia colocado algunos puestos avanzados de jendarmería en la columnata del Louvre y en el Ayuntamiento; pero esta jendarmería, como acabamos de espresar, se componia de veteranos de guardias francesas.

A estos defensores del palacio hay que añadir una porcion de antiguos sirvientes à quienes su edad ó su moderacion habia estorbado el emigrar, y acudian al trance, unos para sincerarse de no haber ido à Coblenza, otros para morir bizarramente junto à su príncipe, pertrechados atropelladamente con las armas que habian podido proporcionarse en palacio, y así llevaban sables viejos, pistolas prendidas al cinto con pañuelos, y aun algunos habian asido las palas y las tenazas de las chimeneas; así hubo chanzoneta en este momento aciago en que la corte à lo menos debia haberse formalizado una vez. Este agolpamiento de jente inservible trastornaba à la guardia nacional, que estaba recelosa, y que aumentaba la confusion harto crecida.

Todos los miembros del directorio del departamento habian acudido à palacio, así como el virtuoso duque de la Rochefoucauld, Rœderer, síndico; y habian enviado por Petion, que llegó con dos empleados municipales. Obligóse à Petion à que firmase la órden de rechazar la fuerza con la fuerza, y lo hizo por no parecer cómplice de los sublevados. Alegrábanse de afianzar en palacio en rehenes una persona idolatrada por el pueblo, y la asamblea, avisada de este objeto, lo llamó à la barandilla por un decreto, cuando el rey, aconsejado de retenerlo, no lo consintió, y le dejaron salir de las Tuilerías sin obstáculo.

Conseguida una vez la órden de rechazar la fuerza con la fuerza, variaron los pareceres acerca del modo de emplearla, y en este acaloramiento no pudieron menos de ofrecerse á los ánimos intentos desvariados. Hubo uno bastante arrojado y probablemente certero, y fué anticiparse al avance, desbaratando los sublevados que no eran todavía muchísimos, y que con los Marselleses formaban à lo mas una mole de algunos millares de hombres. Con efecto, en aquel punto no se habia aun incorporado el arrabal de San Marcelo; Santerre titubeaba en el de San Antonio, y solo Danton y los Marselleses se habian atrevido à juntarse en los Franciscanos, donde estaban esperando con impaciencia, sobre el puente de San Miguel, la llegada de los demás asaltadores.

Una salida denodada hubiera podido desvanecerlos, y en aquel trance de incertidumbre, un movimiento pavoroso infaliblemente atajara la sublevacion. Mandat dió otro plan mas seguro y legal, y era esperar la marcha de los arrabales, y embestirlos en dos puntos decisivos desde que se pusieran en movimiento. Queria desde luego que al desembocar los unos sobre la plaza del ayuntamiento por el arco de San Juan, se les cargase de improviso, haciendo otro tanto en el Louvre contra los que vinieran por el Puente Nuevo y por lo largo del pretil de las Tuilerías. Para esto habia encargado à la jendarmería que dejase propasar à los sublevados, y los cargase luego por la espalda, cuando la jendarmería colocada en el Carrousel se arrojase sobre ellos por los póstigos del Louvre, y él los atacaria por el frente, à cuyo intento los comandantes de los diversos puntos, y particularmente el del ayuntamiento, habian recibido de Mandat las órdenes necesarias.

Ya se ha visto que habia nuevo ayuntamiento, y Danton y Manuel habian sido los únicos quedados. Muestran la órden de Man-

dat à este ayuntamiento sedicioso, y de repente intima al comandante que comparezca en la Casa de la Ciudad. Llévase la intimacion à palacio, donde se ignoraba la composicion de los nuevos concejales. Mandat titubea, pero los que le acompañan, y aun los mismos miembros del departamento, no sabiendo lo sucedido, y juzgando que no se debia quebrantar la ley, rehusándose à la comparecencia, lo reducen à obedecer. Mandat se resuelve, entrega à su hijo, que estaba con él en palacio, la órden de rechazar la fuerza con la fuerza, firmada de Petion, y acude à la intimacion del ayuntamiento. Eran las cuatro de la madrugada, y apenas llega à la casa de la ciudad, se queda atónito con el hallazgo de una autoridad nueva. Rodéanle al punto, y le preguntan acerca de la órden que habia dado; lo despiden luego, y en aquel acto el presidente hace una seña funesta que es la sentencia de muerte. Con efecto, el desventurado comandante sale apenas, cuando se apoderan de él, y lo vuelcan de un pistoletazo. Lo desnudan, sin hallar la órden entregada à su hijo, y arrojan al rio el cadáver, donde otros muchos iban pronto à seguirle.

Este acto sangriento empantanó todos los medios de defensa para el palacio, desvaneció la union, y atajó la ejecucion del plan acordado. Sin embargo no estaba aun todo de remate, y la sublevacion no habia acabado de formarse. Los Marselleses, despues de haber esperado con impaciencia al arrabal de San Antonio, que no acababa de llegar, creyeron por un instante malogrado el lance; pero Westermann apuntando con la espada al pecho de Santerre, le habia obligado à marchar. Entonces los arrabales habian ido sucesivamente llegando, unos por la calle de San Honorato, otros por el Puente Nuevo, el Puente Real y los póstigos del Louvre. Encabezaban los Marselleses las columnas, con los confederados bretones, y habian asestado sus piezas contra palacio. Al gran número de los sublevados, que iba creciendo por puntos, se juntó una muchedumbre de curiosos, y así el enemigo abultaba todavía mas de lo que era en la realidad. Mientras acudian al palacio, Santerre habia ido al ayuntamiento, para que le nombrase comandante en jefe de la guardia nacional, quedando Westermann en el campo de batalla para dirijir à los asaltadores. Así es que por donde quiera habia una confusion estraordinaria, en términos que Petion, que, segun el plan acordado, debia estar guardado en su casa por una fuerza sediciosa, esperaba todavía la guardia que debia poner su

responsabilidad á buen recaudo por una violencia aparente. Envió él mismo al ayuntamiento, y colocaron al fin algunos centenares de hombres en su puerta, à fin de que apareciese preso.

El palacio en este punto estaba enteramente sitiado. Los asaltadores estaban en espectativa, y favor del alba se les iba viendo por las puertas antiguas del atrio, se les divisaba desde las ventanas, y aun se descubrian sus piezas asestadas contra el palacio, oyéndose sus alaridos confusos y sus cantares amenazadores. Habian querido volver al proyecto de anticiparse, pero al saber la muerte de Mandat, los ministros y el departamento fueron de dictámen de esperar el avance para dejarse violentar en el trance de la ley.

Rœderer acababa de andar las filas de la guarnicion, y de hacer à los Suizos y à los guardias nacionales la proclama legal, que les prohibia el atacar, pero que les imponia el cargo de rechazar la fuerza con la fuerza. Amonestaron al rey para que hiciese en persona la reseña de los sirvientes que se preparaban à defenderle. Este desventurado príncipe habia pasado la noche en escuchar los pareceres encontrados que sonaban en su derredor; y en los escasos momentos de reposo, habia rogado al cielo por su esposa real, por sus hijos y por su hermana, objetos de sus zozobras.—Señor, le dijo la reina con denuedo, este es el trance de apareceros.—Aseguran tambien, que arrebatando una pistola al cinto del anciano d'Affry, se la presentó arrojadamente al rey. Tenia la princesa los ojos encendidos con el lloro, pero su frente parecia mas alzada, y su nariz hinchada de coraje y arrogancia. En cuanto al rey, nada temia por sí, y aun manifestaba mucha serenidad en aquel sumo peligro, pero estaba sobresaltado por su familia, y el quebranto de verla tan espuesta le habia demudado. Presentóse no obstante con entereza; llevaba un vestido morado y su espada, y el peinado, que no se habia compuesto desde la víspera, estaba medio deshecho. Asomado al balcon, descubrió sin inmutarse una artillería formidable asestada contra el palacio, y su presencia avivó algunas pavesas de entusiasmo, pues tremoláronse gorras de granaderos de repente en las puntas de los sables y de las bayonetas, resonando por última vez, bajo de las bóvedas del palacio paterno, el antiguo alarido de «¡viva el rey!» Un residuo postrero de valor se reencendió, y acaloráronse los corazones abatidos, rayando todavía algun asomo de espíritu y de esperanza. En aquel punto llegaron algunos nuevos batallones de la

guardia nacional, formados mas tarde que los otros, y que acudian à la órden anteriormente dada por Mandat. Entraron en el momento en que las voces de «¡viva el rey!» retumbaban por el patio. Los unos se juntaron con los que estaban saludando así la presencia del monarca, y los otros, que no eran de la misma inclinacion, se conceptuaron en peligro, y recordando todas las fábulas populares que habian corrido, se figuraron que los iban à entregar à los «caballeros del puñal.» Esclamaron al punto que el malvado de Mandat los habia vendido, y resultó un alboroto. Los artilleros, con este ejemplo, volvieron las piezas contra la fachada del palacio. Trabóse una contienda en seguida con los batallones afectos; los artilleros quedaron desarmados y en manos de un destacamento, y se dirijió hácia los jardines à los recien-llegados.

El rey, en este punto, despues de haberse asomado al balcon, bajaba por la escalera para hacer la reseña por los patios. Se anuncia su llegada: acuden todos à sus filas; atraviésalas con ademan sosegado, y tendiendo sobre todos miradas espresivas que calaban los corazones. Encarándose con los soldados, díjoles, con voz entonada, que estaba agradecidísimo à su afecto, que permaneceria á su lado, y que al defenderle, estaban defendiendo à sus mujeres y à sus hijos. Pasa luego por el atrio en demanda del jardin, pero al mismo tiempo, oye la voz de «fuera el veto,» dada por uno de los batallones recien-entrados. Dos oficiales, que estaban à su lado, intentan disuadirle de que haga la revista en el jardin, y otros le instan à que vaya à visitar el puesto del Puente Jirante, y se aviene valerosamente. Tiene que pasar la tirada del terrado de los Fuldenses, cuajado de pueblo, y en este tránsito no está separado del tropel enfurecido sino por una cinta tricolor; sigue sin embargo, y aguanta la descarga de mil insultos y ultrajes, y aun está viendo los batallones que desfilan por delante y andan el jardin para salir à su presencia y reunirse luego à los asaltadores en la plaza de Carrousel.

Esta desercion, la de los artilleros, y las voces de «fuera el veto» habian desesperanzado al rey. En este punto, los jendarmes reunidos en la columnata del Louvre y en todas partes, ó se habian dispersado, ó incorporádose con el pueblo. Por su parte, la guardia nacional que ocupaba los aposentos, y en la cual se creia poder confiar, estaba mal hallada con los jentiles hombres y recelosa de

ellos. La reina la sosegó. «Granaderos, esclamó enseñándoles los jentiles hombres, son vuestros compañeros, y vienen à morir à vuestro lado.» Sin embargo, apesar de este valor aparente, la desesperacion la estaba acosando. La reseña lo habia perdido todo, y se lamentaba de que el rey no hubiese demostrado algun denuedo. Hay que repetirlo, este príncipe desdichado estaba sin zozobra por sí mismo, y se habia negado à revestirse de un acolchado, como el 14 de julio, diciendo que en un dia de refriega, debia quedar descubierto como el último de sus sirvientes. No le faltaba pues el valor, y lo manifestó luego harto gallardo y encumbrado, pero carecia del arrojo de la ofensiva, y de saber guardar consecuencia, y, por ejemplo, de temer el derramamiento de sangre, al paso que consentia la llegada de los estranjeros à Francia. Es innegable, como ya se ha dicho varias veces, que si monta à caballo, y carga al frente de los suyos, se disipa la sublevacion.

Desde este punto, los miembros del departamento viendo el desconcierto jeneral del palacio, y desahuciados del éxito de su resistencia, se presentaron al rey, y le aconsejaron que se retirase al recinto de la asamblea. Este consejo, tantas veces calumniado como cuantos se dan à los reyes, si se malogran, era el único adecuado en el trance. Con esta retirada, se precavía todo derramamiento de sangre, y la familia real se salvaba de una muerte casi positiva, tomándose el palacio por asalto. En la situacion actual, el éxito del asalto era indudable, y aun en caso de duda, habia suficiente motivo para evitar el trance.

La reina se opuso eficazmente à este pensamiento. — Señora, le dijo Rœderer, V. M. espone la vida de su esposo y de sus hijos; hay que atender à la responsabilidad que el riesgo acarrea. — El altercado se siguió con empeño, hasta que al fin el rey se avino à retirarse à la asamblea, y en ademan resignado: — Vamos allá, dijo à su familia y à cuantos le rodeaban. — Caballero, dijo la reina à Rœderer, vos respondeis de la vida del rey y de mis hijos.— Señora, replicó el síndico, respondo de morir à su lado, y nada mas prometo.

Pusiéronse en marcha para ir à la asamblea por el jardin, el terrado de los Fuldenses y el patio del Picadero. Todos los jentiles hombres y sirvientes de palacio se atropellaban tras el rey, à quien podian comprometer, enconando al pueblo é indisponiendo la asamblea con su presencia. Rœderer echaba en vano todo el resto para atajarlos, y les repetia con todo ahinco, que iban à hacer degollar

la familia real. Consiguió por fin desviar un crecido número, y fueron marchando, acompañados por un destacamento de Suizos y de guardias nacionales. Una diputacion de la asamblea salió à recibirlos para abrigarlos en su seno, y en aquel punto fué el agolpamiento tan escesivo, que se hacia impenetrable. Un granadero ajigantado arregaza al delfin, y levantándolo luego, atraviesa la muchedumbre llevándolo sobre su cabeza. La reina entonces cree que le arrebatan el hijo, y da un alarido, pero la desengañan, entra el granadero, y deposita el niño real sobre el escritorio de la asamblea.

El rey y su familia penetran entonces, seguidos de dos ministros. —Vengo, dice Luis XVI, por evitar un delito enorme, y conceptúo, señores, que no puedo estar à mejor recaudo que en medio de vosotros.

Presidia Vergniaud, quien responde al monarca, que puede contar con la entereza de la asamblea nacional, y que sus miembros han jurado morir defendiendo las autoridades constituidas.

Siéntase el rey al lado del presidente, pero con el reparo de Chabot, de que su presencia puede dañar à la libertad de las deliberaciones, le colocan en el aposento del diarista encargado de estender las sesiones. Arrancan la verja, para que, si allanaban el palco, pudiese con su familia arrojarse sin tropiezo à la asamblea; el príncipe ayuda con sus manos à esta operacion, y quedando la verja volcada, los ultrajes y los amagos pueden llegar mas anchamente hasta el postrer asilo del monarca destronado.

Refirió entonces Rœderer cuanto habia sucedido, retratando el enfurecimiento de la muchedumbre, el trance en que se halla el palacio con sus patios allanados. Dispone la asamblea que salgan veinte comisarios suyos para sosegar al pueblo. Salen los comisarios, y se oye de improviso una descarga de artillería. Constérnase el salon. —Os advierto, dijo el rey, que acabo de prohibir à los Suizos que hagan fuego. —Oyense los cañonazos de nuevo, y al par la mosquetería; todo se vuelve turbulencia. Sábese luego que los comisarios diputados por la asamblea han sido dispersados, y al mismo punto atacan la puerta del salon que retumba con pavorosos golpes, apareciéndose à una de las entradas ciudadanos armados. —Nos arrollan, esclama un empleado municipal; cúbrese el presidente, y los diputados se arrojan de tropel desde sus asientos para alejar à los asaltadores. Sosiégase el alboroto, y al eco incesante de la mosquetería y de los cañones, claman los diputados: ¡Viva la nacion, la libertad y la igualdad!

Se habia trabado reñidísima contienda en el palacio. Al dejarlo el rey, se creyó naturalmente que el pueblo ya no se ensangrentaria contra una mansion desamparada; por otra parte la suma turbulencia no permitia acudir à ella, y no se habia dado órden alguna para evacuarla. Tan solo habian internado en el palacio toda la tropa que cuajaba los patios, y se halló confusamente derramada por las viviendas, con los criados, los jentiles-hombres y oficiales. La inmensidad de la concurrencia atajaba el movimiento à pesar de su dilatada capacidad.

El pueblo, que tal vez ignoraba la salida del rey, despues de esperar largo rato delante del póstigo principal, se arroja por fin à la puerta, quebrántala à hachazos, y se dispara al patio Real. Fórmase entonces en columna, y apunta contra el palacio las piezas torpemente dejadas en el patio despues de la retirada de la tropa. Sin embargo los asaltadores no embisten todavía, sino que hacen demostraciones amistosas à los soldados que se asoman por las ventanas.—Venga el palacio, esclaman, somos amigos. Los Suizos manifiestan intentos pacíficos y arrojan cartuchos por las ventanas. Algunos sitiadores mas arrojados se desprenden de las columnas y se adelantan hasta el atrio del palacio. Al pié de la escalera principal habian colocado una viga en forma de valla, tras la cual se habian atrincherado suizos y guardias nacionales revueltos. Los que habian llegado allí desde fuera querian internarse y allanar la valla, y tras una contienda bastante larga, y que sin embargo no para en refriega, arrebatan la valla. Los asaltadores entonces trepan por la escalera, repitiendo que se les ha de entregar el palacio. Asegúrase que en aquel punto, piqueros que se habian quedado en el patio se apoderan con ganchos de los centinelas suizos que estaban colocados por fuera, y los degüellan; añádese que se disparó un tiro contra las ventanas, y que los Suizos airados correspondieron haciendo fuego. Con efecto, en seguida retumba por el palacio una descarga horrorosa, y los que se habian internado huyen gritando que están vendidos. No cabe apurar, en medio de tanta confusion, de qué parte salieron los primeros tiros. Los asaltadores han asegurado que se adelantaban amistosamente, y que metidos una vez en el palacio, habian sido sorprendidos y arcabuceados por traicion; lo cual es inverosímil, porque los Suizos no estaban en situacion de ser los provocadores. No habiendo ya empeño en pelear, con la partida del rey, no debian tratar mas

que de su salvamento, y la traicion no podia encaminarlos à él. Por otra parte, aun cuando la agresion pudiera variar algun tanto el viso de los acontecimientos, hay que confesar que la agresion primera y real, esto es, el ataque del palacio, salió de los sublevados, y lo demás no era sino un acaso inevitable, sin culpa de ninguno de los dos bandos. Como quiera, los que se habian internado hasta el atrio y la escalera principal oyen de repente la descarga, y al huir, reciben en la escalera misma una granizada de balazos. Bajan los Suizos entonces en formacion, y llegados à las últimas gradas, desembocan por el atrio al patio Real. Allí se apoderan de una de las piezas de artillería del patio, y à pesar de un fuego terrible, la vuelven y la descargan sobre los Marselleses, volcándolos en crecido número; cejan estos, y siguiendo el fuego, desamparan el patio. El pavor cunde entonces por el pueblo, que huye por todas partes, y se va à los arrabales. Si en aquel momento los Suizos llevan adelante sus ventajas, y los jendarmes situados en el Louvre, en vez de abandonar su punto, embisten à los sitiadores rechazados, estaba terminado el trance, y la victoria quedaba por parte del palacio.

Pero en aquel punto llega la órden del rey traida por Mr. d' Hervilly, que prohibia que se hiciese fuego. Mr. d' Hervilly se interna por el atrio, cuando los Suizos acababan de rechazar à los sitiadores. Los detiene y les notifica de parte del rey que le acompañen á la asamblea. Entonces los Suizos en crecido número siguen à Mr. d' Hervilly hasta los Fuldenses, en medio de las descargas matadoras. El palacio queda así defraudado de la mayor parte de sus defensores, pero hay todavía, ya en la escalera, ya por las viviendas, una porcion de Suizos desventurados que no reciben la órden, y que luego van à quedar espuestos sin medios de resistencia à los peligros mas formidables.

En este tiempo se habian rehecho los sitiadores. Los Marselleses unidos à los Bretones se enfurecian de haber amainado; se alientan y vuelven à la refriega con mayor ímpetu. Westermann, que luego mostró gran desempeño, dirije su denuedo con tino; se arrojan con ardor, caen en crecido número, pero llegan por fin al atrio, trasponen la escalera, y se enseñorean del palacio. El populacho piquero se dispara tras ellos, y lo restante de la escena se reduce todo à matanza. Los desventurados Suizos piden en vano indulto, arrojando sus armas, pues quedan desapiadadamente dego-

llados. Incendian el palacio; los sirvientes que lo cuajan huyen en parte, y en parte quedan sacrificados. En la muchedumbre hay vencedores jenerosos. — « Perdon à las mujeres, esclama uno de ellos; no hay que deshonrar à la nacion »; y salva damas de la reina que estaban arrodilladas ante los sables esgrimidos sobre sus cabezas. Hubo víctimas valerosas, las hubo avisadas para salvarse, cuando ya no habia valor para defenderse; hubo tambien entre estos vencedores furibundos raptos de honradez, y el oro hallado en palacio, ya por vanidad popular, ya por el desinterés que produce el acaloramiento, fué llevado à la asamblea.

La asamblea estaba congojosa esperando el éxito de la refriega, y en fin à las once, suenan alaridos redoblados de victoria. Abrense las puertas al empuje de una muchedumbre enloquecida de alborozo y de saña. Llénase el salon de los destrozos que van trayendo, de Suizos prisioneros, à quienes se concede la vida para hacer à la asamblea acatamiento de esta clemencia popular. Entretanto, el rey y su familia, emparedados en la estrechez del palco de un diarista, presenciaban los escombros de su solio y el regocijo de sus vencedores. Vergniaud habia dejado un momento la presidencia para estender el decreto de la cesacion; vuelve, y la asamblea espide aquel decreto famoso, en virtud del cual,

Luis XVI queda provisionalmente suspendido de la corona;

Se decreta un plan de educacion para el príncipe real;

Convócase una convencion nacional.

¿Seria pues proyecto acordado muy de antemano el de volcar la monarquía, puesto que no hacian mas que suspender al rey, y que se disponia la educacion del príncipe? ¿Con qué zozobra, al contrario, ponian las manos en este poderío antiguo? ¡Cuánto no titubeaban al acercarse al solio añejo, bajo el cual las jeneraciones francesas habian sido alternativamente dichosas ó desventuradas, pero bajo el cual al fin habian vivido!

Sin embargo la imajinacion pública es de suyo disparada; poco tiempo debia bastarle para despojar el residuo de un respeto antiguo, y la monarquía suspendida iba à quedar pronto volcada. Iba à fenecer, no en la persona de un Luis XI, de un Cárlos IX, de un Luis XIV, pero en la de Luis XVI, uno de los reyes mas honrados que se han sentado en el trono.

CAPITULO XII.

Continuacion y paradero de la jornada del 10 de agosto. Llamamiento del ministerio jirondino; Danton es nombrado ministro de la justicia. Estado de la familia real. Situacion de los partidos en la asamblea y fuera, despues del 10 de agosto. Organizacion é influjo del concejo; facultades crecidas que se apropia; su contraposicion con la asamblea. Establecimiento de un tribunal criminal estraordinario. Estado de los ejércitos despues del 10 de agosto. Resistencia de Lafayette al nuevo gobierno. Procesado, deja su ejército y la Francia, y lo ponen preso los Austríacos. Situacion de Dumouriez. Ánimos de las potencias, y situacion reciproca de los ejércitos coligados y de los ejércitos franceses. Toma de Longwy por los Prusianos; vaivenes de Paris con esta noticia. Disposiciones revolucionarias tomadas por el concejo; prendimiento de los sospechosos. Matanza en las cárceles el 2, 3, 4, 5 y 6 de setiembre. Escenas principales y circunstancias de estas jornadas sangrientas.

Los Suizos habian defendido esforzadamente las Tuilerías, pero fué su resistencia infructuosa. La escalera principal habia sido arrollada, y allanado el palacio. El pueblo, ya vencedor, se internaba de donde quiera por esta morada rejia, en donde siempre habia soñado potosíes, una bienaventuranza cumplida, un poderío formidable y maquinaciones aciagas. ¡Cuánta venganza iba à practicar à un tiempo contra la riqueza, el encumbramiento y el poderío!

Ochenta granaderos suizos, que no tuvieron tiempo para retirarse, defienden gallardamente su vida, y quedan degollados sin compasion. La muchedumbre se dispara luego por las viviendas, y se ensangrienta con aquellos débiles amigos, presurosos en defender à su rey, y perseguidos, bajo el nombre de « caballeros del puñal », con todo el encono popular. Sus armas desvalidas no aprovechan mas que para enfurecer à los vencedores, y dar visos de probabilidad à los designios achacados à la corte. Toda puerta cerrada va abajo, y dos porteros que intentaban atajar la entrada del gran consejo quedan al punto sacrificados al ceremonial de la etiqueta. El sinnúmero de sirvientes de la familia real huyen atropelladamente por las dilatadas galerías, se derrumban de las ventanas,

ó buscan en la inmensidad del palacio un escondrijo que les resguarde la vida. Las damas de la reina se refujian en uno de sus aposentos, y aguardan verse asaltadas à cada punto en aquel asilo. La princesa de Tarento manda abrir las puertas para no aumentar el desenfreno con la resistencia. Acuden los asaltadores y se abalanzan à una de ellas, álzase el acero sobre su cerviz. — « Indulto à las mujeres », clama una voz; « no hay que deshonrar à la nacion. » — A estas palabras, amaina el acero; las damas de la reina quedan resguardadas y conducidas con seguridad fuera de palacio por aquellos mismos que iban à degollarlas, y que, segun el vaiven popular, las escoltan ahora y emplean para salvarlas los estremos mas injeniosos. Despues de haber asesinado, van asolando; se estrellan aquellos muebles magníficos, y dispersan los trozos à lo lejos. El pueblo se interna en los aposentos reservados de la reina, y se desenfrena con el mas deshonesto regocijo; cala los sitios mas retirados, escudriña los depósitos de papeles, destroza todas las cerraduras, regalándose al par con el deleite de la curiosidad y de la destruccion. Al horror del homicidio y del saqueo se junta el del incendio. Habiendo las llamas abrasado ya los tinglados de los patios esteriores, empiezan à estenderse al edificio, y amagan la ruina completa de la morada del solio. La desolacion no se reduce à este desgraciado recinto, sino que se va estendiendo à largo trecho. Las calles quedan sembradas de destrozos y de cadáveres. Quien huye ó lo aparenta es tratado como enemigo y perseguido à fusilazos. Un estruendo incesante de descargas cerradas alterna con el de los cañonazos, y demuestra por instantes nuevos homicidios. ¡Cuánto pavor acompaña à una victoria, sean los que fueren los vencidos y los vencedores, y la causa por que se pelea!

La potestad ejecutiva quedaba disuelta con la suspension de Luis XVI, y no asomaban en Paris sino dos autoridades, el concejo y la asamblea. Ya se ha visto en la relacion del 10 de agosto à los diputados de las secciones reunidos en el Ayuntamiento, apoderarse de la potestad municipal, arrojando à los majistrados antiguos, y dirijir la sublevacion toda la noche y la jornada del 10. Poseian la verdadera fuerza de hecho, tenian todas las ínfulas de la victoria, y representaban aquella clase revolucionaria nueva y fogosa, que acababa de batallar durante toda la lejislatura contra aquella clase yerta mas ilustrada, pero menos ejecutiva, de que se componia la asamblea lejisladora. El primer afan de los diputados

de las secciones fué deponer todas las autoridades principales, que, como mas inmediatas à la potestad suprema, le eran mas adictas. Habian suspendido el estado mayor de la guardia nacional, y desorganizado la defensa de las Tuilerías, arrebatando à Mandat del palacio, y dando à Santerre el mando de la guardia nacional. No habian puesto menos ahinco en suspender la administracion del departamento, que, desde la alta esfera en que volaba, contrarestó siempre las pasiones populares de que carecia. En cuanto al ayuntamiento, habian ya anulado el consejo jeneral, sustituyéndose ellos mismos à su autoridad, y no conservando mas que el correjidor Petion, el síndico Manuel y los diez y seis administradores municipales. Hízose todo esto durante el ataque del palacio; Danton habia arrojadamente dirijido esta sesion tormentosa; y cuando la metralla de los Suizos arrolló la muchedumbre por lo largo de los pretiles, y hasta la Casa de Ayuntamiento, habia salido diciendo: «Nuestros hermanos piden auxilio, vamos à llevárselo.» Su presencia habia contribuido à empujar al pueblo de nuevo hácia el campo de batalla y à decidir la victoria. Cesada la pelea, tratóse de libertar á Petion de su guardia, y de reponerle en sus funciones de correjidor. Sin embargo, sea por verdadero interés con su persona, sea por aprension de nombrar un caudillo demasiado escrupuloso para los asomos del alboroto, habian acordado que se le guardaria aun uno ú dos dias, socolor de escudar su vida. Al mismo tiempo habian arrebatado del salon del consejo jeneral los bustos de Luis XVI, Bailly y Lafayette. La clase nueva que se iba encumbrando orillaba así à los esclarecidos revolucionarios, para sustituir los suyos.

Los sublevados del concejo debian entablar enlaces con la asamblea. Le afeaban sus incertidumbres, y aun su realismo; pero siempre veian en ella la única autoridad soberana existente, y no trataban de desconocerla. En la mañana misma del 10, llegó una diputacion á la barandilla para anunciarle la formacion del concejo sedicioso, y esponerle cuanto se habia hecho. Danton era de los diputados: «El pueblo que nos envia hácia vosotros, dijo, nos ha encargado declararos que os creia siempre dignos de su confianza, pero que no reconocia mas juez para las disposiciones estraordinarias, à las cuales le han precisado à recurrir, que el pueblo francés, nuestro soberano y el vuestro, reunido en las asambleas primarias».

Respondió la asamblea por voz del presidente à estos diputados, que aprobaba cuanto se habia hecho, y les encargaba el buen órden y la paz. Hizo que se les comunicasen los decretos espedidos en el dia, con amonestacion de estenderlos, y luego formó una proclama reencargando el acatamiento à las personas y à las propiedades, y comisionó à algunos de sus individuos para que las llevasen al pueblo.

Dedicaron desde luego su esmero à reemplazar el solio destruido, y los ministros, reunidos bajo el nombre de « consejo ejecutivo, » quedaron provisionalmente encargados del despacho y de la ejecucion de las leyes. El ministro de la justicia, depositario del sello del estado, debia aplicarlo à los decretos, y promulgarlos en nombre de la potestad lejislativa. Habia luego que nombrar los sujetos que compusieran el ministerio, y se trató desde luego de restablecer à Roland, Claviere y Servan, depuestos por su adhesion à la causa popular, por cuanto la revolucion nueva debia apetecer cuanto rechazara el solio. Fueron pues unánimemente rehabilitados estos tres ministros, Roland para el interior, Servan para la guerra, y Claviere en hacienda. Habia que nombrar aun ministro de la justicia, de negocios estranjeros y de marina. Eran ya árbitros de los nombramientos, y los anhelos antiguos por el mérito arrinconado y por el patriotismo fogoso, tan desagradable à la corte, podian realizarse sin tropiezo. Danton, tan poderoso con la muchedumbre, y tan arrollador en las cuarenta y ocho horas anteriores, fué conceptuado indispensable; y si bien disgustaba à los jirondinos, como elejido por el populacho, quedó nombrado ministro de la justicia con la mayoría de 222 votos entre 284. Despues de haber complacido al pueblo, concediendo este destino à la pujanza, se trató de poner un sabio para la marina, y fué el matemático Monge, conocido y estimado por Condorcet, à cuya propuesta fué nombrado. En fin Lebrun fué el encargado de los negocios estranjeros, y se galardonó en su persona la laboriosidad que antes estendia los despachos con que se honraban los ministros.

Despues de haber reemplazado la potestad ejecutiva, declaró la asamblea que todos los decretos, sobre los cuales Luis XVI habia aplicado el veto, recibirian fuerza de ley. La formacion de un campamento sobre Paris, objeto de uno de aquellos, y móvil de tan reñidas discusiones, quedó al golpe dispuesto, y los artilleros quedaron desde aquel dia autorizados para empezar las esplanadas

en las alturas de Montmartre. Hecha la revolucion en Paris, habia que afianzar su éxito en los departamentos, y especialmente en los ejércitos mandados por jenerales sospechosos. Mandóse à los comisarios sacados de la misma asamblea marchar à los ejércitos y à las provincias, para ilustrarlas sobre las particularidades del 10 de agosto, apoderándolos para renovar, si urjiese, todos los jefes civiles y militares.

Despacháronse en algunas horas todos estos decretos, y mientras la asamblea se dedicaba à espedirlos, se abocaban novedades incesantes para irlos interrumpiendo. Las alhajas robadas de las Tuilerías se iban colocando en su recinto; los Suizos, los sirvientes de palacio y todos los detenidos en su fuga, ó arrebatados al furor del pueblo, se llevaban à la barandilla como à un asilo. Un sinnúmero de demandantes acuden atropelladamente à informar de lo que han hecho ú visto, y referir sus descubrimientos sobre las tramas supuestas de la corte. Proferíanse acusaciones é invectivas de toda especie contra la familia real, que lo estaba oyendo desde la estrechez donde la habian confinado, y era el palco del taquígrafo. Luis XVI oia con sosiego las hablillas, y conversaba à ratos con Vergniaud y otros diputados que tenia cerca. Encerrado allí hacia quince horas, habia pedido algun sustento, que repartia à su esposa é hijos, y que escitaba torpes observaciones sobre el afan que le suponian por la gula. Sabido es cuán poco contemplativo es el partido victorioso con el desgraciado. El delfinito, arregazado por su madre, dormia sosegadamente en medio de un calor escesivo. La princesa jóven y Madama Isabel, con los ojos encendidos de llorar, estaban junto à la reina. Al fondo del palco se hallaban algunos señores afectísimos y que no habian querido desamparar à los desventurados. Cincuenta hombres, sacados de la escolta de la familia real desde el palacio à la asamblea, estaban de guardia al recinto. Desde allí el monarca cesante contemplaba los despojos de su palacio, asistia al desmembramiento de su poderío antiguo, y veia ir repartiendo sus residuos à las diversas autoridades populares.

Seguia el alboroto con sumo disparo, y segun el albedrío del pueblo, no bastaba haber suspendido el solio, sino que se debia volcar. Repetíanse las peticiones sobre este punto, y esperando contestacion, se arremolinaba la muchedumbre fuera del salon, inundaba las inmediaciones, sitiaba las puertas, y las embistió por

dos ó tres veces con tal violencia, que se las creyó quebrantadas, temiendo por la familia depositada en el regazo de la asamblea. Henrique Lariviere, enviado para sosegar el pueblo, volvió en aquel punto, clamando con esfuerzo: «Sí, señores, lo sé, lo he visto, lo aseguro, el pueblo entero está resuelto à fenecer mil veces antes que mancillar la libertad con ningun acto inhumano; y positivamente no hay aquí cabeza (y ya pueden entenderme, añadió) que no pueda contar con la lealtad francesa.» Estas palabras animosas y consoladoras lograron aplauso. Tomó la voz Vergniaud, y fué respondiendo à los demandantes que pedian se cambiase la suspension en destronamiento. «Celebro en el alma, dice, que se me suministre márjen para esplicar el ánimo de la asamblea en presencia de los ciudadanos. Ha decretado la suspension de la potestad ejecutiva, nombrando una convencion para que decida irrevocablemente el punto capital del destronamiento. En esto se ciñe à sus poderes, que no le permiten el constituirse juez à sí misma sobre el solio, y ha acudido à la salvacion del estado, imposibilitando à la potestad ejecutiva de dañar; así ha satisfecho à todas las urjencias, reduciéndose à su objeto.» Estas palabras surtieron efecto favorable, y los mismos demandantes, ya mas sosegados, se encargaron de ilustrar y aplacar al pueblo.

Habia que dar fin à esta sesion tan dilatada, y por tanto se dispuso que las alhajas robadas de palacio se colocarian en el Ayuntamiento, y que los Suizos y todos los arrestados quedarian à buen recaudo en los Fuldenses, ó serian trasladados à diferentes casas de arresto, y en fin, que la familia real estaria guardada en el Luxemburgo, hasta que se reuniese la convencion nacional; pero que mientras se hiciesen los preparativos necesarios para su colocacion, se hospedaria en el sitio mismo de la asamblea. A la una de la madrugada del sábado 11, la familia real fué trasladada à la vivienda que le destinaban, y que se reducia à cuatro celdillas de los antiguos Fuldenses. Los señores que no habian dejado al rey se aposentaron en la primera, el rey en la segunda, la reina, hermana y niños en las otras dos. La portera sirvió à las princesas, y reemplazó la numerosa comitiva de damas que todavía la víspera porfiaban por quien las serviria.

Suspendióse la sesion à las tres de la madrugada, y como todavía sonaba el estruendo por el pueblo, para evitar tropelías, se iluminaron las inmediaciones del palacio, y los mas de los ciudadanos estaban sobre las armas.

Tal fué aquella célebre jornada, y tales sus resultados inmediatos. El rey y su familia, presos en los Fuldenses, y los tres ministros desgraciados, restablecidos en sus funciones; Danton, oculto la víspera en una zahurda, se hallaba ministro de la justicia; Petion estaba confinado en su casa, pero proclamado con entusiasmo, se añadia á su nombre el de «padre del pueblo.» Marat, salido à luz de la misma zahurda de Danton, y ahora armado de un sable, se paseaba por Paris al frente del batallon marsellés. Robespierre, que no asoma en estas escenas sangrientas, arengaba à los jacobinos, y conversaba con algunos miembros, arrinconados como él, sobre el uso que requeria la victoria, de la necesidad de reemplazar la asamblea actual y de procesar à Lafayette.

El dia siguiente, hubo que acudir à enfrenar el pueblo alborotado y matador de cuantos conceptuaba aristócratas. Volvió la asamblea à su sesion el 11 à las siete de la madrugada, y la familia real volvió à emparedarse en el palco del taquígrafo, para asistir à las decisiones que se iban à acordar y à las escenas que iban à ocurrir en el cuerpo lejislativo. Petion, ya libre y escoltado por el jentío, vino à dar cuenta del estado de Paris que habia escudriñado, y donde habia procurado restablecer el sosiego y la paz. Ciudadanos eran sus guardias para escudarlo, y fué muy agasajado por la asamblea, pero salió de nuevo para continuar sus exhortaciones pacíficas. Los Suizos depositados la víspera en los Fuldenses estaban amagados; pues la muchedumbre pedia à voces su muerte, llamándolos cómplices del palacio y asesinos del pueblo. Se logró aplacarlo publicando que los Suizos serian procesados, y que iba à formarse un consejo de guerra para castigar lo que se llamó despues «los conspiradores del 10 de agosto.» «Pido, esclamó el violento Chabot, que sean conducidos à la Abadía para sentenciarlos..... En el pais de la igualdad, la ley debe igualar todas las cabezas, aun las que están sentadas en el trono.» Habíanse ya trasladado los oficiales à la Abadía, y fuéronlo luego los Suizos, lo que fué costosísimo, y hubo que prometer al pueblo que se les sentenciaria pronto.

Ya se va viendo que el afan de vengarse contra todos los defensores del solio, y castigar en ellos los peligros padecidos, avasallaba los ánimos, y habia de abortar luego terribles divisiones. Siguiendo los progresos de la sublevacion, se han podido notar las semillas de desavenencia que iban brotando en el partido po-

pular. Ya se ha visto que la asamblea, compuesta de hombres cultos y reflexivos, se contraponia à las sociedades y ayuntamientos, donde se agolpaban sujetos ínfimos en educacion y en talento, pero que, por su misma situacion, sus costumbres torpes y su ambicion pujante, estaban prontos à obrar y atropellar los acontecimientos; ya se ha visto que la víspera del 10 de agosto Chabot discordó con Petion, el cual, unánime con la mayoría de la asamblea, opinaba que se prefiriese un decreto de cesacion à un asalto à viva fuerza. Estos hombres, que habian aconsejado la mayor pujanza posible, se hallaban el dia siguiente en presencia de la asamblea, ufanos con una victoria alcanzada à pesar de ella, y recordándole, con espresiones de equívoco respeto, que habia absuelto à Lafayette, y que no debia comprometer por su flaqueza la salvacion del pueblo. Llenaban el Ayuntamiento, revueltos con plebeyos ambiciosos, con alborotadores subalternos y asonadistas; dominaban en los Jacobinos y en los Franciscanos, y aun algunos residian en los bancos estremos del cuerpo lejislativo. El capuchino Chabot, el mas disparado de todos, alternaba con la tribuna de la asamblea y de los jacobinos, y amagaba siempre con picas y toques à rebato.

La asamblea habia pronunciado la suspension, y estos hombres todavía sedientos no cesaban de pedir que cesase; nombrando la asamblea un ayo para el delfin, suponia en esto la duracion del solio, cuando aquellos querian la república; conceptuaba su mayoría que debia defenderse eficazmente contra el estranjero, pero indultar à los vencidos, y ellos, al contrario, sostenian que se debia, no solo resistir al estranjero, sino encarnizarse con cuantos, atrincherados en el palacio, habian intentado matar al pueblo y traer los Prusianos à Paris. A impulsos de su acaloramiento, prorumpian en los estremos mas depravados, sostenian que los cuerpos electorales no eran necesarios para formar la nueva asamblea, sino que todos los ciudadanos eran aptos para votar. Un jacobino habia tambien propuesto se franqueasen derechos políticos à las mujeres, diciendo altamente que el pueblo debia presentarse armado para manifestar su albedrío al cuerpo lejislativo. Fomentaba Marat este desenfreno, é incitaba à la venganza, ideando, en su horroroso sistema, que se habia de purgar la Francia. Robespierre, no tanto por sistema de acendramiento, ni por inclinacion sanguinaria, como por envidia contra la asamblea, recalcaba sobre

ella las reconvenciones de flaqueza y de realismo. Ensalzado por los jacobinos, propuesto antes del 10 de agosto como dictador necesario, se veia ya aclamado como el defensor mas elocuente y mas incohechable de los derechos del pueblo. Danton, no pensando ni en alabanzas ni en elocuencia, y no habiendo aspirado jamás à la dictadura, habia sin embargo decidido el 10 de agosto con su arrojo. Ahora mismo, desatendiendo la hojarasca, no pensaba mas que en apoderarse del consejo ejecutivo, de que era individuo, predominando y arrollando à sus compañeros. Incapaz de encono y de envidia, no abrigaba ningun afecto avieso contra aquellos diputados cuya sobresalencia deslucia à Robespierre, pero los orillaba como flojos, y les preferia aquellos hombres pujantes de la ínfima plebe, con los cuales contaba mas para llevar adelante y redondear la revolucion.

No se recelaban semejantes divisiones fuera de Paris; todo lo que el público de la Francia habia podido ver era la resistencia de la asamblea à unos anhelos arrebatados, y la absolucion de Lafayette pronunciada à pesar del concejo y de los jacobinos. Pero se imputaba todo à la mayoría realista y fuldense, y se celebraban siempre los jirondinos, apreciando igualmente á Brissot y à Robespierre, y adorando sobre todo à Petion como el correjidor tan mal parado por la corte; y no escudriñaban si Petion parecia muy moderado à Chabot, si lastimaba el engreimiento de Robespierre, si lo trataba Danton de hombre honrado é inservible, y como un conspirador sujeto à la purificacion de Marat. Petion era pues el prohombre acatado por la muchedumbre; pero al par de Bailly despues del 14 de julio, iba luego à malquistarse contrastando el desenfreno que ya no podia atajar.

La coligacion principal de los nuevos revolucionarios se habia formado en los Jacobinos y en el Ayuntamiento. Todos los proyectos se proponian y se ventilaban en los Jacobinos, y los mismos sujetos venian luego à la Casa de la Ciudad, por medio de sus poderes municipales, à ejecutar lo que habian proyectado en la asociacion. El concejo jeneral de los prohombres componia de por sí una especie de asamblea tan crecida como el cuerpo lejislativo, con sus tribunas, su escritorio, sus aplausos mas ruidosos, y de hecho con una fuerza mas considerable. El correjidor era el presidente, el síndico el orador de tabla, encargado de hacer todos los requerimientos necesarios. No se presentaba ya Petion, embarga-

do en el afan de los abastos. El procurador Manuel, dejándose llevar con mas ímpetu por la oleada revolucionaria, ejercitaba de continuo su metal de voz; pero el dominador de esta junta era Robespierre. Orillado en los tres primeros dias despues del 10 de agosto, acudió, consumada ya la sublevacion, y presentándose en el escritorio para la comprobacion de sus poderes, parecia haber tomado posesion mas bien que sujetádose al reconocimiento de sus credenciales. Su engreimiento, lejos de lastimar, habia aumentado el acatamiento de los circunstantes. Su nombradía de desempeño, de pureza y de teson le hacia un personaje respetable y grave, que estos plebeyos reunidos se ufanaban de atesorar. Entretanto que se reunia la convencion, de la cual no dudaba ser individuo, acudia allí para ejercitar un poderío mas efectivo que el de la opinion con que le honraban los jacobinos.

El primer afan del concejo fué apoderarse de la policía; porque en tiempo de guerra civil la potestad de prender y perseguir á sus enemigos es la mas importante y la mas envidiada. Los jueces de paz, encargados en parte de ejercitarla, estaban desconceptuados por sus pesquisas contra los alborotadores populares, y se hallaban así, à sabiendas ó no, hostilizados por los patriotas. Recordábase sobre todo el que, en el negocio de Bertrand de Molleville y del periodista Carra, habia osado citar à dos diputados. Los jueces de paz fueron depuestos, trasladando à las autoridades municipales todas sus incumbencias relativas à la policía. Acorde en esto con el concejo de Paris, la asamblea decretó que la policía, llamada de «seguridad jeneral,» corresponderia à los departamentos, distritos y ayuntamientos. Consistia en pesquisar los delitos que amagaban à la »seguridad interior y esterior del estado,» en empadronar los ciudadanos sospechosos por su opinion ó su conducta, en arrestarlos provisionalmente, y aun en dispersarlos y desarmarlos, si era necesario. Los mismos consejos de los ayuntamientos eran los que desempeñaban este ministerio, y todo el conjunto de los ciudadanos venia à estar en observacion para delatar y perseguir el partido enemigo. Ya se echa de ver cuán activa, violenta y arbitraria habia de ser esta policía democráticamente ejercitada. El consejo entero recibia la delacion, y una comision de «celaduría» la escudriñaba, y hacia ejecutar el arresto. Los guardias nacionales estaban en requerimiento permanente, y los ayuntamientos de todas las poblaciones de mas de veinte mil almas podian añadir reglamentos par-

ticulares à esta ley de « seguridad jeneral. » La asamblea lejislativa no conceptuaba estar así preparando las ejecuciones sangrientas que luego se verificaron ; pero, cercada de enemigos dentro y fuera, acudia à todos los ciudadanos para celarlos, como los habia llamado à todos para rejir y pelear.

El concejo de Paris se afanó en practicar esta potestad nueva, y fué haciendo numerosos arrestos. Los vencedores, todavía airados con los peligros de la víspera, y los mayores del dia siguiente, apoderándose de sus enemigos ya abatidos, pero que podian luego rehacerse con el auxilio de los estranjeros, se cebaban en su encargo. La comision de celaduría del concejo de Paris constaba de los hombres mas violentos, y Marat, que en la revolucion embestia tan osadamente à las personas, fué el caudillo de esta junta, y era el mas temible de todos los hombres ejerciendo tales funciones.

Además de esta comision principal, instituyó otra particular en cada seccion ; acordó que no se darian pasaportes sino tras la deliberacion de las juntas de secciones ; que los viandantes serian acompañados, ya al Ayuntamiento, ya à las puertas de Paris, por dos testigos que acreditasen la identidad de la persona que habia pedido el pasaporte con la de aquella que lo empleaba para su viaje. Procuraba tambien atajar por todos medios la huida de los sospechosos bajo nombres supuestos ; y mandó luego que se hiciese un padron de los enemigos de la causa pública, brindando à los ciudadanos en una proclama à delatar los culpables del 10 de agosto. Prendió à los escritores que habian sostenido la causa realista, y entregó sus prensas à los autores patriotas. Marat se hizo restituir triunfalmente cuatro prensas que decia le habian arrebatado de órden del « traidor » Lafayette. Fueron comisarios por las cárceles para libertar à los presos por voces y hablillas contra la corte. En fin, siempre en el disparador para entrometerse por donde quiera, el concejo, à ejemplo de la asamblea, envió diputados para ilustrar y atraer el ejército de Lafayette que causaba zozobras.

Tomó además el concejo sobre sí un postrer encargo no menos importante, que fué el de guardar la familia real. La asamblea al pronto habia dispuesto su traslacion al Luxemburgo, y por el reparo de que aquel palacio era difícil de guardar, se decidió por la casa del ministerio de la justicia. Pero el concejo, que manejaba ya la policía de la capital, y que se creia particularmente encargado

de la guardia del rey, propuso el Temple, y declaró que no podia responder de aquel depósito sino en la torre de aquella antigua abadía. Accedió la asamblea, y entregó los augustos presos al correjidor y al comandante jeneral Santerre, bajo su responsabilidad personal (*). Doce comisarios del concejo jeneral tenian que velar incesantemente en el Temple, y los trabajos esteriores lo habian hecho una especie de plaza de armas. Numerosos destacamentos de la guardia nacional lo guarnecian alternativamente, y no se podia entrar sino con permiso espreso del ayuntamiento. Decretó tambien la asamblea que se sacasen del erario quinientos mil francos para suministrar al mantenimiento de la familia real hasta la reunion próxima de la convencion.

Las funciones del concejo eran, como se ve, muy estensas. Colocado en el centro del estado, donde se ejercen las mayores potestades, y propenso por su pujanza á ejecutar por sí cuanto le parecia hecho con blandura por las autoridades superiores, se propasaba de suyo incesantemente. La asamblea, hecha cargo de la necesidad de atajarle aquellos vuelos, decretó la reeleccion de un nuevo consejo de departamento, para reemplazar el disuelto en el dia del alboroto. El concejo viéndose amagado del yugo de una autoridad superior, que probablemente le imposibilitaria sus disparos, como lo habia hecho el departamento anterior, se enfureció con este decreto, y mandó á las secciones que sobreseyesen á la eleccion ya empezada. El síndico Manuel fué enviado al punto del Ayuntamiento á los Fuldenses para presentar las reclamaciones de la municipalidad. «Los delegados de los ciudadanos de Paris, dijo, necesitan poderes sin límites, y toda autoridad nueva colocada entre ellos y vosotros no hará mas que brotar divisiones. El pueblo, para libertarse de esta potestad destructiva de su soberanía, tendrá que armarse de una vez con su venganza».

Este era el lenguaje amenazador que osaban ya dirijir á la asamblea. Concedió cuanto pedian; y ya que conceptuase imposible ó indiscreta la resistencia, ya que mirase como espuesto el entorpecer por entonces la pujanza del concejo, decidió que el nuevo consejo no ejerceria autoridad sobre el ayuntamiento, y no seria mas que una mera comision de hacienda encargada de la recaudacion de los impuestos públicos en el departamento del Sena.

Otro punto de mas entidad embargaba los ánimos, y debia sa-

(*) El rey y su familia fueron conducidos al Temple en la tarde del 13 de agosto.

car à luz mas à las claras la diferencia de impulsos que mediaba entre el concejo y la asamblea. Pedíase con alaridos el castigo de los que habian tirado contra el pueblo, y que estaban prontos à manifestarse al asomar el enemigo. Llamábanlos alternativamente los «conspiradores del 10 de agosto», ó los «traidores». La comision marcial, creada desde el 11 para sentenciar à los Suizos, no parecia suficiente, porque sus poderes se ceñian à la pesquisa de aquellos militares. La sala del crímen del Sena aparecia atenerse à formalidades muy pausadas, y por otra parte se recelaban de todas las autoridades anteriores à la jornada del 10. El concejo pidió pues el 13 la creacion de un tribunal al intento, para sentenciar los «delitos del 10 de agosto», y al cual dieron ensanche suficiente para abarcar los que llamaban «traidores». La asamblea remitió la demanda à su comision estraordinaria, encargada desde el mes de julio de proponer arbitrios de salvacion.

El 14, llega nueva diputacion del concejo al cuerpo lejislativo, para pedir el decreto relativo al tribunal estraordinario, declarando que si no está espedido, va encargada de esperarlo. El diputado Gaston dirije à esta diputacion algunas observaciones agrias, y se retira. La asamblea se aferra en negar la creacion de un tribunal estraordinario, y se ciñe à concretar à los tribunales ya establecidos el «conocimiento de los delitos del 10 de agosto».

A esta noticia, un rumor violento suena por Paris; la seccion de los Trescientos se presenta à los prohombres del concejo, y anuncia que van à tocar à rebato en el arrabal de San Antonio, si no se espide al golpe el decreto deseado. El concejo jeneral envia entonces una nueva diputacion encabezada por Robespierre, quien toma la voz en nombre del ayuntamiento, y hace à los diputados las reconvenciones mas insolentes «El sosiego del pueblo, les dice, estriba en el castigo de los culpados, y sin embargo nada habeis hecho para poder haberlos. Vuestro decreto es insuficiente; no esplica el jaez y la estension de los delitos que se han de castigar, por cuanto no habla sino de los del «10 de agosto», y los de los enemigos de la revolucion vuelan mucho mas allá del 10 de agosto y de Paris. Con una espresion semejante, el traidor Lafayette se salvaria de los tiros de la ley. En cuanto à la forma del tribunal, el pueblo no puede avenirse mas à la que le habeis conservado. Esos dos grados de jurisdiccion causan demoras interminables, y por otra parte todas las autoridades antiguas son sospechosas; se

requieren otras nuevas; es preciso que el tribunal pedido conste de diputados que se saquen de las secciones, y que tenga la facultad de sentenciar à los culpados soberanamente y en definitiva».

Esta peticion mandarina apareció todavía mas violenta por el desentono de Robespierre. Contestó la asamblea al pueblo de Paris con una proclama, en la cual rechazaba todo asomo de comision estraordinaria y de cámara ardiente, como indigna de la libertad, y atributo del despotismo.

Estos reparos atinados no surtieron efecto, y la incomodidad pasó siempre adelante. Las hablillas de Paris todas trataban de somaten, y desde el dia siguiente, un representante del concejo se llegó á la barandilla, y dijo à la asamblea: «Como ciudadano y como majistrado del pueblo, vengo à participaros que hoy à media noche sonará el rebato con la jenerala. El pueblo se desazona de no verse desagraviado, y está en el disparador de hacerse justicia por sí mismo. Pido, añadió el osado demandante, que de improviso se decrete que se nombrará un ciudadano por seccion para componer un tribunal del crímen.»

Este requerimiento amenazador alborotó la asamblea, y en particular à los diputados Choudieu y Thuriot, que reconvinieron airadamente al enviado del concejo. Empeñóse sin embargo la discusion, y la propuesta del concejo, sostenida eficazmente por los individuos fogosos de la asamblea, quedó convertida en decreto. Debia reunirse un cuerpo electoral para nombrar los individuos del tribunal estraordinario destinado à sentenciar los delitos cometidos en la jornada del 10 de agosto y «otros crímenes relativos, circunstancias y dependencias». Este tribunal de dos salas debia sentenciar definitivamente y sin apelacion. Este fué el primer ensayo del tribunal revolucionario, y el primer atropellamiento dado por la venganza à las fórmulas judiciales. Llamóse «tribunal del 17 de agosto».

Ignorábase todavía el efecto obrado en los ejércitos por la última revolucion, y el modo con que habian sido recibidos los decretos del 10. Este era el punto de mas entidad, y donde estribaba la suerte de la nueva revolucion. La frontera seguia dividida en tres cuerpos de ejército, el del norte, del centro, y del mediodía. Luckner mandaba en el norte, Lafayette al centro, y Montesquiou en el mediodía. Desde los encuentros desgraciados de Mons y de Turnay, Luckner, à instancias de Dumouriez, habia ensayado la

ofensiva sobre los Paises-Bajos, pero se habia retirado, y al evacuar à Curtray habia quemado los arrabales, lo que habia parado en un motivo fundamental de querella contra el ministerio en vísperas del destronamiento. Desde entonces los ejércitos habian permanecido en la mas completa inaccion, viviendo en los campamentos atrincherados, y limitándose à cortas escaramuzas. Dumouriez, al dejar el ministerio, habia acudido, como teniente jeneral, junto à Luckner, con mal recibimiento por parte del ejército, que era parcial de Lafayette. Luckner, avasallado enteramente à la sazon por aquel influjo, confinó à Dumouriez en uno de sus campamentos, el de Maulde, y lo dejó con un corto número de tropas, dedicado à sus atrincheramientos y escaramuzas.

Lafayette, queriendo acercarse à Paris con motivo de los peligros del rey, anhelaba empuñar el mando del Norte, pero no queria separarse de su tropa, que le era afecta, y acordó con Luckner mudar entrambos de posicion, para ir el uno hácia el Norte y el otro hácia el centro. Esta dislocacion de ejércitos à la vista del enemigo pudo ser aventurada, pero por dicha la guerra estaba yerta. Así Luckner marchó à Metz, y Lafayette à Sedan. Durante este movimiento encontrado, Dumouriez, encargado de seguir con su corto cuerpo el ejército de Luckner, al cual correspondia, hizo repentinamente alto en presencia de los enemigos que amagaban embestirle, y se vió precisado à permanecer en su campamento, sopena de franquear la entrada de la Flándes al duque de Sajonia-Teschen. Juntó los demás jenerales que ocupaban en las cercanías campamentos separados, se entendió con Dillon, que llegaba con una parte del ejército de Lafayette, y brindó con un consejo de guerra en Valenciennes, para sincerar con la necesidad su desobediencia à Luckner. Este entretanto habia llegado à Metz, y Lafayette à Sedan; y à no mediar los acontecimientos del 10 de agosto, Dumouriez quizás iba à padecer un arresto y consejo de guerra, por negarse à marchar adelante.

Esta era la situacion de los ejércitos, cuando se supo en ellos el vuelco del trono. El primer afan de la asamblea lejislativa fué, como se ha visto, enviar tres comisarios, conductores de sus decretos, para que hiciesen prestar el nuevo juramento à las tropas. Llegaron los tres comisarios à Sedan, y fueron recibidos por el ayuntamiento, que tenia órden de Lafayette para prenderlos. El correjidor los escudriñó sobre los sucesos del 10 de agosto, re-

quirió la relacion de todas las particularidades, y declaró, segun las instrucciones reservadas de Lafayette, que por lo visto la asamblea lejislativa ya no era libre, cuando pronunció la suspension del rey; que sus comisarios no eran mas que enviados de un tropel faccioso, y que por tanto iban à ser encarcelados en nombre de la constitucion. Verificóse el prendimiento, y Lafayette, para escudar à los ejecutores de la órden, lo tomó bajo su responsabilidad. En seguida hizo renovar en su ejército el juramento de fidelidad à la ley y al rey, y dispuso que se repitiera en todos los cuerpos sujetos à su mando. Contaba con setenta y cinco departamentos, que habian adherido à su carta del 16 de junio, y era su ánimo el tantear una asonada contrapuesta à la del 10 de agosto. Dillon, que se hallaba en Valenciennes à las órdenes de Lafayette, y que tenia un mando superior à Dumouriez, obedeció à su jeneral en jefe, é hizo prestar el juramento de fidelidad à la ley y al rey, mandando à Dumouriez que hiciese otro tanto en su campamento de Maulde. Dumouriez, hecho mas bien cargo de lo venidero, y enconado por otra parte contra los fuldenses, bajo cuyo dominio se hallaba, aprovechó la coyuntura de resistirles y granjearse la privanza del nuevo gobierno, rehusando el juramento por él y por su tropa.

El 17, el dia mismo en que el nuevo tribunal del crímen fué tan amotinadamente planteado, se supo por una carta que los comisarios enviados al ejército de Lafayette habian sido encarcelados por su órden, quedando la autoridad lejislativa desconocida. Esta nueva causó mas ira que sobresalto, y los alaridos contra Lafayette resonaron con mas vehemencia que nunca. Pidióse que se le procesase, y se reconvino à la asamblea por no haberlo providenciado antes. Espidióse al golpe un decreto contra el departamento de las Ardenas, y despacháronse nuevos comisarios con los mismos poderes que los anteriores, y con el encargo de hacerlos desencarcelar. Enviáronse tambien otros comisarios al ejército de Dillon, y el 19 por la madrugada, la asamblea declaró à Lafayette traidor à la patria, y fulminó contra él un decreto para que fuese demandado.

El trance era de entidad, y si no se volcaba esta resistencia, se abortaba la nueva revolucion. La Francia, dividida entre los republicanos del interior y los constitucionales del ejército, quedaba desencajada à la vista del enemigo, é igualmente espuesta à su invasion ó á una reaccion horrorosa. Con la revolucion del 10 de agosto,

debia detestar Lafayette el vuelco de la constitucion de 91, el cumplimiento de todas las profecías aristocráticas, y la comprobacion de cuantos cargos estaba haciendo la corte à la libertad. No le cabia ver en esta victoria de la democracia sino una anarquía sangrienta y un trastorno interminable. Para nosotros, esta confusion tuvo ya su plazo, y à lo menos el suelo no fué hollado por los estranjeros; para Lafayette el porvenir era desconocido y pavoroso, pues la defensa del territorio no era muy practicable en medio de las convulsiones políticas, y por tanto debia abrigar el anhelo de contrastar este caos, pertrechándose contra entrambos enemigos esterior é interior. Pero su situacion era tan ardua, que no era dado à ningun hombre el arrollarla. Su ejército le era apasionadísimo, pero las tropas no tienen voluntad personal, y no pueden tener sino la que se les comunica por la autoridad superior. Cuando estalla una revolucion tan disparada como la de 89, entonces, en el ciego vaiven, desacata la autoridad antigua, porque la sobrepuja el nuevo impulso; pero aquí no tenia cabida este caso. Proscrito, decretado, Lafayette no podia, con su autoridad militar aislada, sublevar su tropa contra la autoridad del interior, y con su arranque personal, batallar contra los disparos revolucionarios de Paris. Encajonado entre dos enemigos, y mal seguro de sus obligaciones, no podia menos de titubear. La asamblea, al contrario, sin suspension alguna, envió decretos y mas decretos por mano de comisarios briosos, y debia volcar las incertidumbres del jeneral y decidir el ejército. Las tropas de Lafayette, con efecto, se fueron conmoviendo y desamparándolo, y las autoridades civiles, amedrentadas, se allanaron á los nuevos comisarios. El ejemplo de Dumouriez, que se declaró por la revolucion del 10 de agosto, acabó de volcarlo todo, y el jeneral opuesto quedó aislado con su estado mayor, que se componia de oficiales fuldenses ó constitucionales.

Bouillé, cuya pujanza era innegable, y Dumouriez, cuyo gran desempeño descollaba, tampoco pudieron obrar de otro modo en sus respectivas épocas, y se vieron precisados à ponerse en fuga. No debia ser Lafayette mas venturoso; y escribiendo à las diversas autoridades civiles que le habian coadyuvado en su resistencia, cargó con la responsabilidad de las órdenes dadas contra los comisarios de la asamblea, y dejó su campamento el 20 de agosto, con algunos oficiales, con sus amigos y compañeros de armas y de opi-

nion. Bureau de Puzy, Latour-Maubourg y Lameth le acompañaban. Abandonaron el campamento, sin llevarse mas de una mesada, con el séquito de algunos criados. Lafayette lo dejó todo en órden en su ejército, y cuidó de providenciar las disposiciones necesarias para resistir al enemigo en caso de avance. Despidió algunos jinetes que lo escoltaban, por no defraudar la Francia ni siquiera de un defensor, y el 21, tomó con sus amigos el rumbo de los Paises-Bajos. Llegados à las avanzadas austríacas, tras una marcha que habia atropellado à sus caballos, estos primeros emigrados de la libertad quedaron presos, contra el derecho de jentes, y tratados como prisioneros de guerra. Sumo fué el alborozo, apenas resonó el nombre de Lafayette en el campamento de los coligados, y se le supo cautivo de la liga aristocrática. Martirizar à uno de los primeros amantes de la revolucion, y poder achacar à ella misma la persecucion de sus prohombres, ver irse verificando todos los desafueros que habian pronosticado, era muy de sobras para causar satisfaccion universal en la aristocracia europea.

Lafayette invocó para sí y para sus amigos el debido ensanche, pero todo fué en vano. Ofreciéronselo sin embargo à costa de una retractacion, no de todas sus opiniones, sino de una sola, la que era relativa à la abolicion de la nobleza. Rehusólo, con amagos de, si interpretaban equivocadamente sus palabras, desmentirlo judicialmente; y así aceptó la prision en premio de su constancia; y cuando conceptuó malograda la libertad en Europa y en Francia, no padeció desasosiego ni dejó de mirarla como el tesoro mas precioso. Siguió profesándola ante los opresores que lo encarcelaban, y ante los amigos antiguos que permanecian en Francia. «Amad, escribia à estos últimos, amad siempre la libertad à pesar de sus tormentas, y servid à vuestro pais.» Cotéjese esta salida con la de Bouillé, marchando de su pais para volver con los soberanos enemigos; con la de Dumouriez, estrellándose, no por convencimiento, sino por enfado, con la convencion que habia acatado, y se hará justicia al sujeto que no desampara la Francia sino cuando la verdad que profesa queda proscrita, y que no va à maldecirla ni à renegarla en los ejércitos enemigos, sino que la venera y sostiene todavía en las mazmorras.

Sin embargo no culpemos demasiado à Dumouriez, cuyos servicios memorables van à rayar muy pronto. Este hombre mañoso y avenible habia atinado completamente en adivinar la potestad

nueva. Despues de haberse hecho casi independiente por su desobediencia à Luckner, y por haberse negado à abandonar el campamento de Maulde, despues de haber rehusado el juramento mandado por Dillon, fué luego premiado de su afecto con el mando en jefe de los ejércitos del Norte y del centro. Dillon, valeroso y denodado, pero ciego, fué por el pronto depuesto, por haber obedecido à Lafayette; pero se le repuso en el mando à influjo de Dumouriez, el cual, ansioso de lograr su intento, lastimando en su rumbo à los menos individuos que pudiera, se afanó por sostenerlo con los comisarios de la asamblea. Quedó pues Dumouriez de jeneral en jefe de toda la raya desde Metz hasta Dunkerque. Luckner estaba en Metz con su ejército que fué del Norte; influido al pronto por Lafayette, aparentó resistir al 10 de agosto; pero cediendo luego à su ejército y à los comisarios de la asamblea, adhereció à los decretos, y despues de haber llorado tambien, obedeció al nuevo impulso que le comunicaban.

El 10 de agosto y lo entrado de la estacion eran motivos para inclinar à los coligados à adelantar la guerra con actividad. Los ánimos de las potencias no habian variado respecto à la Francia. La Inglaterra, la Holanda, Dinamarca y Suiza prometian siempre absoluta neutralidad. La Suecia, desde la muerte de Gustavo, la apetecia de corazon: los principados italianos nos eran muy desafectos, pero por ventura muy desvalidos. La España no se declaraba todavía, y se iba tras el vaiven de las tramas encontradas. Quedaban por enemigos declarados la Rusia y las dos cortes principales de Alemania; pero la Rusia se contentaba aun con procedimientos violentísimos y con el despido de nuestro embajador. La Prusia y el Austria se arrojaban solas con armas sobre nuestra frontera; y entre los estados alemanes no habia mas que los tres electores eclesiásticos y los Llandgraves de las dos Hese, que acudiesen activamente à la coligacion, esperando los otros à que les precisasen. En esta situacion, ciento y treinta mil hombres perfectamente organizados y disciplinados amagaban à la Francia, que no podia oponerles sino ciento veinte mil por lo mas, dispersos por una frontera inmensa, y sin formar en ningun punto una mole suficiente, faltos de oficiales, sin confianza alguna en sí mismos ni en sus caudillos, y hasta entonces siempre derrotados en las guerrillas. El proyecto de la coligacion era invadir denodadamente la Francia atravesando las Ardenas, y marchando por Chalons sobre Paris.

Los dos soberanos de Prusia y Austria estaban en persona en Maguncia, y sesenta mil Prusianos, herederos de la nombradía y de la gloria de Federico, se adelantaban en una sola columna sobre nuestro centro, y marchaban por Luxemburgo sobre Longwy. Veinte mil Austríacos, mandados por el jeneral Clerfayt, los sostenian por la derecha ocupando à Stenay. Diez y seis mil Austríacos, à las órdenes del príncipe de Hohenlohe-Kirchberg, y diez mil Heseses, flanqueaban la izquierda prusiana. El duque de Sajonia Teschen ocupaba los Paises-Bajos, amenazando sus plazas fuertes. El príncipe de Condé, con seis mil emigrados franceses, fué à Filipsburgo, y otros varios cuerpos de emigrados estaban repartidos por los ejércitos austríacos y prusianos. Las cortes estranjeras, que, reuniendo los emigrados, no querian dejarles adquirir sobrado influjo, habian intentado al pronto embeberlos en los rejimientos alemanes, y se avinieron despues à dejarles formar cuerpos distintos, pero repartidos entre los ejércitos coligados. Estos cuerpos constaban de oficiales que se habian resignado à ser soldados rasos; formaban una caballería brillante, pero mas adecuada para descollar en valor un dia empeñado, que para aguantar una campaña dilatada.

Los ejércitos franceses estaban repartidos del modo mas impropio para contrarestar à tamaña mole. Tres jenerales, Beurnonville, Moreton y Duval, reunian treinta mil hombres en tres campamentos separados, en Maulde, Maubeuge y Lila. A estos se reducian los recursos franceses sobre la raya del norte y de los Paises-Bajos. El ejército de Lafayette, desorganizado con la partida de su jeneral, y entregado à la mayor incertidumbre de afectos, acampaba en Sedan, compuesto de veinte y tres mil hombres; y Dumouriez iba à tomar su mando. El ejército de Luckner, constando de veinte mil soldados, ocupaba à Metz, y acababa, como todos los demás, de recibir un jeneral nuevo, que era Kellermann. La asamblea, descontenta de Luckner, no habia querido sin embargo deponerlo, y poniendo su mando en manos de Kellermann le habia conservado, bajo el dictado de jeneralísimo, el cargo de organizar el nuevo ejército de reserva, y la particularidad meramente honorífica de aconsejar à los jenerales. Quedaban Custine, que, con quince mil hombres, ocupaba Landau, y en fin Biron, que, colocado en la Alsacia con treinta mil, se hallaba muy distante del teatro principal de la guerra para influir en la suerte de la campaña.

Las dos únicas reuniones colocadas al encuentro del grande ejército coligado, eran los veinte y tres mil hombres abandonados por Lafayette, y los veinte mil de Kellermann, atrincherados en los alrededores de Metz. Si el grande ejército de invasion, graduando sus movimientos por su objeto, marchara velozmente sobre Sedan, mientras las tropas de Lafayette, defraudadas de su jeneral, entregadas al desconcierto, y no estando todavía en manos de Dumouriez, carecian de sistema y de direccion, el principal cuerpo de defensa quedara arrollado, las Ardenas abiertas, y los demás jenerales se hubieran visto precisados à cejar para reunirse al resguardo del Marne. Quizás no hubieran tenido lugar para venir de Lila y de Metz à Chalons y à Reims, y entonces Paris hallándose descubierto, no quedaba al nuevo gobierno mas que el absurdo proyecto de un campamento sobre Paris, ó la fuga mas allá del Loira.

Pero si la Francia se defendia con todo el desconcierto de una revolucion, las potencias estranjeras la embestian con toda la incertidumbre y la desavenencia de una coligacion grandiosa. El rey de Prusia, empapado en el concepto de una conquista obvia, lisonjeado y engañado por los emigrados franceses, que le brindaban con la invasion como un mero «paseo militar», apetecia la espedicion mas arrojada. Pero habia demasiado miramiento à su inmediacion en el duque de Brunswick, para que su engreimiento surtiese à lo menos el efecto venturoso de la osadía y de la brevedad. El duque de Brunswick, que veia la estacion muy avanzada y el pais con muy diversos ánimos de lo que pintaban los emigrados, y que por otra parte conceptuaba la pujanza revolucionaria por la asonada del 10 de agosto, creyó preferible el afianzar un estribo de operaciones sobre el Mosela, formando los sitios de Metz y de Thionville, y dejar à la próxima estacion la renovacion de las hostilidades, con la ventaja de las conquistas anteriores. Esta lid, entre la precipitacion del soberano y la cordura del jeneral, la pausa de los Austríacos, que no enviaban à las órdenes del príncipe de Hohenlohe mas que diez y ocho mil hombres en vez de cincuenta, atajaron todo movimiento decisivo. Sin embargo el ejército prusiano siguió marchando hácia el centro, y se halló el 20 delante de Longwy, una de las plazas fuertes mas avanzadas de la raya.

Dumouriez, que siempre habia conceptuado que una invasion en los Paises-Bajos haria estallar una revolucion, y salvaria la Fran-

cia de los avances de la Alemania, estaba espedito para arrojarse adelante el mismo dia en que recibió su comision de jeneral en jefe de los dos ejércitos. Iba ya à tomar la ofensiva contra el príncipe de Sajonia-Teschen, cuando Westermann, tan activo el 10 de agosto, y enviado de comisario al ejército de Lafayette, vino à informarle de cuanto pasaba en el teatro de la grande invasion. El 22, Longwy habia abierto las puertas à los Prusianos, despues de un bombardeo de algunas horas. El desconcierto de la guarnicion y la flaqueza del comandante les facilitaron esta conquista. Ufanos con este triunfo y con la presa de Lafayette, los Prusianos propendian mas que nunca al proyecto de una ofensiva arrojada; y el ejército de Lafayette quedaba perdido, si el nuevo jeneral no acudia à entonarlo con su presencia, y dirijir provechosamente sus movimientos.

Dumouriez abandonó pues su plan predilecto, y el 25 ó 26, pasó à Sedan, en donde al pronto su presencia no causó en las tropas sino encono y reconvenciones. Sobre ser enemigo de Lafayette, que idolatraban siempre, atribuíasele por otra parte aquella guerra desventurada, puesto que se habia declarado bajo su ministerio, y en fin considerábasele como un plumista, y no como un guerrero. Corrian estas hablillas por todo el campamento, y solian llegar hasta los oidos del jeneral; pero Dumouriez, muy entero, fué alentando las tropas con aparentar un ademan gallardo y sosegado, y luego vinieron à esperimentar el influjo de un mando entonado. Sin embargo la situacion de veinte y tres mil hombres desorganizados, al frente de ochenta mil perfectamente disciplinados, era una desesperacion. Los Prusianos, tomado Longwy, se habian apoderado de Thionville, y se adelantaban hácia Verdun, que era mas incapaz de resistencia que Longwy.

Los jenerales, juntados por Dumouriez, opinaban unánimes que no se debia esperar à los Prusianos en Sedan, sino retirarse prontamente al resguardo del Marne, atrincherarse lo mejor posible, para esperar la incorporacion de los demás ejércitos, y resguardar así la capital que estaba à cuarenta leguas del enemigo. Todos eran de dictámen que, si se esponian à quedar derrotados intentando atajar la invasion, el desconcierto seria completo; que el ejército desmoralizado ya no se detendria desde Sedan hasta Paris, y que los Prusianos se agolparian allí directamente en ademan de vencedores. Esta era nuestra situacion militar, y el concepto que merecia à nuestros jenerales.

La opinion que prevalecia en Paris no era mas aventajada, y así se inflamaban las iras con el peligro. Sin embargo esta capital inmensa que jamás habia visto al enemigo en su recinto, y que formaba de su propio poderío un concepto proporcionado à su ámbito y à su poblacion, no acababa de alcanzar que pudieran internarse en sus muros, temiendo mucho menos el peligro militar, que no echaba de ver, y que estaba todavía lejos, que el de una reaccion de parte de los realistas momentaneamente abatidos. Mientras en la raya los jenerales no veian mas que à los Prusianos, en el interior no se veia mas que à los aristócratas, conspirando à hurtadillas para volcar la libertad.

Decíanse que el rey estaba preso, pero que subsistia su partido, conspirando, como antes del 10 de agosto, para abrir Paris à los estranjeros. Soñaban que en las grandes casas de la capital hervian hacinamientos de jente armada, en el disparador para salir à la primera seña, libertar à Luis XVI, apoderarse de la autoridad, y entregar la Francia indefensa à los filos de los emigrados y de la coligacion. Esta correspondencia entre el enemigo «interior» y el «esterior» embargaba todos los ánimos. Hay, decian, que «salvarse de los traidores,» y ya estaban revolviendo la figuracion espantosa de sacrificar à los vencidos, aprension que entre los mas no era sino un movimiento fantástico, y que entre algunos hombres, ó mas sanguinarios, ó mas fogosos, ó mas en disposicion de obrar, podia trocarse en un proyecto positivo y premeditado.

Ya se ha visto el empeño en desagraviar al pueblo de los golpes recibidos en la jornada del 10, y que se habia suscitado entre la asamblea y el concejo una contienda violenta con motivo del tribunal estraordinario. Este tribunal, que habia ya cercenado la cabeza de Dangremont y del desventurado Laporte, intendente de la lista civil, no estaba dotado de las despachaderas que apetecia el pueblo enfurecido y acalorado, y que estaba viendo enemigos por donde quiera. Necesitaba rumbo mas espedito para castigar à los «traidores,» pidiendo principalmente la sentencia de los acusados ante la sala alta de Orleans. Los mas eran ministros y empleados de jerarquía, tildados, como se sabe, de prevaricadores. Delessart, ministro de negocios estranjeros, estaba comprendido: y se clamaba por todas partes contra la pausa de los procedimientos, queriendo trasladar los presos à Paris, para que los senten-

ciase arrebatadamente el tribunal del 17 de agosto. Consultada la asamblea sobre este punto, ó mas bien intimada de amainar ante el anhelo jeneral y de espedir un decreto de traslacion, hizo una resistencia animosa. La alta sala constitucional, decia, es un establecimiento, que no tenia facultades para variar, porque sus poderes no eran constituyentes, y porque el derecho de todo reo es no ser sentenciado sino por leyes anteriores. Este asunto habia acarreado de nuevo un turbion de demandantes, y la asamblea tuvo que contrastar à un mismo tiempo à la menoría disparada, al concejo y al desenfreno de las secciones. Contentóse con despejar ciertos pasos del procedimiento, pero decretó que los reos de la alta sala permanecerian en Orleans, sin sacarlos de la jurisdiccion que la constitucion les tenia señalada.

Así se iban formando dos opiniones: la una por que se respetase à los vencidos, sin estremar menos la pujanza contra los estranjeros, y la otra, ansiosa de sacrificar al golpe à los enemigos ocultos, antes de acudir à los armados que marchaban sobre Paris. Este último pensamiento no era tanto opinion como un ímpetu ciego y feroz, aborto de zozobra y de enojo, y que debia ir de aumento con el peligro.

Los Parisienses se mostraban tanto mas airados, cuanto el peligro les abultaba mas por sus hogares, volcan de todas las asonadas, y objeto principal de la marcha de los ejércitos enemigos. Tachaban à la asamblea, compuesta de los diputados de los departamentos, de quererse retirar à sus provincias. Los jirondinos en particular, que eran la mayor parte de las provincias de mediodía, y que componian aquella mayoría moderada odiosa al concejo, estaban tildados de querer sacrificar à Paris, en odio de la capital. Suponíanles por tanto los impulsos naturales, que los Parisienses podian creer haber causado; pero estos diputados, entrañables amantes de su patria y de su causa, no soñaban en abandonar à Paris. Es verdad que siempre habian conceptuado que, perdido el Norte, podian cejar hácia el Mediodía. Tambien es cierto que entonces algunos de ellos tenian à cordura trasladar el solio del gobierno allende el Loira; pero el deseo de sacrificar una ciudad odiosa, y de trasladar el gobierno à sitios donde mandasen, no tuvo cabida en sus pechos. Eran muy magnánimos y muy poderosos, y contaban mucho con la reunion próxima de la convencion, para desentenderse de Paris.

Tachaban pues á un tiempo su blandura con los traidores y su tibieza por los intereses de la capital. Precisados à batallar contra hombres indómitos, debian, aun con el número y la razon de su parte, ceder al ímpetu y la pujanza de sus contrarios. En el consejo ejecutivo, eran cinco contra uno, pues además de los tres ministros Servan, Claviere y Roland, sacados de su recinto, los otros dos, Monge y Lebrun, eran tambien de su eleccion. Pero Danton solo, que, sin ser su enemigo personal, no profesaba ni su moderacion ni sus opiniones, era el avasallador del consejo, y les arrollaba todo el influjo. Mientras Claviere aplicaba su ahinco sobre recursos de arbitrios, mientras Servan se afanaba por ajenciar refuerzos à los jenerales, y Roland enviaba las circulares mas cuerdas para ilustrar las provincias, dirijir las autoridades concejiles, atajar los desafueros y toda especie de violencias, se esmeraba Danton en colocar sus ahijados en las administraciones. Enviaba à diestro y siniestro sus fieles franciscanos, proporcionándose así arrimos, y hacia à sus amigos partícipes de los provechos de la revolucion. Arrollando ú asustando à sus compañeros, no tenia mas tropiezo que el de Roland con su entereza inflexible, quien solia desechar las disposiciones ó los asuntos que proponia. Danton, contrarestado, no se estrellaba sin embargo con Roland, y se esmeraba en cargar con cuantos nombramientos y decisiones podia.

Danton, cuyo verdadero imperio se ceñia à Paris, ansiaba conservarlo, y estaba resueltísimo à estorbar toda traslacion allende el Loira. Con su denuedo estraordinario habia pregonado la asonada la víspera del 10 de agosto, y cuando todos titubeaban todavía, no era hombre para cejar, y pensaba que era preciso sepultarse en la capital. Absoluto en el consejo, enlazado con Marat y la comision de celaduría, escuchado en todas las asociaciones, y alternando en fin con la muchedumbre, como con un elemento à su albedrío, era el todo poderoso de Paris, y esta prepotencia, fundada en un temple disparado que le hermanaba con las pasiones del pueblo, era pavorosa para los vencidos. Su ímpetu revolucionario propendia à todos los impulsos de venganza que rechazaban los jirondinos. Acaudillaba al partido parisiense que iba pregonando: «No cejarémos, hemos de fenecer en la capital y bajo sus escombros, pero antes han de finar nuestros enemigos.» Así se iban preparando en los ánimos espantosos arranques, cuya hor-

rorosa consecuencia iba luego à ser un espectáculo tremendo.

El 26 corrió al vuelo la noticia de la toma de Longwy, y causó en Paris un hervidero jeneral. Se anduvo disputando todo el dia sobre su probabilidad, pero en fin ya no cupo duda, y se vino à saber que la plaza habia abierto las puertas tras un bombardeo de algunas horas. El arrebato fué tan estremado, que decretó la asamblea pena de muerte contra todo ciudadano que, en plaza sitiada, hablase de rendirse. A instancias del concejo, se mandó que Paris y los departamentos inmediatos suministrarian en pocos dias treinta mil hombres armados y habilitados. El entusiasmo hacia este alistamiento llano, y el número desasustaba en cuanto al peligro. No les cabia el que cien mil Prusianos pudiesen arrollar à algunos millones de hombres prontos à defenderse. Se trabajó con nueva actividad en el campamento sobre Paris, y todas las mujeres se reunieron en las iglesias para contribuir à los aprestos del campamento. Pasó Danton al Ayuntamiento, y à su propuesta se acudió à los arbitrios mas estremados. Se acordó empadronar en las secciones à todos los menesterosos y darles paga y armas; se dispuso además el desarmo y el arresto de los sospechosos, y se conceptuaron tales todos los firmantes de la peticion contra el 20 de junio y contra el decreto del campamento sobre Paris. Para entrambos efectos se idearon las visitas domiciliarias en términos espantosos. Debian cerrarse las barreras durante cuarenta y ocho horas, desde el 29 de agosto por la tarde, sin que se despachase permiso para salir por ningun motivo. Colocáronse barquillos en el rio para atajar todo escape por aquella parte. Encargóse à los concejos cercanos arrestasen à cualquiera que sorprendieran por el campo ú por los caminos. El toque de tambor era el anuncio de la visita, y à esta señal todo ciudadano debia acudir à su casa, so pena de ser tratado como sospechoso de reunion, si se le hallaba en casa ajena. Por este motivo todas las juntas de seccion y el mismo gran tribunal debian quedar vacantes en estos dos dias. Comisarios del concejo, al arrimo de la fuerza armada, eran los visitantes encargados de apoderarse de las armas y prender à los sospechosos, esto es, los firmantes de las peticiones sobredichas, los clérigos no juramentados, los ciudadanos que mintiesen en sus declaraciones, los delatados, etc., etc. A las diez de la noche, debia cesar el movimiento de los carruajes, y la ciudad estar iluminada durante toda la noche.

Estas fueron las disposiciones tomadas para prender, decian, «los malos ciudadanos que se estaban ocultando desde el 10 de agosto». Desde el 27 por la tarde, se dió principio à las visitas, y un partido à discrecion del otro quedó espuesto à ser encarcelado por entero. Cuantos habian pertenecido à la antigua corte, por empleos, por jerarquía ó por concurrencia à palacio, cuantos se habian inclinado à ella en los movimientos realistas, cuantos tenian enemigos cobardes capaces de vengarse con una delacion, fueron encarcelados en número de doce á quince mil. La comision de celaduría presidia à estos arrestos, presenciando su ejecucion. Los presos eran conducidos desde su albergue à la junta de su seccion, y de esta à la del concejo. Preguntábaseles allí à carrera sobre su modo de pensar y los actos que probaban su mayor ó menor pujanza. Solia preguntarles un solo miembro de la comision, mientras los demás, rendidos de sueño, roncaban en las sillas ó sobre las mesas. Depositábanse de pronto los presos en la Casa de la Ciudad, y luego eran repartidos por las cárceles en donde quedaba todavía algun sitio. En el mismo encierro se hallaban las opiniones mas encontradas que habian sobrevenido hasta el 10 de agosto, todas las jerarquías derribadas, y meros ciudadanos, considerados ya tan aristócratas como duques ó príncipes.

Todo era pavor en Paris; los republicanos, amenazados por los ejércitos prusianos, y los realistas por los republicanos. La comision de «defensa jeneral», establecida en la asamblea, para idear medios de resistir al enemigo, se reunió el 30, y llamó al consejo ejecutivo para deliberar juntos sobre arbitrios de salvacion pública. La reunion era crecida, porque à los individuos de la comision se juntaron una porcion de diputados deseosos de asistir à esta sesion. Propusiéronse varios pareceres; el ministro Servan no tenia confianza alguna en los ejércitos, ni alcanzaba cómo Dumouriez pudiera, con los veinte y tres mil hombres que le habia dejado Lafayette, atajar à los Prusianos. No veia entre ellos y Paris ningun punto de resistencia para hacerles frente, y todos juzgaban como él sobre este particular; y así, despues de haber propuesto de llevar toda la poblacion de Paris armada junto à sus muros para pelear desesperadamente, se habló de retirarse, en caso de necesidad, à Saumur, para poner entre el enemigo y las autoridades depositarias de la soberanía nacional, nuevos espacios y obstáculos nuevos. Vergniaud y Guadet impugnaron el pensamiento de dejar à Paris. Tomó Danton la voz tras ellos.

«Os proponen, dijo, dejar à Paris, sin que ignoreis que, en concepto de los enemigos, Paris es la Francia, y que cederles este punto, es entregarles la revolucion. Cejar es perdernos; con que es forzoso mantenernos aquí à todo trance, y salvarnos con el denuedo.

«Entre los medios propuestos, ninguno me ha parecido decisivo. No hay que encubrirnos la situacion en que nos ha puesto el 10 de agosto. Nos ha dividido en republicanos y realistas, pocos los primeros, y muchos los segundos. En este estado de deliquio, los republicanos estamos entre dos fuegos, el del enemigo de fuera y el de los realistas por dentro. Hay un directorio real que reside reservadamente en Paris y se corresponde con el ejército prusiano. Deciros dónde se junta y quiénes lo componen, seria imposible à los ministros. Pero para desbaratarlo y atajar su aciaga correspondencia con el estranjero, HAY QUE..... HAY QUE METER GRIMA A LOS REALISTAS.....

A estas palabras, acompañadas con un ademan esterminador, se retrató el susto en los semblantes. «Hay que, repito, dijo Danton, meter grima à los realistas..... En Paris principalmente os importa manteneros, y no lo conseguiréis desangrándoos en peleas inciertas.....» El asombro cayó sobre el consejo. No se añadió una voz à estas palabras, y cada cual se retiró sin prever terminantemente, ni aun atreverse à calar lo que disponia el ministro.

Trasladóse inmediatamente à la comision de celaduría, que era árbitra de todos los ciudadanos, y en donde reinaba Marat. Los compañeros idiotas y ciegos de Marat eran Panis y Sergent, ya señalados en el 20 de junio y 10 de agosto, y los llamados Jourdeuil, Duplain, Lefort y Lenfant. Allí, en la noche del juéves 30 de agosto al viérnes 31, se idearon intentos horrorosísimos contra los desventurados que yacian en las cárceles de Paris. ¡Deplorable y pavoroso ejemplar de disparos políticos! Danton, que no abrigaba encono contra sus enemigos personales, y solia condolerse de los quebrantos, avasalló su arrojo à los desvariados sueños de Marat: fraguaron una trama, de que hay ejemplo en varios siglos, pero que al fin del XVIII, no cabe esplicarla por la idiotez y la ferocidad de tiempos y costumbres. Ya se ha visto, tres años antes, al llamado Maillard descollar al frente de las mujeres alborotadas en las jornadas del 5 y 6 de octubre. Este Maillard, portero

antiguamente, hombre avisado y sanguinario, se habia apandillado de hombres cerriles y abonados para todo, cuales se hallan en fin en las ínfimas clases ajenas de todo alcance y educacion. Era conocido como caudillo de esta gavilla, y si se ha de dar crédito à un descubrimiento reciente, se le avisó estar pronto à la primera seña, colocarse de un modo provechoso y seguro, disponer machucadores, precaverse para estorbar los alaridos de las víctimas, pertrecharse de vinagre, de escobas de abrojo, cal viva, carruajes cubiertos, etc. En este instante, el estruendo de una ejecucion terrible se derramó confusamente. Los deudos de los presos se ahogaban de congoja, porque la trama, como la del 10 de agosto, del 20 de junio y todas las demás, estallaba de antemano con señales aciagas. Repetíase por todas partes que, con un escarmiento espantoso, se habian de asustar los conspiradores que desde las mazmorras de la cárcel se entendian con los estranjeros. Lamentábanse de la pausa del tribunal encargado de castigar los reos del 10 de agosto, y se pedia à voz en grito justicia ejecutiva. El 31, el ex-ministro Montmorin queda descargado por el tribunal del 17 de agosto, y vocean que la traicion anda suelta y que la impunidad de los reos está à buen recaudo. Asegúrase en el mismo dia que un sentenciado ha hecho revelaciones. Estas contienen que por la noche los presos deben salvarse de los calabozos, armarse, correr el pueblo, cometer venganzas horrorosas, arrebatar al rey y abrir Paris à los Prusianos. Los presos de quienes se recelaban estaban temblando por sus vidas, sus deudos despavoridos, y la familia real esperando la muerte en las lobregueces de la torre del Temple.

En los Jacobinos, en las secciones, en el consejo del ayuntamiento, y en la menoría de la asamblea, habia un sinnúmero que daban crédito à las tramas supuestas, y que se atrevian á declarar lejítimo el esterminio de los presos. ¡Seguramente la naturaleza no aborta jamás tantos monstruos para un solo dia, y solo el desbarro del partido puede estraviar tantos hombres de una vez! ¡Desconsolada leccion para los pueblos! Se da crédito à peligros, se persuaden que se deben rechazar; los repiten, se embriagan, y mientras algunos hombres pregonan livianamente que se debe descargar, otros golpean con osadía sanguinaria.

El sábado 1.° de setiembre, las cuarenta y ocho horas fijadas para cerrar las barreras y ejecutar las visitas domiciliarias estaban

cumplidas, y quedaron restablecidas las comunicaciones; pero de repente se estiende por el pueblo la nueva de la toma de Verdun. Verdun solo estaba cercado, pero se cree que la plaza está rendida, y que una traicion mas la ha entregado como la de Longwy. Danton hace al punto decretar por el concejo que el dia siguiente, 2 de setiembre, se tocará jenerala, sonará el rebato con los cañonazos al intento, y que todos los ciudadanos disponibles acudirán armados al Campo de Marte, acamparán todo el dia, y marcharán el siguiente para acudir à las inmediaciones de Verdun. Con estos aprestos formidables, se hace patente que se trata de otro objeto que de un levantamiento jeneral. Corren los deudos y se desviven por alcanzar la libertad de los presos. El síndico Manuel, instado por una mujer jenerosa, libra, dicen, à dos presos de la familia La-Tremouille. Otra mujer, Madama Fausse-Lendry, se aferra en querer acompañar en su cautiverio à su tio el abate de Rastignac; y Sergent le contesta: «Estais cometiendo una indiscrecion; las cárceles no están seguras.»

El dia siguiente, 2 de setiembre, era domingo, y la ociosidad aumentaba el alboroto popular. Agolpamientos crecidos se iban viendo por donde quiera, y se voceaba que el enemigo podia estar en Paris en tres dias. El concejo comunica à la asamblea las disposiciones que ha tomado, para levantar por entero los ciudadanos. Vergniaud, arrebatado por su entusiasmo patriótico, toma al punto la voz, da el parabien à los Parisienses por su denuedo, los elojia por haber convertido su afan por propuestas en otro mas activo y provechoso, que es el de las refriegas. «Parece, añade, que el plan del enemigo es marchar en derechura sobre la capital, dejando las plazas fuertes à la espalda. Pues bien, en este proyecto se cifran nuestra salvacion y su esterminio. Nuestros ejércitos, endebles para hacerle frente, serán bastante poderosos para hostigarle en su retaguardia; y mientras vaya llegando, acosado por nuestros batallones, presenciará el ejército parisiense, formado en batalla bajo los muros de la capital; y acorralado allí por todas partes, quedará sumido en esta tierra que ha intentado profanar. Pero al par de estas esperanzas lisonjeras, hay un peligro que no se debe encubrir, y es el de los terrores pánicos. Nuestros enemigos cuentan con él, y van sembrando oro para producirlo; ya lo sabeis; hay hombres amasados con un barro tan cenagoso, que se van desmoronando con la aprension del menor peligro. Quisiera que se

pudiera señalar esta especie sin alma, pero con estampa humana, reunir todos sus individuos en un mismo pueblo, en Longwy por ejemplo, que se llamaria la ciudad de los cobardes, y allí, hechos objetos de oprobio, no derramarian ya el pavor entre sus conciudadanos, no les harian ya aparentar à los enanos como jigantes, y el polvo que va volando delante de una compañía de hulanos por batallones armados.

«Parisienses, hoy es cuando se ha de echar el resto de la pujanza. ¿Porqué las trincheras del campamento no están mas adelantadas? ¿En dónde están los azadones y los picos que levantaron el altar de la confederacion y amivelaron el Campo de Marte? Habeis manifestado grandísimo afan por las funciones, y por supuesto no lo mostraréis menos por las refriegas: habeis cantado y solemnizado la libertad; hay que defenderla. No tenemos ya que derribar reyes de bronce, sino reyes vivos y armados de su poderío. Pido pues que la asamblea nacional dé el primer ejemplo, y envie doce comisarios, no para hacer exhortaciones, sino para trabajar ellos mismos y cavar con sus manos à la faz de todos los ciudadanos.»

Queda adoptada esta proposicion con fogosísimo entusiasmo. Danton, en pos de Vergniaud, participa las disposiciones tomadas, y propone otras nuevas. «Parte del pueblo, dice, va à acudir à la raya, otra va à labrar atrincheramientos, y la tercera con picas defenderá el interior de nuestras ciudades. Pero esto no basta: hay que enviar por todas partes comisarios y correos para comprometer la Francia entera à imitar à Paris; hay que espedir un decreto por el cual todo ciudadano quede obligado (bajo pena de muerte) à servir con su persona, ó entregar sus armas. — Añade Danton: los cañonazos que vais à oir no son de alarma, es el paso de ataque sobre los enemigos de la patria. Para vencerlos, para estrellarlos ¿qué es lo que se requiere? ARROJO, Y MAS ARROJO, Y SIEMPRE ARROJO.»

Las palabras y el ademan del ministro arrebatan à los asistentes; adóptase su propuesta, sale y se va à la celaduría. Todas las autoridades, todos los cuerpos, la asamblea, el concejo, las secciones y los jacobinos estaban en sesion. Los ministros, en junta en el palacio de la marina, esperaban à Danton para celebrar consejo; todo el pueblo estaba en pié, y el pavor reinaba en las cárceles. En el Temple, la familia real, mas amagada que los demás presos,

con los movimientos, preguntaba azorada la causa de tantos vaivenes. Los alcaides aparecian despavoridos, y el de la Abadía habia hecho salir desde la madrugada à su mujer y sus hijos. Habian dado la comida à los presos dos horas antes de lo acostumbrado, y habian quitado todos los cuchillos de las servilletas. Atónitos con estas circunstancias, preguntaban con empeño à sus guardas, que nunca respondian. En fin à las dos suena la jenerala, óyese el rebato, y retumba el cañonazo de alarma en el recinto de la capital. Cuadrillas de ciudadanos se van al Campo de Marte, otros cercan el concejo y la asamblea y cuajan las plazas públicas.

Habia en la Casa de la Ciudad veinte y cuatro clérigos, quienes, presos por su negativa al juramento, debian trasladarse del salon del depósito à los encierros de la Abadía. Fuese de intento ú fuese casual, escojieron aquel momento para su traslacion. Métenlos en seis simones, escoltados por Bretones y Marselleses; van à paso corto hácia el arrabal de San Jerman, siguiendo los pretiles, el Puente Nuevo y la calle Delfina. Los rodean y los ultrajan. «Hé aquí, decian los confederados, los conspiradores que debian degollar nuestras mujeres y nuestros hijos, mientras estuviéramos en la raya.» Estas palabras aumentan el alboroto, y estando abiertas las portezuelas de los carruajes, los desventurados clérigos intentan cerrarlas para guarecerse de las tropelías, pero se lo estorban, y tienen que aguantar rendidamente los golpes y los baldones. En fin llegan al patio de la Abadía, en donde se habia agolpado un tropel inmenso. Este patio conducia à los encierros, y se comunicaba con el salon, en donde los prohombres de las Cuatro-Naciones celebraban sus juntas. Llega el primer simon à la puerta de los prohombres, y se halla cercado de un remolino de furiosos. Estaba presente Maillard, acude à la portezuela, y el primer preso que se adelanta para apearse y entrar en el salon queda al punto traspasado de millares de golpes. El segundo se retira al interior, pero lo sacan à viva fuerza, y queda sacrificado como el primero. Los otros dos siguen la misma suerte, y los degolladores dejan el primer carruaje para arrojarse à los siguientes, que van llegando uno tras otro al matadero, y el último de los veinte y cuatro clérigos queda degollado al eco de los ahullidos de un populacho frenético (*).

(*) Escepto uno solo; el abate Sicard, que se salvó milagrosamente.

En este punto corre Billaud Varennes, miembro del ayuntamiento, y el único entre los árbitros de estas matanzas, que las aprobase enteramente, y que se atreviese á presenciarlas con crueldad denodada. Llega con su banda terciada, huella sangre y cadáveres, habla á la gavilla de los degolladores, y le dice: «Pueblo, tú estás sacrificando á tus enemigos, y cumpliendo con tu obligacion.» Alzase una voz despues de la de Billaud, y es la de Maillard: «Aquí ya no hay mas que hacer,» esclama, «vamos al Cármen.» Su cuadrilla le sigue, y se arrojan todos á la iglesia del Cármen, donde habia doscientos clérigos encerrados. Entran en el templo, degüellan á los desventurados clérigos que estaban rezando y se abrazaban unos á otros en la cercanía de la muerte. Piden á voces al arzobispo de Arles, lo buscan, lo conocen, y lo matan de un sablazo en los cascos. Despues de haber empleado los sables, acuden á las armas de fuego, y van haciendo descargas jenerales por los salones, por la huerta, por las torres, y por los árboles, donde algunas de las víctimas intentaban salvarse.

Mientras se acaba la carnicería en el Cármen, vuelve Maillard á la Abadía con parte de los suyos. Cubierto de sangre y de sudor, entra en la sala de la seccion de las Cuatro-Naciones, y pide «vino para los valerosos trabajadores que libertan á la nacion de sus enemigos.» La comision trémula les concede veinte y cuatro azumbres.

Sírvese el vino en el patio, y en mesas rodeadas de cadáveres recien degollados. Beben, y de repente, señalando la cárcel, Maillard esclama: «A la Abadía.» A estas palabras, le siguen, y asaltan la puerta. Los presos asustados oyen los ahullidos, pregones de muerte. Abrense las puertas, se abalanzan á los primeros presos, los arrastran por los piés, y los tiran ensangrentados al patio. Mientras van sacrificando á los primeros que se aparecen, Maillard y sus camaradas piden los padrones y las llaves de diferentes prisiones. Uno de ellos, adelantándose á la portezuela del póstigo, se sube sobre un taburete, toma la voz y dice: «Amigos, quereis acabar con los aristócratas, que son los enemigos del pueblo, y que iban á degollar vuestras mujeres é hijos mientras estuvieseis en la raya. Teneis razon por cierto, pero sois buenos ciudadanos, amantes de la justicia, y os desesperariais de empapar las manos en sangre inocente. — Sí, sí, claman los ejecutores. — Pues bien, yo os lo pregunto, cuando intentais sin dar oidos arrojaros como ti-

gres sañudos sobre hombres desconocidos, ¿no os esponeis á confundir los inocentes con los culpados?» Interrumpe estas palabras uno de los asistentes, que, blandiendo un sable, clama tambien: «¿Quereis tambien adormecernos? Si los Prusianos y los Austriacos se hallasen en Paris, ¿deslindarian los culpados? Tengo mujer é hijos, que no quiero dejar en peligro. Si quereis, dad armas á estos bribones; lidiarémos en número igual, y antes de marchar quedará Paris purificado.» — «Tiene razon, hay que entrar,» dicen los otros; empujan y se adelantan. Detiénenlos sin embargo, y se les precisa á que medie una especie de juzgado. Quedan en tomar el padron; uno de ellos hará las veces de presidente, leerá los nombres y el motivo del arresto, y sentenciará al golpe la suerte del preso: — ¡Maillard! ¡Maillard presidente! claman muchas voces, y entra al punto en ejercicio. Este presidente formidable se sienta luego delante de una mesa, va rejistrando el padron, se acompaña de algunos, nombrados á bulto para dar su parecer, coloca á algunos, por la cárcel para traerle los presos, y deja á los otros á la puerta para ir consumando la matanza. A fin de no presenciar desesperaciones, se mancomunan para pronunciar estas palabras: «El señor á la Fuerza» (*), y que entonces, desalojado del póstigo, el preso quedará entregado á hurtadillas á los sables que lo esperan.

Traen al pronto á los Suizos presos en la Abadía, y cuyos oficiales estaban en la cárcel real. — Vosotros sois, les dice Maillard, los que habeis asesinado el pueblo el 10 de agosto. — Nos vimos asaltados, contestan estos infelices, y obedecíamos á nuestros jefes. — Por lo demás, contesta friamente Maillard, solo se trata de llevaros á la Fuerza. — Pero los desventurados, que habian columbrado ya los sables amenazadores á la otra parte del póstigo, no pueden equivocarse. Hay que salir, cejan, y se arrojan á la espalda. Uno de ellos, de un ademan mas esforzado, pregunta á dónde se ha de ir: le abren la puerta, y se arroja desaladamente en medio de los sables y de las picas. Los demás se abalanzan tras él, y padecen la misma suerte.

Los ejecutores vuelven á la cárcel, hacinan las mujeres en un mismo salon, y traen nuevos presos. Algunos, acusados de falsificadores de asignados, fenecen los primeros. Viene tras ellos el cé-

(*) Cárcel de Paris.

lebre Montmorin, cuyo descargo habia causado tanto alboroto, sin resultarle la libertad. Traido ante el sangriento presidente, declara que, estando à la merced de un tribunal establecido, no puede reconocer ningun otro. — Corriente, responde Maillard, iréis à la Fuerza para esperar nueva sentencia. — El ex-ministro engañado pide un carruaje, y le contestan que lo hallará à la puerta; pide además algunas prendas, se adelanta hácia la puerta, y recibe la muerte.

Traen luego à Thierry, ayuda de cámara del rey. «Tal para cual,» dice Maillard, y el infeliz queda asesinado. Asoman luego los jueces de paz Buob y Bocquillon, tildados de haber sido de la comision secreta de las Tuilerías, y quedan degollados por esta causa. Va entrando así la noche, y cada preso, al oir los ahullidos de los asesinos, cree hallarse en el último trance.

¿Qué era lo que hacian en aquel punto las autoridades constituidas, todos los cuerpos en junta, y todos los ciudadanos de Paris? En esta capital inmensa, el sosiego, el alboroto, la seguridad y el pavor pueden reinar à un tiempo, segun las distancias de una parte à otra. La asamblea no supo hasta muy tarde las desventuras de las cárceles; y, despavorida, habia ido enviando diputados para aplacar el pueblo y salvar las víctimas. El concejo habia subdelegado comisarios para libertar los presos por deudas y deslindar los que llamaba inocentes y los culpados. En fin los jacobinos, aunque en sesion é informados de cuanto pasaba, enmudecian por convenio. Los ministros, en junta en el palacio de la marina, no estaban aun avisados, y esperaban à Danton que se hallaba en la celaduría. El comandante jeneral Santerre decia al concejo que habia dado órdenes, pero que no se le obedecia, y toda su jente estaba ocupada en la guardia de las barreras. Es positivo que habia mandos desconocidos y contradictorios, y que todas las señales de una autoridad secreta y opuesta à la pública estaban muy patentes. En el patio de la Abadía se hallaba un piquete de guardia nacional, que tenia la órden de dejar entrar y no salir. En otras guardias, se estaban esperando órdenes que no llegaban. ¿Habia perdido el tino Santerre como en el 10 de agosto, ó estaba en la trama? Mientras comisarios, enviados públicamente por el concejo, acudian para encargar el sosiego y enfrenar el pueblo, otros individuos del mismo cuerpo se presentaban à la comision de las Cuatro-Naciones, que residia junto à las matanzas, y decian: «¿Va

todo bien aquí como en el Cármen? El concejo nos envia à brindaros con auxilios si los necesitais.»

Los comisarios enviados por la asamblea y por el concejo, para atajar los homicidios, quedaron desvalidos. Habian encontrado un tropel inmenso que cercaba las inmediaciones de la cárcel, y asistia à aquel espectáculo horroroso con alaridos de «¡viva la nacion!» El anciano Desaulx, subido sobre una silla, se arrojó à pronunciar la voz clemencia sin lograr ser oido. Bazire, mas mañoso, habia aparentado irse con el torrente de la muchedumbre, pero ya no le escucharon desde el punto que intentó mentar afectos de compasion. Manuel, el síndico, condolido, habia corrido sumo peligro sin alcanzar à salvar ni una víctima. A estas nuevas, el concejo, un poco mas conmovido, envió segunda diputacion para «sosegar los ánimos é ilustrar al pueblo sobre sus verdaderos intereses.» Esta diputacion, tan desvalida como la primera, no pudo mas que libertar algunas mujeres y deudores.

Sigue la matanza en esta noche horrorosa. Los degolladores se van relevando del tribunal à los póstigos, y son alternativamente jueces y verdugos. Beben al mismo tiempo, y dejan sobre una mesa sus vasos estampados en sangre. En medio de esta carnicería, salvan sin embargo algunas víctimas, y esperimentan al resucitarlas un gozo estraordinario. Un jóven, reclamado por una seccion, y declarado puro de aristocracia, queda descargado al eco de los alaridos de «¡viva la nacion!», y llevado en triunfo en los brazos sangrientos de los sayones. El venerable Sombreuil, gobernador de los Inválidos, llegándole la vez, queda condenado à ir à la Fuerza. Su hija lo ha divisado en medio de la cárcel; se abalanza entre las picas y sables, estrecha al padre entre sus brazos y se afianza à él con tanto brio, suplica à los matadores con tantas lágrimas y en acento tan traspasante, que su enfurecimiento atónito queda suspenso. Entonces, para sujetar à nueva prueba la sensibilidad que los mueve, dicen à esta niña jenerosa: «Bebe sangre de los aristócratas», y le presentan un vaso lleno de sangre: bebe, y su padre queda en salvo. La hija de Cazotte ha conseguido tambien guarecer al padre en sus brazos, ha rogado como la jenerosa Sombreuil, ha sido irresistible como ella, y mas dichosa, ha alcanzado la salvacion de su padre, sin que se impusiese un costo horroroso à su cariño. Lágrimas van corriendo de los ojos de aquellos feroces, y vuelven todavía à pedir mas

víctimas. Uno de ellos se interna en la cárcel para conducir presos à la muerte; sabe que los infelices recien degollados han carecido de agua veinte y dos horas, y quiere ir à matar al alcaide. Otro se interesa por un preso que presenta en el póstigo, porque le ha oido hablar en la lengua de su pais. —Porqué estás tú aquí, dice à Mr. Journiac de Saint-Méard. Si no eres traidor, el presidente, «que no es tonto», sabrá hacerte justicia. No tiembles, y contesta acorde. —Llega Mr. Journiac ante Maillard, que mira el padron. —¡Ah! dice Maillard, ¿sois vos Mr. Journiac, el que escribiais en el Diario de la corte y de la ciudad? —No, responde el preso, es una calumnia; jamás he escrito en él. - Cuenta con vos, y no nos engañeis, replica Maillard, porque toda mentira se castiga de muerte. ¿No os habeis ausentado hace poco para ir al ejército de los emigrados? —Es una calumnia; tengo mi certificacion, por donde consta que no he faltado en veinte y tres meses de Paris. —¿De quién es esa certificacion? ¿esa firma es auténtica? —Por dicha para Mr. de Journiac, habia en todo el auditorio sanguinario uno que conocia al firmante de la certificacion. Compruébase la firma, y se declara verdadera. —Ya lo estais viendo, dice Mr. de Journiac, me han calumniado. —Si el calumniador estuviese aquí, replica Maillard, justicia horrorosa le caeria encima. Pero contestad, ¿no habia algun motivo para encarcelaros? —Sí, responde Mr. de Journiac, me calumniaban de aristócrata. —¡Aristócrata! —Sí, aristócata, pero no estais aquí para juzgar las opiniones, y sí la conducta. La mia es irreprensible; jamás he conspirado; mis soldados, en el rejimiento que mandaba, me adoraban, y me encargaron en Nancy que fuese à apoderarme de Mailseigne. —Atónitos con tal entereza, los jueces se miran, y Maillard hace la seña de indulto. Al instante resuenan por todas partes alaridos de «¡viva la nacion!» Abrazan al preso; dos se apoderan de él, y guareciéndolo con sus brazos, lo hacen atravesar sano y salvo por un rastrillo amenazador de picas y sables. Mr. de Journiac quiere darles dinero, pero lo rehusan, y se contentan con abrazarlo. Otro preso salvado igualmente se vuelve à casa con escolta y con el mismo regocijo. Los sayones ensangrentados quieren presenciar el gozo de la familia, y en seguida se vuelven à su matanza. En este estado convulsivo, todas las conmociones van alternando en el corazon humano; ya viviente suave y ya desapiadado, llora ó degüella. Empapado en sangre, muévele de repente un arrojo gallardo

y un teson esclarecido; gusta de parecer justiciero, y se envanece de parecer pundonoroso. Si en estas jornadas deplorables de setiembre, se vieron algunos de aquellos salvajes hechos à un tiempo matadores y ladrones, los hubo tambien que fueron depositando sobre el escritorio de la comision de la Abadía, las joyas sangrientas halladas en los presos.

Durante esta noche horrorosa, la chusma se habia repartido, llevando sus estragos por las demás cárceles de Paris. En el Chatelet, en la Fuerza, en la Cárcel Real, en los Bernardinos, en San Fermin, en la Salitreria y en Bicetre, las mismas matanzas se habian cometido, corriendo la sangre à oleadas como en la Abadía. El dia siguiente, lúnes 3 de setiembre, el alba alumbró la horrenda matanza de la noche, y todo Paris quedó atónito. Billaud Varennes volvió à la Abadía, en donde la víspera habia alentado à los que llamaban «trabajadores»; se encaró de nuevo con ellos, «Amigos, les dijo, degollando forajidos habeis salvado la patria. La Francia os debe reconocimiento sempiterno, y el ayuntamiento no sabe cómo pagaros. Os ofrece veinte y cuatro francos à cada uno, que se os van à pagar al golpe». Aplausos sin fin celebraron estas palabras, y los interesados siguieron à Billaud Varennes à la comision para recibir su paga.—¿En dónde quereis, dijo el presidente à Billaud, que hallemos caudal para pagarles?—Billaud, haciendo entonces nuevo elojio de la matanza, contestó al presidente, que el ministro del interior debia acudir à este objeto. Corrieron en busca de Roland, que al amanecer acababa de enterarse de los atentados de la noche, y rechazó la peticion con enojo. Vueltos à la comision, los asesinos pidieron bajo pena de muerte el estipendio de sus infernales afanes, y todos los miembros tuvieron que desembolsar cuanto llevaban encima. En fin el ayuntamiento acabó de pagar la deuda, y consta anotado en sus rejistros el desembolso de varias cantidades pagadas à los sayones de setiembre. Se verá además, con fecha de 4 del mismo, la suma de mil cuatrocientas sesenta y tres libras aplicada à este objeto.

La relacion de tantas atrocidades se habia esparcido por Paris, causando el pavor mas espantoso. Los jacobinos seguian silenciosos, y empezaban à condolerse en el concejo; pero no dejaban de añadir que el pueblo habia sido justiciero y habia descargado sobre los reos, y que así en su desagravio no tenia mas cargo que el de anticiparse à la cuchilla de la ley. El consejo jeneral habia

enviado nuevos comisarios para «sosegar el hervidero y atraer á los principios á los que se habian descarriado.» Estas eran las espresiones de las autoridades públicas. Por donde quiera se encontraban jentes que, al apiadarse de los padecimientos de los infelices sacrificados, añadian: «Dejándolos vivir, nos degollaban en pocos dias.» Decian otros: «Si quedamos vencidos y asesinados por los Prusianos, á lo menos han fenecido antes que nosotros.» Estas son las espantosas consecuencias de la zozobra que se infunde en los partidos y del encono abortado por el miedo. La asamblea, en medio de estos trastornos horrorosos, se mostraba condolida. Espedia decretos y mas decretos, pidiendo razon al ayuntamiento del estado de Paris, y le contestaba que estaba echando el resto para restablecer el órden y las leyes. Sin embargo la asamblea, compuesta de aquellos jirondinos que persiguieron tan denodadamente á los asesinos de setiembre, y murieron con heroicidad despues de haberlos embestido; esta asamblea no tuvo la ocurrencia de trasladarse por entero á las cárceles, y mediar entre los matadores y las víctimas. Si este arranque jeneroso no vino á desencajarla de sus bancos y llevarla al teatro de la carnicería, se debe achacar al sobrecojimiento y á su desvalimiento entrañable, y quizás tambien á aquella especie de afecto escaso que infunde el riesgo de un enemigo, y en fin á aquella opinion malhadada, en que se encenagaron algunos diputados, de que las víctimas eran otros tantos conjurados, de quienes se hubiera recibido la muerte, si no se les daba.

Un hombre tremoló en aquel dia las ínfulas de su carácter jeneroso, y descolló con gallarda pujanza contra los asesinos. En su reinado de tres dias, se apropió el segundo, pues el lúnes por la madrugada, al saber los atentados de la noche, escribió al correjidor Petion, que las ignoraba todavía, y á Santerre, que estaba en inaccion, y les hizo á entrambos los mas ahincados requerimientos. Dirijió al momento mismo á la asamblea una carta que mereció sumo aplauso. Este hombre pundonoroso, tan torpemente calumniado por los partidos, era Roland. En su carta pererò contra todo jénero de desconcierto, contra las usurpaciones del concejo, contra el enfurecimiento del populacho, y dijo bizarramente que sabria morir en el puesto que le señalaba la ley. Sin embargo, para conceptuar el estado de los ánimos, la furia que reinaba contra los llamados «traidores,» y los miramientos que

era forzoso usar hablando à las pasiones desenfrenadas, citarémos el paso siguiente. Por cierto que no cabe dudar del valor de un sujeto que, solo y en público, hacia responsables à todas las autoridades de los homicidios, y sin embargo véase el modo con que tenia que espresarse sobre este punto.

«Ayer fué un dia sobre cuyos acontecimientos es quizás forzoso tender un velo. Sé que el pueblo, desaforado en su venganza y propenso tambien à cierta especie de justicia, no toma por víctimas à cuantos se presentan à sus furores, sino que los asesta contra aquellos que considera sobrado tiempo compadecidos por la cuchilla de la ley, y que el trance de las circunstancias le persuade que deben quedar sacrificados sin demora. Pero sé que es muy obvio à forajidos y à traidores el abusar de este hervidero, y que es forzoso atajarlo; sé que debemos à la Francia entera la declaracion de que la potestad ejecutiva no ha podido prever ni atajar estos desafueros; sé que es obligacion de las autoridades constituidas ponerles término, ó considerarse como inexistentes. Sé tambien que esta declaracion me espone à la saña de algunos alborotadores. ¡Pues bien! ahí está mi vida, porque no anhelo conservarla sino por la libertad y la igualdad. Si quedan atropelladas ó destruidas, ya por el reinado de los déspotas estranjeros, ya por el descarrío de un pueblo engañado, habré vivido bastante, pero hasta mi postrer aliento habré cumplido con mi pundonor. Este es el único timbre que codicio, y no hay poderío en la tierra que me lo pueda desatesorar.»

Sonaron infinitos aplausos à esta carta en la asamblea, y à propuesta de Lamourette, mandó que el ayuntamiento diese cuenta del estado de Paris. Contestó todavía que estaba restablecido el sosiego. Al ver el denuedo del ministro del interior, se airaron Marat y los suyos, y se atrevieron à espedir contra él un auto de prision. Tal era su ciego enfurecimiento, que tenian la avilantez de haberlas con un ministro, y un sujeto que en el trance disfrutaba toda su popularidad. Danton, à esta noticia, clamó terriblemente contra los miembros de aquella comision, apellidándolos «rabiosos.» Aunque contrarestado à cada paso por la entereza de Roland, estaba muy ajeno de odiarle, y por otra parte temia, en su tremenda política, cuanto era inservible, y miraba como una estravagancia el agarrar en medio de sus funciones al primer ministro del estado. Vase à la correjiduría, corre à la comision, y

se dispara impetuosamente contra Marat. Lo aplacan sin embargo, lo reconcilian con Marat, y le entregan el auto de prision, el cual va luego à mostrar à Petion, refiriéndole lo hecho.—Mirad, le dice al correjidor, el arrojo de esos «rabiosos,» pero ya sabré enfrenarlos.—Mal hecho, replica friamente Petion, ese disparo no hubiera perdido sino à sus mismos autores.

Por su parte Petion, aunque mas frio que Roland, no habia mostrado menos bizarría. Habia escrito à Santerre, el cual, por desvalimiento ú por complicidad, contestaba que tenia el corazon traspasado, pero que no podia hacer ejecutar sus órdenes. Habia luego acudido personalmente à los varios sitios de la matanza, y en la Fuerza, habia desencajado de su asiento ensangrentado à dos empleados municipales que desempeñaban, con su banda, las funciones que Maillard estaba ejercitando en la Abadía; pero apenas habia salido para acudir à otros sitios, los mismos oficiales habian vuelto y continuado sus ejecuciones. Petion, por donde quiera desvalido, se volvió en busca de Roland, que habia enfermado de quebranto. Solo se habia conseguido resguardar el Temple, cuyo depósito inflamaba el enfurecimiento popular. Sin embargo la fuerza armada habia sido aquí mas venturosa, y una cinta tricolor, tremolada entre las paredes y el populacho, habia bastado para desviarlo, y salvar la familia real.

Los entes monstruosos que estaban derramando sangre desde el domingo, se habian encarnizado en este afan horroroso, y empapádose con tal estremo, que no acababan de cesar. Habian planteado una especie de arreglo en sus ejecuciones, suspendiéndolas para trasportar los cadáveres y acudir à sus comidas. Hasta mujeres, que llevaban los alimentos, iban à las cárceles con la comida para sus maridos, quienes, decian ellas, «tenian sus quehaceres en la Abadía.»

En la Fuerza, en Bicetre y en la Abadía, se dilató la matanza mas que en otras partes. En la Fuerza se hallaba la desventurada princesa de Lamballe, decantada en la corte por su beldad y sus intimidades con la reina. Condujéronla moribunda al horroroso póstigo.—¿Quién sois? le preguntan los sayones de la banda.—Luisa de Saboya, princesa de Lamballe.—¿Cuál era vuestro papel en la corte? ¿Sabiais las tramas del palacio?—Nada sé de tramas.—Jurad que amais la libertad y la igualdad; jurad de odiar al rey, á la reina y al solio.—Juraré lo primero; no me cabe lo segundo, porque es ajeno de mi corazon.

—Jurad pues, le dijo uno de los asistentes que trataba de salvarla; pero la desdichada nada oia ni veia. —Sáquese á la señora, dijo el mandarin del póstigo. —Allí, como en la Abadía, habian ideado una palabra para señal de muerte. Traen á la desventurada, á quien, dicen algunos autores, no estaban en ánimo de quitar la vida, y que en efecto trataban de libertar. Recíbenla sin embargo en la puerta los furiosos sedientos de sangre, y el primer sablazo sobre la nuca le abre las venas. Adelántase todavía sostenida por dos, que quizás querian salvarla; pero cae á pocos pasos bajo otro golpe, y su hermoso cuerpo queda descuartizado. Los asesinos la ultrajan, la cercenan, y se reparten sus trozos. Su cabeza, su corazon y otras partes del cadáver se bambolean y pasean á la punta de una pica por las calles de Paris. Hay que llevarlos, dicen ellos en su lenguaje feroz, «al pié del solio.» Corren al Temple; y despiertan con alaridos horrorosos á los desdichados presos, quienes preguntan con susto qué es lo que sucede. Los empleados municipales se oponen á que vean la comitiva espantosa que pasa por debajo de su ventana, y la cabeza sangrienta que alzaban á la punta de una pica. Un guardia nacional dice al fin á la reina: »Es la cabeza de Lamballe, la que no quieren dejaros ver.» A estas palabras, se desmaya la reina, y Madama Isabel, el rey y el ayuda de cámara Clery arrebatan á esta princesa desventurada, mientras los alaridos de la atroz cuadrilla resuenan todavía largo rato al derredor de las paredes del Temple.

La jornada del 3 y la noche del 3 al 4 continuaron manchándose con estos homicidios, singularizándose Bicetre por lo dilatado y terrible de los sacrificios. Habia allí algunos millares de presos, encarcelados, como es sabido, por todo jénero de vicios, y al verse asaltados quisieron defenderse; empleóse la artillería contra ellos, y hasta un miembro del consejo jeneral del ayuntamiento se atrevió á pedir fuerzas para reducir los presos que se defendian. En vez de escucharle, acudió Petion á Bicetre, y nada pudo alcanzar. El ansia de sangre arrebataba á esta muchedumbre; la saña por pelear y matar habia arrollado el fanatismo político, y mataba por matar. La carnicería duró hasta el miércoles 5 de setiembre.

En fin habian perecido casi todas las víctimas señaladas; las cárceles quedaron vacías, y los desalmados seguian pidiendo sangre; pero los adustos ordenadores de tanto homicidio mostraban

algun asomo de compasion. Se iban suavizando las espresiones del concejo, pues, entrañablemente movido, estaba diciendo, de las violencias cometidas contra los presos, daba nuevas órdenes para atajarlas, y por esta vez quedó obedecido. Sin embargo apenas quedaban desventurados á quienes su lástima pudiera ser provechosa; y aunque el cómputo de las víctimas varia en todas las relaciones contemporaneas, está variacion se encierra entre seis mil ó doce mil en las cárceles de Paris (*).

Pero si las ejecuciones fueron pavorosas, el destello que se ostentó en confesarlas y en recomendar su remedo, no aterró menos que la carnicería misma. La comision de celaduría se arrojó á espedir á todos los concejos de Francia una circular, que la historia debe conservar con las siete firmas que la acompañan. Véase este documento característico:

Paris, 2 de setiembre de 1792.

«Hermanos y amigos; una trama horrorosa urdida por la corte para el degüello de todos los patriotas del imperio francés, trama en la cual un crecido número de vocales de la asamblea nacional están comprometidos, habiendo reducido, el 9 del mes pasado, al concejo de Paris á la necesidad cruelísima de valerse de la potestad del pueblo para salvar la nacion, ha echado el resto para acreditarse de benemérito de la patria. Despues de los testimonios que la asamblea nacional acababa de darle por sí misma, ¿quién creyera que desde entonces se urdiesen nuevas tramas reservadamente, y que estallasen en el punto mismo en que la asamblea nacional, olvidando que acababa de declarar que el concejo de Paris habia salvado la patria, se afanaba por deponerlo, en galardon de su ardientísimo civismo? A esta noticia, el clamor público exhalado por todas partes ha dado á conocer á la asamblea nacional la urjencia de hermanarse con el pueblo, y devolver al concejo, retirando el decreto de deposicion, la potestad con que lo habia revestido.

«Ufano en disfrutar toda la plenitud de la confianza nacional, que con todo ahinco ha de merecer mas y mas, colocado en el foco de todas las conspiraciones, y resuelto á fenecer por la salvacion pública, no se gloriará de haber cumplido con su obligacion, mien-

(*) Véase sobre estas jornadas la nota 47 al fin del último tomo.

tras no haya alcanzado la aprobacion vuestra, que es el blanco de todos sus anhelos, y de la cual no quedará cerciorado sino cuando todos los departamentos hayan sancionado sus disposiciones por la salvacion pública. Profesando los principios de la mas cabal igualdad, y no codiciando mas prerogativa que la de presentarse el primero en la brecha, se esmerará en anivelarse con el concejo mas corto del imperio, en sabiendo que ya nada hay que temer.

« Advertido de que gavillas bárbaras se adelantan contra él, el concejo de Paris se desala por informar à sus hermanos de todos los departamentos que una parte de los fieros conspiradores encarcelados yace muerta à manos del pueblo, cuyos actos de justicia le han parecido indispensables para enfrenar con el pavor las lejiones de traidores encerrados en su recinto, en el trance de marchar al enemigo; y por supuesto la nacion, despues de la serie dilatada que la ha conducido à la orilla del derrumbadero, ansiará adoptar este medio tan provechoso y necesario, y todos los Franceses clamarán como los Parisienses: Vamos al enemigo, pues no dejamos à nuestra espalda forajidos degolladores de nuestras mujeres y de nuestros hijos.

« Firmados. — Duplain, Panis, Sergent, Lenfant, Marat, Lefort, Jourdeuil, administradores de la comision de celaduría constituida en el ayuntamiento »

La lectura de este documento es del caso para conceptuar hasta qué estremo de fanatismo la cercanía del peligro habia disparado los ánimos; pero ya es tiempo de volver nuestras miradas al teatro de la guerra, en donde no hallamos mas que recuerdos gloriosos.

CAPITULO XIII.

Campaña de Argonne. Planes militares de Dumouriez. Toma del campamento de Grand-Pré por los Prusianos. Victoria de Valmy. Retirada de los coligados; rumores sobre las causas de esta retirada.

Dumouriez, como se ha visto, habia celebrado consejo de guerra en Sedan, y Dillon habia sido de dictámen de retirarse à Chalons para resguardarnos con el Marne y defender su paso. El desconcierto de los veinte y tres mil hombres dejados à Dumouriez, la incapacidad en que se hallaban de arrostrar à ochenta mil Prusianos perfectamente aguerridos y organizados, y el proyecto supuesto en los enemigos de hacer una invasion disparada prescindiendo de las plazas, estos eran los motivos que inclinaban à Dillon à conceptuar que no se podrian atajar los Prusianos, y que era forzoso retirarse velozmente en busca de posiciones mas ventajosas, y compensar así el desvalimiento y mal estado de nuestro ejército. El consejo se impresionó en tales términos de estas razones, que adhereció unánimemente al parecer de Dillon, y Dumouriez, en cuyas manos estaba la decision, como jeneral en jefe, respondió que lo reflexionaria.

Era el 28 de agosto por la tarde, y se tomó entonces una resolucion que salvó la Francia. Varios se apropian este timbre, pero está averiguado que corresponde à Dumouriez, y además la ejecucion se lo prohija y debe merecerle toda su gloria. La Francia, como se sabe, está defendida à levante por el Rin y los Vosges, y al norte acordonada por una serie de plazas fuertes debidas al número de Vauban, y por el Mosa, el Mosela y varias corrientes que, combinadas con las plazas, componen un conjunto de obstáculos suficientes para resguardar aquella raya. El enemigo habia entrado en Francia por el norte, y habia delineado su rumbo entre Sedan

y Metz, dejando el ataque de las plazas fuertes de los Paises-Bajos al duque de Sajonia-Teschen, y encubriendo con un cuerpo de tropas Metz y la Lorena. Segun este plan, se debia marchar velozmente, utilizar la desorganizacion de los Franceses, aterrarlos con golpes decisivos, y apresar los veinte y tres mil hombres de Lafayette, antes que un nuevo jeneral los hubiese coordinado y fortalecido. Pero la desavenencia entre las ínfulas del rey de Prusia y la cordura de Brunswick atajaba toda resolucion, y estorbaba el que los coligados fuesen constantemente ó arrojados ó detenidos. La toma de Verdun estimuló mas y mas la vanidad de Federico-Guillermo y el denuedo de los emigrados, mas no infundió actividad à Brunswick, que no aprobaba la invasion con los medios que tenia à la mano ni con los ánimos del pais invadido. Tras la toma de Verdun, el 2 de setiembre, el ejército coligado se esplayó por varios dias en las llanuras que ciñen el Mosa, y se limitó à ocupar Stenay, sin dar un paso adelante; estando Dumouriez en Sedan, y su ejército acampado por las cercanías.

Estiéndese de Sedan à Passavant una selva que debe ser para siempre afamada en nuestros anales, y es la de Argonne, que cuaja un espacio de trece à quince leguas, y que, por las desigualdades del terreno y la alternativa de bosques y aguas, es absolutamente impracticable à un ejército, escepto en algunos tránsitos principales. Por esta selva debia el enemigo internarse para ir à Chalons, y luego arrumbarse à Paris. Bajo este concepto, asombra el que no hubiera tratado todavía de afianzar los tránsitos principales y anticiparse à Dumouriez, quien, en su posicion de Sedan, distaba todo lo largo de la selva. Por la noche, despues del consejo de guerra, el jeneral francés estuvo considerando el mapa con un oficial en cuyo desempeño tenia la mayor confianza; este era Thouvenot. Entonces apuntándole con el dedo la Argonne y los entreclaros que la atraviesan: «Estas son, le dijo, las Termópilas de la Francia: si me anticipo à los Prusianos, todo está en salvo.»

Estas palabras inflamaron el númen de Thouvenot, y entrambos se dedicaron à desmenuzar este plan hermosísimo. Eran inmensas sus ventajas: sobre no cejar, y que no cedian hasta el Marne por línea postrera de defensa, se hacia perder al enemigo un tiempo inestimable; se le precisaba à permanecer en la Champaña Piojosa, cuyo suelo árido, cenagoso é improductivo no podia abastecer à un ejército; no se le cedia, como retirándose à Chalons, los Tres-

Obispados, pais fértil y abundante, en donde pudiera invernar cómodamente, aun en el caso de no arrollar el Marne. Si el enemigo, tras de perder algun tiempo delante de la selva, queria darle la vuelta y marchar à Sedan, se encontraba con las plazas fuertes de los Paises-Bajos, y no era de suponer que alcanzase à rendirlas. Si se encaminaba hácia el otro estremo de la selva, se encontraba con Metz y el ejército del centro; se corria sobre él, é incorporándose con el ejercito de Kellermann, se podia componer una mole de cincuenta mil hombres, con el arrimo de Metz y otras varias plazas. En cualquier caso se le frustraba su marcha y su campaña, porque se estaba ya en setiembre, y en la otoñada invernaban todavía los ejércitos. El proyecto era escelente, pero habia que ejecutarlo, y los Prusianos, tendidos por lo largo de la Argonne, mientras Dumouriez estaba à uno de sus estremos, podian haber ocupado los tránsitos. Así pues la suerte de este gran proyecto y de la Francia dependia de un acaso y de un yerro del enemigo.

Cinco desfiladeros, llamados del Chêne-Populeux, de la Croix-aux-Bois, de Grand-Pré, de la Chalade, y de las Islettes, atravesaban la Argonne. Los mas importantes eran los de Grand-Pré, y de las Islettes, y por desgracia eran los mas distantes de Sedan y los mas inmediatos al enemigo. Dumouriez acordó acudir él mismo con toda su jente, y al propio tiempo mandó al jeneral Desbouquet que dejase el departamento del Norte para ir à ocupar el paso del Chêne-Populeux, que era de entidad, pero cercano à Sedan, y cuyo resguardo era menos urjente. Dos caminos se ofrecian à Dumouriez para ir à Grand-Pré y à las Islettes: el uno delante y el otro detrás de la selva, y aquel enfrente del enemigo. El uno, pasando por detrás de la selva, era mas seguro, pero mas largo, y patentizaba al enemigo nuestro intento, dándole lugar para precaverlo. El otro era mas corto, pero descubria tambien nuestro objeto y esponia la marcha al avance de un ejército formidable. Con efecto, habia que adelantarse por lo largo de los bosques y pasar por delante de Stenay, en donde se hallaba Clerfayt con sus Austríacos. Dumouriez prefirió este sin embargo, é ideó el plan mas arrojado. Juzgó que, con su cordura austríaca, no dejaría el jeneral, al ver los Franceses, de atrincherarse en su gran campamento de Brouenne, y que en este tiempo se le deslizarían para pasar al Grand-Pré y à las Islettes.

El 30, con efecto, pónese Dillon en movimiento, parte con

ocho mil hombres para Stenay, marchando entre el Mosa y la Argonne, y halla à Clerfayt, que ocupaba entrambas orillas del rio con veinte y cinco mil Austriacos. El jeneral Miaczinsky embiste con mil quinientos hombres las descubiertas de Clerfayt, mientras Dillon à su espalda acude à sostenerlo con toda su division. Se emprende el fuego con empeño, y Clerfayt despasando al instante el Mosa, va à colocarse en Brouenne, como lo habia atinadamente previsto Dumouriez. Entretanto Dillon sigue osadamente su camino entre el Mosa y la Argonne, y va Dumouriez en pos con los quince mil hombres que componian su cuerpo de ejército, avanzando entrambos hácia los puntos ideados. El 2 de setiembre, Dumouriez estaba en Beffu, y no tenia que hacer mas que una marcha para llegar à Grand-Pré. Dillon estaba el mismo dia en Pierremont, y se acercaba siempre à las Islettes con sumo arrojo. Por su dicha, el jeneral Galbaud, enviado para reforzar la guarnicion de Verdun, habia llegado tarde y habia cejado sobre las Islettes, que ocupaba así de antemano. Llega Dillon el 4 con sus ocho mil hombres, se establece, y hace guardar además la Chalade, otra hijuela que estaba tambien à su cargo, à tiempo en que Dumouriez llega al Grand-Pré, halla el sitio vacante y se lo apropia el 3, y así el 3 y el 4 quedaban ocupados los tránsitos por nuestros soldados, y estaba muy adelantada la salvacion de la Francia.

Por esta marcha arrojada, y cuando menos de tanto mérito como la ocurrencia de ocupar la Argonne, se habilitó Dumouriez para contrarestar la invasion. Hubo mas, habia que hacer estos tránsitos inespugnables, y para esto tomar un sinnúmero de disposiciones, cuyo éxito dependia de varios acasos.

Atrincheróse Dillon en las Islettes, hizo desmontes, levantó grandes atrincheramientos, y disponiendo acertadamente de la artillería francesa, que era crecida y escelente, colocó baterías de modo que el tránsito quedó inasequible. Ocupó al mismo tiempo la Chalade, y se apoderó de las dos carreteras que conducen à Sainte-Menehould, y de allí à Chalons. Dumouriez se estableció en Grand-Pré, y en un campamento que la naturaleza y el arte habian hecho formidable. Los cerros que formaban anfiteatro cercaban el terreno donde se hallaba el ejército, y à sus faldas se esplayaban praderas dilatadas, ante las cuales corria el Aire encabezando el campamento. Echáronse dos puentes sobre el rio, donde se colocaron dos vanguardias crecidas que debian, en caso de ataque, re-

tirarse y quemarlos. El enemigo, despues de desalojar estas avanzadas, tenia que verificar el paso del Aire, sin puentes, y bajo el fuego de toda nuestra artillería. Pasado el rio, tenia que atravesar una hondonada de praderas, en donde se cruzaban millares de fuegos, para asaltar atrincheramientos tajados y casi inaccesibles. En el caso de que se arrollasen tantos obstáculos, Dumouriez retirándose por los cerros bajaba á sus faldas, hallaba à su pié el Aisne, otra corriente que los ceñia por la espalda, pasaba otros dos puentes para destruirlos, y se resguardaba así con otro rio de los Prusianos. Podia conceptuarse este campamento inespugnable, y allí el jeneral francés estaba en salvo para otear sosegadamente todo el teatro de la guerra.

El 7, el jeneral Dubouquet ocupó con seis mil hombres el tránsito de Chêne-Populeux, y no quedaba mas paso espedito que el de Croix-aux-Bois, mucho menos importante, situado entre el Chêne-Populeux y el Grand-Pré. Dumouriez, despues de haber hecho cortar el camino y volcar árboles, colocó allí un coronel con dos batallones y dos escuadrones. Establecido así en el centro de la selva y en un campamento inespugnable, defendia el tránsito principal con quince mil hombres; tenia à su derecha, y à cuatro leguas, à Dillon que guardaba las Islettes y la Chalade con ocho mil; à su izquierda, Dubouquet, defendiendo el Chêne-Populeux con seis mil, y en el intervalo de Chêne-Populeux à Grand-Pré, un coronel que celaba con algunas compañías el camino de la Croix-aux-Bois, conceptuado de una importancia muy subalterna.

Planteada así toda su defensa, le quedaba lugar para recibir refuerzos, que iba llamando con nuevas órdenes. Mandó à Beurnonville que dejase la frontera de los Paises-Bajos, en donde el duque de Sajonia-Teschen daba poquísimo cuidado, y que estuviese en Rethel el 13 de setiembre, con diez mil hombres. Fijó en Chalons el depósito de víveres y pertrechos y el acudidero de los reclutas y refuerzos que le enviaban; reuniendo así à su espalda todos los arbitrios de acabalar su resistencia. Avisó al mismo tiempo à la potestad ejecutiva que habia ocupado la Argonne. «Grand-Pré y las Islettes, decia, son nuestras Termópilas, pero yo seré mas venturoso que Leónidas.» Pedia que destacasen algunos rejimientos del ejército del Rin, que no se hallaba amagado, y que se incorporasen con el ejército del centro al cargo de Kellermann. El intento

de los Prusianos era indudablemente marchar sobre Paris, puesto que trasponian à Montmedy y à Thionville sin detenerse; y queria que se mandase à Kellermann ir ciñendo su izquierda por Ligny y Bar-le-Duc, y cojerlos así por costado y retaguardia en su marcha ofensiva. En vista de estas disposiciones, si los Prusianos, desengañados de la Argonne, iban por mas arriba, Dumouriez los antecojia en Revigny, y hallaba allí à Kellermann llegado de Metz con el ejército del centro. Si bajaban hácia Sedan, tambien los seguia Dumouriez, hallaba allí los diez mil hombres de Beurnonville, y esperaba à Kellermann en las orillas del Aisne; así en ambos casos, la incorporacion agolpaba una mole de sesenta mil hombres, capaz de presentarse en campo raso.

Echó el resto la potestad ejecutiva para coadyuvar à Dumouriez en sus disposiciones peregrinas. Servan, ministro de la guerra, aunque achacoso, velaba sin descanso sobre el abasto de los ejércitos, la conduccion de pertrechos y enseres, y sobre la reunion de nuevos reclutas, partiendo todos los dias de Paris de mil y quinientos à dos mil voluntarios. El raudal hácia el ejército era grandioso, acudiendo de tropel. Las sociedades patrióticas, los prohombres de los concejos y la asamblea se veian continuamente cercados por compañías levantadas voluntariamente y caminando hácia Chalons, punto de reunion de los recien-alistados. No faltaba à estos bisoños mas que la disciplina y el hábito del campo de batalla, realce que podian adquirir muy pronto con un jeneral intelijente.

Los jirondinos eran enemigos personales de Dumouriez, y les merecia poca confianza desde que los arrojó del ministerio, y aun habian intentado sustituirle en el mando jeneral un oficial llamado Grimoard; pero se habian hermanado con él desde que al parecer estaba encargado de los destinos de la patria, y Roland, el mejor y el mas desinteresado de ellos, le escribió una carta cariñosa, asegurándole que todo quedaba olvidado, pues sus amigos ansiaban à porfia vitorearle.

Dumouriez se habia pues esforzadamente apoderado de la raya, constituyéndose eje de dilatados movimientos, hasta entonces pausados y sin combinacion. Habia felizmente ocupado los desfiladeros de la Argonne, tomado una posicion que daba à los ejércitos tiempo para irse colocando y organizando à su espalda; hacia llegar sucesivamente todos los cuerpos para componer una mole grandiosa; obligaba à Kellermann à venir para recibir sus órdenes, y

mandaba con pujanza, obraba con velocidad y sostenia à los soldados dejándose ver en medio de ellos, manifestándoles suma confianza, y echando el resto para hacerles anhelar un encuentro inmediato con el enemigo.

Se estaba en el 10 de setiembre, y los Prusianos fueron siguiendo nuestros puestos, escaramuzaron por el frente de todos nuestros atrincheramientos, y quedaron por todas partes rechazados. Dumouriez habia trabajado comunicaciones encubiertas por lo intrincado de la selva, y acudia à los puntos amagados con fuerzas inesperadas, que, en el concepto del enemigo, duplicaban las efectivas de nuestro ejército. El 11 hubo una tentativa jeneral contra Grand-Pré; pero el jeneral Miranda, colocado en Mortaume, y el jeneral Stengel, en Saint-Jouvin, rechazaron todos los ataques con éxito completo. En muchos puntos, alentados con su posicion y con el ademan de los caudillos, brincaron por encima de los atrincheramientos y se aventajaron à la bayoneta al encuentro de los asaltadores. Estas contiendas empleaban el ejército que solia escasear de víveres, à causa del trastorno inevitable en un servicio repentino. Pero la jovialidad del jeneral, que no se escaseaba mas que los soldados, comprometia à todos à la conformidad, y à pesar de algunos principios de disentería, se hallaban regularmente en el campamento de Grand-Pré. Los oficiales superiores solos, que desconfiaban de la posibilidad de una larga resistencia, hablaban de retirada al resguardo del Marne, y estrechaban à Dumouriez con sus consejos; pero él, escribiendo cartas briosas à los ministros, acallaba à sus oficiales, diciéndoles que cuando apeteciera sus advertencias, convocaria consejo de guerra. Un hombre no puede menos de padecer los inconvenientes inmediatos á sus prendas, y la rapidez estremada del númen de Dumouriez debia à menudo arrebatarlo hasta los términos de la inconsideracion. En su ímpetu para idear, le solia suceder el no calcular bien los obstáculos positivos de sus proyectos, especialmente cuando mandó à Lafayette pasar de Metz à Givet. Cometió pues aquí igualmente un yerro fundamental, que, à tener él menos pujanza de entendimiento y serenidad, arrollaba consigo los logros de la campaña. Entre el Chêne-Populeux y el Grand-Pré, se hallaba, hemos dicho, una hijuela, cuya importancia se habia conceptuado adocenada, y no tenia mas resguardo que el de dos batallones y dos escuadrones. Abrumado con la inmensidad de sus afanes, Dumouriez no habia

ido à enterarse de este paso por sí mismo, y no teniendo por otra parte sino escasas fuerzas para robustecerlo, habia creido con sobrada facilidad que algunos centenares de hombres bastaban para cubrirlo; y para mayor trastorno, el coronel comandante le persuadió que podia retirar parte de las tropas que tenia, y que cortando los caminos, bastarian algunos voluntarios para mantenerse à la defensiva. Dejóse Dumouriez engañar por este coronel, militar antiguo, y, al parecer, digno de confianza.

En este tiempo, Brunswick habia hecho escudriñar nuestros varios puestos, y aun le sobrevino la ocurrencia de bajar la selva hasta Sedan para cercarla por aquel estremo. Parece que durante este movimiento algunas espías noticiaron el descuido del jeneral francés. Fué atacada la Croix-aux-Bois por Austríacos y emigrados al mando del príncipe de Ligne. Apenas se habian empezado los cortes de árboles y de caminos, y el tránsito quedó ocupado sin resistencia el 13 por la madrugada. Al saber Dumouriez esta aciaga nueva, envió al jeneral Chasot, hombre valerosísimo, con dos brigadas, seis escuadrones y cuatro piezas de à ocho, para ocupar de nuevo el tránsito arrojando à los Austríacos. Les mandó atacar à la bayoneta con sumo ímpetu, y antes que hubieran tenido tiempo de atrincherarse. Medió la jornada del 13, y aun la del 14, sin que el jeneral Chasot pudiese ejecutar la órden. Por fin, el 15, embistió con denuedo, rechazó al enemigo, haciéndole perder el punto y el caudillo príncipe de Ligne. Mas, atacado dos horas despues él mismo por fuerzas muy superiores, y antes de haber podido atrincherarse, fué rechazado de nuevo y desalojado enteramente de la Croix-aux-Bois. Además Chasot estaba cortado de Grand-Pré, y no podia retirarse hácia el ejército principal, quedando este así minorado. Cejó luego sobre Vouziers, y el jeneral Dubouquet, comandante en Chêne-Populeux, y dichoso hasta entonces en su resistencia, al verse separado de Grand-Pré, juzgó que no debia esponerse à quedar acorralado por el enemigo, que, habiendo cortado la línea en la Croix-aux-Bois, iba à desembocar con su mole. Resolvió pues descampar y retirarse por Attigny y Somme-Puis sobre Chalons; y así el fruto de tantas combinaciones osadas y acasos venturosos quedaba malogrado, de modo que el único obstáculo que podia atajar la invasion, la Argonne, estaba traspuesto, y el camino à Paris patente.

Separado Dumouriez de Chasot y de Dubouquet, no tenia mas de quince mil hombres, y si el enemigo, desembocando ejecutivamente por la Croix-aux-Bois, cercaba la posicion de Grand-Pré y venia á aposentarse en el Aisne, que, como hemos dicho, era la salida por la espalda del campamento, el jeneral francés estaba perdido. Teniendo cuarenta mil Prusianos al frente, y veinte y cinco mil Austríacos á la espalda, acorralado así con quince mil por sesenta y cinco mil, por dos corrientes y la selva, no habia mas arbitrio que rendir las armas, ó hacer matar en balde hasta el último de sus soldados. El único ejército con el cual contaba la Francia quedaba entonces anonadado, y podian los coligados encaminarse á la capital.

En esta situacion desahuciada, no se acobardó el jeneral, antes bien conservó una serenidad asombrosa. Pensó ante todo el mismo dia en retirarse, porque lo mas urjente era el salvarse de las horcas Caudinas. Consideró que por su derecha alcanzaba á Dillon, dueño todavía de las Islettes y del camino de Sainte-Menehould; y que cejando por sus espaldas, y marchando á su arrimo, entrambos harian frente al enemigo, el uno en las Islettes, y el otro en Sainte-Menehould, y arrostrarian así atrincherados entrambos avances. Allí podrian esperar la incorporacion de los dos jenerales Chasot y Dubouquet, separados del cuerpo de batalla, la de Beurnonville, llamado de Flándes para hallarse el 13 en Rethel, y en fin de Kellermann, que, estando ya mas de diez dias en marcha, no podia tardar en llegar. Este plan era el mejor y mas consiguiente al sistema de Dumouriez, que estribaba en no cejar por el interior hácia un pais abierto, sino mantenerse en terreno trabajoso, contemporizar y ponerse en el disparador de incorporarse con el ejército del centro. Al contrario, cejando hácia Chalons, perseguíanle como fujitivo, ejecutaba desairadamente una retirada que hubiera podido hacer con mas ventaja desde el principio, y ante todo se imposibilitaba la reunion con Kellermann. Era grandísimo arrojo, tras el desman de la Croix-aux-Bois, aferrarse en su sistema, y se requeria por entonces tanto número como denuedo para no darse á partido con el dictámen tan decantado de retirarse al resguardo del Marne. Pero ¡cuántos acasos afortunados no se necesitaban todavía para el logro de retirada tan ardua y tan acechada, y hecha con tan pocas fuerzas, á la vista de un enemigo tan poderoso! Mandó luego á Beurnonville, ya encaminado

à Rethel, à Chasot, de quien acababa de recibir noticias muy favorables, y à Dubouquet, retirado sobre Attigny, acudir todos à Sainte-Menehould. Al mismo tiempo encargó de nuevo à Kellermann continuase su marcha, pues era de temer que, sabida la pérdida de los desfiladeros, quisiera volver sobre Metz. Hechas tantas disposiciones, despues de recibir un oficial prusiano que pedia parlamentar, y haberle enseñado el campamento en órden vistoso, hizo apear las tiendas à media noche y marchar sijilosamente hácia los dos puentes que servian de salida al campamento de Grand-Pré. Por su dicha no habia pensado todavía el enemigo en internarse por la Croix-aux-Bois y propasar los puntos franceses. Estaba el cielo tempestuoso, y encubria con su lobreguez la retirada de los Franceses; marchando toda la noche por pasos escabrosos, el ejército, que por fortuna no habia tenido lugar de sobresaltarse, se retiró sin alcanzar el motivo de esta mudanza de posicion. El dia siguiente 16, à las ocho de la madrugada, las tropas habian atravesado el Aisne, Dumouriez quedaba en salvo y se detenia en batalla sobre los cerros de Autry, à cuatro leguas de Grand-Pré. No seguian su alcance, se creia seguro, y se adelantaba à Dammartin-sur-Hans, à fin de escojer un campamento para aquel dia; cuando de repente oye à los fujitivos correr y vocear que todo está perdido, que el enemigo, arrojándose à nuestra espalda, ha derrotado el ejército. Acude Dumouriez, vuelve à su retaguardia, y encuentra al Peruano Miranda y al anciano jeneral Duval, deteniendo à los huidos, y restableciendo con mucho teson las filas del ejército que habian por un instante sorprendido y desconcertado los húsares prusianos. La bisoñez de esta tropa jóven, y el recelo de traicion que embargaba entonces todos los ánimos, hacian los terrores pánicos muy frecuentes. Restablecióse sin embargo todo, gracias à los tres jenerales Miranda, Duval y Stengel, colocados en la retaguardia. Se vivaqueó en Dammartin, con la esperanza de respaldarse luego à las Islettes, y de terminar felizmente esta peligrosa retirada.

Llevaba Dumouriez veinte horas de estar à caballo, y se apeaba à las seis de la tarde, cuando de repente oye todavía alaridos de «que nos cortan,» imprecaciones contra los jenerales que los vendian, y ante todo contra el jeneralísimo, que acababa, decian, de pasarse al enemigo. La artillería habia enganchado y queria encaramarse à un otero: las tropas todas estaban revueltas. Hizo encen-

der hogueras, y mandó que se permaneciese en el sitio toda la noche, pasando así diez horas en lodazales y en la lobreguez. Mas de mil y quinientos fujitivos, atravesando las campiñas, fueron à noticiar en Paris y en toda la Francia que el ejército del Norte, la última esperanza de la patria, estaba perdido y entregado al enemigo.

Al amanecer todo estaba restablecido, y Dumouriez escribia à la asamblea nacional con su denuedo ordinario: «He tenido que abandonar el campamento de Grand-Pré; estaba hecha la retirada, cuando sobrevino un terror pánico, pues diez mil hombres huyeron de mil y quinientos húsares prusianos. La pérdida no asciende à mas de cincuenta hombres y algun bagaje: TODO ESTA RECOBRADO, Y DE TODO RESPONDO.» Requeríase toda esta arrogancia para sosegar el pavor de Paris y del consejo ejecutivo, el cual iba de nuevo à estrechar al jeneral para que pasase el Marne.

Sainte-Menehould, adonde se encaminaba Dumouriez, está à la orilla del Aisne, uno de los dos rios que cercaban el real de Grand-Pré. Dumouriez tenia pues que marchar rio arriba, y, antes de llegar, habia de atravesar tres arroyos bastante hondos que se le desaguan, la Tourbe, la Bionne y la Auve; y tras ellos se hallaba el campamento que iba à ocupar. Por delante de Sainte-Menehould se levantan en círculo cerros por espacio de tres cuartos de legua. A su falda se esplaya un fondo en el cual el Auve se empantana antes de desembocar en el Aisne. El sitio está cercado à la derecha por los cerros de Hyron, contrapuestos à los de la Luna, y à la izquierda por los de Gisaucourt. En el centro de la hondonada se asoman varias lomas inferiores à las de Sainte-Menehould, y una de ellas, el molino de Valmy, que arrostra inmediatamente los collados de la Luna. La carretera de Chalons à Sainte-Menehould va casi paralela à la corriente del Auve, atravesando la hondonada. En Sainte-Menehould y sobre ella se colocó Dumouriez. Hizo ocupar en derredor las posiciones dominantes, y se respaldó sobre Dillon, encargándole contrastar à todo trance al enemigo, y ocupaba así la carretera de Paris en tres puntos: las Islettes, Sainte-Menehould y Chalons.

Sin embargo los Prusianos podian, internándose por Grand-Pré, dejarlo en Sainte-Menehould y arrojarse à Chalons. Mandó pues Dumouriez à Dubouquet, cuya feliz llegada à Chalons sabia, que se colocase con su division en el campo de la Epine, y que reu-

niese todos los voluntarios recien llegados, para cubrir à Chalons contra un golpe de mano. Acudió luego Chasot, y en fin Beurnonville, el cual se habia adelantado el 15 hasta la vista de Sainte-Menehould, y viendo un ejército en planta airosa, habia supuesto que era el enemigo, porque no alcanzaba que Dumouriez, à quien decian derrotado, se hubiese rehecho tan pronta y cumplidamente. Bajo este concepto, habia cejado sobre Chalons, é informado allí de la verdad, volvió, tomando posicion el 19 en Maffrecourt, à la derecha del campamento. Traia aquellos diez mil valientes, que Dumouriez habia ejercitado por espacio de un mes en el campamento de Maulde, en una guerra continua de puestos. Reforzado Dumouriez con Beurnonville y Chasot, podia contar con treinta y cinco mil hombres. Así, merced à su teson y serenidad, se volvia à hallar en una posicion fuertísima, y en estado de contemporizar todavía largo tiempo. Pero ¿si el enemigo mas ejecutivo le dejaba à la espalda y se arrojaba adelante sobre Chalons, cuál era el paradero de su campamento de Sainte-Menehould? Siempre la misma zozobra; y toda su cautela en el campamento de la Epine estaba muy ajena de poder sortear tan gran peligro.

Se estaban haciendo en derredor suyo dos movimientos pausados; el de Brunswick, que titubeaba en su marcha, y el de Kellermann, quien, salido el 4 de Metz, no habia llegado todavía al punto señalado, despues de quince dias de marcha. Si la pausa de Brunswick favorecia à Dumouriez, comprometíale en estremo la de Kellermann, el cual, de suyo cuerdo é indeciso, aunque muy valeroso, habia alternativamente avanzado ú cejado, segun las marchas del ejército prusiano, y por fin el 17, sabida la pérdida de los desfiladeros, habia contramarchado. Sin embargo, el 19 por la noche avisó à Dumouriez que se hallaba ya à dos leguas de Sainte-Menehould. Dumouriez le habia reservado los cerros de Gisaucourt, colocados à su izquierda, y dominando la carretera de Chalons y el arroyo del Auve. Habíale prevenido que, en el caso de batalla, podria esplayarse sobre las lomas inmediatas y adelantarse hácia Valmy, allende el Auve. No le cupo lugar à Dumouriez para ir en persona à colocar à su compañero, pues Kellermann, pasando el Auve el 19 por la noche, se adelantó à Valmy al centro de la hondonada, prescindiendo de los cerros de Gisaucourt, que formaban la izquierda del campamento de Sainte-Menehould, y dominaban los de la Luna, sobre los cuales iban llegando los Prusianos.

En este punto, con efecto, desembocando los Prusianos por Grand-Pré, se avistaron con el ejército francés, y trepando à los cerros de la Luna, descubrian ya el terreno cuyas cumbres cuajaba Dumouriez. Desengañados de una marcha ejecutiva sobre Chalons, estaban gozosísimos, se dice, de hallar juntos los dos jenerales franceses para rematarlos de una embestida. Su ánimo era señorearse de la carretera de Chalons, llegar hasta Vitry, arrollar á Dillon en las Islettes, acorralar así à Sainte-Menehould por todas partes, y precisar à ambos ejércitos á rendir las armas.

En la madrugada del 20, Kellermann, que, en vez de sentar el real sobre los cerros de Gisaucourt, se habia internado hasta el centro de la hondonada, sobre el molino de Valmy, se vió al frente dominado por los cerros de la Luna, ocupados por el enemigo. Por una parte, tenia el Hyron, que los Franceses poseian aventuradamente; por otra Gisaucourt, que no habia ocupado, y à donde los Prusianos iban à establecerse. Derrotado, lo empantanaban en el Auve, à espaldas del molino de Valmy, y podia ser rematado antes de incorporarse con Dumouriez, en lo mas hondo de este anfiteatro. Llamó al punto à su compañero; pero viendo el rey de Prusia gran movimiento en el ejército francés, y conceptuando que el ánimo de los jenerales era marchar hácia Chalons, quiso ejecutivamente atajarles el camino, y dispuso el avance. La vanguardia prusiana encontró en la carretera de Chalons la de Kellermann, que se hallaba con su cuerpo de batalla sobre el cerro de Valmy. Encontráronse reciamente, y los Franceses, rechazados al pronto, se rehicieron al arrimo de los carabineros del jeneral Valence. Desde los cerros de la Luna arreció el cañoneo contra el molino de Valmy, y nuestra artillería correspondió gallardamente à la prusiana.

Entretanto la posicion de Kellermann era muy aventurada; hacinábase revuelta su tropa sobre el cerro de Valmy, sin desahogo para pelear; cañoneábanla desde los cerros de la Luna, y desde los de Gisaucourt, el fuego graneado de los Prusianos malparaba su izquierda; y aunque el Hyron resguardaba su derecha, ocupado por los Franceses, Clerfayt, embistiendo este punto con veinte y cinco mil Austríacos, lo podia arrollar: fulminado entonces por todas partes, podia quedar empantanado en el Auve, sin que Dumouriez acertase à socorrerle. Envió este ejecutivamente al jeneral Stengel con una division crecida para mantener los Franceses sobre el Hy-

ron, resguardando su derecha de Valmy; mandó à Beurnonville sostuviese à Stengel con diez y seis batallones; destacó à Chasot con otros nueve y ocho escuadrones sobre la carretera de Chalons, para ocupar á Gisaucourt y afianzar la izquierda de Kellermann. Pero Chasot, llegado cerca de Valmy, pidió órdenes à Kellermann, en vez de acudir sobre Gisaucourt, y dió tregua à los Prusianos para aposentarse en él y foguearnos à su salvo. Sin embargo, con los arrimos de derecha é izquierda, podia Kellermann sostenerse en el molino, mas por desgracia, cayendo una bomba sobre un cajon, lo voló, y desbarató en parte la infantería; aumentó el desórden el cañoneo de la Luna, y ya la primera línea empezaba à cejar, lo cual advertido por Kellermann, se arrojó à las filas, las rehizo, y restableció el órden. En aquel punto, Brunswick conceptuó que se debia trepar à la cumbre, y arrollar à la bayoneta las tropas francesas.

Era mediodía, y la cerrazon, que hasta aquel punto habia encapotado ambos ejércitos, desapareció; avistábanse distintamente, y nuestros bisoños estaban viendo à los Prusianos adelantarse en tres columnas con la desenvoltura de tropas veteranas y aguerridas. Esta era la primera vez que se hallaban en número de cien mil hombres, en el campo de batalla, y que iban à cruzar las bayonetas. Ni se conocian à sí mismos ni al enemigo, y se estaban mirando con desasosiego. Entra Kellermann en los atrincheramientos, dispone su tropa en columnas de un batallon de frente, y les manda que, en estando los Prusianos à cierta distancia, no los esperen, sino que se disparen sobre ellos à la bayoneta. Luego esfuerza la voz, y grita: «¡Viva la nacion!»—En aquel punto cabia ser valeroso ú cobarde, pero el alarido de «¡viva la nacion!» no enjendra sino valientes; y nuestros bisoños, al vaiven, se arrojan repitiendo el alarido «¡Viva la nacion!» Presenciólo Brunswick, que tanteaba el trance con repugnancia y con suma zozobra del resultado; titubea, detiene las columnas, y para en mandar vuelvan al campamento.

Este esperimento fué decisivo. Desde aquel punto se creyó en el valor de aquellos «remendones» y «sastrezuelos», que componian el ejército francés segun los emigrados. Ya habian visto hombres pertrechados, galanos y valientes; habian visto oficiales condecorados y de suma esperiencia; un jeneral Duval, cuya gallarda estatura y las canas infundian acatamiento; Kellermann, y en fin Du-

mouriez, contraponiendo tal teson y desempeño, en presencia de un enemigo tan superior en fuerzas. Quedó en este punto conceptuada la revolucion francesa, y aquel caos, hasta allí ridículo, ya no asomó sino como un disparo arrollador de pujanza.

A las cuatro, Brunswick quiso probar nuevo empeño, pero el desahogo de nuestras tropas lo desalentó, y cejó segunda vez con sus columnas. Atónito, y de asombro en asombro, desengañado de cuanto le habian referido, el jeneral prusiano no adelantaba sino con sumo miramiento, y aunque le hayan vituperado el no haber empeñado mas reciamente la refriega y arrollado à Kellermann, los jueces atinados opinan que tuvo razon. Kellermann, sostenido à derecha é izquierda por todo el ejército francés, podia resistir; y si Brunswick, empozado en una garganta, y en piso incomodísimo, quedaba una vez derrotado, estaba en peligro de fenecer. Por otra parte, el resultado de la jornada le franqueaba la carretera de Chalons, y los Franceses se hallaban atajados de sus depósitos, esperando precisarlos á dejar su posicion en pocos dias; pero no se hacia cargo de que, dueños de Vitry, con un rodeo mas largo lograban su intento, aunque padeciese alguna demora la llegada de sus remesas.

Esta fué la célebre jornada del 20 de setiembre de 1792, en donde se dispararon mas de veinte mil cañonazos, y así se llamó despues el CAÑONEO DE VALMY. La pérdida se igualó por ambas partes, y ascendió para cada una de ochocientos à novecientos hombres. Pero el regocijo y la serenidad hervian en el campamento francés, y los cargos y el pesar en el de los Prusianos. Asegúrase que aquella misma noche los emigrados recibieron amargas reconvenciones del rey de Prusia, y menguó el influjo de Calonne, el mas finchado de los ministros de la emigracion, y el mas fecundo en promesas abultadas y en especies desmentidas.

En la misma noche, Kellermann despasó el Auve calladamente, y sentó el real sobre los cerros de Gisaucourt, como debió hacerlo antes, y de los cuales los Prusianos se habian aprovechado en el empeño. Permanecieron estos en los cerros de la Luna, y en el estremo opuesto se hallaba Dumouriez, y à su izquierda Kellermann sobre los cerros que acababa de recobrar. En posicion tan peregrina, los Franceses arrostraban à la Francia en ademan de invadirla, y los Prusianos, recostados contra ella, al parecer la defendian. Aquí es donde empieza, por parte de Dumouriez, una nueva

serie de rebosamientos de teson y de pujanza, ya contra el enemigo, ya contra sus propios oficiales y contra la autoridad francesa. Con cerca de setenta mil hombres de tropa, bien acampado y abastecido, podia esperar. Los Prusianos al contrario, escaseando de víveres, adolecian de enfermedades que estragaban su ejército, y se menoscababan mucho, por contemporizar en esta situacion. La estacion horrorosa, en medio de un cenagal arcilloso, no les permitia detenerse largo tiempo. Si volviendo ya demasiado tarde à la pujanza y velocidad de la invasion, intentaban marchar sobre Paris, Dumouriez poderoso les iba à los alcances, y los atajaba mas avanzados y comprometidos.

Estas miras eran muy cuerdas y atinadas; pero en el campamento, donde los oficiales se aburrian con sus privaciones, y donde Kellermann gustaba poco de verse con una autoridad superior; en Paris, donde se dolian con la separacion del ejército principal, donde nada asomaba entre el pueblo y los Prusianos, y donde se veian los hulanos llegar à quince leguas, despues de sajada la selva de la Argonne, no cabia aprobar el plan de Dumouriez. La asamblea y el consejo se quejaban de su terquedad, y le escribian las cartas mas incontrastables para hacerle desamparar su posicion y despasar el Marne. El campamento de Montmartre y un ejército entre Chalons y Paris eran los dos antemurales que soñaba la fantasía asustada. «Los hulanos os hostigan,» escribia Dumouriez, «¿hay mas que matarlos? No me tocan ni me tañen. No mudaré mi plan por cuatro cuchilladas.» Sin embargo no cesaba el redoble de instancias y órdenes, y en el campamento los oficiales politiqueaban. Solamente los soldados, sostenidos por la jovialidad del caudillo, que se esmeraba en meterse por las filas, alentarlos y desmenuzarles lo crítico de la posicion de los Prusianos, sobrellevaban sufridamente aguaceros y privaciones. Kellermann una vez quiso marchar, y Dumouriez, al par de Colon que pedia algunos dias mas à su tripulacion, prometió descampar, si en cierto número de dias no se retiraban los Prusianos. La esclarecida hueste de los coligados se hallaba efectivamente en lastimoso estado, especialmente con los estragos de la disenteria, además de las escaseces. A eso contribuyeron en gran manera las disposiciones de Dumouriez, pues conceptuando infructuoso el tiroteo por frente del campamento, por la inutilidad de su paradero, convínose entre ambos ejércitos el suspenderlo; pero pactó Dumou-

riéz que solo se entenderia en la inmediacion. En seguida destacó toda la caballería, especialmente la bisoña, à las cercanías, con el objeto de apresar los convoyes del enemigo, el cual, habiendo llegado por el empuje desde el Grand-Pré, y habiendo subido por el Aisne en alcance de nuestra retirada, tenia que hacer dar los mismos recodos à sus abastecedores. Fuéronse aficionando nuestros jinetes à esta guerra provechosa, y la iban adelantando con sumo éxito. A fines de setiembre, el achaque se hizo insufrible, y se aparecieron en el ejército francés oficiales prusianos para parlamentar. No se trató al pronto sino del canje de prisioneros, y los Prusianos se empeñaron en que el contrato alcanzase à los emigrados, mas la pretension no tuvo cabida. Reinó suma cortesanía por una y otra parte; del canje la conversacion se fué rodeando à los motivos de la guerra, y los Prusianos vinieron casi à confesar que era antipolítica. Aquí descolló el temple característico de Dumouriez, pues libre de peleas, se dedicó à componer memorias para el rey de Prusia, demostrándole no serle ventajoso el unirse con el Austria contra la Francia. Al mismo tiempo le enviaba doce libras de café, las únicas restantes en ambos campamentos. Sus memorias, que no podian menos de ser apreciables, tuvieron sin embargo la desairada acojida que era de suponer. Brunswick contestó en nombre del rey de Prusia con una declaracion tan arrogante como el primer manifiesto, y toda negociacion quedó zanjada La asamblea, consultada por Dumouriez, contestó, como el senado romano, que no se trataria con el enemigo sino cuando hubiera salido de Francia.

El único resultado de estas negociaciones fué calumniar al jeneral, de quien desde entonces se receló que tenia relaciones reservadas con los estranjeros, y aquellos desaires de parte de un monarca altanero y sonrojado con el éxito de la guerra. Pero era así Dumouriez; valeroso por todos rumbos, despejado en toda línea, carecia de la reserva y del señorío que enfrenan à los hombres, al paso que el númen no hace mas que embelesarlos. Sin embargo, segun lo habia previsto el jeneral francés, el 1.° de octubre, los Prusianos, no pudiendo ya resistir à las escaseces y à las dolencias, se pusieron en movimiento. Campo fué de asombro, de conjeturas y de patrañas en Europa el ver una hueste tan poderosa y decantada, retirarse rendidamente à la vista de los menestrales y plebeyos sublevados que debian aventarse hácia sus

hogares al eco del tambor, castigándolos por haberlos dejado. La tibieza en el alcance de los Prusianos, y la especie de impunidad con que despasaron los desfiladeros de la Argonne, hicieron suponer pactos secretos, y aun cohecho por el rey de Prusia; pero los hechos militares desentrañarán mejor que todas estas aprensiones la retirada de los coligados.

Permanecer en una posicion tan desastrada no era dable, el invadir era ya intempestivo en estacion tan adelantada y tan cruda. El único recurso era pues retirarse hácia el Luxemburgo y la Lorena, y labrar allí una especie de estribo para las operaciones que se habian de renovar la campaña siguiente. Por otra parte, hay campo para conceptuar que en aquel punto Federico-Guillermo apetecia su porcion de Polonia, porque entonces mismo habia incitado à los Polacos contra la Rusia y el Austria, y alargaba la mano en demanda de sus despojos. Así pues el estado de la estacion y de los parajes, el aburrimiento de una empresa malograda, el pesar de haberse hermanado contra la Francia con la casa de Austria, y en fin el asomo de nuevos intereses en el Norte, eran para el rey de Prusia suficientes despertadores de retirada. Verificóse con sumo órden, pues aquel enemigo, que se avenia à la partida, no dejaba de ser poderosísimo. El intento de atajarle la retirada y obligarle à franquearse el paso con una victoria, era un desacierto que Dumouriez no podia cometer; por tanto era forzoso atenerse à hostigarle, y lo hizo con harta flojedad, por culpa suya y de Kellermann.

Cesó el peligro, finó la campaña; y cada cual vuelto à sí mismo y à sus intentos, Dumouriez ideando su empresa de los Paises-Bajos, y Kellermann empapado en su mando de Metz, el alcance de los Prusianos no mereció à entrambos jenerales la atencion debida. Dumouriez envió el jeneral d'Harville al Chêne-Populeux para castigar en los emigrados; mandó al jeneral Miaczinsky que los esperase à Stenay, à la salida del tránsito, para acabar de esterminarlos; destacó à Chasot por la misma parte para situarse en la carretera de Longwy; colocó los jenerales Beurnonville, Stengel y Valence con mas de veinte y cinco mil hombres à espaldas del ejército grande, para perseguirlo con ahinco, y al mismo tiempo mandó à Dillon, que se habia mantenido siempre en las Islettes con suma felicidad, que avanzase por Clermont y Varennes, para atajar el camino de Verdun. Estas disposiciones eran seguramente

acertadas, pero debian ejecutarse por el jeneral en persona, y segun el concepto atinado y sublime de Mr. Jomini, habia de arrojarse directamente hácia el Rin y bajar luego con él con todo su ejército. En este punto de logros, arrollándolo todo consigo, quedaba conquistada la Béljica en una marcha; pero estaba pensando en venir á Paris para disponer una invasion por Lila, y por su parte, los tres jenerales Stengel, Beurnonville y Valence no estuvieron muy acordes, y persiguieron flojamente á los Prusianos. Valence, que dependia de Kellermann, recibió de repente órden para que volviese á incorporarse con su jeneral en Chalons, á fin de encaminarse de nuevo á Metz. A la verdad este movimiento fué estrañamente ideado, puesto que traia á Kellermann hácia el interior para luego recaer en el camino de la frontera lorena. El rumbo natural era adelantándose por Vitry ó Clermont, y coincidia con el alcance de los Prusianos, segun lo habia dispuesto Dumouriez. Sabedor este de la órden recibida por Valence, le mandó que continuase su marcha, diciendo que mientras durase la incorporacion de los ejércitos del Norte y del centro, á él solo pertenecia el mando superior. Manifestólo así agriamente á Kellermann, quien varió de rumbo, y se avino á marchar por Sainte-Menehould y Clermont. Sin embargo el alcance se hizo siempre con flojedad, y solo Dillon hostigó á los Prusianos con ímpetu ardoroso, tanto que estuvo á pique de quedar derrotado por arrojarse con sobrado denuedo tras ellos.

La desavenencia de los jenerales y sus distracciones personales tras el peligro fueron con evidencia las causales que franquearon á los Prusianos su cómoda retirada. Hase afirmado que su marcha habia sido comprada, pagándola con el producto de un gran robo de que vamos á hablar, que se habia acordado con Dumouriez, siendo uno de los pactos la salida espedita de los Prusianos, y en fin que Luis XVI lo habia pedido desde las lobregueces de su encarcelamiento. Se acaba de ver que esta retirada puede obviamente esplicarse por motivos naturales; pero otras razones hay que demuestran el descamino de estas suposiciones. No es pues creible que un monarca, cuyo vicio no era la vil codicia, se haya dejado comprar; y no se echa de ver porqué, en el caso de un convenio, Dumouriez no se hubiera sincerado para con los militares de no seguir el alcance al enemigo, confesando un tratado que no le era vergonzoso; en fin, el ayuda de cámara del rey,

Clery, asegura que nada de cuanto se parezca à la supuesta carta dirijida por Luis XVI à Federico-Guillermo, y entregada por el síndico Manuel, se ha escrito ni puesto en manos de este último. Todo esto no es pues mas que patraña, y la retirada de los coligados se redujo à un efecto natural de la guerra. Dumouriez, à pesar de sus yerros, de sus distracciones en Grand-Pré y su descuido en el alcance, no dejó de ser el salvador de la Francia y de una revolucion que ha adelantado la Europa en muchos siglos. El fué quien, apoderándose de un ejército desorganizado, receloso y enconado, lo coordinó, lo alentó, y estableciendo en toda la raya unidad y pujanza, no desesperanzando nunca en medio de los conflictos mas árduos, dando despues de la pérdida de los desfiladeros un ejemplo inaudito de serenidad, aferrándose en su primer concepto de contemporizar, en medio del peligro, à pesar de su ejército y de su gobierno, de un modo que acredita su teson, su tino y su carácter; él fué, decimos, quien salvó à nuestra patria del estranjero y de la ira contrarevolucionaria, y dió el ejemplo tan grandioso de un hombre salvador de sus conciudadanos à pesar de ellos mismos. La conquista, por mas dilatada que sea, no es ni mas esplendorosa ni mas ejemplar.

CAPITULO XIV.

Nueva matanza de presos en Versalles. Abusos de la potestad y robos del concejo. Eleccion de los diputados para la convencion. Composicion de la diputacion de Paris. Situacion y proyectos de los jirondinos; carácter de los caudillos de este partido; del federalismo. Estado del partido parisiense y de su concejo. Apertura de la convencion nacional el 20 de setiembre de 1792; abolicion del solio; establecimiento de la república. Primera contienda de los jirondinos y de los montañeses; delaciones de Robespierre y de Marat. Declaracion de la unidad y de la indivisibilidad de la república. Distribucion y fuerzas de los partidos en la convencion. Mutaciones en la potestad ejecutiva. Danton deja su ministerio. Creacion de varias comisiones administrativas y de la de constitucion.

Mientras los ejércitos franceses atajaban su carrera à los coligados, Paris yacia siempre en la turbulencia y el desconcierto. Hase presenciado ya el desenfreno del concejo, el enfurecimiento prolongado de setiembre, el desvalimiento de las autoridades y la inaccion de la fuerza pública en estas jornadas asoladoras: hase visto con qué avilantez la comision de celaduría habia confesado las matanzas, y recomendado su remedo à los demás concejos de Francia. Sin embargo los comisarios enviados por el concejo habian sido por donde quiera rechazados, por cuanto la Francia no terciaba en el enfurecimiento que el peligro habia enjendrado en Paris. Pero en las cercanías, no se habian ceñido à los homicidios que se han relatado. Habíase fraguado en la capital una gavilla de asesinos familiarizados desde las matanzas de setiembre con la sangre, y que estaban todavía ansiosos de derramarla. Ya se habian destacado algunos centenares de hombres para arrebatar de las cárceles de Orleans los acusados de alta traicion. Estos desventurados, por un decreto posterior, debian conducirse à Saumur, pero varióse su destino en la marcha, y encamináronlos à Paris. Súpose el 9 de setiembre que el 10 debian llegar à Versalles, y al punto, ya que se hubieran pasado nuevas órdenes à la cuadrilla de los degolladores, ya que la noticia de esta llegada bastase

para avivar su ardor sanguinario, allanaron à Versalles del 9 al 10. Corrió la voz al punto de que sobrevenian nuevas matanzas. El correjidor de Versalles echó el resto en precaver mas desdichas, y el presidente del tribunal del crímen corrió en busca de Danton para avisarle como ministro el peligro que amagaba à los presos; mas no mereció con todas sus instancias otra contestacion: «Esos hombres son muy reos. — Séanlo, añadió el presidente Alquier, pero la ley sola debe ajusticiarlos. — ¿No os haceis cargo, replicó Danton con voz atronadora, que os hubiera ya respondido en otros términos si pudiera? ¿Y qué os importan esos presos? Acudid à vuestro desempeño sin acordaros mas de ellos.....»

El dia siguiente, llegaron los presos à Versalles, y un tropel desconocido se arrojó à los carruajes, consiguió pararlos y separarlos de la escolta. Derribaron del caballo al comandante Fournier, arrebataron al correjidor, que se empeñaba jenerosamente en morir en su puesto, y asesinaron à los desdichados presos en número de cincuenta y dos. Allí perecieron Delessart y d'Abancourt, demandados como ministros, y Brissac, como jefe de la guardia constitucional, licenciada en la lejislativa. Acabada la ejecucion, corrieron los asesinos à las cárceles del pueblo, y renovaron las ocurrencias de primeros de setiembre, valiéndose de los propios medios, y remedando, como en Paris, las formalidades judiciales. Este último acontecimiento, sobrevenido con cinco dias de intermedio del primero, acabó de producir un pavor universal. En Paris, la comision de celaduría no aflojó en su teson; puesto que las cárceles recien vaciadas con la matanza quedaron luego repuestas con los nuevos autos de prision. Estos autos eran tan repetidos, que el ministro del interior, Roland, delatando à la asamblea estos nuevos actos arbitrarios, llegó à presentar hasta quinientos ó seiscientos sobre el escritorio, unos firmados por sola una persona, otros por dos ó à lo mas tres, la mayor parte sin estar motivados, y muchos fundados en una mera sospecha de «incivismo.»

Mientras el concejo ejercia su poderío en Paris, enviaba comisarios à los departamentos para sincerar su conducta, y recomendar à los electores diputados de su temple, denigrando à los que lo contrastaban en la asamblea lejislativa. Ajenciaba luego cantidades inmensas, apropiándose todas las sumas halladas en la tesorería de la lista civil, apoderándose de las alhajas de las iglesias y de los ricos muebles de los emigrados, y en fin haciéndose entregar por

el erario pólizas considerables, bajo pretesto de sostener la caja de auxilios y de hacer acabar las obras del campamento. Habíanse secuestrado todos los haberes de los desventurados muertos en las cárceles de Paris y en la carretera de Versalles, depositándolo todo en los salones de la comision de celaduría. El concejo jamás se allanó à manifestar ni piezas, ni valor, y aun se desentendió de toda contestacion sobre este punto, ya al ministerio del interior, ya al directorio del departamento, el cual, como se sabe, quedó reducido à una mera comision de contribuciones. Hizo mas; se puso à vender por su propia autoridad las alhajas de grandes palacios, sobre los cuales se habian puesto los sellos desde la partida de los propietarios. En vano le hacia la administracion superior cargos y prohibiciones: toda la clase de los subalternos encargados de la ejecucion de las órdenes pertenecia al ayuntamiento, ó era endeble para obrar, y así las órdenes quedaban sin ejecucion.

La guardia nacional, restablecida bajo la denominacion de secciones armadas y cuajada de hombres de toda especie, estaba en desorganizacion completa. Ora se avenia à hacer daño, y ora lo dejaba cometer por abandono. Habia puestos absolutamente desamparados, porque la guardia, sin relevo despues de cuarenta y ocho horas, se retiraba exhausta de fatiga y de aburrimiento. Todos los ciudadanos sosegados se habian salido de este cuerpo, poco antes arreglado y provechoso, y el comandante Santerre era endeble y torpe para poderlo reorganizar.

La seguridad de Paris estaba pues dejada al acaso; y por una parte el concejo, y por otra la chusma, se entregaban al desenfreno. Entre los despojos del solio, los mas preciosos, y por consiguiente los mas codiciados, eran los que atesoraba el Guarda-Mueble, opulento depósito de cuanto servia antiguamente para el esplendor del trono. Desde el 10 de agosto, habia encendido la codicia de la muchedumbre, y repetidas circunstancias avivaban el desvelo del inspector del establecimiento. Este habia hecho requerimientos sin número para alcanzar una guardia suficiente; mas ya por desconcierto, ya por dificultad de acudir à todos los puestos, ya en fin por descuido voluntario, no se le suministraba el resguardo competente. Durante la noche del 16 de setiembre, fué robado el Guarda-Mueble; la mayor parte de las alhajas que atesoraba pasaron à manos desconocidas, que la autoridad con todo su ahinco no acertó à descubrir. Atribuyóse este nuevo acontecimiento

à los degolladores que habian dispuesto reservadamente las matanzas; y sin embargo ya no estaban aquí incitados ni por el fanatismo ni por una política sanguinaria, y aun suponiéndoles el motivo del robo, tenian en los depósitos del concejo con que satisfacer la mas vehemente codicia. Hase dicho en verdad que este robo se hizo para pagar la retirada del rey de Prusia, lo que es un desatino, y para suministrar à los desembolsos del partido, lo que es mas verosímil, pero de ningun modo probado. Por lo demás, el robo del Guarda-Mueble debe influir muy poco sobre el concepto que se debe formar del concejo y de sus mandarines. No es menos cierto que, atesorando valores inmensos, el concejo jamás dió ninguna cuenta; que los sellos aplicados à los armarios fueron destrozados, sin que se violentasen las cerraduras, lo que denota la toma y no el saqueo popular; y que tantas preciosidades desaparecieron para siempre. Una parte fué descocadamente robada por subalternos, como Sergent, apellidado «Agata,» por una joya preciosa con que se habia adornado; otra porcion sirvió para los gastos del gobierno estraordinario que habia creado el concejo. Era una guerra hecha à la sociedad antigua, y toda guerra queda tiznada de homicidio y de saqueo.

Esta era la situacion de Paris, mientras se hacian las elecciones para la convencion nacional, de cuya nueva asamblea esperaba el vecindario honrado la pujanza y la espedicion necesaria para restablecer el órden: esperaban que los cuarenta dias de trastorno y delitos que habian mediado desde el diez de agosto, no serian mas que un achaque de la asonada, deplorable en suma pero pasajero. Los mismos diputados, residiendo apocadamente en la asamblea lejislativa, emplazaban el brio para la llegada de aquella convencion, esperanza comun de todos los partidos.

Arremolinábanse en toda la Francia por las elecciones, y las sociedades ejercian sobre este punto grandísimo influjo. Los jacobinos de Paris habian hecho imprimir y desparramar las listas de todos los votos vertidos durante la sesion lejislativa, à fin de que sirviesen de documentos à los electores. Los diputados votantes contra las leyes apetecidas por el partido popular, y en especial los absolvedores de Lafayette, iban muy señalados. Sin embargo, en las provincias, adonde no habian trascendido las discordias de la capital, los jirondinos, aun los mas odiados por los alborotadores de Paris, merecian aprecio por su desempeño notorio. Casi

todos los miembros de la asamblea actual quedaban reelejidos, y muchos constituyentes, escluidos por el decreto de no-reeleccion de la primera lejislatura, fueron llamados para terciar en la convencion, y entre ellos descollaban Buzot y Petion. Entre los nuevos vocales abultaban naturalmente los sujetos que, en sus departamentos, se habian dado à conocer por su pujanza y su acaloramiento, ó los escritores que, como Louvet, habian sobresalido por sus alcances en la capital y en las provincias.

En Paris, la faccion avasalladora desde el 10 de agosto señoreó las elecciones, y encumbró á todos los individuos de su temple. Encabezaron à los demás Robespierre y Danton, y los jacobinos y prohombres del concejo solemnizaron esta noticia con aplausos. Tras ellos salieron Camilo Desmoulins, afamado por sus escritos; David, por sus cuadros; Fabre-d'Eglantine, por sus partos cómicos y gran participacion en las turbulencias revolucionarias; Legendre, Panis, Sergent, Billaud-Varennes, por su conducta en el concejo. Añadieron el síndico Manuel, Robespierre menor, hermano del célebre Maximiliano; Collot-d'Herbois, ex-comediante; el duque de Orleans, que habia renunciado sus dictados, y se llamaba Felipe-Igualdad. Enfin, despues de todos estos nombres, vieron asomar con pasmo al anciano Dusaulx, uno de los electores de 1789, que se habia opuesto tantísimo à los descerrajamientos de la muchedumbre, que habia derramado tantas lágrimas por sus demasías, y que fué reelejido por un último recuerdo de 89, y como un ente bondadoso y avenible para todos los partidos. Faltaba à esta estraña reunion el inmundo y sanguinario Marat, que era un aborto de arrojo en sus escritos, y aun objeto de pasmo para las jentes que habian presenciado las jornadas de setiembre. El capuchino Chabot, que mandarineaba en los Jacobinos por su verbosidad, y andaba à caza de los triunfos que le reusara la asamblea lejislativa, tuvo que hacer la apolojía de Marat; y como en los Jacobinos era donde se deliberaba todo de antemano, su eleccion propuesta se redondeó pronto en la asamblea electoral. Marat, otro periodista, Freron, y algunos individuos desconocidos completaron esta famosa diputacion, la cual, abarcando comerciantes, un carnicero, un comediante, un grabador, un pintor, un abogado, tres ó cuatro escritores y un príncipe cesante, representaba al vivo la variedad y el trastorno de las entidades que hervian en la inmensa capital de la Francia.

Iban llegando los diputados à Paris, y al paso que crecia su número, y que se alejaban las jornadas que habian producido tan entrañable pavor, empezaban à desasustarse y abominar del desconcierto de la capital. La zozobra por el enemigo habia menguado con la gallardía de Dumouriez en la Argonne: el encono con los «aristócratas» se trocaba en lástima desde su horroroso sacrificio ejecutado en Paris y en Versalles. Estos atentados, que hallaron tantos aprobantes desatinados ó tantos censores medrosos, estos atentados, vueltos ya mas horrendos por el robo que acababa de acompañar al homicidio, movian à reprobacion jeneral. Los jirondinos, indignados con tantos delitos, y airados con la oprension personal que habian padecido por espacio de un mes entero, gallardeaban con mas teson y pujanza. Esclarecidos con su talento y su esfuerzo ante la Francia toda, invocando la justicia y la humanidad, debian merecer la opinion pública, y amagaban ya con ella bizarramente à sus contrarios.

Sin embargo, si los jirondinos se habian declarado igualmente contra los desafueros de Paris, ni esperímentaban ni estimulaban aquellos resentimientos personales que emponzoñan los enconos. Brissot, por ejemplo, luchando siempre porfiadamente en persuasiva con Robespierre, le habia infundido un odio implacable. Con sus luces y sus prendas surtia Brissot grandísimo efecto, pero no le acompañaba ni consideracion personal, ni maña suficiente para encabezar un partido, y el rencor de Robespierre lo engrandecia al achacarle este primer papel. Cuando en vísperas de la asonada, escribieron los jirondinos una carta à Bose, pintor de cámara, corrió la voz de un tratado, y se afirmó que Brissot, cargado de oro, iba à salir para Lóndres. Nada de esto habia; pero Marat, à quien los rumores mas baladíes, y aun los mas desmentidos, bastaban para dar por sentadas sus acusaciones, habia fulminado un auto de prision contra Brissot, cuando el encarcelamiento jeneral de los conspiradores del 10 de agosto. Fué muy sonado el auto, y no tuvo ejecucion; mas no por esto los jacobinos dejaban de afirmar que Brissot estaba vendido à Brunswick; Robespierre lo repetia y le daba crédito, pues su intelijencia equivocada era propensa à conceptuar reos à cuantos aborrecia. Louvet le habia infundido iguales quilates de odio, constituyéndose acompañante de Brissot en los Jacobinos y en el periódico el «Centinela.» Louvet, rebosando de travesura y de talento, embestia directamente à los individuos, y

sus personalidades avinagradas, echadas à volar todos los dias por el conducto de un periódico, lo habian constituido el enemigo mas espuesto y mas abominado del partido de Robespierre.

El ministro Roland desagradó à todo el partido jacobino y municipal por su valerosa carta del 3 de setiembre, y por su resistencia à los desafueros del concejo; pero no habiendo competido con nadie en particular, no infundia mas que un enojo de opinion. Habia solo lastimado personalmente à Danton, contraponiéndosele en el consejo, lo que no era espuesto, pues no habia hombre cuyo resentimiento fuese menos temible que el de Danton. Pero en la persona de Roland era principalmente su esposa la aborrecida; pues mujer arrogante, recatada, valiente, aguda, y reuniendo en su tertulia aquellos jirondinos tan cultos, tan esclarecidos, animándolos con sus miradas, premiándolos con su aprecio, y conservando entre sus contertulios una sencillez republicana, su finura era odiosísima para hombres desconocidos y bozales. Procuraban ridiculizar à Roland torpemente, diciendo que era ella la gobernadora que dirijia à sus amigos, y los recompensaba con sus finezas. Marat, en su torpe lenguaje, la llamaba la «Circe» del partido.

Guadet, Vergniaud y Gensonné, aunque habian logrado sumo esplendor en la lejislativa, y se habian contrapuesto al partido jacobino, no habian sin embargo infundido todavía el odio que se acarrearon despues; y aun Guadet habia gustado à los republicanos briosos por sus ataques valientes contra Lafayette y la corte. Guadet, fogoso y siempre en el disparador para arrojarse adelante tras un grande arrebato, venia à serenarse completamente, y dueño de sí en la tribuna, descollaba por la oportunidad y los arranques; y así debia, como todo hombre, apetecer un ejercicio en el cual sobresalia, y aun era natural que abusase de él complaciéndose en derrotar con el habla un partido que luego le habia de contestar con la muerte.

Vergniaud no enamoraba tanto à los ánimos violentos, por cuanto no se disparaba con el mismo ímpetu contra la corte, pero lastimaba à los menos, porque, en su flojedad bonancible, se estrellaba menos con los individuos que Guadet su amigo. Las pasiones, que arrebataban poco à este orador, se le adormecian en los vaivenes de los partidos, y no atravesándose à los hombres, sorteaba su encono. Sin embargo no era tibio; dotado de cora-

zon hidalgo, de entendimiento despejado y brillante, la fogosidad apacible de su existencia inflamándose à ratos, lo enardecia y lo encumbraba à la suma sublimidad. Carecia de la travesura replicona de Guadet, pero se inflamaba en la tribuna derramando afluencia, y con el gracejo de una voz pastosa, espresaba sus conceptos con soltura y una redundancia peregrina. El habla de Mirabeau era, como su carácter, desigual y pujante; la de Vergniaud, airosa y aseñorada, prorumpia, segun las circunstancias, en brio y grandiosidad. Todo el primor de la consorte de Roland no acertaba siempre à desadormecer el atleta, por lo mas mal hallado con los hombres, opuesto muchas veces à las indiscreciones de sus amigos, y desconfiado del empuje del habla contra el de la violencia.

Gensonné, atinado y pundonoroso, escaso de espresion, y capaz tan solo de desempeñar bien los informes, no habia descollado en la tribuna. Sin embargo pasiones vehementes y un carácter pertinaz debian acarrearle grande influjo entre sus amigos, y el encono de sus enemigos, que las han mas bien con el temple que con el injenio.

Condorcet, antes marqués, y siempre filósofo, entendimiento encumbrado y justiciero, hecho cargo de los desaciertos de su partido, desencajado de los vaivenes de la democracia, se escaseaba en salir al frente, y no teniendo ningun enemigo directo, se reservaba para las tareas recónditas que requerian suma premeditacion. Buzot, sensato, grandioso y esforzado, acompañaba su gallardo esterior con una habla cabal y sencilla, enfrenaba las pasiones con el señorío de su persona, y descollaba en torno esclarecidamente.

Barbaroux, elejido por sus conciudadanos, acababa de llegar del mediodía con uno de sus amigos, diputado como él en la convencion nacional. Este amigo se llamaba Rebecqui, hombre inculto, pero osado, emprendedor y paniaguado de Barbaroux. Se tendrá presente que este último idolatraba à Roland y Petion, y que miraba à Marat como un loco desalmado, y à Robespierre como un ambicioso, especialmente desde que Panis se lo habia propuesto como dictador imprescindible. Horrorizado con los delitos cometidos en su ausencia, los achacaba desde luego à hombres que estaba ya detestando, y abultó con una pujanza que imposibilitó luego su reconciliacion. Inferior à sus amigos en cuanto al injenio, pero dotado de alcances y de facilidad, hermoso y heroico,

tremolaba las amenazas, y en pocos dias se acarreó tanto encono como cuantos en la lejislativa habian estado lastimando las opiniones y los individuos.

El personaje descollante del partido y empapado en acatamientos era Petion. Correjidor durante la lejislativa, por sus embates à la corte, se granjeó inmensa popularidad. El 9 de agosto, habia preferido à la verdad la deliberacion à la refriega; despues se habia declarado contra setiembre, y separádose del concejo, como Bailly en 1790; pero esta oposicion yerta y callada, sin estrellarlo todavía con la faccion, se lo habia hecho temible. Ilustrado y apacible, poco decidor, y sin querer competir en habilidades con nadie, ejercia sobre todos y sobre el mismo Robespierre el predominio de un despejo tíbio, equitativo y universalmente acatado. Aunque conceptuado jirondino, todos los partidos apetecian su voto, todos lo temian, y en la nueva asamblea tenia á su favor, no solo el lado derecho, sino toda la mole intermedia y porcion del lado izquierdo.

Esta era la situacion de los jirondinos, contrapuesta à la faccion parisiense: llevaban consigo la aceptacion jeneral, que desaprobaba los desafueros; se habian ido apropiando gran parte de los diputados que llegaban diariamente à Paris; tenian todos los ministros, escepto Danton, que dominaba muchas veces el consejo, sin hollarlo con su poderío; y en fin los acaudillaba el correjidor de Paris, el sujeto mas respetado de la temporada. Pero en Paris no estaban en sus casas, se hallaban en medio de sus enemigos, y debian temer la violencia de las clases ínfimas, que se arremolinaban por debajo de ellos, y sobre todo los disparos venideros que se reforzarian con las pasiones revolucionarias.

El primer cargo que se les hizo fué el intento de sacrificar à Paris, habiéndoles achacado ya el quererse refujiar à los departamentos allende el Loira. Las quiebras de Paris se habian abultado en su concepto desde el 2 y el 3 de setiembre; así se dió por supuesto el ánimo de abandonarlo, y se afirmó que habian querido reunir la convencion en otra parte. Las sospechas iban tomando cuerpo, y abultaron mas à la vista. Les vituperaban el querer quebrar la voluntad nacional, y componer de los ochenta y tres departamentos otros tantos estados, iguales entre sí, y hermanados con un mero enlace federativo. Añadíase que intentaban volcar la supremacia de Paris, y afianzarse un señorío per-

sonal en sus respectivos departamentos, y entonces fué cuando asomó la soñada calumnia del federalismo. Es verdad que cuando la Francia estaba amagada por la invasion de los Prusianos, habian ideado, en el último trance, atrincherarse en los departamentos meridionales; tambien es cierto que al presenciar los desafueros tiránicos de Paris, habian tendido sus pensamientos alguna vez por las demás partes de Francia; pero desde ahí à un proyecto de réjimen federativo hay todavía larga distancia. Por otra parte, entre un gobierno de esta clase y otro único y central, consistiendo la diferencia en la mayor ó menor pujanza de las instituciones peculiares, el delito de semejante especie, ya que existiera, habia de ser muy vagaroso. Los jirondinos, al contrario, no hallándolo culpable, no se sinceraban, y algunos de ellos, enfadados con la torpeza de perseguir este sistema, preguntaban si en suma la Nueva América, la Holanda y la Suiza no eran felices é independientes bajo un réjimen federativo, y si seria gran yerro y sumo atentado el ir disponiendo en Francia igual suerte. Buzot especialmente solia defender esta doctrina, y Brissot, apasionadísimo à los Americanos, la profesaba igualmente, mas bien como opinion filosófica que como proyecto aplicable à la Francia. Estas pláticas divulgadas abultaron la calumnia del federalismo, y en los Jacobinos se ventiló abincadamente esta cuestion, y se enardecieron y enfurecieron contra los jirondinos. Se afirmó que intentaban volcar el estribo de la potestad revolucionaria y arrebatarle la unidad fundamental, para constituirse reyezuelos en sus provincias.

Contestaron los jirondinos por su parte con cargos mas sólidos, pero que por desgracia tambien estaban encarecidos, y menguaban en gravedad cuanto se desviaban de la certidumbre. Vituperaban al concejo su despotismo y aquellas usurpaciones desaforadas contra la soberanía nacional, apropiándose una potestad que correspondia à la Francia entera. Vituperábanle el intento de avasallar la convencion, como allá la asamblea lejislativa, diciendo que al residir à su inmediacion, los delegados nacionales no vivian afianzados, pues era residir en medio de los asesinos de setiembre. Acusábanle de haber tiznado la revolucion en los cuarenta dias seguidos al 10 de agosto, y de haber cuajado la diputacion de Paris de hombres descollantes en aquellos horrorosos bacanales. Todo era cierto hasta aqui, pero añadian otros cargos tan

vagarosos como los del federalismo que les achacaban á ellos. Tildaban sin rebozo á Marat, Danton y Robespierre, de aspirar á la potestad suprema; á Marat, porque estaba pregonando diariamente que se requeria un dictador para desapestar la sociedad de los miembros impuros que la estraguban; á Robespierre, por dogmatizador del concejo é insolente en la asamblea, y porque la víspera del 10 de agosto, Panis lo habia propuesto á Barbaroux como dictador; y á Danton en fin, porque ejercia en el ministerio, en el pueblo y donde quiera que asomaba, un influjo poderosísimo. Llamábanlos el triunvirato, aunque se hermanaban muy poco. Marat no era mas que un sistemático desvariado; Robespierre no era hasta entonces mas que un zelosillo sin arranques de ambicioso; Danton en fin era un hombre brioso, desalado tras el raudal de la revolucion, y que alargaba la diestra á todo mas por ímpetu que por ambicion personal. Pero entre todos, no descollaba ni un usurpador, ni conjurados acordes entre sí; y era indiscreto franquear á enemigos mas fuertes la ventaja de quedar acusados injustamente. Sin embargo los jirondinos acataban mas á Danton, porque no habia personalidades entre ellos, y menospreciaban sobrado á Marat para embestirle directamente; pero allá se disparaban desapiadadamente contra Robespierre, porque el éxito de lo que se llamaba su virtud y su elocuencia los arraba mas, esperimentando con él aquel enojo que abriga la verdadera superioridad contra la medianía altanera y decantada.

Trataron sin embargo de avenirse antes de la apertura de la convencion nacional, teniendo varias reuniones en las cuales se propuso el hablar desahogadamente y zanjar contiendas aciagas. Aveníase Danton candorosamente (*), porque no le acompañaba ningun engreimiento, y anhelaba ante todo el éxito de la revolucion. Petion manifestó tibieza y tino, pero Robespierre estuvo destemplado como un hombre mal herido; los jirondinos, gallardos y adustos como sujetos inocentes, airados, y que creen tener la venganza en la mano. Barbaroux dijo que no cabia hermandad «entre el delito y la virtud», y por una y otra parte se retiraron mas ajenos de reconciliacion que antes de haberse visto. Todos los jacobinos se escuadronaron con Robespierre, los jirondinos y el jentío cuerdo y moderado con Petion. El dictámen de este y de los

(*) Véase Durand-Maillanne, Dumouriez, Meilhan y todos los contemporaneos.

sensatos era prillar toda acusacion, siendo ya imposible el haber á los autores de las matanzas de setiembre y del robo del Guarda-Mueble; no hablar mas de triunviros, porque su ambicion ni estaba probada ni patente para castigarse; menospreciar unos cuantos entes despreciables introducidos en la asamblea por las elecciones de Paris, y afanarse en fin en desempeñar el objeto de la convencion, componiendo una constitucion y decidiendo de la suerte de Luis XVI. Este era el parecer de los hombres pacatos; pero otros menos apacibles idearon, como se acostumbra, proyectos que, no pudiendo ejecutarse todavía, traian consigo la contingencia de poner sobre aviso y enconar á sus contrarios. Propusieron anular el ayuntamiento, desalojar la convencion segun su albedrío, trasladar su residencia fuera de Paris, constituirla sala de justicia para sentenciar sin apelacion á los conspiradores, y aprontarle por fin una guardia particular sacada de los ochenta y tres departamentos; proyectos que no tuvieron cabida, y solo sirvieron para enconar las pasiones. Los jirondinos se remitian á la conciencia pública, que, segun ellos, iba á encaramarse al eco de su persuasiva y con la relacion de los delitos que debian delatar. Se emplazaron para la tribuna de la convencion donde irian al través sus antagonistas.

En fin, el 30 de setiembre, los diputados de la convencion acudieron á las Tuilerías para constituir la nueva asamblea. Siendo su número suficiente, se plantearon provisionalmente, comprobaron sus poderes, y pasaron en seguida al nombramiento de la mesa. Petion fué proclamado casi por unanimidad presidente. Brissot, Condorcet, Rabaud Saint-Etienne, Lasource, Vergniaud y Camus salieron secretarios. Estos nombramientos prueban cuál era entonces en la asamblea el influjo del partido jirondino.

La asamblea lejislativa, que desde el 10 de agosto habia sido permanente, el 21, quedó informada por una diputacion, de haberse ya formado la convencion nacional, y que estaba terminada la lejislatura. Las dos asambleas no hicieron mas que embeberse una en otra, y la convencion pasó á ocupar el salon de la lejislativa.

El 21, Manuel, síndico del concejo, suspendido desde el 20 de junio con Petion, y muy popular por esta misma suspension, alistado desde entonces con los desaforados indómitos, y luego separado de ellos, como hermanado con los jirondinos, en vista de las matanzas de la Abadía, presenta una proposicion que alborota á

los enemigos de la Jironda. «Ciudadanos representantes, dijo, aquí ha de reinar un carácter de señorío y grandiosidad que asombre al universo. Pido que el presidente de la Francia se hospede en el palacio nacional de las Tuilerías, que le precedan la fuerza pública y los símbolos de la ley, levantándose los ciudadanos à su presencia». A estas palabras, el capuchino Chabot y el secretario del concejo Tallien se disparan contra semejante ceremonial, remedo del solio. Dice Chabot que los representantes del pueblo deben asemejarse à los ciudadanos de las clases de donde salen, à los descamisados que componen la mayoría de la nacion; y añade Tallien que se ha de ir en busca del presidente de la convencion à un quinto piso, morada de la virtud y del injenio. Deséchase pues la proposicion de Manuel, y los enemigos de la Jironda afirman que ha querido realzar à su caudillo Petion con timbres soberanos.

Atropéllanse las proposiciones tras esta, y por todas partes se intenta evidenciar con declaraciones auténticas los dictámenes que abrigan la asamblea y la Francia. Se pide que la nueva constitucion siente por base la igualdad absoluta, que se decrete la soberanía del pueblo, y se jure odio al solio, à la dictadura, al triunvirato y à toda autoridad individual, y que se imponga pena de muerte à cualquiera que proponga otra semejante. Danton ataja el torrente de las propuestas, haciendo decretar que la nueva constitucion no será valedera sino cuando esté sancionada por el pueblo. Añádese que las leyes existentes seguirán provisionalmente rijiendo, que las autoridades sin reemplazo continuarán interinamente, y que los impuestos se recaudarán como antes, hasta que se plantee el nuevo sistema de contribucion. Despues de estas proposiciones y decretos, Manuel, Collot d'Herbois y Gregoire entablan la cuestion del solio, y piden que su abolicion quede sentenciada sobre la marcha. Acaba, dicen, de declararse soberano el pueblo, mas no lo será en realidad sino cuando le hayais descargado de una autoridad competidora, que es la rejia. La asamblea y las galerías se levantan para espresar una reprobacion unánime contra el solio. Sin embargo Bazire quisiera, dice, una discusion solemne sobre una cuestion tan importante. «¿A qué es ventilar, dice Gregoire, cuando todos están conformes? Las cortes son el taller del delito y el foco de la corrupcion; la historia de los reyes es el martirolojio de las naciones. En estando igualmente empapados de estas verdades, ¿à qué vienen argumentos?»

Ciérrase en efecto la discusion, sigue un silencio profundísimo, y, por la declaracion unánime de la asamblea, anuncia el presidente que el solio quedó abolido en Francia. Vitoréase este decreto en estremo, y se manda su publicacion ejecutiva y su envío à los ejércitos y à todos los ayuntamientos.

Al proclamarse esta institucion de la república, estaban todavía los Prusianos amagando el territorio. Dumouriez, como se ha visto, pasó à Sainte-Menehould, y el cañoneo del 21, tan venturoso para nosotros, no era todavía sabido en Paris. El siguiente 22, Billaud Varennes propuso el fechar, no ya del año IV de la libertad, sino del primero de la república. Adóptase la proposicion, y el año 1789 dejó de considerarse como empezada en él la libertad, entablándose la nueva era republicana en el mismo dia 22 de setiembre de 1792.

Súpose por la noche el cañoneo de Valmy, y todo fué alborozo. A peticion de los ciudadanos de Orleans, que estaban quejosos de sus majistrados, decretóse que todos los individuos de los cuerpos administrativos y de los tribunales serían reelejidos, y que los requisitos de aptitud establecidos por la constitucion de 91 se calificarian de nulos. Ya no habia necesidad de entresacar los jueces de los letrados, ni los administradores de cierta clase de propietarios. Ya la asamblea lejislativa habia abolido el marco de plata, y atribuido à todos los ciudadanos en edad de mayoría la capacidad electoral. La convencion allanó todos estos deslindamientos, habilitando à los ciudadanos sin distincion para el desempeño de cualquiera cargo. Este fué el arranque del sistema de igualdad absoluta.

Oyéronse todos los ministros el 23, y el diputado Cambon leyó un informe sobre el estado de la hacienda. Las asambleas anteriores habian decretado la estampa de dos bicuentos setecientos millones de asignados; se habian consumido ya dos bicuentos y quinientos millones; quedaban doscientos millones, de los cuales ciento setenta y seis estaban todavía por estampar, y veinte y cuatro se hallaban en caja. Retenian los departamentos sus impuestos para las compras de granos, dispuestas por la última asamblea, y se requerian nuevos arbitrios estraordinarios. El cúmulo de haberes nacionales abultándose diariamente con la emigracion, no habia zozobra en derramar papel que lo representara, y no se titubeó en hacerlo. Decretóse pues una nueva creacion de asignados.

Oyóse á Roland sobre el estado de la Francia y de la capital. Tan

adusto y mas osado todavía que en el 3 de setiembre, espuso con brio los trastornos de Paris, causas y medios de precaverlos. Recomendó la institucion ejecutiva de un gobierno esforzado y entero, como el único resguardo de buen órden en los estados libres. Su informe, oido con agrado, mereció aplausos, y no suscitó esplosion alguna entre los que se consideraban reos, en tratándose de las turbulencias de Paris.

Pero apenas se tendió una mirada sobre la situacion de la Francia, sobrevino la noticia de cundir los trastornos por ciertos departamentos. Escribe Roland una carta à la convencion para delatarle estos nuevos desafueros, y pedir su enfrenamiento. Acabada esta lectura, los diputados Kersaint y Buzot se disparan à la tribuna para delatar las tropelías de toda especie que empiezan à cometerse por donde quiera. — « Los asesinatos, dicen, se imitan por los departamentos, y no es la anarquía la causadora, sino tiranillos de nuevo jaez que descuellan por la Francia recien libertada. De Paris es de donde salen todos los dias estos fomentos criminales. Por todas las paredes de la capital se están leyendo carteles incitativos al homicidio, à los incendios y à los saqueos, con listas de proscripcion donde por dias se especifican nuevas víctimas. ¿Cómo se ha de preservar al pueblo de su horroroso desamparo, habiendo tantos ciudadanos condenados à encubrir su existencia? ¿Cómo hacer esperar à la Francia una constitucion, si la convencion, que debe decretarla, está deliberando con los puñales à los pechos? Por el honor de la revolucion hay que atajar todo desafuero, y deslindar la valentía cívica que ha arrostrado el despotismo el 10 de agosto, y la crueldad avasallada, en el 2 y 3 de setiembre, por una tiranía muda y oculta. »

Por tanto los oradores piden el establecimiento de una comision encargada,

1°. De dar cuenta del estado de la república y de Paris en particular;

2°. De presentar un proyecto de ley contra los incitadores al homicidio y al asesinato;

3°. De dar cuenta de los arbitrios para proporcionar à la convencion nacional una fuerza pública à su disposicion, sacada de los ochenta y tres departamentos.

A esta proposicion, todos los vocales del lado izquierdo, à donde habian acudido los ánimos mas fogosos de la nueva asamblea, ex-

halaron alaridos de alboroto. Se abultan, segun ellos, los achaques de la Francia, y las quejas hipócritas que se acaban de oir salen de las mazmorras en donde yacen justísimamente los sospechosos que, hace tres años, estaban llamando la guerra civil à su patria. Las desdichas mencionadas eran inevitables; está el pueblo en revolucion, y debia providenciar briosamente para mantenerse en salvo. Voló ya el trance, y las declaraciones que se acaban de esponer à la convencion bastarán para aplacar las turbulencias; por otra parte, ¿à qué viene esa jurisdiccion estraordinaria? Hay leyes vijentes, y sobran para los incitadores à los homicidios. ¿Seria una nueva ley marcial la que se trata de plantear?..

Por una contradiccion corriente entre los partidos, los demandantes de la jurisdiccion estraordinaria del 17 de agosto, los que iban à pedir el tribunal revolucionario, se descerrajaban contra una ley, que decian era de sangre. —¡Una ley de sangre, responde Kersaint, cuando quiero, al contrario, precaver su derramamiento! —Sin embargo se pide con empeño el emplazamiento. —¡Emplazar el enfrenamiento de los homicidios, esclama Vergniaud, es mandarlos! ¡Los enemigos de la Francia huellan de mano armada nuestro territorio, y se apetece que los ciudadanos franceses, en vez de pelear, se abalanzen à su propio degüello como los soldados de Cadmo!..

En fin adóptase la proposicion de Kersaint y Buzot por entero y se decreta que se dispondrán leyes para el castigo de los incitadores al homicidio, y para la organizacion de una guardia departamental.

Esta sesion del 24 de setiembre habia causado suma conmocion en los ánimos, mas no se habia pronunciado nombre alguno, y las acusaciones se habian ceñido à la jeneralidad. El dia siguiente, se juntan con los enconos de la víspera, y por una parte se murmura contra los decretos espedidos, y por otra se adolece del pesar de no haber hablado lo suficiente contra el bando llamado «desorganizador.» En los embates à los decretos y en sus defensas, Merlin, antes portero y empleado municipal en Thionville, despues diputado en la lejislativa, donde descolló entre los patriotas mas desaforados, decantado por su denuedo y travesura, pide el habla. —«El órden del dia, dice, es apurar si, como ayer me lo aseguró Lasource, hay en el recinto de la convencion nacional un bando empeñado en establecer un triunvirato ó una dictadura: es preciso,

ó que se desvanezcan las zozobras, ó que Lasource declare los culpados, y yo juro estoquearlos à la vista de la asamblea.» Lasource, tan estrechamente intimado para esplicarse, refiere su plática con Merlin, y denota de nuevo, sin nombrarlos, los ambiciosos que intentan encumbrarse sobre los escombros del trono derribado. — «Son los que han incitado al homicidio y al saqueo, los que han arrojado autos de prision contra vocales de la lejislativa, que apuntan à los asesinos los individuos valerosos de la convencion, y que achacan al pueblo los desafueros que ellos mismos disponen. A su tiempo yo los desembozaré del todo, y perezca à sus manos.»

Sin embargo no se nombraban los triunviros. Sube Osselin à la tribuna, denota à la diputacion de Paris, de que es individuo, y dice que contra ella se empeñan en fomentar zozobras; que no es ni tan en estremo ignorante ni malvada, que haya ideado proyectos de triunvirato y de dictadura; que jura lo contrario, y pide anatema y muerte contra el primero sobrecojido premeditando tales proyectos. — Que todos, añade, me sigan à la tribuna, y hagan la misma declaracion. — Sí, esclama Rebecqui, el amigo esforzado de Barbaroux; sí, ese partido, tildado de proyectos tiránicos, lo hay, y lo nombro; es el partido de Robespierre. Marsella lo sabe, y nos envia aquí para lidiarlo.

Este arranque desaforado causa alboroto en la asamblea. Clávanse los ojos en Robespierre, y Danton toma la voz aceleradamente para aplacar estas divisiones, y orillar cargos, que le constaba se asestaban en parte contra él mismo. — ¡Qué dia tan bonancible será para la república, dice, aquel en que una esplicacion injenua y fraternal sosiegue todas estas zozobras! Se habla de dictadores y de triunviros, pero esta es una acusacion vagarosa, y debe firmarse. — Yo la firmaré, esclama de nuevo Rebecqui, arrojándose al escritorio. — Corriente, responde Danton; si hay reos, fenezcan, aunque sean mis mejores amigos. En cuanto à mí, sabida es mi vida. En las sociedades patrióticas, en el 10 de agosto, en el consejo ejecutivo, he servido à la causa de la libertad sin mira personal, y con la «pujanza de mi temperamento.» No temo pues las acusaciones contra mí mismo, pero anhelo escudar à todos. Hay, lo confieso, en la diputacion de Paris, un hombre que se pudiera apellidar el «Royou» de los republicanos, y es Marat. Repetidas veces me han tildado de ser el incitador de sus rótulos,

pero invoco el testimonio del presidente, y le pido que declare si en el concejo y en las comisiones no me ha visto muchas veces venir à las manos con Marat. Por lo demás, este escritor tan tildado ha pasado una porcion de su vida en las bodegas y las mazmorras. Los padecimientos le han alterado el temple, y hay que disculpar sus arrebatos; pero orillad discusiones puramente individuales, y esmeraos en que sean conducentes à la causa pública. Imponed pena de muerte à quien quiera que pretenda la dictadura ó el triunvirato. — Esta propuesta merece aplauso. — Hay mas, insiste Danton; corre otra zozobra por el público, y hay que desvanecerla. Se afirma que parte de los diputados están ideando el réjimen federativo, y la division de la Francia en un sinnúmero de secciones. Tengamos un todo, y declárese por otro decreto la unidad de la Francia y de su gobierno. Sentadas estas bases, fuera zozobras, estemos hermanados, y vamos á nuestro intento.

Responde Buzot à Danton que la diotadura se agarra, y nunca se pide, y que promulgar leyes contra esta peticion es aéreo; que en cuanto al sistema federativo, nadie lo sueña; que la proposicion de una guardia departamental es un medio de concordia, puesto que es una llamada à todos los departamentos para resguardar de mancomun la representacion nacional, y que por lo demás puede ser acertado el dar una ley sobre este asunto, pero que debe reflexionarse con madurez, y que por consiguiente, hay que pasar las proposiciones de Danton à la comision de los seis decretada la víspera.

Robespierre, acusado personalmente, entra à pedir el habla. Anuncia desde luego que no va à resguardarse, sino à escudar la causa pública, asaltada en su persona. Encarándose con Rebecqui: «Ciudadano, le dice, que no habeis tenido reparo en acusarme, os doy las gracias; echo de ver en vuestro aliento la ciudad célebre que os ha delegado. La patria, vos y yo saldrémos gananciosos con esta acusacion.

«Se tacha, continúa, à un partido que está ideando una nueva tiranía, nombrándome por su caudillo. La acusacion es vagorosa, pero merced à cuanto he hecho por la libertad, me es obvia la respuesta. Yo soy el que en la constituyente he estado tres años batallando contra todas las facciones, prescindiendo de su apellido; yo soy quien ha peleado contra la corte, y menospreciado sus agasajos; yo soy..... — No es esa la cuestion, claman varios di-

putados. — Tiene que sincerarse, responde Tallien. — Supuesto que me tachan, sigue Robespierre, de vender la patria, ¿no tengo derecho de oponer mi vida entera? — Entonces entabla la reseña de sus servicios duplicados contra la aristocracia y contra los patriotas aleves que llevaban el disfraz de la libertad. Al decir estas palabras, señalaba el lado derecho de la convencion. El mismo Osselin, aburrido con la enumeracion, interrumpe à Robespierre, y le pide que haga una esplicacion injenua. — No se trata de lo que has hecho, dice Lecointe-Puyravaux, sino de lo que te acusan estar haciendo ahora. — Acude entonces Robespierre à la libertad de las opiniones, al derecho sagrado de la defensa y à la causa pública, tan comprometida como él mismo en esta acusacion. Le amonestan de nuevo à que abrevie, pero él sigue con el mismo ensanche. Recordando los famosos decretos que hizo espedir contra la reeleccion de los constituyentes y contra el nombramiento de los diputados para destinos del gobierno, pregunta si son muestras de ambicion. Recriminando luego à sus contrarios, renueva la tacha de federalismo, y acaba pidiendo se adopten los decretos propuestos por Danton, y que se escrudiñe muy de veras la acusacion entablada contra él. Barbaroux, impaciente, se arroja à la barandilla: «Barbaroux de Marsella, esclama, se presenta para firmar la delacion hecha por Rebecqui contra Robespierre.» Entonces se pone à desmenuzar una historia baladí muy repetida, y es que antes del 10 de agosto, Panis le llevó à casa de Robespierre, y que à la salida de aquella visita Panis le quiso retratar à Robespierre como el único sujeto, el solo dictador capaz de salvar la causa pública; y que à esto él, Barbaroux, contestó que jamás los Marselleses doblarian la cerviz ante un rey ó un dictador.

Ya tenemos referidos estos hechos, y se ha podido conceptuar si estas hablas insustanciales de los amigos de Robespierre podian servir de datos para una acusacion. Barbaroux va enhilando uno por uno los cargos encaminados à los jirondinos, y pide que se proscriba el federalismo por un decreto, que todos los individuos de la convencion nacional juren dejarse bloquear en Paris, y perecer antes que dejarlo. Despues de muchos aplausos, sigue Barbaroux, y dice que los proyectos de dictadura son indudables; que las usurpaciones del concejo, los autos de prision disparados contra los miembros de la representacion nacional, y los comisarios enviados à los departamentos, todo está probando un proyecto de

predominio; pero que la ciudad de Marsella se desvela por la seguridad de sus diputados; que siempre aparejada para anticiparse à los sanos decretos, envió el batallon de los confederados, à pesar del veto real, y que ahora mismo envia ochocientos ciudadanos, à los cuales sus padres han dado un par de pistolas, un sable, un fusil y un asignado de quinientos francos; y que los acompañan doscientos hombres de caballería bien equipados, cuya fuerza servirá de pié para ir formando la guardia departamental propuesta para seguridad de la convencion. «En cuanto à Robespierre, añade Barbaroux, me apesadumbro de haberlo acusado, porque yo le queria y apreciaba en otro tiempo. Sí, todos estábamos en el mismo caso, pero que reconozca sus yerros, y nos desistimos. Que deje de lamentarse, porque si ha salvado la libertad con sus escritos, nosotros la hemos defendido con las personas. Ciudadanos, en asomando el peligro, se nos sentenciará, y entonces verémos si los rotulistas sabrán morir con nosotros.» Repetidos aplausos acompañan à Barbaroux hasta su asiento. A la palabra rotulistas, pide Marat el habla, pero Cambon la pide despues, y logra la preferencia. Delata entonces los rotulones en que se propone la dictadura como imprescindible, y que van firmados con el nombre de Marat. A estas palabras, todos se le desvian, y él corresponde con una sonrisa à los menosprecios que le están mostrando. Tras Cambon asoman otros acusadores de Marat y del concejo. Marat se empeña en lograr el habla, pero Panis la alcanza tambien antes que él, para responder à los alegatos de Barbaroux. Panis niega torpemente hechos positivos y no comprobantes, los cuales era mas acertado confesar, manifestando su insustanciabilidad. Interrúmpele entonces Brissot, que le pide satisfaccion del auto de encarcelamiento fulminado contra su persona. Panis se acoje à las circunstancias, que, segun dice, se han trascordado con demasiada facilidad, al pavor y al trastorno que reinaban à la sazon en los ánimos, al sinnúmero de delaciones contra los conspiradores del 10 de agosto, à las muchas voces validas que corrian contra Brissot, y à la necesidad de apurarlas.

Tras estas largas esplicaciones, interrumpidas y renovadas por momentos, insistiendo siempre Marat por el habla, la logra al fin, cuando ya es imposible el negársela. Era la primera vez que asomaba en la tribuna, y su aspecto disparó un impulso de ira, levantándose grandísimo estruendo contra él. «¡Fuera! fuera!» es la gri-

teria jeneral. Desaliñado en su porte, con su cachucha encasquetada, que luego deja sobre la tribuna, y tendiendo sobre su auditorio una sonrisa de convulsion y menosprecio: «Tengo, dice, crecido número de enemigos personales en esta asamblea... — ¡Todos! todos! claman la mayor parte de los diputados. — Tengo en esta asamblea, insiste Marat con el mismo descoco, un crecido número de enemigos personales, y les recomiendo la vergüenza. Escusen ese alboroto disparatado contra un servidor dé la libertad, y de ellos mismos, mas de lo que se figuran.

«Están hablando de triunvirato y de dictadura, achacando el intento à la diputacion de Paris; pues bien, debo à la equidad el declarar que mis compañeros, en especial Robespierre y Danton, se han opuesto siempre, y que de continuo he tenido que estarlos impugnando sobre este punto. Yo el primero, y el único en Francia de todos los escritores políticos, he tenido este pensamiento, como el único medio de anonadar los traidores y los conspiradores. A mí solo es à quien se debe castigar, pero antes hay que oirme.» Suenan algunos aplausos en corto número. Sigue Marat: «En el vaiven de las maquinaciones incesantes de un rey aleve, de una corte abominable, y de los patriotas fementidos, que en ambas asambleas vendian la libertad pública, ¿me vituperaréis el haber ideado el único medio de salvacion, y haber traido la venganza sobre las cabezas criminales? No, porque el pueblo os desengañaria. Se ha hecho cargo de que no le quedaba otro arbitrio, y constituyéndose él mismo dictador, se ha libertado de los traidores.

«Me estremezco mas que cualquiera con la figuracion de esos movimientos formidables, y à fin de que no fuesen perpetuamente infructuosos, anhelaba que fuesen parto de algun varon justiciero y alentado. Si, à la toma de la Bastilla, se hubiese alcanzado la necesidad de esta disposicion, quinientas cabezas malvadas hubieran caido à mi voz, y quedaba la paz afianzada desde aquel caso. Pero, por no haber aplicado el ahinco cuerdo y preciso, cien mil patriotas quedaron degollados, y otros cien mil están amagados de serlo. Por lo demás, la prueba de que yo no quisiera hacer de esta especie de dictador, de tribuno ó de triunviro (el nombre no es del caso) un tirano cual la necesidad pudiera idear, sino una víctima desalada por la patria, y cuya suerte no envidiaria ningun ambicioso, es que yo queria al mismo tiempo que su autoridad no durase sino pocos dias, y quedase reducida à la potestad de conde-

nar à los traidores, y aun que durante este tiempo, se le atase una bala al pié, para que estuviese siempre bajo la mano del pueblo. Mis aprensiones, por mas repugnantes que os parecieran, no se encaminaban sino à la felicidad pública. ¡ Si no os hubieseis elevado hasta la altura de entenderme, que se os cuente!»

El sumo silencio que habia reinado hasta allí se interrumpe por algunas carcajadas, que no cortan al orador, mas pavoroso que risible. Continúa: «Tal era mi opinion, escrita, firmada y sostenida públicamente. Si era equivocada, impugnarme é ilustrarme, y no delatarme al despotismo.

«Se me ha tildado de ambicioso, pero mirad y sentenciadme. Si hubiese querido regatear mi silencio, estaria nadando en oro, y soy un menesteroso. Perseguido sin cesar, he vagado de cueva en cueva, y he predicado la verdad sobre el tajador.

«En cuanto à vosotros, desencajad los ojos; en vez de desperdiciar el tiempo en discusiones escandalosas, acabalad la declaracion de los derechos, estableced la constitucion, y sentad las basas del gobierno recto y libre, que es el acendrado objeto de vuestros afanes.»

Una atencion suma se habia concedido à aquel ente, y la asamblea, atónita con un sistema tan pavoroso y tan premeditado, habia guardado silencio. Alentados con él, algunos parciales de Marat habian aplaudido, pero no habian tenido séquito, y Marat se habia vuelto à su asiento sin aplausos ni muestras de enojo.

Vergniaud, el mas acendrado y cuerdo de los jirondinos, cree deber tomar la voz para estimular las iras de la asamblea. Deplora la desdicha de tener que contestar à un hombre abrumado de decretos... Chabot y Tallien reparan en estas palabras, y preguntan si son los decretos fulminados por el Chatelet, por haber desembozado à Lafayette. Insiste Vergniaud, y se lamenta de tener que contestar à un hombre que no ha purgado todavía los decretos que lo abruman, à un hombre chorreando todo calumnias, hiel y sangre. —Se renuevan los susurros, pero continúa con teson, y despues de haber entresacado en la diputacion de Paris à David, à Dusaulx, y à algunos otros vocales, toma à su cargo la famosa circular del concejo, que ya hemos citado, y la lee por entero. Sin embargo, como ya era sabida, no causa tanta mella como otro documento, que luego lee el diputado Boileau. Es una hojilla impresa por Marat, el mismo dia, y en la cual dice: «Una sola re-

flexion me aplana, y es que todo mi ahinco por salvar el pueblo quedará infructuoso sin una nueva asonada. Al ver el temple de la mayor parte de los diputados de la convencion nacional, doy por desahuciada la salvacion pública. Si en las ocho sesiones primeras no quedan sentadas las bases de la constitucion, nada hay que esperar de esta asamblea. Cincuenta años de anarquía os esperan, y no saldréis de ella sino con un dictador, acendrado patriota y estadista... ¡O pueblo parlanchin! ¡Si tú supieras obrar!»

La lectura de este trozo se interrumpe con alaridos de indignacion, y acabada, un sinnúmero de vocales se disparan contra Marat. Los unos le amenazan y claman ¡A la Abadía! ¡A la guillotina!, y otros le abruman con espresiones de menosprecio; pero no contesta sino con una nueva sonrisa à todas estas embestidas. Boileau pide un decreto de acusacion, y la mayor parte de la asamblea quiere que se pase à votar. Insiste Marat con sosiego para que se le oiga, y no se le quiere escuchar sino en la barandilla. Consigue por fin la tribuna, y, segun su espresion acostumbrada, «recomienda à sus enemigos la vergüenza». En cuanto à los decretos que no se han corrido de oponerle, se ufana con ellos, porque son el premio del valor. Por otra parte, el pueblo enviándolo à la asamblea nacional, le ha purgado de los decretos, y decidido entre él y sus fiscales. En cuanto al escrito que se acaba de leer, no lo niega, porque la mentira, dice, jamás asomó à sus labios, y la zozobra es ajena de su corazon. «Pedirme una retractacion, añade, es requerir de mí que no vea lo que estoy viendo, que no perciba lo que percibo, y no hay potestad alguna debajo del sol que alcance à volcarme estas especies. Puedo responder de la pureza de mi corazon, mas no variar mis pensamientos, que dimanan de la naturaleza de los objetos».

Marat participa despues á la asamblea que aquel escrito, impreso en carteles hace diez dias, se ha reimpreso contra su albedrío por su librero; pero acaba de dar en el primer número del «Diario de la República», una nueva esposicion de sus principios, de los cuales positivamente quedará satisfecha la asamblea, si gusta de escucharlos.

Se accede con efecto à leer el artículo, y la asamblea, aplacada con las espresiones moderadas de Marat, en este artículo intitulado su «nuevo rumbo», lo trata con mas templanza, y aun logra algunas muestras de satisfaccion. Pero vuelve à la tribuna con su des-

coco acostumbrado, é intenta dar una leccion à sus compañeros sobre el peligro de la preocupacion y del arrebato. — Si su periódico no hubiese salido el mismo dia para disculparle, lo enviaban à ciegas à la cárcel. « Pero, dice, enseñando una pistola que llevaba siempre en la faltriquera, y que se apunta à la sien, ya tenia con que quedar libre, y si me hubieseis decretado haber lugar à acusacion, me abrasaba los sesos en esta misma tribuna. ¡Este es el fruto de mis afanes, de mis peligros y de mis padecimientos! ¡Pues bien, aquí permaneceré con vosotros para arrostrar vuestras iras! » A esta última espresion de Marat, recobrando los diputados su indignacion, claman que es un frenético, un forajido, y para todo en un alboroto.

Habia durado la discusion varias horas, y sin embargo, ¿qué se habia adelantado?.... Nada sobre el supuesto proyecto de una dictadura para ventaja de un triunvirato, pero mucho sobre el carácter de los partidos, y sobre su pujanza respectiva. Se habia visto à Danton placentero y benévolo para sus compañeros, con tal que no le tildasen su conducta; à Robespierre rebosando hiel y orgullo; à Marat asombrando con su deshonestidad y avilantez, rechazado hasta por su partido, pero empeñado en ir avezando los ánimos à la atrocidad de sus sistemas; y à los tres en fin descollando en la revolucion por alcances y vicios diferentes, desavenidos, desechándose mutuamente, y no teniendo con evidencia mas que aquella aficion al influjo, natural à todos los hombres, y que no llega à ser aun proyecto de tiranía. Se convinieron con los jirondinos en proscribir setiembre y sus atrocidades; se les agasajó con el aprecio debido à su desempeño y su honradez, pero se conceptuaron sus acusaciones abultadas é indiscretas, y no se pudo menos de echar de ver en sus iras algunos impulsos personales. En aquel punto, la asamblea se dividió en lado derecho é izquierdo, como en los primeros dias de la constituyente. Colocáronse en el derecho todos los jirondinos, y todos los que, sin estar personalmente enlazados en su suerte, los acompañaban sin embargo en su indignacion pundonorosa. Agolpáronse al centro, en número considerable, todos los diputados decorosos, pero apacibles, que, no inclinándose ni por carácter ni por alcances à terciar en la lid de los partidos mas que por su voto, apetecian, barajándose en la muchedumbre, el retiro y el desahogo. Su crecido número en la asamblea, el grande acatamiento que se les tributaba, y el esmero

con que el partido jacobino y municipal se sinceraba à sus ojos, todo los complacia. Se daban por satisfechos de que la autoridad de la convencion bastaria con el tiempo para enfrenar à los alborotadores, y gustaban el emplazar su pujanza, y poder decir à los jirondinos que sus acusaciones eran aventuradas. Se mostraban por entonces atinados é imparciales, y celosillos à veces de la elocuencia frecuente y descollante del lado derecho; pero luego, al frente de la tiranía, habian de parar en cobardes y endebles. Se les llamó la «Llanura», y por oposicion se apellidó «Montaña» el lado izquierdo, donde los jacobinos se habian hacinado unos sobre otros. En la graderia de esta Montaña, se veian los diputados de Paris y los de los departamentos que debian su nombramiento à la correspondencia de las sociedades, ó que habian sido cohechados desde su llegada por la aprension de que no se debia dar cuartel à los enemigos del nuevo sistema. Contábanse tambien entendimientos sobresalientes y atinados, positivos y severos, à los cuales la teórica y la humanidad de los jirondinos desagradaban como fútiles abstracciones. Sin embargo los montañeses eran todavía menos numerosos, y la Llanura unida al lado derecho componia una mayoría inmensa que habia proporcionado la presidencia à Petion, y que aprobaba las descargas de los jirondinos contra setiembre, fuera las personalidades, que parecian muy anticipadas y sin el debido fundamento (*).

Se habia pasado al órden del dia sobre las acusaciones mutuas de ambos partidos, pero se habia sostenido el decreto de la víspera, y queadban acordados tres objetos: 1°. Pedir al ministerio del interior una razon fiel y puntual del estado de Paris; 2°. Estender un proyecto de ley contra los incitadores al homicidio y al saqueo; 3°. Idear un arbitrio de resguardar la convencion con una guardia departamental. En cuanto al informe sobre el estado de Paris, sabíase con qué brío y bajo qué concepto se haria, correspondiendo à Roland: la comision encargada de los dos proyectos contra los incitadores por escrito y para la composicion de una guardia no brindaba con menos esperanzas, componiéndose en todo de jirondinos: Buzot, Lasource y Kersaint eran vocales.

Alborotáronse los montañeses contra estos dos últimos proyectos, preguntando, si querian renovar la ley marcial y las matanzas

(*) Véase un estracto de las «Memorias de Garat», nota 43 al fin del último tomo.

del Campo de Marte, y si la convencion queria traer satélites y guardias de la persona, como el último rey. Renovaban así, como decian los jirondinos, todas las razones que alegaba la corte contra el campamento de Paris.

Muchos miembros del lado izquierdo, y aun los mas acalorados, estaban, por su calidad de individuos de la convencion, muy declarados contra las usurpaciones del concejo, y fuera de los diputados de Paris, ninguno salia à su defensa, aunque se estaba ofreciendo todos los dias, y así es que los decretos se agolpaban atropelladamente. Como tardaba en renovarse el concejo, con arreglo al decreto que prescribia la reeleccion de todos los cuerpos administrativos, se mandó al concejo ejecutivo zelar esta renovacion, dando cuenta à la asamblea de tres en tres dias. Nombróse una comision de seis miembros para recibir la declaracion firmada de cuantos habian depositado efectos en la Casa de Ayuntamiento, y para investigar su existencia ó comprobar el empleo que les habia dado la municipalidad. El directorio del departamento, reducido por el concejo sublevado al título y à las funciones de mera comision administrativa, quedó rehabilitado en todas sus incumbencias, y recobró el dictado de directorio. Las elecciones concejiles para el nombramiento del correjidor, del ayuntamiento y del concejo jeneral, que los jacobinos habian nuevamente ideado hacer en alta voz, para arredrar à los apocados, se declararon otra vez secretas por una confirmacion de la ley vijente. Las elecciones ya verificadas segun este método ilegal quedaron anuladas, y las secciones se avinieron à entablarlas en la forma prescrita. Decretóse en fin que todos los encarcelados sin auto de prision quedarian libres al golpe; y este era un gran tiro hecho à la comision de celaduría, cebada especialmente contra los individuos.

Todos estos decretos estaban ya estendidos desde primeros de octubre, y el concejo, estrechado hasta lo sumo, tenia que amainar bajo el predominio de la convencion. Sin embargo la comision de celaduría no habia querido dejarse derrotar sin resistencia. Habíanse presentado sus miembros à la asamblea, diciendo que venian à confundir à sus enemigos. Como depositarios de la lista civil hallada en casa de Laporte, condenado, como se tendrá presente, por el tribunal del 17 de agosto, habian descubierto, decian, una carta en donde se hablaba del costo de ciertos decretos espedidos en las asambleas anteriores, y venian à desembozar los diputados vendi-

dos à la corte, y demostrar el fementimiento de su patriotismo. — Nombradlos, habia esclamado la asamblea con enojo. — No podemos señalarlos todavía, habian respondido los individuos de la comision. En seguida, para rechazar la calumnia, se nombró una comision de veinte y cuatro diputados forasteros à la constituyente y à la lejislativa, encargados de comprobar estos papeles y formalizar su informe. Marat, inventor de este recurso, publicó en su periódico que habia devuelto à los «rolandistas», acusadores del concejo, «el dinero de su entrada», y anunció el supuesto descubrimiento de una traicion de los jirondinos. Escudriñados los papeles, ninguno de los diputados actuales se halló comprometido, y la comision de celaduría quedó declarada calumniadora. Siendo los papeles tan abultados, que los veinte y cuatro diputados no alcanzaban à su desempeño en la Casa de Ayuntamiento, se trasladaron à una de las comisiones de la asamblea. Viéndose así Marat defraudado de un caudal de materiales para sus acusaciones diarias, se enconó sobremanera, y afirmó en su periódico que se habia querido anonadar la prueba de todas las traiciones.

Despues de haber así enfrenado los desafueros del concejo, la asamblea se dedicó á la potestad ejecutiva, y acordó que los ministros no se pudieran sacar de su recinto. Danton, precisado à optar entre las funciones de ministro de la justicia y de individuo de la convencion, antepuso, como Mirabeau, las que le afianzaban la tribuna, y dejó el ministerio sin dar cuenta de los desembolsos secretos, diciendo que ya estaban las cuentas en el consejo. Este hecho no era muy puntual, pero no se hizo mucho alto, y se pasó de largo. Por la renuncia de Francisco de Neufchateau, Garat, escritor esclarecido, ideólogo agudo, y luego afamado por el escelente desempeño del «Diario de Paris,» ocupó el destino de ministro de la justicia. Servan, acosado por una administracion trabajosa, y superior, no à sus alcances, sino à su robustez, prefirió el mando del ejército de observacion que se formaba por la falda de los Pirineos. El ministro Lebrun quedó provisionalmente encargado de añadir la secretaría de la guerra à la de negocios estranjeros. En fin Roland brindó tambien con su dimision, enfadado con una anarquía tan contrapuesta à su honradez y à su cariño entrañable del buen órden. Los jirondinos propusieron à la asamblea que se le instase à seguir con su despacho, pero los montañeses, y en particular Danton, à quien solia contrarestar, se opusieron à

este paso, como indecoroso á la asamblea. Dánton se quejó de que era apocado, y rendido á su mujer; contestóse á este cargo de apocamiento con la carta del 3 de setiembre, y tambien se hubiera podido responder citando el contraresto que el mismo Danton habia esperimentado en el consejo. Se pasó sin embargo al órden del dia; y estrechado por los jirondinos y todos los hombres de bien, siguió Roland en el ministerio. «Permanezco, escribió gallardamente á la asamblea, puesto que la calumnia se me abalanza, puesto que me acechan los peligros, y puesto que la convencion ha deseado, al parecer, que continuase. Es gloriosísimo, era el finiquito de su carta, que no se haya tenido que vituperarme mas que mi enlace con el valor y con la virtud.»

Dividióse luego la asamblea en varias comisiones, creando una de celaduría, compuesta de treinta individuos; una segunda, de la guerra, de veinte y cuatro; tercera, de cuenta y razon, de quince; cuarta, de lejislacion criminal y civil, de cuarenta y ocho; y quinta, de los asignado, monedas y hacienda, de cuarenta y dos. Una sexta comision, mas importante que todas las otras, quedó encargada del principal objeto, por el cual la convencion estaba reunida, esto es, disponer un proyecto de constitucion. Compusiéronla de nueve vocales afamados por varios rumbos, y casi todos entresacados al impulso del lado derecho. Tuvo la filosofía sus representantes en las personas de Sieyes, de Condorcet y del Americano Tomás Payne, recien elejido ciudadano francés é individuo de la convencion nacional; la Jironda estuvo especialmente representada por Gensonné, Vergniaud, Petion y Brissot; el centro por Barrere, y la Montaña por Danton. Estrañaráse á este tribuno, tan revolvedor y tan poco teórico, sentado en esta comision toda filosófica, y parece que el carácter de Robespierre, si no su desempeño, le hacia acreedor á este papel. Es positivo que Robespierre codiciaba muy particularmente este timbre, y se dió por muy lastimado en no poderlo alcanzar. Franqueóse sin reparo á Danton, á quien su despejo natural habilitaba para todo, y á quien ningun encono entrañable desviaba de sus compañeros. Este arreglo de la comision causó la tardanza que la constitucion padeció por largo tiempo.

Despues de acudir de este modo al restablecimiento del órden en la capital, á la organizacion de la potestad ejecutiva, á la distribucion de las comisiones y á los antecedentes de la constitucion, quedaba otro objeto que arreglar, uno de los mas trascendentales

à que debia dedicarse la asamblea, à saber, la suerte de Luis XVI y de su familia.

Sumo silencio se habia guardado sobre este punto en la asamblea, ventilándolo por donde quiera, en los Jacobinos, en el concejo, en sitios públicos y particulares, escepto únicamente en la convencion. Habíanse cojido emigrados con las armas en la mano, y conducíanlos à Paris para aplicarles las leyes criminales. Con este motivo sonó una voz (era la primera), y preguntó si, en vez de vincularse à estos reos subalternos, no se debia pensar en otros mas encumbrados y presos en el Temple. Enmudecieron todos, y Barbaroux fué el primero que tomó el habla, pidiendo que antes de saber si la convencion sentenciaria à Luis XVI, se decidiese si la misma seria cuerpo judicial, por cuanto tenia otros reos que sentenciar fuera de los del Temple. Al suscitar esta cuestion, Barbaroux aludia al proyecto de instituir la convencion en sala estraordinaria, para juzgar por sí misma à los «alborotadores,» à los «triunviros» etc. Despues de algun debate, se remitió la proposicion à la comision lejislativa, para desentrañar las cuestiones que ocasionaba.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Indice del tomo primero.

CAPITULO I.

Estado moral y político de la Francia al fin del siglo XVIII. Advenimiento de Luis XVI. Maurepas, Turgot, Necker, ministros. Calonne: Asamblea de los notables. De Brienne, ministro. Oposicion del Parlamento. Su destierro y regreso. El Duque de Orleans desterrado. Arresto del consejero Despremenil. Necker restituido en reemplazo de Brienne. Nueva asamblea de notables. Discusiones relativas á los estados jenerales. Formacion de las asonadas. Causas de la revolucion. Primeras elecciones de los diputados para los estados jenerales. Incendio de la casa de Reveillon. El Duque de Orleans, su carácter. 7

CAPITULO II.

Convocacion y apertura de los estados jenerales. Discusiones sobre la comprobacion de poderes y sobre la votacion por estamentos ó por personas. El tercer estamento se declara asamblea nacional. Ciérrase el salon de los estados, y los diputados acuden á otro sitio. Juramento del trinquete. Sesion real del 23 de junio. La asamblea continúa sus sesiones á pesar de las órdenes del rey. Reunion definitiva de los tres estamentos. Primeras tareas de la asamblea. Alborotos en Paris. El pueblo liberta á los guardias franceses encerrados en la Abadía. Tramas de la corte. Se acercan tropas á Paris. Despido de Necker. Jornadas del 12, 13 y 14 de julio. Toma de la Bastilla. El rey va á la asamblea, y de allí á Paris. Regreso de Necker. . . . 27

CAPITULO III.

Tareas del ayuntamiento de Paris. Lafayette comandante de la guardia nacional; su carácter y su papel en la revolucion. Muerte de Foulon y de Berthier. Regreso de Necker. Situacion y division de los partidos y de sus jefes. Mirabeau, su carácter, sus principios y su número. Los forajidos. Turbulencias en las provincias y por los campos. Noche del 4 de agosto. Abolicion de los derechos feudales y de todos los privilejios. Declaracion de los derechos del hombre. Discusiones sobre la constitucion y sobre el veto. Ajitacion en Paris. Amotinamiento en el Palacio-Real. . . . 68

CAPITULO IV.

Tramas de la corte. Banquete de los guardias de la persona y de los oficiales del rejimiento de Flándes en Versalles. Jornadas del 4, 5 y 6 de octubre; asonadas sangrientas. Asalto del alcázar de Versalles por la muchedumbre. Viene el rey á residir en Paris. Estado de los partidos. El duque de Orleans deja la Francia. Negociaciones de Mirabeau con la corte. Trasládase la asamblea á Paris. Ley sobre los bienes del clero. Juramento cívico. Tratado de Mirabeau con la corte. Bouillé. Negocio de Favras. Planes contra-revolucionarios. Asonadas de los Jacobinos y los Fuldenses. 91

CAPITULO V.

Estado político y propensiones de las potencias estranjeras en 1790. Discusiones sobre el derecho de la paz y de la guerra. Primera institucion del papel moneda ó de los asignados. Organizacion judicial. Constitucion civil del clero. Abolicion de los títulos de nobleza. Cumpleaños del 14 de julio. Reunion de la primera confederacion. Sublevacion de las tropas en Nancy. Retiro de Necker. Intentos de la corte y de Mirabeau. Formacion del campamento de Jales. Juramento cívico impuesto á los eclesiásticos. 121

CAPITULO VI.

Progresos de la emigracion. El pueblo sublevado embiste la mazmorra de Vincennes. Conspiracion de los «Caballeros del puñal». Discusion sobre la ley de los emigrados. Muerte de Mirabeau. Tramas contra-revolucionarias. Fuga del rey con su familia; es detenido en Varennes y traido á Paris. Animos de las potencias estranjeras; preparativos de los emigrados. Declaracion de Pilnitz. Proclamacion de la ley marcial en el Campo de Marte. El rey acepta la constitucion. Terminacion de la asamblea constituyente. 147

CAPITULO VII.

Juicio sobre la asamblea constituyente. Abertura de la segunda asamblea nacional llamada «asamblea lejislativa»; su composicion. Estado de las asonadas; sus miembros influyentes. Petion, correjidor de Paris. Política de las potencias. Emigracion; decretos contra los emigrados y los sacerdotes no-juramentados. Modificaciones en el ministerio. Preparativos de guerra; estado de los ejércitos. 175

CAPITULO VIII.

Division de los partidos sobre el punto de la guerra. Papel del Duque de Orleans y de su partido. Los primeros emigrados quedan demandados. Formacion de un ministerio jirondino. Dumouriez, su carácter, su númen y sus proyectos; pormenores sobre los nuevos ministros. Coloquio de Dumouriez con la reina. Declaracion de guerra al rey de Hungría y de Bohemia. Primeras operaciones militares. Derrotas de Quievrain y de Turnay. Asesinato del jeneral Dillon. 199

CAPITULO IX.

Desavenencias en el ministerio jirondino. La supuesta comision austríaca. Decreto para la formacion de un campamento de 20,000 hombres junto á Paris. Carta de Roland al rey. Despido de los ministros jirondinos; dimision de Dumouriez. Formacion de un ministerio fuldense. Proyectos del partido constitucional; carta de Lafayette á la asamblea; situacion del partido popular y de sus caudillos; planes de los diputados meridionales. Papel de Petion en los acontecimientos de junio. Jornada del 20 de junio de 1792; sublevacion de los arrabales; escenas en los apostentos de las Tuilerías. 217

CAPITULO X.

Consecuencias de la jornada del 20 de julio. Llegada de Lafayette á Paris; sus quejas á la asamblea. Voces de guerra, invasion próxima de los Prusianos; discurso de Vergniaud. Reconciliacion de todos los partidos en el recinto de la asamblea, el 7 de julio. Queda declarada la patria en peligro. El departamento suspende al correjidor Petion de sus funciones. Proclamas amenazadoras contra el realismo. Lafayette propone al rey un plan de fuga. Tercer cumpleaños del 14 de julio; descripcion de la fiesta. Preludios de nueva revolucion. Comision insurreccional. Pormenores sobre los revolucionarios mas afamados de la época; Camilo Desmoulins, Marat, Robespierre, Danton. Proyectos de los amigos del rey para salvarlo. Pasos de los diputados jirondinos para evitar una sublevacion. 251

CAPITULO XI.

Llegada de los Marselleses á Paris; comidas y ocurrencias sangrientas en los Campos-Eliseos. Manifiesto del duque de Brunswick. Las secciones de Paris piden la cesacion del rey. El rey se niega á la fuga. La asamblea desecha la proposicion de acusar á Lafayette. Preparativos de la sublevacion; medios de defensa en palacio. Alboroto del 10 de agosto; los arrabales se apoderan de las Tuilerías tras una refriega reñidísima; el rey se acoje á la asamblea; suspension de la potestad real; convocacion de una convencion nacional. 291

CAPITULO XII.

Continuacion y paradero de la jornada del 10 de agosto. Llamamiento del ministerio jirondino; Danton es nombrado ministro de la justicia. Estado de la familia real. Situacion de los partidos en la asamblea y fuera, despues del 10 de agosto. Organizacion é influjo del concejo; facultades crecidas que se apropia; su contraposicion con la asamblea. Establecimiento de un tribunal criminal estraordinario. Estado de los ejércitos despues del 10 de agosto. Resistencia de Lafayette al nuevo gobierno. Procesado, deja su ejército y la Francia, y lo ponen preso los Austríacos. Situacion de Dumouriez. Animos de las potencias, y situacion recíproca de los ejércitos coligados y de los ejércitos franceses. Toma de Longwy por los Prusianos; vaivenes de Paris con esta noticia. Disposiciones revolucionarias tomadas por el concejo; prendimiento de los sospechosos. Matanza en las cárceles el 2, 3; 4, 5 y 6 de setiembre. Escenas principales y circunstancias de estas jornadas sangrientas. . 316

CAPITULO XIII.

Campaña de Argonne. Planes militares de Dumouriez. Toma del campamento de Grand-Pré por los Prusianos. Victoria de Valmy. Retirada de los coligados; rumores sobre las causas de esta retirada. 359

CAPITULO XIV.

Nueva matanza de presos en Versalles. Abusos de la potestad y robos del concejo. Eleccion de los diputados para la convencion. Composicion de la diputacion de Paris. Situacion y proyectos de los jirondinos; carácter de los caudillos de este partido; del federalismo. Estado del partido parisiense y de su concejo. Apertura de la convencion nacional el 20 de setiembre de 1792; abolicion del solio; establecimiento de la república. Primera contienda de los jirondinos y de los montañeses; delaciones de Robespierre y de Marat. Declaracion de la unidad y de la indivisibilidad de la república. Distribucion y fuerzas de los partidos en la convencion. Mutaciones en la potestad ejecutiva. Danton deja su ministerio. Creacion de varias comisiones administrativas y de la de constitucion. 379